ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

UNIVERSITY OF TORONTO

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LS.C
C7324

[Comedias]

Vol. 24

# MARDOQUEO.

# MARDOQUEO.

## TRAGEDIA

EN CINCO ACTOS,

POR

*Don Juan Climaco de Salazar.*

MADRID. MDCCLXXXXI.
Por la Viuda de Don Joaquin Ibarra.
*CON LICENCIA.*

46223

*Deus nobis haec otia fecit............*

Virg. *Eclog.* I.

# PERSONAS QUE REPRESENTAN
# LA TRAGEDIA.

Asuero....... *Rey de Persia.*

Edisa.......... *Con el nombre de Ester, consorte de Asuero, é bija de*

Mardoqueo. *Príncipe Hebreo, cautivo en Persia.*

Aman......... *Príncipe Amalecita, favorecido de Asuero.*

Carsena...... *Consejero del Rey, y Confidente de Amán.*

Tarse.......... *Capitan de la Guardia Real.*

Abiud.......... *Sacerdote Hebreo.*

| | | |
|---|---|---|
| Atac.......... | *Page de* | *Ester.* |
| Arbona...... | *Page de* | *Asuero.* |

Beroe.......... }
Palmira...... } *Doncellas de Ester.*

ACOMPAÑAMIENTO
De Pages, Guardias, Criados y Soldados.

*La accion se representa en el Real Palacio de Susa, Capital de la Persia.*

# ACTO PRIMERO.

*La Escena representará un trozo del patio del Palacio Real, y en el fondo una puerta que da vista al atrio y plaza del mismo, fuera de la qual se pasea una guardia.*

## ESCENA PRIMERA.

*Mardoqueo que vestido noblemente á la moda Persiana, entra en el Palacio en ademan doloroso, y Atác que le sale al encuentro en acto de maravilla.*

ATAC.

Mardoqueo ¿tú aquí? y en este trage?

MARDOQUEO.

Sí, fiel Atác: al obstinado empeño
de Ester al fin cedí: solo la Reyna
pudo obligarme á interrumpir mi llanto,
y el cilicio á cambiar en este trage,
cuyo vano esplendor é inutil pompa
la pena aumentan, que de eterno luto

cu-

cubre mi corazon.

ATAC.

Pero á lo ménos
este Persiano ornato te franquea
del palacio la entrada, y te defiende
de la irrision cruel, con que ahora insulta
á los de tu Nacion la licenciosa
libre plebe de Susa; y finalmente,
siendo él de Ester un don, él te asegura
de la gracia de Ester; y si se empeña
la Reyna á tu favor, en vano, amigo,
temes la muerte.

MARDOQUEO.

¿Yo temer la muerte?
si ella no fuese un vil triste consuelo
de quien ya de sufrir está cansado,
la muerte Mardoqueo deseara,
y encontrarla sabria. Ah! si á mí solo
condenáse á morir ese decreto,
de ver regada con mi amargo llanto
esa plaza no hubiera Aman tenido
el bárbaro placer; pero conmigo

de-

debe morir tambien todo mi Pueblo.
Infeliz Israél! y yo la causa
seré de tu ruïna. (1).

ATAC.

Disimula
tu pena, Mardoqueo.

MARDOQUEO.

Un dolor grande
mal se puede ocultar dentro del pecho.

ATAC.

Pero con tù penoso y triste llanto
no debes funestar ni aun los umbrales
de esta Real mansion.

MARDOQUEO.

Soberbios postes!
techos tiranos! de llorar la causa
si dàis á un infelíz, ¿por qué os ofende
de un infelíz el necesario llanto?
Atác, no es tiempo de perderlo en vano
inutil razonar. Dime ¿y la Reyna

á

(1) Cubriéndose el rostro con las manos para ocultar su llanto.

á quando aguarda el presentarse á Asuero?
El plazo va á espirar de los tres dias
en que mi pueblo (como Ester me impuso),
con un rígido ayuno ha procurado
la cólera aplacar del ofendido
Dios de Israél. La Reyna hoy á su esposo
presentarse debia, y declararle
de Amán la iniqüa maliciosa trama.

ATAC.

Así lo prometió, y así á cumplirlo
está resuelta Ester; pero aun no es tarde:
de su rápido curso apénas llega
el Sol á la mitad.

MARDOQUEO.

¿Y te parece
corta esa dilacion? Mi triste Pueblo
incierto de su suerte, aun los instantes
ansioso cuenta, y le parece un siglo
cada hora que pasa. Ah! di á la Reyna
que no prolongue mas nuestra insufrible
penosa suspension, y que segura
del favor de mi Dios, en cuyas manos

es-

está de Asuero el corazon, y puede
donde quiera inclinarlo, se presente
intrépida ante el trono.

ATAC.

¿Y si se ofende
Asuero de que Ester sin ser llamada
comparezca á su vista? Tú no ignoras
el rigor de las leyes de la Persia,
y que Ester violándolas incurre
en la pena fatal.

MARDOQUEO.

Mi Dios librarla
sabrá de tal peligro: ella lo emprenda
por salvar mi Nacion: cuidado el cielo
tendrá de lo demas.

ATAC.

Y tú debieras
de la Reyna y de tí tambien tenerlo.
Dime, si Ester te falta, ¿que reparo
opondrás al torrente impetuoso
de las iras de Aman?

MARDOQUEO.

Yo pienso ahora
solo en salvar mi Pueblo.

ATAC.

¿Y no te curas
de la vida de Ester?

MARDOQUEO.

Ester.... la Reyna....
debe cumplir lo prometido.

ATAC.

A costa (1)
de su vida tambien. ¿Y que derecho
puede obligarla á tal deber?

MARDOQUEO.

El mismo
que la obligó á ofrecer lo que no cumple,
ó difiere cumplir. ¡Muger ingrata!

ATAC.

¿Llamas ingrata á Ester? ¿y así la llamas
en presencia de Atác? La revelaste,

yo

(1) Irónicamente.

yo no lo iguoro, la maligna trama
de aquellos dos traydores, que la muerte
intentaban de Asuero; mas por este
importante servicio has recibido
recompensa, y no leve, por mi mano.

MARDOQUEO.

Si acepté de la Reyna algunos dones
pasaron por mi mano á las de un Pueblo
miserable, que gime baxo el yugo
de una tirana dura servidumbre.
Pero de Ester espera Mardoqueo
otra merced mayor.

ATAC.

¿Y no te basta
la de su gracia, á la que aspiran todos
los Príncipes del Reyno, y no la puede
lograr ni el mismo Amán? Si el Pueblo tuyo
fuera el Pueblo de Ester: si tu le fueses,
¿que diré?.. padre; Ester mayores pruebas
no diera de dolor, que las que ha dado
despues que la llevé la infausta nueva
de ese decreto que os condena á muerte.

MAR-

MARDOQUEO.

¿Y que nos aprovecha de la Reyna
una inútil piedad, si así repugna
el descubrir nuestra inocencia á Asuero?

ATAC.

Mas no repugna sin razon: el curso
se pasó de una luna, á su presencia
sin haberla jamas el Rey llamado;
y aun parece que de ella no se acuerda,
ó no se cura mas.

MARDOQUEO.

Frívola excusa
con que tú disculpar de Ester intentas
el indigno temor. Atác, la Reyna
me ha prometido, á Asuero hoy presentarse:
pero si á Mardoqueo infiel é ingrata,
á mi Pueblo abandona en tal conflicto,
mi Dios lo librará por otro medio
de la rabia de Amán: y Ester, que acaso
para este fin subió de Persia al Trono,
perecerá cubierta de ignominia,
y verá perecer tambien consigo

la

la casa toda de su padre. Dila
que á Asuero hoy se presente; y si no, tema
la cólera del Dios de Mardoqueo.

ATAC.

¿Y en este modo imploras de una Reyna
la piedad, y el favor?

MARDOQUEO.

Con su respuesta
yo te espero en el atrio. (1)

ATAC.

Cada dia
este misterio oculto entiendo ménos. (2)

## ESCENA SEGUNDA.

*Mardoqueo, y despues Tarse, que precedido de dos guardias se encamina para salir del palacio; pero viendo á Mardoqueo se viene ácia donde él está.*

MARDOQUEO.

¡Dura necesidad! Si con la Reyna
lí-

(1) Volviendo las espaldas á Atác.
(2) Parte Atác.

lícito fuese hablar á Mardoqueo,
la Reyna ménos lenta obedeciera
de su padre á la voz.

TARSE.

Al fin cesaste
de aturdir con tu llanto y tus lamentos
esa pública plaza. ¿Y tanto angustia
á un Hebreo una ley que le permite
un año aun respirar? ¿y para quando
tu constancia reservas, Mardoqueo?

MARDOQUEO.

Era debido, valeroso Tarse,
á la suerte infeliz del Pueblo mio
tan acerbo dolor. ¿Y yo podia
medir mi pena y moderar mi llanto,
viendo á mi Pueblo todo en solo un dia
condenado á morir, sin mas delito
que el que yo cometí? Sin otro fruto
que el de apagar con su inocente sangre
de Amán la sed cruel?

TARSE.

¿Y quantas veces

yo te pronostiqué de tu severa
inflexible virtud esa precisa
conseqüencia fatal?

MARDOQUEO.

¿Y yo debia
á las leyes de Asuero obedeciendo,
las leyes violar, y el santo culto
profanar de mi Dios?

TARSE.

Pues él ahora
te salvará de Amán.

MARDOQUEO.

Lo hará, si quiere:
inmenso es su poder.

TARSE.

Basta: lo hecho
no es fácil enmendar: conviene ahora
tu Nacion no exponer á alguna nueva
calamidad mayor.

MARDOQUEO.

Y Amán ¿que puede
añadir á una muerte tan horrible

y tan atroz?

TARSE.

Pudiera acelerarla.

MARDOQUEO.

Mas no lo hará, sabiendo que la muerte
con nuestra pena, y su placer acaba.

TARSE.

¿No lo hará? Mardoqueo, mis temores
vanos no suelen ser. Tampoco ignoras
la justa compasion con que á tu Pueblo
Tarse siempre ha mirado. En ti hasta ahora
me plugo respetar de un alma grande
la sublime virtud y los derechos
que dá una noble cuna, y que no quita
de una calamitosa adversa suerte
el destino infelíz: conozco, aprecio
tu constancia, y la admiro; mas no puedo
ni debo tolerar el que aquí vengas
nuevamente á insultar con la de Asuero
la autoridad de Aman.

MARDOQUEO.

Piadoso Tarse,

siem-

siempre yo respeté como sagrada
la autoridad de un Rey, en cuyos grillos
mi Dios me puso sin quitarme el peso
(¡peso justo es verdad!), sus santas leyes
de no olvidar, obedeciendo á Asuero.
De mi fidelidad alguna prueba
he dado al Rey. Y ahora ¿en que yo ofendo
de Amán la autoridad?

TARSE.

¿En que la ofendes?
¿y no es esta la hora en que Amán suele
al palacio venir? ¿Por esta puerta
Amán no suele entrar? ¿Aqui cien veces
no le negaste aquel honor que exîge
justamente él de ti? Si de tu patria
las leyes adorarle te prohiben,
¿la presencia de Amán por qué no evitas?

MARDOQUEO.

Tarse, un deber preciso aquí me traxo;
y un preciso deber aquí me obliga
á detenerme ahora: una respuesta
en el atrio yo espero.

TARSE.

¿Y si entretanto
viniese Amán?

MARDOQUEO.

Jamás yo le he negado
el honor que á tí doy, y doy á todos
los Sátrapas de Persia.

TARSE.

Amán pretende
de tí algo mas.

MARDOQUEO.

Pues lo pretende en vano.

TARSE.

¿Pero por qué con una inútil prueba
de tu austera virtud de nuevo quieres
su furor irritar? Yo te lo ruego,
de Amán evita el peligroso encuentro.

MARDOQUEO.

¿Que yo huya de Amán? Tarse, perdona;
aun no conoces bien á Mardoqueo.

TARSE.

Pero conozco á Amán; y tú pudieras



co-

conocerle tambien.

MARDOQUEO.

Sí: le conozco;
pero desprecio su furor. Iniquo!
cruelísimo Amán!

TARSE.

¿Que dices? mira
que hasta las piedras hablan de un palacio.

MARDOQUEO.

Dirán que Mardoqueo á Amán no teme.

TARSE.

¡Que obstinada virtud! (1).

## ESCENA TERCERA.

MARDOQUEO.

Sobrado el ímpio
triunfó de mi dolor. Cese al fin, cese
de blasfemar del Dios de mi esperanza.
Sí: de la amarga pena que te aflige

 re-

(1) Tarse enfadado se sale por la puerta del palacio.

revienta, ó corazon, dentro del pecho:
pero un solo suspiro ante la cara
no me pidas de Amán: vea el tirano
que sus iras desprecio, y que no húmilla
de muerte un vil temor á Mardoqueo.
¡Vanísimo mortal! ¿De mi pretende
que le adore qual Dios? No, no: primero
doblaré la cervíz ante un berdugo,
que la rodilla á Amán. Dios de mis padres,
Dios que dándolo todo, á nadie cedes
de tu gloria el honor; y á cuya vista
patentes son del corazon humano
los mas ocultos senos, tú bien sabes,
que por salvar mi Pueblo, yo besara
aun las pisadas que en el lodo imprimen
de este soberbio las inmundas plantas.
Pero temí, Señor, á él adorando,
á un infiel tributar la reverencia
á ti solo debida, único eterno
Dios, y Señor de todo el universo.
Mas por esto Israél, el Pueblo tuyo,
Gran Dios, va á perecer. Y tantas bocas

que

que fieles te confiesan, y te alaban
la inmunda mano tapará de un ímpio
que el nombre tuyo ignora, ó solamente
para ultrajarlo, alguna vez lo invoca? (1).
Amán viene. Constancia, Mardoqueo.

## ESCENA QUARTA.

*Empieza el son de los instrumentos militares del cuerpo de guardia del atrio, y en él comparecen los volantes, criados y pages que preceden á Amán. Mardoqueo con franqueza se encamina ácia la puerta; y ántes de llegar á ella se aparta á un lado dando lugar al acompañamiento de Amán: éste comparece al fin acompañado de Carsena y Tarse; y al pasar por en medio de los soldados, todos le doblan la rodilla rindiéndole las armas; pero al llegar donde está Mardoqueo da muestras de indignacion, notan-*



(1) En el atrio suenan un tambor, á cuya llamada acuden soldados y se ordenan en dos filas fuera de la puerta.

*do que solamente le hace una profunda, pero comedida reverencia con la cabeza, al uso oriental. Cesa el son de los instrumentos, lo soldados se desunen, Mardoqueo se sale al atrio, toda la comitiva de Amán se oculta dentro de la escena, sino dos pages que se quedan á la vista; pero algo retirados de Amán, Tarse y Carsena.*

AMAN.

Soberbio, temerario, aitivo Hebreo!
¿Lo viste ya, Carsena?

CARSENA.

Amán, lo he visto.
Perdona si dudé de que un cautivo
en Susa te negase el honor sumo,
que tributarte deben de Artaxerxes
todos los fieles siervos.

AMAN.

Sí perdono,
sabio Carsena, y aun tambien excuso

tu

tu terquedad. ¡Ah! (1) mira, tal ultrage
lo veo yo, y lo sufro cada dia
muchas veces, y apenas aun lo creo.
¿Y es posible que en Persia haya una frente
que ante Amán no se humille, y que haya en Susa
quien contraste mi honor, y quien no tema
mi absoluto poder?

CARSENA.

Mas tanta audacia
Tarse debiera reprimir.

TARSE.

Mil veces
acordé su deber á ese extrangero;
mas siempre fixo en su opinion responde,
que de su Dios las leyes le prohiben
adorar á un mortal.

AMAN.

En Palestina
obedezca á su Dios; pero en la Persia
de-

(1) Mirando con indignacion ácia el sitio donde estaba Mardoqueo.

debe adorar á Amán, y si nó, tema
de Amán la indignacion.

CARSENA.

Sí, es insufrible
en un cautivo vil tanta arrogancia.

TARSE.

Cautivo sí, é infelíz llamarle puedes,
mas vil le llamas sin razon, Carsena.
La opulenta Sion Principe ilustre
le ha respetado; y del antiguo tronco
de su familia fué glorioso ramo
el Rey valiente, que empuñó primero
de la Judea el cetro.

AMAN.

Y cruelmente
á Amalec destruyó, mi infelíz patria,
dexando envuelta en sangre, en polvo, en humo,
y de estragos cubierta y de ruïnas.
Valiente Rey, que la impotente rabia
y el débil brazo contener no pudo
de un Profeta cruel, que ante las aras
de su Dios vengativo en mil pedazos

el

el cuerpo dividió del inocente
desventurado Agag: mas de mi abuelo
yo vengaré la muerte; y los elogios
Tarse omitir debiera en mi presencia
de un nieto de Saúl.

TARSE.

Pero callando
Tarse ofendiera á la verdad; y Tarse
en la animosa militar escuela
ha aprendido á escalar un alto muro,
una puerta á aterrar, una batalla
disponer y mandar, y por su patria
pelear y vencer; mas de un palacio
el fingimiento ignora, ignora el arte
vil de lisonjear.

CARSENA.

Mas á un rebelde
á las leyes de Persia, y la de Asuero
proteger no sabrás?

TARSE.

Yo no defiendo
la acaso ya demasiado austera

y rígida virtud de Mardoqueo;
pero él merece compasion : sus dioses,
sus leyes y costumbres cada pueblo
tiene y venera. Un Persa en Palestina
fuera ménos tenaz del patrio culto,
que del suyo lo es en nuestra tierra
ese infelíz cautivo : mas ¿ seria
mas laudable que él ? en fin, Carsena,
ya es muy raro el valor, y yo lo estimo
donde lo encuentro. Amán, el Rey te espera (1)

## ESCENA QUINTA.

*Amán que con los ojos sigue por algun tiempo á Tarse en ademan de enojo, y de amenaza, y Carsena que le detiene.*

AMAN.

De la moderacion que tú me inspiras,
el bello fruto he aquí. Falta el respeto
donde falta el temor. Mas yo de Tarse
sabré la audacia reprimir.

CAR-

(1) Parte Tarse.

CARSENA.

Reprime
ántes una ambicion tirana y rea
de mil crueles injusticias.

AMÁN.

Dime,
si el querer dominar, y sobre todos
descollar y valer, fuera delito,
en la Corte del Rey, si no es Carsena,
¿inocente quien es? Ante las aras
de ese que llamas tú fantasma vano
de gloria y de ambicion, continuos votos
quien no presenta, y sempiterno incienso?
En fin, ó vana sea, ó verdadera
del honor la deidad, ella es el solo
Númen que Amán venera; y cuyo culto
debe celar; y tiemble quien le ofenda.

CARSENA.

Mas guárdate de contrastar con Tarse:
él no es en Persia un desvalido Hebreo:
del Rey goza el favor.

AMAN.

Y por lo mismo
es sospechoso á Amán, y su ruïna
necesaria. Del Rey en la presencia
si se atreve él á hablar de Mardoqueo,
como en la mia habló, de mis venganzas
puede el curso impedir.

CARSENA.

¿Y como puede
revocarse una ley que ha confirmado
del Rey la autoridad?

AMAN.

Carsena, mira
quanto de tí me fio: Asuero ignora
de esa ley el tenor.

CARSENA.

Mas yo firmada
con su sello la ví.

AMAN.

De Persia el sello
está en mi diestra; el Rey lo ha confiado
al arbitrio de Amán.

CARSENA.

¿Con que te cede
toda su autoridad?

AMAN.

¿Y como puede
sostener de un diadéma el grave peso
quien corrompido vive entre los dulces
cuidados de un serrallo? En esa augusta
cárcel dorada, en que un placer continuo
entre amorosos cepos aprisiona
á la suprema autoridad, que libre
coartára la nuestra: en ese centro
de las delicias todas, fastidiado
aun de su bella Ester, poco se cura
Asuero de reynar. El aureo cetro,
el brillante diadéma, el nombre vano
de Monarca él aun tiene, mas quien manda
á la Persia es Amán.

CARSENA.

¿Y en tanto colmo
de gloria y de poder echa Amán menos
el despreciable obsequio de un cautivo,

sin

sin mas nombre ni honor, que el que le ha dado
el ser de Amán rival?

AMAN.

¡Ah! por curarla,
tu exâsperas mi herida: los tesoros
que Persia me tributa, el alto grado
de honor en que me ves, y finalmente
del Rey todo el favor en nada estimo,
quando inflexîble veo ante mi cara
á ese orgulloso Hebreo, ¿é impunemente
de doce lunas por el largo curso
el me podrá ultrajar?

CARSENA.

La fatal urna
y las divinas suertes para entónces
la muerte destinaron de su Pueblo.

AMAN.

¿Que urna fatal? ¿que suertes? ¿que destino?
vanos fantasmas, misteriosos nombres
que inventó la sagaz razon de estado,
para tiranizar con las cadenas
de la superstición la mejor parte

del hombre, y que no puede la robusta
fuerza del hierro sujetar. La idea,
aunque falsa, de un Dios, ó de un destino
al nuestro superior, Carsena, sirve
á quien reyna de mucho.

CARSENA.

¿Aun con el cielo
tu vano orgullo, y ambicion soberbia
á contrastar se atreven? que destino?
que suertes? y por que las consultaste?

AMAN.

Necio consejo fué; mas la ignorante
plebe supersticiosa en todo quiere
que se mezclen los cielos, y obedece
ciegamente á una ley cuya injusticia
á sus ojos encubre un respetoso
velo de religion.

CARSENA.

Amán, si en algo
estimas mi amistad, de sentimientos
muda, y lenguage: tolerar no puedo
tanta impiedad en quien me llama amigo.

¿Y puedes tú negar que nos gobierna
un celestial destino?

AMAN.

Por ahora
omite esa qüestion. Yo creo solo
que Mardoqueo me ofende, y que no debo
su audacia tolerar por tanto tiempo. (1)
Le ves, Carsena, allí? Vendrá á insultarme
el soberbio otra vez. ¡Ah! de su vista
huyamos: me persigue en todas partes
esta sombra enemiga al honor mio. (2)

## ESCENA SEXTA.

*Mardoqueo entra en el palacio en ademan doloroso y pensativo, y despues viene Abiud por la misma parte por donde se fueron Amán y Carsena.*

CARSENA.

Atác con la respuesta de la Reyna
no

(1) Mardoqueo comparece en el atrio paseándose delante de la puerta.
(2) Parte Amán indignado, y le sigue Carsena.

no vuelve aún: no sé de su tardanza
qué esperar ó temer. ¿Mas yo de Edisa
desconfiar podré? Cielos! que veo!...
Santo Abiud, tu aqui? ¿Mas que te trae
fuera de tu costumbre á esta profana
peligrosa mansion?

ABIUD.

No me ha costado
leve fatiga el encontrarte en ella.
He preguntado á mil por ti, y ninguno
me quiso á tí guiar: al fin ahora
tropecé en dos Señores, por su trage
y la tropa servil que los seguia,
tales me parecieron, y uno de ellos
(si es que no me engañó el oido debil)
el nombre profirió de Mardoqueo.
Por tí le pregunté con respetosa
reverencia cortés: se paró airado,
por qué razon no sé; y atentamente
de la cabeza al pie despues de haberme
por una, dos y tres veces mirado;
me volvió las espaldas, su camino

prosiguiendo sin dar otra respuesta
á mi humilde demanda.

MARDOQUEO.

Maravilla
no te cause.

ABIUD.

Lo sé ; la cortesía
nació en las cortes, pero no se alberga
en las soberbias casas de los Reyes,
sino es en las del campo humildes chozas.

MARDOQUEO.

Y ese que tú encontraste era sin duda
nuestro enemigo Amán.

ABIUD.

Amán!

MARDOQUEO.

Sí, acaba
de ausentarse de aquí.

ABIUD.

Me lo decia
el corazon : al verle, un repentino
incógnito pavor toda la sangre

en las venas me heló. ¡Que fiero aspecto!
¡que mirada cruel! presencia digna
de un verdugo de Dios. Entiendo ahora
por qué te nombraria, y de su airado
silencio la razon. Dime... ¿hay peligro
de que alguno nos oiga?

MARDOQUEO.

Aquí no veo
uien nos pueda escuchar.

ABIUD.

Con todo tiemblo
los labios al abrir. En los palacios
oí decir que escuchan las paredes,
y que los techos hablan. Dime, á Asuero
se presentó la Reyna?

MARDOQUEO.

Aun no.

ABIUD.

¿A que aguarda?

MARDOQUEO.

Tiempo ha que envié de sus demoras
á indagar la razon; pero aun no ha vuelto

el mensagero fiel.

ABIUD.

Pues entretanto
con el vigor del cuerpo la esperanza
va faltando á Israél. Las tristes madres
desfallecer ya ven entre sus brazos
á los tiernos infantes, que no puede
con la abstinencia y largo llanto exâusto
su pecho alimentar. Las doloridas
vírgenes de Judá yacen por tierra
pálidas sin vigor, y no pudiendo
su pena mitigar ni aun con el llanto.
Despues de haber de nuestro Dios el nombre
sin cesar por tres dias invocado,
seca, y al seco paladar pegada
la lengua enmudeció de los Levitas.
Y no pudiendo ya los Sacerdotes
al cielo levantar sus flacos brazos,
mudos se abrazan con el duro suelo,
y en el polvo sus frentes estampando...

MARDOQUEO.

Abiud, no prosigas, si no quieres

ver-

verme morir de pena.

ABIUD.

¿Y que dirias
si oyeses los clamores sediciosos
de algunos que la causa á ti atribuyen
de tanto mal, y á murmurar empiezan
contra tí y contra mí, que los traemos
engañados con falsas esperanzas?

MARDOQUEO.

Ingrato Pueblo y necio! ¿á Mardoqueo
correspondes asi?.. Mas de la Reyna
vuelve ya el mensagero, y su semblante
faustas nuevas me anuncia.

## ESCENA SEPTIMA.

*Mardoqueo, Abiud, y Atác que viene alegre y presuroso.*

ATAC.

Mardoqueo....
creia hallarte solo.

MARDOQUEO.

De este anciano

ministro de mi Dios no temas nada:
debí fiarle el compasivo afecto
con que nos mira Ester.

ABIUD.

El cielo llueva
sobre su humano generoso pecho
mil bendiciones, y con larga mano
premie tanta piedad.

MARDOQUEO.

En fin ¿la Reyna
que resolvió?

ATAC.

No sé que poderosa
oculta fuerza tus palabras tienen
sobre el alma de Ester. Abandonada
en brazos de un dolor, de que ninguno
la causa pudo penetrar, tres dias
ha pasado y tres noches retirada
de todos, reusando aun el preciso
alimento y reposo, en nada alivio
hallando su afliccion sino en el llanto.

ABIUD.

Mas dime, buen gentil, así te alumbre
el cielo con su luz....

MARDOQUEO.

No le interrumpas: (1)
prosigue Atác.

ATAC.

Apenas de mi boca
oyó tu voluntad, en su semblante
pálido, desmayado y macilento,
empezó á relucir un claro rayo
de alegría y vigor: entre las negras
lúgubres tocas y el funesto polvo,
que cubrian su inculta cabellera,
su frente apareciendo como suele
dexarse ver entre las densas nubes
de una obstinada tempestad el arco,
que á los campos anuncia y á los hombres
paz y serenidad. Y así llamando
á su querida Beroe, en mi presencia
apres-

(1) Volviéndose con impaciencia ácia Abiud.

aprestar le mandó las ricas galas,
con que se adorna solo quando debe
á Asuero presentarse.

MARDOQUEO.

Atác ¿ que dices?
con que Ester... ay de mí! Desventurado
Mardoqueo infelíz!

ABIUD.

Mas de este modo (1)
¿ahora que te angustia? Atác prosigue.

ATAC.

En fin con el nupcial purpureo manto
pomposa Ester, y entre otras mil brillantes
joyas trayendo la imperial diadema,
que el mismo Asuero la ciñó en el dia
de su coronacion, Atác; me dixo,
lo que has visto refiere á Mardoqueo:
y luego que del trono Amán se aleje,
vuela el aviso á darme. Ingrata ahora
no llamarás á Ester.

MAR-

(1) Volviendose enojado contra Mardoqueo.

MARDOQUEO.

Atác, amigo,
ay! ten de mi piedad. Ya de su boca
lo has oido, Abiud. Dexadme ahora
solo aquí suspirar.

ATAC.

Mas yo no entiendo
de tu afan la razon. Con tantas ansias
no deseaste, que la Reyna fuese
á declarar vuestra inocencia á Asuero?
pues ya va á complacerte.

MARDOQUEO.

Mas va expuesta
de un Monarca al furor, y á los rigores
de una bárbara ley.

ATAC.

¿Y en tal peligro
á entrar quien la obligó?

MARDOQUEO.

Sí: un inhumano
fuí: lo sé, y un cruel. Ah! no. Ve, dila...
Mas donde te transporta, Mardoqueo,

una rea piedad ?

ATAC.

La Reyna pronta
está siempre á tu voz ; y si oportuno
juzgas el que difiera á mejor tiempo...

MARDOQUEO.

¿Y que ha de diferir ?

ATAC.

El presentarse,
sin ser llamada , al Rey.

MARDOQUEO.

Del cielo un rayo
su diadema disuelva en polvo y humo,
si á sus promesas fuere infiel la Reyna.

ATAC.

¿Y quien te ha de entender ? Pero entretanto
Amán puede salir. Tú , buen anciano,
sabrás mejor calmar de Mardoqueo
el interno tumulto : y si la Reyna
está á vuestro favor , contra vosotros
será de Amán qualquiera esfuerzo vano. (1)

ES-

(1) Parte Atác.

## ESCENA ULTIMA.

*Abiud, y Mardoqueo, que dando muestras de una extrema agitacion interna, se encamina ácia la puerta, y despues vuelve ácia donde está Abiud, apoyándose en la pared, y alzando los ojos al cielo.*

ABIUD.

¡Inefable bondad, suma é infinita
de nuestro grande Dios! Aun en el colmo
de su enojo mayor jamás se olvida
de su misericordia. El á las puertas
nos lleva de la muerte, y de allí él mismo
á las sendas nos vuelve de la vida.
El nos hiere, y nos sana: y con la diestra,
que de justo furor antes armada
nos castigó, despues el llanto enjuga
de nuestros ojos, convirtiendo en gozo
nuestro luto y dolor. ¿Y quien pensara
que en medio de este Pueblo conjurado
todo contra nosotros, se hallaria
una muger piadosa en favor nuestro
tan empeñada? Pero tú suspiras,

Mar-

Mardoqueo; ¿y por qué?

MARDOQUEO.

É indiferente
quieres que el riesgo mire á que se expone
por salvarnos Ester? (1)

ABIUD.

¿Y de la Reyna
el peligro te aflige y turba tanto?
Llora sobre estas canas infelices,
que llenas de afliccion y de amargura
en breve llevaré de Abrahan al seno;
llora sobre Jacob, sobre las hijas
de la santa Sion vierte ese llanto,
que una infiel no merece.

MARDOQUEO.

¡Ah! si supieras
quien es Ester, infiel no la llamaras,
sino infelíz. Mas ya que hoy debe á todos
revelarse este arcano, de mi boca
Abiud lo sabrá. Mi hija Edisa

con

(1) Enjugándose los ojos.

con el nombre de Ester reyna en la Persia.

ABIUD.

Como? que dices? que? Reyna tu hija?

MARDOQUEO.

No lo dudes.

ABIUD.

No dudo que deliras.

MARDOQUEO.

Mas quando Mardoqueo lo asegura,
debe Abiud creerlo.

ABIUD.

¿Y no la diste
por muger de tu Tribu á un rico Hebreo
fuera de Susa?

MARDOQUEO.

Se esparció con arte
tal voz, para ocultar su verdadero
destino; pero Edisa en Susa vive
y es del Rey la consorte.

ABIUD.

Y tu á un inmundo
la uniste?

MAR-

MARDOQUEO.

Hacerlo así me inspira el cielo;
por tal medio esperando al Pueblo mio
de esclavitud librar.

ABIUD.

¿Mas como pudo
una infelíz cautiva á gloria tanta
aspirar y subir?

MARDOQUEO.

La bastó el solo
medio de su belleza. Se buscaba
por las Provincias de este vasto imperio
una doncella, que aliviar pudiese
de su hermosura con el dulce encanto
la amarga soledad, y las tristezas
que en el pecho del Rey dexó la bella
repudiada Bastí. Juzgué que Edisa
á tan honrosa y contrastada palma
pudiese concurrir. Entre mil bellas
fué presentada á Asuero, y mas que todas
Edisa pareció graciosa y bella
á los ojos del Rey, que por consorte

y Reyna la eligió.

ABIUD.

Y Asuero tiene
por consorte á una Hebrea, y nos condena
cruelmente á morir?

MARDOQUEO.

Asuero ignora
la condicion de Edisa: yo la impuse
severa ley de mantener oculta
su patria y religion hasta que el cielo
nos mostrase el momento de poderlas
con fruto descubrir. Inutil fuera
el ocultarlas mas; y es peligroso
revelarlas á un Rey voluble, altivo,
celoso de su honor, pronto á irritarse,
y que en vez de moverse con los ruegos
de una esposa á piedad, de su silencio
puede ofenderse acaso.

ABIUD.

Pero Edisa
con su gracia y beldad se habrá ganado
de Asuero el corazon.

MARDOQUEO.

Ese fué el triunfo
de su reciente amor. Despues, ó sea
de la amorosa llama usado efecto,
ó malicia de Amán, ó culpa mia,
ó destino infelíz del Pueblo nuestro,
en el pecho del Rey se ha resfriado
aquel primer ardor.

ABIUD.

Ese es el fruto
de una ilícita union, y de un profano
nudo que el cielo no formó, y no debe
el cielo prosperar. Por medios tales
no se salva á Israél; y en vano buscas
nuestra felicidad con un delito.

MARDOQUEO.

Así lo llamas tú! pero si el Santo
Dios de Jacob no aprueba mis designios;
¿á una Hebrea infelíz de Persia al Trono
ensalzar para que? ¿De Edisa el padre
y la Nacion pudieron encubrirse
sin que á ocultarlos concurriese el cielo?

ABIUD.

Pero dime ..

MARDOQUEO.

Despues mejor de todo
informarte podrás. Del Pueblo ahora
la esperanza á alentar vamos, y al suyo
unido nuestro llanto invocaremos
el Angel del Señor para que venga
á dirigir los pasos, y la lengua
á gobernar de Edisa.

ABIUD.

Ya te sigo. (1)

(1) Parte Mardoqueo, y Abiud en pos de él encogiendo los hombros.

# ACTO SEGUNDO.

*La Escena representa un pequeño gabinete de Ester, con un camapé al un lado, y al otro un tocador.*

## ESCENA PRIMERA.

*Ester pomposamente vestida mirándose atentamente á un espejo que tiene en la mano, el qual despues arroja al suelo con indignacion.*

ESTER.

¡Ah! que Edisa jamas el arte supo
de engañar y fingir; y en vano llama
al semblante un vigor de que carece
su enfermo corazon. ¿Esfuerzo y brio
que me aprovecha aparentar, si apenas
puedo en pie sostenerme? (1) El regio manto,
el diadema Imperial, todo el pomposo
fausto brillante que me adorna el cuerpo,
no bastan, no, á ocultar la interna pena
que

(1) Se sienta.

que me funesta el alma, y que á mis ojos
se asoma pertinaz. Ay! padre amado,
quanto, quanto me cuesta obedecerte!
Lo sé; te debo con la vida un Trono:
mas no nació para reynar Edisa;
y con el Trono el don te volvería
de una vida infeliz, ántes que verse
por ti obligada á merecer de Asuero
la justa indignacion. ¿Y como puedo
á sus airados ojos presentarme,
sin morir de temor? Mas que? (1) ¿yo misma
doy peso á las razones que enflaquecen
mi lánguida virtud? ¡Edisa ingrata!
¿Al fiel, y tierno amor de Mardoqueo
correspondes así? ¿te has olvidado
sobre el Trono de Persia, de la pronta
obediencia filial, con que escuchaste
siempre su voz, en los felices dias
de tu antigua humildad? (2) La vida, el Trono,

 de

(1) Se alza en pie.
(2) Despues de una breve suspension, prosigue con resolucion y viveza.

de un Monarca el amor, todo se arriesgue
por salvar á Israél. Dios de mi padre,
de sus labios pendiente yo mil veces
atónita escuché las maravillas,
con que á nuestros abuelos rediiniste
de la Egypcia opresion. Del brazo tuyo
no se abrevió el poder; defiende ahora
tu heredad del horrible torbellino
que la va á desolar. Constancia dame,
confirma mi virtud ante la cara
de este feróz leon; está en tus manos
el destino de Edisa, y de tu Pueblo.
Beroe, Palmirá.

## ESCENA SEGUNDA.

*Ester paseándose animosa, y Beroe y Palmira que vienen presurosas por diversas partes.*

BEROE.

¿Que mandais?

ES-

ESTER.

Seguidme. (1)

PALMIRA.

Beroe, ¿y adonde va?

BEROE.

Desventurada
Reyna infelíz! corriendo va á la muerte. (2)

## ESCENA TERCERA.

*Sala de Audiencia con trono á un lado, y sobre el trono un cetro Real; y en el fondo una puerta que da vista á un jardin, de donde viene Asuero conversando con Tarse y Carsena.*

ASUERO.

Carsena dice bien: y que aprovecha
leyes multiplicar? pocas ser deben,
pero sabias y justas las que enfrenan
la libertad de un Pueblo.



(1) Parte Ester.
(2) Parten las dos en pos de Ester.

CARSENA.

Mas conviene
su observancia celar, principalmente
en las personas, cuyo exemplo sirve
de norma á los demas. Si á un poderoso
violar ve la plebe impunemente
una ley soberana, á despreciarla
ella tambien se atreve, ó la aborrece
como un iniquo yugo, que no oprime
sino es á quien no puede sacudirlo.

ASUERO.

Y con la ley tambien odia y desprecia
á su legislador.

TARSE.

Señor, la Reyna
ácia aquí se encamina.

ASUERO.

Ester! ¿te engañas?

TARSE.

Viene con lento paso; pero en breve
presente al Rey será? (1)

ASUE-

(1) Asuero mira ácia la parte por donde viene Ester.

ASUERO.

Y Ester se atreve,
sin ser del Rey llamada, á la presencia
del Rey comparecer? (1) Un tal encuentro
mejor fuera evitar.

TARSE.

Pero quien sabe
lo que la obliga aquí á venir?

ASUERO.

Carsena,
y tú has enmudecido?

CARSENA.

Mal exemplo
á las Reynas de Persia dió la bella
y soberbia Bastí.

ASUERO.

¿Y Ester se atreve
á imitarla?

TARSE.

Será nuestra presencia
aquí importuna.

ASUE-

(1) Confuso, y dudoso.

ASUERO.

No, venid; (1) vereis
despedazado el vergonzoso yugo
que nos sujeta al femenil imperio.
Nuestra debilidad su dominante
orgullo aumenta: y hoy verá la Persia
lo que soy, lo que puedo, y que sus leyes
no desprecia una Reyna impunemente.

## ESCENA QUARTA.

*Asuero, que al compárecer á su vista Ester se alza en pie en ademan colérico, y feroz. Ester que viene apoyada sobre el brazo de Beroe, y seguida de Palmira que la sostiene lo que arrastra del manto Real; y advirtiendo el enojo del Rey se turba, y confunde. Carsena y Tarse al lado del trono, aquel en ademan severo, y este en acto compasivo.*

ESTER.

Que semblante feróz! con que terribles ojos

(1) Sube al trono, empuña el cetro, y se sienta con

ojos me mira el Rey! Beroe, ay!..

BEROE.

Huyamos

de su vista primero que fulmine
la sentencia fatal.

ESTER.

Huir quisiera,

pero los flacos pies... aquí me aferra...
y me agrava el temor... Al fin se acabe
de penar, y morir. (1) Grande Artaxerxes,
á vuestros pies (2) Ester. Beroe, ay! yo muero. (3)

ASUERO.

Socorredla. (4) ¿Que estraño, que funesto
impensado accidente? Tarse, vuela;
ve, Carsena: traed para animarla
algun jugo vital. (5) ¡Bárbaro Asuero!

ES-

con ayre de autoridad.

(1) Desprendiendose con resolucion de los brazos de Beroe.

(2) De rodillas al pie del trono.

(3) Cae desmayada.

(4) Acuden Beroe, Palmira, Tarse y Carsena á levantar á Ester apoyándola sobre los brazos de Beroe y Palmira.

(5) Parten Tarse y Carsena.

## ESCENA QUINTA.

*Ester prosigue desmayada entre los brazos de Beroe y Palmira que la sostienen en ademan lloroso, y Asuero observa atentamente á Ester en acto de compasion y dolor.*

BEROE.

Me lo decia el corazon!

ASUERO.

Moviera
los riscos á piedad! Y así ¿qué pudo
angustiarla?

PALMIRA.

Señor, la causa ignoro
de tan violento afan.

ASUERO.

Ester amada,
Ester, hermosa Ester...

ESTER.

¿Qué dulce acento (1)
del

(1) Abriendo los ojos, é incorporándose sin mirar á Asuero.

del tenebroso reyno de la muerte
me traxo al de la luz? Ay! que es Asuero. (1)

ASUERO.

Sí, bella Ester, no temas; soy tu esposo,
tu hermano soy; Ester... ¡ay! no responde.

BEROE.

Un helado sudor la inunda el pecho.

PALMIRA.

El corazon apenas se la siente
palpitar en el seno.

ASUERO.

¡Asuero ingrato!
¿Y tú podrás vivir, si Ester no vive?
Ester, (2) querida Ester... Cielos! que veo?
De mortal palidéz ya sus megillas
se empiezan á teñir. (3) Desapiadado!
inhumano! cruel! bárbaro Asuero!

ES-

(1) Viendo á Asuero cae otra vez desmayada.
(2) Tomándola de la mano.
(3) Besándola la mano la dexa caer sobre el seno de Ester, que no da señal de vida.

## ESCENA SEXTA.

*Ester prosigue sin dar señal de vida entre los brazos de sus doncellas. Asuero como transportado de un ímpetu de furor corre ácia diversas partes de la Escena, y se encuentra con Tarse y Carsena que vienen por diversas partes, trayendo uno una taza de oro en la mano, y otro un botecillo de plata.*

TARSE.

Aquí Señor...

CARSENA.

La vida aquí...

ASUERO.

Dexadme
morir de pena: Ester ya no respira.
Y yo el verdugo fui, que de sus dias
el estambre corté. Mas que imprudencia
fué la vuestra? ¿Por qué no refrenasteis
mi indiscreto rigor? La vida, el trono
sin Ester aborrezco, y me es odiosa
del sol la luz... Por este inútil cetro
un puñal quien me dá? Tarse, esa daga,
pres-

presto entrega á tu Rey.

TARSE.

No debo ahora
á Asuero obedecer.

ASUERO.

Traidor! (1) Carsena,
apréstame un veneno.

CARSENA.

¿Y que remedia
el beberlo?

ASUERO.

Cruel! (2) Guardias.

TARSE.

Ninguno
aquí se atreva á entrar. (3)

ASUERO.

Que? temerario!

TAR-

(1) Mirando con indignacion á Tarse, y despues volviéndose á Carsena.

(2) Mirando á Carsena con enojo.

(3) Tarse entrega á Carsena el vaso que tiene en la mano, y Carsena con el suyo los da á Beroe y Palmira, ayudando el tambien á confortar á Ester.

TARSE.

De mi Rey el honor me obliga á serlo.

ASUERO.

Amán, ¡ah! ¿donde estás? Amán conmigo
mas piadoso seria... Un precipicio
mi vida acabará.

TARSE.

¿Y á donde ciego
te conduce el furor? (1)

ASUERO.

¿Y así se ultraja
la persona del Rey? Tarse, á lo menos
déxame de dolor morir al lado
de la infelíz Ester.

CARSENA.

Señor, la Reyna
respira aun; y á su semblante ha vuelto
de la vida el color.

ASUERO.

¡Ah! tú me engañas. (2)
Jus-

(1) Aferrando por la mano á Asuero.
(2) Desprendiéndose con violencia de Tarse va á Ester.

Justo Cielo! es verdad, amada esposa
Ester... Divina Ester... (1)

ESTER.

Ay! quantas veces
Ester debe morir! ¿ Que fria mano
me oprime el corazon ?

ASUERO.

Ester querida,
No, no te afanes mas; vive, si quieres
que contigo tambien no muera Asuero.

ESTER.

Señor... (2) una infelíz... piedad implora...

ASUERO.

Piedad ten tú de mí.

ESTER.

Perdon te pide...

ASUERO.

De tí perdon, piadosa Ester, espera
un esposo cruel.



(1) Ester vuelve en sí; pero sin incorporarse.
(2) Incorporándose.

ESTER.

Yo he merecido
el enojo del Rey.

ASUERO.

Tú mereciste
siempre mi amor, hermosa Ester; no temas:
esa severa ley que obliga á todos,
no te obliga á tí, no. Prenda segura
de mi gracia recibe en este cetro
que depongo á tus pies. (1) Sí, Ester; recobra
el perdido vigor sobre este trono
que contigo divido; (2) y si le aceptas,
todo es tuyo.

ESTER.

Del trono no me curo,
si fuere el corazon de Asuero mio.

ASUERO.

¿Y de eso dudas? ¿De mi amor en prendas
te basta la mitad del Reyno mio?



(1) Ester respetosamente besa el cetro poniéndoselo despues sobre la cabeza, y alzándose en pie ayudada de Asuero.

(2) Dándole la mano para subirla al trono.

ESTER.

De la piedad del Rey esperar tanto
no debe una infelíz; pero otra gracia
pediré á mi Señor en mejor tiempo.

ASUERO.

¿Y ahora por qué no? Tarse, Carsena,
retiraos de aquí. (1)

ESTER.

¿Y en este estado
que podré hacer? Gran Dios, dame consejo.

## ESCENA SEPTIMA.

*Ester sentada, y perturbada sobre el trono, y Asuero al pie de él en ademan amoroso.*

ASUERO.

En que riesgo, adorada Ester, me puso
tu peligroso afan; pues ya creyendo
muerta la luz de tus hermosos ojos,
odiosa la del sol era á los mios.
Y si de Tarse la piadosa mano



(1) Todos se retiran, y Asuero los acompaña hasta que se ocultan dentro de la Escena.

no refrenara mi furor, tu Asuero
no respirara ya.

ESTER.

Lo sé; importuna
y no esperada vine aquí, el reposo
á turbar de mi Rey.

ASUERO.

Mejor me suena
en la boca de Ester de esposo el nombre
que el título de Rey. De tí yo exijo,
mas que respeto, amor; y mal con este
acorda y une aquel. ¿Pero que pudo
de tal modo angustiarte?

ESTER.

Esposo amado,
yo vi tus ojos (de este modo Asuero
no me miró jamás), yo vi tus ojos
de vivo fuego despedir centellas.
Del Rey la cara un resplandor ceñía,
como el que suele de un celeste numen,
ó del sol en un dia terso y claro
la faz iluminar. Del cetro en cambio

una

una espada empuñabas que su punta
asestaba á mi pecho. Obscura niebla
saliendo de tus pies, del trono augusto
me enlutó el resplandor. Bramido, ó trueno
la voz me pareció con que tus labios
murmurando rugian de mi muerte
la sentencia cruel.

ASUERO.

Vanas ideas
que acaso en tu turbada fantasía
pintado habrá el temor. Pero en tal modo
al decoro de Ester no convenia
presentarse á un esposo.

ESTER.

Yo... impelida
de mil angustias y temores, vine
aquí sin libertad.

ASUERO.

De mil angustias!
y que temores de una esposa mia
pueden la paz turbar?

ESTER.

Cielos! ¿que he dicho? (1)

ASUERO.

Ester, ¿por qué te turbas?

ESTER.

Declararme
mas no puedo. (2) Señor...

ASUERO.

Mas tu silencio
puede, (3) y debe ofender á quien te ha dado,
tantas pruebas de amor.

ESTER.

¿Y Asuero olvida
por tantos dias á quien ama tanto?

ASUERO.

¿Que dices? ¡yo olvidarte! (4) ¡Ah! razon tienes
para quejarte así. Mas no prosigas,
bella Ester, reprendiendo un inocente
involúntario olvido. O los cuidados

que

(1) Turbada y volviendo el rostro á otra parte.
(2) Se alza en pie y baxa del Trono.
(3) En tono grave y enojado.
(4) Pensativo y confuso.

que á la mente de un Rey hacen continua
corte enfadosa ; ó la atencion que exige,
de quien juzga, sustenta y manda un Pueblo,
el empleo infelíz ; ó... no, no acierto
la causa á averiguar que me ha robado
por tan largo intervalo la memoria,
de tí no sé si diga, ó de mí mismo.

ESTER.

¿Con que en tu gracia estoy?

ASUERO.

Con tal demanda
tú me injurias. Hermosa Ester, te adoro,
eres mi único amor, la sola llama
que arde en el pecho mio : y de esto en prueba
¿qual, di, te puedo dar?

ESTER.

De Asuero en gracia
si está la humilde Ester, el Rey se digne
de honrarla hoy en su mesa.

ASUERO.

Tú me pides
un favor que redunda en favor mio.

De mis tesoros, de mi vasto Imperio
pídeme la mitad.

ESTER.

Pues tan benigno
se muestra Asuero con su humilde esclava,
los labios otra vez en la presencia
abriré de mi Rey. ¿ Amán pudiera
á tu lado venir ?

ASUERO.

No sé si exemplo
de eso habrá. (1) Pero á Ester nada se niega. (2)

ESTER.

El Cielo favorece mis designios.

ASUERO.

Arbona, avisa á Amán que pronto venga
la Reyna á complacer : Ester le quiere
hoy honrar en su mesa. (3) Tal fortuna
no se la espera Amán ; pero él es digno

de

(1) Suspenso.

(2) Apartándose de Ester, y haciendo señal de llamar á alguno, y viene Arbona.

(3) Hace señal á Arbona para que parta, y despues lleno de complacencia se vuelve á hablar con Ester.

de tu gracia tambien. ¡Quanto yo debo
á este Ministro fiel! Sobre sus hombros
cargarse quiso el peso insoportable
de un Imperio tan vasto, á mí cediendo
la augusta Magestad, la gloria, el fausto
y el placer de reynar. Quien á Amán honra
á mi me honra; y quien le ofende, ofende
la persona del Rey, y es enemigo
de mi felicidad.

ESTER.

Cielos! que escucho? (1)

ASUERO.

La envidia en vano contra Amán mil lazos
y calumnias urdió. Yo sé á quien honro,
y en quien mi confianza deposito.
Persia felíz! á quien la suerte cupo
de adorar en Amán. ¿Mas tú te turbas
y te angustias de nuevo? Así afanarte
ahora que pudo Ester?

ESTER.

Yo desfallezco.

Per-

(1) Para sí.

Permíteme, Señor, que lejos lleve
de aquí mi turbacion. Temo con ella
del grande Asuero, y de este augusto trono
el decoro ofender.

ASUERO.

¿Y en este estado
te puedo abandonar? Guardias (1), Carsena,
tú espera á Amán, y conducirle puedes
á la mesa de Ester. Síguenos, Tarse. (2)

## ESCENA OCTAVA.

*Carsena despues de haber estado por algun tiempo suspenso, y como fuera de sí.*

Venturoso mortal! hasta la Reyna
en honrarle se empeña con tan grande
jamas visto favor. Y Aman en tanto
lleno de gloria, Aman (¿quien lo creyera?)
se reputa infelíz, porque le falta
la

(1) Viene Tarse y Carsena, y algo despues Beroe y Palmira.

(2) Por la parte del jardin se retira Asuero dando el brazo á Ester, que camina afanada, y volviendo el rostro ácia Beroe que la sigue con Tarse y Palmira.

la vana adoracion de ese extrangero.
¡ Mísera humanidad ! el cielo en vano
te destina una suerte venturosa,
si contra sus decretos tú te obstinas
en vivir infelíz y descontenta.

## ESCENA IX.

*Aman que presuroso se encamina ácia el trono, y Carsena que le detiene en medio del camino.*

CARSENA.

¿ Y á donde ciego vas ?

AMAN.

La Reyna.. Asuero...
Carsena, donde están ?

CARSENA.

Ahora acaban
de ausentarse de aquí. Mas yo al banquete
te debo conducir.

AMAN.

Por un momento
déxame aquí calmar del alma mia

la

la extrema turbacion: Carsena, amigo
vengo fuera de mí.

CARSENA.

Me lo figuro,
de contento y placer

AMAN.

Mejor dirias
de rabia, de furor, y de despecho.

CARSENA.

Te entiendo ya: hablarás de Mardoqueo.

AMAN.

Sí; de ese horrible monstruo, cuya vista
todas las fuentes turba, y envenena
de mi felicidad. Alegre y vano
con la gracia de Ester ahora entraba
en el Real palacio; quando miro
á mi indigno rival, que comprimiendo
su iniqua barba con la diestra mano
y con los ojos en la tierra fixos
meditar parecia alguna negra
oculta trama contra mí. Adorado
de quantos en el atrio me esperaban,

á su lado pasé: pero el maligno
fingiendo de no verme, mas inmoble
y fixo se quedó que el duro mármol
sobre que se apoyaba.

CARSENA.

Acaso absorto
en su penoso afan no habrá advertido
que fuese Amán quien le pasaba al lado.

AMAN.

¿No advertirlo? Carsena mal conoces
al perverso caudillo de una raza
por su Dios, por su ley, por sus costumbres
y por su obstinacion, diversa en todo
de todas las familias de la tierra...
Pero no quiero de tan fausto dia
el curso funestar con la penosa
y triste reflexîon de los ultrages
que recibe mi honor de un vil Hebreo.
¿Con que la bella Ester hoy en su mesa
con el Rey me desea?

CARSENA.

¿Y quien no envidia

la fortuna de Amán?

AMAN.

¿Tarse que ha dicho?

CARSENA.

¿De Tarse que te importa? De la Reyna
has sabido el afan?

AMAN.

De todo Arbona
al venir me informó. ¿Mas que motivo
la pudo así angustiar?

CARSENA.

El fiero enojo
con que el Rey se mostró ofendido al verla
venir aquí, sin ser del Rey llamada.

AMAN.

Con que sin ser llamada, á la presencia
Ester vino del Rey?

CARSENA.

Pero bien caro
pagó su atrevimiento; como herida
de un improviso rayo, al pie del trono
semiviva cayó.

AMAN.

AMAN.

¿Y Asuero entonces?

CARSENA.

De furioso leon en un cordero
manso se transformó: y á Ester mil pruebas
dando de un ciego amor, al fin con ella
solo aquí se quedó. A breve rato
te mandaron llamar; yo ignoro el resto.

AMAN.

Para turbar la mal segura calma,
que empezó á serenar el pecho mio,
sobrado me dixiste. Ester no vino
sin grave causa aquí; ni se atreviera
una ley en la Persia tan sagrada
la Reyna á violar...

CARSENA.

¡Que ley sagrada!
¿quieres que Ester ignore el alto imperio,
que sobre el corazon de Asuero exerce
su beldad peregrina? ¿y que no sepa
que si mudas no están, gritan en vano
las leyes del rigor contra un delito

que

que ha de juzgar un ofendido amante?

AMAN.

Pero la turbacion de Ester declara
y prueba su temor.

CARSENA.

Del débil sexô
comun freqüente achaque.

AMAN.

Y poderosa
arma tambien en la maestra mano
de la muger, á quien naturaleza
negó del cuerpo la robusta y dura
fortaleza viril, mas dió un ingenio
pronto y fecundo de artificios.

CARSENA.

Como
lo es el de Amán para encontrar razones
de sospechar y de temer en todo.
¿Y en el auge en que estás, de quien tú puedes
temer en Persia?

AMAN.

De los Grandes temo

la

la envidia y el poder: y de la plebe,
(de quien le manda descontenta siempre)
temo el fácil furor. Los mismos vivas,
con que tal vez me aclama, me parecen
gritos de sedicion. Sobre la frente
de aquellos que me doblan las rodillas,
con el odio, y la rabia impresa leo
la desesperacion. En cada diestra
de aquellos que agravié, se me presenta
un sangriento puñal. En cada amigo
temo un traydor, y mas que todo ahora
temo el favor de Ester.

CARSENA.

Este es el fruto
de la insana ambicion, y del tirano
despótico poder, que yo mil veces
en vano reprendí. De nadie teme
quien á nadie ofendió: teme de todos
el que quiere de todos ser temido.
El favor de un Monarca, el alto grado
de poder en que estás podrá librarte
del rigor de las leyes de la tierra:

mas no del de una ley que está en el Cielo,
y está impresa en el fondo de tu alma.
¡Severa ley! que á tí contra tí mismo
te obliga á ser Juez recto, y ser verdugo
de su rigor, y á tolerar la pena
de un eterno cruel remordimiento:
solo en el recto obrar la paz se encuentra.

AMAN.

Aunque forzado y con rubor me obligas
á confesarlo al fin: llevar no puede
ni el mismo Amán de su soberbia el peso.
Y yo mismo á mis solas muchas veces
conozco, y aun reprendo los excesos
de mi ambicion cruel: y si yo viese
humillado á mis pies á Mardoqueo:
no, Carsena, no soy tan inhumano....

## ESCENA X.

*Atác y los dichos.*

ATAC.

En la mesa de Ester el Rey ansioso
espera á Amán.

AMAN.

AMAN.

Carsena... Ven conmigo. (1)

## ESCENA XI.

*Atác pensativo, y despues Mardoqueo.*

ATAC.

¿Y como podré yo de Mardoqueo
la impaciencia acallar? Pero él ya acaso
del éxito infelíz de sus designios
sabidor, suspirando ácia aquí viene.

MARDOQUEO.

A Atác podia yo esperar.

ATAC.

Del lado
de la Reyna jamás se alejó Asuero
hasta ahora, que Ester conmigo pudo
sin testigos hablar. ¿Mas tú supiste
su mortal turbacion?

MARDOQUEO.

¿Quieres que ignore
lo que es público en Susa? ¡Ah! no eran vanos

 mis

(1) Parten ámbos por la parte del jardin.

mís temores, Atác.

ATAC.

¿Y que podia
en tal estado hacer?

MARDOQUEO.

Como ha podido
un favor en la Persia nunca usado
para Amán obtener, tambien podia
de mi inocente miserable Pueblo
la salud implorar.

ATAC.

Pues lo que entónces
executar no pudo, ahora promete
en el banquete hacer.

MARDOQUEO.

A que convida
al mortal enemigo de mi Pueblo.

ATAC.

Con tan raro favor acaso intenta
ganarse á Amán, sin cuyo influxo sabes
que aquí un pie no se mueve ni una mano.

MARDOQUEO.

¡Débil muger, y mal aconsejada!

ATAC.

Para desconfiar de Ester espera
del banquete hasta el fin. Mas yo en él debo
á Amán servir; de quanto en él ocurra
aviso pronto te daré en el atrio. (1)

## ESCENA ULTIMA.

*Mardoqueo, y despues Carsena.*

MARDOQUEO.

¡Maldito el hombre que en el hombre fia!
y necio aquel que su esperanza funda
en femenil promesa.

CARSENA.

Aquí te traxo
tu buena suerte á tiempo. Alegres nuevas
yo te puedo anunciar.

MARDOQUEO.

¡Alegres nuevas!
¿De quien, y sobre que?



(1) Parte Atác.

CARSENA.

Sobre tu Pueblo
injustamente condenado á muerte;
pero no morirá: vuestra inocencia
protege el Cielo, y á mi patria libra
de tanto deshonor.

MARDOQUEO.

¿ Pero á que mano
deberá su salud el Pueblo mio?

CARSENA.

Debeis la vida á Amán.

MARDOQUEO.

¡A Amán! ¿te burlas
de un infelíz, Carsena?

CARSENA.

Aunque extrangero
y peregrino en Persia, saber puedes
que de engañarte es incapaz Carsena.
No lo dudes; Amán está resuelto
y pronto á revocar la ley tirana,
que á morir os condena.

MAR-

MARDOQUEO.

Y mas penosa
me fuera á mí una vida que la muerte
si fuese don de tan iniqua mano.

CARSENA.

Despues de tantos años que respira
el ayre de la Persia Mardoqueo,
depuesto haber debiera el patrio orgullo
y la nativa natural fiereza.
¿Y entre vosotros por virtud se estima
una ira implacable, un odio eterno
y un inmortal rencor, que os hace odiosa
aun la piedad de quien os fué enemigo?

MARDOQUEO.

De la piedad de Amán se fia acaso
menos Carsena aún, que Mardoqueo.
¡Alma engañosa, y engañada! ¿Piensa
seducirme el soberbio?

CARSENA.

¿Mas que fruto
puede esperar de una ficcion?

MARDOQUEO.

¿Quien puede
comprehender del malvado los designios?
Los caminos del ímpio son tinieblas:
y la incauta inocencia en ellos suele
resbalar, y caer.

CARSENA.

Pero si ahora
acaba de rogarme, que su pronta
voluntad te declare.

MARDOQUEO.

O á ti te engaña,
ó se quiere burlar de Mardoqueo.
Si no, dime, ¿en Amán de donde nace
tan repentina mutacion?

CARSENA.

Carsena
supo tanto decirle en favor vuestro,
que al fin ha dado á la razon oidos.

MARDOQUEO.

Solo mi Dios, que blando aceyte saca
del duro pedernal, mudar podria

de Amán el corazon.

CARSENA.

Sí, no lo dudes;
ó tu Dios ó Carsena le han mudado.
Solo de tí una cosa Amán pretende.

MARDOQUEO.

Su esclavo seré yo; toda mi sangre
por él derramaré: de plata y oro
su sed sabré apagar.

CARSENA.

Ni oro, ni plata,
ni sangre quiere Amán.

MARDOQUEO.

¿Persiste acaso
en que le adore?

CARSENA.

No.

MARDOQUEO.

Pues pronto á todo
lo demas me hallará. ¿De mí que quiere?

CARSENA.

Que quando él entra ó sale del palacio

á sus ojos te escondas; ó á lo menos:::

MARDOQUEO.

Carsena, (1) á Dios. (2)

CARSENA.

...... Que orgullo intolerable! (3)

# ACTO TERCERO.

*Plaza del Palacio Real iluminada con faroles y en el fondo la puerta principal del dicho Palacio.*

## ESCENA PRIMERA.

*Mardoqueo alzando los ojos al Cielo, y Abiud fixándolos en la tierra, y ambos á dos en acto de suspension, y dolor.*

ABIUD.

En suma: con que Edisa descubrirse
al Rey no ha osado. ¿Y como excusa ahora
su indigna timidéz?

MAR-

(1) Mirando á Carsena con semblante enojado.
(2) Mardoqueo parte sin descomponerse.
(3) Carsena se retira por la parte del jardin dando muestras de enfado, é indignacion.

MARDOQUEO.

A Atác ha dicho
que el Rey en el banquete tan propenso
ácia Amán se mostró, que vana empresa
ella creyó y aun peligrosa entónces
el descubrir nuestra inocencia á Asuero.
Mas que lo hará mañana; pues mañana
el Rey tambien le prometió á su mesa
con Amán asistir.

ABIUD.

Lo hará mañana.
¿Y tú la crees?

MARDOQUEO.

De engañarme á Edisa
yo no juzgo capáz.

ABIUD.

Porque el paterno
amor te engaña; y conocer te impide
que no debes de ella esperar nada.
Quando te oí contar la repugnancia
que al principio mostró de declararse
á un Monarca, que al fin tantas le ha dado

prue-

pruebas de un tierno amor; quando yo supe
que ella de obedecerte se excusaba
con una ley, cuyo rigor no debe
á una esposa asustar; quando ahora veo
que dilató hasta hoy el descubrirse,
y que hoy lo difiere hasta mañana;
á su padre podrá engañar Edisa,
pero á Abiud tu hija no, no engaña.

MARDOQUEO.

Sus dilaciones ¡ah! lo sabe el cielo
quanta pena me dan; pero merece
Edisa compasion. Baxo de pobre
techo inocente, en humildad criada,
muger tímida y tierna, é inexperta
en los negocios de una Corte, debe
pisar miedosa y lenta los sangrientos
y obscuros laberintos de un Palacio.
Y yo creo que son nuestros delitos,
aun mas que su temor, los que la boca
de Edisa cierran, y el feliz momento
de nuestra dulce libertad retardan.

ABIUD.

La iniquidad, lo sé, sobre nosotros
siempre ha traido esclavitud, cadenas,
muerte y desolacion. Pero en el dia
en que el rebelde Pueblo, arrepentido
de su infidelidad, ante la cara
se humilló de su Dios, con fuerte brazo
su Dios lo redimió de la tirana
gentílica opresion: y si al presente
merecieran perdon nuestros delitos,
el sacrificio de humildad y llanto
que le ofreció Israél en estos dias,
ablandado debiera haber ya al cielo,
aunque de bronce fuese.

MARDOQUEO.

¿Y tú pretendes
límites prescribir, y fixar tiempo
á la piedad de un Dios, que al Pueblo suyo
jamas abandonó? Di, que no basta
de nuestros ojos el humor ya exhausto,
para expiar del delinqüente Pueblo
la inîqua ingratitud; y quiere acaso

san-

sangre el cielo.

ABIUD.

Sí; el cielo sangre quiere;
de la nuestra verá correr torrentes
en el dia cruel de las venganzas
y del furor de Amán. ¡Ah! nunca hubieras
puesto los pies en este umbral profano.
¡Techos de iniquidad! ¿Y no te causa
horror vivir de tanto infiel al lado?
Mardoqueo, abandona esta perversa
mansion, y ven en medio de tu Pueblo
inocente á morir.

MARDOQUEO.

¿Y en tal conflicto
á Edisa debo abandonar?

ABIUD.

A Edisa
no nombres, si no quieres que maldiga
al sol infausto, que de Persia al trono
la vio subir.

MARDOQUEO.

Infausto! maldecirlo!
Abiud,

Abiud, ¿y por que?

ABIUD.

De un Pueblo santo
Hija indigna! ¿Y dormir tranquila puede
sobre el inmundo abominable lecho,
y entre los brazos de un infiel, gimiendo
sus hermanos debaxo del pesado
yugo de Amán? ¡Cruel! perfida! ingrata
aun á su padre mismo!

MARDOQUEO.

Tú la injurias
sin razon, Abiud.

ABIUD.

E injustamente
defiendes tú á una infiel á las promesas
que á tí te hizo, y que nos trae á todos
engañados con falsas esperanzas.

MARDOQUEO.

Si de ella desconfias, á lo menos
no desesperes del favor del cielo.

ABIUD.

¿Del cielo? el cielo ya nos abandona

á la rabia de Amán: (1) y me parece
ver ya á Israél como una grey inerme
que de hambrientos leones asaltada,
sin guia y sin pastor, incierta corre
del llano al monte, y de la selva al prado,
de la sangrienta huyendo aguda garra
que la sigue, y á cada paso dexa
muerto un cordero de su madre al lado.
Que horrible, ¡ay! que cruel carnicería
se presenta á mis ojos! (2) Los robustos
y fuertes de Jacob son las primeras
víctimas del furor y de la espada
de los hijos de Persia. A edad, á sexô
¡ay! no perdonan ya. Mugeres, hombres,
niños y ancianos del alfange corvo
caen al golpe; y qual rozada selva
confusamente amontonados yacen

ago-

(1) Empieza ya á hablar como transportado y fuera de sí.

(2) Con semblante temeroso y en ademan de inspirado: entretanto Mardoqueo contemplándolo, al principio con indignacion y enojo, y despues asustado y atónito, ó compasivo, segun requiera la imágen ó pintura que exprime Abiud.

agonizando: y el Persiano suelo
de santa sangre de Jacob se alaga.
¡Espectáculo atroz, ímpio é inhumano!
Pasados de un puñal, á un tiempo miro
el blanco pecho de una tierna madre,
y el tierno infante que estrechaba al pecho
¡Dichosas las que nunca concibieron!
Pero infelices ¡ay! ¿donde os arrastran,
vírgenes de Judá? Será la muerte
de vuestros daños el menor. La mitra
y el venerando Racional ludibrio
son de las gentes! ¡Ay de mi! ¿que veo?
Sobre las fauces de un ungido anciano
la planta de un infiel que enfurecido
le rompe el sacro Efod, le rasga el pecho,
le arranca el corazon, y palpitante
pasto lo arroja á los voraces perros.
¡Oh! la profanacion! el Testamento
santo de nuestro Dios entre las manos
sacrílegas de un ímpio, que riyendo
lo arroja en mil pedazos contra el cielo. (1)



(1) Cubriéndose los ojos con las manos, y hacien-

Llora, llora, Cedron! Gemid pastores!
el dia ya llegó de las venganzas
del Dios de Sabaot.

MARDOQUEO.

Y tú prosigue
con tu desconfianza mereciendo
su indignacion. ¿Y Aman puede hacer vanas
las promesas de un Dios?..

ABIUD.

Que ha repudiado
para siempre á Israel; que á nuestros ruegos
sordo se muestra; y tolerar no puede
el hedor de un incienso tantas veces
á impuros simulacros ofrecido.
De un Dios que nuestros sábados detesta,
y mira con horror y con enojo
nuestras ofrendas, y su vista aparta
de nuestros sacrificios con desprecio.
De aquel Dios que cesar hizo en su templo
(asilo ya de buytres y dragones)
la voz del himno, el son de las trompetas.



ciendo una breve pausa, respirando con dificultad.

Las víctimas de paz ; y nuestras harpas
mudas y sin honor colgadas mira
en los amargos sauces de los rios
que á la impudica Babilonia lavan :
inexôrable oyendo el triste acento
con que le invoca al son de sus cadenas
el cautivo Jacob. De un Dios airado
estas son las promesas , Mardoqueo.

MARDOQUEO.

¿Ni aun tú temes á Dios? Aquí á mi vista
pretendes que se abra , y te devore
el profundo inflamado horrendo abismo
que se tragó á Abirón ? ¡Infausto Pueblo!
¡infelíz Israel ! Si á tus pastores
asusta la impiedad , de tu segura
y pronta redencion aun Mardoqueo
empieza ya á temer. (1) ¿Estás contento?

ABIUD.

No desesperes , no : remedio á todo
pondrá la bella Edisa. Impura! inmunda
hija de Benjamin! Oprobio , afrenta

 de

(1) Volviéndose lleno de ira contra Abiud.

de la santa Nacion! Ira del cielo! (1)

## ESCENA SEGUNDA.

*Mardoqueo teniendo fixos los ojos ácia la parte por donde se retiró Abiud, y despues alzándolos con los brazos al cielo.*

MARDOQUEO.

¡Y contra mí crueles aun los hijos
se vuelven de mi madre! ¿Y hasta quando
Señor, permitirás, que de mi pena
insultando las gentes me pregunten,
adonde está tu Dios? Hemos pecado:
y de nuestra malicia el peso excede
al peso imponderable de la arena
del espacioso mar. El Pueblo tuyo
las rodillas dobló quemando incienso
delante de los mudos simulacros,
que ni oyen, ni ven. Pero desarme
tu justa indignacion la fé incorrupta
de Abram, de Isac, y de Jacob. Perdona,
Señor, perdona tu rebelde Pueblo.



(1) Parte Abiud dando muestras de horror, y despecho.

Y si su iniquidad con sangre debe
expiarse, gran Dios, baste la mia
para aplacar tu enojo. ¿En que pecaron
los inocentes niños, cuya pura
y tierna lengua aun balbuciente empieza
ya tu nombre á invocar? ¿Y contra un risco
yo estrellar te veré, dulce esperanza,
en otro tiempo, de Jacob? y ahora
triste amarga ocasion del llanto mio.

## ESCENA TERCERA.

*Mardoqueo dando señas de una extrema afliccion y dolor, impetuosamente se arroja sobre uno de los poyos que están al lado de la puerta del palacio, cubriéndose el rostro con una punta del manto, y volviéndose ácia la pared para ocultar su llanto. Salen del palacio Amán y Tarse precedidos de criados y pages con torchas encendidas que se ocultan dentro de la escena, quedando solamente dos á la vista, pero retirados de Amán y de Tarse.*

AMAN.

Sí, negarlo no puedo: el caudaloso
torrente de placer que en esta noche
me inunda el corazon, caber no puede
dentro del pecho, y debe en mi semblante
mi gozo rebosar. Testigo fuiste
de los favores con que Ester, y Asuero
hoy quisieron honrarme, é igual fortuna
me destinan tambien para mañana.

TARSE.

Si ahora dixese Amán que Tarse envidia
su venturosa suerte, Amán diria
acaso la verdad. Mas darme el nombre
de envidioso rival, llamarme altivo
de Asuero en la presencia, son injurias
que Tarse no perdona, y que está pronta
á desmentir la lengua de esta espada.

AMAN.

De mi ambicion pasada los excesos,
amigo Tarse, olvida; de mí puedes
quejarte y con razon. Mas la vergüenza,
con que perdon te pido, serte debe

una

una segura indubitable prueba
de que Amán no es ya Amán.

TARSE.

Este es un triunfo
de la gracia de Ester!

AMAN.

Mejor dirias
de los buenos consejos de Carsena. (1)

TARSE.

Finge el cobarde: pero Tarse en breve
descubrirá su astucia.

AMAN.

Temerario! (2)

TARSE.

Amán, ya que la suerte tan propicia
hoy se ha mostrado á tu favor...

AMAN.

Te engañas! (3)



(1) Amán se vuelve ácia la puerta y observa á Mardoqueo que en la misma situacion de arriba se vuelve del otro lado.

(2) Para sí, y volviendo otra vez á mirar á Mardoqueo; pero reservándose de Tarse.

(3) En tono airado y furioso.

De una cruel, perversa, é injusta suerte
hoy el ludibrio soy; soy el oprobio
de los hombres, y el odio de mí mismo.

TARSE.

¿El excesivo gozo te ha turbado
acaso la razon?

AMAN.

(1) Déxame, Tarse,
déxame en compañía de mi rabia
y desesperacion.

TARSE.

¿Y aquel torrente
de gozo y de placer?

AMAN.

Se ha convertido
en un mar de amargura y de despecho.
Déxame solo aquí, con esta daga
vindicaré mi honor, y de las suertes
afrentaré el destino. ¡Temerario!
¿ni aun siquiera moverse de su asiento?
Tarse, si no me vengo, aquí á tu vista
de rabia moriré. Ya de mis ojos

la

la luz se empaña. (1)

TARSE.

Amán, ¿mas que? deliras?

AMAN.

Si Amán delira, lo sabrás mañana. (2)

## ESCENA QUARTA.

*Mardoqueo en la misma situacion de la escena precedente, y Tarse siguiendo con los ojos á Amán en acto de maravillado y confuso.*

TARSE.

Así tambien el mar tempestuoso
repentina tal vez calma recobra,
prenuncio cierto de mayor borrasca.
¿Mas de la paz de Amán aquí qué pudo
el curso interrumpir? (3)

MARDOQUEO.

¡Amán tirano! (4)

TAR-

(1) Apoyándose en Tarse que le sostiene por la mano.
(2) Desprendiéndose de Tarse y partiendo enfurecido.
(3) Mirando ácia donde está Mardoqueo.
(4) Descubriéndose el rostro.

TARSE.

¿Mardoqueo allí está? comprendo ahora
la turbacion de Amán de qué provino.

MARDOQUEO.

¡Cruelísimo Amán! (1) Tarse, perdona,
si absorto yo en el mar de mis cuidados
no advertí tu presencia.

TARSE.

¿Y que no has visto
tampoco á Amán?

MARDOQUEO.

Yo! quando?

TARSE.

¿De él ahora
no te quejabas?

MARDOQUEO.

Su enemiga imágen
de mi vista jamas, Tarse, se aparta;
y aun en el mas remoto y tenebroso
ángulo oculto en que esconder quisiera
mi

(1) Alzándose en pie, y viniendo respetoso ácia Tarse.

mi dolor á sus ojos, me persigue
de Amán la sombra, y me parece el eco
de su voz escuchar.

TARSE.

La que ahora oiste
era la voz de Amán que aquí conmigo
hablando se detuvo.

MARDOQUEO.

¿Y me habrá visto
en tal estado Amán?

TARSE.

Pluguiese al cielo
que visto no te hubiese.

MARDOQUEO.

¡Este faltaba
insufrible dolor al dolor mio! (1)

TARSE.

Y no solo te vió: mas en su rostro
escrita ya llevando de tu muerte
la sentencia cruel, de aquí ha partido.
Seguro en Susa ya no estás; al tiempo

y

(1) Irritado contra sí mismo.

y á la violencia cede Mardoqueo.
Pronto auxîlio y favor la amiga mano
de Tarse te dará.

MARDOQUEO.

¿Que á un enemigo
de mi Dios ceda el campo! En vano Tarse
lo pretendes de mí.

TARSE.

Pues en la Persia
lo puede todo Amán.

MARDOQUEO.

Mas sobre el suyo
hay en el alto cielo un mas excelso
y mas justo poder.

TARSE.

Que la inocencia
permite así oprimir.

MARDOQUEO.

Y vengar sabe
la oprimida inocencia.

TARSE.

Tarde viene

el

el castigo despues que la injusticia
triunfó de la virtud.

MARDOQUEO.

No llega tarde
una venganza, que terrible y cierta
al fin ha de venir.

TARSE.

Mejor seria
que previniese el mal.

MARDOQUEO.

¿Y que es el hombre
para juzgar la providencia eterna?

TARSE.

Pero la iniqua Corte en que tú vives,
Tarse comprende bien. Yo te lo ruego
por la última vez: huye de Susa,
Mardoqueo infelíz.

MARDOQUEO.

Amán me apreste
la muerte mas cruel y mas infame;
mi cuerpo en mil pedazos dividido
de pasto sirva á las rapaces aves;

de-

delante de mis ojos uno á uno
los infantes deguellen de mi Pueblo;
del firmamento las columnas tiemblen;
de sangre el sol se tiña y de humo negro;
tempestuoso el ayre mil ardientes
saetas vibre contra el pecho mio;
se estremezca la tierra, el hondo abismo
se abra baxo de mí, se arruine el cielo;
inmoble aquí del cielo las ruinas,
Tarse, me oprimirán: desventurado
infelíz, es verdad; pero inocente;
fiel á mi Dios, y al ímpio Amán terrible. (1)

TARSE.

¡Que constante valor! No, tales almas
el cielo de la Persia no produce. (2)

## ESCENA QUINTA.

*Gabinete de Ester con varias correspondencias, y una de ellas da vista á una fuga de ca-*

(1) Mesuradamente se retira ácia el poyo en donde estaba antes, y en él se sienta dando señas de tranquilidad y fortaleza.

(2) Tarse se retira entrando en el Palacio.

*cameras en el fondo de la escena; á un lado de ella un camapé, y enfrente de él una mesa con dos velas encendidas. Palmira viene por el fondo de la escena trayendo en las manos la diadema, y algunas otras joyas y adornos de Ester, las quales pone sobre la mesa, y se sienta cansada sobre el camapé. Despues comparece Beroe doblando el manto Real, el qual coloca tambien sobre la mesa.*

PALMIRA.

¡Que extravagante humor! De negro luto
se cubrió por tres dias: hoy de gala
vestirse quiso; y reusando ahora
el nocturno reposo, al llanto vuelve
y al funesto sayal. Beroe, la Reyna
ó perdió la razon...

BEROE.

Calla, que viene
sollozando ácia aquí.

PALMIRA.

Si me habrá oido? (1)

## ESCENA SEXTA.

*Ester viene por el fondo de la Escena, vestida de luto, prendido el cabello, pero sin ningun otro adorno en la cabeza, y enjugándose los ojos con un velo blanco; y alzándolos despues al cielo y dando un grande suspiro pausadamente, se viene acercando ácia el teatro, y al pasar al lado de la mesa en donde están sus joyas, las mira con indignacion, y desprecio. Al fin se sienta sobre el camapé dando otro suspiro y encarándose con Beroe, y Palmira, que respetosas se han retirado ácia el fondo de la Escena.*

ESTER.

Retiraos de aquí. (2) Despojos vanos!

de

(1) Alzándose temerosa del camapé.
(2) Parten Palmira y Beroe; y Ester por algun breve tiempo se mantiene sin hablar fixando los ojos en sus joyas.

de un caro honor, y de una falsa gloria
que abomino y detesto. Humilde y pobre
casa de Mardoqueo ¿quando, ay! quando
te volveré yo á ver? Allí, en tranquila
no interrumpida paz, cortas las noches
me parecian, y un ligero vuelo
la carrera del sol, siempre ocupada
en alegre tarea, ó en inocente
ocio y placer, cantando santos himnos
con las cautivas hijas de mi Pueblo.
Pero desde que el pie yo puse en esta (1)
mansion abominable, un solo instante
no gocé de placer. Terribles sueños
funestan, ó interrumpen mi dificil
triste reposo; y con horror me obligan
de un inmundo y profano incircunciso
el lecho á abandonar, ántes que venga
del sol la luz, y con sus puros rayos
á mis ojos descubra mi ignominia.
De mil peligros y temores siempre

H cer-

(1) Alzándose en pie, y pisando con indignacion el suelo.

cercada aquí viví. Baxo estos techos
quanta traycion se anida, y quanta fraude
é injusticia cruel! Pobre é inocente
casa del padre mio: ¿quando, ay! quando
te volveré yo á ver? Con quanto gusto
tus paredes besára! Y viendo en ellas
con la ley de mi Dios el nombre escrito
de la triste Sion, fuera mi llanto
mas justo y menos crudo. (1) Aquí á mis ojos
no se presentan mas que detestables
semejanzas del vicio. Edisa infausta!
Mardoqueo cruel! vuelve tu hija
á su antigua humildad. (2) Faltaba solo
á mi inmensa afliccion la amarga pena
de saber que mi padre injustamente
de mí se queja, y casi desconfia
de mi fidelidad. Al fin mañana
saldré de tanto afan, aunque me cueste
de congoja á los pies morir de Asuero.
Beroe... Palmira...



(1) Hace alguna breve pausa enjugándose las lágrimas.
(2) Se sienta afanada.

## ESCENA SÉPTIMA.

*Ester apoyando la cabeza sobre la mano siniestra, y poniendo la diestra sobre el corazon. Beroe que viene presurosa, y Palmira limpiándose las lágrimas.*

BEROE.

¿A Beroe Ester que manda?

ESTER.

Idos á reposar.

PALMIRA.

Pronta obedezco. (1)

ESTER.

Ah! que penosa noche á mí me espera!
¡Quando vendrá la luz! ¿Y tú que aguardas?

BEROE.

Señora, y debo yo dexarte sola
en brazos de un dolor que temo acabe
en breve con tu vida y con la mia? (2)



(1) Parte Palmira, y Beroe se retira algo de Ester, apoyándose en la pared; en ademan compasivo.
(2) Sollozando.

ESTER.

Amada Beroe, tu piadoso llanto
agrava mi dolor.

BEROE.

Pero á lo menos
saber pudiera yo de pena tanta
la escondida ocasion.

ESTER.

Si alguna parte
de su penoso afan Ester pudiera
depositar en tu amoroso pecho,
mas tolerable fuera y menos cruda
la pena mia: pero á mí aun se niega
este débil consuelo; y debo sola
de mi inmensa afliccion llevar el peso.

BEROE.

Reyna adorada...

ESTER.

No: (1) de Reyna el nombre
no me vuelvas á dar. Llámame hermana,
infelíz llámame; pues no conviene
otro

(1) Alzándose en pie con ímpetu é indignada.

otro título á Ester. Ah! si supieras...
Pero mañana lo sabrás; y acaso
verás venderme como vil esclava
á un tirano cruel, que de mi sangre
sediento vive.

BEROE.

¡Que vender! que esclava!
que tirano! que sangre! y que delirios
te funestan la mente? Que lo diga
permíteme, Señora; de reposo
y alimento la falta, con el cuerpo
te enfermó la razon.

## ESCENA OCTAVA.

*Ester, Beroe, y Palmira que viene alterada.*

PALMIRA.

Atác pretende
aquí por fuerza entrar, contra el expreso
mandato de la Reyna.

ESTER.

¿Y á estas horas
Atác de mi que quiere?

PALMIRA.

Inútil fuera
preguntárselo yo. ¿Quien de su boca
supo nada jamás? Pero su rostro
turbado me parece; y tan confuso
á Atác yo nunca ví.

ESTER.

¿Por que te angustias,
tímido corazon? ¿venirte puede
sobre las que te oprimen una nueva
pena mayor? (1) Decid á Atác que venga. (2)

## ESCENA IX.

*Ester saliendo al encuentro de Atác.*

ATAC.

Señora, Mardoqueo... Mas que nueva
yo le vengo á anunciar? (3) Ester benigna,
perdon Atác te pide. Aquí me traxo
imprudente piedad; atras el paso
volver permíteme.

ES-

(1) Afanada y confusa.
(2) Parten Beroe y Palmira.
(3) Confuso y queriendo volverse atras.

ESTER.

Cruel! acaba
de despenarme al fin. ¿De Mardoqueo
que empezaste á decir?

ATAC.

Que Ester lo ignore
será mejor.

ESTER.

No, no: saberlo quiero.

ATAC.

Mas si lo sabes, morirás de pena.

ESTER.

Menos réplicas digo.

ATAC.

De mi boca
no lo sabrá la Reyna.

ESTER.

Temerario! (1)
Ester te manda hablar.

ATAC.

Mas yo...



(1) Airada y con tono imperioso.

ESTER.

Y resistes
de la Reyna el mandato? Habla.

ATAC.

Obedezco.
De Amán en el palacio se prepara
una eminente cruz, en la que debe
Mardoqueo espirar luego que pueda
del nuevo sol la luz patente á Susa
hacer su muerte y su ignominia extrema.

ESTER.

¿En un infame leño? (1) Atác, en vano
no me hagas delirar.

ATAC.

Pluguiese al cielo
que me engañase yo; mas no se engaña
Atác, ni quien á Atác ha revelado
el designio cruel. De Amán un siervo,
cuya fidelidad á precio caro
tengo comprada, el fiel y pronto aviso
á traerme corrió.

ES-

(1) Atónita, y despues indignada.

ESTER.

¿Mas no pudiera
ese siervo engañarse?

ATAC.

¡Que engañarse!
Si en la casa de Amán patente á todos
es ya su horrible intento, y ya se eleva
el infame cadahalso, presidiendo
á su fábrica Amán.

ESTER.

¿Y que motivo
determinarlo pudo á tan violenta
cruel resolucion?

ATAC.

De Ester ufano
con el nuevo favor Amán salia
del palacio Real, quando á sus puertas
sentado reposaba Mardoqueo;
que atento solo á su dolor, inmoble
se mantuvo ante Amán. Este, furioso
corrió á su casa, y á la inmensa turba
de aduladores que le espera, y quiere

con el congratularse por el nuevo
recibido favor, la causa expone
de su rabioso enojo: Zares, digna
de Amán consorte, y que el marido acaso
mas altiva y cruel, de Mardoqueo
acrimina el error; y en fin con Zares
los amigos de Amán concordes todos
pronuncian de un castigo tan infame
la sentencia cruel.

ESTER.

¿Pero el asenso
la autorizó del Rey?

ATAC.

Eso retarda
la triste execucion; pero Amán debe
al palacio venir con la luz nueva,
y empresa fácil le será á su astucia
de Asuero el obtener quanto desea.

ESTER.

¡Mardoqueo infelíz! ¿Y como ahora
yo te podré salvar? ¡infausta noche!
vil iniquo temor! necio consejo!

des-

desventurada Ester! vana esperanza! (1)

ATAC.

Palmira, Beroe... socorred la Reyna.

## ESCENA X.

*Atác turbado y confuso, Beroe y Palmira que vienen presurosas y parten corriendo en pos de Ester.*

ATAC.

¡Reyna triste é infeliz! (2) ¡Que fiero ultrage
hace á su pecho y sus megillas! Cielos,
refrenad su furor. De sus cabellos
se cubre el suelo ya, y en todas partes
su dolor la persigue. Acia aquí vuelve
furibunda. Supiese yo á lo menos
su pena mitigar. (3) Tú me obligaste,

Se-

(1) Alzando los brazos al cielo rápidamente se ausenta de la Escena.

(2) Mirando compasivo ácia la parte de la Escena por donde se retiró Ester.

(3) Hincándose de rodillas con los brazos abiertos delante de Ester que comparece en la Escena desgreñado el cabello, descompuesto, y desgarrado el vestido, y trayendo violentamente tras de sí á Beroe, y Palmira, que asidas á los brazos la quieren detener.

Señora á ser cruel.

ESTER.

De mí, inhumanos!
de mi que pretendeis?

BEROE.

¿De Ester al lado
yo pretendo espirar.

PALMIRA.

Reyna adorada,
hermosísima Ester...

ESTER.

De que me sirve (1)
vuestro vano esplendor? (2) ¡Odioso inútil
abominable fausto! ¿un hierro, un lazo,
la muerte quien me dá? (3) Nadie se atreva
mis pasos á seguir. (4)

BE-

(1) Mirando con enojo sus joyas.
(2) Con violencia se desprende de Beroe y Palmira; y atropellando á Atác corre ácia la mesa en donde están sus joyas, y lás arroja rabiosa al suelo; y cogiendo el manto Real lo divide en dos pedazos, arrojando cada parte por su lado, y despues lo pisa con desprecio é indignacion.
3 Mirando ayrada y furiosa á sus doncellas, y á Atác que pasmados la observan.
(4) En acto de quererse retirar.

BEROE.

¿Y á donde ciega (1)
te conduce el furor?

ATAC.

Ester...

PALMIRA.

Señora...

ESTER.

Temerarios! ¿y así se menosprecia
de Ester la autoridad? Dadme, ay! la muerte
ó dexadme morir: sufrir no puedo
tan tormentoso afan. Beroe... en tus brazos..
me acabará el dolor. (2)

PALMIRA.

Y de su muerte
Atác al Rey responderá. ¿Y á esto
tu veniste?



(1) Deteniendo á Ester de la mano. Y lo mismo hacen Palmira y Atác.

(2) Abrazándose con Beroe, la qual ayudada de Atác y Palmira conducen á Ester al camape, en donde ella se abandona reposando la cabeza sobre el seno de Beroe.

ESTER.

¡Ay de mí! (1) ¡De que penoso
letargo me despierto! y de este modo (2)
profanar quien ha osado las insignias
de mi gloria mayor? Atác, tú lloras!
(3) Y á vosotros aquí quien ha llamado?

BEROE.

La piedad.

PALMIRA.

El deber.

ATAC.

Vuestro peligro.

ESTER.

¿Que piedad? que deber? y que peligro?
ninguno en adelante aquí se atreva
á penetrar sin ser de Ester llamado.
Retiraos de aquí. (4) Tú, Atác, espera.

ES-

(1) Incorporándose, y como volviendo en sí despues de un pesado sueño.
(2) Mirando sus joyas por el suelo.
(3) Alzándose en pie, y mirando con indignacion á Beroe y Palmira.
(4) Beroe y Palmira recogiendo del suelo el manto Real, y demas joyas se retiran. Entre tanto Ester afectando serenidad se ajusta el vestido, y se tira atras el cabello.

## ESCENA XI.

*Ester y Atác temeroso y confuso.*

ESTER.

Fiel y piadoso Atác, testigo solo
de mi dolor, y la piedad que debo
á un infeliz, á cuya suerte quiso
la mia el cielo unir; ¿y Mardoqueo
ahora de mí que dice? Ah! me figuro
su angustia qual será.

ATAC.

Yo tan tranquilo
no le he visto jamás. Atento y mudo
su destino escuchó: certificarse
quiso despues de la verdad; y hallando
á mi aviso conformes los indicios,
que Tarse ántes le dió, la vista alzando
y las palmas al cielo, los decretos
adoró de su Dios: despues con rostro,
de no se que esperauza y gozo lleno,
de su Pueblo inocente la vecina
libertad me anunció...

ESTER.

¿Pero que dixo
de la pérfida Ester?

ATAC.

¿De Ester que debe
y que puede decir? si á su enemigo
al mismo Amán de bendiciones colma:
y la hora en que á muerte tan infame
le venga á conducir ansioso espera.

ESTER.

Infelíz, ay! de mí. (1)

ATAC.

Si amor no es esto,
esto es mas que piedad.

ESTER.

En fin ¿que quiere
Mardoqueo de Ester? Yo por salvarle
á todo pronta estoy.

ATAC.

El solo pide

por

(1) Retirándose de Atác ácia el fondo de la Escena, oprimida del dolor, y despues volviendo impetuosamente ácia Atác.

por última merced de sus servicios,
que no ponga á su muerte suspirada
la piedad de la Reyna impedimento.

ESTER.

Déxame sola, Atác. (1) Mas no podia
al dolor resistir y á la vergüenza.
¡Débil tímida Edisa! aprende, aprende
con valor á morir. ¿Y en un infame
ignominioso leño Mardoqueo
el alma ha de exhalar? ¡Desventurado
padre infelíz! (2) Pero un inútil llanto
no lo salva de Amán. Sí: voy á Asuero.
Palmira, Beroe, Atác...

## ESCENA XII.

*Ester dudosa y confusa; Atác, Beroe y Palmira que acuden por diversas partes en ademan tímido y respetoso.*

ESTER.

Pero á estas horas...



(1) Parte Atác.
(2) Interrumpiéndola el llanto; y despues con viveza y resolucion.

y en este trage... ¿adonde voy? Palmira. (1)
Amada Beroe... Atác... (2) Dexadme sola. (3)

## ESCENA XIII.

*Ester girando por la Escena como fuera de sí de la angustia y dolor, mesándose los cabellos, y al fin no pudiendo ya mantenerse en pie, se va á arrojar sobre el camapé, pero ántes de llegar á él cae como desfallecida sobre el suelo, pegando el rostro y la frente contra él: al fin se incorpora angustiada, y despues se queda de rodillas levantando los ojos y los brazos al cielo.*

ESTER.

¡Gran Dios! cuyo poder no hay en la tierra
quien pueda contrastar! Si abandonada
es Edisa de ti, ¿de quien Edisa
favor puede esperar? Vuelve tu rostro,
y mira mi dolor. Dame la mano

pa-

(1) Mirando ya á uno, ya á otro apasionada, y sin saber á que resolverse.

(2) Con tono imperioso y furibundo.

(3) Parten todos tres en acto de compasion y dolor.

para salir de tan profundo abismo
de confusion y afan. Señor, bien sabes
que forzada aqui entré: que aquí violento
está mi corazon: y que de Asuero
en la casa jamás Edisa ha hallado
contento ni placer, sino en el gozo
del Dios de su salud, y su consuelo.
De las inmundas oblaciones nunca
el vino yo probé; ni hoy en la mesa
del Rey comí otro pan que el pan amargo
de mi triste dolor. Incomprensible
infinito saber, dame consejo. (1)
Sí, sí; no hay otro medio. Atác.

## ESCENA ULTIMA.

*Ester animosa saliendo al encuentro de Atác, que con timidez viene ácia ella.*

ESTER.

Volando,
encuentra, y dí en mi nombre á Mardoqueo



(1) Sentándose en el suelo como pensativa; y despues alzándose en pie con resolucion.

que de Susa se ausente, ó busque en Susa
algun seguro asilo hasta que venga
la luz del sol, y con Asuero pueda
Ester hablar.

ATAC.

Yo voy, mas voy en vano
la Reyna á obedecer.

ESTER.

¿En vano?

ATAC.

Inútil
de Ester será el empeño, qual lo han sido
el de Atác y el de Tarse, que mil veces,
procurando su bien, á Mardoqueo
persuadir intentaron, que á lo menos
quando pasaba Amán lejos del atrio
se escondiese á su vista; ni otro fruto
nuestra piedad logró que el de obstinarle
en la firme opinion de que no debe
de vileza y temor ni un leve indicio
dar de su Dios á un enemigo.

ESTER.

¿Y como
le podré yo salvar, si asi él se obstina
en perecer? ¿Iré del Rey ahora
el reposo á turbar?

ATAC.

Ni á Ester seria
fácil empresa el sorprender las guardias
que del lecho Real los pasos cierran.

ESTER.

¿Y debo yo otra vez el justo enojo
de Asuero provocar? ¡A quantos riesgos
me expone, Amán, tu crueldad tirana!
pero de tu furor, no, Mardoqueo
víctima no será. Volando; dile
que de Susa se ausente. Y si él repugna
á Ester obedecer, Ester el paso
abrirse por en medio de las guardias
sabrá de Asuero, y á sus pies postrada
interceder, pedir, rogar, torrentes
de lágrimas verter, herirse el pecho,
las megillas rasgarse, hasta que obtenga

la vida y libertad de Mardoqueo.
Mas si mi llanto y ruegos fueren vanos,
del Palacio Real saliendo armada
de un hierro y mi furor, á toda Susa
pondré en consternacion con mis lamentos.
Y convocando contra Amán á todos
los rivales de Amán, iré á su casa,
derramaré á su vista, de sus hijos
la inmunda sangre, de la iniqüa Zares
pasaré el corazon, y á Amán, y á toda
su casa en sangre, en fuego, en polvo, en humo
dexando envuelta, al fin... Sí, al fin vengada
al lado iré á morir de Mardoqueo.
A Beroe dí que apreste de mis galas
la mas pomposa; y que Palmira venga
mi cabello á ordenar. Con la respuesta
de Mardoqueo ven volando: parte. (1)
La desesperacion me infunde aliento. (2)



(1) Atác se retira encogiendo los hombros.
(2) Resuelta y animosa se retira por el fondo de la Escena.

# ACTO QUARTO.

*Plaza del Palacio Real iluminada con la amortiguada luz de algunos fanales.*

## ESCENA PRIMERA.

*Mardoqueo recostado y durmiendo sosegadamente sobre un poyo de la puerta del Palacio, y Abiud que viene mirando con atencion ya ácia una parte, ya ácia otra.*

ABIUD.

Con esta escasa luz apenas puedo
reconocerla bien. Sí; esta es la plaza
del Palacio Real: pero en él ¿como
penetrar yo podré? Durmiendo un hombre
allí descubro; y Mardoqueo al trage
me parece. Sí; él es. Ah! no durmiera
el infeliz, si de su triste suerte
fuese ya sabidor. ¿Y yo la nueva
infausta le daré? Pero seria
no hacerlo crueldad. Ah!.. Mardoqueo.

MARDOQUEO.

¿Quien me llama? (1) Abiud!.. ¡Que dulce sueño
veniste á interrumpirme!

ABIUD.

Y tú tranquilo
puedes dormir en tan turbada noche?

MARDOQUEO.

Para mi fué la mas serena y fausta
de quantas siempre triste y desvelado
en la Persia pasé.

ABIUD.

Pero no duerme
nuestro enemigo Amán.

MARDOQUEO.

Que él duerma ó vele,
son del cielo inmutables los decretos.
Ni Amán podrá evitar de sus venganzas
el espantoso dia ya vecino.
El cautivo Israél sí, no lo dudes,
va del ímpio á triunfar.

ABIUD.

(1) Despertándose despavorido, y alzándose en pie.

ABIUD.

¡Que horrible triunfo
Abiud teme ver!

MARDOQUEO.

Oh! que agradable
misteriosa vision! con ella alienta
tu esperanza, Abiud.

ABIUD.

¿Y te parece
que á estas horas yo vengo aquí la inútil
narracion á escuchar de un vano sueño?

MARDOQUEO.

Llámalo así despues de haberlo oido.
De las congojas y el afan continuo
de ayer rendido al fin, sobre ese mármol
me senté á reposar; y á breve rato
me embargó dulcemente los sentidos
una agradable suspension, que sueño
no me atrevo á llamar; pues si dormian
mis ojos, se quedó despierta el alma
y en vela la razon. En tal estado,
oir me pareció tumulto y voces

de gente atribulada. Un espantoso
y terrible fragor, acompañado
de horrendos truenos, despedia el ayre,
de tinieblas densísimas cubierto.
Se estremeció la tierra; y con la horrible
trémula luz, que á los espesos rayos
indicaba de herirme mil caminos,
descubrí claramente dos dragones
de enorme mole, y con feroz denuedo
á hacerse prontos sanguinosa guerra.
A su fiero silbido allí concurren
las tribus todas de la tierra armadas
á pelear contra la santa Gente.
¡Dia terrible! de pavor, de llantos,
de afan, de susto, y de peligros lleno!

ABIUD.

¿Y este agradable sueño te dolia
que yo te interrumpiese?

MARDOQUEO.

Escucha el resto.
Nuestra triste Nacion en tal conflicto
clamó á su Dios; y en medio de sus llantos

una

una pequeña fuente poco á poco
ví crecer hasta hacerse un grande rio
que la Tierra inundó. Se disiparon
en un instante las tinieblas densas,
el sol se descubrió claro y luciente,
sereno el ayre, y apacible el cielo:
y los humildes recobrando aliento,
como hambrientos leones, á los hijos
poderosos de Persia se tragaron.

ABIUD.

Naciones que unas á otras se devoran,
fragor, clamores, terremoto, y truenos,
con dos dragones todo el mundo en guerra,
una pequeña fuente, un grande rio;
noche, sol, sombras, luz, dia y tinieblas:
¡que torpe confusion! que informe aborto
de una agitada enferma delirante
flaca imaginacion! ¿Y que te indican
esa fuente, ese sol, y esos dragones?

MARDOQUEO.

Abiud, no lo sé: pero esta obscura
misteriosa vision dexó en mi alma

una seguridad, que ser no puede
fruto de un delirante y vano sueño.

ABIUD.

Tú estás seguro y quieto, ay!.. porque ignoras
lo que sabe Abiud. Dime ¿en el campo
de su feroz contienda, quedó muerto
alguno de esos dos fieros dragones?

MARDOQUEO.

Me despertaste á lo mejor del sueño.

ABIUD.

Mas de su infausto fin, aunque con pena,
yo te puedo informar. (1)

MARDOQUEO.

¿Con ese llanto
decirme acaso quieres, que en la casa
de mi enemigo Aman un leño infame
ya se alzó para mí?

ABIUD.

Y esto sabiendo
¿dormias tan tranquilo, y te empeñaste
en referirme un sueño?

MAR-

(1) Sollózando.

MARDOQUEO.

¿Y por que debe
tal noticia turbarme? Yo mil veces
por la salud de nuestro esclavo Pueblo
ofrecí de mi vida el sacrificio
al Dios que finalmente lo ha aceptado.
¿Pudiera á mayor gloria, y mayor triunfo
Mardoqueo aspirar?

ABIUD.

Tu santo celo
me cubre de rubor; pero faltando
tú, que su apoyo eres, ¿que esperanza
queda á la casa de Jacob?

MARDOQUEO.

Le quedan
su Dios, y su inmutable Testamento.
Quedas tú, queda Edisa, que á su esposo
la vida hoy pedirá del Pueblo nuestro,
segura de una gracia que otorgarle
Asuero ayer juró.

ABIUD.

¿Los juramentos

que

que valen de un infiel? Y si tu hija
tan repugnante y débil se ha mostrado
viviendo tú; ¿sin el temor del padre,
dime, Edisa que hará? ¿Pero ella sabe
tu destino infelíz?

MARDOQUEO.

Lo sabe.

ABIUD.

¿Y sufre
que perezcas así?

MARDOQUEO.

Puede ella acaso
de la inmutable providencia eterna
el órden invertir? Estimulada
de importuna piedad turbar queria
el reposo del Rey, y de la muerte
libertarme, ó si no, espirar conmigo.
Pero al fin se rindió á la ley de un padre,
que la manda vivir.

ABIUD.

¡Bella obediencia!
y raro exemplo de virtud constante,

y de filial amor!

MARDOQUEO.

Este no es tiempo (1)
de insultarme, Abiud. Si tú bacilas,
déxame á mí morir con la esperanza
de que en breve Israel romperá el yugo
de su penosa esclavitud.

ABIUD.

Sí, espera: (2)
y con tus necias esperanzas muere. (3)

MARDOQUEO.

¡Gran Dios! dame constancia y sufrimiento!
Hijo indigno de Aarón! (4) sobre tí solo
de tu desconfianza cayga el peso. (5)

(1) Enfadado.
(2) Irritado.
(3) Parte despechado, y murmurando.
(4) Mirando ácia donde partió Abiud.
(5) Sin desmedirse se sienta en el poyo de la puerta del Palacio.

## ESCENA SEGUNDA.

*Cámara de Asuero con camapé, y otros asientos mas baxos. Asuero que entra en ella conversando con Carsena.*

ASUERO.

Sí, Carsena, es verdad: el dulce sueño
de mis ojos se huyó, y mandé llamarte
para aliviar y dividir contigo
el tedio y las molestias de una noche
que no acaba jamas.

CARSENA.

Ya de la Aurora
próxîma está la luz. ¿Pero que causa
el necesario y natural reposo
al Rey pudo impedir?

ASUERO.

¿Y tu á un Monarca
preguntas la razon de sus desvelos?
Despues de alegre y natural fatiga;
y antes que de la noche el negro manto
resfrie el ayre, y enlutezca el suelo,
vuelve á su humilde casa el sano y duro

fe-

felíz agricultor: y recobrando,
en simple mesa y parca, de sus fuerzas
el perdido vigor, toda la noche
sin afan, sin temor y sin cuidados,
duerme á la vista de su hogar sagrado
entre los brazos de una casta esposa,
que de robusta y no dudosa prole
su seno carga, y le corona el lecho.
Mas de un Monarca la penosa y triste
pésima ocupacion, de los Palacios
el eterno tumulto, su horroroso
estrépito de armas y de armados,
de nuestros techos la soberbia y ampla
altura resonante, el excesivo
ocio del cuerpo, la violenta é ingrata
del alma agitacion, de nuestras mesas
la superflua abundancia, el necio empeño
de contrastar con tanta luz las sombras
del dulce sueño amigas, finalmente
mil sospechas, temores y cuidados
á un reynante infeliz, Carsena, obligan
dia y noche á velar...

CARSENA.

Pero pudiera
reposar en la atenta vigilancia
de tantos que le sirven y le guardan.

ASUERO.

¿De tantos que le guardan y le sirven?
sirven á su interés, á su soberbia
sirven, y á su ambicion. ¿Y quantas veces,
de nuestra autoridad, y nuestro nombre
abusando, se sirven de nosotros
para vengar sus odios y su torpe
avaricia saciar?.. Carsena, dime
¿y por que tanta espada, y tanta lanza
nos guarda siempre? Sí; pompa se llama
lo que es cauto temor. ¡Ah! el don de un cetro,
si es de los cielos don, denlo á quien quiera
ser desdichado, y no vivir un dia
sin zozobra, ni afan. De Ester notaste
la turbacion ayer; y á Ester que puede
á mi lado angustiar?

CARSENA.

Al Rey no debe

un femenil y casual desmayo
cuidadoso tener. Por leves causas
se angustian, lloran, ignorando á veces
aun ellas mismas de su afan y prontas
lágrimas la razon.

ASUERO.

No. De la Reyna
el pertinaz dolor de alguna grave
causa oculta procede. En el banquete
Ester en vano procuró ocultarme
su interna turbacion. Aparentaba
su semblante un placer, una alegría
y una risa jovial que desmentian
sus tristes ojos, que yo ví inundados
de lágrimas tal vez. A Amán miraba
airada, me parece: á mi volvia
despues tímida el rostro, y suspirando
lo torcia á otra parte. Quatro veces
una gracia que yo juré otorgarla
á pedirme empezó; pero otras quatro
en medio del discurso temerosa
y muda se paró. De mi, del mismo

Amán importunada, al fin un grande
prometió descubrirme oculto arcano
hoy en la mesa: y lento me parece
el curso de las horas que retardan
de la Reyna el banquete, en mi el tormento
prolongando tambien de una penosa
mordáz solicitud, que pudo causa
de mi desvelo ser.

## ESCENA TERCERA.

*Asuero, Carsena y Tarse trayendo en las manos un grueso volúmen, que presenta y entrega al Rey.*

TARSE.

Señor, de Persia
los fastos aquí están.

ASUERO.

Sí, renovando
de los pasados tiempos la memoria
el resto de esta noche pasaremos.
Carsena empezará: (1) tomad asiento.

CAR-

(1) Entregando el volúmen á Carsena, y sentán-

CARSENA.

¿Donde leo, Señor?

ASUERO.

Donde la suerte
primero te depare. (1)

CARSENA.

Fué la mia
infelíz esta vez, pues me presenta
del Rey para aliviar el triste tedio
de una horrible traicion la negra plana.

TARSE.

¡Que traiciones! de Ester busca la fausta
coronacion festiva.

ASUERO.

No; fielmente
lo que encontraste lee. (2)

CARSENA.

„En este tiempo

 „Ta-

tándose recostado en el camapé.

(1) Carsena despliega el volumen, y da muestras de horrorizado y confuso.

(2) Incorporándose sobre el camapé con grande atencion para oir lo que lee Carsena, á quien Tarse escucha soñoliento.

»Tares y Bagatán que presidian
»en la primera puerta del Palacio
»á la guardia Real, malignamente
»se conjuraron contra el grande Asuero,
»despojarle intentando del diadema
»y la vida tambien. Su oculta trama
»á noticia llegó de un extrangero,
»que del palacio freqüentaba el atrio.
»El á Ester avisó y Ester á Asuero:
»se inquirió del delito; y comprobado
»á los reos se dió digno castigo,
»y se llamaba el fiel cautivo Hebreo, (1)
»que al Rey salvó la vida, Mardoqueo. (2)

ASUERO.

¡Mísera condicion la del que nace
con derecho á reynar! Ah! quanto hierran
los que fixando sobre un trono el centro
de la felicidad, necios envidian
nuestra suerte infelíz! La pompa, el fausto,
y

(1) Tarse se despierta, y pone en atencion.
(2) Asuero se alza en pie despues de haber dado una gran palmada sobre el camapé, y con el Rey se alzan tambien Tarse y Carsena, que dexa el volúmen sobre su asiento.

y el poder soberano, que en la tierra
nos iguala á los dioses, nos condena
á una penosa esclavitud, privando
al que llaman Señor de aquella dulce
y plena libertad de que disfruta
el mas vil, el mas pobre, y mas humilde
de los que nuestros súbditos se llaman,
mas de sí dueños son. Si de las leyes
se sostiene el rigor, somos tiranos.
Si á la licencia se le suelta el freno,
descuidados y omisos. La justicia
el odio nos concilia. Los favores
mil ingratos nos crian. ¿De quien puede
un reynante fiarse, si crueles
contra él se conjuran aun aquellos
con quien parte su pan? Ah! pan amargo
que no cuesta sudor, mas cuesta sangre!
¿y por su fiel aviso á ese extrangero
que premio se le dió?

TARSE.

Señor, ninguno.

ASUERO.

¿Es posible, Carsena?

CARSENA.

Ricos dones
recibió por entonces.

TARSE.

Pero todo
debió bien poco ser, pues no ha mudado
de condicion el infelíz, y pasa
su triste vida sin honor, ni nombre
del palacio en el atrio.

CARSENA.

Noblemente
siempre le ví vestir.

TARSE.

De oculta mano
será piadoso don; nada el percibe
del Erario Real.

ASUERO.

Si así en la Persia
se premia la virtud, no es maravilla
que en Persia haya traidores. De la aurora
des-

despunta ya el albor. Que venga Arbona.

## ESCENA QUARTA.

*Asuero paseándose pensativo. Carsena mirando atentamente el volúmen, Tarse en acto de partir, y despues deteniéndose al ver que viene Arbona.*

TARSE.

Arbona ácia aquí viene.

ARBONA.

Amán ansioso
desea hablar al Rey.

ASUERO.

Ha prevenido
mi voluntad Amán. Dile que venga, (1)
y entretenedle aquí; presto yo vuelvo. (2)

(1) Parte Arbona.
(2) Se retira Asuero.

ES-

## ESCENA QUINTA.

*Tarse y Carsena que sale al encuentro de Amán, el qual con violencia le aparta de sí entrando presuroso y perturbado.*

AMAN.

Señor... ¿donde está Asuero?

CARSENA.

El Rey en breve
prometió aquí volver.

AMAN.

Pero un instánte
yo no puedo esperar. (1)

TARSE.

Asuero dixo (2)
que le aguardes aquí.

AMAN.

Ah! me devoran
la rabia y el furor. Sí, morir debe
sobre una infame cruz.

CAR-

(1) Queriendo pasar adelante.
(2) Deteniendo á Amán.

CARSENA.

¿ Quien ?

AMAN.

Mardoqueo. (1)

CARSENA.

Te guarde el cielo, Amán...

AMAN.

Yo no te pido
mas consejos, Carsena.

CARSENA.

Pero sabe... (2)

AMAN.

Yo no quiero saber sino que debe
Mardoqueo morir.

CARSENA.

Escucha...

AMAN.

Oidos
á mi honor solo doy, y á mi venganza. (3)

TAR-

(1) Tarse coge el volúmen y empieza á recorrerlo con ansia.

(2) Cogiendo por la mano á Amán que se desprende de él con indignacion.

(3) Tarse desesperado de no poder hallar lo que bus-

TARSE.

Amán, el Rey ya vuelve.

AMAN.

Y Tarse ahora
del delirio de Amán sabrá la causa.

## ESCENA SEXTA.

*Tarse riyéndose á las espaldas de Amán que sale al encuentro del Rey, Carsena retirándose á un lado de la Escena en acto compasivo de Amán, y Asuero con semblante alegre y gracioso.*

AMAN.

Señor...

ASUERO.

Querido Amán, (1) de amigo el nombre
darme tú puedes; y si yo de padre
el título te diese, no te diera
honor que no convenga al alto aprecio
que de tí debo hacer. Tú adivinaste

mi
buscaba, arroja el volúmen donde estaba antes.

(1) Tomándole por la mano, y dándole un beso en el rostro.

mí voluntad : llamarte meditaba
quando llegaste aquí, la diligencia
previniendo del sol.

AMAN.

Toda la noche
en vela yo he pasado.

ASUERO.

Igual destino (1)
nos regula á los dos : tambien despierto
Asuero la pasó. Pero de entrambos
la pasada molestia aliviar quiero
con alguna festiva y nunca vista
alegre pompa, que los ojos pueda
y el alma recrear. Dime, que premio
se puede dar de honor:::

AMAN.

Yo aqui venia
meditando un castigo.

ASUE-

(1) Tarse mirando envidiosamente á Amán se retira cabizbaxo ácia el fondo de la Escena, á donde va tambien Carsena mostrando complacencia, y desde donde vuelven despues indicando los mismos afectos.

ASUERO.

No me hables
de penas hoy: mis gracias, mis tesoros
derramo con placer, pero la sangre
de mis vasallos no. Dime que premio
de honor se puede dar á uno á quien quiere
honrar el Rey.

AMAN.

Señor... por un momento
Amán lo pensará.

CARSENA.

Piensa, y resuelve. (1)

AMAN.

Pero si no es Amán, honor tan alto
¿quien otro puede merecer de Asuero? (2)

ASUERO.

El premiar la virtud es la mas fuerte
y mas suave ley de las que incitan

al

(1) Asuero se retira con Carsena y Tarse ácia el fondo de la Escena.

(2) Asuero vuelve con Carsena, y Tarse ácia donde esta Amán pensativo.

al hombre á bien obrar.

AMAN.

Yo he ya resuelto.
Ese mortal felíz á quien desea
el grande Asuero honrar, del regio manto
será vestido, y el diadema augusto
sus sienes ceñirá; y así adornado
con regio fausto, y con festiva pompa,
triunfante irá de Susa por las calles
sobre un caballo, y debe ser el mismo
que montar suele el Rey, y con la misma
silla, jaeces y gualdrapa y freno,
con que adornarlo suelen en los dias
de mayor pompa y gala; y de las riendas
llevándole de Persia el mas sublime
Príncipe, en alta voz irá diciendo:
Pueblos de Media y Persia, así se honra
uno á quien quiere honrar el grande Asuero.

ASUERO.

¿Y para ser igual á mí que falta
á ese mortal, sino de Rey el nombre?
Pero Amán lo dispuso, y son sus dichos

pa-

para mí leyes : Sí , quanto ordenaste,
presto ponlo por obra en Mardoqueo.

AMAN.

¡En Mardoqueo!

ASUERO.

Cierto! en ese pobre
extrangero infelíz , que ante las puertas
suele estar del Palacio!

AMAN.

Algun engaño
sorprende al Rey.

ASUERO.

Asuero no se engaña.
De mis dias deudor soy á ese Hebreo.
Y si el premio que Amán le ha destinado
excesivo parece , culpa mia
no es, será de Amán. Pero no hay honra
que no merezca la virtud. Ya oiste
del Rey la voluntad.

AMAN.

¿Y á un vil cautivo (1)
yo

(1) Con arrogancia y enfado.

yo en triunfo he de llevar?

ASUERO.

¿Y vil tu llamas (1)
á quien salvó á tu Rey?

AMÁN.

Tanta ignominia
Amán no debe tolerar.

ASUERO.

Ni Asuero
mas réplicas sufrir. (2) Yo te lo mando
por la tercera vez. Parte; y cuidado
de no omitir de quanto aquí dixiste
cosa ni aun la mas leve.

AMAN.

¿Y es posible? (3)
Señor...

ASUERO.

Parte, ya dixe. (4)



(1) Con indignacion, y maravilla.
(2) Con enojo, y autoridad.
(3) En acto humilde.
(4) Grandemente indignado.

AMAN.

Y yo... (1) Obedezco. (2)
Mas donde voy? Señor, ¿y yo de Persia
la fábula seré? ¿Me verá Susa
de un Hebreo á los pies?

ASUERO.

¿Quien reyna en Persia? (3)
Artaxerxes, ó Amán?

AMAN.

¡Perversa suerte! (4)

ASUERO.

De mis favores si á abusar empieza,
está en mi mano el refrenar su audacia
y soberbia altivez. Tarse, sus pasos
sigue, y observa si se cumple en todo
del Rey la voluntad. Despues advierte
en mi nombre á la Reyna que la hora

de.

(1) Mirando temeroso á Asuero.
(2) En acto de partir, pero despues se detiene, y vuelve á suplicar al Rey.
(3) Revistiendose de toda su autoridad, y demostrando grande enojo y furor.
(4) Despechado y en acto de partir, y al fin se retira mostrando gran repugnancia y temor.

del banquete anticipe. Parte... Espera... (1)
Dila tambien, que Amán venir conmigo
acaso no podrá. Mas no. (2) En su mesa
ayer lo quiso Ester, y quiero en todo
complacerla. (3) Carsena, ven conmigo. (4)

## ESCENA SEPTIMA.

*Plaza del Palacio Real iluminada del Sol, y Mardoqueo paseándose en ella en ademan triste y doloroso.*

MARDOQUEO.

Pueblo siempre rebelde, y siempre ingrato
al Dios que te ha librado tantas veces
del yugo grave, que domar no pudo
tu inflexible cervíz! El fruto es este
de tu infidelidad. Recurre ahora
á las sordas estatuas que adoraste;
y diles que te libren de la rabia
y del furor de Amán. ¡Ay! me sería

 dul-

(1) Pensativo.
(2) Dudoso.
(3) Hace señal á Tarse para que parta.
(4) Parte Asuero seguido de Carsena.

dulce el morir, si yo llevar pudiese
de Abram al seno la esperanza cierta
de que en breve sus nietos volverian
la tierra á poseer á él prometida
y á su posteridad. Pero esta indigna
es, ay¡, de tanta dicha; y yo espirando
hasta el fondo agotar el caliz debo
de mi amargo dolor. Mas por que tarda
mi enemigo en venir?

## ESCENA OCTAVA.

*Mardoqueo, y Abiud que viene llorando y afanado.*

ABIUD.

Perdon te pido,
Mardoqueo: á morir vengo á tu lado.

MARDOQUEO.

Pide perdon al Dios á quien tu débil
esperanza ofendió.

ABIUD.

Piedad Dios tenga

del

del ingrato Abiud, y de su Pueblo.
Hijo mio, llegó el extremo dia
para el triste Israél. La cierta nueva
de tu muerte vecina á todos llena
de dolor, de piedad, de susto y miedo.
Y sucediendo al compasivo llanto
la desesperacion, altos clamores,
gritos de rebelion por todas partes
resuena el ayre ya. La temeraria
juventud animosa al arma al arma
clamando corre: los Levitas santos,
los ancianos, las madres temerosas,
los tiernos niños á vender se exôrtan
su vida á caro precio. Armas á todos
suministró el furor, y de él guiados
razon no escuchan, y á librarte corren
de las manos de Amán.

MARDOQUEO.

¡Pueblo insensato,
confirmado en el mal! ¿Pero que puede
su débil brazo hacer contra el robusto
poder de Persia? Ven: sabrá el tumulto

mi voz apaciguar. (1) ¿Mas si entre tanto
Amán viene ?.. Abiud, corre tú, díles...

ABIUD.

Inútil es que vaya; no oyen ruegos,
religion no respetan...

MARDOQUEO.

Dios! ¿que debo
en tal conflicto hacer?

ABIUD.

Con tu tardanza
crece el tumulto.

## ESCENA NONA.

*Mardoqueo pensativo, Abiud inquieto é impaciente, y Atác que viene presuroso y perturbado.*

ATAC.

Cielos! ¿que desorden?
Mardoqueo, la Reyna apenas supo
que Amán víno al palacio, y que se apresta
de

(1) En acto de partir, y despues se detiene dudoso.

de tu suplicio la funesta pompa...
que lágrimas? que ruegos? que consejos?
razon no escucha, ni otra voz entiende
que la de su dolor. Furiosa y ciega
las guardias y las puertas del palacio
intenta violar. A detenerla
fuerza no basta femenil, y en breve
tus ojos la verán desnudo el pecho,
desgreñado el cabello, hecha una furia
aquí comparecer.

MARDOQUEO.

Intempestiva
importuna piedad! Buela, Atác, dila...

ATAC.

¿Que decirla podré? tu voz acaso
detenerla podrá.

ABIUD.

Mas de mi Pueblo (1)
¿quien refrena el furor?



(1) Volviéndose enojado contra Atác, y tomando por la mano á Mardoqueo.

## ESCENA DECIMA.

*Mardoqueo sin saber á que resolverse en medio de Atác y Abiud; que cada qual se lo quiere llevar consigo, y Arbona que sale del Palacio presuroso y alborozado.*

ARBONA.

¡Alegres nuevas!
albricias, Mardoqueo. Amán en breve
por las calles de Susa en triunfo alegre
te vendrá á conducir.

MARDOQUEO.

¿En triunfo alegre?
alegre para tí. Te entiendo, Arbona.

ATAC.

¿Y hasta en la muerte vienes á insultarle? (1)

ABIUD.

Hijo de Belial! del cielo un rayo
tape tu boca, y cambie en llanto eterno
esa risa cruel.

AR-

(1) Volviendose airado contra Arbona que se rie.

ARBONA.

¿Con que aun ignoras
la desgracia de Amán?

MARDOQUEO.

Arbona, (1) basta.
Fiel Atác, Abiud, á tantos males
oportuno reparo, solo el cielo
puede poner, y lo pondrá. Entre tanto
dexadme solo aquí, yo necesito
para morir de toda mi constancia. (2)

ARBONA.

Ahora fé me dareis. Amán ya viene. (3)

ABIUD.

¿Viene Amán? ¡ay de mí! Donde me escondo
á su vista cruel. Montes, cubridme
á los ojos de Amán. (4)

MAR-

(1) Mirándole con indignacion, y Arbona con enfado se retira ácia la puerta del palacio, observando con atencion lo que pasa allí dentro.

(2) Arbona vuelve placentero á donde está Mardoqueo con los otros dos.

(3) Comparece en el atrio del palacio parte del acompañamiento de Amán.

(4) Atác temeroso se retira ácia un lado de là Escena, Arbona ácia la puerta del palacio, y Abiud tur-

MARDOQUEO.

¡Dios poderoso!
confundid por mi boca á este soberbio.

## ESCENA ULTIMA.

*Mardoqueo á un lado de la Escena mirando imperterrito á Amán, que acompañado de Tarse y Carsena sale por la puerta del Palacio Real precedido de algunos criados, y seguido de pages que traen las insignias Reales, y un Caballo ricamente enjaezado, y de un numeroso acompañamiento de guardias y soldados con banderas desplegadas, y música militar. Abiud comparece en la Escena perturbado y confuso, y huyendo de manera que Amán lo pueda observar.*

AMAN.

Tarse, manda arrestar á aquel Hebreo.

TARSE.

¿Y su delito, Amán, qual es?

AMAN.

turbado y confuso corre á esconderse ya á una parte, ya á otra.

AMAN.

Su fuga.

TARSE.

Huirá de ti. (1)

AMAN.

De Asuero en este anillo
la autoridad respeta (2), y obedece
á quien puede mandarte.

TARSE.

Ah! (3) sí, obedezco.
Soldados, detened aquel anciano.

AMAN.

A tenebrosa y solitaria cárcel
se conduzca al instante, y de cadenas
cargado, á nadie permitido sea
si no es á Amán hablarle. (4) Delinqüente
su temor le convence.

MAR-

(1) Con desden.
(2) Con tono imperioso y soberbio.
(3) Mirando á Amán rabioso, y despues en tono de amenaza.
(4) Volviéndose á Carsena.

MARDOQUEO.

Amán, te engañas. (1)
Yo solo te ofendí; y en mi delito
parte no tuvo el inocente anciano.

AMAN.

Si es inocente ó reo, á tí no toca
juzgarlo, toca á mi. Contigo hablaba;
me vió, y huyó de aqui: no necesita
de mas proceso Amán.

MARDOQUEO.

Tirano! iniquo!
injustísimo juez!

AMAN.

¿ Mas quien refrena
mi rabia y mi furor?

MARDOQUEO.

Sigue oprimiendo
á mi Pueblo infelíz: mas la justicia
teme de un Dios terrible en sus venganzas.
Sobre tu cuello ya relampaguea
su fulminante espada.

AMAN.

(1) Acercándose ácia él con franqueza.

AMAN.

Y tú prosigue
insultándome ya, que así la suerte
iniqua lo destina; pero poco
tu gozo durará.

TARSE.

Tantas demoras
la voluntad del Rey no sufre; y Tarse
debe verla cumplida.

AMAN.

¡Oh, que penosa
obediencia! Carsena, tú en mi nombre
se lo podrás decir. (1)

MARDOQUEO.

Amán, ¿que aguardas?
Pronto estoy á seguirte. El leño infame
me espera. (1)

TARSE.

Mardoqueo, el Rey en premio
de tu fidelidad en noble triunfo
quie-

(1) Amán avergonzado y confuso vuelve las espaldas á Mardoqueo, acompañándole Carsena en acto de persuadirlo a obedecer.

quiere que Amán te lleve por las calles
mas públicas de Susa. El regio manto,
y el Imperial diadema honrar hoy deben
tu sublime virtud.

MARDOQUEO.

¿Y á tus palabras
puedo crédito dar?

TARSE.

Si á las palabras
de Tarse no das fé, dala á la pena,
dale al rubor de Amán. Despues de todo
te informaré mejor: se cumpla ahora
la voluntad del Rey. (1)

MARDOQUEO.

¿Sueño ó deliro?

AMAN.

¡Suerte injusta y cruel! á tanta gloria
acaso me elevaste, para verme
precipitado en este obscuro abismo

de

(1) Tarse cruza á Mardoqueo con la banda Real, ciñendo tambien su frente con el diadema; y despues le ayuda á montar á caballo.

de infamia y de rubor. (1)

MARDOQUEO.

Amán ahora

niegue el poder del Dios de Mardoqueo.

AMAN.

Pueblos de Media y Persia, así se honra
uno á quien quiere honrar el grande Asuero. (2)

(1) Tarse pone las riendas del caballo en manos de Amán.

(2) Al son de la música militar parte Amán guiando el caballo sobre que vá Mardoqueo, y en pos de ellos Tarse y Carsena, y todo el acompañamiento.

# ACTO QUINTO.

*Corredor, ó cámara de paso en el apartamento de Ester.*

## ESCENA PRIMERA.

*Amán y Carsena, que vienen conversando.*

AMAN.

Pero el deseo de vengarme ha sido
mas fuerte aun; y á él ceder debieron
la repugnancia y el rubor de verme
de un Hebreo á los pies. Sí, sí; al altivo
de un pasagero triunfo el vano gozo
poco le ha de durar.

CARSENA.

Y tú ¿que puedes
contra uno intentar, á quien Asuero
hoy tanto ha honrado?

AMAN.

Mas de quien mañana
ya no se acordará. Tú bien conoces
de Asuero el natural voluble, y fácil

su

su amor á deponer como su enojo.
El fugitivo y temeroso anciano,
que mandé aprisionar, á mis designios
podrá servir: de algun delito grave
cómplice yo lo haré con Mardoqueo.
Indicios, pruebas, testimonios falsos
no faltarán á Amán. Y al fin si nada
puedo así conseguir, la irrevocable
ley, que con él á todo el Pueblo suyo
á horrible muerte condenó, no puede
Mardoqueo evitar. ¡Del Rey, de Asuero
vengarme yo quisiera!.. Y si tú á parte
quieres entrar de la gloriosa empresa
que Amán medita, coronar podria
de Carsena las sienes un diadema,
de que es indigno quien á un vil cautivo
hoy la mandó ceñir.

CARSENA.

Amán ¿deliras?
¡yo á mi patria traydor! (1) ¿Y no me basta
la ignominia y rubor de ser tu amigo?

M ¿De

(1) Con horror, é indignacion.

¿De un delito tan vil capaz me juzgas?

AMAN.

Lo que á un trono conduce, ó no es delito,
ó no es delito vil. Vileza llama
el podrirse en el ocio, el corromperse
entre las sedas, y el placer y el vino.
Llama delito vil el abatirse
á tolerarlo todo, y no elevarse
sobre la turba perezosa y torpe
de los demas mortales, condenados
á sufrir los caprichos, y la iniqüa
tiranía á adorar de quien en fuerza,
ó en ingenio los vence.

CARSENA.

¡Sentimientos
dignos de Amán! Sí, tu amistad renuncio,
renuncio tu favor. Tenré en Carsena
un enemigo mas. ¿Sufrir yo debo?..

AMAN.

Calla que viene Tarse.

## ESCENA SEGUNDA.

*Amán receloso, Carsena irritado, y Tarse, en ademan desdeñoso y airado.*

TARSE.

Amán, la Reyna
en la mesa te espera.

AMAN.

Mas despacio
hablarémos despues: mejor, Carsena,
piensa á tu gloria y tu interés. (1)

TARSE.

¿Y debes
tú tambien ser testigo de las dichas
y del honor de Amán?

CARSENA.

Tarse, no envidies
de Amán la suerte.

TARSE.

Envidiaré la tuya.

CARSENA.

Por la de Amán de cierto no la trueco.



(1) Parte Atác.

TARSE.

¿Pero de la injusticia y los caprichos
que me dices de Ester?

CARSENA.

Yo así no llamo
la razon de quien reyna.

TARSE.

¡A un Idumeo
empeñada en honrar! como si en Persia
almas no hubiese grandes y mas dignas
de su gracia que Amán. Su pecho él muestre
de mil gloriosas cicatrices lleno
como lo está el de Tarse, sin mas fruto
que el que le dá una honrosa, inútil palma
y un estéril laurel.

CARSENA.

Consigo lleva
su premio la virtud.

TARSE.

¡Razon pomposa!
y que aprendido habrás en las escuelas
en que á la sombra de un laurel se suda.

Mas

Mas quien sudó al ardor, y tembló al hielo
de un campo militar: quien por su patria
marchó anhelando descubierto el pecho
contra cien mil espadas, que le asestan
la punta al corazon, no, no se paga
de un quimérico premio.

CARSENA.

En el banquete
el Rey acaso ya nos echa ménos.
Tarse, vamos. (1)

TARSE.

Sí, á ver, de Amán premiada
la cruel ambicion. ¡Iniqüa suerte! (2)

## ESCENA TERCERA.

*Atác trayendo de la mano á Mardoqueo por la parte opuesta á aquella por donde se retiraron Tarse y Carsena.*

ATAC.

No temas, Mardoqueo; aquí la Reyna

 con

(1) Parte Carsena.
(2) Parte Tarse.

conducirte me impuso; y pronto á todo
puedes aquí esperar de tus deseos
el momento felíz.

MARDOQUEO.

Acostumbrado
siempre á temer mi corazon, no puede
sin zozobra esperar.

ATAC.

Pero tu triunfo
asegurarte debe.

MARDOQUEO.

El triunfo mio
á mi Pueblo no libra de la muerte
á que está destinado, é incierta pende
de la boca de Asuero aun mi esperanza. (1)

ATAC.

Ya de los brindis el festivo aplauso
escucho resonar. Ven, aquí dentro
me esperarás oculto. Yo entretanto
de la Reyna á la voz pronto estar debo. (2)

ES-

(1) Se oye festivo estruendo de vivas y aplausos, y el sonido de instrumentos músicos.
(2) Se retiran los dos.

## ESCENA QUARTA.

*Espaciosa galería adornada de pilastras, y pedestales de diversos mármoles con estatuas, y simulacros que representen el Sol, la Luna y demas planetas, y signos celestes. En el fondo de dicha galería una puerta que da vista á un jardin, y á los lados de ella una orquestra de varios instrumentos músicos, y mas acá dos grandes aparadores con jarras, copas, tazas y platos de oro y plata, y en el medio una grande mesa cubierta de varias viandas y frutas, y al rededor de ella tres lechos ó grandes camapés, sobre los quales estarán recostados Asuero, Amán, y Ester en medio de los dos con copas de oro en la mano en acto de brindar. Tarse y Carsena en pie al lado de la mesa que queda descubierto al teatro. Berõe y Palmira á los lados de Ester, Arbona al del Rey, y otro page al lado de Amán, todos en acto de servirles vino. Y otros varios pages quitando y poniendo platos en la mesa.*

ESTER.

Viva el Rey.

ASUERO.

Viva Ester.

AMAN.

Y eternamente

vivan en paz y amor Ester y Asuero. (1)

TODOS.

Vivan en paz y amor Ester y Asuero (2)

ASUERO.

Retiraos de aquí. (3)

## ESCENA QUINTA.

*Asuero, Ester y Amán incorporados sobre sus respectivos lechos.*

ASUERO.

Consorte amada,

be-

(1) Mientras todos los circunstantes repiten el siguiente verso beben Asuero y Amán, y Ester llegándose su copa á los labios, la aparta de ellos con horror.

(2) Se empieza una alegre sinfonía; y entretanto Ester incita á beber de nuevo á Asuero y á Amán. Y rehusando ellos al fin, los obliga á beber, repartiendo el vino de su taza en las de los dos, mirando amorosa á Asuero é indignada á Amán.

(3) Asuero se incorpora sobre el lecho, y hace se-

bella Ester, ¿hasta quando á un fiel esposo
que te ama y te adora, y quiere en todo
darte gusto y placer, tendrás oculta
la causa de tu afan?

AMAN.

Ester divina,
si del felíz mortal, á quien hoy tanto
honrar quisiste, los humildes ruegos
algo pueden valer... (1) Mas tanto enojo
Señora, ¿contra quien?

ASUERO.

Ester, acaba
de despenarme al fin. (2)

ESTER.

Si alguna gracia
en los ojos del Rey halló la humilde
desventurada Ester, Señor, la vida
Ester os pide: á muerte atroz y horrible

con-

señal para que cese la música, y se retiren todos.

(1) Mirando Ester temerosa á Asuero, y airada á Amán.

(2) Ester se pone de rodillas sobre el lecho, y Asuero y Amán se baxan del lecho ambos admirados.

condenada yo estoy.

ASUERO.

Amán ¿que dice?..

¿Deliras, bella Ester? (1)

AMAN.

¿Y que delito

á la consorte y al amor de Asuero

pudo culpable hacer?

ESTER.

La culpa mia,

piadosísimo Rey, es ser Hebrea.

AMAN.

¡Que escucho! (2)

ASUERO.

Ester, tú lloras, ¿y es delito

haber nacido de un ilustre Pueblo,

aunque ahora infelíz? ¿Israelita

tú eres?

ESTER.

Y mi padre es Mardoqueo.

AMAN.

(1) Tomándola por la mano, y ayudándola á baxar del lecho.

(2) Para sí, perturbado.

AMAN.

¡Perdido soy! (1)

ESTER.

Y en premio del aviso
con que salvó tu vida, es condenado
él con todo su Pueblo, en solo un dia
cruelmente á morir.

AMAN.

Señor.. (2) Inútil
es mi presencia aquí.

ASUERO.

De tus consejos
ahora mas que nunca necesito.
Dime, adorada Ester, ¿y quien en Persia,
sin mi noticia, tu inocente Pueblo
se atreve á condenar?

ESTER.

Nuestro enemigo
es el pésimo Amán: fixo está en Susa
el decreto cruel: por toda Persia
pu-

(1) Para sí, temeroso.
(2) Confuso, y perturbado.

publicándose va.

AMAN.

Señor... (1)

ASUERO.

¡ Maligno !
¿ que disculpa darás ? (2) ¿Y este era el Pueblo
pernicioso á mi estado ? y cuyas leyes
contrarias á las leyes de la Persia
perturbaban la paz del Reyno mio ?

ESTER.

Fuera la muerte al fin de nuestros males
el término felíz ; pero redunda
su crueldad en daño de la Persia
y en deshonor del Rey. ¿Por que no somos
vendidos por esclavos ? con la vida
quedáramos al fin : y Ester de esclava
si no al impio Amán á otro qualquiera
contenta servirá.

ASUE-

(1) Cobrando ánimo.
(2) Mirando amoroso á Ester, y despues lleno de enojo á Amán, que baxando los ojos al suelo se muestra extremamente atemorizado y confuso.

ASUERO.

Bárbaro, iniqüo,
desapiadado Amán! Dame ese anillo,
prenda de mi favor y prueba clara
de tu infidelidad. Traydor! (1) Ingrato! (2)

## ESCENA SEXTA.

*Ester acongojada, y falta de fuerzas se recuesta sobre el lecho de Asuero, apoyando el codo sobre la mesa; y Amán delante de ella, pero algo retirado en acto humilde y temeroso.*

AMAN.

Divina Ester, de tí piedad implora
un infeliz.

ESTER.

Piedad tú no tuviste
de mi padre, de mí, ni de mi Pueblo.

AMAN.

Mas yo ignoraba...

ES-

(1) Volviéndole las espaldas, y alejándose de él, y despues volviendose á mirarlo.

(2) Asuero se retira por la puerta del jardin.

ESTER.

Si, tú no sabias
que en el cielo hay un Dios, que presto ó tarde
juzga la iniquidad, y los designios
frustra del impio, y sus ocultas tramas
á los ojos del sol descubre. ¡Iniqüo!
¿En un infame leño al padre mio
destinar á morir?

AMAN.

A tal exceso
ciega ambicion insana me conduxo,
piadosísima Ester. Mas si no basta
mi error para expiar el detestarlo
de mi Reyna á los pies; á Mardoqueo
doblaré las rodillas, mis tesoros
de su Pueblo serán...

ESTER.

Pretende en vano
sorprender mi piedad la negra astucia
de un hijo de Amaléc. Tiembla, si queda
Ester con vida.

AMAN.

AMAN.

¿Y quien podrá salvarme
de las iras del Rey, si Ester se vuelve,
misero, contra mi? Perdon te pido, (1)
perdon te pido, por tu Dios...

ESTER.

¡Blasfemo!
¿y tú te atreves á invocar su nombre?
¡Inmundo! morirás. (2)

AMAN.

Si de mi sangre
está sedienta Ester, con esta daga (3)
complacerla sabré.

ESTER.

Prófano! (4) esconde
ese acero á mis ojos.

AMAN.

No, á tu vista
yo

(1) Hincándose de rodillas con los brazos abiertos.
(2) Volviendo las espaldas á Amán.
(3) Alzandose en pie como desesperado, y volviendose Ester á mirarle asustada.
(4) Temerosa, y retirándose mas sobre el lecho.

yo moriré. Mas ¡ay! que Asuero vuelve (1) como un feróz leon. ¡Ah! ¿quien me libra de su enojo cruel? Ya de mis ojos la luz se eclipsa.. Tiembla, y se hunde el suelo debaxo de mis pies... ¿Quien me sostiene? ¿quien me socorre? Ester... Ester piadosa, (2) á tus pies moriré.. (3)

ESTER.

Guardias! Asuero! (4)

## ESCENA SEPTIMA.

*Amán desmayado á los pies del lecho de Asuero, que viene presuroso á sostener á Ester: Tarse con guardias, y despues Carsena con Beroe, Palmira, Atác y Arbona, que todos quedan atónitos, y miran con maravilla y pasmo á Amán, y á Ester. Finalmente Asuero dexando á Ester, se acer-*

(1) Mirando ácia el jardin.
(2) Asuero comparece á la puerta del jardin.
(3) Impetuosamente se arroja con la daga en la mano sobre los pies del lecho en que está Ester.
(4) Saltando en tierra temblando y despavorida.

*acerca á observar á Amán, y hallando su daga desnuda sobre el lecho, la toma, y considera con maravilla y horror, mostrándola despues á Ester que está apoyada sobre el brazo de Beroe.*

ASUERO.

¿Y Amán en mi Palacio y á mi vista
degollarte intentaba?

ESTER.

El susto... apenas...
me dexa... respirar... (1)

ASUERO.

La pena suya (2)
refrena mi furor. Si no... (3) Quitadme
de la vista ese odioso horrible objeto. (4)

ARBONA.

Señor, Aman tenia en su Palacio
alta cruz preparada, en que hoy debia

N Mar-

(1) Apartando los ojos de la daga, y de Amán.
(2) Indicando á Ester, y encarado con Tarse y Carsena.
(3) En acto de traspasar á Amán, y despues arroja la daga al suelo con desprecio y horror.
(4) Los guardias cubren la cabeza de Amán con un velo, y se lo llevan.

Mardoqueo espirar.

ASUERO.

Sí? Tarse, en ella
el traydor inhumano el alma exhale.

TARSE.

La voluntad del Rey será cumplida. (1)

ASUERO.

¡Pérfido, ingrato Amán! Volando, Arbona,
á mi presencia trae á Mardoqueo. (2)

ESTER.

Corre á llamarlo, Atác. (3) ¡Ah! padre amado!
¿Y vivo te verán los ojos mios?
Permíteme, Señor, que de aquí lejos
á abrazarle yo vaya; ofender puede
del Rey la Magestad el gozo mio.

ASUERO.

Ofenderme? y por que? fuiste hija suya
antes que esposa mia: A mi presencia
tú condúcele, Ester.

ES-

(1) Tarse parte.
(2) Arbona parte.
(3) Parte Atác.

ESTER.

También de gozo (1)
si es verdad que se muere, ahora yo muero.

ASUERO.

Su inocente candor quanto me agrada!
Carsena, ¿y que me dices de la injusta
ingratitud de Amán?

CARSENA.

De maravilla
lleno y de horror su triste fin me tiene.

ASUERO.

Digno fin de un traydor, que de la gràcia
de un Monarca abusó, que por el suyo
mide y regula el corazon de todos.
¿Y en un humano pecho tanta cabe
malicia y crueldad? (2)

CARSENA.

Señor, la Reyna
con Mardoqueo vuelve.



(1) En acto de partir.
(2) Crûzando las manos y poniéndolas sobre la frente.

## ESCENA OCTAVA.

*Asuero; Carsena, y Ester que viene trayendo de la mano á Mardoqueo, cuya diestra, repugnándolo él, ella besa dos veces á la vista del teatro y de Asuero.*

ESTER.

No, no puedo
mi placer moderar.

MARDOQUEO.

Gran Rey, perdona
de una hija el piadoso y tierno afecto;
y de besar tus pies permite el gozo
al infelíz cautivo Mardoqueo. (1)

ASUERO.

Ven á mi seno, (2) venturoso padre
de aquella con que plugo hacer felices
mis tristes dias al benigno cielo.
Sí, yo te debo con la vida el trono;
pero el trono y la vida estimo en ménos
que el don de una consorte, sin quien fuera
pe-

(1) En acto de postrarse.
(2) Abrazando á Mardoqueo.

pena el reynar y el respirar á Asuero.

MARDOQUEO.

Si en los ojos de Asuero alguna gracia
una infelíz cautiva encontrar pudo,
ántes que de placer aquí yo muera,
permíteme, Señor, besar la diestra
á la consorte de mi Rey.

ESTER.

No. (1) Asuero...
Padre... ¿Quereis que muera á vuestra vista
de ternura y placer? (2)

ASUERO.

Despues podreis
al natural amor soltar el freno.
Ahora, Mardoqueo, ven conmigo. (3)

## ESCENA NONA.

*Ester enjugándose las lágrimas, y Carsena algo temeroso y confuso.*

CARSENA.

Tú lloras, bella Ester.



(1) Retirándose de Mardoqueo.
(2) Afanada y sollozando.
(3) Asuero se retira con Mardoqueo por la par-

ESTER.

¿Y tú (1) intentabas
que mi padre adorase á un enemigo
de mi ley y mi Dios?

CARSENA.

Yo (2) solamente
le rogué que á sus ojos se escondiese:
Y la piedad que me obligaba á hacerlo
justificarme debe.

ESTER.

No hay escusa
que te pueda salvar del odio mio,
y de mi indignacion. ¡Malvado, iniqüo
Consejero de Amán! Conforme al suyo
será tu triste fin.

CARSENA.

Mas si el enojo
y cólera de Ester sufro inocente,
¿que me importa el morir? Quien es Carsena

lo

parte del jardin.

(1) Volviendose repentinamente contra Carsena llena de ira y de furor.

(2) En acto respetuoso pero tranquilo y constante.

lo sabe toda Susa, Persia toda
lo sabe; y no lo ignora Mardoqueo.

ESTER.

Carsena, si me engañas...

CARSENA.

Si yo miento,
con la de Ester se una en daño mio
la justicia del cielo. Mas mi boca
á ninguno engañó: ni á Amán mi lengua
supo adular.

## ESCENA DECIMA.

*Ester, Carsena y Asuero que en acto de maravilla y horror viene por la parte del jardin con Mardoqueo.*

ASUERO.

¡Cruel, impio!.. Carsena,
de su prision conduce aquí al anciano,
que Amán mandó arrestar; mas quede oculto
á su noticia quanto aquí ha pasado. (1)
No, Mardoqueo fiel, no desconfio
de



(1) Parte Carsena.

de tu sinceridad; pero en un dia
que á tanta iniqüa fraude quitó el velo,
yo no sé que creer, y temo engaños
en la misma verdad. (1) Graciosa Edisa...

ESTER.

Así Ester se llamaba. ¡Oh! dulce nombre
que me acuerda...

ASUERO.

Lo sé, lo sé: de todo
tu padre me informó. ¿Pero ocultarlo
tanto tiempo por que?

MARDOQUEO.

Si fué delito
su silencio, Señor, la culpa es mia.

ASUERO.

Delito no; mas si del justo cielo
la sabia providencia en esta noche
no velara á favor de Mardoqueo,
víctima del furor, y de la astucia
ya serías de Amán. Dime, ese anciano
del oculto destino de tu hija

fué

(1) Volviéndose amoroso, y afable ácia Ester.

fué tambien sabedor?

MARDOQUEO.

Ayer lo supo
de mi boca; hasta ayer él lo ignoraba
con todo el resto de mi triste Pueblo.

ASUERO.

Y qual ministro de deidad, que tanto
la mentira aborrece, de engañarme
él no será capáz.

ESTER.

Antes el alma
de sus labios saldrá que una mentira.
Pero él viene. Señor, así trataba
el impio Amán los hijos de mi Pueblo.

## ESCENA XI.

*Asuero en acto de admiracion, Ester en ademan compasivo, y lo mismo Mardoqueo, y Carsena que trae de la mano á Abiud cargado de cadenas, y bendados los ojos.*

ASUERO.

¡Que venerable aspecto!

MAR-

MARDOQUEO.

¿Y de un delito
este anciano es capaz? (1)

ABIUD.

Si no me engaño,
el triste acento aquí de Mardoqueo
acabo de escuchar. ¡Ah! en el suplicio
yo le acompañaré. Mas ya que muero, (2)
quiero morir qual fuerte.

ASUERO.

A mis palabras (3)
responde la verdad.

ABIUD.

¡Que voz terrible, (4)
espantosa y cruel! Amán te juzga,
infelíz Abiud.

ASUERO.

Dime tu nombre,

tu

(1) Asuero volviéndose ácia Mardoqueo, y Ester les hace señal para que no hablen.
(2) Afectando fortaleza é intrepidez.
(3) En tono grave y magestuoso.
(4) Mostrando timidéz.

tu estirpe, y tu nacion.

ABIUD.

De un delinqüente
saber la patria quieres, ó el delito?
Yo me llamo Abiud, y soy Hebreo,
hijo indigno de Aaron; delitos todos
muy graves para Amán.

ASUERO.

Tu edad.

ABIUD.

Mis dias
muchos y malos: pero no pudieran
conducirme al sepulcro ántes de tiempo,
si del piadoso Rey, que á Persia manda
no pervirtiera el corazon un hijo
del maldito Amaléc.

ASUERO.

¿Y así te atreves
á insultar á tu juez?

ABIUD.

¿De Amán que puedo
ya temer, ó esperar?

ASUE-

ASUERO.

La muerte.

ABIUD.

De ella
estoy mas que seguro, aunque inocente.

ASUERO.

Si inocente eres tú, ¿por qué á los ojos
te ocultabas de Amán?

ABIUD.

Si fuera reo,
de su vista no huyera: halla el delito
favor y proteccion en un tirano,
que la virtud persigue.

ASUERO.

¿Y tú insultando
sigues al grande Amán?

ABIUD.

¿Y Amán no entiende,
que irritarle procuro, porque acabe
presto con una vida que me pesa
mas que la grave carga de estos hierros,
que ácia el suelo me encorvan?

ASUE-

ASUERO.

Presto, presto
de tanto afan te libraré. Mas dime
una hija no tuvo Mardoqueo?
¿su destino qual fué? ¿vive ella en Susa?

ABIUD.

¡Gran Dios! (1) ¿Que le diré?

ASUERO.

Mas ¿tú te turbas?
¿Por què tardas ahora en responderme?

ABIUD.

Yo no sé donde estoy... Y tantas cosas
á un tiempo me preguntas, que á ninguna
acierto á responder. Sí... yo... en la casa
de Mardoqueo vi una tierna niña,
que, creciendo en edad, era llamada
la bella Edisa: y con razon, pues era
Edisa sin contraste la mas bella
entre todas las bellas de su Pueblo.
Pero de Mardoqueo no fué hija. (2)

ASUE-

(1) Turbado y volviendo el rostro á otra parte.

(2) Asuero se altera, Ester se turba, y Mardoqueo se muestra agitado y cuidadoso.

ASUERO.

La verdad dí.

ABIUD.

Esto es... era hija suya...

ASUERO.

Por engañarme tú te contradices. (1)

ABIUD.

Es Amán, que no entiende lo que digo,
ni me dexa explicarme... Mardoqueo...
tuvo un hermano... el qual murió. Dichoso
mil veces él; pues no alcanzó estos tiempos.
Se llamó Abiahíl; y por consorte
le cupo una muger... dos verdaderos
Israelitas...

ASUERO.

Tu respuesta abrevia,
si quieres que se abrevie tu tormento.

ABIUD.

¿Y desde quando Amán conoce y siente
piedad de un infelíz? En suma, Edisa,
muertos sus padres, en agena tierra,
huér-

(1) Enojado.

huérfana , desvalida y solitaria
de tierna edad quedó , sin otro apoyo
que la piedad y amor de Mardoqueo.
El la adoptó por hija , y mas que padre
la atendia y la amó... ¿Pero què parte
pudo Edisa tener en el delito
de su padre infelíz?

ASUÉRO.

No te pregunto
del delito de Edisa ; su destino
quiero de tí saber.

ABIUD.

Y su destino
de mí no lo sabrás.

ASUERO.

Yo no lo ignoro.

ABIUD.

Pues ¿por qué lo preguntas?

ASUERO.

De tus labios
confirmado lo quiero.

ABIUD.

ABIUD.

Antes la lengua
me arrancarás que de mi boca saques
el recóndito arcano, que algun dia
funesto á Amán será. De mi obstinado
silencio en pena; al fin dame la muerte:
yo te la pido, sí, yo te la pido
de rodillas tambien. (1)

ASUERO.

La obscura benda
de sus ojos romped: y al inocente
de esos hierros librad. (2)

ESTER.

¿No reconoces
á Edisa, santo anciano?

MAR-

(1) Se hinca de rodillas, juntando las manos del modo que puede, inclinando la cabeza, y alargando el cuello, como quien lo presenta para que se lo corten.

(2) Ester le desata la benda, rompiéndola en varios pedazos; Mardoqueo y Carsena sueltan las cadenas; y Abiud al principio temeroso, y despues maravillado y confuso, mira atentamente el suelo, las paredes, el techo de la galería, y las personas que le rodean ayudándole á levantarse en pie.

MARDOQUEO.

Si; yo soy

Mardoqueo, Abiud.

ABIUD.

Mas... donde estamos..?

¿De Abraam es este el seno venturoso?...

¿Y aquel Señor quien es? (1)

ASUERO.

Yo soy Asuero:

no temas, buen anciano: el Pueblo tuyo

no morirá.

ABIUD.

¿Y Amán donde se ha ido?

ASUERO.

Ahora lo sabrás.

## ESCENA XII.

*Tarse, y los dichos.*

TARSE.

Del Rey cumplida

quedó la voluntad. Amán acaba



(1) Señalando temeroso á Asuero.

de espirar en la cruz, que á Mardoqueo
preparada tenia. Y bastó apenas
la milicia Real para librarle
del popular furor, que le queria
vivo despedazar.

ASUERO.

Tarse, del resto
me informarás despues: ahora buela,
de los hijos de Amán, de su consorte
y su rico tesoro en nombre mio
á apoderarte: Ester despues de todo
dispondrá á su placer. (1) A mi Palacio
convoca tú, Carsena, de la Persia
todos los Grandes; dar á Amán conviene
un sucesor mejor. (2)

## ESCENA ULTIMA.

*Asuero, Ester, Mardoqueo y Abiud.*

ASUERO.

¿De Amán supiste (3)
la

(1) Parte Tarse.
(2) Parte Carsena.
(3) Encarándose afable con Abiud, que está atónito, y como fuera de sí.

la infausta suerte ya?:

ABIUD.

¡Dios poderoso! (1)
Santo Dios de Israél, único eterno!
grandes tus obras son. Las maravillas
y los portentos de tu fuerte brazo
¿quien podrá referir? Sobre las cimas
de los sublimes cedros poco antes
yo vi elevado á Amán; ¿y Amán ahora
adonde adonde está? Toda su gloria
se disipó qual humo; él al profundo
cayó qual grave plomo, ó escollo, ó monte
que se arroja en el mar. ¿Y quien podia
aterrar su poder, y su soberbia
altiva confundir, si no es el grande
fuerte Dios de Jacob?.. (2)

MARDOQUEO.

El sueño mio
entiendes ya, Abiud. Ve allí la fuente,



(1) Sin atender á Asuero, y como transportado.
(2) Como falto de fuerzas, y de respiracion se apoya sobre Mardoqueo y Asuero como pasmado le observa algo retirado de el con Ester.

y el caro sol ve allí : y él fin ya viste
del sangriento dragon...

ASUERO.

Sí, Mardoqueo, (1)
grande es el Dios que adoras : el dirige,
él alumbra tus pasos. Con sus alas
te ha protegido contra el vano empeño
de quien perderte quiso. El nombre suyo
sobre Asuero invocad : sobre mi imperio
obtened su favor. Su ley, sus fiestas
observad en la Persia : el Pueblo vuestro
al mio igual será. Yo con la vida
la libertad os doy ; y al alto grado
de que ha caido Amán, con este anillo
mi gratitud te ensalza, Mardoqueo.

MARDOQUEO.

¡Benigno Rey ¡..

ESTER.

Asuero generoso...

ASUE-

(1) Acercándose á donde están Mardoqueo y Abiud.

ASUERO.

Amada Edisa, ven, toda la Persia
de tu padre á los pies á ver postrada.

ABIUD.

Ahora mis ojos cerraré contento.

FIN.

# MARÍA TUDOR.

# MARIA TUDOR.

DRAMA EN TRES JORNADAS

orijinal de Victor Hugo,

TRADUCIDA

POR

D. JOSÉ GONZALEZ DE VELASCO.

Representada en el teatro de esta capital á beneficio de Doña Concepcion Samaniego, el jueves 26 de enero de 1837.

VALENCIA:

IMPRENTA DE D. ILDEFONSO MOMPIÉ DE MONTAGUDO.

1837.

Es propiedad de la casa de D. Ildefonso Mompié de Montagudo, del comercio de libros de Valencia.
*Se hallará en su librería, calle nueva de San Fernando, núms. 63 y 64, junto al Mercado.*

A

# D.ª Concepcion Samaniego,

PRIMERA ACTRIZ

## DEL TEATRO DE VALENCIA,

EN ENERO DE 1837.

*Mucho tiempo hacia, mi apreciable amiga, que habia yo pensado intentar la traduccion de la célebre María Tudor de V. Hugo, cuando una insinuacion de V. vino de concierto con mis ideas á ponerme en el caso de realizar aquel pensamiento.*

*Desconfiaba yo mucho de mis fuerzas, ya por ser esta la primera obra de su género en que me ensayaba, ya*

por lo dificil y sublime de la obra misma, ya tambien por el cortísimo espacio de doce ó quince dias, que en medio de mis continuas é imprescindibles ocupaciones, era por lo adelantado del tiempo, lo que podia emplear en la traduccion. Pero V. lo deseaba, y yo no titubeé un momento salvando todos los obstáculos, en satisfacer sus deseos, presentándosela á V. para ejecutarla en su beneficio. Si mi traduccion á pesar de sus muchos defectos agradó á V. y arrancó aplausos del público, estoy persuadido de que fue debido lo primero á la bondad y amistosa deferencia de V. para conmigo; y lo segundo al acierto, esmero é intelijencia conque el drama fue jeneralmente desempeñado.

Admirador entusiasta del mérito de esta célebre composicion que se ha adquirido el primer lugar entre todas las de su jénero, hubiera querido que su traduccion la hubiera emprendido otra pluma mas diestra é intelijente que la mia; pero ya que me ha tocado ser el primero, he hecho cuanto me ha sido posible para presentarla cual su autor la escribió.

Permítame V. pues, amiga mia, que la dedique esta escasa muestra de mi pobre talento, en prueba de mi afecto, en confirmacion de mi idea primera, y en la persuasion de que á nadie pudiera hacerlo mejor que á la que tan inimitablemente ha sabido copiar la bella María de Hugo.

Otros tal vez mas afortunados y

de mas cultivado talento ofrecerán á V. obras mas acabadas y perfectas; empero si en esto me esceden no lo podrán en la constante adhesion con que soy de V. apasionado amigo Q. B. S. P.

José Gonzalez de Velasco.

# MARIA TUDOR.

DRAMA EN TRES JORNADAS

## DE VICTOR HUGO.

| *PERSONAGES.* | *ACTORES.* |
| --- | --- |
| MARIA, Reina de Inglaterra. | *D.ª C. Samaniego.* |
| JUANA, hija y heredera de lord Talbot. . . . . . . . . . . . | *D.ª C. Montaño.* |
| GILBERTO, su amante. . . . . | *D. G. Perez.* |
| FABIANO FABIANI, favorito de María. . . . . . . . . . . . | *D. P. Montaño.* |
| SIMON RENARD, embajador de España. . . . . . . . . . . | *D. J. Galindo.* |
| JOSUÉ FARNABY, llavero. . . . | *D. J. Orgáz.* |
| Un judío. . . . . . . . . . . | *D. J. Aznar.* |
| LORD CLINTON. . . . . . . . . | *D. F. Roman.* |
| LORD CHANDOS. . . . . . . . . | *D. N. Brú.* |
| LORD MONTAGÚ. . . . . . . . . | *D. N. Montesinos.* |
| ENEAS DULVERTON, condestable. . . . . . . . . . . . . . | *D. N. Baix.* |
| LORD GÁRDINER, canciller. . . | *D. N. Maza.* |
| Un carcelero. . . . . . . . . | *N. N.* |
| Cortesanos. | |
| Pages. | |
| Guardias. | |
| El verdugo. | |

*La escena es en Londres, año de 1553.*

# MARIA TUDOR.

## JORNADA PRIMERA.

## EL HOMBRE DEL PUEBLO.

### PERSONAJES.

*Gilberto.*
*Fabiano Fabiani.*
*Simon Renard.*
*Lord Chandos.*
*Lord Clinton.*
*Lord Montagú.*
*Josué Farnaby.*
*Juana.*
*Un judío.*

# Jornada primera.

B. = Sainz

*Playa solitaria á orillas del Támesis: un viejo paredon arruinado oculta la orilla del rio: á la derecha una casa de pobre apariencia: en el ángulo una pequeña estátua de la Virgen, á cuyo pie, en una reja de hierro, arde una lámpara. En el fondo, mas allá del Támesis, se ve Londres; distinguense dos grandes edificios, la torre de Londres y el palacio de Westminster. Empieza á anochecer.*

## Escena I.

*Varios grupos de hombres por la playa, entre ellos Simon Renard,* John Bridges *baron de Chandos,* Roberto Clinton *baron de Clinton, y* Anthonny Brown *vizconde de Montagu.*

CHANDOS.

Teneis razon, Milord; por fuerza ese maldito de italiano ha hechizado á la Reina.

No puede pasar sin él. Para él solo vive, solo para él está alegre, solo á él escucha. Si está un dia sin verle, sus ojos se amortiguan como en el tiempo que amaba al cardenal Polus; ¿os acordais?

SIMON.

Sí por cierto; apasionada como entonces, y por consiguiente celosa.

CHANDOS.

El italiano, no hay duda, la ha hechizado.

MONTAGU.

A propósito, dicen que los de su nacion tienen filtros para eso.

CLINTON.

Los españoles son diestros en componer venenos que matan, y los italianos que hacen amar.

CHANDOS.

Entonces Fabiani es á la vez español é italiano. La Reina está enamorada y enferma, conque le habrá dado de los dos.

MONTAGU.

Pero en realidad, ¿es italiano ó español?

CHANDOS.

Parece cierto que ha nacido en Italia, pero que ha sido educado en España; y dice que está enlazado con una de las buenas familias españolas. Lord Clinton sabe esto por la punta de los dedos.

CLINTON.

Es un aventurero: ni español ni italiano: inglés menos, á Dios gracias; pero estos hombres que no tienen patria, no tienen piedad del pobre pais en que llegan á ser poderosos.

MONTAGU.

Deciais, Chandos, que la Reina estaba enferma; á fe que no le impide el mal, pasar una vida alegre con su favorito.

CLINTON.

¡Vida alegre! ¡vida alegre! Mientras ella rie el pueblo llora, y el favorito colmado de riquezas y de honores. La Reina ha dado á ese hombre los bienes de lord Talbot, ¡del gran lord Talbot! Le ha hecho conde de Clanbrasíl y baron de Dinasmonddy... ¡á ese Fabiano Fabiani que se dice de la familia española de Peñalver, y que miente! Es par de Inglaterra como vos, Montagu, como vos, Chandos, como Stan-

ley, como Norfolk, como yo, como el Rey... ¡Tiene la jarretiera como el infante de Portugal, como el Rey de Dinamarca, como Tomas Percy, séptimo conde de Northumberland!... ¿Que tirano mayor que este que nos gobierna desde su cama? Jamás la Inglaterra sufrió un yugo mas pesado. Yo soy viejo, milores, y puedo hablar.—En Tiburn hay setenta horcas nuevas, las hogueras siempre encendidas, siempre ardiendo, nunca se apagan; el hacha del verdugo que todas las mañanas se afila, por la tarde ya está embotada; cada dia se corta la cabeza de algun hidalgo. Antes de ayer Blantire, ayer Nortcurry, hoy Sout-Reppo, mañana Tyrconnel, la semana procsima sereis vos, Chandos, y yo á la otra tal vez. Milores, milores... es una vergüenza, una ignominia, que tantas honradas cabezas inglesas caigan de este modo por solo el capricho de no sé qué miserable aventurero que ni aun siquiera es de este pais. Es horroroso, insufrible, el pensar que un favorito napolitano pueda tirar tantos tajos como quiera desde la cámara de esa Reina. ¡Pasan los dos una vida alegre, decís! Por Dios, que es bien infame. ¡Ah! pasan una vida alegre como enamorados, interin á su puerta el corta-cabezas hace

viudas y huérfanos! ¡su guitarra italiana suena á compas del ruido de las cadenas! ¡O Reina! haceis venir cantores de la capilla de Avignon, todos los dias teneis en vuestro palacio comedias, bailes y funciones de música... ¡Por Dios! Señora, menos alegría en vuestra habitacion y menos duelos en nuestras casas: menos farsantes ahí y menos verdugos aquí: menos teatros en Westminster y menos cadalsos en Tiburn.

MOMTAGU.

Cuidado con lo que decís. Lord Clinton, nosotros somos súbditos leales: nada contra la Reina, todo contra Fabiani.

SIMON.

(*Poniendo la mano en el hombro á lord Clinton.*) ¡Paciencia, milord!

CLINTON.

¡Paciencia!.. eso os es muy fácil decirlo, Simon Renard... Vos, que sois bailío d'Amont en el franco condado, súbdito del emperador y su legado en Londres: que representais aquí al príncipe de España futuro marido de la Reina. Vuestra persona es sagrada para el favorito, ¡pero nosotros! ya lo veis: para vos, Fabiani, es lo que para la oveja el pastor, para nosotros lo que el carnicero. (*Anochece.*)

SIMON.

No me incomoda á mí menos ese hombre. Vosotros temeis por vuestra vida, yo por mi crédito. Aun hay mas. Yo obro y callo, muestro menos cólera que vos, milord, y le aborrezco mas. Yo destruiré al favorito.

MONTAGU.

¡Ah! ¿y como? todo el dia estoy pensando en eso.

SIMON.

No es de dia cuando se hacen y deshacen los favoritos de las reinas; es de noche.

CHANDOS.

Pues esta es bien oscura y horrorosa.

SIMON.

Yo la encuentro muy bella y á propósito para mis ideas.

CHANDOS.

¿Qué intentais hacer?

SIMON.

Ya lo vereis. Milord Chandos, cuando una mujer reina, el capricho reina, y entonces la política no está sujeta á cálculo sino á casualidades. Con nada se puede contar;

por el dia de hoy no puede deducirse lo que será el de mañana; y los negocios se juegan á una carta, no al agedréz.

CLINTON.

Todo eso está bien, pero al caso. ¿Cuando nos librareis del favorito? Es urgente, mañana se decapita á Tirconnel.

SIMON.

Si yo puedo encontrar esta noche el hombre que busco, Tirconel mañana por la noche cenará con vosotros.

CLINTON.

¿Qué decís? ¿Y Fabiani qué se habrá hecho?

SIMON.

Teneis buena vista, milord?

CLINTON.

Sí por cierto, á pesar de que soy viejo y la noche está oscura.

SIMON.

¿Veis bien á Londres al otro lado del rio?

CLINTON.

Sí, ¿por qué?

SIMON.

Mirad con atencion. Desde aquí se descubre lo alto y lo bajo de la fortuna de todo favorito. Westminster y la torre de Londres.

CLINTON.

Y bien, ¿qué?

SIMON.

Si Dios me ayuda, en el momento que hablamos todavía hay allí un hombre (*Señala á Westminster*), mañana á estas horas estará aquí. (*Señala á la torre.*)

CLINTON.

¡Dios os proteja!

MONTAGU.

El pueblo no le aborrece menos que nosotros; ¡que fiesta habrá en Lóndres el dia de su caída!

CHANDOS.

Nos ponemos en vuestras manos, señor Bailío, disponed de nosotros; ¿que hay que hacer?

SIMON.

¿Veis bien esta casa? (*Mostrando la casa pobre*) Es la del tallista Gilberto. Dispersaos con vuestras gentes, pero sin alejaros de modo que la perdais de vista. Sobre todo, no hacer nada sin mí.

CHANDOS.

Está dicho. (*Se van por varios lados.*)

SIMON.

(*Queda solo.*) Un hombre como el que necesito no es fácil de encontrar. (*Se va.*) (*Entran Gilberto y Juana apoyada en su brazo con direccion á su casa. Josué con ellos envuelto en una capa.*

## Escena II.

*Juana, Gilberto y Josué Farnaby.*

JOSUE.

Os dejo aquí, amigos mios; ya es de noche y tengo que volverme á la torre á cumplir con mi obligacion de llavero: ¡ah! yo no soy libre como vosotros, ¿lo veis? un portero de la cárcel no es mas que una especie de preso. Juana, Gilberto, á Dios. ¡Cuanto me complazco, amigos mios, en veros dichosos! ¡ah! dime Gilberto, ¿cuando es la boda?

GILBERTO.

De aquí á ocho dias.

JOSUE.

Pasado mañana es Navidad; el dia de los

deseos y de los aguinaldos; pero yo nada tengo que desear para vosotros: ¿que mas belleza para la novia y mas amor para el novio? es imposible: ¡sois muy dichosos!

GILBERTO.

¿Y tú, buen Josué, no lo eres?

JOSUE.

Yo, ni dichoso ni desgraciado; todo me es indiferente. Mira, Gilberto (*Entreabre su capa y deja ver un manojo de llaves que pende de su cintura.*), las llaves de las prisiones que me suenan siempre al lado hablan y me sujieren con su ruido toda suerte de pensamientos filosóficos. Cuando yo era jóven era como cualquier otro, enamorado todo un dia, ambicioso todo un mes, loco todo un año. Esto era en tiempo de Henrique VIII. ¡Que hombre tan singular por cierto era este Henrique VIII! Hombre que cambiaba de mujeres como una mujer de vestidos. Repudió á la primera, hizo cortar la cabeza á la segunda, y abrir el vientre á la tercera: en cuanto á la cuarta la perdonó, es verdad, pero la arrojó del trono, y en desquite hizo decapitar á la quinta. No creais, bella Juana, que lo que os digo son los cuentos de Barba-azul, es la his-

toria de Henrique VIII. Yo en aquel tiempo me comprometí en las guerras de relijion, y me batía por unos ó por otros; por el que llevaba la ventaja: era lo mejor que podia hacerse entonces, porque la cuestion era muy delicada. Se trataba de ir nada menos que en pró ó en contra del Papa. El partido del Rey ahorcaba á los que iban en pró, y estos quemaban á los que iban en contra. Los indiferentes, esto es, los que ni á favor de uno ni otro iban, se les quemaba ó se les ahorcaba indiferentemente. Salia quien podia. Deciais sí, la cuerda: no, la hoguera; ni sí, ni no, la hoguera y la cuerda. Yo mismo que os estoy ahora hablando, he sentido la chamusquina de muy cerca, y no estoy seguro de que no me hayan ahorcado dos ó tres veces. Era un tiempo hermoso, igual al de ahora con corta diferencia. Pues bien, yo me batía por todo esto, y ahora lleve el diablo si sé por quién me batiría. Si me vienen hablando otra vez de Lutero y del Papa Paulo III, me encojo de hombros. Cuando los cabellos están blancos, Gilberto, es menester no recordar las opiniones por qué se hacia la guerra, ni las mujeres á quiénes se hacia el amor á los veinte años; unas y otras nos parecerian muy feas, muy viejas, muy mezquinas,

muy desdentadas, muy arrugadas, muy necias. He aquí mi historia. Ahora me he retirado de los negocios, no soy soldado del Rey ni del Papa, solo carcelero de la torre de Londres. No me bato ya por nadie, y meto á todo el mundo bajo de llave. Viejo portero de la cárcel, tengo un pie en el calabozo y otro en el sepulcro, y recojo los restos de los ministros y favoritos que se hacen pedazos en el cuarto de la Reina. Esto es muy divertido: tengo ademas una hija tierna á quien amo, y os tengo á vosotros que os amo tambien, y si sois dichosos yo lo soy igualmente.

GILBERTO.

En este caso sé feliz, Josué, ¿no es verdad Juana? (*Juana está distraida.*)

JOSUE.

Yo nada puedo hacer para tu felicidad, pero Juana lo puede todo; ¡tú la amas! Nunca podré servirte de nada, porque á Dios gracias no eres un gran señor para necesitar alguna vez al llavero de la torre de Londres. Juana, no obstante, desquitará mi deuda al mismo tiempo que la suya, porque los dos te lo debemos todo. Ella era una pobre criatura huérfana y abandonada, tú la recojiste y la has educado;

yo me ahogaba un dia en el Támesis, y tú me sacaste del agua.

GILBERTO.

¿A qué fin hablar siempre de eso, mi buen Josué?

JOSUE.

Porque nuestro deber es amarte, yo como un hermano, Juana.... no como una hermana.

JUANA.

No, como una esposa: os comprendo Josué. (*Vuelve á distraerse.*)

GILBERTO.

(*Aparte á Josué.*) Mírala, Josué: ¿no es verdad que es hermosa, encantadora, que será digna de un príncipe? Si tú supieses.... pero no puedes figurarte como yo la amo.

JOSUE.

Cuidado.... eso no es prudente: á una mujer no se la ama tanto.... á una hija es otra cosa.

GILBERTO.

¿Que quieres decir?

JOSUE.

Nada: dentro de ocho dias vendré á la boda. Espero que los negocios de estado me dé-

jarán entonces un poco de libertad, y que todo se habrá ya concluido.

GILBERTO.

¡Como! ¿que se habrá concluido?

JOSUE.

¡Ah! tú no te ocupas de estas cosas: estás enamorado, Gilberto, eres un hombre del pueblo: ¿que te importan las intrigas de allá arriba cuando aquí bajo eres tan dichoso? Pero ya que me preguntas, sabe que de aquí á ocho dias, acaso de aquí á veinticuatro horas, se espera que Fabiano Fabiani dejará su puesto cerca de la Reina á algun otro.

GILBERTO.

¿Quien es ese Fabiano Fabiani?

JOSUE.

Es el amante de la Reina; un favorito muy célebre y muy hermoso que hace mas pronto cortar la cabeza á un hombre que le desagrada, que un burgomaestre flamenco se come una cucharada de sopa; el mejor favorito que despues de diez años ha podido presentarse al verdugo de la torre de Lóndres. Ya sabes que tiene diez escudos de plata por cada cabeza de gran señor de la córte, y á veces doble si la ca-

beza es de mucha consideracion. Figúrate cuánto se deseará la caida de Fabiani. Verdad es que yo solamente oigo hablar de él en la torre á jentes de mal humor, que les deben cortar la cabeza de aqui á un mes, y por consiguiente descontentos.

GILBERTO.

Dejemos á los lobos que se devoren entre sí. ¿Que nos importa á nosotros la Reina y su favorito?

JOSUE.

¡Oh! hay una terrible conspiracion contra Fabiani; si puede escapar será dichoso. No me sorprenderia que esta noche tuviese algun mal lance: acabo de ver, dando vueltas por alli, muy pensativo, á Simon Renard.

GILBERTO.

¿Quien es ese Simon Renard?

JOSUE.

¡Como! ¿no lo sabes? Es el brazo derecho del Emperador en Lóndres. La Reina debe casarse con el príncipe de España, y Simon Renard es su legado cerca de ella. La Reina le aborrece, pero le teme; y nada puede contra él. Ya ha destruido tres favoritos: parece que este es su instinto: limpia el palacio de cuando en

cuando: es hombre muy sagaz, muy malicioso, que sabe todo cuanto pasa, y está metido en todas las intrigas. Con respecto á lord Paget, ¿no me has preguntado quién era este lord Paget? Es un hidalgo muy despejado, que estuvo en los negocios en tiempo de Henrique VIII. Es del consejo privado, y tiene tal ascendiente, que los otros ministros no osan respirar delante de él, como no sea sin embargo el canciller milord Gardiner, que le detesta. Este Gardiner es un hombre de jenio violento, pero de muy noble cuna. Paget al contrario, es hijo de un miserable zapatero, y fue hecho baron Paget de Beaudesert en Sttaford.

GILBERTO.

¡Como relata de corrido todas esas cosas el bueno de Josué!

JOSUE.

¡Por Dios vivo! á fuerza de oir hablar á los presos de Estado. (*Simon en el fondo.*) Gilberto, el hombre que sabe mejor la historia de estos tiempos es el portero de la torre de Lóndres.

SIMON.

(*Desde el fondo, que ha oido sus últimas*

*palabras.*) Os engañais, amigo mio, es el verdugo.

JOSUE.

(*Bajo á Gilberto y Juana.*) Retirémonos un poco. (*Simon se aleja lentamente.*) Sin duda alguna es el mismo Simon Renard.

GILBERTO.

Todas estas jentes que andan rondando mi casa no me gustan.

JOSUE.

¿Que diablos vendrá á hacer por aqui? Voyme pronto, porque me parece que está preparándome que hacer. Adios, Gilberto; adios, bella Juana.

GILBERTO.

Adios, Josué. Pero dime, ¿que es lo que ocultas ahí bajo tu capa?

JOSUE.

¡Ah! yo tambien tengo mi complot.

GILBERTO.

¿Que complot?

JOSUE.

¡Oh! un enamorado todo lo olvida: acabo de recordaros que pasado mañana era Navidad, el dia de los aguinaldos y de los

regalos. Los cortesanos previenen una sorpresa á Fabiani; yo por mi parte prevengo tambien la mia. La Reina va á tomar un nuevo favorito, y yo á dar una muñeca á mi hija (*Saca una muñeca de debajo de la capa*), nueva tambien: veremos cuál de las dos romperá mas pronto su juguete. Adios, amigos mios.

GILBERTO.

Adios, buen Josué. (*Josué se va alejando: Gilberto toma la mano de Juana, y la besa apasionadamente.*)

JOSUE.

(*En el fondo.*) ¡ Oh ! ¡ cuan grande es la Providencia! á cada uno da su entretenimiento: la muñeca á la niña, la niña al hombre, el hombre á la mujer, y la mujer... al diablo. (*Se va.*)

## Escena III.

*Gilberto y Juana.*

GILBERTO.

Tambien es preciso que yo me vaya. Adios, Juana; dormid bien.

JUANA.

¿Que no entrais este noche conmigo como otras veces?

GILBERTO.

No puedo: tengo esta noche que concluir una obra en mi taller; un mango de puñal para un tal lord Clanbrasil, que no conozco, y que me lo ha pedido para mañana por la mañana.

JUANA.

Entonces, buenas noches, Gilberto, hasta mañana.

GILBERTO.

No, Juana, todavía no, un momento: ¡Dios mio! ¡cuanto me cuesta separarme de vos, aunque no sea sino por algunas horas! Vos sois mi vida, mi verdadera alegría; mas por lo mismo es preciso que me vaya á trabajar; ¡somos tan pobres! no quiero entrar, porque me detendria demasiado; y sin embargo soy tan débil, que no tengo bastante fuerza para irme tan pronto. Esperad; sentémonos algunos momentos sobre este banco: me parece que no me será tan difícil el marcharme como si entrase en casa, y sobre todo en vuestro cuarto. (*Se sientan, y la coje la mano.*) Juana, ¿me amas?

JUANA.

¡Oh! ¡todo os lo debo, Gilberto! lo sé, aunque vos me lo habeis ocultado por mucho tiempo. Era yo muy niña, casi estaba en la cuna, cuando mis padres me abandonaron, y vos me recojisteis. Hace diez y seis años que vuestros brazos trabajan por mi como los de un padre, y vuestros ojos han velado sobre mi como los de una madre. ¡Que seria yo sin vos, Dios mio! Todo lo que poseo me lo habeis dado; todo cuanto soy es obra vuestra: trabajais noche y dia por mi, os quitais la vida, os matais: ahora mismo, ¡que noche vais á pasar por mi! ¡Y jamas una reconvencion, un enfado, una palabra dura! ¡tan pobre vos, y hasta mis mas frívolos deseos, mis caprichos todos los satisfaceis! ¡Gilberto! no pienso en vos sino con las lágrimas en los ojos: ¡habeis carecido algunas veces de pan, y yo nunca de lazos, de adornos inútiles! Quisiera besar la tierra que pisais.

GILBERTO.

¿Pero me amas? dí. ¡Ah! todo eso no es decir que me amas: tengo necesidad de esa palabra sola, Juana; gratitud, reconocimiento..... ¡ah! yo no hago caso de ello..... amor, amor solo es lo que quiero..... ó nada..... la muerte. Hace diez y

seis años que eres mi hija ; ahora vas á ser mi mujer : yo te adopté, quiero ahora unirme á tí ; eres mi prometida, lo sabes..... ¡dentro de ocho dias ! ¡ ah ! tú me amabas cuando me lo prometiste. Juana, hubo un tiempo en que me decias, levantando tus hermosos ojos al cielo : «¡ yo te amo ! » Yo siempre te veo lo mismo que entonces ; pero tú me parece que de algunos meses acá has cambiado algo ; sobre todo, hace tres semanas, desde que mi trabajo me obliga á ausentarme por las noches. ¡ Oh ! Juana, yo quiero que me ames ; estoy acostumbrado á ello. Tú tan alegre antes, ahora tan triste y pensativa, no fria, no, porque haces lo posible para no estarlo ; pero yo conozco que las palabras de amor no salen de tu boca con la sencillez, con la naturalidad que otras veces. ¿Que tienes ? ¿ Es que no me amas ya ? Yo ciertamente soy un hombre de bien, un artesano honrado ; pero quisiera mas bien ser un asesino, un ladron, y que tú me amases.

JUANA.

¡ Gilberto !.... (*Llorando.*)

GILBERTO.

¡ Ah ! veo correr tus lágrimas..... son de alegría, ¿ no es verdad ? ¡ ah ! tengo necesi-

dad de creerlo asi : no hay dicha en el mundo como la de ser amado. ¡Que me hablas de lo que he hecho por ti! una sola palabra de amor, y deja á un lado toda tu gratitud : un crimen cualquiera, mi condenacion eterna si es preciso; ¿pero serás mi esposa? ¿me amas? Mira, por una sola mirada tuya daria todo cuanto poseo, por una sonrisa mi vida, por un beso mi alma.

JUANA.

¡Que noble corazon!

GILBERTO.

Oye, Juana. Rie de mi si quieres; soy un loco, un celoso, como te parezca; pero no te ofendas. Hace algun tiempo que veo algunos señores rondar por aqui : yo tengo ya treinta y cuatro años. ¡Que fatalidad para un infeliz artesano sin gracia, mal vestido como yo, que no es jóven ni hermoso, amar á una muchacha de diez y siete años, bella, encantadora, que atrae á si los jóvenes y brillantes caballeros de la córte, como la luz á las mariposas! ¡ah! yo padezco, pero no te ofendo nunca en mi imajinacion; á ti que eres tan honrada, tan pura; á ti, cuya frente solo mis labios la han tocado. Solamente me parece que te agrada demasiado ver pasar

algunas veces la comitiva y las cabalgatas de la Reina, y esos bellos trajes de raso y de terciopelo, bajo los cuales hay tan poca alma y tantos corazones vacíos. Perdóname por Dios; pero ¿por que vienen por aquí tantos jóvenes señores? ¡ah! ¿porque no soy yo jóven, hermoso, noble y rico? Gilberto el tallista, nada mas. Ellos lord Chandos, lord Gerard, Fitz Gerard, el conde d'Arundel, el duque de Norfolk. ¡ah! ¡cuanto los aborrezco! paso mi vida cincelando puños para sus espadas, cuya hoja quisiera hundirles en el pecho.

JUANA.

¡Gilberto!....

GILBERTO.

Perdon, Juana. ¿No es verdad que el amor hace á los hombres malvados?

JUANA.

No; los hace buenos. ¡Vos lo sois tanto!

GILBERTO.

Ah! ¡cuanto te amo! cada dia mas; siempre serás dueño de mi corazon. Yo estoy loco.... perdóname cuanto he dicho: es tarde, y es preciso que me vaya. ¡Dios mio! ¡cuanto me cuesta dejarte! Entra en casa: ¿no tienes la llave?

JUANA.

No; hace algunos dias que no sé qué se ha hecho.

GILBERTO.

Aqui está la mia. Hasta mañana. Acuérdate de que hoy todavía soy tu padre, dentro de ocho dias tu marido. (*La besa en la frente, y se va.*)

JUANA.

(*Sola.*) ¡Mi marido! ¡ah! no; no consentiré yo tal crimen. ¡Pobre Gilberto! me ama..... ¡y el otro!.... ¡Si yo no hubiera preferido la vanidad á el amor! ¡desgraciada! ¿de cual de los dos dependo ahora? ¡ah! ¡soy muy ingrata y muy culpable! Pero oigo pasos, entremos pronto. (*Entra en la casa.*)

## Escena IV.

*Gilberto, un hombre envuelto en una capa con un gorro amarillo en la cabeza, y conduciendo á Gilberto por la mano.*

GILBERTO.

Sí, te conozco; eres el pobre judío que anda por estos alrededores hace algunos dias.

Pero ¿que me quieres? ¿por que me traes aqui?

EL HOMBRE.

Es que lo que tengo que deciros no puedo hacerlo sino aqui.

GILBERTO.

Y bien, qué es, habla, despacha.

HOMBRE.

Escúchame jóven. Hace diez y seis años, la noche misma en que lord Talbot fue decapitado por crimen de papismo y de alta traicion, sus partidarios fueron destruidos enteramente en Londres por los soldados de Henrique VIII; el fuego duró toda la noche en las calles. Esta misma noche, un jóven artesano, mucho mas ocupado de su trabajo que de la guerra, estaba velando en su tienda... La primera á la entrada del puente de Londres... una puerta baja á la derecha... en la pared hay aun restos de pintura colorada... Podrian ser las tres de la mañana: peleaban por la otra parte, y las balas silbando atravesaban el Támesis. De repente llamaron á la puerta del artesano, por cuyas rendijas se dejaba ver alguna claridad: abrió y entró un hombre desconocido. Este hombre llevaba en sus brazos una criatura en

mantillas que lloraba de espanto. El hombre la dejó sobre la mesa y dijo: «ahí teneis una criatura que no tiene padre ni madre:" despues salió cerrando tras sí la puerta. El artesano, no tenia tampoco padre ni madre, adoptó á la criatura, el huérfano á la huérfana. La adoptó, cuidó de ella, la vistió, la alimentó, la educó, la amó y se entregó todo á esta pobre criatura que la guerra civil habia arrojado á su tienda. Todo lo olvidó por ella, su juventud, sus distracciones, sus placeres; hizo de esta criatura el objeto único de su trabajo, de sus cuidados, de su vida; y hace diez y seis años que dura todo esto. Gilberto, vos sois el artesano; la criatura....

GILBERTO.

Es Juana. Todo cuanto has dicho es verdad, ¿pero á dónde vas á parar?

EL HOMBRE.

He olvidado decir que á los pañales de la criatura habia prendido con un alfiler un papel que decia; «tened piedad de Juana."

GILBERTO.

Y estaba escrito con sangre: he conservado ese papel, y siempre le llevo conmigo.

Pero tú me atormentas: ¿á dónde vas á parar, dí?

EL HOMBRE.

A lo que voy á deciros. Ya veis que estoy enterado de vuestros negocios. ¡Gilberto! velad esta noche sobre vuestra casa.

GILBERTO.

¿Que quieres decir?

EL HOMBRE.

Nada mas. No vayais á vuestro trabajo; quedaos en estas inmediaciones: velad. Yo no soy amigo ni enemigo vuestro; pero os doy este consejo: ahora para no estorbaros, dejadme. Idos por ese lado, y acudid si oís que os llamo.

GILBERTO.

¿Que significa esto? (*Se va.*)

## Escena V.

EL HOMBRE SOLO.

La cosa se dispone bien: tenia necesidad de algun hombre jóven y robusto para que me diera ausilio en caso de apuro. Este Gilberto es á propósito. Pero me parece que oigo ruido de remos y el són de una

guitarra en el rio. Sí. (*Va al paredon.*) (*Oyese una voz lejana que canta, y una guitarra.*) (*La voz se va oyendo mas cerca.*)

FABIANI (*dentro cantando.*)

Cuando cantas, dueño hermoso,
El placer de un amor puro,
Veces mil y mil te juro
Fe constante, eterno amor.—
Canta, canta, dueño hermoso,
Quiero oir tu dulce voz.

Cual la del amor divino,
Tu sonrisa encantadora,
La sospecha cruel, traidora,
Hace huir del corazon. —
Rie, rie, y yo adivino
La sonrisa del amor.

Adormida entre mis brazos,
Palpitar sentí tu seno,
Y de amor el pecho lleno
Murmurar tu boca «amor.»
Duerme, y sienta yo en mis brazos
Palpitar tu corazon.

Cuando dices «Yo te amo»
Por calmar mi afan, mis celos,

Me parece que los cielos
Se entreabren á tu voz. —
Amame cual yo te amo,
Y no haya mas celos, no.

EL HOMBRE.

Ya desembarca. Bien. Despide al gondolero. Perfectamente. (*Volviendo.*) Ya viene aqui. (*Fabiani entra embozado en su capa, y se dirije á la casa.*

## Escena VI.

*El hombre y Fabiano.*

EL HOMBRE.

(*Deteniendo á Fabiano.*) Una palabra, caballero.

FABIANO.

Creo que es á mi: qué querrá este pillo: ¿quien eres?

EL HOMBRE.

Quien vos querais, señor.

FABIANO.

Este farol alumbra mal; pero llevas un gorro amarillo que parece de judío: ¿eres un judio?

EL HOMBRE.

Sí, un judío: tengo que deciros....

FABIANO.

¿Como os llamais?

EL HOMBRE.

Yo sé vuestro nombre, y vos no sabeis el mio; tengo sobre vos esta ventaja, permitidme que la conserve.

FABIANO.

¿Sabes mi nombre? ¿tú?

EL HOMBRE.

Sin duda. En Nápoles os llamabais signor Fabiano, en Madrid D. Fabian, en Lóndres os llamais lord Fabiano Fabiani, conde de Clanbrasil.

FABIANO.

¡El diablo cargue contigo!

EL HOMBRE.

Dios os guarde á vos.

FABIANO.

Mira que te haré dar de palos. No me gusta que se sepa mi nombre cuando voy solo por la noche.

EL HOMBRE.

Y sobre todo cuando vais donde vais.

FABIANO.

¿Que quieres decir con eso?

EL HOMBRE.

¡Si la Reina lo supiese!

FABIANO.

Yo no voy á ninguna parte.

EL HOMBRE.

Si, milord; vais á casa de la bella Juana, la prometida de Gilberto el tallista.

FABIANO.

¡Que diantre! este es un hombre peligroso.

EL HOMBRE.

¿Quereis aun que os diga mas? Vos habeis seducido á esa muchacha, y en el espacio de un mes os ha recibido dos noches en su casa; esta es la tercera: os está aguardando.

FABIANO.

Calla, calla: ¿quieres dinero por callar? ¿cuanto quieres? dí.

EL HOMBRE.

Luego hablaremos de eso. Ahora, milord, ¿quereis que os diga por qué habeis seducido á esa muchacha?

FABIANO.

¡Vive Dios! porque estoy enamorado de ella.

EL HOMBRE.

No; vos no estais enamorado.

FABIANO.

¿No estoy enamorado de Juana?

EL HOMBRE.

Lo mismo que de la Reina: amor no, cálculo, sí.

FABIANO.

¡Ah! calla, pícaro; tú eres mi conciencia en traje de judío.

EL HOMBRE.

Voy pues á hablaros como vuestra conciencia, milord. He aquí vuestra historia. Sois el favorito de la Reina; la Reina os ha dado la jarretiera, el condado, la señoría: cosas huecas todo; la jarretiera es un andrajo, el condado una palabra, la señoría un derecho para que os corten la cabeza: otra cosa mejor os era necesaria;

necesitabais, milord, buenas tierras, estensas posesiones, palacios magníficos y cuantiosas rentas en buenas libras esterlinas. El Rey Henrique VIII habia confiscado los bienes de lord Tálbot, decapitado diez y seis años hace: vos habeis hecho que la Reina os los diese; pero para que la donacion fuera válida, era preciso que lord Talbot hubiera muerto sin sucesion. Si ecsistiere un heredero ó una heredera suya como lord Talbot murió por la Reina María y por Catalina de Aragon su madre, como lord Talbot era papista, y la Reina María tambien lo es, no hay duda que os quitaria estos bienes, por mas que seais su favorito, milord, y los volveria al heredero ó heredera de lord Talbot por justicia, por reconócimiento, por identidad de relijion. Vos estabais muy tranquilo por este lado; lord Talbot jamas habia tenido mas que una hija que habia desaparecido de la cuna á la época de la ejecucion de su padre, y que toda Inglaterra creía muerta; pero vuestros espías descubrieron últimamente que en la noche en que lord Talbot y su partido fueron esterminados por Henrique VIII, una criatura habia sido misteriosamente depositada en casa de un artesano tallista en el puente de Lóndres, y que era probable que esta

criatura criada bajo el nombre de Juana, fuese Juana Talbot, la hija que desapareció á la época de la muerte de su padre. Las pruebas auténticas de su nacimiento faltaban, es verdad; pero de un dia á otro podian encontrarse, y este incidente era embarazoso. Verse acaso un dia forzado á devolver á una muchacha Shersbury Wexford, que es una hermosa ciudad, y el magnífico condado de Waterford, es muy duro. ¿Que hacer pues? Vos habeis hallado un medio de destruir y reducir á la nulidad á esta muchacha. Un hombre de bien la hubiera hecho envenenar ó dar de puñaladas; vos lo habeis hecho mejor, la habeis deshonrado.

FABIANO.

¡Insolente!

EL HOMBRE.

Vuestra conciencia es quien habla, milord. Otro la hubiera quitado la vida; vos el honor, es decir, el porvenir. La Reina es hipócrita; aparenta virtud aunque tiene amantes; goza poca salud; puede morir, y entonces vos su favorito, caeríais arruinado bajo su tumba. Las verdaderas pruebas de la ecsistencia de esa jóven podian encontrarse, y entonces aun deshonrada por vos, Juana seria reconocida por la he-

redera de lord Talbot. Vos, empero, habeis previsto este caso; sois un caballero jóven, de buena casa, de una figura interesante; os habeis hecho amar de ella; se ha entregado á vos, y lo peor que pudiera sucederos, era casaros con ella. No querais defraudaros de la invencion de este proyecto, milord; yo lo hallo sublime, y si no fuera yo quien soy, querria ser vos.

FABIANO.

Gracias.

EL HOMBRE.

Habeis manejado con destreza la intriga: habeis ocultado vuestro nombre; estais asi á cubierto por parte de la Reina. La pobre muchacha se cree seducida por un caballero del pais de Sommerset llamado Amyas Pawlet.

FABIANO.

¡Todo, todo lo sabe! Este hombre ve el fondo de los corazones: pero vamos dime, ¿dime qué es lo que quieres?

EL HOMBRE.

Milord, si alguno tuviera en su poder los papeles que hacen constar el nacimiento, la ecsistencia, el derecho de la heredera de lord Talbot, esta circunstancia os ha-

ria pobre, pobre como mi ascendiente el patriarca Job; no os dejaria otros palacios, D. Fabiano, que los que teneis en España, es decir, en vuestra imaginacion; esto seria muy contrario á vuestros planes.

FABIANO.

Sí, pero nadie tiene esos papeles.

EL HOMBRE.

¿Y si alguno los tiene?

FABIANO.

¿Quién?

EL HOMBRE.

Yo.

FABIANO.

Tú, ¡bah! ¡miserable! es falso, es imposible: judío que habla, boca que miente.

EL HOMBRE.

Yo tengo esos papeles.

FABIANO.

Mientes.... ¿donde estan?

EL HOMBRE.

En mi bolsillo.

FABIANO.

No lo creo..... ¿estan en regla? ¿nada les falta?

EL HOMBRE.

Nada, nada absolutamente.

FABIANO.

Entonces, dámelos: los necesito.

EL HOMBRE.

Poco á poco.

FABIANO.

Judío, dame esos papeles.

EL HOMBRE.

Muy bien. Judío, despreciable mendigo, que vas de calle en calle y de puerta en puerta, ¡dame la ciudad de Sherwsbury, la ciudad de Wexfford, el condado de Waterford, dadme por Dios una limosna!

FABIANO.

Esos papeles son para mi todo, para ti nada.

EL HOMBRE.

Simon Renard y lord Chandos me los pagarian muy bien.

FABIANO.

Simon Renard y lord Chandos son dos bri-

bones, entre quienes te haré yo ahorcar á ti.

EL HOMBRE.

¿No teneis otra proposicion que hacerme? Adios.

FABIANO.

Ven acá, judío. ¿Que quieres por esos papeles?

EL HOMBRE.

Una cosa de las que llevais encima.

FABIANO.

Mi bolsillo?

EL HOMBRE.

¡Que disparate! ¿quereis vos el mio?

FABIANO.

Entonces, ¿que?

EL HOMBRE.

Un pergamino que no abandonais jamás; que tiene una firma en blanco de la Reina, en que jura por su corona conceder al que se la presente la gracia que le pida. Dadme esa firma en blanco y os doy los títulos de Juana Talbot; papel por papel, milord.

FABIANO.

¿Y para qué lo quieres tú?

EL HOMBRE.

Oid, aqui se juega limpio: os he dicho ya vuestros proyectos, voy á hablaros ahora de los mios: yo soy uno de los principales banqueros judíos de la calle de Kantersten, en Bruselas; doy mi dinero á préstamo; ese es mi oficio: presto diez y me vuelven quince, y presto á todo el mundo, al diablo mismo si viniera y al papa tambien. Hace dos meses que uno de mis deudores ha muerto sin pagarme; era este un antiguo criado de lord Talbot que pudo emigrar, y dejó á su muerte solo cuatro harapos de que yo me apoderé. Entre ellos habia una caja que contenia unos papeles: eran los de Juana Talbot, con toda su historia escrita circunstanciadamente, y apoyada con pruebas para mejor ocasion. La Reina de Inglaterra acababa de daros los bienes de esta huérfana, y justamente yo tenia necesidad de la Reina de Inglaterra para un préstamo de diez mil marcos de oro. He pensado que podiais servirme de algo, y he venido á Inglaterra con este disfraz, he espiado vuestros pasos, los de Juana, y todo por mí mismo. Asi es como he descubierto lo que acabo de deciros, y aqui me teneis. Sereis dueño de los papeles de Juana Talbot si me dais la firma en blanco

de la Reina. Encima pondré que ella me da los diez mil marcos de oro: algo me debiais por el corretaje, pero no quiero que riñamos; diez mil marcos de oro, y nada mas. No os pido á vos la suma, porque solo una testa coronada es capaz de pagarla. He aqui lo que se llama hablar sin rodeos. Ya veis, milord, dos hombres diestros como vos y yo nada ganarian en engañarse uno á otro. Si la franqueza huyese de nuestro suelo, se volveria á hallar únicamente en una conversacion á solas entre dos bribones.

FABIANO.

Pero es imposíble; yo no puedo darte esa firma: ¡diez mil marcos de oro! ¿que diria la Reina? Y luego, yo puedo caer en desgracia mañana; y esta firma en blanco es un salvo conducto para mi, es mi cabeza.

EL HOMBRE.

Y á mi qué me importa.

FABIANO.

Pídeme cualquiera otra cosa.

EL HOMBEE.

Esa es la que quiero y nada mas.

FABIANO.

Judío, dame los papeles de Juana Talbot.

EL HOMBRE.

Milord, la firma en blanco de la Reina.

FABIANO.

Vamos, ¡maldito judío! es preciso ceder. (*Saca un pergamino de su seno.*)

EL HOMBRE.

A ver la firma de la Reina.

FABIANO.

A ver los papeles de Juana Talbot.

EL HOMBRE.

Despues. (*Se acercan al farol. Fabiani puesto detrás del judío le presenta con la mano izquierda el pergamino delante de los ojos; el hombre lo ecsamina.*) «Nos María, Reina...» Está bien. Ya veis, milord, que soy de vuestra escuela; todo lo he calculado, lo he previsto.

FABIANO.

(*Saca un puñal con la mano derecha, y le da una puñalada.*) Menos esto.

EL HOMBRE.

Traidor..... socorro..... (*Cae; al caer arroja detrás de sí hácia lo oscuro un paquete cerrado.*)

FABIANO.

(*Echándose sobre él.*) Creo que le he muerto: con efecto: pronto, veamos esos papeles. (*Le rejistra.*) Pero..... ¡que! nada, nada lleva encima, ningun papel; ¡viejo infame! Mentia, y me engañaba, me robaba. ¡Y por nada le he muerto! asi son todos estos judíos, la mentira y el robo. Pero, vamos, desembaracémonos del cadáver; no puede quedar delante de esta puerta. (*Yendo hácia el fondo.*) A ver si está aun el barquero, que me ayude á arrojarlo al Támesis. (*Baja, y desaparece detrás del paredon.*)

GILBERTO.

(*Entrando por el lado opuesto.*) ¡ Mé parece que he oido un grito! (*Repara en el cadáver tendido bajo el farol.*) ¡ Dios mio! ¡ un hombre muerto!.... ¡ El mendigo!

EL HOMBRE.

¡ Ah!.... venis ya tarde, Gilberto; (*Señala con el dedo el sitio adonde tiró el paquete.*) Recojed ese paquete: son los papeles que prueban que Juana vuestra prometida es la hija y la heredera de lord Talbot. Mi

asesino es lord Clanbrasil, el favorito de la Reina.... ¡ah!.. yo me ahogo... me muero... Gilberto, véngame, y véngate!.... (*Muere.*)

GILBERTO.

¡Ha espirado!... ¿que me vengue?... ¿que quiso decir?... Juana hija de lord Talbot..... lord Clanbrasil..... el favorito de la Reina... ¡oh!... mi cabeza se estravía... (*Sacudiendo el cadáver.*) Habla; habla una palabra sola... Está bien muerto.

## Escena VII.

*Gilberto y Fabiani.*

FABIANI.

(*Volviendo.*) ¿Quien va?

GILBERTO.

Acaban de asesinar á un hombre.

FABIANI.

No; á un judío.

GILBERTO.

¿Y quien le ha muerto?

FABIANI.

¡Pardiez! vos ó yo.

GILBERTO.

¡ Caballero !

FABIANI.

Aqui no hay testigos ; un cadáver en tierra, dos hombres á su lado ; ¿ cual de los dos es el asesino? nada prueba que sea el uno mas bien que el otro ; que sea yo mas bien que vos.

GILBERTO.

¡ Miserable ! Vos sois el asesino.

FABIANI.

Y bien, yo soy..... ¿ y qué ?

GILBERTO,

Voy á dar aviso á la justicia.

FABIANO.

A ayudarme á echar este cadáver al agua es á lo que vais.

GILBERTO.

Voy á haceros prender y castigar.

FABIANI,

Ayudadme os digo.

GILBERTO.

¡ Que descaro !

FABIANI.

Creedme, buen hombre ; borremos de aqui

todo indicio; vos estais mas interesado que yo en ello.

GILBERTO.

Veremos quién puede mas.

FABIANI.

Uno de los dos le ha muerto. Yo soy un gran señor, un noble lord: vos un cualquiera, un villano, un hombre de la plebe. El hidalgo que mata á un judío paga cuatro sueldos de multa; un plebeyo que mata á otro es ahorcado.

GILBERTO.

¿Y os atreveriais?....

FABIANI.

Si me denuncias, os denuncio; se me creerá mas bien que á vos, y en todo caso el juego es desigual. Cuatro sueldos de multa para mi, la horca para vos.

GILBERTO.

¡Ningun testigo! ¡ninguna prueba! ¡oh! yo me confundo; el miserable me tiene cojido, no hay duda.

FABIANI.

¿Os ayudaré yo á echar el cadáver al agua?

GILBERTO.

¡ Ah ! ¡ sois el demonio !....

FABIANI.

Sí..... (*Toman el cuerpo entre los dos , y lo llevan hasta el paredon.*) A fe que ahora, amigo mio , no sé cuál de los dos ha muerto á ese hombre. (*Bajan por detrás del paredon.*) (*Se oye caer el cuerpo al agua.*)

FABIANI.

Ya está hecho. Buenas noches , camarada; andad á vuestros quehaceres. (*Se dirije hácia la casa , y se vuelve viendo que Gilberto le sigue.*) ¿Que es eso ? ¿ que quereis ? ¿ algun dinero por el trabajo? en conciencia no os debo nada; pero tomad. (*Le da la bolsa á Gilberto ; cuyo primer movimiento es de rehusarla ; pero luego la toma , como meditando que puede servirle para sus designios.*) Ahora id con Dios, vamos , ¿ que aguardais ?

GILBERTO.

Nada.

FABIANI.

Corriente : quedaos ahí si quereis. El fresco de la noche para vos ; para mi la linda muchacha. Dios os guarde. (*Se dirije á la puerta de la casa, disponiéndose á abrirla.*)

GILBERTO.

¿Adónde vais de ese modo?

FABIANI.

¡Pardiez! á mi casa.

GILBERTO.

¡Como! ¿á vuestra casa?

FABIANI.

Sí; á mi casa os digo.

GILBERTO.

¿Quien de los dos es el que sueña? hace un instante me deciais que yo era el asesino del judío; ahora, que esa casa es la vuestra.

FABIANI.

O la de mi querida; viene á ser lo mismo.

GILBERTO.

Repetidme lo que acabais de decir.

FABIANI.

Ya que lo quereis saber, amigo mio, os he dicho, y os repito, que esa casa es de una bella muchacha llamada Juana, que es mi *querida*.

GILBERTO.

Y yo, milord, digo que mientes; que eres un impostor, un asesino; que tu madre fue azotada en la plaza pública por el verdugo, y que yo cojeré tu cabeza entre

mis dos manos, y te cortaré esa lengua y esa boca infame.

FABIANI.

Poco á poco. ¿Que diablo de hombre es este?

GILBERTO.

Soy Gilberto el tallista. Juana es mi prometida.

FABIANI.

Y yo soy el caballero Amyas Pawlet. Juana es mi querida.

GILBERTO.

Mientes, te digo: tú eres lord Clanbrasil, el favorito de la Reina. Imbécil, cree que yo lo ignoro.

FABIANI.

Todo el mundo me conoce esta noche. He aqui otro hombre peligroso, y que será necesario deshacerme de él?

GILBERTO.

Dime al momento que has mentido como un infame, y que Juana no es tu querida.

FABIANI.

¿Conoces tú su letra? (*Saca un papel.*) Lee. (*Aparte, interin que Gilberto con un temblor convulsivo desdobla el papel.*) Me importa que entre en su casa, y arme con Juana alguna cuestion, para dar lugar á que lleguen mis jentes.

GILBERTO.

(*Leyendo.*) «Estaré sola esta noche : podeis venir.» ¡ Maldicion ! Milord , tú has deshonrado á la mujer que yo habia elejido por esposa , eres un infame..... dame una satisfaccion.

FABIANI.

Estoy pronto. ¿Donde está tu espada?

GILBERTO.

¡ O rabia ! ¡ Ser un hombre de la plebe, no tener encima una espada ni un puñal!... ¡ nada! Anda, yo te esperaré por la noche á la esquina de una calle , te clavaré mis uñas en tu garganta, y te asesinaré. ¡ Miserable!

FABIANI.

Despacio , camarada, sois muy vivo de jenio.

GILBERTO.

¡ Oh ! Milord , yo me vengaré de ti.

FABIANI.

¡ Tú , tú vengarte de mi ! ¡ tú tan bajo , yo tan alto ! eres un loco , te desafío.

GILBERTO.

¿ Tú me desafias ?

FABIANI.

Si.

GILBERTO.

Te acordarás bien.

FABIANI.

Es menester que el sol de mañana no salga

para este hombre. (*Alto.*) Amigo, créeme, entra entra en tu casa. No me ha gustado que hayas descubierto esta intriguilla; pero te abandono la hermosa. Mi intencion á la verdad no era de llevar la cosa tan lejos. Entra en tu casa; si no tienes llave, ahí va una: (*Se la arroja á lós pies.*) ó si te parece mejor, no tienes mas que dar cuatro golpecitos en esa ventana; Juana creerá que soy yo, y te abrirá. Buenas noches. (*Vase.*)

## Escena VIII.

GILBERTO SOLO.

¡Se ha marchado!.... ¡ya no está aqui!.... ¡y yo no le he confundido, no le he pulverizado bajo mis pies! ¡Me he visto precisado á dejarle ir! ¡ni una miserable arma sobre mi! (*Repara en el puñal con que lord Claubrasil ha muerto al judío; le recoje con ansia y con furor.*) ¡Ah!.... ¡llegas demasiado tarde!.... ¡no podrás matar á nadie probablemente mas que á mi, pero vengas del cielo ó del infierno, es igual; yo te bendigo: ¡ah! ¡Juana me ha hecho traicion, se ha entregado á ese infame! ¡Juana es la heredera de lord Talbot! ¡La he perdido para siempre! ¡oh!

¡Dios mio! ¡he aqui en el espacio de una hora una multitud de acontecimientos horribles que mi cabeza no puede concebir! (*Simon en el fondo.*) ¡Oh! ¡quiero vengarme de este hombre! vengarme de lord Clanbrasil. Pero si voy al palacio de la Reina, los lacayos me echarán de alli á puntapies como á un perro. ¡Oh! ¡estoy loco! ¡mi cabeza se arde! ¡la muerte me es indiferente! pero morir sin vengarme, no. Yo daria toda mi sangre con tal de vengarme. ¿No hay en el mundo quien quiera hacer conmigo este convenio? ¿Quien quiere vengarme de lord Clanbrasil, y tomar en pago mi vida?...

## Escena IX.

*Gilberto y Simon Renard.*

SIMON.

Yo.

GILBERTO.

Tú ¿quien eres?

SIMON.

Soy el hombre que deseas.

GILBERTO.

¿Sabes tú quien yo soy?

SIMON.

Eres el hombre que necesito.

GILBERTO.

Yo no tengo mas que un pensamiento, una sola idea. Vengarme de lord Clanbrasil, y morir.

SIMON.

Te vengarás de él, y morirás.

GILBERTO.

Cualquiera que tú seas, graeias..... gracias.

SIMON.

Sí; lograrás vengarte como deseas, pero no olvides á qué condicion: necesito tu vida.

GILBERTO.

Tómala.

SIMON.

¿Estamos convenidos?

GILBERTO.

Sí.

SIMON.

Sígueme pues.

GILBERTO.

¿Adónde?

SIMON.

Ya lo sabrás.

GILBERTO.

Acuérdate que me has prometido vengarme.

SIMON.

Y que tú me has prometido morir.

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.

# JORNADA SEGUNDA.

# La Reina.

# Jornada segunda.

## PERSONAJES.

*La Reina.*
*Gilberto.*
*Fabiano Fabiani.*
*Simon Renard.*
*Juana.*
*Señores de la Córte.*
*El verdugo.*

# Jornada segunda.

*Cámara de la Reina: un libro de evanjelios abierto encima de un reclinatorio: la corona Real sobre un taburetillo: puertas á los lados; una grande en el fondo; una parte de él cubierto de una rica tapiceria.*

## Escena I.

*La Reina vestida magnificamente, recostada en un ancho y cómodo canapé: Fabiano Fabiani á su lado en una silla de tijera; traje suntuoso y elegante, la jarretiera.*

FABIANI.

*(Con una guitarra en la mano, y cantando.)*

Cuando cantas, dueño hermoso,
El placer de un amor puro,
Veces mil y mil te juro
Fe constante, eterno amor. —
Canta, canta, dueño hermoso,
Quiero oir tu dulce voz.

Adormida entre mis brazos,
Palpitar sentí tu seno,
Y de amor el pecho lleno
Murmurar tu boca «amor.» —
Duerme, y sienta yo en mis brazos
Palpitar tu corazon. (*Cesa de cantar.*)

¡Ah, señora! no me es posible espresar cuánto os amo..... pero tanto como os amo á vos, aborrezco á ese Simon Renard, tan poderoso, tan altivo, que se atreve á mandar aqui mas que vos.

REINA.

Ya sabeis que respecto á ese asunto, nada puedo hacer, milord: es el que representa aqui al príncipe de España, mi marido futuro.

FABIANI.

¡Vuestro marído futuro!

REINA.

Vamos, milord, no hablemos de eso. Yo os amo, ¿que mas quereis? advertid ademas, que ya es hora de que os vayais.

FABIANI.

María, todavía un momento.

REINA.

Es ya la hora en que el consejo privado debe reunirse; y si hasta ahora no ha habido aqui mas que una mujer, es preciso ya dejar entrar á la Reina.

FABIANI.

Pues bien, yo quiero que esa mujer haga esperar á la puerta á la Reina.

REINA.

¿Vos lo quereis? ¿lo deseais? miradme bien, milord. Fabiano, ¡que cabeza tan bella tienes, tan encantadora!

FABIANI.

Vos, vos sois la hermosa, señora; vos, que no tendriais necesidad sino de vuestra hermosura para poderlo todo. En vuestra figura hay ciertamente alguna cosa que indica desde luego que sois la Reina; pero esto se halla mejor escrito en vuestra frente que en vuestra corona.

REINA.

¡Como me adulais!

FABIANI.

Yo te amo, María.

REINA.

¿Me amas? ¿es verdad? ¿á nadie amas sino á mí? vuélvemelo á decir otra vez de aquel modo, con aquellos ojos...... ¡ah! nosotras las mujeres, por desgracia, no sabemos nunca de cierto lo que pasa en el corazon de un hombre: estamos obligadas á creer á vuestros ojos; y los mas bellos, Fabiano, son á veces los mas engañadores. Pero en los tuyos, milord, hay tanta lealtad, tanto candor, tanta buena fe, que no pueden mentir, ¿no es verdad? Sí, tu mirada es como la de un ánjel, sencilla y pura, mi bello paje. ¡Oh! tomar la apariencia de unos ojos celestiales para engañar, seria cosa infernal, ó son tus ojos los de un ángel ó los de un demonio,

FABIANI.

Ni uno ni otro, son los de un hombre que os ama,

REINA,

Que ama á la Reina,

FABIANI,

No, que ama á María.

REINA,

Escucha, Fabiano: yo te amo tambien, sí, te amo; pero eres jóven, y hay muchas

mujeres hermosas que te miran con ternura; yo lo sé, y por último una Reina cansa como otra cualquiera. No me interrumpas, Si alguna vez te llegas á enamorar de otra mujer, quiero que me lo digas. En este caso puede tal vez que te perdonára, Déjame acabar. Tú no sabes hasta qué estremo te amo; y ni aun yo misma lo sé. Hay momentos, te lo aseguro, en que quisiera mas verte muerto, que feliz en brazos de otra; pero hay otros en que quisiera, á pesar de todo, verte dichoso. ¡Dios mio! yo no sé por qué tratan de hacerme pasar en la opinion de todos por una mujer malvada,

FABIANI.

Yo no puedo ser dichoso sino contigo, María; sola á tí amo,

REINA.

¿De veras? mírame otra vez. ¿De veras? ¡Ah! yo estoy celosa por instantes; me figuro (y qué mujer no tiene estas ideas), me figuro algunas veces que me engañas. Quisiera ser invisible y poderte seguir por todas portes, y saber siempre lo que haces, lo que dices, en dónde estás. Mira, en los cuentos de las hadas nos hablan de una sortija que hacia invisibles; yo daria

por esta sortija mi corona Real. A cada instante me imajino que vas á ver las jóvenes hermosas que hay en la ciudad, que estás á su lado..... ¡ah! ya ves que seria indigno el engañarme.

FABIANI.

Pero desechad de vuestra imajinacion esas ideas: ¡engañaros yo, mi señora, mi Reina, mi querida! Preciso es que fuera para esto el mas ingrato, el mas vil de todos los hombres. Pero yo no os he dado motivo para creer que fuere yo este hombre. ¡María, yo te amo! ¡María, yo te adoro! yo no podré nunca ni aun mirar siquiera otra mujer que á tí. Repito que te amo; ¿que no ves este amor en mis ojos? ¡Oh, Dios mio! hay en ellos sin embargo un acento de verdad que deberia persuadirte. Vamos, mírame bien; ¿tengo yo el aire de un hombre que te hiciera traicion? Cuando un hombre se la hace á una mujer, en seguida se le conoce; las mujeres no se engañan en esto; ¡y que momento escojes, María, para decirme esas cosas! ¡el momento acaso en que yo te amaré mas en mi vida! Efectivamente, me parece que jamás te he amado tanto como hoy. Yo no hablo aqui á la Reina. ¡Pardiez! yo me burlo de su poder. ¿Que pu-

diera hacerme la Reina? ¿mandarme cortar la cabeza? y ¿que es esto para mí? Tú, María, tú puedes partirme el corazon: no es á V. M. á quien amo, es á tí, María; tu blanca y hermosa mano es la que beso, la que adoro; pero no vuestro cetro, señora.

REINA.

Gracias, mi Fabiano. Adios. ¡Que jóven, milord, qué hermosos cabellos negros, y qué bella cabeza! ¡Dios mio!... Volved de aqui á una hora.

FABIANI.

Lo que vos llamais una hora, yo la llamo un siglo. (*Vase.*) (*Asi que ha salido la Reina, se levanta con precipitacion, va á una puerta secreta, la abre, é introduce á Simon Renard.*)

## Escena II.

*La Reina y Simon Renard.*

REINA.

Entrad, señor Bailío. Y bien, ¿habeis estado ahí? ¿le habeis oido?

SIMON.

Si señora.

REINA.

¡Oh! es el mas embustero, el mas falso de todos los hombres. ¿Que me decís?

SIMON.

Digo, señora, que se conoce muy bien que tiene un apellido que acaba en i.

REINA.

¿Y estais vos seguro que va de noche á casa de esa mujer? ¿le habeis visto?

SIMON.

Yo, Chandos, Clinton, Montagú, diez testigos le han visto.

REINA.

¡Esto verdaderamente es infame!

SIMON.

La cosa ademas puede probarse mejor en el momento. La muchacha está aqui, como ya dije á V. M. La he hecho prender esta noche en su casa.

REINA.

Pero es que el crímen de ese hombre no es bastante para hacerle cortar la cabeza.

SIMON.

No, efectivamente. Haber estado por la noche en casa de una linda muchacha..... V. M. hizo juzgar á Trogmorton por un hecho semejante, y fue absuelto.

REINA.

Pero yo he castigado á sus jueces.

SIMON.

Temed no tengais que hacer otro tanto con los de Fabiani.

REINA.

¡Oh! ¡como vengarme de este traidor!

SIMON.

¿V. M. no quiere vengarse sino de cierto modo?

REINA.

Del solo que sea digno de mí.

SIMON.

Trogmorton ha sido absuelto, señora. No hay sino un medio, que es el que he dicho á V. M. El hombre está allí.

REINA.

¿Y hará todo lo que yo quiera?

SIMON.

Sí, como hagais vos lo que él desea.

REINA.

¿Dará su vida?

SIMON.

Pondrá sus condiciones, pero la dará.

REINA.

¿Que es lo que quiere? ¿sabeis?

SIMON.

Lo que vos quereis, vengarse.

REINA.

Decidle que entre, y quedaos por ahí adonde oigais su voz...... Señor Bailío.

SIMON.

Señora.....

REINA.

Decid á milord Chandos que esté pronto ahí en esa cámara inmediata con seis hombres de mi guardia, atentos á la primera señal. La mujer tambien que esté pronta, salid. (*Vase Simon.*) ¡Oh! esto será terrible. (*Abrese una de las puertas laterales, y entran Gilberto y Simon Renard.*)

# Escena III.

*La Reina, Gilberto y Simon Renard.*

GILBERTO.

¿Dónde estoy?

REINA.

Delante de la Reina.

GILBERTO.

¡La Reina!....

REINA.

Sí, yo soy la Reina: pero no estamos para gastar el tiempo en admiraciones. Vos os llamais Gilberto, sois un trabajador, un tallista; vivís á la otra parte del rio con una tal Juana, que es vuestra prometida; que os engaña, y que tiene por amante á un tal Fabiani, que me engaña á mi. Quereis vengaros, y yo tambien; para ello necesito disponer á mi antojo de vuestra vida; necesito que digais lo que yo os mandaré decir, sea lo que quiera; necesito que no haya para vos falso ni verdadero, malo ni bueno, justo ni injusto, nada, sino mi venganza y mi voluntad; necesito que vos me dejeis hacer, y que os dejeis gobernar. ¿Consentís en ello?

GILBERTO.

Señora.....

REINA.

La venganza la tendrás. Pero te prevengo que es preciso que mueras. He aqui todo: ahora dí las condiciones; si tienes una madre anciana que sea necesario colmar su mesa con barras de oro, habla, yo lo haré. Véndeme tu vida tan cara como quieras.

GILBERTO.

Señora..... yo no estoy ya decidido á morir.

REINA.

¡Como!

GILBERTO.

Perdone V. M. He reflecsionado toda la noche: nada se me ha probado aun en este asunto. Yo he visto un hombre que se alababa de ser el amante de Juana; ¿quien me dice que no ha mentido? he visto una llave; ¿quien me dice que no pueda ser robada? he visto una carta; ¿quien me dice que no se ha hecho escribir por fuerza? Por otra parte yo no estoy cierto si aquella era su letra: era de noche, estaba tan turbado..... yo no veía ya: no puedo dar asi mi vida; no estoy seguro de nada; no he visto á Juana.

REINA.

Bien se conoce que amas de veras. Tú eres como yo, resistes todas las pruebas. Y si tú vieses á esa Juana, si la oyeses confesar el crímen, ¿harias lo que yo quiero?

GILBERTO.

Sí; pero con una condicion.

REINA.

Luego me la dirás. (*A Simon.*) Al momento que venga aqui esa mujer. (*Vase Simon.*) Ocúltate ahí tú. (*A Gilberto que lo hace detrás de un tapiz.*) (*Juana entra pálida y temblando.*)

## Escena IV.

*La Reina, Juana, y Gilberto detrás del tapiz.*

REINA.

Acércate, jóven, ¿sabes quiénes somos?

JUANA.

Sí señora.

REINA.

¿Sabes quién es el hombre que te ha seducido?

JUANA.

Sí señora.

REINA.

¿Te habia engañado? ¿te habia hecho creer que era un hidalgo llamado Amyas Pawlett?

JUANA.

Sí señora.

REINA.

¿Sabes ahora que es Fabiano Fabiani, conde de Clanbrasil?

JUANA.

Sí señora.

REINA.

Esta noche cuando fueron á prenderte á tu casa, ¿le habias dado una cita? ¿le esperabas?

JUANA.

¡Dios mio! Señora.....

REINA.

Responde.

JUANA.

(*Con voz débil.*) Si.....

REINA.

¿Y sabes que no hay esperanza para él ni para ti?

JUANA.

La muerte es la única que me resta.

REINA.

Cuéntame toda la aventura. ¿Donde viste por la primera vez á ese hombre?

JUANA.

La primera vez que le ví, fue..... ¿pero á qué viene todo esto? Una desdichada mujer, pobre y orgullosa, loca, coqueta, sin pensar mas que en adornos y en lucir; que se deja deslumbrar por la bella figura de un gran señor. He aqui todo. Yo estoy seducida, deshonrada, estoy perdida..... nada mas tengo que añadir. ¡Dios mio! ¿no veis que cada palabra que digo me atraviesa el corazon, señora?

REINA.

Está bien.

JUANA.

¡Oh! vuestra cólera es terrible, lo se; inclino mi cabeza desde ahora al castigo que la prepareis.

REINA.

¡Yo! ¡un castigo para ti! ¿Me ocupo yo de ti acaso, insensata? No, Fabiani es mi objeto: en cuanto á ti, mujer, otro que yo se encargará de castigarte.

JUANA.

Pues bien, señora, cualquiera que sea á quien encargueis mi castigo, cualquiera que sea este, yo lo sufriré sin quejarme, daré aun gracias si teneis la bondad de concederme lo que voy á pediros. Ecsiste un hombre que me recogió huérfana desde la cuna, que me adoptó, me ha criado, me ha alimentado, que me ha amado y me ama todavía; un hombre de quien yo soy bien indigna, para quien he sido muy criminal, y cuya imájen es por lo tanto en el fondo de mi alma, augusta, querida, sagrada como la de Dios; un hombre, que sin duda en el instante que os hablo, halla su casa desierta, abandonada, devastada; no comprende cosa alguna, y se arranca los cabellos de desesperacion. Pues bien, lo que pido á V. M. es, que él no llegue á entender nunca nada de cuanto ha sucedido; esto es, que desaparezca yo sin que el sepa jamas lo que ha sido de mi, ni lo que yo he hecho, ni lo que vos hagais de mi. ¡Dios mio! yo no sé si me hago entender bien; pero debeis haber conocido que tengo un amigo, un noble y jeneroso amigo..... ¡pobre Gilberto! sí, un amigo que me estima, que me cree pura, y que yo no quiero que me aborrezca, que me desprecie.... ¿me entendeis? ¿no es

verdad, señora? La estimacion de este hombre es para mi mas que la vida; y luego esto le causaria un pesar horrible. ¡Cuanto le sorprenderia! al pronto no podria creerlo; no, no lo creeria. ¡Dios mio! ¡Pobre Gilberto! ¡Ah, señora! ¡tened piedad de él y de mi! ¡El no os ha ofendido en nada! ¡Que no sepa nunca nada de esto, en el nombre del cielo! ¡En el nombre del cielo! que no sepa que soy culpable; se mataria. Que no sepa que he muerto, porque entonces moriria de dolor.

REINA.

El hombre de que hablais está allí; os escucha, os juzga, y va á castigaros. (*Sale Gilberto.*)

JUANA.

¡Cielos! ¡Gilberto!....

GILBERTO.

Mi vida es vuestra, señora.

REINA.

Bien; ¿teneis algunas condiciones que proponerme?

GILBERTO.

Sí señora.

REINA.

¿Cuales son? os damos nuestra palabra Real de suscribir á ellas desde luego.

GILBERTO.

Esta sola, señora. Es bien sencilla. Es una deuda de reconocimiento que trato de desquitar, respecto de un señor de vuestra córte que me ha hecho trabajar mucho en mi oficio de tallista.

REINA.

Hablad.

GILBERTO.

Este jóven caballero está enlazado secretamente con una mujer que no puede ser esposa suya, porque ella es de una familia proscripta. Esta mujer, que hasta el presente ha vivido ignorada, es la hija única y heredera del último lord Talbot, decapitado por Henrique VIII.

REINA.

¡Como! ¿estás cierto de lo que dices? Juan Talbot, el bueno y católico lord, el leal defensor de mi madre de Aragon ¿ha dejado una hija? Por mi corona, si eso es cierto, esa hija lo es mia; y lo que Juan Talbot hizo por la madre de María de Inglaterra, María de Inglaterra lo hará por la hija de Juan Talbot.

GILBERTO.

¿Entonces será sin duda un placer para

V. M. devolver á la hija los bienes de su padre?

REINA.

Sí, ciertamente; y el quitárselos á Fabiano: ¿pero ecsisten las pruebas de que esa heredera vive aun?

GILBERTO.

Ecsisten, señora.

REINA.

Aunque asi no fuese, si no tenemos pruebas las haremos; para algo somos Reina.

GILBERTO.

¿V. M. devolverá á la hija de lord Talbot los bienes, los títulos, el rango, los honores, y el nombre que la corresponden? ¿La relevará V. M. de toda proscripcion, y le garantizará la vida? ¿La casará V. M. con este jóven caballero, que es el solo que puede ser esposo suyo? Con estas condiciones, señora, podeis disponer á vuestro agrado de mi libertad, de mi vida, de mi voluntad.

REINA.

Bien, haré todo eso.

GILBERTO.

¿Cumplirá V. M. lo que acabo de decir? ¿La Reina de Inglaterra me lo jura á mi,

al tallista Gilberto, y lo jura sobre su corona que está ahí, y sobre el evanjelio que está abierto alli?

REINA.

Sobre mi corona y sobre el evanjelio te lo juro.

GILBERTO.

Está concluido el pacto, señora: haced preparar una tumba para mi, y un lecho nupcial para los esposos. El señor de quien os he hablado es Fabiani, conde de Clanbrasil. La heredera de Talbot vedla aqui.

JUANA.

¿Que es lo que dice?

REINA.

¿Estais loco? ¿que significa esto? ¡Maese!.... reparad que es demasiado atrevimiento querer burlarse de la Reina de Inglaterra; que los réjios salones son sitios donde es menester tener cuenta con lo que se dice, y que hay ocasiones en que la boca hace derribar la cabeza.

GILBERTO.

La mia es vuestra, señora; pero yo tengo tambien vuestro juramento.

REINA.

No puede ser que hableis de veras..... ¡Fabiano! Esa Juana..... vamos, imposible.

GILBERTO.

Esta Juana es la heredera de lord Talbot.

REINA.

¡Bah! no puede ser; es una quimera, una locura; ¿donde teneis las pruebas?

GILBERTO.

Aqui estan (*Saca un paquete.*) ¿quereis leer estos papeles?

REINA.

¿Tengo yo ahora tiempo para eso? ¿os los he pedido yo? ¿que me importan á mi esos papeles? (*Gilberto los deja sobre la mesa.*) Por mi vida si ellos prueban algo, los arrojaré al fuego, y no quedará de ellos nada.

GILBERTO.

¿Y vuestro juramento, señora?

REINA.

¡Mi juramento!....

GILBERTO.

¡Sobre la corona y sobre el evanjelio! es

decir, sobre vuestra vida y vuestra alma; vuestra vida en este mundo y en el otro.

REINA.

Pero ¿que es lo que quieres? tú estás loco sin duda.

GILBERTO.

¿Que quiero, decís? Juana ha perdido su rango, ha perdido su honor, restituírselo. Proclamad la hija de lord Talbot, esposa de lord Clanbrasil, y luego tomad mi vida.

REINA.

¡Tu vida! pero ¿que quieres que haga yo ahora de ella? ¡Yo no la queria sino para vengarme de un hombre, de ese Fabiano! Tú no me comprendes, ni yo á ti. ¡Hablas de venganza! ¿Es asi como te vengas? ¡Que estúpidas son estas jentes villanas! Y luego, ¿creo yo acaso esa historia de tu heredera de lord Talbot? ¡Los papeles! ¡me enseñas los papeles! yo no quiero verlos: ¡ah! ¡te engaña una mujer, te hace traicion, y quieres ser jeneroso á tu modo! yo no quiero ser asi. El odio, la rabia despedazan mi corazon. Yo quiero vengarme, y tú me ayudarás, sí..... ¡pero este hombre es un loco, es loco, es un insensato! ¡Dios mio! ¿por que tengo necesidad de él? ¡ah! es insu-

frible tener que tratar con semejantes jentes un asunto de importancia.

GILBERTO.

Tengo vuestra palabra de Reina. Juana ha sido seducida por lord Clanbrasil, y se casará con ella.

REINA.

¿Y si él lo rehusa?

GILBERTO.

Vos la obligareis, señora.

REINA.

¡Oh! no, Gilberto, ten piedad de mi.

GILBERTO.

Pues bien; si ese infame lo rehusa, V. M. hará de él y de mi lo que la agrade.

REINA.

¡Ah! bien.

GILBERTO.

Si llega este caso, con tal que la corona de condesa de Waterford sea solemnemente repuesta por la Reina de Inglaterra en la cabeza sagrada é inviolable de Juana Talbot, que veis aqui, yo haré todo lo que la Reina mandáre.

REINA.

¿Todo? ¿dirás tú lo que será menester que digas? ¿Morirás del modo que fuere preciso que mueras?

GILBERTO.

Como querais.

JUANA.

¡O Dios!

REINA.

¿Lo juras?

GILBERTO.

Lo juro.

REINA.

De este modo todo puede componerse. Yo tengo tu palabra, tú la mia. Está dicho. (*Reflecsionando.*) Vos sois aqui de mas. (*Á Juana.*) Ya se os llamará.

JUANA.

¡Gilberto! ¿que habeis hecho? Yo soy una mujer despreciable; no me atrevo á levantar ante vos los ojos. ¡Ah! sois mas que un ánjel, porque teneis todas las virtudes de un ánjel y las pasiones de un hombre. (*Vase.*)

## Escena V.

*La Reina, Gilberto, luego Simon Renard, lord Chandos, y guardias.*

REINA.

¿Tienes ahí alguna arma, algun cuchillo, un puñal, cualquier cosa?

GILBERTO.

(*Sacando de su pecho el puñal de Fabiani.*) ¿Un puñal?... Sí señora.

REINA.

Bien; tenle en la mano. (*Le coje fuertemente el brazo.*) ¡Señor bailío d'Amon! ¡lord Chandos! (*Entran precipitadamente, y guardias.*) Asegurad á este hombre; ha levantado su puñal sobre mi; he podido detenerle el brazo en el momento que iba á herirme. Es un asesino.

GILBERTO.

¡Señora!...

REINA.

(*Aparte.*) ¿Olvidas ya nuestro convenio? ¿es asi como te dejas gobernar? (*Alto.*) Vos sois testigos, señores, que aun tenia

el puñal en la mano. Señor bailío ¿quién es el verdugo de la torre de Lóndres?

SIMON.

Un irlandes llamado Mac Dermotti.

REINA.

Que venga; tengo que hablarle.

SIMON.

¡Vos misma!... ¡La Reina hablar al verdugo!

REINA.

Sí, yo misma; la Reina hablará al verdugo, la cabeza á la mano; obedeced. (*Sale un guardia.*) Milord Chandos y vos, señores, me respondereis de este hombre. Custodiadle ahí entre filas, detrás de vosotros. Van á suceder aqui cosas que es preciso que él vea. Señor bailío d'Amont, ¿está lord Clanbrasil en palacio?

SIMON.

Ahí en la cámara pintada está aguardando que V. M. tenga el placer de verle.

REINA.

¿Nada sospecha?

SIMON.

Nada.

REINA.

Que entre.

SIMON.

Toda la córte está allí tambien: ¿no entrará nadie antes que él?

REINA.

¿Quienes son de nuestros cortesanos los que le aborrecen mas?

SIMON.

Todos, señora.

REINA.

¿Los que le odian mas?

SIMON.

Clinton, Montagú, Sommerset, el conde de Derby, Gerard Fitz Gerard, lord Paget, y el lord canciller.

REINA.

Pues que entren todos esos, escepto el canciller; andad. (*A Chandos.*) El lord canciller (*A Simon.*) aunque es un digno prelado, y no aborrece á Fabiani menos que los demas, es algo escrupuloso. (*Reparando en los papeles que dejó Gilberto sobre la mesa.*) ¡Ah! es preciso antes dar una ojeada á estos papeles. (*Mientras los ecsamina, se abre la puerta del fondo,*

*y van entrando los señores designados por la Reina.*

## Escena VI.

*Los mismos, lord Clinton y demas señores.*

REINA.

Buenos dias, señores. Milores, Dios os tenga en su santa guarda. (*A Montagú.*) Anthonny Brown, no olvido nunca que vos hicisteis frente á Juan de Montmorency y al señor de Toulouse en mis complicadas y difíciles negociaciones con el Emperador mi tio. Lord Paget, hoy recibireis los títulos de baron de Paget de Beaudesert en Sttaford... ¡Como! ¡ estais aqui, lord Clinton, mi antiguo amigo! Nos somos siempre vuestra buena amiga, milord. ¿Y cómo no serlo, cuando vos fuisteis el que en la llanura de Saint James esterminasteis al rebelde Tomas Wyat? De todo nos acordamos, señores; aquel dia la corona de Inglaterra se salvó por un puente que permitió á mis tropas llegar hasta los rebeldes, y por un muro que impidió á los rebeldes llegar hasta mi. El puente es el de Lóndres: el muro lord Clinton.

CLINTON.

(*Aparte, á Simon.*) ¡Seis meses ha que la Reina no me habia hablado! ¡que amable está hoy!

SIMON.

Despacio, milord; aun la vereis mas de aqui á poco.

REINA.

Milord Clanbrasil puede entrar. (*A Chandos.*) Despues de algunos momentos que esté aqui..... (*Señalando la puerta por donde entró Juana, á Simon Renard.*

SIMON.

Entiendo, señora. (*Entra Fabiani.*)

## Escena VII.

*Los mismos, y Fabiani.*

REINA.

¡Ah! ya está aqui. (*Se pone á hablar en voz baja con Simon Renard.*)

FABIANI.

(*Aparte, saludado por todos y mirando al rededor.*) ¿Que quiere decir esto? Esta mañana no hay aqui mas que enemigos

mios. La Reina habla en voz baja á Simon Renard: ¡que diablo! ¡se rie! ¡mala señal!

REINA.

(*Jocosamente á Fabiani.*) Dios os guarde, milord.

FABIANI.

(*Tomando su mano, y besándola.*) ¡Señora!.... (*Aparte.*) se ha sonreido; no hay ningun riesgo.

REINA.

Tengo que hablaros. (*Siempre jovial. Le trae á la escena.*

FABIANI.

Y yo tambien, señora, tengo que haceros reconvenciones. ¡Alejarme, desterrarme por tanto tiempo de vuestra presencia! ¡ah! ¡no seria asi si durante estas horas de ausencia pensaseis en mi como yo en vos!

REINA.

Sois injusto, milord; desde que me dejasteis, no he pensado sino en vos.

FABIANI.

¿De veras? ¿tendria tanta dicha? ¡ah! repetídmelo otra vez.

REINA.

Os lo juro. (*Con sonrisa irónica.*)

FABIANI.

¿Con que me amais tanto como yo á vos?

REINA.

Sí, milord: os aseguro que no he pensado mas que en vos: lo creereis al ver la agradable sorpresa que he querido proporcionaros.

FABIANI.

¡Como! ¿que sorpresa?

REINA.

Un encuentro que os causará placer.

FABIANI.

¿De quien?

REINA.

Adivinadllo. ¿No lo acertais? volved la cabeza.

FABIANI.

*(Se vuelve, y se ve á Juana en el umbral de la puerta.)* ¡Juana!... *(Con sorpresa.)*

JUANA.

¡Es él!... ¡Dios mio! *(Aparte.)*

REINA.

Milord, ¿conoceis á esa jóven?

FABIANI.

No señora.

REINA.

Y tú, muchacha, ¿conoces á milord?

JUANA.

La verdad antes que la vida. Sí señora.

REINA.

Con que, milord, ¿no conoceis á esa mujer?

FABIANI.

Señora..... quieren perderme, estoy rodeado de enemigos; esa mujer está coligada con ellos. Yo no la conozco, señora; no sé quién es.

REINA.

(*Levantándose, y dándole en la cara con su guante.*) ¡Ah! ¡eres un malvado! ¡Haces traicion á la una, y reniegas de la otra! ¡ah! ¿no sabes quién es? ¿quieres que yo te lo diga? ¿yo? Bien. Esa mujer es Juana Talbot, hija de Juan Talbot, el bueno y católico hidalgo, muerto en el cadalso por mi madre. Es mi prima Juana Talbot, condesa de Sherwsbury, condesa de Waterford, condesa de Wexford, paresa de Inglaterra. He aqui quién es esa muger.. Lord ~~Paget~~ Clinton, sois comisario del sello priva-

do, tened cuenta de nuestras palabras. La Reina de Inglaterra reconoce solemnemente á esta jóven por Juana, hija y única heredera del conde de Waterford. (*Mostrando los papeles.*) He aqui los títulos y las pruebas que hareis autorizar con nuestro gran sello. Asi es nuestra voluntad. (*A Fabiani.*) Sí, condesa de Waterford; tú le devolverás sus bienes, ¡miserable!... ¡ah! ¿no conoces á esta mujer? ¿no sabes quién es? pues bien, yo te lo diré, yo. Es Juana Talbot.... ¿quieres aun que te diga mas? (*En voz baja, con furor reconcentrado.*) ¡infame!... es tu querida.

FABIANI.

Señora....

REINA.

Sí, eso es ella: ahora, he aqui lo que tú eres. Tú eres un hombre sin alma, sin corazon, sin talento: eres un embustero, miserable; eres.... Por Dios, señores, no teneis necesidad de apartaros. Me es indiferente que oigais lo que voy á decir á este hombre, y me parece que no bajo la voz. Fabiani, eres un hombre ruin y despreciable, un traidor para conmigo, un infame para con ella, un embustero, un impostor el mas vil, el último de los hombres. Sí, esto es asi verdad; yo te he he-

cho conde de Clanbrrsil, baron de Dinasmonddy, ¿que mas? baron de Darmouth en Devonshire. ¡Ah! yo estaba loca, señores, y os pido perdon de haberos puesto en el caso de rozaros con este hombre. ¡Tú caballero, tú hidalgo, tú noble! ¡Bah! Compárate un momento con esos que tienes ahí, infame: mira, ahí tienes caballeros en derredor tuyo. Ve ahí á Bridges, baron de Chandos, á Seymour, duque de Sommerset: ve ahí los Stanley, que son condes de Derby desde el año de 1485: los Clinton, barones de Clinton desde 1298: ¿te imajinas parecerte á ellos? Dices que estás enlazado con la familia española de Peñalver, pero es mentira; tú no eres mas que un miserable italiano... nada, menos que nada... hijo de un mediero de la aldea de Larino... Sí señores, hijo de un mediero: yo lo sabia, y no lo decia, y lo ocultaba y aparentaba creer á este hombre cuando hablaba de su nobleza, porque ved aqui lo que somos las mujeres. ¡Oh! ¡Dios mio! yo quisiera que todas estuviesen aqui, que me oyeran, y esta seria una leccion para ellas. ¡Este miserable, este malvado! engaña á la una, y desconoce á la otra; ¡infame! Sí, eres un infame... ¡como! ¡desde que estoy hablando no se ha hincado todavía de rodi-

llas! De rodillas Fabiani: milores, haced por fuerza que se ponga de rodillas.

FABIANI.

Vuestra Magestad...

REINA.

Silencio: este hombre vil y despreciable que yo he colmado de beneficios; este lacayo napolitano que yo he hecho gran caballero y conde libre de Inglaterra, ¡ah! ya debia yo esperar lo que me sucede; bien me lo habian dicho, pero yo soy siempre asi, me obstino, y luego veo que he hecho mal. Esta es mi falta, señores. ¡Italiano! quiere decir embustero. ¡Napolitano! quiere decir malvado: siempre que mi padre se fió de un italiano, tuvo que arrepentirse. ¿Ves tú, lady Juana, á qué hombre te habias entregado? ¡pobre criatura! Pero yo te vengaré. ¡Ah! ya debia yo saber hace tiempo que del seno de un italiano no podia sacarse mas que un puñal, y de su alma una traicion.

FABIANI.

Señora, yo os juro....

REINA.

¡Ahora va á ser perjuro! será vil hasta lo

último: nos hará sonrojar del todo delante de estos hombres, porque hemos tenido la debilidad de amarle. No levantará la cabeza tan solo.

FABIANI.

Sí señora, la levantaré. Sé que estoy perdido, lo veo; está decidida mi muerte; vos emplearéis todos los medios, el puñal, el veneno...

REINA.

(*Cogiéndole las manos, y atrayéndole con viveza á la escena.*) ¿El puñal? ¿el veneno? ¿que estás diciendo, italiano? ¿La venganza traidora, baja, vergonzosa, por detrás como en tu pais? No, signor Fabiani: ni puñal, ni veneno. ¿Tengo yo que esconderme, que buscar por la noche la esquina de una calle, y hacerme pequeña cuando me vengo? no; ¡por Dios! yo quiero la luz, la claridad del dia; ¿lo entiendes, milord? El mediodía, el sol brillante, la plaza pública, la hacha y el tajo: la multitud en la calle, en las ventanas, en los tejados, ¡cien mil testigos! quiero que imponga miedo tu castigo; que todos lo encuentren grande, espantoso ó magnífico, y que se diga, es una mujer la ultrajada, pero es una Reina la que se venga. Este favorito tan envidiado;

este bello jóven insolente que yo he cubierto de terciopelo y de raso, quiero verle encorvado, despavorido, temblando, de rodillas, con los pies desnudos, las manos atadas, silbado por el pueblo, maniatado por el verdugo. En ese cuello blanco donde yo habia colgado un collar de oro, quiero poner una cuerda. He visto el efecto que hacia ese Fabiani sobre el trono, quiero ver ahora el que hace sobre el cadalso.

FABIANI.

Señora....

REINA.

Silencio ¡ah! silencio. Sí, estás perdido, no hay duda; subirás al cadalso como Suffolk y Northumberland. Es una fiesta como otra cualquiera que yo daré á mi buena ciudad de Lóndres. Ya sabes cuánto te aborrecen. ¡Por Dios, que es cosa hermosa cuando tiene una necesidad de vengarse, ser María, Reina de Inglaterra, hija de Henrique VIII, y dueña de los cuatro mares! Y cuando tú, Fabiani, estés sobre el cadalso, puedes, segun te acomode, hacer una arenga al pueblo como Northumberland, ó una larga súplica á Dios como Suffolk, para dar tiempo á que venga el perdon: el cielo me es testigo de que eres un traidor, y que el perdon no

llegará. ¡Ese miserable embustero que esta mañana aun me hablaba de amor y me tuteaba! Pardiez, señores, creo que os admira oirme hablar asi delante de vosotros; pero os lo repito, nada me importa, en este momento no soy Reina, tan solo soy una mujer, y tengo celos. (*A Sommerset.*) Milord duque, como condestable que sois de la torre, pedid la espada á ese hombre.

FABIANI.

Ahí la teneis, pero protesto; y aun admitiendo que se pruebe que yo he seducido ó engañado á una mujer...

REINA.

¡Eh! ¿que me importa á mi que hayas seducido ó engañado á una mujer? ¿me ocupo yo ahora de eso? Estos señores me son testigos de que me es indiferente.

FABIANI.

Seducir á una mujer no es un crímen capital, señora. Vuestra Magestad no pudo hacer condenar á Trogmorton por una acusacion semejante.

REINA.

¡Y aun creo que se atreve á desafiarnos! El gusano se ha convertido en serpiente.

¿Quien te dice que es de eso de lo que yo te acuso?

FABIANI.

¿Entonces de que? Yo no soy ingles; no soy súbdito de V. M. Lo soy del Rey de Nápoles, y vasallo del Santo Padre. Yo queriré á su legado el Emmo. Cardenal Polus, y me reclamará: yo me defenderé, señora; soy estranjero, y no se me puede formar causa sin haber cometido un crímen, un verdadero crímen. ¿Cual es el mio?

REINA.

¿Y lo preguntas tú?

FABIANI.

Si señora.

REINA.

Ya oís todos la pregunta que se me hace, voy á contestar. Atended, y tened cuenta con vosotros todos, porque vais á ver que no tengo mas que herir con el pie en tierra, para que luego brote un cadalso. Chandos, Chandos, abrid esa puerta grande que entre toda la córte, todo el mundo, que entren todos. (*Se abre, y entran.*)

## Escena VIII.

*Los mismos, lord Canciller y toda la córte.*

REINA.

Entrad, milores, entrad. Tengo por cierto mucho gusto en veros hoy á todos. Bien, bien: los ministros de justicia por aqui, mas cerca: ¿donde están los sarjentos de armas de la cámara de los lores? ¡ah! ¿están ahí? bien venidos, señores; sacad las espadas, y colocaos á derecha é izquierda de ese hombre: su custodia os está confiada.

FABIANI.

Señora, ¿cual es mi crímen?

REINA.

Milord Gardiner, mi sabio amigo, vos que sois canciller de Inglaterra, os hacemos saber que debeis reunir de oficio á los doce lores comisarios de la cámara estrellada, que sentimos no ver aqui. Pasan cosas estrañas en este palacio. Escuchad, milores; madama Isabel ha suscitado ya mas de un enemigo á nuestra corona: dígalo el complot de Pietro Caro que produjo el movimiento de Exeter, y que te-

nia correspondencia secreta con madama Isabel por medio de una cifra grabada en una guitarra: dígalo tambien la traicion de Tomas Wyat que sublevó el condado de Kent; la rebelion del duque de Suffolk, que fue preso en el hueco de un árbol despues de la derrota de los suyos. Pues bien, escuchad otro nuevo atentado. Escuchad todos. Hoy mismo, esta mañana, se ha presentado á mi audiencia un hombre: despues de algunas palabras, ha levantado un puñal sobre mi; he podido detener su brazo á tiempo, y lord Chandos y el Sr. bailío d'Amont han preso á ese hombre, que ha declarado haber sido impelido á este crimen por el lord Clanbrasil.

FABIANI.

¡Por mi! eso es falso. ¡Ah! esto es horroroso, es una impostura: ese hombre no ecsiste, no se le podria hallar; ¿quien es? ¿donde está?

REINA.

Aqui.

GILBERTO.

(*Saliendo de entre los soldados.*) Yo soy.

REINA.

En consecuencia de las declaraciones de este hombre, Nos María, Reina de Inglaterra,

acusamos ante la cámara estrellada á este hombre, á ese Fabiano Fabiani, conde de Clanbrasil, de crímen de alta traicion, y de atentado de rejicidio contra nuestra persona Real y sagrada.

FABIANI.

¡Yo rejicida! eso es monstruoso: ¡se estravía mi cabeza, mi vista se turba! ¿que lazo es este? Cualquiera que tú seas, miserable, ¿te atreves á afirmar que lo que la Reina ha dicho es verdad?

GILBERTO.

Sí.

FABIANI.

¿Yo te he impelido al rejicidio? ¿yo?

GILBERTO.

Sí.

FABIANI.

Sí, siempre sí. ¡Maldicion! Vos no podeis figuraros, señores, hasta qué punto es falso lo que dice. ¡Este hombre ha salido del infierno! ¡infeliz! tú quieres perderme; pero ignoras que te pierdes al mismo tiempo? El crímen de que me acusas recae sobre ti igualmente; tú podrás hacer que yo muera, pero te arrastraré conmigo al cadalso: con una palabra sola, insensato,

haces caer dos cabezas, la tuya y la mia. ¿No lo sabes, infeliz?

GILBERTO.

Ya lo sé.

FABIANI.

Milores, este hombre es pagado....

GILBERTO.

Pagado por vos: he aqui la bolsa llena de oro que me disteis por el crímen: vuestra cifra y vuestras armas estan grabadas en ella.

FABIANI.

¡Justicia de Dios!... pero el puñal con que se dice que este hombre queria asesinar á la Reina, ¿donde está? ¿adonde está el puñal?

CHANDOS.

Vedle aqui.

GILBERTO.

(*A Fabiani.*) Es el vuestro. Vos me le habeis dado para el efecto: la vaina vos la teneis.

CANCILLER.

Conde de Clanbrasil, ¿que teneis que responder? reconoceis á este hombre?

FABIANI.

No.

GILBERTO.

No es estraño; no me vió sino por la noche. Dejadme decirle dos palabras al oido, se-

ñora, para ayudar su memoria. (*Se acerca á él.*) ¿Hoy no reconoces á nadie, milord? ni al hombre ultrajado ni á la mujer seducida. ¡ Ah ! la Reina se venga, pero el hombre del pueblo tambien. Tú me has desafiado, segun creo: aqui estás ahora entre dos venganzas: ¿que dices, milord? Yo soy Gilberto el tallista.

FABIANI.

Sí, os reconozco.... Yo reconozco á este hombre, señores; y desde el momento en que tengo que hacer con este hombre, no tengo nada que decir.

REINA.

El confiesa, ya lo oís.

CANCILLER.

(*A Gilberto.*) Segun la ley normanda y el estatuto vijésimo quinto de Henrique VIII en el crímen de lesa majestad contra el primer jefe del Estado, la confesion no salva al cómplice. No olvideis que este es un caso en que la Reina no tiene el derecho de perdonar, y que morireis en un cadalso con el que os ocusa. Reflecsionad. ¿Confirmais todo cuanto habeis dicho?

GILBERTO.

Yo sé morir, y lo confirmo.

JUANA.

(*Aparte.*) ¡ Dios mio ! Si esto es un sueño, es bien horroroso.

CANCILLER

¿Consentís en reiterar vuestras declaraciones sobre el evanjelio? (*Se lo presenta poniendo sobre él la mano.*)

GILBERTO.

Juro con la mano puesta sobre el evanjelio, y prócimo á morir, que este hombre es un asesino; que este puñal es suyo, y que ha servido para el crímen; que esta bolsa es la suya, y que por el crímen me fue dada. Dios me asista, que asi es la verdad.

CANCILLER.

Milord, ¿que teneis que decir? (*A Fabiani.*)

FABIANI.

Nada. ¡Estoy perdido!

SIMON.

(*Bajo á la Reina.*) ¡V. M. ha mandado venir al verdugo! allí está.

REINA.

Bien; que entre. (*Los nobles se separan para dar paso al verdugo, que se presenta vestido de encarnado y negro, con una ancha y larga espada á su espalda.*

## Escena IX.

*Los mismos, y el verdugo.*

REINA.

Milord, duque de Sommerset, estos dos

hombres á la torre. Milord Gardiner, nuestro canciller, que su proceso comience desde mañana ante los doce pares de la cámara estrellada, y que Dios ayude á la antigua Inglaterra. Esperamos que esos hombres serán juzgados antes de que marchemos á Exford donde abriremos el parlamente, y á Windsor donde pasaremos las pascuas. (*Al verdugo.*) Acércate; me alegro de verte. Eres un buen servidor; estás viejo, y has visto ya tres reinados. Es costúbre de los soberanos de estos reino hacerte una gracia, darte un regalo el mas magnífico posible á su advenimiento al trono. Mi padre Henrique VIII te dió el broche de diamantes de su capa. Mi hermano Eduardo VI una taza de oro cincelada: ahora me toca á mi; yo no te he dado aun nada, y es preciso hacerte un regalo. Acércate. (*Señalándole á Fabiani.*) ¿Ves bien esa cabeza, esa bella y encantadora cabeza, que esta mañana todavía era lo que yo tenia de mas hermoso, de mas querido, de mas precioso en el mundo? Pues bien.... esa cabeza.... ¿la ves bien? dí.... Yo te la regalo.

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA.

# JORNADA TERCERA.

PRIMERA PARTE.

## ¿Cual de los dos?

## Jornada tercera.

PERSONAJES.

*La Reina.*
*Gilberto.*
*Juana.*
*Simon Renard.*
*Josué Farnaby.*
*Maese Eneas Dulverton.*
*Lord Clinton.*
*Un carcelero.*

# Jornada tercera.

PRIMERA PARTE.

*Sala interior de la torre de Lóndres. Bóveda gótica sostenida por gruesos pilares: á derecha é izquierda dos puertas pequeñas de dos calabozos. A la derecha una claraboya que figura dar al Támesis; otra á la izquierda que figura dar á la calle: á cada lado una puerta secreta y encubierta en el muro: una galería en el fondo con una especie de mirador ó balcon grande con vidrieras, y que da á los patios de la torre.*

## Escena I.

*Gilberto y Josué Farnaby.*

GILBERTO.

¿Conque no hay ninguna esperanza, Josué?

JOSUE.

¡Ay! ninguna. (*Gilberto va á la ventana.*) ¡Oh! no verás nada desde ahí.

GILBERTO.

¿Pero te has informado bien?

JOSUE.

¡Oh! estoy muy cierto.

GILBERTO.

¿Y es por Fabiani?

JOSUE.

Por Fabiani.

GILBERTO.

¡Que feliz es ese hombre! ¡Maldicion!

JOSUE.

¡Pobre Gilberto! ya llegará tu vez: hoy por él, mañana por ti.

GILBERTO.

¿Que quieres decirme? no nos entendemos: ¿de que me hablas?

JOSUE.

Del cadalso que estan levantando en este momento.

GILBERTO.

Yo te hablo de Juana.

JOSUE.

¡De Juana!

GILBERTO.

Sí, de ella solamente: ¿que me importa todo lo demas? ¿no te acuerdas ya que hace un mes que pegado á la rejilla de mi calabozo, desde donde se descubre un poco la calle, la veo rondar pálida, cubierta de luto, al rededor de esta torre que encierra á Fabiano y á mi? ¿No recuerdas mi angustia, mis dudas, mi incertidumbre? ¿por cual de los dos viene? noche y dia me hago sin cesar esta pregunta. Ayer por la tarde me prometiste hablarla, Josué, y averiguarlo: ¡oh! dime, ¿que has sabido? ¿viene por él ó por mi?

JOSUE.

Solo he sabido que Fabiano debia ser decapitado hoy sin falta, y tú mañana: te confieso, Gilberto, que esta noticia me ha vuelto el juicio; el cadalso ha borrado de mi mente á Juana, y tu muerte....

GILBERTO.

¡Mi muerte! ¿que entiendes tú por esa palabra! mi muerte es que Juana no me ama ya, y desde el dia que no soy amado he cesado de vivir; he muerto verdaderamente, Josué: lo que desde ese dia queda aun vivo en mi, no merece la pena que mañana se tomarán: ¡oh! tú no tie-

nes una idea, lo veo, de lo que es un hombre que ama. Si hace dos meses me hubieran dicho: Juana, vuestra Juana pura y sin mancha, vuestro amor, vuestro orgullo, vuestro tesoro, Juana se entregará á otro, ¿la querreis despues aun? Yo le hubiera dicho: no, no la querré, antes mil veces la muerte para ella y para mi; y hubiera mirado con desprecio al que asi me hubiera hablado... Pues bien, hoy ya lo ves, no es la Juana sin mancha que yo adoraba, cuya frente osaba yo apenas tocar con mis labios; se ha entregado á otro, á un miserable, lo sé; pues bien, todo me es indiferente; tengo el corazon destrozado, pero la amo, y besaria la orilla de su vestido, y la pediria perdon si lo ecsijiese. ¡Josué! ¡Josué! yo daria, no cien años de mi vida, porque no me queda mas que un dia, sino la eternidad que será mia mañana, por verla sonreir una vez, una sola vez antes de mi muerte, y oirla decirme como otras veces, con aquella voz tan dulce, «yo te amo.» Josué, he aqui cómo es el corazon del hombre que ama. ¿Crees tú que mataria á la mujer que le engaña? no, no la mataria, se postraria á sus pies ahora como antes, solamente que ahora estaria triste. ¡Te parezco débil, Josué! ¿Que hubiera

yo ganado con matar á Juana? ¡ah! si me amase aun, ¿que me importa todo lo que ha hecho? Pero no, ama á Fabiani; ¡si le ama! solo por él viene: ¡ah! Josué, ¡que feliz él, y yo que desgraciado!

JOSUE.

Sin embargo, hoy será ajusticiado.

GILBERTO.

Y yo mañana... Sí, hoy me vengaré de él, mañana él de mi.

JOSUE.

¡Silencio! aqui viene Maese Eneas Dulverton, el condestable de la torre, y es preciso encerrarte de nuevo: esta tarde nos veremos.

GILBERTO.

¡Oh! ¡morir sin ser amado! ¡morir sin ser llorado! ¡Juana! ¡Juana!... (*Entra en el calabozo.*)

JOSUE.

¡Pobre Gilberto! ¡Quien hubiera creido lo que le sucede! (*Vase.*)

## Escena II.

*Simon Renard y Maese Eneas.*

SIMON.

¡Es bien singular lo que decís! pero ya se ve, la Reina está loca, no sabe lo que quiere; con nada se puede contar: es una mujer, y el corazon de la mujer es un enigma que Francisco I escribió en las vidrieras de Chambord, diciendo:

«Solo en ser inconstante no varía
La mujer: loco del que en ellas fia.»

Escuchad, Maese Eneas; nosotros somos amigos antiguos. Es preciso que esto acabe hoy. Aqui todo depende de vos. Si os encargan.... (*Le habla al oido.*) dilatadlo todo, y haced de modo que salga fallido su plan: que tenga yo solas dos horas de delantera, y esta tarde se hará lo que yo quiero; mañana no ecsistirá el favorito, y con mi proteccion, vos sereis baronet y teniente de la torre. ¿Habeis comprendido?

ENEAS.

Entiendo.

SIMON.

Bien. Oigo pasos; no conviene que nos vean juntos: salid por allí, ínterin yo por aquí voy á recibir á la Reina.

## Escena III.

*Un carcelero que entra con precaucion, y luego introduce en la sala á Lady Juana.*

CARCELERO.

Estais donde deseais, miladi; esas son las puertas de los dos calabozos; ahora mi recompensa si gustais. (*Juana desata su brazalete de diamantes, y se lo da.*)

JUANA.

Tómala.

CARCELERO.

Gracias, miladi; no me comprometais. (*Sale.*)

JUANA SOLA.

¡Dios mio! ¿como hacer? Yo soy quien le ha perdido, y yo quien debo salvarle: pero cómo, yo no podré, una mujer nunca puede nada. ¡El cadalso! ¡el cadalso! ¡ah! ¡es horroroso! vamos, vamos, nada de lágrimas, obras, obras. Pero yo no podré, no podré. ¡Dios mio! ¡tened

piedad de mi! Creo que viene jente. ¿Quien habla por alli? Yo reconozco esta voz... es la voz de la Reina: ¡ah! todo se ha perdido. (*Se oculta detrás de un pilar.*)

## Escena IV.

*La Reina, Simon Renard, y Juana* (oculta.)

REINA.

¡Ah! ¡os admira mi mudanza! ¡no me parezco á mi misma! y bien, ¿que me importa? tanto vale: ahora no quiero que muera.

SIMON.

V. M. sin embargo decretó ayer que la ejecucion tendrá hoy lugar.

REINA.

Como decreté antes de ayer, que ayer; como decreté el domingo que la ejecucion seria el lunes, y como hoy he decretado que será mañana.

SIMON.

Efectivamente desde el segundo domingo de Adviento, en que la cámara estrellada pronunció la sentencia de muerte, y en que los dos sentenciados fueron conducidos á la torre, precedidos del verdugo, y

con la cuchilla delante de sus ojos, que hace ya tres semanas, V. M. retarda cada dia la ejecucion para el siguiente.

REINA.

Y bien, ¿que no comprendeis, caballero, lo que quiere decir este modo de obrar? ¿es preciso deciroslo todo, y que una mujer descubra enteramente su corazon delante de vos porque es Reina, la infeliz, y porque vos representais aqui al príncipe de España? ¡Dios mio! Vosotros los hombres no comprendeis que el corazon de una mujer tiene tambien secretos que el pudor le impide revelar. Mas ya que quereis saberlo, que finjis no comprender nada, que todo se os ha de decir, tened entendido, sí, que difiero todos los dias la ejecucion de Fabiani para el siguiente, porque cada dia que amanece me faltan las fuerzas á la sola idea de que la campana de la torre de Lóndres va á anunciar la muerte de este hombre, porque me siento desfallecer al pensar que se afila para él una cuchilla, porque me siento morir al imajinar que se prepara un ataud para él, porque soy mujer, en fin, porque soy débil, porque estoy loca y le amo. ¡Por Dios! ¿teneis bastante? ¿estais satisfecho? ¿me comprendeis ahora? ¡oh! al-

gun dia hallaré medio de vengarme de vos por todo lo que ahora me haceis decir, ¡dejadme!

SIMON.

Sin embargo ya es tiempo de concluir con ese capricho: vais á desposaros con mi amo el príncipe de España, señora.

REINA.

Si el príncipe de España está descontento, que lo diga, no nos faltará con quien casarnos á fe. No estamos tan falta de pretendientes. El hijo del Rey de romanos, el príncipe de Piamonte, el infante de Portugal, el cardenal Polus, el Rey de Dinamarca y el lord Courtenay, son tan buenos caballeros como él.

SIMON.

¡Lord Courtenay! ¡lord Courtenay!

REINA.

Un baron ingles, Sr. bailío, vale tanto como un príncipe español. Ademas lord Courtenay desciende de los Emperadores de Oriente: y ahora enfadaos si quereis.

SIMON.

Fabiani se ha hecho aborrecer en Lóndres de todo el mundo.

REINA.

Menos de mi.

SIMON.

Los plebeyos estan de acuerdo en este punto con los señores de la córte. Si no muere hoy como V. M. lo ha prometido...

REINA.

¿Que?

SIMON.

Habrá alguna conmocion en el pueblo.

REINA.

Para eso tengo mis alabarderos.

SIMON.

Los cortesanos fraguarán alguna conspiracion.

REINA.

Para esos tengo el verdugo.

SIMON.

V. M. ha jurado sobre el devocionario de vuestra madre que no le perdonariais.

REINA.

He aqui una firma en blanco que me ha hecho entregar en que juro sobre mi corona imperial que si lo haré. La corona de mi padre vale tanto como el devocio-

nario de mi madre. Un juramento destruye el otro ; ademas, ¿quien os ha dicho que yo le perdonaré?

SIMON.

Señora, ós ha engañado descaradamente.

REINA.

¿Y que? ¿todos los hombres no hacen lo mismo? yo no quiero que muera ; ¿entendeis, milord?... Sr. bailío, quise decir ; ¡ah! vos turbais mi razon de un modo que no sé á quién hablo... basta, sé cuanto vais á decirme. ¡Que es un hombre vil, infame, despreciable! lo sé tambien como vos, y me avergüenzo ; pero le amo. ¿Què quereis? acaso amaria menos á un hombre de bien. Ademas, ¿que sois vosotros que tanto le deprimís? ¿valeis acaso mas que él? Me decís que es un favorito, y que la nacion inglesa detesta los favoritos ; ¿y no sé yo tambien que vos no quereis destruirle sino para poner en su lugar al conde de Kildare, ese fatuo de irlandes? direis que hace cortar veinte cabezas cada dia, ¿y que os importa á vos? no me hableis del príncipe de España, ni del descontento de Mr. de Noialles el embajador de Francia : es un necio, y se lo diré en su cara. Ademas yo soy

una mujer sujeta á las debilidades de tal, y en quien el corazon es el que manda á la cabeza: la vida de ese hombre es necesaria á la mia. No tomeis ese aire de candor y de buena fe, os lo suplico; conozco muy bien todas vuestras intrigas. Entre nosotros, vos sabeis tan bien como yo que no ha cometido el crímen por que se le condena. Está decidido, no quiero que muera: ¿soy aqui la Reina ó no? Vamos, Sr. bailío, hablemos de otro asunto.

SIMON.

Me retiro, señora; toda vuestra nobleza os ha hablado por mi boca.

REINA.

¿Que me importa la nobleza?

SIMON.

Veamos si el puéblo vale algo mas. (*Aparte.*) (*Sale saludando á la Reina con profundo respeto.*)

REINA.

Se ha marchado con un aire particular. Este hombre es capaz de promover una sedicion: es preciso ir sin tardanza á la casa de ayuntamiento: ¡hola! (*Llamando.*)

## Escena V.

*Las mismas, y Maese Eneas y Josué.*

REINA.

Maese Eneas, es preciso que vos y ese hombre os encargueis de hacer que el conde de Clanbrasil pueda evadirse de la prision inmediatamente.

ENEAS.

Señora...

REINA.

Pero no, no me fio de vos; me acuerdo que sois enemigo suyo. ¡Dios mio! ¡estoy rodeada de enemigos del hombre que amo! apostaria que ese llavero, que no conozco, le aborrece tambien.

JOSUE.

Es cierto, señora.

REINA.

¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Ese Simon Renard es mas Rey que yo Reina! ¡que! ¡nadie de quien fiarme, nadie á quien poder dar el encargo de librar á Fabiani!

JUANA.

(*Saliendo.*) Sí señora, á mi.

JOSUE.

¡Juana! (*Aparte.*)

REINA.

¿Tú quién eres? ¡ah! ¿sois vos lady Juana? ¿como os hallais aqui? pero no importa el cómo; estais y venís á salvar á Fabiani. Gracias. Yo debia aborreceros, Juana; estar celosa de vos; tengo mil razones para ello; pero no, os amo por que le amais. Delante del cadalso nada de celos, nada mas que el amor. Sois como yo, le perdonais, lo veo; los hombres no comprenden esto, ¡ellos!... Lady Juana, entendámonos, ambas somos bien desgraciadas, ¿no es verdad? Es preciso que Fabiani se salve; á nadie tengo sino á vos de quien poder valerme; pero estoy segura al menos de que lo hareis con toda vuestra alma. Encargaos de ello. Vosotros dos obedecereis á lady Talbot en todo lo que os mande, y me respondeis con vuestra cabeza de la ejecucion de sus órdenes: ¡abrázame, criatura!

JUANA.

El Támesis baña por este lado el pie de la torre; alli he observado que hay una salida secreta; conducid alli una barquilla,

y por el rio se evadirá con mas seguridad.

ENEAS.

Es imposible que pueda estar allí el barco antes de una hora.

JUANA.

¡Una hora! es demasiado.

ENEAS.

Bien pronto se pasa, entonces será ya de noche, y será aun mejor, una vez que S. M. quiere que la evasion sea secreta.

REINA.

Teneis razon tal vez. Bien, que esté pronto dentro de una hora. Lady Juana, os dejo, tengo precisamente que ir á la casa de ayuntamiento: salvad á Fabiani.

JUANA.

Estad sin cuidado, señora. (*La Reina sale, Juana la sigue con la vista.*)

JOSUE.

(*Aparte.*) Tenia razon Gilberto, es toda de Fabiani.

## Escena VI.

*Los mismos, menos la Reina.*

JUANA.

(*A Eneas.*) Habeis oido cuáles son los deseos de la Reina: un barquichuelo al pie de la torre, las llaves de los pasadizos secretos, un sombrero y una capa.

ENEAS.

Todo no puede estar antes de la noche, hasta de aqui á una hora, milady.

JUANA.

Bien; obedeced, y dejadme con este hombre. (*Eneas sale, Juana lo sigue con la vista.*)

JOSUE.

¡Con este hombre!... pero no es estraño que quien ha olvidado á Gilberto no reconozca á Josué. (*Se dirije al calabozo de Fabiani, y va á abrirlo.*)

JUANA.

¿Que haceis?

JOSUE.

Prevenir vuestros deseos, milady; voy á abrir esta puerta.

JUANA.

¿De donde es esa puerta?

JOSUE.

Del calabozo de milord Fabiani.

JUANA.

¿Y esa otra?

JOSUE.

Del de otro preso.

JUANA.

¿Y quien es ese preso?

JOSUE.

Otro que está sentenciado á muerte, y que no conoceis; un tal Gilberto, un artesano.

JUANA.

Abrid esa puerta.

JOSUE.

¡Gilberto! (*Abriendo.*)

## Escena VII.

*Juana, Gilberto y Josué.*

GILBERTO.

(*Desde dentro.*) ¿Quien me llama? (*Aparece en el umbral, ve á Juana, y se apoya temblando contra la pared.*) ¡Juana!... ¡Lady Talbot!...

JUANA.

(*De rodillas sin levantar los ojos.*) Gilberto, vengo á salvaros.

GILBERTO.

¡A salvarme!

JUANA.

Escuchadme. Tened compasion de mi, y no me abrumeis con vuestras reconvenciones. Sé cuanto vais á decirme. Es justo, pero no me lo digais. Es preciso que os salve; todo está preparado. Dejadme que yo os salve como si cualquiera otro lo hiciera; nada mas quiero; despues desconocedme; haced cuenta que no sabeis quien soy: no me perdoneis, pero dejadme que os salve.

GILBERTO.

Gracias. Es inutil: ¿á que salvar mi vida, lady Juana, si ya no me amais?

JUANA.

(*Con alegría.*) ¡Oh! Gilberto, ¿y es eso en efecto lo que me pedís? ¿os dignais aun ocuparos de lo que pasa en el corazon de la infeliz Juana? ¡Gilberto! ¿el amor que yo pueda tener por alguno os interesa todavía, y os parece merecer la pena de averiguarlo? ¡Oh! yo creía que os era bien indiferente, y que me despreciabais lo bastante para no cuidaros de lo que yo hacia de mi corazon. ¡Si supieseis, Gilberto, el efecto que en él han hecho las palabras que acabais de decirme. Es un rayo de luz que penetra en la oscuridad. ¡Oh! escuchadme. Si yo me atreviese aun á acercarme á vos, si osára tocar vuestro vestido, tomar vuestra mano entre las mias, levantar los ojos hácia vos y hácia el cielo, como otras veces; ¿sabeis lo que os diria, de rodillas, postrada, regando vuestros pies de lágrimas con sollozos en la boca y la alegría en el corazon? Yo os diria: ¡Gilberto, yo te amo!

GILBERTO.

(*Estrechándola con pasion en sus brazos.*) ¡Tú me amas!

JUANA.

Sí, te amo.

GILBERTO.

¡Me amas!... ¡Ella me ama! ¡Dios mio! es cierto, es ella quien me lo dice, es su boca la que ha hablado: ¡Gran Dios!

JUANA.

¡Gilberto mio!

GILBERTO.

¿Decias que todo está pronto para mi fuga? ¡Pronto, pronto! la vida, sí, ya quiero vivir; ¡Juana me ama! Esta bóveda se desploma sobre mi cabeza, y me abruma. Tengo necesidad de respirar aire libre; aqui me ahogo; huyamos pronto, Juana: vámonos. Ya quiero vivir, sí... ¡me ama! vamos, vamos.

JUANA.

Todavía no. Es preciso una barca, y esperar á que anochezca: pero está tranquilo, te has salvado, antes de una hora estaremos fuera de aqui. La Reina está en la casa de ayuntamiento, y no vendrá tan pronto; yo mando aqui solamente, ya te lo esplicaré todo.

GILBERTO.

¡Esperar aun una hora! ¡oh! tengo priesa de recobrar la vida y la felicidad. ¡Juana, Juana! ¡alli estarás tú! ¡yo viviré! ¡tú me

amas! ¡ ah ! ¡ yo vengo del infierno ! Contenme, haré mil locuras, ¿ lo ves? Reiré, cantaré.... ¿ conque me amas ?

JUANA.

Sí, yo te amo, sí, te amo. Créeme, Gilberto, es la verdad lo que te digo como si estuviera en el lecho de la muerte... no amo sino á ti : aun en medio de mi crímen, en el fondo de mi corazon te amaba : apenas caí en los brazos del demonio que me ha perdido, lloré por el ánjel que abandonaba.

GILBERTO.

Todo está olvidado, perdonado : no se hable mas de eso, Juana. ¡ Que importa lo pasado ! ¿ como pudiera tenerlo presente al oir tu voz ? ¿ quien obraria de otro modo que yo ? ¡ ah ! sí, todo te lo perdono, hija mia querida. El fondo del amor es la induljencia, el perdon. Juana, los celos y la desesperacion han secado las lágrimas en mis ojos ; pero yo te perdono, te doy gracias, tú eres el solo astro resplandeciente que hay en este mundo para mi, y á cada palabra que pronuncias siento morir un dolor y nacer un placer en mi alma.

JUANA.

¡ Siempre jeneroso, siempre ! ¡ Querido Gilberto mio !

GILBERTO.

¡Oh! ¡Ya quisiera estar fuera de aqui huyendo, bien lejos, libre, contigo! ¡esta noche y ese barco cuánto tardan! Juana, esta noche mismo saldremos de Lóndres sin tardanza: dejaremos la Inglaterra, iremos á Venecia, alli ganan mucho los de mi oficio. Tú serás mia... ¡O Dios! ¡yo estoy loco! olvidaba el nombre que tienes, Juana, es demasiado hermoso; ¡hija de lord Talbot!

JUANA.

Yo sé uno mas hermoso aun.

GILBERTO.

¿Cual?

JUANA.

Esposa del jornalero Gilberto.

GILBERTO.

¡Juana!

JUANA.

¡Ah! no, no creas que yo pido tanto; conozco cuán indigna de él soy: no levantaré á tanta altura mis pensamientos, no abusaré hasta ese punto de tu jenerosidad; el pobre tallista Gilberto no debe deshonrarse casándose con la condesa de Waterford. No, yo te seguiré, te amaré, no te dejaré jamás, me sentaré por el dia á

tus pies y por la noche á tu puerta: te miraré trabajar, te ayudaré, te daré lo que necesites, seré para ti algo menos que una hermana y algo mas que un perro, y si te casas, Gilberto (porque Dios querrá que encuentres una mujer pura, sin tacha y digna de ti), si te casas, yo seré la criada de tu mujer, si ella quiere; si no me iré... me iré á morir donde pueda: no te dejaré sino en este caso: si no te casas, me quedaré contigo, seré dócil y obediente, ya lo verás; y si piensan mal de verme contigo, que piensen lo que quieran, no tengo de que avergonzarme, ya soy una mujer sin honra.

GILBERTO.

Tú eres un ánjel, eres mi mujer. (*Echándose á sus pies.*)

JUANA.

¡Tu mujer! tú no perdonas, sino como Dios, purificando: ¡ah! bendito seas, Gilberto, por haber puesto esa corona sobre mi frente. (*Gilberto se levanta, la estrecha contra su corazon, y mientras estan abrazados, Josué viene y toma la mano de Juana.*)

JOSUE.

Es Josué, lady Juana.

JUANA.

¡Buen Josué!

JOSUE.

¿Ahora me habeis reconocido? (*La besa la mano.*)

JUANA.

Es que era por él por quien debia empezar,

GILBERTO.

¡Que felicidad! ¡es verdaderamente cierta tanta dicha! (*Oyese de fuera ruido lejano, gritos confusos, un tumulto.*) (*Va anocheciendo.*)

JOSUE.

¿Que ruido es ese? (*Va á la ventana de la calle.*)

JUANA.

¡O Dios mio! ¡haced que no suceda ningun contratiempo!

JOSUE.

Allá abajo se divisa un gran tropel; picos, azadones, hachas de viento. Los pensionarios de la Reina á caballo y formados en batalla, todos se dirijen hácia aqui. ¡Que gritos! ¡diantre! parece un motin terrible.

JUANA.

¡Con tal que no sea contra Gilberto!

(*Gritos lejanos.*) ¡Fabiani! ¡Muera Fabiani!

JUANA.

¿Oís?

JOSUE.

Sí.

JUANA.

¿Que dicen?

JOSUE.

No puedo distinguir.

JUANA.

¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

## Escena VIII.

*Los mismos, Eneas y un barquero.* (Entran por la parte secreta.)

ENEAS.

¡Milord Fabiani! ¡milord! No hay un momento que perder; se ha sabido que la Reina queria salvar vuestra vida, el populacho se ha alborotado, y si os deteneis un cuarto de hora, os van á arrastrar. Salvaos, milord: aqui estan la capa y el sombrero, las llaves, el barquero... daos priesa, y no olvideis que á mi me lo debeis todo. (*Aparte al barquero.*) No te des priesa.

JUANA.

(*Cubriendo con la capa y el sombrero precipitadamente á Gilberto.*) (*Bajo á Josué.*) ¡ Dios mio ! ¡ quiera el cielo que este hombre no le reconozca!

ENEAS.

(*Mirando á Gilberto.*) ¡ Pero como ! ¿ no es lord Clanbrasil ? ¿ no ejecutais las órdenes de la Reina, milady ? haceis huir á otro en su lugar.

JUANA.

Todo está perdido... ya debiera yo haberlo previsto : ¡ ah ! ¡ Dios mio ! es verdad, amigo, compadeceos...

ENEAS.

¡ Silencio ! Haced lo que querais; no he visto, no he dicho nada. (*Se retira hácia el fondo con indiferencia.*)

JUANA.

¿ Que dice ? ¡ ah ! la Providencia nos proteje; todos quieren salvar á Gilberto.

JOSUE.

No, lady Juana ; es que quieren todos perder á Fabiani. (*Durante esta escena crece el tumulto.*)

JUANA.

Démonos priesa, Gilberto; apresurémonos, ven.

JOSUE.

Dejadle partir solo.

JUANA.

¡Separarme de él!

JOSUE.

Por un momento nada mas. Si quereis salvarle, no le acompañeis; aun es de dia, y estais vestida de blanco: pasado el peligro os reunireis. Venid por aqui conmigo. El por alli.

JUANA.

Tiene razon Josué. ¿Donde me reuniré contigo, Gilberto?

GILBERTO.

Bajo el primer arco del puente de Lóndres.

JUANA.

Bien, parte pronto; el ruido se aumenta, ¡ah! ya quisiera que estuvieras lejos.

JOSUE.

Aqui estan las llaves: doce puertas hay que abrir y cerrar desde aqui hasta la orilla del rio: teneis para un cuarto de hora.

JUANA.

¡Un cuarto de hora! ¡doce puertas! ¡Dios mio!

GILBERTO.

(*Abrazándola.*) Adios, Juana: algunos instantes de separacion todavía, y nos reuniremos para siempre.

JUANA.

Para la eternidad. (*Al barquero.*) Amigo, os encargo que cuides de él.

ENEAS.

Por temor de alguna desgracia no te apresures. (*Salen Gilberto y el barquero.*)

JOSUE.

¡Se ha salvado! ahora cuidemos de nosotros. Cerremos este calabozo. (*Cierra.*) Está hecho: venid pronto, por aqui. (*Sale con Juana por la otra puerta secreta.*)

ENEAS SOLO.

Fabiani ha quedado en la trampa. He aqui una muchacha bien despavilada, que Simon Renard hubiera pagado muy bien; pero ¡como lo tomará la Reina! con tal que no recaiga sobre mi. (*Simon y la Reina entran precipitadamente por la galeria. El tumulto esterior crece cada vez mas;*

*es casi de noche. Gritos de muerte, hachas encendidas, ruido de las oleadas de la multitud, rumor de armas, tiros, ruido de caballos. Muchos caballeros con la daga en la mano acompañan á la Reina: entre ellos el heraldo de Inglaterra, Clarence, con el estandarte Real; el heraldo de la Jarretiera con el de la órden.*

## Escena IX.

*La Reina, Simon Renard, Maese Eneas, lord Clinton, los dos heraldos, caballeros, pajes, etc.*

LA REINA.

(*Aparte á Eneas.*) ¿Se ha huido Fabiani?

ENEAS.

Todavía no.

REINA.

¡Todavía no! (*Le mira con aire terrible.*)

ENEAS.

¡Diantre!

(*Gritos fuera.*) Muera Fabiani.

SIMON.

Es preciso que V. M. tome al momento

algun partido ; el pueblo quiere la muerte de ese hombre. Lóndres está ardiendo, la torre asaltada, la conmocion es terrible. Los guerreros de la nobleza han sido destrozados en el puente de Lóndres. Los pensionarios de V. M. se sostienen aun; pero desde la casa de ayuntamiento hasta aqui, iban de calle en calle buscando á V. M.. Los partidarios de madama Isabel se han mezclado con el pueblo, y bien se conoce que á favor de la sedicion tratan de lograr sus proyectos. Todo esto es bien triste. ¿Que dispone V. M.?

(*Gritos.*) Muera Fabiani. (*Se acercan aumentando.*)

REINA.

¡Muera Fabiani! Milores, ¿oís ese pueblo que ruje? Es preciso entregarles un hombre: quiere saciar su rabia.

SIMON.

¿Que manda V. M.?

REINA.

¡Por Dios! milores; me parece que temblais todos. ¡Por mi alma! ¿Es preciso, caballeros, que una mujer os enseñe vuestro deber? A caballo, milores, á caballo: ¿os

intimida acaso la canalla? ¿las espadas tienen miedo de sus palos?

SIMON.

No dejeis, señora, que la cosa vaya mas lejos; ceded, que aun es tiempo; podeis aun llamar canalla á esos que gritan, dentro de una hora os vereis obligada á llamarlos pueblo. (*Redobla y se acerca la confusion.*)

REINA.

¡Dentro de una hora!

SIMON.

(*Yendo y volviendo de la galeria.*) Dentro de un cuarto de hora. El primer recinto de la torre ha sido forzado: un paso falta, y el pueblo está aqui.

(*Gritos.*) A la torre, á la torre. Muera Fabiani.

REINA.

¡Que bien dicen que el pueblo es un monstruo! ¡Fabiano!

SIMON.

¿Quereis verle descuartizar en un instante á vuestra vista?

REINA.

Pero sabeis que es indigno; ¡que no haya

uno de vosotros que se mueva, caballeros! Defendedme pues.

CLINTON.

A vos, señora, sí; á Fabiani, no.

REINA.

Pues bien, ¡Cielos! lo digo en alta voz, Fabiani es inocente; Fabiano no ha cometido el crímen por que se le ha condenado. Yo soy, y ese Gilberto, ese tallista, quien todo lo ha hecho, lo ha inventado, lo ha supuesto. Es una farsa. ¿Os atreverēis á desmentirme, Sr. bailío? Ahora defendedlo, señores. Es inocente, os digo, por mi cabeza, sobre mi corona, por Dios mismo, por el alma de mi madre, es inocente. Es tan verdad esto, como que vos estais ahí, lord Clinton; defendedle, destruid á ese populacho como destruisteis á Tom Wyat, mi valiente Clinton, mi antiguo amigo, mi buen Roberto. Os juro que es falso que Fabiani haya querido asesinar á la Reina.

CLINTON.

Otra Reina hay, señora, á quien él ha querido asesinar, la Inglaterra.

REINA.

Abrid, abrid el balcon. (*Redoblan los gri-*

*tos.*) Quiero probar por mí misma al pueblo que no es culpable.

SIMON.

Probadle, señora, que no es italiano.

REINA.

Cuando pienso que es un Simon Renard, una hechura del cardenal de Grawelle, ¿quien se atreve á hablarme asi?... Vamos, abrid esa puerta, abrid ese calabozo. Fabiano está ahí; quiero verle, quiero hablarle.

SIMON.

¿Que haceis, señora? por su propio interes, es inoportuno hacer saber á todos donde está.

(*Pueblo.*) Muera Fabiani: Viva Isabel.

SIMON.

Ved, señora, que ya gritan viva Isabel.

REINA.

¡Dios mio! ¡Dios mio!

SIMON.

Escojed, señora, (*Señala el calabozo*) esa cabeza al pueblo, ó esa (*Señala la corona*

*que lleva la Reina.*) corona á madama Isabel.

(*Pueblo.*) Muera Fabiani: Viva Isabel. (*Una piedra viene á romper los cristales.*)

SIMON.

V. M. se pierde sin salvarle: han forzado el segundo patio. ¿Que disponeis?

REINA.

Sois todos unos malvados, y Clinton el primero. ¡Ah, Clinton! ¡yo me acordaré toda mi vida!

SIMON.

¿Que resolveis?

REINA.

¡Oh! que me abandoneis todos. ¿Que caballeros son estos? Ese pueblo es infame; quisiera pulverizarlo bajo mis pies. Es cierto que hay ocasiones en que una Reina no es mas que una mujer: pero os juro, caballeros, que lo pagareis bien caro.

SIMON.

¿Que es lo que resolveis?

REINA.

Lo que querais: haced lo que querais; sois un asesino. ¡Oh! Fabiano. (*Aparte.*)

SIMON.

Clarence, Jarretiera, ven conmigo. Maese Eneas, abrid el mirador. (*Abre Simon, con Clarence y Jarretiera á derecha é izquierda: gràn rumor fuera.*

(*Pueblo.*) Fabiani, Fabiani.

SIMON.

(*En el balcon vuelto al pueblo.*) En nombre de la Reina.

(*Heraldos.* ¡En nombre de la Reina!

SIMON.

Habitantes de Lóndres, la Reina os hace saber; que hoy mismo, esta misma noche, una hora despues de la oracion, Fabiano Fabiani, conde de Clanbrasil, cubierto de pies á cabeza con un velo negro, con una mordaza en la boca, y una antorcha de cera amarilla en la mano, será conducido desde la torre de Lóndres por Charing-Cross al Mercado viejo para ser allí públicamente decapitado, en reparacion de sus crímenes de alta traicion, y de atentado de rejicidio contra el primer jefe del Estado, y contra la persona Real y sagráda de S. M. (*Palmoteo fuera.*)

(*Pueblo.*) Viva la Reina: Muera Fabiani.

SIMON.

Y para que nadie alegue ignorancia, manda la Reina: que durante el tránsito del sentenciado desde la torre al Mercado viejo, la campana de la torre anuncie este acontecimiento. La primera campanada será cuando salga de la torre; la segunda cuando suba al cadalso, y la tercera cuando caiga su cabeza. (*Aplausos.*) Esta noche, la torre y la ciudad de Lóndres se iluminarán en señal de regocijo. He dicho. Dios proteja á la antigua Inglaterra. (*Aplausos.*)

(*Heraldos.*) Dios proteja la antigua Inglaterra.

(*Pueblo.*) Muera Fabiani: Viva María: Viva la Reina. (*Cierra el balcon, y Simon viene á la Reina.*)

SIMON.

Jamas madama Isabel me perdonará lo que acabo de hacer.

REINA.

Ni la Reina María tampoco. Dejadme, caballeros. (*Los despide con un jesto.*)

SIMON.

(*Bajo á Eneas.*) Maese Eneas, velad sobre la ejecucion.

ENEAS.

Descansad en mi. (*Simon sale: al ír á hacerlo Eneas, corre á él la Reina, y lo agarra con fuerza de un brazo.*)

## Escena X.

*La Reina y Eneas.*

(*Gritos.*) Muera Fabiani: muera.

REINA.

¿Cual de las dos cabezas crees tú que vale mas en este momento, la suya ó la tuya?

ENEAS.

¡Señora! ¡Que diantre! (*Aparte.*)

REINA.

Nada de disculpas. Te juro por mi madre, que si Fabiano muere, mueres tú.

ENEAS.

Pero, señora,,.

REINA.

Sálvale y te salvarás, de otro modo, no.

(*Gritos.*) Muera Fabiani : muera.

ENEAS.

¡ Salvar á lord Clanbrasil ! Pero como el pueblo está ahí... es imposible... ¿ por que medio ?

REINA.

Busca uno.

ENEAS.

¡ Pero de que modo !... ¡ Dios mio !

REINA.

Haz como por ti mismo.

ENEAS.

Pero el pueblo estará sobre las armas hasta que la ejecucion se haya verificado. Para apaciguarle, es menester decapitar á alguien.

REINA.

A quien tu quieras.

ENEAS.

¡ A quien yo quiera ! Esperad, señora ; la ejecucion se hará de noche ; el reo irá cubierto de un velo negro con una mordaza en la boca ; el pueblo apartado á bastante distancia del cadalso por los soldados, como siempre, bastará que vea caer una cabeza. Puede ser muy bien, con

tal que esté allí el barquero, que le encargué no se diera prisa... (*Va á la ventana que da al Támesis.*) Allí está aun. Todavía es tiempo. (*Hace señas con el pañuelo desde la ventana.*) Bien. Os respondo de milord Fabiani, señora.

REINA.

¿Con tu cabeza?

ENEAS.

Con mi cabeza.

FIN DE LA PRIMERA PARTE DE LA TERCERA JORNADA.

# MARIA TUDOR.

## Jornada tercera.

### SEGUNDA PARTE.

*Una especie de sala, donde vienen á terminar dos escaleras, una que sube y otra que baja: la entrada de cada una ocupa una parte del teatro; la que sube se pierde en el friso, la que baja en el suelo: no se ve de dónde vienen ni adónde van estas escaleras. La sala está enlutada de un modo particular: la pared de la derecha, la de la izquierda y el techo cubiertas de un paño negro cortado por una gran cruz blanca; el fondo que hace frente al espectador cubierto de un paño blanco con cruz negra. Este color negro y blanco se prolongan cada uno por su lado hasta perderse de vista por las dos escaleras: á derecha é izquierda un altar cubierto de negro y blanco, adornado como para un funeral, con grandes hachas: alguna que otra lámpara fúnebre, colgada de las bóvedas, alumbra débilmente la sala: lo que realmente ilumina la sala, es el gran paño blanco del fondo, á través del cual pasa una luz rojiza, como si detras hubiese un horno ardiendo: la sala está pavimentada de losas sepulcrales. Al alzar el telon se ve dibujada en negro sobre el paño trasparente la sombra inmóvil de la Reina.*

## Escena I.

*Juana y Josué.*

*(Entran con precaucion, levantando uno de los paños negros por una puerta pequeña y secreta.)*

JUANA.

¿Donde estamos, Josué?

JOSUE.

En la meseta grande de la escalera por donde bajan los sentenciados al suplicio, construida y hecha adornar asi por Henrique VIII.

JUANA.

¿Y no hay medio de salir de la torre?

JOSUE.

El pueblo guarda todas las salidas. Esta vez quiere asegurarse de su presa: nadie podrá salir antes de la ejecucion.

JUANA.

La proclama que desde ese balcon se acaba de hacer, resuena aun en mis oidos. ¿La

oisteis cuando estábamos allá bajo? Todo esto es horrible, Josué.

JOSUE.

¡Ah! yo he visto mucho de esto.

JUANA.

¡Con tal que Gilberto se haya podido escapar! ¿Creeis que se habrá salvado, Josué?

JOSUE.

¡Salvado! Estoy seguro.

JUANA.

¿De veras, Josué?

JOSUE.

Sin duda: la torre no ha sido asaltada por la parte del rio; y luego cuando él marchó, el motin no era lo que ha sido despues. ¿Sabeis que ha sido un alboroto de los buenos?

JUANA.

¿Estais cierto de que se ha salvado?

JOSUE.

Y de que os espera á estas horas debajo del primer arco del puente de Lóndres, donde os reunireis con él antes de media noche.

JUANA.

¡Dios mio! ¡Con que inquietud va á estar! (*Reparando en la sombra de la Reina.*) ¡Cielos! ¿Que sombra es esa, Josué?

JOSUE.

Silencio. Es la leona que acecha. (*Mientras Juana considera esta sombra con temor, se oye una voz lejana que parece venir de arriba, que pronuncia lenta y distintamenta estas palabras.*)

(*Voz dentro.*) Este hombre que viene detras de mi, cubierto con un velo negro, es el muy alto y muy poderoso señor Fabiano Fabiani, conde de Clanbrasil, baron de Dinasmondi, baron de Darmouth en Devonshire, que va á ser decapitado en la plaza de Lóndres, por crímen de rejicidio y de alta traicion. ¡Dios tenga misericordia de él!

(*Otra voz.*) Rogad por su alma.

JUANA.

Josué, ¿oís?

JOSUE.

Sí, estoy acostumbrado á oir todos los dias estas cosas. (*Se deja ver en lo alto de la escalera un acompañamiento fúnebre que

*va descubriéndose á medida que va bajando. A la cabeza un hombre vestido de negro con una bandera blanca con cruz negra : detras Maese Eneas Dulverton, con una gran capa negra y su baston blanco de condestable; luego un grupo de alabarderos vestidos de encarnado : detras el verdugo con su cuchilla á la espalda, vuelto el corte hácia el que le sigue : tras él un hombre cubierto enteramente de un velo negro que le arrastra : solo se descubre de él un brazo desnudo con una hacha de cera amarilla encendida. Despues un hombre vestido de blanco con una bandera negra con una cruz blanca: á derecha é izquierda dos filas de alabarderos con hachas.)*

JUANA.

Josué, ¿veis?

JOSUE.

Sí, estoy acostumbrado á ver de esto todos los dias. (*Al desembocar en el teatro se para el acompañamiento.*)

ENEAS.

Este hombre que viene detras de mi, etc.

(*Otra voz.*) Rogad por su alma. (*El acompañamiento atraviesa lentamente el teatro.*)

JUANA.

¡Que cosa tan terrible es la que estamos viendo, Josué: la sangre se hiela en mis venas.

JOSUE.

¡Malvado Fabiani!

JUANA.

Nada de rencor ya, Josué: malvado, sí, pero bien infeliz tambien. *(El acompañamiento llega á la otra escalera: Simon Renard que hace algunos momentos ha aparecido á la entrada de ella, y que todo lo ha observado, se aparta para dejarlo pasar; la comitiva se oculta bajo la bóveda de la escalera, y va desapareciendo. Juana la sigue con la vista, aterrada: luego que ha desaparecido todo, dice Simon Renard.)*

SIMON.

¿Que significa esto? ¿Este es Fabiani? yo le creia menos grande. ¿Será que Maese Eneas?... La Reina me parece que le detuvo un momento. Veamos. *(Baja la escalera tras el acompañamiento.)*

*(Voz lejos.)* Este hombre que viene detras de mi, etc.

(*Otra voz.*) Rogad por su alma.

JOSUE.

La campana grande va á anunciar su salida de la torre. Acaso os será posible escaparos ahora. Voy á tratar de buscar un medio. Esperadme aqui: vuelvo al momento.

JUANA.

¿Os vais, Josué? Voy á tener miedo aqui sola. ¡Dios mio!

JOSUE.

No podriais ir conmigo por toda la torre sin correr peligro, y es preciso que salgais de ella: reflecsionad que Gilberto os aguarda. (*Vase Josué.*)

JUANA.

¡Gilberto! Sí, todo por él: andad. ¡Oh! ¡que espectáculo tan horroroso! ¡Cuando pienso que esto mismo hubiera sido para Gilberto, ¡Oh! ¡gracias, Dios mio! Vos sois el Dios Salvador, porque habeis salvado á Gilberto. (*El paño del fondo se entreabre, y aparece la Reina que se adelanta á grandes pasos sin ver á Juana.*) ¡Dios mio! ¡La Reina!

## Escena II.

*Juana y la Reina. (Juana se refugia al altar echando sobre la Reina una mirada de espanto y de terror: la Reina está muda algunos instantes, con los ojos fijos, pálida, como absorta en un sueño, y por último arroja un profundo suspiro.)*

REINA.

¡O pueblo! ¡Quien está aqui! (*Repara en Juana.*) ¡Eres tú, muchacha! ¡Sois vos lady Juana! Os hago miedo. Vamos, no temais. El carcelero Eneas nos ha vendido, ¿sabeis? Pero no temas, criatura; ya te he dicho que nada tienes que temer de mi. Lo que un mes hace podia perderte, ahora te salva. Tú amas á Fabiano, y solas tú y yo en el mundo le quedan. Somos hermanas.

JUANA.

Señora ..

REINA.

Si, tú y yo, dos mugeres; he aqui lo que le ha quedado sobre la tierra. Todo lo demas es contra él. Toda una ciudad, todo un pueblo, el mundo todo. Lucha desigual del amor contra el odio. (Para Fabiano.)

el amor es triste, espantoso, horrible: tiene tu frente pálida, mis ojos llenos de lágrimas: se oculta bajo un altar fúnebre; ruega por tu boca, y maldice por la mia. El odio se le presenta fiero, radioso, triunfante, armado y vencedor; tiene la córte, el pueblo, las masas de hombres que llenan las calles, lanzando gritos de muerte y de alegría, soberbio, altivo, poderoso: el amor helo aqui; dos mujeres vestidas de luto, llorando sobre una tumba. El odio, helo alli. (*Descorre con violencia el paño blanco del fondo, que separándose deja ver un balcon, y mas allá perdiéndose de vista, la ciudad iluminada en una noche oscura: lo que se vé de la torre está tambien iluminado. Juana fija sus ojos absortos en este espectáculo resplandeciente que aclara la escena.*) ¡Oh! ¡Ciudad infame, revoltosa, maldita' que empapa sus vestidos de fiesta en sangre, y que alumbra con sus antorchas al verdugo. Tienes miedo, Juana, ¿no es verdad? ¿No te parece como á mi, que se burla indignamente de nosotras, y que mira con sus centelleantes ojos á estas débiles mujeres perdidas y solas sobre este sepulcro? Juana, ¿oyes como ruje y rie esa ciudad infame? ¡Oh! ¡Inglaterra! ¡Lóndres será tu destruccion! ¡Como qui-

siera yo poder cambiar esas hachas en blandones, esas luces en llamas, y esa iluminacion en una ciudad ardiendo!

(*Voces dentro.*) Allí está. Allí está. Muera Fabiani. (*Rumor, aplausos, gritos confusos.*)

JUANA.

¡Gran Dios! ¡Ya (*Suena la campana grande: al oirlo la Reina se pone á reir horriblemente.*) sale el infeliz! ¿Os reis, señora?

REINA.

Sí, me rio... (*Rie.*) Tú te reirias tambien: pero antes voy á cerrar este paño; me perece siempre que no estamos solas, y que esa ciudad horrorosa nos ve y nos oye. (*Corre la cortina.*) Ahora que ya ha salido, que no corre ningun peligro, puedo decírtelo. Pero rie, burlémonos juntas de ese pueblo que quiere beber sangre. ¡Oh! ¡Es muy gracioso! Juana, ¿tiemblas por Fabiano? Tranquilízate, rie conmigo, te digo: el hombre que tienen entre sus garras, creyendo que es Fabiano... no es él. (*Rie.*)

JUANA.

¿No es Fabiano?

REINA.

No.

JUANA.

¿Quien es pues?

REINA.

Es el otro.

JUANA.

¿Que otro?

REINA.

Bien lo sabes; le conoces: ese artesano, ese hombre... ¿Que importa?

JUANA.

¿Gilberto?

REINA.

Sí, Gilberto, ese es su nombre.

JUANA.

¡Oh! ¡Señora! No, no es posible. ¡Gilberto! Esto seria horroroso. ¡Si se ha fugado!...

REINA.

Sí, se ha fugado; pero al verificarlo le han vuelto á cojer, y le han puesto bajo el velo negro en lugar de Fabiano: la ejecucion es de noche; el pueblo nada verá. Tranquilízate.

JUANA.

¡Ah, señora! Gilberto es el que yo amo.

REINA.

¡Como! ¿Que dices? ¿Tú desvarías? ¿Tú

me engañabas tambien? ¿Conque es Gilberto el que amas? ¡Pero que me importa á mi!

JUANA.

*(Echándose á sus pies y sollozando.)* ¡Señora, por compasion! ¡En nombre del cielo, señora! ¡Por vuestra corona, por vuestra madre, por los ánjeles, señora! ¡Gilberto! ¡Gilberto! ¡Estoy loca, señora ¡salvad a Gilberto! El es mi ecsistencia, es mi esposo.. ¡Acabo de deciros todo lo que ha hecho por mi; que me ha adoptado, me ha criado, ha ocupado desde mi infancia el lugár de mi padre que murió por vuestra madre. Señora, ya veis que no soy sino una infeliz, y que no debeis ser cruel conmigo. Lo que acabais de decirme ha sido un golpe tan terrible para mi corazon, que no se cómo tengo fuerzas para hablaros. Yo no se lo que me digo; pero es preciso que hagais suspender la ejecucion: al instante hacedla suspender; diferidla á mañana; que haya tiempo de reflecsionar solamente. Ese pueblo esperará á mañana, y entre tanto pensaremos lo que se ha de hacer. No, no meneeis la cabeza: no, no quiero que vuestro Fabiano peligre, no: ponedme á mi en su lugar bajo el velo negro; por la noche ¿quien puede sospechar? ¡Salvad

á Gilberto! ¿Que os importa él ni yo? Pero yo quiero morir. (*Campana.*) ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Esa campana, esa horrorosa campana! Cada uno de sus golpes es un paso para el cadalso, y una puñalada para mi corazon. Haced lo que os digo, señora, ¡por compasion! Vuestro Fabiano no correrá peligro: dejadme besar vuestras manos, señora. ¡Cuanto os amo!... ¡si supierais!... Todavía no os lo he dicho; pero os amo muchísimo porque sois una gran Reina. ¿No veis como beso vuestras hermosas manos?.. ¡Oh! una órden, una órden para suspender la ejecucion. Todavía es tiempo, os lo aseguro. Van muy despacio: la torre está lejos del Mercado viejo: el hombre que habló desde el balcon, dijo que pasarian por Charing-Cross. Hay otro camino mas corto: un hombre á caballo llegaria aun á tiempo. En el nombre del cielo, señora, compadeceos; poneos en mi lugar. Suponed que yo soy la Reina, y vos esta muchacha infeliz: vos llorariais como yo, y yo os haria gracia. ¡Gracia, señora! ¡Oh! ¡ya temia yo que las lágrimas me ahogarian, no me dejarian hablar!... ¡Oh! Al instante suspended la ejecucion. Esto no ofrece inconveniente alguno, señora: ningun riesgo para Fabiani, os lo juro. ¿Que? ¿Creeis

en verdad que no puede hacerse lo que digo, señora?

REINA.

(*Enternecida y levantándola.*) ¡Bien quisiera hacerlo, infeliz! ¡Ah! Tú lloras, como yo lloraba. Yo he sentido lo mismo que tú ahora, y los tormentos que he sufrido me hacen compadecer los tuyos. Mira, ¿no ves como lloro tambien? ¡Es mucha fatalidad! ¡Pobre criatura! Bien creo que se hubiera podido poner á otro en su lugar, á Tyrconnel por ejemplo; pero este es demasiado conocido; era preciso un hombre oscuro, y no habia mas que este á mano. ¿Lo entiendes ahora todo? ¡Ah! ¡Dios mio! hay situaciones en que se halla una atada... en que nada puede...

JUANA.

Sí señora, os escucho; yo tambien os diria otras cosas; pero quisiera que la órden para suspender la ejecucion estuviese ya firmada, y que el portador hubiese ya marchado. Despues de hecho esto hablaremos mejor. (*Campana*) ¡Oh! ¡Esa campana! ¡Dios mio!

REINA.

Lo que quieres no puede ser; es imposible, lady Juana.

JUANA.

Sí, sí puede ser: un hombre á caballo: hay un camino mas corto que el muelle: yo iré: es posible... muy fácil.

REINA.

Pero el pueblo no querria; vendria á la torre á devorar á Fabiano que no ha salido aun. ¡Tiemblas, pobre criatura! Yo tambien. Ponte ahora tú en mi lugar: pero yo podia ahorrarme el trabajo de esplicarte todo esto: ya ves que hago lo que puedo. No pienses mas en ese Gilberto, se acabó: resígnate.

JUANA.

¿Se acabó, decís? No, no se acabó mientras esa horrible campana no cese de tocar. ¡Resignarse á la muerte de Gilberto! ¿Y creeis que yo le dejaré morir asi? No señora. ¡Ah! Son en vano mis lágrimas... ¿no me escuchais? Pues bien, si la (*Rumor.*) Reina no me oye, el pueblo me oirá. Mirad. ¡Ah! El pueblo está aun en el segundo patio. Vos hareis luego de mi lo que querais; pero voy á gritarle que le engañan, que es Gilberto, un trabajador como ellos, y no Fabiani.

REINA.

Detente, miserable criatura. (*La coje del brazo con furor.*) ¡Ah! Yo soy buena, dulce, lloro contigo, ¿y tú, te vuelves loca y furiosa? ¡Ah! mi amor es tan grande como el tuyo, y mi mano mas fuerte. No saldrás con tu empresa. ¡Ah! ¡Tú amante! ¿Que me importa á mi? Yo creo que todas las jóvenes de Inglaterra van á venir á pedirme cuenta de sus amantes. ¡Pardiez! Yo salvo el mio como puedo, y á despecho de ese pueblo que está ahí: cuidad cada una del vuestro.

JUANA.

Dejadme. ¡Ah! mujer infame, yo te maldigo.

REINA.

¡Silencio!

JUANA.

No, no quiero callar. ¿Quereis que os diga un pensamiento que me ocurre ahora? Yo no creo que es Gilberto el que va á morir.

REINA.

¿Que dices?

JUANA.

No se; pero le he visto pasar bajo aquel velo negro; y me parece que si hubiese sido él, algun movimiento, algun grito inte-

rior se hubiera levantado de mi corazon, y me hubiera dicho: ¡Es Gilberto! No, yo no he sentido esa voz... no, no es él.

REINA.

¿Que dices? ¡Dios mio! Tú estás loca: lo que dices es un disparate, pero me horroriza: sin saber por qué vienes á despertar una secreta inquietud en mi corazon. ¡Ah! Porque me ha impedido este alboroto velar por mí misma sobre todo. ¡Por que habré yo encargado á otro que á mi la salvacion de Fabiano! Eneas Dulverton es un traidor acaso. Simon Renard estaba alli con él. Quiera Dios que no me hayan vendido segunda vez, que no sea Fabiano en efecto... ¡Hola! pronto... No hay aqui nadie... (*Salen dos carceleros.*) Corred: aqui está mi (*Al primer carcelero.*) anillo Real: decid que se suspenda la ejecucion. Pronto: al Mercado viejo... (*Sale carcelero.*) ¿Decias tú que hay un camino mas corto?

JUANA.

Sí señora; por el muelle.

REINA.

Por el muelle, un caballo, un caballo: corre. Tú (*Al segundo.*) ve inmediamente á la torrecilla de Eduardo el confesor: alli

hay dos calabozos: en el uno hay un hombre, tráelo aqui al momento. (*Vase el carcelero.*) ¡Ah! ¡yo tiemblo! Mis rodillas se doblan. No tendria fuerzas para ir yo misma. ¡Ah! ¡me vuelvo loca como tú! ¡Yo te maldigo como tú me maldices! ¡Dios mio! ¿Llegará á tiempo ese hombre? ¡Que horrible angustia! Yo nada veo... mi imajinacion se turba. (*Campana.*) ¿Por quien toca esa campana, por Gilberto ó por Fabiani?

JUANA.

Ya cesa.

REINA.

Es que han llegado á la plaza de la ejecucion. El hombre no habrá tenido tiempo. (*Cañonazo.*)

JUANA.

¡Cielos!

REINA.

Ya sube al cadalso. (*Cañonazo.*) Se arrodilla.

JUANA.

¡Dios mio! (*Cañonazo.*)

LAS DOS.

¡Ah!

REINA.

Ya no ecsiste mas que uno: pronto sabremos

cuál de los dos. ¡Dios mio! Haced que sea Fabiano el que va á entrar.

JUANA.

¡Dios mio! Que sea Gilberto. (*La cortina del fondo se abre. Simon conduce á Gilberto por la mano. Se precipitan el uno en los brazos del otro.*

JUANA.

¡Gilberto!

REINA.

¿Y Fabiani?

SIMON.

Muerto.

REINA.

¡Muerto! ¡Muerto! ¿Quien se ha atrevido?..

SIMON.

Yo. He salvado á la Reina y á la Inglaterra.

**FIN.**

# MARIDO JOVEN

# Y

# MUGER VIEJA.

## COMEDIA EN TRES ACTOS

EN PROSA,

*Acomodada al teatro español*
*por Don R. de M.*

> *¡Ah, qué desgraciada fortuna la que se compra á precio de tamaña esclavitud!.....* Acto 1, escena 11.

MADRID, 1829.
IMPRENTA DE D. MIGUEL DE BURGOS.

| PERSONAS. | ACTORES. |
| --- | --- |
| D. JORGE VERGARA. | *Sr. Santiago Casanova.* |
| DOÑA SERAFINA..... | *Señora Concepcion Velasco.* |
| D. CLETO........... | *Sr. Luis Fabiani.* |
| D. ALEJANDRO (capitan)............ | *Sr. Antonio Silbostri.* |
| CLARA................. | *Señora Joaquina Baus.* |
| DOÑA ROSA............ | *Señora Agustina Torres.* |
| PERICO................ | ......................... |

La escena es en Madrid en casa de Don Jorge.

*El teatro representa una sala ricamente amueblada.*

# ACTO PRIMERO.

## ESCENA PRIMERA.

*Don Jorge y Don Alejandro.*

*D. Jorge.* Alejandro, mi buen amigo, ¿eres tú?

*Alej.* Sí, yo soy, mi querido Jorge.

*Jorg.* ¿Cómo en Madrid? ¿Qué ha sido de ti en tanto tiempo?

*Alej.* Ya sabes que mi regimiento estaba en América; allí he permanecido dos años y medio, y hace pocos dias que desembarqué en Cádiz.

*Jorg.* Vaya, hombre, dime, dime algo de mis antiguos camaradas..... ¡Qué buenos muchachos habia en el regimiento!.... Cuando pienso en los ocho años que he servido...! Soberbia vida... jugar, cortejar, hoy en un baile, mañana arrestado, y.... Pero al fin me fastidié de todo, hasta que, ya lo sabes, presenté mi dimision.

*Alej.* ¿La presentaste, Jorge, ó te la presentaron?

*Jorg.* No lo sé.... ¡Ya se vé! decian que tenia deudas.... Miren qué delito.... ¿No las tienen los grandes señores? pues ¿por qué no las ha de tener un pobre capitan?.... Pero bien, que me hicieron favor, porque, á decir la verdad, no he nacido para militar; me inclino mas bien al paisanage, quiero decir, á no trabajar nada.

*Alej.* Conque dime, ¿y te has casado?

*Jorg.* ¿Y por qué no? Las mugeres siempre se inclinan á los calaberas, y en este punto, ya ves tú, que pocos....

*Alej.* No acabo de volver de mi sorpresa: al llegar á esta casa pregunto por la señora viuda de Sandoval, y me contestan que aquí vive la señora de Vergara.

*Jorg.* Así es la verdad: era viuda del Consejero Sandoval; pero ahora..... ahora es muger de Don Jorge Vergara. Y qué, ¿no valgo yo tanto como el Consejero?

*Alej.* No digo que no.

*Jorg.* Ya ves, amigo, yo estaba en Madrid sin saber qué habia de ser de mí: solia ver algunas veces á la viuda de Sandoval, cuando de repente noté que no la desagradaba.

*Alej.* Pero, dime, ¿no será jóven?

*Jorg.* Unos sesenta años sobre poco mas

ó menos.... pero, en fin, ello fué que cuando yo me convencí de que estaba loca por mí, redoblé mis atenciones, mis obsequios; la fingí amor,.... y....., ya conoces que esto no me costaria mucho, porque los calaberas somos en este punto muy hipócritas.

*Alej*. Cierto.

*Jorg*. En fin, mi querido Alejandro, por ahorrar palabras, despues de algunas semanas de amor sentimental, tomamos un partido difinitivo, y habrá un mes me casé con una renta de veinte mil duros.

*Alej*. Te doy la enhorabuena.

*Jorg*. Verdad es que los 20Ɔ duros y yo estamos algo separados; pero nada tengo que desear. Por supuesto, mi muger empezó por pagar mis deudas, excepto algunas que aun no conoce, y que yo iré solventando con el tiempo y mis ahorros. Despues me ha regalado un cabriolé; por cierto que hoy mismo le estreno, á menos que no quiera que vaya con ella en su coche.

*Alej*. ¿De veras?

*Jorg*. Tambien tengo un lacayo para mi servicio particular; este le paga mi muger, pero solo á mí me sirve; ademas tenemos muchos criados, y todos me respetan, me obedecen como á su señor; pero no por eso me he envane-

cido: nada, nada, siempre el mismo.

*Alej.* Lo creo así, pero... dime, ¿no has sentado la cabeza?

*Jorg.* Por supuesto; ya ves, cuando uno llega á ser algo en el mundo.... No tengas miedo, porque en caso de querer hacer alguna travesurilla, nada se sabria.... Ya ves, yo debo respetos á mi muger, y.... por ejemplo, no haya miedo que la hable del negocio que hoy me ocupa.

*Alej.* ¿Y se puede saber cual es?

*Jorg.* Quiero decírtelo porque conozco tu discrecion. Figúrate tú, que antes de mi casamiento estaba muy relacionado con cierta muger que llevaba ya arruinados dos marqueses y un gran comerciante.

*Alej.* ¿Y no rompiste con ella?

*Jorg.* Sí, rompí; pero, como puedes figurarte, mediaban empeños que tuve que deshacer á fuerza de oro.... Como digo, la hice dos letras de cambio, pagaderas en un mes, contando siempre con que despues de casado...... pero ¡ay amigo....! que el tiempo ha llegado, yo no tengo medios de satisfacer, y, lo que es peor aun, me falta la resolucion para declararlo á mi muger. ¿Qué harias tú en tal caso?

*Alej.* Hombre, durillo es el aprieto.

*Jorg.* Pero tú inventarás, y.... en fin,

luego hablaremos; para lo cual te convido á almorzar hoy en la fonda de Genier, aqui cerca en la calle de la Reyna.

*Alej.* Acepto, porque tambien tengo que hacerte una confianza...... ¡Ay amigo! ahora si que voy á poner tu amistad á toda prueba.

*Jorg.* Habla, ¿qué quieres? ¿dinero? no lo tengo, pero mi muger te le prestará. ¿Favor? mi muger no carece de él. ¡Qué diantres! Cuando uno puede contar con una muger como la mia. Vaya, dime, ¿es algun negocio de honor, de amor?

*Alej.* Sí, amigo mio, de amor, del amor mas vivo y mas sincero. Habrá como dos años que, estando yo de guarnicion en Cádiz, fui presentado en casa de una señora respetable....

*Jorg.* Como mi muger.

*Alej.* Viuda....

*Jorg.* Tambien como mi muger.

*Alej.* La cual tenia una hija de unos 15 años.

*Jorg.* Eso..... eso..... no es como mi muger.

*Alej.* Linda, virtuosa, bien educada; pero ¡ay amigo! cuando madre é hija me favorecian con su beneplácito, he aqui que mi regimiento recibe la órden de marchar á América.

*Jorg.* Qué! si el Ministro no lo entiende.

*Alej.* Juzga de mi dolor cuando á mi vuelta he sabido, que habiendo muerto la madre se habia venido mi amada á vivir con una tia suya en Madrid; pero ¡qué me dirás cuando te manifieste que esta tia, á quien debe un asilo, es.... tu muger!

*Jorg.* Calla! conque segun eso hablas de mi sobrina Clara la que tenemos en casa?

*Alej.* La misma, amigo mio, la misma que adoro, y que tú me ayudarás á obtener de su tia.

*Jorg.* Cierto que es muy bonita, digo, por lo que yo he podido ver; porque mi muger siempre está presente, y no me deja... tiene este defecto mi esposa, que es algo celosilla, y luego el diablo que parece que lo enreda, porque ademas de esa, has de saber que nos llegó ayer una prima muy linda, viuda del Corregidor de Antequera, que viene aqui para arreglar un pleito de la familia. Mas, volviendo á Clara, me parece que no te conviene... ¡si no tiene un cuarto! Nada, nada: tú debes hacer lo que yo.

*Alej.* Amigo Jorge, tú pones tu dicha en las riquezas, pero yo no aspiro mas que á la posesion de Clara. Nada pido para ella: mi fortuna es mediana, pero nos basta; y luego, que yo espero con

mis esfuerzos adelantar en mi carrera, y... (1) ¡ Canario ! esto es llamar como amo de casa.

*Jorg*. Yo lo creo, si es mi muger..... Perico, Francisco, José.... demonios de criados..... nada como si uno no los tuviera (2): ¿No ois, malditos, que hace una hora que llama la señora? (3) Parece que ya se ha levantado, yo te presentaré y la hablaremos de tus amores.

*Alej*. Pero crees tú que ella consienta..?

*Jorg*. ¡Está buena! ¿No eres tú mi amigo? ¿No basta que yo quiera? Tú no sabes lo que me ama mi muger..... Cierto que es algo viva, pronta, y hay quien dice que me trata con algo de fiereza.... pero en el fondo es buena, noble y generosa.

## ESCENA II.

*Dichos y Perico.*

*Perico*. Señor, mi ama dice que es á V. á quien llama.

*Jorg*. Qué demonios! voy allá..... No quiero hacerla esperar; voy á comunicarla tu visita, y ya verás como te re-

(1) Suena una campanilla muy fuerte.
(2) Salen los criados.
(3) Vanse los criados.

cibe siendo yo quien te presenta (1).

## ESCENA III.

*Don Jorge, Don Alejandro y Doña Serafina.*

*Serafina.* Conque, señor Don Jorge, será preciso que yo venga á buscar á usted?

*Jorg.* Perdona, querida mia: estaba con este caballero, á quien tengo el gusto de presentarte. Es uno de mis antiguos amigos, el capitan Llerena, mi camarada de regimiento.

*Alej.* Señora...

*Seraf.* Caballero, beso á Vm. la mano. (Ya te he dicho que no quiero que te juntes con oficiales, porque pueden distraerte de tus obligaciones, y.....)

*Jorg.* (Ya ves hace tanto tiempo que no nos vemos.... Tengo tanto gusto...)

*Seraf.* (Ya lo veo, ¿pero es esta razon para dejarme olvidada?)

*Jorg.* (Quién, yo olvidar á mi muger?)

*Seraf.* (Mi muger... ¡Qué cosa tan fria!)

*Jorg.* (Pues bien, mi Serafina, ¿yo olvidarte?)

*Seraf.* (Ya sabes que gusto oirme llamar por mi nombre; ¿no te llamo yo á ti

---

(1) Al ir á salir entra Doña Serafina.

Jorge mio?) Dispense Vm. caballero, le amo tanto, que tengo celos hasta de sus amigos.... Esto es algo extravagante, pero mi marido me quiere así, ¿no es verdad?

*Jorg.* Sí, mi querida Serafina. (¿No ves qué buena es mi muger?)

*Alej.* (Pues á mí me parece una vieja ridícula.)

*Jorg.* Estaba diciendo á mi amigo Alejandro, que mientras su permanencia en Madrid, me daria un placer, nos daria un placer, en tenerle en casa.

*Seraf.* Es cierto; pero acaso este caballero tendrá negocios que ocuparán todo su tiempo. (1) Quiéres que venga á á turbar nuestros diálogos amorosos?

*Alej.* Señora, yo he venido aquí, es cierto, para los negocios mas importantes y mas caros á mi corazon; (háblala de su sobrina.)

*Jorg.* (Déjame hacer....) Querida mia, ¿no podríamos convidarle á comer hoy? (Verás qué vajilla de plata.)

*Seraf.* Ya sabes, Jorge, que espero á mi cuñado Don Cleto, y que debemos tener una larga sesion relativa á nuestro pleito.

*Jorg.* ¡Ah! sí, se me habia olvidado decirte que me he casado tambien con un gran pleito.

(1) Bajo á Jorge.

*Seraf.* Vuelvo á pedir á Vm. perdon, caballero; pero los casados jóvenes, nuevos quiero decir.....

*Alej.* Señora, yo no pretendo incomodar á Vm. (Y me dejas marchar sin haber visto á Clara?)

*Jorg.* (No tengas cuidado que todo lo compondré.)

*Doña Rosa.* (1) Está visible mi prima?

*Seraf.* Jorge no te apartes de mí. Esta Rosa se nos encaja aquí sin mas ni mas.

## ESCENA IV.

*Don Jorge, Doña Serafina, Doña Rosa y Don Alejandro.*

*Jorg.* Conque, mi querida prima, ¿qué le parece á Vm. su cuarto?

*Rosa.* Muy bien, primo (2). ¡Mas qué veo! ¿Vm. aquí?

*Seraf.* Calla! parece que se conocen.

*Jorg.* Pues qué, conoces á mi prima?

*Alej.* Si hemos venido juntos.

*Rosa.* Y á la verdad que me alegro de volver á tener ocasion de manifestar á Vm. mi agradecimiento. Mirad, queridos mios, si no es por el Señor, no sé qué hubiera sido de mí; pero su ga-

(1) Desde adentro.
(2) Repara en Don Alejandro.

lantería y sus atenciones me han hecho olvidar la molestia de viajar en diligencia.

*Alej*. Señora...

*Rosa*. Ya se vé! yo no estaba acostumbrada, porque en tiempo de mi marido el Corregidor (que Dios haya) siempre viajé en coche por mi cuenta: pero los tiempos han mudado, y ahora pobre, viuda, sin marido, sin empleo, y en verdad que esto último lo hecho bastante de menos, porque no saben Vms. lo agradable que es el hacer bien á los gobernados, y ser la primera persona de la provincia. En fin, señor de Llerena, yo me alegro de verle á Vm. aqui, y espero que tendremos motivo de cultivar su trato.

*Alej*. Señora, Vm. me favorece.

*Seraf*. (¿No ves qué franquezas se toma?)

*Rosa*. Mi prima ha tenido la bondad de recibirme en su casa, pues aunque seguimos un pleito, no ha sido este inconveniente para ser bien acogida por ella, por su marido, por su sobrinita, una muchacha muy linda.

*Jorg*. (1) (Como si tú no la hubieras reparado.) Mira, querido, déjanos ahora; mi muger está esta mañana yo no sé cómo; pero espérame en la fonda,

---

(1) A Alejandro.

y dentro de algunos minutos estoy allá.

*Alej.* Pues que es preciso,.... Señoras, estoy á los pies de Vms.

*Seraf.* Beso á Vm. la mano.

*Rosa.* No nos olvide Vm.

## ESCENA V.

*Dichos menos Alejandro.*

*Rosa.* ¡Qué amable es! Si hubiérais visto su impaciencia durante el camino! No parecia sino un amante que vá á buscar á su amada.

*Jorg.* Bien pudiera ser....

*Seraf.* ¿Qué sabes tú?

*Jorg.* Es que.... náda. No sé nada.

*Rosa.* Pero, hablando de amor, mi querida prima, ¿sabes que has tenido un gusto exquisito?.... Cierto que el Consejero Sandoval era muy buen Señor; pero el jóven Don Jorge....

*Seraf.* (1) Conque te parece bien, eh?

*Jorg.* Esta prima es demasiado bondadosa.

*Rosa.* Ello es verdad que hay quien murmura de que te hayas casado con un joven; pero yo lo creo bien hecho, porque la viudez, ¡ah, la viudez es tan

---

(1) Poniéndose en medio de los dos.

mala! Yo por mí ya estoy cansada de ella, y si en Madrid llegase á encontrar otro empleo....

*Seraf.* Otro empleo?

*Rosa.* Otro marido quiero decir; pero habia de ser un Corregidor ó cosa semejante.... porque me iba tan bien siendo Corregidora.... Yo daba el tono en nuestra ciudad.... recibia peticiones, tenia mis favoritos; en bailes, en conciertos, en bodas, siempre, siempre la primera. En fin, parecia una princesa en medio de mi corte; porque un corregimiento, sepan Vms. que es un pequeño reino.

*Jorg.* Pero ahora.....

*Rosa.* ¡Ah, qué diferencia! Ahora obligada á pretender, y obligada á molestar á Vm., primo, para que me acompañe á mis diligencias.

*Jorg.* Lo haré con gusto.

*Seraf.* Calla (1). Perdona, querida, que mi marido no puede servirte para nada, porque no conoce apenas á Madrid, y no sabe mas que amar. Mejor te avendrás con mi cuñado.....

*Rosa.* Quién, ¿mi primo Don Cleto? Si es tan ridículo.

*Jorg.* Ridículo? Un Contador general, con una renta de 6∂ duros. Algo libertino, pero por eso....

(1) Bajo.

*Seraf.* Jorge....

*Rosa.* Pues no habiais roto con él?

*Seraf.* Ya hemos hecho las paces, y de aqui á un rato vendrá para arreglar nuestros negocios. Calla, aquí está ya.

## ESCENA VI.

*Dichos y Don Cleto.*

*Cleto.* Ya ve Vm., señora cuñada, que soy exacto. Señor Don Jorge, tengo el honor de saludar á Vm. (1). (Es esta la joven en cuestion?)

*Seraf.* Qué! si es nuestra prima Rosa, la viuda del Corregidor.

*Clet.* (2) Es verdad, no la habia conocido.

*Rosa.* Pues yo á Vm. sí.

*Clet.* Querida prima! ¡Cuanto me alegro de ver á Vm.! Vm. siempre tan guapa:

*Rosa.* Y Vm. siempre tan galan.

*Clet.* Tengo fama de ello. Verdad es que profeso á vuestro sexo una adoracion general. ¿Y Vm., señor Don Jorge, cómo lo pasa? Por todas partes no oigo hablar mas que de Vm. y su casamiento....

(1) Bajo á Serafina.
(2) Mirándola con su anteojo.

*Jorg*. Y qué, qué dicen? porque desde que me casé vivo en una reclusion (1) muy dulce, muy agradable.

*Seraf*. Jorge está satisfecho con su fortuna, y lleno de reconocimiento por la muger que le ha proporcionado un rango distinguido en el mundo.

*Clet*. Lo creo así: pero vamos á nuestro negocio.

*Seraf*. Jorge, ¿no piensas en vestirte? ¿Sabes que tienes que hacer esta mañana?

*Jorg*. Es verdad, querida. (Voy á escaparme para reunirme con Alejandro.)

*Seraf*. Con tu permiso, prima, tengo que hablar con mi cuñado.

*Rosa*. Sí, sí, voy á dejaros. Tratad de concluir ese maldito pleito, y dad por consentido por mi parte todo cuanto hiciéreis. Conque hasta la vista. (2)

*Seraf*. Jorge, deja á la prima, y vé á decir á mi sobrina que la espero de aqui á un rato.... Pero no, mas vale que no vayas tú.... hazselo decir por un criado.

*Jorg*. Voy allá.

*Seraf*. Y dispon que preparen la carretela; porque hemos de salir juntos.

*Jorg*. (Qué demonio, siempre juntos.)

---

(1) Doña Serafina le mira.
(2) Jorge vá á acompañarla.

*Seraf.* Tengo que hacer una visita al Gobernador, y si no quieres fastidiarte, me esperas abajo en el coche.

*Jorg.* Pues! lo mismo que ayer: esperé dos horas á la puerta de la Duquesa: ¡cierto que es muy agradable!

## ESCENA VII.

*Doña Serafina y Don Cleto.*

*Seraf.* Pues bien, hemos quedado solos.

*Clet.* Viniendo á nuestro negocio, no puedo menos de manifestar á Vm. lo que me sorprendió el paso de ayer.

*Seraf.* ¿Por qué razon?

*Clet.* Ahi que no es nada! Despues de tanto tiempo sin habernos visto, se presenta Vm. en mi casa, y cuando pensé que iba á hablarme del pleito, me propone una boda.

*Seraf.* Y diga Vm. ¿no le parece mal el que unos parientes se obstinen en pleitear?

*Clet.* No seria malo el conciliarnos.

*Seraf.* Y no seria mejor transigir por medio de una alianza que....

*Clet.* Conforme fuese la tal alianza. Yo por mí estoy dispuesto á cualquiera cosa en razon. Tiempo hace ya que he reflexionado que voy siendo viejo para hacer el calavera; y aunque yo no lo

notase, los desengaños que veo me lo habrian hecho notar: luego en mi provincia todos los gefes son casados; Gobernador, Corregidor, Intendente, todos me instan á que los imite, dando con esto un ejemplo de buenas costumbres. Conque si esa linda sobrina que tiene Vm. tantos deseos de casar...

*Seraf.* Sí que los tengo; ya vé Vm., joven, bonita, y en la misma casa en que habita mi marido, debo temer....

*Clet.* Sí, cierto; pues señor, me parece que yo puedo disipar sus inquietudes de Vm.

*Seraf.* He pensado, pues, que reservando yo la hacienda de Andalucía que litigamos, y dándosela despues en dote á mi sobrina, todos quedamos contentos, y.....

*Clet.* En cuanto á eso, no hay que hablar, será lo que Vm. quiera. Yo soy rico, y no trato de buscar mas riquezas. Cansado ya de disipar las que tengo en regalar á mugeres aduladoras, ó prestando á amigos falsos, que es lo mismo, estoy determinado á tomar un partido. Pero ante todas cosas, voy á hacer á Vm. una preguntilla á que espero me responda en conciencia.

*Seraf.* Y es la preguntilla?

*Clet.* Vm., mi antigua cuñada, se ha casado con un joven: yo, que tengo la

misma edad que Vm., y algo menos (1), (no tenga Vm. cuidado que nadie nos oye) voy á casarme con una niña de 18 años. Muy bien, ahora me dirá Vm. francamente si Vm. es dichosa, pues de este modo podré yo juzgar por comparacion, ó, como dicen los sabios, por analogía.

*Seraf.* Si soy dichosa! ¡Ay Don Cleto! Ya sé las hablillas que corren; pero nada me importa. Yo era viuda y con dinero.....

*Clet.* Yo le tengo tambien.

*Seraf.* De nadie dependia...

*Clet.* Tampoco yo.

*Seraf.* Antojóseme hacer la suerte de un hombre.

*Clet.* Y yo deseo hacer la de una muger.

*Seraf.* Y me veo recompensada por su amor y por su respeto.

*Clet.* Lo mismo espero yo.

*Seraf.* Creame Vm., entre dos esposos, el que predomina es el que ha hecho la fortuna del otro.

*Clet.* Es natural.

*Seraf.* Mi marido es hombre de disposicion: le encargaré de mis cobranzas, de la direccion de la casa, y vendré á tener en él un marido, un amante y un administrador.

---

(1) Doña Serafina se impacienta, Don Cleto continúa.

*Clet.* Mi muger hará los honores de mi casa, y yo tendré en ella una esposa, una amante, y una ama de gobierno. Cierto que tiene Vm. razon: la edad es lo de menos, y ya estoy yo impaciente por casarme, cumpliendo así con las buenas costumbres.

*Seraf.* Pero aqui viene: deje Vm. que yo la hable.

## ESCENA VIII.

*Dichos y Clara.*

*Clara.* Me han dicho que preguntaba Vm. por mí, tia.

*Seraf.* Si, querida, acércate; saluda á este caballero.... Es el hermano de mi primer marido, el Señor Don Cleto, el Contador general.... Hemos estado hablando de tí, y puedes contar con que te estima, y....

*Clet.* Si, señorita, y mi mayor dicha seria:::: que:::: (Pues señor, me he cortado como un novicio; (1) es bonita, muy bonita, me gusta en extremo.)

*Seraf.* ¿No respondes, Clara?

*Clar.* Caballero.... querida tia.... aprecio en extremo las pruebas de vuestra

(1) A Doña Serafina.

amistad. Una pobre huérfana, acostumbrada á la indiferencia general.....

*Seraf.* Basta ya.... Continúa el paisito que me estás bordando, que me gusta mucho, y quiero verle acabado.

*Clar.* ¡Cuanto me alegro de que le agrade á Vm.!

*Seraf.* Conque, señor Don Cleto...

*Clet.* Es encantadora; no hay duda, puede hacer mi fortuna. Es mucho mas bonita que la muger de nuestro Gobernador; pero me parece algo triste..... á bien que allí tenemos mil medios para disipar la melancolía; en las provincias se vive. Solo me ocurre un pequeño escrúpulo, y es, que ella no me quiera.... ¿No seria del caso consultarla sobre esto?

*Seraf.* ¡Qué le importa á ella! Las muchachas no son como los empleos, que no se dan sin consulta. Vaya, vaya, es preciso que disponga Vm. que se arregle el contrato.

*Clet.* Pues corro á casa de mi abogado para darle orden de suspender todo procedimiento, y.... Luego el escribano, el apoderado, porque siempre es necesario gastar bien en una boda.

*Seraf.* Demasiado lo sé; pero en fin, Vm. no tendrá que pagar las deudas de su muger, mientras que yo con mi pobre Jorge...

*Clet.* Ya sé, ya sé lo caro que la cuesta á Vm. el novio galan.

## ESCENA IX

*Dichos y Jorge muy elegante.*

*Jorg.* Serafina, el coche está puesto y yo á tus órdenes.

*Seraf.* ¿Es la carretela?

*Jorg.* Si.

*Seraf.* Tanto mejor, porque yo tengo un placer en que nos vean juntos.... Señor Don Cleto, quiere Vm. acompañarnos?

*Clet.* Con mucho gusto (1). Señorita, su tia de Vm. tiene razon en alabar este dibujo..... ¿Y es posible que esos lindos dedillos....?

*Clar.* Favor que Vm. me hace.

*Clet.* (Es cosa particular que los viejos calaveras temblemos delante de la inocencia.)

*Seraf.* ¡Qué bien estás, mi querido Jorge! (2) atúsate un poco ese pelo..... asi....

*Clet.* Cierto, hermana, que estoy agradecido á la eleccion de Vm.

*Seraf.* Silencio, que no conviene que ella....

---

(1) Se acerca á Clara.

(2) Mientras tanto arregla la corbata á Jorge.

*Jorg.* (1) Mi querida Clarita, tengo que darte una buena noticia. El amigo D. Alejandro Llerena está en Madrid.

*Clar.* Cómo?

*Seraf.* ¿Qué estás tú ahi hay hablando con mi sobrina?

*Jorg.* Nada, querida: estaba dando un vistazo á su bordado.

*Clet.* No es verdad que es admirable?

*Seraf.* ¡Qué curiosidades! Dame mi schall, mi sombrilla, mis guantes.....

*Jorg.* (¡Qué dirá el pobre Alejandro!) (2)

*Seraf.* Lleva tú todo eso...... Adios Clarita.

*Clet.* Señorita....

*Seraf.* Vamos.

*Clar.* Abur.

## ESCENA X.

*Clara sola.*

¡Qué es lo que me ha dicho! ¡Don Alejandro en Madrid! Y Don Jorge le llama su amigo! Este es el único instante de alegría que tengo hace dos años.... Ah! estoy segura de que no me habrá olvidado.... Es tan amable,

(1) A Clara aparte.
(2) Trae los guantes.

tan honrado.... Acaso mi tia no tendrá inconveniente en coronar nuestras esperanzas.... pero despues de dos años, ¿quién me responde de que...

## ESCENA XI.

*Dicha y Don Alejandro.*

*Alej.* Una hora esperando, y nada... ¿Mas qué veo? ¿No es aquella mi Clara ?

*Clar.* Es Don Alejandro, ¡ah!

*Alej.* !Ah, señorita! al fin la vuelvo á Vm. á ver.

*Clar.* Don Alejandro.... Pues cómo....?

*Alej.* En Cádiz supe que, habiendo muerto su mamá, habia Vm. venido á Madrid á vivir con su tia, y....

*Clar.* La imprevista llegada de Vm. me sorprende, me turba... Pero, si he de decir la verdad con la franqueza de mi carácter, me causa el mayor placer.

*Alej.* Qué amabilidad! Y qué, ¿habré yo sido tan dichoso, que haya Vm. tenido la bondad de acordarse de mí?

*Clar.* En este mismo instante estaba pensando que sus promesas de Vm. podrian no haber sido falsas, y que era Vm. demasiado honrado para olvidarme.

*Alej.* Adorada Clara!

*Clar.* ¿Conque es Vm. amigo de Don Jorge?

*Alej.* Sí; hemos servido en un mismo regimiento; y en nuestra amistad fundo mis esperanzas: le he estado aguardando en la fonda de la vuelta, donde estábamos citados: pero habiéndole visto pasar en coche con su esposa, he aprovechado esta ocasion.... ¿Y será Vm. capaz de regañarme por ello?

*Clar.* Si me fuera posible, pero....

*Alej.* Ah! conozco su corazon de Vm.... En fin, Jorge me ha ofrecido hablar á su esposa de mi amor, de mis esperanzas.

*Clar.* Pero es lo malo que la proteccion de mi tio en esta casa no es de grande importancia.

*Alej.* Creo haberlo conocido.

*Clar.* Sí señor. Hace un mes que yo estoy aqui, pero me ha sobrado tiempo para conocer en todo lo que me rodea, lo aborrecible que es un matrimonio...

*Alej.* ¿Como? ¿Y Vm. me dice á mí....?

*Clar.* Sí, un matrimonio desproporcionado.

*Alej.* Pero ellos.... ¿Se quieren?

*Clar.* Mi tia ama á su marido tanto, que siempre está riñéndole; es tan celosa, tan exigente, que le hace temblar á su presencia.... *¡Ah, qué desgraciada fortuna la que se compra á precio de*

*tamaña esclavitud!* Gracias á Dios nosotros....

*Alej.* ¡Qué diferencia!

*Clar.* Ni el uno ni el otro somos ricos.

*Alej.* Pero mi estado puede proporcionarnos un bien estar.

*Clar.* Que es todo lo que hay que apetecer. Luego nuestra edad....

*Alej.* Es proporcionada. Y mi amor, mi confianza en mi Clara....

*Clar.* Será pagada con otra igual.

*Alej.* ¡Ah, qué dicha nos espera (1)!

## ESCENA XII.

*Dichos y Doña Rosa.*

*Rosa.* Muy bien, Señores.

*Clar.* Señora....

*Rosa.* Yo venia á buscar á Vm., amable Clarita, pensando que estaba sola; pero si incomodo....

*Clar.* No señora, no incomoda Vm. El Señor es un antiguo amigo de la pobre mamá.

*Rosa.* Ya, sí, de la pobre mamá.

*Clar.* Habiéndonos conocido en Cádiz...

*Alej.* Sí señora, y despues de una ausencia....

*Rosa.* Vaya, no andemos con rodeos ni

(1) Alejandro la besa la mano...

mogigangas, que yo no vengo ahora al mundo; Vms. se quieren.... Es natural..... Han jurado ser fieles..... No es dificil.... Han cumplido sus juramentos.... Esto es muy raro.... Acaso han pensado en casarse.... No lo hallo imposible.

*Clar.* ¡Ay señora! no piense Vm....

*Rosa.* Lo que pienso es, que el señor es el amigo antiguo de la mamá de Vm... y.... tambien mio, porque cinco dias juntos en un mismo coche, no es una relacion cualquiera. En cuanto á Vm., la ví ayer por primera vez, y me inspiró una aficion.... Vaya.... Por mi parte estoy pronta á servir á Vms. en lo que pueda.... Pero es preciso mucho cuidado, porque estamos rodeados de espías de mi prima; con sola una ojeada me he puesto yo al corriente de todo este telonio, porque mis narices.... al cabo he sido muger de un juez.... Vaya, conque yo les prometo á Vms. mi favor.

*Clar.* Si nuestro reconocimiento.....

*Rosa.* ¿Qué reconocimiento? Si es darme por el gusto. ¡Un matrimonio! Poquitos habré yo hecho. ¡Y qué dificiles!.... El último que hice, cuando era corregidora, fue el de un alguacil del Juzgado, que se empeñó en casarse con una señora de la casa de los

Mendozas...... Pero es preciso para nuestro asunto que mi prima nada sepa.

*Alej*. Dice Vm. bien. Yo dejo á Vms. ahora.

*Rosa*. No tarde Vm. en volver.

*Clar*. Trate Vm. de ponerse bien con mi tia. Ah.... y le advierto á Vm. que para ello el camino mas corto es adularla, y....

*Rosa*. Fiense Vms. en mí, que yo les respondo del buen éxito.

*Alej*. Cuente Vm. con nuestro eterno agradecimiento.

*Rosa*. Pues ánimo.... actividad.... destreza.... Todavía me parece que estoy en mi corregimiento.

# ACTO SEGUNDO.

## ESCENA I.

*Doña Serafina, Don Jorge* (1).

*Doña Serafina.* ¡Qué contenta vengo con mis compras!

*Jorg.* Yo no digo que sea malo, pero es muy engorroso para mí.

*Seraf.* Anda, mi querido Jorge, perdona. Los criados son tan torpes, que todo me lo hubieran destrozado, cuando tú....

*Jorg.* Oh, yo tengo mucha destreza.

*Seraf.* Pero qué torcido traes este gorro; dámele, quiero probármele ahora mismo; mientras tanto, haz llevar estos libros y estas telas á mi gabinete.... Ten paciencia, amigo.... Al instante vuelvo.

## ESCENA II.

*Jorge solo.*

Cierto que es cosa de gracia; á la ida

(1) Viene cargado con telas, libros, gorros, &c.

cargado con el schal, la sombrilla, la bolsa; y al volver con todos estos trastos. No parece sino que soy un mozo de carga. Ola! Perico, José.... Y luego hacerme esperar abajo en el coche mientras ella hizo su visita al Marqués; y regañarme despues, porque en la tienda de la modista miraba á las oficialas, como si yo hubiese estipulado en el contrato no mirar á las mugeres.... Estos malditos no me obedecen.... Perico.

## ESCENA III.

*Don Jorge y Perico.*

*Perico.* Corriendo vengo.

*Jorg.* Ya se conoce. Toma todos estos fardos y llévalos al gabinete de la Señora.

*Peric.* No puedo con todo.

*Jorg.* ¿Pues no he podido yo?.... Cuidado no caigas nada.

*Peric.* Oh, no, porque la Señora me regañaría (1).

*Jorg.* Gracias á Dios estoy libre. ¿Libre he dicho? No mucho, porque mi muger no tardará en venir.... Y el pobre Alejandro que me espera en la fonda;

(1) Vase.

¡qué lindo desayuno que le he dado!

## ESCENA IV.

*Don Jorge y Doña Serafina con el gorro.*

*Seraf.* Qué bonito está mi sombrero, encantador. ¿No es verdad, Jorge mio?

*Jorg.* ¡Soberbio! Te hace una cara.... original. (Sin duda cree que esto la rejuvenece.) Pero, dejándonos ahora de gorros; querida mia, quiero manifestarte una idea que me ocurre. (Voy á hablarla de mi amigo Alejandro.)

*Seraf.* ¿Y cual es?

*Jorg.* He estado pensando en nuestra sobrinita, está hermosa Clara....

*Seraf.* ¿Conque tú piensas en mi sobrina, y la encuentras hermosa?

*Jorg.* Es decir.... Si.... yo encuentro que se parece á su tia.

*Seraf.* ¡Lisonjero!

*Jorg.* Nada de eso, la Clarita es joven, linda; ¿pero quién no lo es á su edad?

*Seraf.* Conque es decir que se deja de serlo luego que no se tiene esa edad.

*Jorg.* ¡Qué! no, mucho mejor. La verdadera belleza no pierde nada... (El diablo me lleve si sé lo que me digo.) En fin, esposa, la idea que me ha ve-

nido á la imaginacion es que nuestra sobrina está ya en edad, y se hace preciso casarla.

*Seraf.* ¡Ay amigo! cuando tú vás, ya estoy yo de vuelta.

*Jorg.* ¿De veras?

*Seraf.* Ahora mismo te iba á hablar de la eleccion que he hecho, pues que ya es negocio concluido.

*Jorg.* ¿Ya?

*Seraf.* Sí, la destino á mi cuñado Don Cleto.

*Jorg.* ¡Don Cleto!

*Seraf.* Déjame hablar. Con este matrimonio se terminan todas las desavenencias de la familia, y yo encuentro en él la doble ventaja de establecer bien á mi sobrina, y concluir un pleito que hubiera durado toda la vida.

*Jorg.* Muy bien pensado. (Pues señor, mi pobre Alejandro está lucido.)

*Seraf.* Todavía no he hablado nada á Clara; pero espero que aprecie lo que hago por ella; como tú lo que he hecho por tí. Mi cuñado es rico, y hará su fortuna, de la misma manera que yo he hecho la tuya.

*Jorg.* Si, ya lo veo, son dos matrimonios parecidos, y no podrá menos de ser dichosa.... (¡Pobre criatura!)

*Seraf.* Espero á Don Cleto para tratar del contrato.

*Jorg.* Ya veo que no pierdes el tiempo.

## ESCENA V.

*Dichos y Perico.*

*Perico.* Señor....

*Seraf.* Qué es eso, Perico, qué quieres?

*Perico.* Señora, es el caballero que estuvo antes.

*Jorg.* Mi amigo Don Alejandro!

*Seraf.* ¡Otra vez!

*Jorg.* (A buena hora.)

*Perico.* Dice que si puede hablar al Señor.

*Seraf.* ¿Qué significa esto? ¿Conmigo secretos? Perico, dile que entre (1).

*Jorg.* Serafina, nosotros no tenemos secretos..... Ya verás que.... (Yo no sé qué diablos tiene hoy que está insufrible. Bien que, sobre poco mas ó menos, lo mismo tuvo ayer, y lo mismo tendrá mañana. ¡Maldito caracter!)

## ESCENA VI.

*Dichos y Don Alejandro.*

*Alej.* Amigo, gracias por la puntualidad á la cita. Señora, á los pies de Vm.

---

(1) Sale Perico.

*Seraf.* Saludo á Vm. caballero. Y qué, ¿mi marido le habia dado á Vm. una cita?

*Alej.* Sí señora, pero le he dado la razon al verle salir y entrar con Vm. Es muy regular que Vm. lleve la preferencia.

*Seraf.* ¿De veras?

*Alej.* (No olvidemos el consejo de Clara de adularla.) Y despues, que mientras esperaba á mi amigo no he perdido el tiempo.

*Jorg.* Ya lo creo, llegando ayer á Madrid, y conociendo tanta gente.

*Seraf.* Pero me perdonará Vm. si le pregunto cuál es el objeto de esta segunda visita?

*Alej.* Como esta mañana encontré á Vm. tan poco dispuesta á mi favor, venia á suplicar de nuevo á mi amigo me recomendase á Vm., pues no dudo que durante el paseo habrá tenido lugar de hablarla....

*Jorg.* No, amigo; no he tenido un momento. Mi esposa ha llevado siempre la palabra.

*Alej.* En tal caso, señora, voy á hacer á Vm. conocer el motivo de suplicarla que me permita el honor de venir alguna vez. Habrá dos años que estando en Cadiz, tuve el placer de frecuentar la casa de su hermana de Vm.

*Seraf.* ¿Conque ha conocido Vm. á mi hermana?

*Alej.* Sí señora; me favoreció con su amistad, y por su apreciable trato me habia hecho conocer y estimar de oidas, á todas las personas de su familia; hoy llego á ver que no me habia engañado.

*Seraf.* Favor..... (Tiene talento este hombre.)

*Jorg.* (No, no es tonto mi camarada.)

*Seraf.* Pues señor, ya que conoce Vm. á mi hermana y á mi prima....

*Alej.* Tambien tuve la fortuna de ver en Cádiz á su sobrina de Vm. la amable Clarita, que entonces era una niña.

*Seraf.* Oh, ya no lo es: como que pienso en casarla.

*Alej.* ¡Qué, señora! ¿Vm. la casa?

*Jorg.* Sí, la casamos.

## ESCENA VII.

***Dichos, Perico y Don Cleto.***

*Perico.* El Señor Don Cleto.

*Seraf.* Ya le esperaba, que entre.

*Jorg.* (1) Amigo, es preciso renunciar...

*Alej.* (Renunciar....)

(1) Bajo á Alejandro.

*Jorg.* (Ve aqui tu rival.)

*Alej.* (¡Cómo! ¡este viejo!)

*Clet.* Adios, mi querida cuñada. Señores, á la orden de Vms. (1) Se puede hablar con franqueza?

*Seraf.* No hay inconveniente.

*Clet.* Pues, señor, ya que no hay inconveniente, diré á Vm. que vengo de hacer un borrador de escritura..... Ya ve Vm. que no he perdido el tiempo. Esto consiste en que cuando uno está enamorado, porque, puede que Vmds. se rian; pero yo creo que lo estoy... Vm. lo sabe. Yo habia pensado en casarme por cumplir con las buenas costumbres y con mi rango; aunque me importaba poco que fuese con esta ó con la otra; pero desde que he visto á la linda sobrinita de Vm., digo que ella es la que me agrada.

*Seraf.* Con vuestro permiso, señores, mi cuñado y yo vamos á hablar allá dentro; señor Don Alejandro, Vm. me dispense; no tardaremos, porque estamos en un todo acordes. Luego haré llamar á Clara, pues ya que la conoció Vm. en casa de su madre tendrá Vm. un placer en verla.

*Clet.* ¿El señor ha visto á mi futura en casa de su madre? Pues que diga, que

---

(1) Aparte á Doña Serafina.

diga, ¿no es verdad que es muy bonita?

*Seraf.* Venga Vm. Don Cleto, venga Vm.; Jorge, haz compañía al señor.

## ESCENA VIII.

*Don Jorge y Don Alejandro.*

*Alej.* Pues señor, te estoy reconocido á los buenos oficios. ¡En qué manos habia yo puesto mi suerte! Cierto que eres un hábil diplomático.

*Jorg.* Hombre, mira, cuando se corre riesgo en hablar, yo creo que mas vale callar.

*Alej.* Conque tu muger quiere casar á su sobrina con un viejo ridículo; ¿sabes que este matrimonio me mata á mí que soy tu amigo, y sin embargo no tienes bastante espíritu para hallar una sola objecion?

*Jorg.* Y qué, ¿te parece que es tan facil el romper lanzas con mi muger? Aquí te quisiera yo haber visto: Ademas, que, á decirte la verdad, yo pienso en este punto como ella.

*Alej.* ¿Tú piensas como ella?

*Jorg.* Sí, amigo mio: y si tú amases á Clara, debias complacerte en su dichoso destino. Don Cleto es rico: ademas

es un hombre de quien ella hará lo que quiera.

*Alej*. Como tú de tu muger. Pero basta. ¿Quieres hacerme un solo favor?

*Jorg*. ¿Que si quiero? Habla, mi querido Alejandro, mi vida, mi sangre, mi persona, todo es tuyo.

*Alej*. Pues bien, déjame ver á Clara, ó condúceme á la habitacion de Doña Rosa.

*Jorg*. Pero, es el caso que mi muger me ha impedido que....

*Alej*. ¡Cuánto miedo tienes á tu muger!

*Jorg*. Pues bien, arrostraré por todo, y.... Pero ¿por qué no te presentas tú solo? ¿No has viajado con ella? Ya ves que es natural que la visites.

*Alej*. Tienes razon, voy volando; pero es inútil; aqui viene con Clara.

## ESCENA IX.

*Dichos, Doña Rosa y Clara.*

*Rosa*. Sabiendo que estaba Vm. aquí he querido venir y traer á Clarita.

*Clar*. ¡Ah señor Don Jorge, cuánto le debo á Vm.! Pues segun parece, toma Vm. interes por....

*Jorg*. Es verdad.... ¡Pobre muchacha! Hasta ahora nunca la vi alegre.... ¡Lo que es el amor! Puede que la haga

tan exigente como á mi muger.
*Rosa.* Conque señores, al caso. ¿Han hablado Vms. ya?
*Alej.* Qué, no señora, no ha hecho nada..... Y por de pronto se trata nada menos que de casar á Clarita con otro.
*Clar.* ¡Que dice Vm.!
*Alej.* Lo que Vm. oye, y el elegido es Don Cleto.
*Clar.* Ah! No tenga Vm. miedo, que no será así. Tio, por Dios, le ruego que impida....
*Jorg.* Sobrina, yo bien quisiera.... pero mi muger tiene sus motivos, y....
*Alej.* ¿Saben Vms. qué motivos son? Un pleito sobre yo no sé qué tierras en Andalucía.
*Rosa.* Ah, pues si es por eso, yo tambien tengo derecho á ellas.... No digo que sea muy terminante: pero, como decia mi marido el Corregidor, aunque no se tenga derecho se debe pleitear.... Sí señor, se ganará tiempo y se embrollará el negocio, que para eso hay abogados en Madrid. Por salvar á Clarita seré capaz de pleitear con mi primo, con mi prima, con Vm. señor Don Jorge, y con todo el universo.
*Jorg.* Pero....
*Clar.* Ay señora, pleitee Vm. por Dios, pleitee Vm.
*Rosa.* No es esto decir que Don Cleto no

sea muy buen partido. ¡Caramba! ¡Un Contador general! Cuántas mugeres no se harian de pencas; ¡ay que no es nada! Gran destino, influencia, autoridad, y digo, la autoridad que dá el dinero, que es la mas segura.

*Clar*. Yo para nada quiero su dinero.

*Alej*. Si no fuese un viejo al menos tendria el recurso de disputarle la mano de Vm., pero....

*Jorg*. (1) Pues señores, yo no puedo permanecer indiferente en esta ocasion; van Vms., en fin, á ver á donde llega mi amistad: ya que se trata de conspirar, me decido, y me coloco á la cabeza de la conspiracion; hablaré á mi muger, y si no diese oidos al lenguage de la razon, tendrá que escuchar al de la autoridad conyugal.

## ESCENA X.

*Dichos y Perico.*

*Perico*. Señor....

*Jorg*. ¿Qué es eso?

*Perico*. Esta esquela acaban de traer para Vm., y segun Vm. me previno la traigo sin que la vea el ama.

*Jorg*. Bien hecho. Mi muger no quiere que yo vea sus cartas, pero abre todas

---

(1) Con un tono enfático.

las mias. (1) (¿Qué diablos será?) Amigos, permitan Vms. (2) «Pongo »en noticia de Vm. que en esta misma »mañana se ha presentado en este tri»bunal una demanda contra Vm. por »ciertas letras no pagadas, y se lo avi»so para su gobierno, y que vea de »evitar un golpe desagradable." (3) (Ah Serafina, tú sola puedes sacarme de este compromiso.) Amigos, permitidme que hable á solas con mi muger un momento. (4) (Resultas... ¿qué serán las resultas?)

*Clar.* Haga Vm. conocer á mi tia que yo soy demasiado joven.... Quiero decir, que Don Cleto es demasiado viejo.

*Rosa.* No diga Vm. eso, no sea que lo tome por pulla.

*Alej.* Dila, que yo no pido nada, absolutamente nada mas que la mano de Clara; y hazla conocer que debe respetar la voluntad de su hermana.

*Jorg.* Bien se yo lo que la he de decir. Por ahora márchense Vms., que no quiero que nos halle juntos.

*Rosa.* Pues ánimo, Don Jorge.

---

(1) Vase Perico.
(2) Lee bajo.
(3) Aparte. (4) Aparte.

## ESCENA XI.

*Don Jorge solo.*

*Jorg.* Si le tendré. ¡Pobres muchachos! siempre dándoles promesas, y.... Pero el diablo me lleve si yo hablo de ellos antes de hablar de mí. Estas letras del demonio, que nunca he tenido valor de confesarla.... Si fuera posible que sin decirle el nombre del acreedor.... Pero qué, si es lo primero que quiere saber. ¡Válgame Dios! Cuando ella vea que es una... una de mis... Pero aqui llega; mientras que el cuñado se despide voy á preparar el principio de mi discurso; lo esencial es que pague, que despues yo la contentaré.

## ESCENA XII.

*Dicho, Doña Serafina y Don Cleto.*

*Clet.* (1) Todo está corriente, su generosidad de Vm. es imponderable.

*Seraf.* Me complazco en este matrimonio.

*Clet.* Voy, voy á ocuparme de los pre-

---

(1) Aparte á Doña Serafina.

paratívos de la boda, de los regalos, y.... No tenga Vm. miedo, que todo vendrá al oleo: yo me pico de conocedor, y luego como ha dado uno tantos! Conque hasta la noche que vendré á hacer la corte á mi futura; y mañana Vm., mi querida cuñada, será mi respetada tia.

*Jorg.* Y Vm. mi sobrino, ¿eh?

*Clet.* Sí, sí; abur mi querido tio.

## ESCENA XIII.

*Don Jorge y Doña Serafina.*

*Seraf.* ¿Se marchó Don Alejandro?

*Jorg.* Sí, querida.

*Seraf.* Jorge, hazme el favor de decir á Clara que quiero hablarla (1).

*Jorg.* (Esta es la ocasion.)

*Seraf.* ¿No vás?

*Jorg.* Es que, mi amada Serafina.... Yo quisiera hablar un rato contigo.

*Seraf.* Oh, pues si es eso, tú eres lo primero; siéntate aquí, amor mio, junto á mí.

*Jorg.* (Empezaremos por lisonjas, y luego vendremos á lo patético.)

*Seraf.* ¿Qué tenias que decirme?

---

(1) Se sienta.

*Jorg.* (1) Ay qué dichosos somos, amada mia.

*Seraf.* Es verdad, querido Jorge.

*Jorg.* Parece que el cielo se complace en aumentar mi dicha cada dia; ¡pero ay de mi! ¿Por qué no conocí yo á mi Serafina desde el primer paso que dí en el mundo? Su amistad, su talento me hubieran puesto á cubierto de los peligros que rodean á un joven sin experiencia. ¡Con qué confianza hubiera escuchado sus consejos, con qué exactitud los hubiera seguido! Sabiduría, prudencia, buena conducta, todas las virtudes me hubieran adornado. Pero privado por largo tiempo de una guia tan necesaria, me he visto arrastrado por el torrente de los placeres, y mi juventud ha sido una borrasca desecha. ¿Quién sabe el número de mis calaveradas, de mis deudas? Pero tú lo sabes, mi Serafina, tú que fuiste el puerto de mi salvacion. Tú, que escuchando la relacion de mis aventuras....

*Seraf.* En verdad que habia material para llenar una novela en cuatro tomos, picarillo.

*Jorg.* ¡Y si yo no te lo hubiera contado todo....!

(2) Sentado.

*Seraf.* Cómo? ¿no me has dicho todo?

*Jorg.* No, Serafina, todavia falta el tomo quinto; vaya, no te enfades, aqui no se trata mas que de lo pasado.

*Seraf.* ¿Y qué es ello? Sepamos.

*Jorg.* Tú has pagado muchas deudas mias....

*Seraf.* Y enormes, que no parecia sino que eras un Marqués.

*Jorg.* Pues si te dijese que falta aun...

*Seraf.* ¡Aun!

*Jorg.* Una, una sola.

*Seraf.* No señor: te he dicho ya que no pago mas; tú tienes una pension mas que suficiente: trata de concluir tus deudas con tus ahorros.

*Jorg.* Pero es el caso que yo no sé hacer ahorros.

*Seraf.* Tanto peor para tí.

*Jorg.* Conque (1) es decir, señora, que Vm. me rehusa....

*Seraf.* ¿Qué es esto? ¿Te enfadas? Vamos, siéntate (2): vaya, vuelve la cabeza, mírame.

*Jorg.* No señora, no quiero suplicar á Vm. mas. Dotado de un corazon grande y desinteresado, seria una bajeza... Porque en fin, ¿qué es lo que yo pido? El pago de pobres acreedores... Gen-

(1) Levantándose.
(2) Se sienta y vuelve la espalda.

te honrada.... Mi honor me manda que los pague; y luego, el temor de verme perseguido...

*Seraf.* ¿Perseguido?

*Jorg.* Si señora; sabe Dios á estas horas..

*Seraf.* Qué, Jorge.... ¿Con quién tienes esa deuda?

*Jorg.* Perdona, Serafina, no quieras saber cosas que debes ignorar.

*Seraf.* ¡Qué sospecha! Jorge, tú sabes que hay una clase de deudas que he jurado no pagar: y si tú no me dices al instante quien es este acreedor.....

*Jorg.* Pues bien, ya que lo quieres.... Este acreedor es....

*Seraf.* ¿Quién es?

*Jorg.* Es una acreedora.

*Seraf.* Ya me lo habia pensado; ¿y Vm. cree que mi caudal está para....? Basta ya, caballero.

*Jorg.* Basta, sí señora; basta (1). Perico?

*Seraf.* ¿Por qué llamas?

*Jorg.* Voy á buscar entre mis amigos lo que el amor y el deber me rehusan.

## ESCENA XIV.

*Dichos y Perico.*

---

*Perico.* Señor.

---

(1) Llama.

*Jorg.* Al momento, pon el caballo en mi birlocho.

*Seraf.* Perico, no le pongas, yo te lo prohibo.

*Jorg.* ¿No es mi criado? Pues yo le despediré si no me obedece.

*Seraf.* Y yo le despido si lo hace.

*Jorg.* Yo, si no me obedece, le hecho por la ventana.

*Seraf.* Dios mio, ¡qué furor! me vá á matar á pesadumbres (1).

*Perico.* Señora, ¿está Vm. mala?

*Jorg.* Baja al momento, y si dentro de dos minutos no está puesto el caballo..

*Perico.* Sí señor, Vm. es el amo, y... (2)

## ESCENA XV.

*Dichos y Clara.*

*Clara.* ¡Qué es esto! ¿Qué tiene Vm. tia?

*Jorg.* Ya lo ves, ten cuidado.

*Seraf.* Malvado.

*Clar.* Ya vuelve en sí.

*Jorg.* Y yo me escapo (3).

---

(1) Se deja caer en la silla.
(2) Vase.
(3) Vase.

## ESCENA XVI.

*Doña Serafina y Doña Clara.*

*Seraf.* Me parece salir de un sueño.... Pero no, no lo es; se ha marchado y me abandona.

*Clar.* Tia mia, sosiéguese Vm.

*Seraf.* Tú, hija mia, eres muy buena; pero este perjuro es el que me desespera... Cuando sepas, mi querida Clara, lo que hago por tí....

## ESCENA XVII.

*Dichos, Doña Rosa, despues Perico, luego Don Alejandro.*

*Rosa.* ¡Ay prima! ¡Qué voces son estas que he escuchado! ¡Qué ruido! ¿Está Vm. mala? ¿Ha sucedido alguna cosa?....

*Seraf.* Ay Rosa! que ese Jorge es un malvado.

*Rosa.* Qué! ¿empieza ya á mostrar el hilo? Así son todos, el primer mes mucha dulzura, pero al segundo empiezan á avinagrarse.

*Seraf.* ¡Desdichada de mí! Un hombre á quien he sacado de la nada!.

*Sale Perico.* Señor, está corriente el cabriolé.

*Seraf.* ¿Tú aquí, perro? Al momento sal de mi casa, que en ella no manda nadie mas que yo.

*Perico.* ¿Como qué? ¿Donde está el amo?

*Seraf.* Yo soy el ama, y quien puede mandarte echar á palos....

*Perico.* Señora.... A fé que si estuviera aquí el amo, la habia de hablar gordo (1).

*Sale D. Alejandro.* Señora Doña Serafina.

*Seraf.* ¿Otra vez aquí? Cuidado que.... Pues pudiera Vm. haberlo excusado, y no hubiera oido las justas quejas que tengo de su amigo.

*Alej.* Señora, todo lo sé, y por lo mismo vengo....

*Seraf.* ¿Cómo? Lo sabe Vm., y á pesar de ello tendrá Vm. valor de interceder....

*Alej.* Cuando un amigo desgraciado.....

*Seraf.* ¡Desgraciado!

*Alej.* Si señora, lo es, y si Vm. no se asustára....

*Seraf.* ¿Qué quiere Vm. decir?

*Alej.* (Vamos á ver como sigo yo este enredo.) Señora, conozco la sensi-

(1) Vase.

bilidad de Vm., y lo que estima á su desgraciado esposo....

*Seraf.* Mi esposo.... Sí; pero qué hay..?

*Alej.* Vm. sabe que las leyes son crueles....

*Seraf.* ¿Qué leyes?.... Acabe Vm..... Mi marido....

*Alej.* Su marido de Vm. paga ya uno de sus extravios.... Creyó que Vm. sería su áncora en este como en todos los demas, pero....

*Seraf.* Pero....

*Alej.* En una palabra, señora: acabo de encontrar á Jorge, que por el motivo que Vm. sabe se vé conducido ante un juez; y quizá á estas horas estará en una prision.

*Seraf.* ¡En una prision! ¡Esposo de mi vida! ¿Y yo he sido tan cruel que.... Señor Don Alejandro, por Dios ruego á Vm., si se interesa en mi suerte, si le es de algun precio la amistad de mi esposo.... que corra á casa del juez, á la prision, ó á donde se halle.... rompa los lazos que le detienen, y me le vuelva.

*Alej.* Mas....

*Seraf.* Sí, señor Don Alejandro, corra usted.

*Rosa.* Todas se lo suplicamos.

*Seraf.* Disponga Vm. de mi caudal, de mi vida, rescate Vm. á mi marido.

*Alej.* (Esto sale como nos pensábamos.) Señora, vamos por partes; es preciso que yo lleve un papel de Vm., obligándose á satisfacer esa deuda.
*Seraf.* Al instante... Vamos á hacerlo... Pero no, mejor será dar á Vm. el dinero para que llevándole....
*Alej.* Esa agitacion, esa impaciencia demuestra el magnánimo corazon de Vm.
*Clar.* Tia mia....
*Rosa.* Es natural, lo mismo hubiera yo hecho si hubieran puesto preso á mi marido el Corregidor; vamos.
*Seraf.* Vamos.
*Alej.* (Salvemos el honor de mi amigo, aunque sea á costa de este embrollo con su muger, que despues los dos me lo agradecerán.)

# ACTO TERCERO.

## ESCENA I.

*Don Alejandro y Doña Rosa.*

*Rosa.* ¿Conque es decir que todo fue una quimera?

*Alej.* Diré á Vm. Verdad es que no fue cierto todo lo que dije; pero era necesario que sucediese, á no haberlo evitado: y así creimos mejor prevenirlo. Por lo que hace á mi amigo, no ha estado preso: se halla en libertad, y muy pronto le tendremos aqui.

*Rosa.* ¡Pobre Serafina! ¡Como la habeis engañado!

*Alej.* Era indispensable. Yo encontré á Jorge que salia de casa en un estado de desesperacion, y por otro lado hubiera sentido despues haber dado lugar....

*Rosa.* Sí, cierto. ¿Pero qué se ha hecho Jorge mientras Vm. ha arreglado el negocio? El pobre habrá tenido un rato....

*Alej.* Oh! eso es lo mas curioso del asunto. ¿A que no acierta Vm. donde ha estado?

*Rosa.* Yo no sé... Pero escondido, avergonzado....

*Alej.* Sí, trataba de disipar su vergüenza por medio de unas cuantas botellas en la fonda de Genier con diez ó doce calaveras. Allí le dejo despues de haber empleado toda mi fuerza para hacerle que termine aquella escena. Por fin, le he visto despedirse de sus compañeros, y me he adelantado para prevenir á su esposa, que no dudo estará impaciente por saber de él.

*Rosa.* ¡Valgame Dios! ¡Qué reconciliacion van á tener tan interesante!

*Alej.* Pero, créame Vm., no será larga. Mas atrevido con esta prueba de ternura de parte de su muger, Jorge creerá poderlo todo, y volverá á esta casa para traer la discordia y la guerra. Tal es el efecto necesario de este enlace ridículo y desigual. Pero, hablando ahora de mí, Vm. me permitirá que, apelando á la proteccion que ha tenido la bondad de ofrecerme en mi amor, me tome la libertad de decirle una especie.

*Rosa.* Pronto, diga Vm., ¿qué es la especie?

*Alej.* Segun he llegado á entender, los

celos de Doña Serafina se reparten entre Vm. y Clara.

*Rosa.* Adelante.

*Alej.* Pues bien: me parece á mí, que seria muy conveniente que Vm. hiciese recaer sobre sí mayores sospechas; esto no es difícil. Sus gracías de Vm., su amabilidad la hacen bien temible, y si á ello añade un poco de coquetería...

*Rosa.* No es pedir un imposible.

*Alej.* Manifestando Vm. á la venida de Don Jorge grande interes, ó cosa así.

*Rosa.* No tenga Vm. cuidado, que adivino....

*Alej.* No creo que todo... Sepa Vm. que no solo pienso en mi matrimonio, y que no está Vm. tan olvidada que....

*Rosa.* ¿Qué quiere Vm. decir? ¿Acaso conoce Vm. algun Corregidor, algun General, algun Consejero de Estado..?

*Alej.* Silencio, que oigo venir á Doña Serafina.

## ESCENA II.

*Dichos y Doña Serafina.*

*Seraf.* Qué! ¿no ha venido todavia? ¡Ay. señor Don Alejandro! ¿Qué es esto? ¿Por qué no está aqui yá?

*Alej.* (Á la verdad que temo se haya

vuelto á sentar á la mesa.) Señora, descanse Vm., al instante viene.

*Seraf.* Es tal mi zozobra....

## ESCENA III.

*Dichos, Clara y Don Jorge un poco achispado.*

*Clara.* Tia mia, mírele Vm., mírele Vm., ahora mismo acaba de llegar.

*Seraf.* Ah! ¿Eres tú, mi querido Jorge? Ya respiro.

*Jorg.* Si, mi amada y generosa esposa, yo soy. Amigo querido, ¡cuánto te debo! (1) amada prima, sobrina hermosa, ¡qué dicha siento al volveros á ver!

*Seraf.* Yo sí que soy dichosa en este instante.

*Jorg.* Y yo mas aun que tú, pues que vuelvo á reunirme á mi tierna Serafina, y sin deudas ya.... Porque te juro por la fé de caballero que esta era la última.

*Alej.* (Yo creo que está algo achispado.)

*Jorg.* Excelente muger, un poquillo se hizo de rogar; pero yo no conservo memoria mas que de sus beneficios.

*Seraf.* Jorge, sírvate de leccion este paso y....

---

(1) Vá abrazando á todos.

*Jorg*. A la verdad que me servirá. ¿Cómo olvidar la alegría universal que ha causado mi vuelta? Todos nuestros criados esperándome en el portal y en la escalera, se apresuraban á darme la bien venida, y al pasar por en medio de ellos, me figuraba ser un antiguo castellano que volvia á su castillo despues de haber sido rescatado del poder de los árabes.

*Seraf*. ¡Pobre joven! ¡Lejos de mí, en una horrorosa prision! Cuánto no habrás padecido....

*Jorg*. No gran cosa.....

*Alej*. (Sosten por ahora lo de la prision (1).)

*Jorg*. (Estoy en ello.) Y Vm., bella prima, ¿ya me habria Vm. contado por perdido?

*Rosa*. Pregunte Vm. á su esposa cual ha sido mi inquietud.....

*Alej*. Ha estado sobresaltada.

*Clar*. Todas lo estábamos.

*Seraf*. Con efecto, me acuerdo que mi prima estaba casi tan afligida como yo.

*Jorg*. No hay que extrañarlo, es tan buena como hermosa: casi le dan á uno tentaciones de hacerse prender cada dia para excitar el interes de dos mugeres tan lindas.

*Seraf*. Dos?

---

(1) Aparte á Jorge.

*Alej.* (1) No parece sino que nos ha adivinado.

*Jorg.* Y á mas, cuando el cautivo caballero debe su rescate á su respetable mitad.

*Seraf.* Algo menos de respeto, Señor Don Jorge.

*Jorg.* Y tú, querida mia, algo menos de celos.

*Alej.* Señora Doña Serafina, si estos señores lo permiten, tengo que hablar con Vm.

*Seraf.* Nada debo rehusar á Vm.

*Rosa.* Pues vaya, dejemoslos. Ven, mi querida Clara.

*Jorg.* Yo tambien me encuentro con necesidad de tomar el fresco; y despues, que tengo que reflexionar sobre ciertos consejos que me han dado allá bajo.

*Seraf.* Consejos?

*Jorg.* Ya, ya habrá lugar de hablar. Por ahora te dejo con mi amigo Alejandro; ya ves que yo no soy celoso; oh! tengo gran confianza de mi muger y de mi amigo, y pueden Vms. hablar todo el tiempo que gusten. (Tanto mejor para mi.)

---

(2) Aparte á Doña Rosa.

## ESCENA IV.

*Don Alejandro y Doña Serafina.*

*Seraf.* Ya lo ve Vm.; no es posible tener tranquilidad con un hombre de esta especie; sobre todo, mientras permanezcan en casa mi prima y mi sobrina.

*Alej.* Sí señora, y con ese objeto he querido hablar á Vm. para decirle lo que pasa.

*Seraf.* Pues.... Señor, ¿qué hay? Vm. me hace temblar, ¿tenemos otra como la pasada?

*Alej.* No quiero mas que me preste Vm. un poco de atencion. Vm. ha pensado casar á la Señorita Clara con Don Cleto, queriendo acabar un pleito cuyas resultas teme, haciendo al propio tiempo la fortuna de su sobrina, y alejándola con esto de su casa de Vm., donde parece que le inspira inquietudes...

*Seraf.* Sí señor, es cierto; Vm. lee en mi corazon. Yo sí, creo en la virtud de Clara, y el amor que me tiene Jorge.... Pero su caracter es tan voluble, que la prudencia exige....

*Alej.* Tiene Vm. razon. Tambien yo creo que con lo mucho que debe á Vm. mi amigo querrá seguir la senda

del deber. Pero siempre es bueno evitar el peligro; y si en este caso la dijese á Vm. que no ha sabido apartar el mas inminente...

*Seraf.* Por Dios, ¿qué quiere Vm. decir?

*Alej.* Señora, Dios me libre de querer hacer que recaigan sospechas sobre mi amable compañera de viage. Pero cuando supo la desgracia de Jorge, manifestó una turbacion, un interes... y luego á su vuelta su alegria era tan brillante, que no se ha escapado á usted.

*Seraf.* Es verdad, y el malvado Jorge la ha dado las gracias con un calor, una exaltacion.... Pero por fin, ella no debe permanecer mucho tiempo en Madrid.

*Alej.* Será facil que prolongue su permanencia.

*Seraf.* ¿Tiene Vm. algun indicio?

*Alej.* Si señora. En el momento en que conoció el proyecto del matrimonio de su sobrina de Vm., y la transaccion intentada con Don Cleto, la oi decir que ella no cedia su accion á las fincas que se litigaban; que su marido esperaba mucho de su derecho; que tambien la habian hecho confiar varios abogados; y que en fin iba á consultar á todo el ilustre colegio de Madrid, y á

empezar desde hoy sus diligencias.

*Seraf.* ¿Conque quiere á mi marido y me pone á mi pleito? ¡Cierto que es una alhaja mi prima! No señor, desde esta noche no dormirá en mi casa, y ahora mismo voy á decírselo.

*Alej.* Si; pero aunque Madrid es grande, es tan facil encontrarse....

*Seraf.* Tiene Vm. razon, y si yo la manifiesto mis celos abiertamente, acaso por vengarse redoblará su coquetería.... y no lo dude Vm., seducirá á mi marido; conozco el corazon de las mugeres, y tambien, que mi marido no es dificil de seducir.

*Alej.* Yo creo que solo un medio podría...

*Seraf.* ¿Qué medio?

*Alej.* ¿No decia Don Cleto que no se casaba mas que por razon de estado, por cumplir con el mundo?

*Seraf.* Esta mañana aun no sabia quién habia de ser su muger.

*Alej.* Por otro lado Doña Rosa siempre está echando menos el tiempo en que con autoridad y con influencia hacia papel en el mundo. Si el contador general no lo tuviese por enojo....

*Seraf.* Cierto que es una especie luminosa.

*Alej.* Entonces cesaban los pleitos, el escándalo, las rivalidades; Doña Rosa se iria con él, y....

*Seraf.* Si fuese posible.... en fin, yo espero á Don Cleto, y sondeándole sobre todo....

*Alej.* Pues yo me encargo de ver á la prima, y de penetrar sus intenciones.

*Seraf.* Ah señor Don Alejandro, cuanto le debo á Vm!

*Alej.* Vm. no me debe nada. ( (1) Qué agena está de que no defiendo mas que mi causa.)

*Seraf.* ¡Apreciable joven! (Con este sí que debia yo haberme casado.)

## ESCENA V.

*Dichos y Don Cleto.*

*Cleto.* Pues señor, aquí estoy yo ya de vuelta. ¿Que tal? ¿No les parece á Vms. que me meneo? Ya con esta van tres veces que he estado hoy aquí; y ni la gota, ni nada me ha podido impedir.... Conque, ¿ha hablado Vm. ya á la niña? Dígamelo Vm., que estoy impaciente por saberlo.

*Seraf.* Todavía no he dicho nada á Clarita.

*Clet.* ¿Cómo nó? Pues no me ofreció usted....

---

(1) Aparte.

*Seraf.* Es verdad, pero mis ocupaciones me han hecho que....

*Alej.* Sí señor, es cierto; esta señora ha estado legítimamente ocupada.

*Seraf.* Y despues, que acá á mis solas he llegado á pensar....

*Alej.* Doña Serafina ha pensado, que siendo cierto que Doña Rosa no quiere por su parte transigir el pleito: que Clarita no parece muy dispuesta á la fortuna que se le prepara; y que Vm., Señor Don Cleto, se casa solo por cumplir con la sociedad, segun ha dicho Vm......

*Clet.* Es verdad que lo dije; pero.... (¿No me querrá Vm. decir quién es este oficioso caballero que se mezcla de tal modo en nuestros negocios?)

*Seraf.* Es un amigo de mi marido y tambien mio.

*Alej.* Pero hecho de ver que es una imprudencia el que yo, que no soy de la casa, me entrometa en arreglos que.... Solo me permitirá Vm., señor Don Cleto, que le advierta, que Doña Rosa tiene treinta años, edad mas conforme con la de Vm., cuya circunstancia no le parecerá despreciable si vuelve la vista al lastimoso ejemplo que tiene delante.... Conque, señores, dejo á Vms. (1) Voy á traer á Doña Rosa.

(1) Aparte á Doña Serafina.

(Sepa yo hacer este matrimonio, que despues renacerán mis esperanzas.)

## ESCENA VI.

*Doña Serafina y Don Cleto.*

*Clet.* Pero.... Enteramente no acabo de comprender qué significa esto, Serafina.... ¿Qué quiere decir que vuelva yo la vista al lastimoso ejemplo que tengo delante?

*Seraf.* Ya lo sabrá Vm., Don Cleto.

*Clet.* Rosa es linda y amable, y.... Hubo tiempo en que yo formé ideas.... Pero si quiere pleitear que pleitée.... Por eso no he de renunciar yo á la mano de Clarita....

*Seraf.* Pero debe Vm. reflexionar que Clarita no tiene mas que diez y ocho años, y Vm....

*Clet.* Pero, hermana, ¿cuántas horas hace que Vm. me proponia este casamiento? Pues á fé que desde entonces las mismas han pasado para Clara que para mí.... Ademas, ¿le toca á Vm. hablar de desproporcion en mi matrimonio, cuando el suyo....

*Seraf.* ¿Y quién le dice á Vm. que no puedo estar ya bien arrepentida?

*Clet.* ¿Cómo?

*Seraf.* ¿Quién le asegura de que yo no

maldigo ya el dia en que hice este desatino?

*Clet.* ¿Pues no me dijo Vm. antes que habia encontrado el paraiso en la tierra?

*Seraf.* El infierno, Don Cleto, el infierno solo es lo que he hallado. Antes le engañé á Vm., y á mi misma queria engañarme, publicando en todas partes mi supuesta dicha.... Pero es lo cierto que soy desgraciada. Siempre combatida por los celos: siempre amenazada de la indiferencia de mi esposo..... Tiemblo cuando le tengo delante; vuelve á mi vista, y quiero en su semblante leer su infidelidad. Mi ternura me hace reconvenirle, y esta ternura ha llegado ya á serle molesta. Sí, hermano, los dos nos hemos hecho infelices. Yo busqué en su edad la dicha que á él le prometian mis riquezas; pero, ¡cómo nos equivocamos! No lo dude Vm.: A cada instante mis celos tendrán que sufrir sus devaneos. El me llegará á temer..... á huir.... Si algun momento de placer viene á mitigar ésta cruel situacion, será ennegrecido con el recuerdo de lo pasado..... Su tirania llegará á succeder muy luego á la mia; y queriendo los dos ser señores, vendremos ambos á ser víctimas..... He

aquí, hermano, he aquí los placeres de mi matrimonio. Juzgue Vm. ahora de la felicidad que me he proporcionado.

*Clet.* A la verdad que es completa.

## ESCENA VII.

*Dichos y Don Jorge muy furioso.*

*Jorg.* Pícaros.... Insolentes.... Faltarme al respeto....

*Seraf.* ¿Qué es eso, Jorge? ¿qué tienes?

*Jorg.* Es preciso que hagas á los criados que entren en razon.

*Clet.* ¿Pero qué han hecho?

*Jorg.* Nada; negarse á obedecerme diciéndome en mis barbas que yo no soy su amo.

*Seraf.* Ten paciencia, Jorge; sosiégate.

*Jorg.* Sí, quiero sosegarme. Precisamente estos malvados me han irritado, cuando ya, disipados los vapores del vino....

*Seraf.* ¿Los vapores del vino?

*Jorg.* Se me habia olvidado decirte que he comido allá bajo.

*Jorg.* ¿En la prision?

*Seraf.* ¿Y por qué no? Pues créete que he comido mejor que en casa.

*Clet.* ¡Cómo! ¿Vm. ha estado en prision?

*Jorg.* ¿Qué, no sabe Vm. aun...? Sí, amigo; desde nuestra última visita me han pasado cosas.... Pues como iba diciendo, he comido con otros pobres prisioneros, entre los cuales he encontrado amigos antiguos y respetables.

*Seraf.* ¿Amigos respetables y en una cárcel?

*Jorg.* Sí señora, respetables.... La desgracia siempre debe serlo..... Y por cierto que habia entre ellos hombres de talento, y que me han dado consejos que no he echado en saco roto.

*Seraf.* ¿Y se puede saber qué consejos son esos?

*Jorg.* Oh, son varios; pero todos se pueden reducir á un solo objeto. A saber: de hoy en mas, mi querida Serafina, yo seguiré teniendo contigo todas las consideraciones que son debidas á una muger que se conduce honradamente; pero es preciso que tengas entendido, que desde hoy tambien he resuelto que en esta casa no haya mas que un amo, y que este amo sea yo.

*Clet.* (Ya escampa.)

*Seraf.* Tú.... ¿El amo? Pues yo no me casé contigo para eso.

*Jorg.* Ni yo tampoco contigo para ser un vil esclavo. Porque, segun dice muy bien la ley que se yo cuantas de la Novísima Recopilacion, que me ha

recitado uno de los prisioneros que es letrado, al marido corresponde....

*Seraf.* ¡Qué tono, Jorge!

*Jorg.* Sí, señora, y tú puedes verlo por tí misma.

*Seraf.* ¿Para esto....?

*Jorg.* Para esto he salido de la prision, no para volver á entrar en otra; y pues que se presenta esta ocasion para fijar nuestras respectivas atribuciones, voy á hacerlo ahora conforme á todos los principios de derecho natural y de gentes. Sabe, mi querida esposa, que yo soy la cabeza de la casa, y por consecuencia, todos en ella, empezando por tí, debeis obedecerme, reservándome el castigo del que falte á ello. Ademas, como dueño absoluto de mis acciones, quiero ver gentes, recibir visitas, dar convites, &c.; porque es muy regular que disfrute de mi caudal.

*Seraf.* ¿De tu caudal....?

*Jorg.* Sí señora. Por lo que hace á tí podrás salir, entrar, venir ó volver, segun te diere gana, segura de que no pienso en oprimirte; pero en lo que es preciso que te moderes, es en esos inoportunos y continuados celos, porque ten entendido, que en adelante yo pienso comunicarme con mi prima, con mi sobrina, y con todas las que me parezcan bien.

*Clet.* Señor Don Jorge, ¿está Vm. en su juicio?

*Seraf.* La ira me sofoca.... No puedo hablar.... Quisiera....

*Jorg.* Vaya, no tengamos la de antes, porque aunque finjas que te pones mala, no por eso adelantarás nada conmigo.

*Seraf.* No, no me pongo mala; siento en mí una fuerza, una valentía para escapar de tu yugo feroz... Ingrato... Traidor.... Libertino....

*Jorg.* Serafina....

*Clet.* (Pues señor, es preciso confesar que esto es muy divertido.)

*Seraf.* ¡Ah, y cómo echo menos ahora á mi primer marido!

*Jorg.* Y yo tambien mas que tú. ¡Necio de mí! Siempre oí decir que las riquezas no daban la fortuna, y sin embargo..... Aprended aquí, jóvenes que sacrificais al oro vuestra libertad, aprended en mi ejemplo..... Vended vuestra juventud, y encontrareis por recompensa la felicidad que yo he encontrado.

*Seraf.* ¿Qué tal, señor Don Cleto? Vea Vm. aquí las resultas de un matrimonio desproporcionado.

*Clet.* Cierto que es un verbigracia que..

*Jorg.* Sí, mi señor cuñado, el que quiere ser mi sobrino: cásese Vm. con

una niña de diez y ocho años, y muy pronto vendrá á contarnos escenas semejantes á esta.

*Clet.* No; á la verdad que se me han quitado las ganas.

*Jorg.* Conque señora, soy un libertino, eh? Pues bien, quiero serlo, y lo seré... Acaso tendré nuevos embrollos... Pero mientras tanto quiero divertirme..... Por de pronto, pienso mañana dar un convite á todos los calaveras que conozco en Madrid. Si señor.... mesa de estado en celebridad de haber recobrado mis derechos..... Conque voy á poner las esquelas de convite, y.... Ah! y si Vm. no quiere asistir rogaré á Doña Rosa que haga los honores de la mesa. Esto es hecho, desde hoy me insurrecciono, y no hay que hablarme nada.

## ESCENA VIII.

*Doña Serafina y Don Cleto.*

*Seraf.* ¿Lo ha oido Vm.?

*Clet.* Si, no lo ha hecho mal; cierto que es una salida de tono que.. ¿Y yo me habia de meter á mi edad en tramoyas con treinta años de diferencia? Quita, quita allá!.... Me casaré, si señor, pero buscaré juicio, y....

*Seraf.* Malvado.... Hipócrita....

*Clet.* Pues si á eso llama Vm. hipocresía, no sé yo qué entenderá Vm. por franqueza.

## ESCENA IX.

*Dichos, Don Alejandro y Doña Rosa.*

*Seraf.* ¡Ay, señor Don Alejandro...! Su amigo de Vm.... ha osado amenazarme.... Ah! cuanta razon tenia Vm.!

*Alej.* Ya venimos aqui para tranquilizar á Vm., y Doña Rosa lo dirá....

*Rosa.* Sí, prima; el señor me ha confiado tus proyectos: y si es cierto que hay un medio para terminar nuestras contestaciones y tus temores, desde luego estoy pronta á adoptarle.

*Clet.* (Se explica con cierta gracia.... y aun me parece que me mira....)

*Alej.* ((1) Está decidida á casarse con el primo.)

*Seraf.* (Pues yo creo que él tampoco lo rehusa.)

*Alej.* Cuánto me alegraria de que todos pudiesen quedar contentos..... Ello, para que esto se verifique, yo no encuentro mas medio que un matrimonio que reuna todos los ánimos. Hace

---

(1) Aparte á Doña Serafina.

un rato que Doña Rosa me hablaba del bondadoso caracter de su primo....

*Seraf.* Pués él me ha alabado á mí las gracias de Rosa.

*Clet.* ¿Será cierto, prima? ¿Se habrá Vm. dignado celebrar mi caracter? (Yo creo que ésta es la que me conviene.)

*Rosa.* ¿Y Vm. habrá tenido la bondad de creerme hermosa?

*Clet.* Sí, prima mia; y aunque no puedo ofrecer á Vm. un corregimiento.... Si Vm. se contentase, así.... con una contaduría general....

*Rosa.* Pues de este modo se terminarian los pleitos, y hago la fortuna de todos; digo, que no tendria inconveniente en volver á entrar otra vez en la carrera administrativa.

*Clet.* Pues cosa hecha. Vm. será la primera de la provincia, porque será la mas rica.

*Rosa.* Y Vm. el mas afortunado, porque yo haré que lo sea.

*Seraf.* Muy bien; una está yá casada.... pero la otra....

*Rosa.* Mi querida prima, quiero proponerte un marido que conviene á Clara, y á quien Clara estima mucho.

*Seraf.* ¿Y quién es ese?

*Rosa.* No es rico; pero tú lo eres demasiado para no ayudar á tu sobrina....

¿Qué, no aciertas?... ¿No conoces un militar muy amable que la conoció en Cádiz?...

*Seraf.* Es verdad..... ¿Y Vm., señor Don Alejandro, tenia eso callado?

*Alej.* Señora, esta mañana supliqué á mi amigo que hablase á Vm. de ello...

*Seraf.* ¿Qué dice Vm. á esto, Don Cleto?

*Clet.* Digo, mi querida cuñada, que esto parece juego de compadres; conque así no hay que pensarlo mas; pero aqui viene la niña, y ella nos dirá.....

## ESCENA X.

*Dichos y Clara.*

*Rosa.* Venga Vm., mi querida Clarita... Apénas se atreve á acercarse.... Venga Vm. acá, que la vamos á dar una buena noticia.

*Seraf.* Sí, hija mia, quiero casarte.

*Clar.* Casarme..... Pero tia..... Si no quiero....

*Clet.* No tenga Vm. miedo, que no es conmigo.

*Clar.* ¿No es con Vm.? Ah!

*Rosa.* Vaya! ¿Querrá Vm. á Don Alejandro? ....

*Clar.* ¿Don Alejandro?

*Seraf.* El mismo.

*Clar.* Eso es distinto.... Yo.... No debo rehusar el que habia escogido mi mamá.

## ESCENA ÚLTIMA.

*Dichos y Jorge.*

*Jorg.* Aquí estan ya todas las esquelas. No hay mas que veinte y cinco, porque no puedo convidar á los que estan de guardia mañana.

*Seraf.* Señor Don Jorge, este convite no se verificará, porque mañana no estará Vm. en Madrid.

*Jorg.* ¿Cómo que no?

*Seraf.* Vá Vm. á saberlo.... Desde hoy no podrá Vm. galantear á mi prima, porque yo la caso con Don Cleto.

*Jorg.* Bueno. Esto es lo que se llama un matrimonio regular.

*Seraf.* Tampoco podrá Vm. hacer la corte á mi sobrina, pues la caso con Don Alejandro.

*Jorg.* Bravo. Eso sí que vá bien... Y que nosotros no dejaremos de hacer por ellos.... ¿No es verdad, Serafina...?

*Seraf.* Con estas determinaciones se concluye el pleito, y me quedan las fincas de Andalucía.... Conque puede Vm. ir haciendo los preparativos, porque mañana emprendemos el viage.

*Jorg.* ¡Cómo se entiende! Esto es un rapto, una violencia. (Vuelvo á encolerizarme.)

*Seraf.* Señor Don Jorge, puede Vm. escoger entre venir á Andalucía..... ó separarse de mi.

*Jorg.* ¿Separarme?

*Seraf.* Reclamaré las leyes, y Vm. volverá á su independencia y á su miseria.

*Jorg.* (Pues señor, esto no estaba en mis libros, y.... Será preciso...) ¿Conque piensas separarte de mí?

*Seraf.* No, querido Jorge, jamas; perdona mi viveza; pero cree que lejos de Madrid, en una pacífica aldea será nuestra dicha mas completa; ¿no es verdad que me acompañarás?

*Jorg.* Pues así lo quieres... (y no hay remedio), tendremos que adoptar el proyecto, y....

*Clet.* Nosotros sí que vamos á ser dichosos, mi querida Rosa.

*Clar.* Y nosotros tambien.

*Alej.* Cuidado con volver á las andadas.

*Jorg.* No, amigo mio; pues es preciso procuraré hacerme filosofo; estudiaré á Platon y Séneca; pero ay! que me temo que todas sus lecciones no serán bastantes á hacerme olvidar la fé de bautismo de mi muger.

FIN.

Jorg.. ¡Ay, amigo! como si las lecciones de Platon y Seneca fuesen capaces de hacerme olvidar la fe de bautismo de mi muger.

Sev.. Ya te entiendo: el oro pudo darme un esposo, no un amigo, y conozco, aunque tarde, que no puede haber felicidad entre marido jo-ven y muger vieja,

H.
186

# EL MARIDO SIN SERLO,

## COMEDIA DE COSTUMBRES

## EN DOS ACTOS.

*Por un ingenio de esta Corte.*

COMPRA Y VENTA DE

MADRID.

LIBRERÍA DE LA VIUDA RAZOLA.

—

1841.

BARCELONA. Impresa por Saurí, y se hallará en su Librería.

*Esta comedia es propiedad de el impresor y demandará en juicio al que la reimprima.*

## ACTORES.

El Duque de Ribera, grande de España.
D. Rafael, capitan amante de la Condesa.
D. Fernando secretario de embajada amante de Isabel.
La Condesa Silvia, viuda joven sobrina del Duque.
Isabel, hija del Duque.
Mariquita Camarista.
Cuatro penitentes, Damas, y Caballeros convidados, y criados.

*La escena en el castillo del Duque de Ribera en las cercanias de Madrid.*

El teatro representa un jardin adornado de estátuas y jarros; á la derecha en primer término un hermoso pavellon con salida, la ventana que estará frente del espectador será abierta, donde se dejará ver lo interior de un elegante gabinete.

# ACTO PRIMERO.

## ESCENA I.

*La condesa sola sentada bajo el toldo leyendo, y cierra de repente el libro.*

*Condesa.* — Mariquita no vuelve! Estoy impaciente! Dos horas ha que salió y estamos á las puertas de Madrid...! Con tal que haya cumplido mis órdenes... (*se levanta.*) ah! Rafael! Rafael...! Que no daria yo, para vengarme de tí! olvidar todos tus juramentos y posponerme á mi prima! Esto es muy sensible; pero alguien viene... es Isabel.

## ESCENA II.

*La Condesa é Isabel.*

*Isab.* — Y bien prima, has oido las campanas de S. Jaime de Campostela? Parece que la ceremonia está para concluirse.

*Cond.* — Tu vienes sin duda para ver á don Rafael, al salir de la Iglesia?

*Isab.* — Sí, lo confieso, me mueve la curiosidad de ver su nuevo traje de penitente.

*Cond.* — Y es este realmente el solo motivo que te ha movido?

*Isab.* — Sí te lo juro.

*Cond.* — Es que yo he notado que de algun tiempo á esta parte te gusta mucho asistir á las tertulias que frecuenta D. Rafael.

*Isab.* — No lo niego, me es muy grata su conversacion, porque es tan amable, tan discreto... acaso llevas á mal mi modo de proceder en el particular?

*Cond.* — No prima, estoy muy distante de esto; Rafael es un oficial distinguido, un jóven de prendas, aun que algo casquivano.

*Isab.* — Conozco á no dudarlo que le quieres mas que yo, no es verdad?

*Cond.* — (*incomodada.*) Yo, no lo creas Isabel; si asi lo piensas, te engaña tu opinion.

*Isab.* — Lo dificulto.

*Cond.* — Imaginas tal vez, que escitan mis zelos, los obsequios que te dirige? Rafael es enteramente libre; sin embargo lo que no dejo de estrañar, es que hayas olvidado tan pronto á cierta personita...

*Isab.* — A D. Fernando? Es porque estoy resentida de su frialdad y apatía conmigo, considera que no lo he visto, desde la otra semana, cuando antes no pasaba un solo dia sin venir al castillo: ah! cuan desgraciada es la que fia en promesas de los hombres de este siglo.

*Cond.* — Con que solo para vengarte, te prestas tan docil, á los halagos de este jóven.

*Isab.* — Y como podrias tu creer?... Mira prima, de algun tiempo á esta parte me pareces enteramente otra, eras antes tan buena, tan afable, pero ahora has cambiado en un caracter tan altivo, tan arrogante!!!

*Cond.*—Y tú en una completa coqueteria!

*Isab.*—Vaya vaya, ya te enfadas, si yó he visto mas de lo que debia, ó hablado mas de lo que me tocaba, es porque creí que entre nosotras la franqueza... pero es igual; ha sido falta mia, perdoname, y no interrumpamos nuestra amistad.

## ESCENA III.

*Las mismas y el Duque.*

*Duque.*—Por fin salimos de la Iglesia, está ya concluida la fiesta.

*Isab.*—Como, tan pronto padre mio!

*Duq.*—Que ceremonia! Que hermosa é interesante ceremonia! Que espectaculo tan imponente! figuraos la Iglesia enlutada; todas las dignidades reunidas con todas las cofradias, una música celestial, nada menos que trescientos tenores, con sus correspondientes bajos, luego iluminaban el templo, mas de mil cirios, adornados de hermosas flores; una nube de incienso que recreaba las narices, todo el mundo de rodillas por espacio de tres horas, sobre el húmedo suelo; yo estaba en extasis de gozo... estoy cansado dadme una silla.

*Cond.*—Y D. Rafael?

*Duq.*—Me ha maravillado su grande humildad, un oficial de dragones de la Reina, que sublime ejemplo!

*Isab.*—Habrá tenido un motivo muy relevante.

*Duq.*—Se acusaba con tanta gracia, con tanto fervor, que sus palabras daban compasion; el alcalde y los alguaciles lloraban como chiquillos, vamos que...

*Isab.*—Le tenemos pues ya penitente!

*Cond.*—Y vos creeis de plano su conversion!

*Duq.*—Si, si, si, mas que me equivoque.

*Cond.*—Pues yo no soy de vuestro parecer.

*Duq.*—Lo dudais? aqui estan de vuelta.

## ESCENA IV.

*Los mismos, y D. Rafael de penitente; penitentes y convidados.*

*Duq.*—(*á Rafael.*) Ven amigo mio, ven á mis brazos.

*Isab.*—(*á Rafael con ironia.*) Dadme vuestra santa bendicion hermano!

*Rafael.*—(*á Isabel.*) Pido solo al cielo que conserve vuestras virtudes, y las gracias que os hacen tan amable.

*Cond.*—(*aparte.*) Hipócrita!

*Raf.*—(*acercándose á la Condesa.*) Y vos señora nada me decis?

*Cond.*—(*con resolucion.*) Recibid mis sínceras felicitaciones.

*Raf.*—(*á media voz.*) Oh! no es esto, lo

que yo os pido, es el perdon de un amor que os ofendia, y que habeis despreciado.

*Cond.* --Estad bien persuadido de que lo olvidé, como vos sin duda lo habreis olvidado.

*Raf.* -- Vuestros desprecios, vuestros rigores: me obligaron á mil locuras, las cuales hubiéra ignorado; si nunca os hubiese visto; pero en vano luché con mis pasiones, para sustraerme de vos, para arrancar vuestra encantadora imagen de mi corazon.

*Cond.* -- Lo que no os habrá sido muy dificil, no es verdad?

*Raf.* -- Al contrario señora, para alcanzar este vano proyecto, he seguido por espacio de algun tiempo, una vida detestable, me dejé llevar de todo jénero de vicios, he tenido diferentes duelos, y me entregué por fin á una vida profana; (*levanta la voz.*) y á no ser los sabios consejos del señot Duque, y la generosa asistencia de estos buenos hermanos, estaria perdido sin remedio.

*Cond.* --Y ahora os creeis ya dichoso?

*Raf.* -- (*sonriéndose.*) Enteramente señora.

*Cond.* -- (*aparte.*) Y se atreve á decirmelo...! que infamia!

*Raf.* -- (*aparte.*) Está furiosa!

*Duq.* -- (*á los penitentes.*) Hermanos, el almuerzo nos aguarda, espero que no os negareis á mi corto ofrecimiento: vamos á la mesa. (*vase penitentes y convidados.*)

## ESCENA V.

*Los mismos, menos penitentes y convidados.*

*Raf.* -- Ah! señor Duque, cuanta molestia...

*Duq.* -- Nada de esto amigo mio, ven que quiero abrazarte; vosotras señoritas debeis estarle muy agradecidas por su feliz resignacion.

*Raf.* -- (*acercándose á la Condesa.*) El resentimiento señora, es una cualidad muy desagradable, é impropia de una alma grande... (*á Isabel.*) me permitireis señorita...

*Isab.* -- Caballero... (*Rafael le besa la mano.*)

*Cond.* -- (*aparte.*) Esto ya es demasiado, no puedo resistir mas.

*Raf.* -- (*quitándose el capucho.*) Ah! señora metido aquí debajo, sentia un enorme peso .. ahora ya vuelvo á la vida.

*Isab.* -- Como es esto? No era mas que una chanza?

*Raf.* -- Habiais creido que dejándome cubrir con este capucho, renunciaba á los floridos dias do mi juventud, á las delicias del amor? No, al contrario, señora estando absuelto de lo pasado aspiro á mas todavía.

*Cond.* -- Escelente moral!

*Duq.* -- Si, amigo mio; desde este momento puedes pretenderlo todo: quien en

España no está suscrito á una sociedad...? Es una garantia que proporciona la suerte á infinitos, tu tienes ya un principio de fortuna, un distinguido nombre, pero no es aun esto suficiente, es menester adquirir opinion, si opinion.

*Raf.*--Pero señor Duque, yo tengo la mia.

*Duq.*--No se trata aquí de la propia, yo Duque de Ribera, grande de España, caballero de la llave dorada, y que se yo que mas; me guardaré muy bien de ser siempre esclavo de mi modo de pensar... (*entra un criado con una servilleta al brazo.*)

*Criado.*--Señores os están aguardando á la mesa.

*Raf.*--(*á Isabel.*) Señora, me permitireis que os de la mano? (*vanse.*)

## ESCENA VI.

*La Condesa sola.*

*Cond.*--La quiere... no hay duda! Yo ignoraba hasta que punto la amaba, y lo ignoraría todavía á no habermelo enseñado su misma indiferencia; pero esta voz... si... ella es ah! voy á saber las esperanzas que me quedan todavía.

## ESCENA VII.

*La Condesa y Mariquita.*

*Mariq.*--Aquí estoy de vuelta, desde el

amanecer que no he tenido un instante de reposo, velando continuamente por vuestro encargo, pero por fin entregué el villete: Madrid es tan grande, que ciertamente hay para que fatigarse, uno anda por las calles á tientas, como quien dice temiendo á cada paso un compromiso; por que estos caballeritos romanticos, se aplican el lente con una desfachatez, y requiebran con un lenguage tan estraño, que apenas se saca nada en límpio, entonces una se corre, le salen los colores á la cara, como por ejemplo me sucedió á mí y...

*Cond.* -- Vámos Mariquita, dejemos á un lado las contrariedades de tu viage y...

*Mariq.* -- Ah! vuestro vestido no está todavía concluido: regla general no se puede contar con promesas de modistas so pena de quedar burlada.

*Cond.* --Poco me importa, me pasaré sin él.

*Mariq.* --Ah! aquí traigo las cintas, y los guantes.

*Cond.* -- Pero y D. Fernando? Le has encontrado? Le has hablado? Que te ha dicho?

*Mariq.* -- Perdonad señora, no vayamos tan aprisa, es preciso guardar órden en todas las cosas, (*momento de impaciencia de la Condesa.*) no os impacientais señora ó del contrario se me traba la lengua, me equivoco, y buenas noches, ya no sé lo que me dije ni lo que quiero decir.

*Cond.* --Pero le entregastes la carta ?

*Mariq.* --Cabalito , esto fué la introduccion , la ha leido tres veces diferentes , Oh ! Que efecto habrá producido ! Era chocante ver esta escena en un todo romántica ; éste infame ( decia corriendo de un estremo á otro del salon , ) *verse engañado por un amigo* ! *Es imposible* ! *Mas no obstante no me puedé caber duda... ah* ! *si* , *nos veremos las caras...* en fin tantas cosas que interiormente me moria de risa.

*Cond.* --(*con alegria.*) Y despues ? despues ?

*Mariq.* --Entonces para atizar mas sus zelos , le dije en confianza que D. Rafael no se separaba un instante de D.ª Isabel, y que sin pérdida de tiempo, era menester poner dique á tanto abuso ; en una palabra , hize dar mil vueltas á su cabeza.

*Cond.* --Bien ! Muy bien ! Esto es todo lo que yo deseaba , mira , tu sola posees mi secreto , cuidado en que nadie sospeche la menor cosa , estás ?

*Mariq.* --Podeis estar tranquila que aunque pasara un siglo moriria conmigo. ( *Rafael sale* , *y viendo la Condesa* , *se detiene*; *y luego se esconde.* ) Yo nací para camarista , pues no soy habladora , ni curiosa , ni indiscreta , en lo que me diferencio de las demas hembras , que segun dijo un práctico , nadie mejor que ellas para encubrir secretos propios , y publicar los ajenos.

*Cond.* -- Bravísimo, pondrás atencion á la llegada de D. Fernando, y vendrás á prevenirme al momento. (*vase.*)

*Mariq.* -- Descansad conmigo señora.

## ESCENA VIII.

*Mariquita y Rafael.*

*Mariq.* -- Es cierto que la señora Condesa hizo muy mal en dar oidos á los amores de don Rafael, por que á mi entender un capitan, no es cosa que valga la pena: para merecer su cariño debia venir al menos con un entorchado. (*va para salir y Rafael la detiene.*)

*Raf.* -- Una palabra Mariquita.

*Mariq.* -- Vos señor! Imposible, imposible.

*Raf.* -- Dime, la Condesa está contigo?

*Mariq.* -- No puedo detenerme ni un instante señor.

*Raf.* -- (*deteniéndole.*) Vamos basta de tonterias, sabes que yo te quiero mucho por que eres tan guapita?

*Mariq.* -- (*aparte.*) Ah! Lengua de vívora.

*Raf.* -- Mira, tu mal humor hace todavía mas interesantes tus hermosas facciones.

*Mariq.* -- Basta de adulaciones caballero, yo no soy una gran señora para dar crédito á vuestras lisonjas.

*Raf.* -- (*con ademan de abrazarla.*) Entonces pues hagamos las paces.

*Mariq.* -- Ignoraba que estuviesemos reñidos.

*Raf.* -- Un beso, vamos, á la francesa.

*Mariq.* -- Vesad á vuestro caballo. (*se escapa.*) (*aparte.*) que atrevidos son estos señoritos, jesus, Dios nos libre de los hombres. (*vase.*)

## ESCENA IX.

*Rafael solo.*

*Raf.* --Esta aguardaria sin duda á su ama.... es natural! Vamos! soy mas dichoso de lo que merezco, D.ª Silvia segun parece ya no está tan risueña, ha tomado un aspecto algo brusco; mientras yo hablaba á su prima, estaba ella oprimida conteniendo su cólera, yo la observé y creo haber visto, oh! sí, he visto saltarle algunas lágrimas... que dicha! ah! señoritas, señoritas, vosotras sois demasiado virtuosas para decir sí, y luego demasiado coquetas para decir no, quereis amantes solo para sacrificarlos á vuestro antojo, pero no siempre surten buen efecto las cabilaciones de que os valeis para cojernos en la red.

## ESCENA X.

*Rafael y el Duque desde adentro.*

*Duq.* -- Llevad pronto estos villetes de con-

vite; no perder un momento. ( *entra.*) ah! Rafael, te buscaba, tengo escelentes noticias que darte; mira lo que acabo de recibir. ( *dándole un pergamino.* )

*Raf.* -- Como! un despacho de mayor!

*Duq.* -- Sí, para tí amigo mio, maravilloso resultado de la ceremonia de hoy, oh! yo no he perdido un momento, era mi proyecto informar al Ministro de tus buenas resoluciones, ya ves que él te recompensa nombrandote mayor.

*Raf.* -- Yo no puedo apenas creerlo, me parece imposible, un ascenso tan grande, tan rápido, siendo por otra parte yo tan desgraciado...! Y es á vos señor Duque á quien debo tanta dicha! Como podré agradecerosla?

*Duq.* -- Está bien, muy bien, la ocasion se presentará amigo, pero lee todavía, lee ( *enseñándole una carta.* )

*Raf.* -- Que es lo que veo! vos señor Duque Embajador!

*Duq.* -- Si amigo, Embajador, estraordinario en la Pensilvania; quince años ha que solicité este honor.

*Raf.* -- Entonces vais á espatriaros?

*Duq.* -- Sí, antes de dos dias, me ausento de Madrid, de España, y tambien de mis amigos.

*Raf.* -- Y no os llevais á vuestra hija?

*Duq.* -- No, no quiero esponerla á las fatigas y vaivenes de un viage á Ultramar, otros son mis proyectos... dime Rafael, que tal te parece mi hija?

*Raf.* -- D.ª Isabel posee todo lo necesario para cautivar el corazon de sus admiradores y para labrar la felicidad de un padre.

*Duq.* -- Y la de un marido, no es verdad?

*Raf.* -- Efectivamente.

*Duq.* -- (*tomándole de la mano*) Yo tengo amigo mio una particular satisfaccion, de tu modo de pensar, estos elogios proferidos por tí, aumentan todavía mas mi orgullo paternal.

*Raf.* -- Señor, tal como lo siento.

*Duq.* -- No lo dudo; mis años de esperiencia, me han enseñado á leer en los corazones mas reservados, no me engañé, bien conocia yo que os amabais, picarones!

*Raf.* -- (*aparte.*) Donde iremos á parar?

*Duq.* -- Pero no comprendes tú que largo tiempo hace que lo conocia? vamos, como todo el mundo.

*Raf.* -- Yo... no sé... señor Duque...

*Duq.* -- Vamos, vamos! tus preparativos por mi Isabel, tus acciones, todo afirma el amor que le profesas.

*Raf.* -- (*aparte*) Vamos esto se llama amar á la fuerza. Pero señor Duque, yo puedo aseguraros.

*Duq.* -- ¿Que la amas mucho? Ya lo sé.

*Raf.* -- (*turbado.*) Yo! Pero no digo que, sin duda... (*aparte.*) este hombre es un pedernal.

*Duq.* -- Vamos, vamos, ánimo amigo; no cortarse, (*aparte.*) á su tiempo era yo lo mismo.

*Raf.* -- Es verdad, lo confieso, que ciertamente yo, (*aparte.*) vamos, que estoy en una escelente posicion.

*Duq.* -- Ya ves amigo mio, que partiendo mañana, es probable que no pueda perder tiempo, y ademas, como no pretendo prolongar por mas tiempo vuestra felicidad, acabo de dar mis disposiciones, para que la bendicion nupcial sea ejecutada en mi oratorio.

*Raf.* -- Como! Hoy!

*Duq.* -- Al instante mismo.

*Raf.* -- Pero úna union tan precipitada!...

*Duq.* -- Esto te arredra?

*Raf.* -- Pero...

*Duq.* -- Pero, pero, cuidado en oponer resistencia caballerito; cuando acabo de asegurar tu felicidad, cuando todos los amigos están ya convidados, cuando acabo de darte una hija de diez y ocho primaveras, y de veinte y cinco mil ducados de dote...! Y aun resistes, miserable: crees impunamente burlarte de un padre, y de su hija?

*Raf.* -- Pero al contrario señor, si estoy loco de alegria... (*aparte.*) Dios de bondad!

*Duq.* -- Corriente; esto es lo que quiero.

*Raf.* -- (*aparte.*) Dios mio! que efugio me queda para salir de tal apuro? (*al Duq.*) yo hubiera deseado solo hacer algunos preparativos, y luego procurarme un trage mas decente...

*Duq.* -- Inútil amigo: á propósito, no tienes el hábito de tu órden? El trage de pe-

nitente? Ignoras acaso, que estás obligado á usar este vestido en todas las épocas mas importantes de tu vida?... Aquí se te presenta una buena ocasion; vamos que dirás ahora?

*Raf.* -- Pues yo confieso la verdad, temia que su corazon... tal vez...

*Duq.* -- (*aparte.*) Sospechará tal vez? Conozco lo que quieres decir.

*Raf.* -- Sois de mi parecer, no es verdad?

*Duq.* -- No, despreocupate amigo; acabo yo de interrogarla y me ha jurado, que nunca jamás su corazon estuvo comprometido.

*Raf.* -- Que nunca ha amado?

*Duq.* -- Nunca, te lo juro.

*Raf.* -- (*aparte.*) Cada vez lo entiendo menos. (*un criado al fondo.*) El sacerdote del Sr. Duque.

*Duq.* -- Está muy bien. (*el criado se lleva la ropa que Rafael se ha quitado al principio de la 5.ª escena.*) (*vase el Duque.*)

## ESCENA XI.

*Rafael solo.*

*Raf.* -- Bravo! bravísimo, acabo de ejecutar una brillante maniobra... hay para volverse loco; si al menos se me diese el tiempo necesario para echar mis calculos... pero no, esta misma noche, dentro un cuarto de hora casado, y con Isabel! Ella es hermosa, si, no lo niego; pero y como renuncio yo la

mano de Silvia? Esto es imposible, por otra parte, el Duque es á quien debo mi fortuna, sinembargo hasta esta á veces es incomoda; luego el honor de la muchacha, mi amigo Fernando que la ama, y si ella tuviese otra pasion? por que al fin, no seria ella la única que la poseiría en estos casos...

*Mariq.* -- (*desde adentro.*) Por aquí señor, por aquí.

*Raf.* -- Ola! otra tenemos?

## ESCENA XII.

*Rafael, Fernando, y Mariquita.*

*Fer.* -- Gracias Mariquita, gracias. (*vase Mariquita.*)

*Raf.* -- Como! eres tú mi caro Fernando? (*aparte.*) viene como de molde cuando me faltaba un consejero.

*Fer.* -- Estoy muy satisfecho de encontraros, mi presencia tal vez os incomoda, no es verdad?

*Raf.* -- Muy al contrario, tengo una particular satisfaccion en verte amigo; pero parece vas tomando un aspecto drámatico... que es lo que te pasa?

*Fer.* -- Lo ignorais todavía?

*Raf.* -- Toma; pues á no ser así, no tendria necesidad de preguntartelo.

*Fer.* -- Vengo á quejarme de la conducta que habeis observado para conmigo, y de la mala correspondencia de vuestra amistad.

*Raf.*-- De mi conducta! De mi amistad! No entiendo una palabra.

*Fer.* -- Si caballero, yo habia creido en vos, un amigo verdadero, incapaz de jugar una traicion acerca de lo que mas amo, de lo que mas adoro en el mundo; me comprendeis ahora?

*Raf.* -- Todavía menos.

*Fer.* -- V. parece que acude á la mala fé, al fingimiento, á una crasa ignorancia que no puede disculparle; pero voy á espresarme en términos que os sean mas fáciles de comprender.

*Raf.* - Me cabiá particular satisfaccion en ello.

*Fer.* -- Os habeis portado de una manera indigna de un hombre de honor. ( *Mariquita entra con el capucho, y viéndoles en la cuestion da señal de alegria.* )

*Raf.* -- Amigo, esto pasa ya de raya; peró ya que lo tomas con tanta formalidad vamos á ver, que es lo que pretendes? Que exiges de mí?

*Fer.* -- De tí? Una satisfaccion.

*Raf.* -- Como á caballero?

*Fer.* -- Y sin demora.

*Raf.* -- Pues bien, corriente (*aparte.*) Que feliz idea, este duelo puede tal vez salvarme!... con un poco de agilidad consigo la gloria de mi adversario; quedo levemente herido, luego se prolonga mi convalecencia, el casamiento se retarda, y en este intermedio el

señor Duque está ya surcando el occeano... (*á Fernando.*) ah! mi caro Fernando, tú no sabes el servicio que me me dispensas. (*tómale la mano.*) amigo mio!

*Fer.*--(*incomodado.*) Caballero?

*Raf.*--Ah! Esto es muy justo... (*imitándole.*) Caballero, estoy á vuestras órdenes.

*Fer.*--Elegid el arma.

*Raf.*--La espada.

*Fer.*--El lugar?

*Raf.*--El parque.

*Fer.*--La hora?

*Raf.*--Al instante mismo, por que estoy furioso, (*aparte.*) y por que no puedo contener la risa! (*vasen y Mariquita los detiene.*)

## ESCENA XIII.

*Los mismos, y Mariquita llevando la ropa de penitente en el brazo.*

*Mariq.*--Perdonad señores.

*Raf.*--Dejadnos.

*Mariq.*--(*deteniéndoles.*) Oh! Yo no os dejaré que no haya cumplido mi comision.

*Raf.*--(*impaciente.*) Habla pues, despacha, que hay...?

*Mariq.*--(*aparte á Fernando.*) Vereis como voy á regozijarle. (*á Rafael.*) Todo el mundo está ya reunido en la capilla, solo á vos se aguarda, y el señor Duque me manda traeros vuestro capucho.

*Raf.* -- Y que debo yo hacer con él?

*Mariq.* -- Toma, casaros.

*Fer.* -- (*aparte.*) Como, tan pronto!

*Mariq.* -- (*á Fernando bajo.*) Está loco de alegria, (*dándole la ropa á Rafael.*) en cuanto á mí ya he cumplido; ahora queda todo á vuestro cargo.

*Raf.* -- Dejános pues. (*Mariquita se va y observándoles dice.*)

*Mariq.* -- Bueno, bueno, que batiburrillo se prepara! Voy corriendo á prevenir la señora Condesa. (*vase.*)

## ESCENA XIV.

*Rafael y Fernando.*

*Raf.* -- Vamos pues, estoy á vuestra disposicion.

*Fer.* -- Con que, os desposais con Isabel?

*Raf.* -- Mal que me pese.

*Fer.* -- Como! No la amais?

*Raf.* -- Ciertamente que no.

*Fer.* -- Entonces quien os obliga pues?

*Raf.* -- Quien? La temeridad de su padre.

*Fer.* -- Ya, despues de un mes que habeis permanecido junto á la hija.

*Raf.* -- Pero únicamente con solo el objeto de escitar zelos de su prima doña Silvia a quien adoro ciegamente.

*Fer.* -- En verdad?

*Raf.* -- Sobre mi palabra de honor!

*Fer.* -- Y yo torpé de mi habia dado crédito á lo que la Condesa me envió á decir. . que indiscreto he sido. (*tomándole de la mano.*) Caro amigo, tú me restituyes la vida!

*Raf.* -- Y por esto esponiamos la de entrambos? Entonces pues tú amas á Isabel?

*Fer.* -- La amo, si la amo con todo mi corazon.

*Raf.* -- Ah! Desgraciado, con tu sigilo nos has perdido!

*Fer.* -- Yo aguardaba adquirir un rango honorífico, una brillante colocacion para pedir su mano, y mi dicha está ya alcanzada, acabo de ser nombrado secretario de la embajada.

*Raf.* -- Tú eres pues la causa de nuestro infortunio, solo una hora mas pronto, pero ahora... ahora amigo desgraciadamente es ya tarde.

*Fer.* -- Que dices! Tarde ya?

*Raf.* -- Mira, van ya reuniéndose á la capilla para consumar el acto.

*Fer.* -- Ah! si lo hubiese yo sabido!

*Raf.* -- Yo apostaria que Isabel te ama tambien.

*Fer.* -- Ah! amigo mio!

*Raf.* -- Su padre me dijo y juro, que su hija jamás tuvo amor á nadie, que ella misma se lo habia asegurado.

*Fer.* -- Es imposible! Mira Rafael, yo sospecho alguna traicion; para haber consentido Isabel á este enlace, es menester que ha-

ya sido vilmente engañada, porque ella me amaba, no lo dudo, estoy seguro de ello... sí, me amaba.

*Raf.* -- Pero yo soy el desventurado en lo presente, y á medida que te esplicas me considero serlo tambien en lo futuro. (*probándose la ropa.*) Maldito capucho! (*se detiene como acudiéndole una idea.*) silencio!

*Fer.* -- Que te ocurre?

*Raf.* -- Mira Fernando, ya es de noche, el oratorio está muy obscuro. (*presentándole la ropa.*) Metete este sayo sin pérdida de tiempo, quiero ver la figura que hago yo con él.

*Fer.* -- Estás loco?

*Raf.* -- Vamos dejaté, (*ayudándole á vestir.*) con el capucho será imposible distinguirte; Fernando, tu amas á Isabel y eres amado... quieres pues ser feliz?

*Fer.* -- El medio?

*Raf.* -- Dentro de el estás.

*Fer.* -- Dentro del medio?

*Raf.* A no poder mas.

*Fer.* -- (*reflexionando un momento.*) Ah! si te entiendo amigo.

*Raf.* -- Con que soy loco, no es verdad?

*Fer.* -- Escelente disfráz, los dos nos podremos servir de él; ánimo pues, salgamos del vado.

*Raf.* -- Silencio amigo, aquí están los de la órden que vienen á buscarme ya.

*Fer.* -- Los de la órden?

*Raf.* -- Cuidado en ejecutar bien el papel,

el aire humilde, cabisbajo, figurate que eres yo. (*va para esconderse, y Fernando corre hácia á él.*)

*Fer.* -- Pero escucha, dime... (*Rafael le tira el capucho en la cara.*) quieres cubrirte el rostro majadero?

*Fer.* -- (*levantándose el capucho.*) Vírgen de Atocha, venid á mi socorro.

## ESCENA XV.

*Fernando, Mariquita, y los penitentes que se quedan al fondo del teatro.*

*Mariq.* -- (*aparte.*) Ya le tenemos en la mortaja. (*á Fernando.*) Señor Rafael, todo está dispuesto, solo á V. se aguarda, (*mirando á todas partes.*) pero y al otro que le habrá impedido el venir.

*Fer.* -- Vamos pues, (*aparte.*) si de esta escapo y no muero, nunca mas bodas al cielo. (*se van Fernando y penitentes.*)

## ESCENA XVI.

*Mariquita, despues la Condesa, y Rafael escondido.*

*Mariq.* -- (*siguiéndoles con la vista.*) El va muy tranquilo, no hay necesidad de instarle; oh! Pensaba que no era lícito casarse teniendo puesto el amor en otra, que inmo-

ralidad ! Bueno es vivir para conocer las doblezes de la raza masculina; librenos Dios de sus uñas.

*Cond.* -- Y bien Mariquita, el casamiento va á efectuarse ?

*Mariq.* --( *admirada.* ) Bien lo parece.

*Cond.* -- Y D. Fernando no parece ?

*Mariq.* -- Está aclipsado.

*Cond.* -- Tú no me has dicho la verdad. De aquella desazon, de aquella cólera, ya ves los efectos : el me hizo traicion tambien, porque confiaba con su presencia para romper este himeneo.

*Raf.* ( *aparte.* ) En verdad ?

*Mariq.* -- De unos á otros señora, corta es la diferencia, todos son falsos como el alma de Judas.

*Raf.* -- ( *aparte.* ) Gracias por lo que á mí toca.

*Mariq.* -- D. Rafael sobre todo, oh! que bribonazo.

*Cond* -- No me lo recuerdes, es un mónstruo de iniquidad.

*Raf.* -- ( *aparte.* ) Esto si que es privilegio mio !

*Cond.* -- Y no te ha dicho nada ?

*Mariq.* -- Lo que se llama nada.

*Cond.* -- Ingrato! Pérfido! Casarse con mi prima, oh! No puedo contener las lágrimas, yo secumbiré á vista de tal infamia.

*Mariq.* -- ( *llorando tambien.* ) Vivid señora, vivid, (*cambiando de tono.*) pero sol:

para vengaros: oh! Dios mio; yo quisiera tener todos los hombres aquí, en el puño, que carnicería.

*Raf.* -- (*aparte.*) Libreños Dios de tal atrocidad. (*desaparece.*)

## ESCENA XVII.

*La Condesa, Mariquita, Fernando, Rafael escondido, y convidados. Los convidados entran primero, luego D. Fernando dando la mano á Isabel, y conduciendola en medio de la escena, quitándola luego para entrar en el pavellon; y el Duque llega el último.*

*Duque.* --(*acercándose á Isabel.*) Querida hija, acabo de asegurar tu felicidad.--.

*Mariq.* -- Si, es encantador el aire que tiene de fortuna.

*Duq.* -- Pero donde está Rafael?

*Raf.* --(*saliendo del pavellon.*) Aquí estoy señor Duque. (*se presenta en escena y recibe las felicitaciones de los convidados, don Fernando sale tambien del pavellon, y viene á saludar el Duque.*)

*Isab.* -- (*aparte.*) Dios mio, que es lo que veo, D. Fernando; se atreve todavía á presentarse!

*Duq.* -- Ah! sois vos amigo mio! que placer tengo en veros! Se que me acompañais á Ultramar, en calidad de secretario, y me felicito por ello.

*Fer.* -- Sois demasiado bondadoso señor Duque: estoy muy satisfecho del honor que se me dispensa en colocarme cerca de vos.

*Duq.* -- Y yo de llevaros á mi lado en un viage tan largo (*aparte.*) y sobre todo distante de mi hija.

*Raf.* -- Y bien Fernando, que no dicés nada á mi esposa?

*Isab.* (*aparte.*) Estoy segura de que no se atreverá.

*Fer.* -- (*acercándose.*) Sea en hora buena, señora.

*Mariq.* -- (*á la Condesa.*) Está aturdido señora, no sabe lo que le pasa.

*Raf.* -- (*tomando la mano de Isabel.*) Hermosa Isabel, este es uno de los dias que forman época en mi vida.

*Fer.* -- (*tirándole del brazo.*) Sí, sí, lo conozco; este es el dia mas feliz de tu vida. (*bajo.*) Verdugo acabarás?

*Raf.* -- Deja que siga mi papel.

*Cond.* -- (*aparte.*) Qué calma! que sangre tan fria!

*Fer.* -- (*bajo á Rafael enseñándole á Isabel.*) Ves como tiene el semblante agitado? Si podria ahora aborrecerte? (*música adentro.*)

*Duq.* -- El baile señores va á empezarse, no perdamos tiempo; parece que mis piernas son de veinte y cinco años, que agilidad siento en ellas, parece que el aire se las lleva. Vamos, vamos, amigos mios.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## EL MARIDO SIN SERLO.

# ACTO SEGUNDO.

*El teatro figura lo interior del cuarto nupcial ricamente amoblado. Al fondo una alcoba con cortinas cubriendo parte de la cama, á la izquierda de dicha alcoba, una puerta: en primer término á la izquierda, una ventana que da al jardin, en el mismo término á la derecha, un tocador, y en el segundo término una puerta que da á un gabinete.*

### ESCENA I.

*Mariquita sola.*

*Mariq.* -- ¡ Media noche ya ! Y el novio no piensa en dejar el juego, y la novia está bailando todavía: vaya que esto da ganas de risa, es original ver esposos de esta naturaleza, ni el señor se ocupa de la señora, ni la señora tampoco de él; cualquiera les haria veinte años de matrimonio : y este pobre jóven don Fernando empieza ya á interesarme... su aire tan triste... mira á la señora con unos ojos, que espresan lo que pasa en su interior. Mas el aposento nupcial parece estar muy bien arregladito... si, nada le falta; ah! que her-

mosas flores, que adornos tan magníficos...! Pero falta lo mejor que son los contrayentes... Vaya que no hay progreso en materia de novios.

## ESCENA II.

*Mariquita y Fernando, entrando silenciosamente.*

*Fer.* -- (*misteriosamente.*) Mariquita?

*Mariq.* -- Como, sois vos señor don Fernando? en el cuarto de la novia?

*Fer.* -- Silencio!...

*Mariq.* -- Pero que venís á buscar aquí?

*Fer.* -- Mas bajo! mas bajo!

*Mariq.* -- Mas si el señor Duque llega á veros? Basta ya que os haya sorprendido en el gabinete con la señorita... digo con la señora.

*Fer.* -- Y bien? Que quieres decir con esto?

*Mariq.* -- Nada es lo del ojo, sino que estabais en su cuarto, y que le besabais la mano á viva fuerza y...

*Fer.* -- Y que ¿crees que el señor Duque nos ha visto?

*Mariq.* -- Vaya que no, y muy bien, si hubieseis visto su cara. . vamos sed razonable y marchaos; aquí solo aumentais vuestro dolor; verdaderamente me dais compasion.

*Fer.* -- Al contrario Mariquita, me cuento el mas feliz de los hombres.

*Mariq.* -- Entonces no concibo en que fundais vuestra felicidad.

*Fer.* -- (*bajo.*) Dime Mariquita, si llega el caso de convenirme, como podria yo entrar aquí?

*Mariq.* -- Como se entiende entrar aquí?

*Fer.* -- Si, á este cuarto.

*Mariq.* -- Vaya una pregunta mas clásica, todos entran por la puerta.

*Fer.* — Pero quisiera no tener que atravesar el cuarto del señor Duque.

*Mariq.* — Entonces es imposible...

*Fer.* — Vamos, basta de bromas, no podrias encontrar un medio?

*Mariq.* — Solo os puedo proporcionar la chiminea.

*Fer.* — Dale con tus tonterías.

*Mariq.* — Toma, vos me preguntais, yo no se otro, señor.

*Fer.* — (*señalándole la puerta de la izquierda.*) A donde conduce esta puerta?

*Mariq.* — Al cuarto de la novia.

*Fer.* — (*aparte.*) Por vida de Satanás, (*alto.*) ah! y esta ventana, donde da?

*Mariq.* — A la huerta, encima de los melonares.

*Fer.* — Es muy elevada?

*Mariq.* — Poco menos de dos pisos.

*Fer.* — Muy bien.

*Mariq.* — Y ahora sin ánimo de ser curiosa, podré yo preguntaros de que sirven tantas indagaciones? Por que enfin, desearia yo saber...

*Fer.* — Mas tarde lo sabrás, pero dime antes, te gustaria casarte?

*Mariq.* — Ahora trocamos las chanzas señor? Por que no? si el novio que se me ofreciere fuese jóven, amable, sumiso, y sobre todo, que no fuese zeloso; no tendria ninguna dificultad en ello; por que al cabo todas anelamos lo mismo.

*Fer.* — Pues bien! Yo te prometo un marido, tal como lo deseas, sí... (*se vuelve mirando si nadie los escucha y mira á la ventana.*)

*Mariq.* — Vamos, si, que...?

*Fer.* — Si tú conbinas los medios de que esta ventana quede esta noche entreabierta.

*Mariq.* — Y por la ventana me subirá el novio?

*Fer.* — En una palabra, yo te aseguro una buena dote.

*Mariq.* — Una dote! oh! Yo la prefiero; esto por lo regular vale mucho mas que un marido.

*Fer.* — Entonces pues estamos convenidos?

*Mariq.* — Pero no obstante, yo quisiera saber...

*Fer.* — Chito? (*va hasta el fondo mirando, y vuelve.*) nadie!... puedo salir sin ser visto. Tú me has entendido? no olvides abrir la ventana, yo cumpliré mi palabra, silencio, y discrecion! adios. (*vase.*)

## ESCENA III.

*Mariquita sola.*

*Mariq.* — Muy bien: he aquí una dote muy pronto ganada, y con poco trabajo, pero yo no dejo de encontrar aqui algun misterio, alguna intriga tal vez! Pero por otra parte, que me importa á mí, por que ser tan curiosa, venga el marido y cristo con todos; se me paga para abrir la ventana, y no verificarlo seria robar el dinero, y engañar á mi bienechor. (*va para abrir la ventana, y entra Rafael.*)

## ESCENA IV.

*Mariquita y Rafael.*

*Raf.* — (*creyendose solo.*) Yo creo a no engañarme estar en el aposento de mi muger provisional, si no hay duda, el mismo.

*Mariq.* — (*volviendose con el ruido.*) Quien va por ahí? Como, sois vos, señor? Sabeis bien donde estais?

*Raf.* — Sin duda! En el cuarto nupcial.

*Mariq.* — A mí me parece que no teneis todavia derecho de entrar en el.

*Raf.* — Verdad es; (*aparte.*) pero en estos casos uno se lo toma.

*Mariq.* — (*aparte.*) Estos militares nada respetan.

*Raf.* — Oh! Lugar encantador!... asilo de la inocencia, el solo aspecto de encontrarme en este sitio, me infunde un pánico temor.

*Mariq.* — (*aparte.*) Yo no puedo oirle sin que me fastidie, no he visto ente mas falso.

*Raf.* — (*mirando á todas partes.*) Pero no es menester perder el tiempo. (*va hácia la puerta del gabinete.*)

*Mariq.* — Que es lo que busca?

*Raf.* — (*aparte.*) Por aqui el cuarto del Duque, por allí, el gabinete de mi novia... malos estamos, me parece algo enredado el ovillo. (*á Mariquita.*) Mariquita.?

*Mariq.* -- Que se ofrece señor?

*Raf.* --(*en confidencia.*) Dime, si llega el caso de convenir, como se puede salir de aqui?

*Mariq.* -- Salir decis? Y de donde?

*Raf.* -- De este cuarto.

*Mariq.* -- Vaya otra pregunta; por la puerta.

*Raf.* -- Y no encontrariamos otra salida?

*Mariq.* -- Sí, por la ventana.

*Raf.* --(*mirando la ventana.*) Ah! si... esto es.

*Mariq.* --(*aparte.*) Dale que dale, todos por la ventana.

*Raf.* --(*aparte mirando á la ventana.*) Dos pisos, si, es un poco elevada! (*á Mariquita.*) escucha Mariquita; amas á la Condesa?

*Mariq.* -- Como á mi hermana si tubiera una.

*Raf.* -- Entónces puedes tú servirla, y yo tambien.

*Mariq.* -- Vamos pues, que es lo que se tiene que hacer?

*Raf.* -- Proporcionarme una escala de mano.

*Mariq.* -- Una escala? (*aparte.*) cada vez lo entiendo ménos.

*Raf.* -- Con la inteligencia, que nadie sospeche la menor cosa!

*Mariq.* (*aparte.*) Que diantres vendrá á ser esto! Si serán una cuadrilla de ladrones esta gente! (*á Rafael.*) Señor, podeis dirigiros á otra, que yo á la verdad, no quiero ser cómplice de vuestras infamias.

*Raf.* -- Nada temas, te empeño mi palabra de honor. (*le da un abrazo.*)

*Mariq.* -- (*enfadada.*) Estará V. quieto? Vaya un atrevimiento.

*Raf.* -- Vamos tontona, si te enfadas te doy otro. (*se quita una sortija del dedo, y pasándole el brazo por la cintura, con la mano derecha le presenta la sortija á la vista.*) Ves esta sortija?

*Mariq.* -- Ay! Es un brillante.

*Raf.* -- Te gustaria?

*Mariq.* -- Yo lo creo, y mucho.

*Raf.* -- Entonces escucha, obedece, y la sortija es tuya: solo te exijo que esta ventana quede entreabierta esta noche.

*Mariq.* -- (*aparte.*) Todavia con la ventana!

*Raf.* -- Luego irás al jardin, traerás una

escalera de mano y la colocarás debajo de esta misma ventana; teniendo cuidado que quede asegurada contra la pared. ( *Mariquita parece resistirse, y Rafael vuelve á presentarle la sortija delante los ojos.* )

*Mariq.* -- (*rempujándola.*) Quite V. que me hace mal á la vista.

*Raf.* -- La noche está muy obscura, y nadie podrá verte!

*Mariq.* -- Si á lo menos me dijese V. con que objeto: (*aparte.*) ni mas ni menos que el otro!

*Raf.* -- Lo sabrás mas tarde.

*Mariq.* -- Será tal vez, por que pase el fresco?

*Raf.* -- Cabalito, lo adivinaste; el fresco de la noche.

*Mariq.* -- No es mala la idea.

*Raf.* -- Vamos, aceptas?

*Mariq.* -- Supuesto que ya no ignoro el motivo... acepto.

*Raf.* -- Bien, muy bien, cuanto mas te amo ahora.

*Mariq.* -- (*tomándole la sortija.*) Como brilla! Oh! hace un calor como en las Indias; si hubiese otra ventana para abrir, circularia mejor el aire.

*Raf.* -- (*aparte.*) Estan tomadas mis precauciones, puedo volverme al salon... Mariquita, confio en tí. (*se oyen pasos.*) Ola? que ruido es este? Vienen.. donde me esconderé por no ser sorprendido, buena fortuna en

casa de mi esposa, ah! aquí. (*se esconde en la alcoba.*)

## ESCENA V.

*Los mismos, el Duque, Isabel, la Condesa, Fernando, y algunas señoritas. El Duque sostiene á Isabel, que parece estar sufriendo. El Duque conduce á su hija en el sillon, la Condesa está cerca de Isabel, Fernando un poco mas atrás, no atreviéndose á acercarse, durante esta escena Rafael sale de la alcoba, y se desliza hasta la puerta del fondo, desaparece un instante, y luego vuelve á presentarse sin que nadie le vea.*

*Duq.* --(*á Mariquita.*) Pronto, pronto, abrid esta ventana.

*Mariq.* --(*aparte.*) Todavía la ventana! vaya que parece se han convenido.

*Isab.* -- Es nada, padre!... el ruido; el calor.

*Raf.* --(*saliendo.*) Isabel...! mi cara Isabel! Ah! Dios mio! Que teneis?... Pero respondedme, yo estoy con una inquietud insoportable.

*Duq.* -- Calmate, calmate, amigo mio; no te inpacientes, esto va ya mejor.

*Raf.* -- Ah! Que fortuna!

*Isab.* --(*bajo á la Condesa.*) Que desgraciada soy!

*Cond.* -- Tú desgraciada?

*Isab.* -- Si tu sabias!

*Fer.* -- (*llevándose á Rafael de otro lado del teatro.*) Ah amigo mio: yo he hablado con ella, se ha justificado; pues le habian dicho de mí cosas horribles.

*Raf.* -- No dudo que de todo la habrás enterado.

*Fer.* -- Imposible, el padre llegó:..

*Raf.* -- Es que el momento se nos acerca.

*Fer.* -- Yo contaba contigo.

*Raf.* -- Gracias. (*se vuelve con Isabel.*)

*Duq.* -- (*aparte.*) Todavía este Fernando tiene la audacia de presentarse. (*cojiéndole de la mano.*) Sabeis, caballero, que hay circunstancias que es menester respetarlas? Vuestra presencia en este sitio...

*Fer.* -- Convengo en que las apariencias...

*Duq.* -- Basta, basta, demasiado se del modo que debo manejarme. (*se vuelve hácia su hija.*)

*Fer.* -- (*aparte.*) Heme aqui, mas enbarazado que nunca.

*Duq.* -- (*acercándose á Rafael.*) Y bien, que tal?

*Raf.* -- Está enteramente restablecida.

*Duq.* -- Vamos Rafael, para tranquilizarla se le dice algo de bueno, se le toma la mano, y vamos...

*Isab.* -- Padre mio!

*Duq.* -- En cuanto á esto, el tiene derecho, nadie podrá inpedirselo si le place.

*Raf.* -- (*á Isabel.*) Yo señora no abusaré de vuestro pesar, mas, si me lo permitís... (*Isabel baja los ojos, y Rafael le besa la mano.*)

*Isab.* -- (*aparte.*) Pobre Fernando!

*Duq.* -- (*á Isabel y á Rafael, pero mirando de cuando en cuando á Fernando con intencion directa.*) Cuando dos se aman como por ejemplo vosotros, no debe ocultarse.

*Raf.* -- Sí, efectivamente (*aparte.*) delante de la Condesa, oh! suplicio!

*Duq.* -- Vamos hija mia: ya que te hallas otra vez dispuesta, es menester volver al salon, para sacar de duda á nuestros amigos, y luego tú (*á Mariquita.*) Cerrarás estas puertas. (*el Duque sale el primero con Isabel, la Condesa los sigue, Rafael la detiene, y Mariquita viéndolo, se va y cierra la puerta.*)

## ESCENA VI.

*La Condesa y Rafel.*

*Raf.* -- Perdonad señora, si me atrevo á deteneros.

*Cond.* -- Dejadme en paz caballero, porque la contradanza va á concluirse, y tengo empeñada mi palabra por la siguiente.

*Raf.* -- Un instante de gracia, señora, estamos solos, y puedo abriros mi corazon; teneis en vuestra presencia un hombre desesperado,

*Cond.* -- En verdad? Que os aflige pues? No habeis obtenido lo que apetecia vuestro deseo? una brillante alianza, una esposa graciosa, amable, á quien vos idolatrais.

*Raf.* -- Á quien yo idolatro!

*Cond.* -- Bastante lo habeis demostrado sino me engaño.

*Raf.* -- Esta es mi desgracia, esta es la causa del terrible azár que me oprime, si: este amor del cual vos me acusais; nunca jamás, ha existido en mi pecho.

*Cond.* -- (*con alegria.*) Qué es lo que decís? Oh! Es imposible, vos amais á Isabel.

*Raf.* -- Lo repito señora, no la amo.

*Cond.* -- Que infamia! (*aparte.*) Que dicha!

*Raf.* -- Un momento de despecho, ha podido solamente dar lugar á las habladurias del mundo, y no sin fundada razon; yo queria vengarme, ý de quien? De una muger jóven, hermosa amable, y porque? porque sus desdenes habian llenado la medida de mi sufrimiento; insensato! Yo olvidé que este noble defecto, es el iman que mas nos atrae: el temor, la esperanza, la duda, los zelos, son cualidades que avivan mas, y mas, una pasion, y que constituyen el verdádero, el mas fino amor: oh! No es verdad señora que hice muy mal? Decid, no es verdad Silvia que soy culpable?

*Cond.* -- (*con emocion.*) Sí, muy culpable, y lo sóis todavia mas en este momento, en

recordar tamañas ideas cuando no debierais proferir mas que el nombre de Isabel vuestra esposa.

*Raf.* -- Cerca de vos, todo lo hecho en olvido, vuestra presencia me deslumbra, embelesa mis sentidos; y cada palabra de Silvia me cautiva de nuevo.

*Cond.* -- Dejadme partir, escuchando vuestros criminales acentos, participo yo tambien del delito que los nutre.

*Raf.* -- Un instante, un solo instante! Me queda un secreto todavia que revelaros, un secreto del cual pende mi felicidad, y tal vez la vuestra: pero antes de todo una pregunta; me amais, decidlo francamente, yo os adoro Silvia! si, os idolatro!

*Cond* -- Callad señor, callad, gran Dios, si mi prima os oyera!

*Raf* -- El cariño que os profeso es todavia el mismo, y jamás podrá borrarse de mi corazon.

*Cond.* -- Vuestro amor el mismo. y jurais no estinguirlo?

*Raf.* -- Ah! Señora una palabra. una sola palabra, volverá la calma en este agitado pecho.

*Cond.* -- No, no, de ninguna manera puedo yo dar oidos á un delirio semejante.

*Raf.* -- Una mirada... una respuesta... una sola esperanza... si... si, no querrá vuestro sensible corazon desgarrar el mio.

*Cond.* -- No abuseis de mi turbacion, sed

generoso. Si yo os dijese que os amaba, seriais acaso mas feliz ?

*Raf.* -- Ah señora! vedme á vuestras plantas: (*se hecha á sus pies, y en este instante entra el Duque y los sorprende en esta posicion.*)

## ESCENA VII.

*Los mismos y el Duque.*

*Duq.* -- Que horror! Dios mio!

*Cond.* -- Cielos! Mi tio!

*Raf.* -- (*aparte.*) Bueno, es el padre, no podia llegar mas á propósito.

*Cond.* -- (*turbada.*) Perdon tio. (*se va.*) (*aparte.*) que siniestros pensamientos, no formará de mí!

## ESCENA VIII.

*Duque y Rafael.*

*Duq.* -- Estoy entregado á las furias.

*Raf.* -- (*aparte.*) Es menester salir del atolladero.

*Duq.* -- (*aparte.*) Mientras yo estoy velando por mi honor, este es modo de conducirse?

*Raf.* -- (*aparte.*) Vamos, que segun parece, no lo toma del todo á mal el tio. (*al Duque.*) Señor Duque...

*Duq.* -- Ah Rafael! Rafael! No te hecharé en cara tus estravios, pero con todo, ya ves hasta que grado llegó el agravio que hicistes á una inocente esposa, víctima de tus caprichos, engañada inicuamente.

*Raf.* -- Ciertamente señor Duque, por este motivo es menester instruiros de lo que hasta ahora os han ocultado.

*Duq.* -- (*aparte.*) Dios mio! Seria que Fernando...

*Raf.* -- Callar por mas tiempo, no lo permite mi honor, ni el vuestro. Fernando...

*Duq.* -- Fernando! No pronuncies este nombre en mi presencia, Fernando es un hombre capaz de las acciones mas söezes.

*Raf.* -- (*aparte.*) La buena opinion que gozo, me perjudica.

*Duq.* -- Si tu mismo sabias lo que es Fernando... tú amigo... si tú sabias que ahora, un instante atrás...

*Raf.* -- (*aparte.*) Que demonche puede haber hecho!

*Duq.* -- Estoy muy contento de poderlo alejar de tu nueva familia.

*Raf.* -- Sois muy bondadoso señor Duque, os lo agradezco... pero es indispensable que os diga...

*Duq.* -- (*interrumpiéndole.*) Amigüito, aqui está tu esposa.

*Raf.* -- Mi esposa!... Dios mio!... (*aparte.*) yo no puedo quedar aqui... mi entereza, mi constancia, no son suficientes.

## ESCENA IX.

*Los mismos, Isabel, Mariquita, las damas de honor. Isabel y las señoras, atraviesan la escena precididas de Mariquita, y entran en el gabinete.*

*Raf.*--(*aparte.*) Vamos, calma y sangre fria, á todo trance me queda siempre la ventana.

*Duq.* -- Adios Rafael, adios hijos mios!

*Raf.*--Señor Duque tengo el honor de...

*Duq.* -- Tú sabes amigo mio, lo que en una situacion semejante... vamos, adios...! adios...! hasta mañana. (*vase.*)

## ESCENA X.

*Rafael solo.*

*Raf.*--Esto empieza ya á tomar un aspecto inponente, yo no habia estudiado el papel de marido para representarle hasta tal punto... que resolucion tomar? que hacer?... confesar á Isabel que he cedido su mano á otro, que ella ama es verdad... pero entretanto me seria imposible quedar aqui, cerca de ella como un fátuo, porque es muy larga una noche! Una noche cara á cara con una hermosa muchacha que viene llena de confianza creyendo ser mia... Oh! ocasion críti-

ca, que podria hacerme vacilar, y cometer un esceso de dificil reparacion... pero basta; estas ideas me quiebran la cabeza... el corazon... mis ojos se turban: (*cae una piedra en la escena.*) Ola! Que es esto.. un billete atado con un cordon! es de Fernando! (*lee.*)

„Desgraciado! Tú estas en el aposento de „mi esposa, y yo debajo la ventana." Pobre muchacho! En la huerta! al fresco!

„Tu nada has dicho al señor Duque." Yo lo creo, y tan dispuesto como lo encontré. „Acaba de encerrarse en su aposento, y se „ha negado brutalmente á recibirme, es me„nester pues aguardar á mañana... pero de „aqui á mañana..." Es cabalmente esto lo mas embarazoso. „Y de aqui á mañana mi queri„do amigo, yo no dudo de tu amistad, pero „sin embargo, el lugar donde te encuentras, „mi muger que cree ser tuya..." (*demuestra algo de impaciencia*) „Enfin, tu me harás un „servicio, si quieres atarte á la pierna, ó al „brazo, el cordon que va acompañado del bi„llete." (*se rie.*) Pero no hay para que reirse; tiene sobrada razon, vaya que es una esceleute idea la del cordon, acabemos. „No „olvides que estoy á diez pasos de tí, que „voy armado, y que si no percibo tu som„bra al traves de los cristales, ó si el cordon „viene solo; yo no consultaré mas que con „mi fogoso caracter, y te... mataré; tuyo has„ta la muerte, Fernando."

*Raf.* --Ingrato! no consultaré mas que con

mi fogoso caracter, y te mataré!... Oh! dudas de mi virtud, de mi amistad! Mas no lo estraño, porque yo dudo tambien; y dudo tal vez mas que tú, la prueba vas a verla. (*sujeta el cordon en su brazo.*) Es igual, mi postura será enteramente ridicula... obligado a permanecer fijo é inmovil, pero no hay que vacilar, ni discurrir mas. (*sale á la ventana y le llama.*) Sit! sit! Fernando! Ya estoy; cuidado con tirar con demasiada violencia, porque soy yo; lo entiendes? pero alguien viene adios; enbozate bien con la capa, la noche es fria, no sueltes el cordon, adios.

## ESCENA XI.

*Rafael, las damas de honor, Isabel con trage de noche, y Mariquita. Las damas de honor, atraviesan la escena saludando á Rafael. Mariquita vuelve a cerrar las puertas. Rafael permanece cerca de la ventana, y Isabel de la parte opuesta junto al tocador.*

## ESCENA XII.

*Rafael é Isabel.*

*Raf.* -- (*aparte.*) Ya estamos solos!

*Isab.* -- (*aparte.*) Ah! Cuanto valor necesito para volver los ojos a mi estado.

*Raf.* -- Yo no me atrevo si quiera á mi-

rarla! Y que interesante á mis ojos se presenta!

*Isab.* -- (*aparte.*) Mi corazon : ah! Mi corazon! Solo á Fernando pertenece, su imagen quedará en mi pecho siempre gravada!

*Raf.* -- (*aparte.*) Vaya una vacante que estoy llenando.

*Raf.* -- (*aparte.*) No puede conocerse situacion mas crítica que la mia.

*Isab.* -- (*aparte.*) Ya que soy su esposa, ya que son ilusorias todas mis esperanzas, despreciemos estos vanos recuerdos, y consagremos solo á mi esposo, la felicidad y el amor.

*Raf.* -- (*aparte.*) Si le favorece la coqueteria compañera inseparable del bello sexo, soy perdido.

*Isab.* -- (*aparte.*) Y no me dice nada! Enteramente nada!

*Raf.* -- (*aparte.*) Vaya que me encontrará algo mas que ridiculo en permanecer aqui como una estátua. (*Fernando tira del cordon con violencia.*)

*Isab.*— *aparte.*) El que parecia tan amable, ah! cuan equivocada estaba.

*Raf.* -- (*aparte.*) Bravo, bravísimo, y ahora me mira; oh! Nada fué el suplicio de Tantalo, en comparacion al mio. (*se sienta.*)

*Isab.* -- (*sentada tambien.*) Sufro! sí, sufro solo por su indiferencia!

*Raf.* -- (*aparte.*) Si juzga por mí, buen proyecto formará de los maridos! Ni una pa-

bra! ni una mirada! Que noche tan fatal! Dios mio. (*Fernando tira otra vez.*)

*Isab.*--(*poniendo su sillon de espaldas á Rafael.*) Muy divertida es la noche de bodas!

*Raf.*--(*aparte.*) Pero me es imposible permanecer por mas tiempo sin hablarle. (*se vuelve hácia á ella.*) Isabel? Amiga mi a? (*aparte.*) No es mala la contestacion (*á ella.*) Mi cara amiga?... (*aparte.*) la misma respuesta! Pero por otra parte lleva muchísima razon, estamos á una legua de distancia, y segun dice el refran quien bien ama bien se acerca; pues señor vamos allá. (*se levanta, y rapidamente se acerca á ella, pero el brazo le queda atrás obligado por el cordon.*) Valgame san Crispin! Yo olvidaba que el otro está sujetando mis acciones...! Ah! feliz ocurrencia. (*se quita el cordon del brazo, lo sujeta al sillon, y lo acerca á la escena mirando si Isabel le mira.*) Esto hará el mismo efecto para mi amigo. (*se acerca un poco á Isabel, y ella le vuelve mas las espaldas.*) Bien, pues señor, mucha paciencia necesitarán los maridos. Vamos á ver; Isabelita...? No podeis inclinarme vuestra amable vista?

*Isab.*--(*con timidez.*) Yo, señor...

*Raf.*--(*aparte.*) Oh! candor celestial! (*Isabel se vuelve.*) Ah bien! bien, esto es otra cosa, no es verdad? (*Fernando tira y el sillon cede.*) Vos no interpretais mi silencio, pero harto se deja conocer: yo creia tal vez incomodaros en el primer momento; pero

ahora me parece ya otra cosa, no es verdad?

*Isab.* -- (*tomándole la mano.*) Si por cierto.

*Raf.* -- Cuan amable sois! (*va para besarle la mano, y el sillon cede otra vez.*)

*Isab.* -- (*sorprendida.*) Que ruido es este?

*Raf.* -- Nada... es el viento. (*aparte.*) parece que se impacienta!

*Isab.* -- (*aparte.*) Cuanto me arrepiento de haberle ocultado la verdad... si me atreviera... (*se acerca á Rafael.*) Rafael?

*Raf.* -- (*aparte.*) Esto parece que marcha... amiga mia! que me quereis?

*Isab.* -- (*aparte.*) Oh! Dios, no se por donde empezar.

*Raf.* -- (*aparte.*) Mis débiles fuerzas van agotándose por momentos, que no habrá quien venga á mi ausilio? (*á Isabel.*) Isabelita que es lo que os mortifica?

*Isab.* -- Señor, voy á abriros... mi corazon. (*el sillon cede otra vez, hasta la pared.*)

*Raf.* -- Ah! basta, basta, la voz de la amistad, recuerde mis deberes. (*se apoya en el sillon.*)

*Isab.* -- Y bien os alejais de mí todavia?

*Raf.* -- Si, querida; me separo de vos! Debo hacerlo, os parecerá muy estraño, pero las circunstancias lo exigen. Un motivo muy poderoso me obliga á ello.

*Isab.* -- (*aparte.*) Un motivo poderoso! si sabrá tal vez mi secreto! (*á Rafael.*) si vos señor me escuchais...

*Raf.* -- No señora, de ninguna manera puedo yo permitirlo; vos sois hermosa... muy hermosa, vuestros ojos cautivan el mortal mas virtuoso, y yo solo deseo que permanezcais en vuestro puesto, y yo en el mio... (*aparte y apoyándose en el sillon.*) esto es lo mas prudente.

*Isab.* --(*retrocediendo á su puesto.*) Como querais señor, ya veis que no opongo resistencia alguna. (*aparte.*) Que desgraciada soy dios mio! (*se sienta apoyando el codo en el sillon, y la cabeza contra las manos; y luego se queda dormida.*)

*Raf.* -- (*aparte.*) Si hubiera yo sabido esta mañana á lo que quedaba espuesto! Hubiese preferido antes batirme con D. Pelayo.

*Isab.* -- (*soñando.*) Sí... todo... lo confesaré Rafael... solo á Fernando...

*Raf.* -- Ola? Que es lo que está pronunciando? Sin duda duerme. (*se acerca á ella.*) No cabe duda, duerme! Que celestial figura!... Que suave respiracion! Que blanca y delicada tez, pero la ocasion es propicia, aprovechemosla. (*apaga las bugías*) Adios, adios muger de... de mi amigo. (*en el momento mismo que abre la ventana para marcharse, aparece Fernando á la cima de una escala.*)

*Raf.* -- Quien va aquí?

## ESCENA XIII.

*Los mismos y Fernando.*

*Fer.* -- Soy yo.

*Raf.* -- (*bajo.*) Chito! Que duerme!

*Fer.* -- (*bajo.*) Duerme!

*Raf.* -- (*atrayéndole adentro.*) Ven pues, es tiempo ya que me vaya.

*Fer.* -- Como! Vas á dejarme aquí; con ella?

*Raf.* -- Si amigo: llegó la hora del relevo.

*Fer.* -- Dime, le has dicho ya...

*Raf.* -- Esto te toca á tí, adios. (*sale por la ventana.*)

## ESCENA XIV.

*Fernando é Isabel.*

*Fer.* -- Vaya que nó gasta cumplimientos! (*se oye ruido de vidrios.*) Bravo; esto solo faltaba; vá á dispertar toda la casa.

*Isab.* -- (*dispertándose*) Dios mio! Que es lo que hay?... (*una voz adentro.*) Quien va? quien va? alto, alto, (*se oye un tiro.*)

*Fer.* -- Ah! Pobre Rafael! (*momento de silencio.*)

*Isab.* -- Este ruido... esta obscuridad! siento por instantes aumentar mi temor: si me atreviera a llamar á mi marido... cuantas co-

sas causa el miedo. Rafael! (*Fernando que se habia abanzado, se encuentra cerca de ella, y le toma la mano.*) Ah eres tú? ya no tengo tanto miedo... los reproches que me habeis dado en este instante, han penetrado hasta el fondo de mi alma; conozco cuan justos eran... soy muy culpable, si lo confieso, pero me parece que vos me perdonareis, si os manifiesto mi corazon con toda confianza. Al recibir vuestro nombre, he contraido un deber sagrado por el cual debo respetaros y obedeceros.

*Fer.* --(*aparte.*) No hay duda me ama, va á confesarmelo.

*Isab.* --Cuando esta mañana mi padre me llamó para hacerme esposa vuestra, tenia un aspecto amenazador... y luego otro motivo todavía; me obligaron á callaros lo que mi pecho encerraba. Vos Rafael poseeis cualidades que pueden asegurar la felicidad de una esposa si pero voy á seros franca...

*Fer.* --(*aparte.*) No tengo una sola gota de sangre en mis venas.

*Isab.* -- Antes de conoceros, habia yo tenido una amistad, despues de algun tiempo se trocó esta en un verdadero amor y mi corazon solo perteneció á Fernando!

*Fer.* -- A Fernando!

*Isab.* -- Gran dios...! Esta voz...! Fernando!

*Fer.* -- Si, Fernando, el que solo por ti vive; tu esposo.

*Isab.* -- Ah! Es tarde ya!.. (*llaman á la puerta*)

*Fer.* -- Cielos! Quien podrá ser?

*Isab.* -- (*metiéndole la mano á la boca.*) Callad! Callad! Por Dios, ó somos perdidos.

*Duq.* -- (*adentro.*) Rafael!... Rafael...! (*repite los golpes á la puerta.*)

*Isab.* -- Gran Dios! Mi padre!

*Duq.* -- Rafael! hija!

*Fer.* -- (*bajo.*) Es fuerza responder.

*Isab.* -- Sois vos padre?

*Duq.* -- Pasa algo de estraordinario en la casa, no habeis oído el tiro, el alboroto?

*Fer.* -- (*bajo.*) Dile que no.

*Isab.* -- No, padre mio.

*Duq.* -- Sois sordos pues? Y tu Rafael?... Dormirá tal vez?... buenas noches. (*momento de silencio.*)

*Fer.* -- Ya marchó... si oh! Que afortunados somos!

*Isab.* -- Pero señor vos aquí y como habeis podido?

*Fer.* -- Mas tarde lo sabrás, tranquilizate amiga mia.

*Isab.* -- Pero y mi marido? Donde esta? responded por Dios.

*Fer.* -- En tu presencia.

*Isab.* -- Como! Vos mi marido!

*Fer.* -- Si bien mio, yo, Fernando el que te ama, el que consagrará todo el trance de su existencia, solo para labrar tu felicidad.

*Isab.* -- Pero decidme... (*la ventana se abre, y el Duque se presenta á la cima de una escala, con una linterna en la mano y la luz baña á Fernando é Isabel*)

*Duq.* --Oh! Gran Dios! Que es lo que veo? Fernando cerca de mi hija! *( Fernando é Isabel se separan, Isabel corre á su gabinete, y Fernando se escapa prr la puer-del fondo. )*

## ESCENA XV.

*El Duque solo, pasando la ventana. El teatro á media luz.*

*Duq.* --Pero donde estan? Ha sido una ilusion? Un sueño? Pero no, yo les he visto muy bien, con mis propios ojos, aquí juntos... y esta ventana abierta... esta escala.... Oh! Es un horror! El despecho embarga mi voz... el marido á los pies de mi sobrina... el amante á los de mi hija...! Esto es una infamia Dios mio! Que no pueda yo vengarme, que no haya un objeto cualquiera para poder sacrificarlo á mi encono. *( toma una campanilla de encima del tocador, la suena con rabia, y Mariquita comparece con traje de noche, y una antorcha en la mano. )*

## ESCENA XVI.

*El teatro á luz entera. Duque y Mariquita.*

*Mariq.*--*( á la puerta. )* Se puede entrar?

*Duq.* --Llegarás presto?

*Mariq.* — Señor Duque Ah! Los novios han tenido alguna novedad? (*el Duque quiere hablar, y la cólera le sofoca.*)

*Mariq.* — (*mirando el cuarto.*) Como! Nadie en el cuarto! No puedo comprender lo que pasa.

*Duq.* — (*tomándole del brazo.*) Mariquita.

*Mariq.* — (*asustada.*) Jesus, V. me asusta que le da á V.?

*Duq.* — Es necesario que inmediatamente me espliques este enredo, pronto, pronto, vamos.

*Mariq.* — Pero señor, si yo lo ignoro.

*Duq.* — Lo ignoras? No importa tu me lo esplicarás, ó del contrario... boto á brios...

*Mariq.* — Os lo diré sí, os lo diré todo: es una historia, ó mejor diré, un enredo de los mas caracoleados, y dificiles de entender. El uno me ha prometido una dote para entrar, el otro me dió una sortija para salir, lo que me induce á creer, que el amigo que hace el amante, no es el amante verdadero, y que el verdadero amante, es el amante que hace el amigo: si bien, que cuando el amante... no, quiero decir que cuando el amigo... si, ya decia bien, que cuando el amante...

*Duq.* — (*impaciente.*) Quieres hablar de una vez claro?

*Mariq.* — Lo mas claro es, que yo tengo la sortija; y que aguardo con impaciencia la dote.

*Duq.* -- Anda con mil demonios.

*Mariq.* -- Si señor sí... ( *va para salir.* )

*Duq.* -- Mariquita, traeme al momento, á mi hija.

*Mariq.* -- ( *volviendo.* ) Está muy bien señor. ( *va á salir.* )

*Duq.* -- Mariquita, busca á Rafael.

*Mariq.* -- ( *volviendo.* ) Está muy bien señor.

*Duq.* -- Mariquita, llama á mi sobrina, á Fernando, á toda la casa, á toda la villa, á toda la España... uf. ( *cae fatigado en el sillon, y en el momento en que Mariquita se dirige en el fondo para salir, entra la condesa con Rafael; y Isabel, sale de su gabinete.* )

## ESCENA XVII.

*Los mismos, la Condesa, Isabel, y Rafael. Rafael se pone á la izquierda del Duque, é Isabel á la derecha.*

*Duq.* -- ( *levantándose.* ) Ah! Estais aqui perjuros esposos! Temblad, que todo lo se.

*Raf.* -- ( *á la Condesa.* ) Es mucha fortuna, pues nos ahorramos el trabajo de contarselo.

*Duq.* -- ( *á Rafael.* ) Conozco vuestra conducta. ( *á Isabel.* ) Y la vuestra tambien, señorita.

*Raf.* -- ( *aparte.* ) Esto va segun parece de mal á peor.

*Duq.* -- (*á Rafael.*) Olvidar á su esposa? (*á Isabel.*) engañar á su marido? (*á Rafael.*) la noche de novios, (*á Isabel.*) la noche de bodas.

*Raf.* -- (*aparte.*) Bueno, bueno, no sabe nada segun se esplica?

*Duq.* -- Y que mis canas se vean manchadas, con la vergüenza y el escándalo!

*Raf.* -- Nada de escándalo, ni de vergüenza señor, todo lo que habeis visto, no se ha separado de lo natural.

*Duq.* -- Y todavia teneis la audacia de defenderos!

*Raf.* -- Ciertamente, y confiamos en vuestro jeneroso corazon, para ser perdonados cuando sabreis el hecho de la verdad.

*Duq.* -- Pues decid la verdad, decidla pronto.

## ESCENA XVIII.

*Los mismos, y Fernando cubierto con el capucho, como en el primer acto.*

*Raf.* -- (*enseñándole á Fernando que se acerca.*) Comprendeis ahora el engaño?

*Duq.* -- Y que significa esto?

*Raf.* -- (*descubriendo la cara á Fernando.*) Miradle señor Duque.

*Mariq.* -- Todo lo adiviné.

*Raf.* -- Quedais enterado? Todo lo sabiais, no es verdad?

*Duq.* -- Ciertamente que si, siempre me lo habia presumido.

*Fer.* -- Que yo amaba á vuestra hija?

*Raf.* -- Que á doña Silvia adoraba?

*Duq.* -- Oh! á mi nada me escapa, yo acabo de hacer vuestra felicidad sin que me quepa en ello la menor duda (*con viveza.*) y sin que podais vosotros dudarlo tampoco: he aqui del modo que manejamos los negocios nosotros los diplomáticos.

*Raf.* -- En efecto: y sobre todo ios españoles.

*Duq.* -- Ora bien, ya que himeneo.
Quiso uniros con su lazo,
Dadme todos un abrazo,
Que es todo lo que deseo.

*Mariq.* -- Todo el mundo se casó
Y tambien la señorita;
Mas la pobre Mariquita
Sin dote y novio quedó.

*Raf.* -- La ventana se cerró.

*Mariq.* -- Ya lo veo se ha cerrado;
Y en lance tan apurado,
Solo pide mi ambicion;

*Duq.* -- Que es lo que pide?

*Mariq.* -- El perdon,
De ese público ilustrado.

FIN.

# LA

# MÁSCARA RECONCILIADORA,

COMEDIA EN UN ACTO

*arreglada al teatro español*

POR

*DON VENTURA DE LA VEGA,*

y representada en el teatro del Príncipe.

COMPRA Y VENTA DE COMEDIAS.
CE DE S. MARTIN 2. MADRID

MADRID:
IMPRENTA DE REPULLÉS.
Julio de 1831.

| PERSONAS. | ACTORES. |
|---|---|
| Don Enrique. . . . . . | *Sr. Santiago Casanova.* |
| Don Cárlos. . . . . . . | *Sr. Cárlos Latorre.* |
| Doña Luisa. . . . . . . | *Sra. Gerónima Llorente.* |
| Doña Isabél. . . . . . . | *Sra. Concepcion Rodriguez.* |
| Rosa. | |
| Un Criado. | |

La escena es en Madrid en casa de doña Luisa.

*Esta Comedia es propiedad legítima de su Editor, quien rubricará todos sus ejemplares, y perseguirá ante la ley al que la reimprima.*

# LA
# MÁSCARA RECONCILIADORA.

*El teatro representa una sala , y á la izquierda la puerta de un gabinete.*

## ESCENA I.

DOÑA LUISA *y* ROSA.

*Lui.* ¿Rosa?
*Ros.* ¿Señora?
*Lui.* ¿No ha vuelto doña Isabél?
*Ros.* No señora. Creo que no vendrá hasta la hora de comer; tenia que ir á los Consejos, y luego...
*Lui.* ¡Pobrecilla! Hace mes y medio que está en Madrid, y apenas he podido verla. ¡Se ocupa tanto en su pleito!..
*Ros.* Y hace bien de ocuparse; en él pende toda su fortuna.
*Lui.* Es verdad; se arruinaria enteramente, y mucho temo...
*Ros.* ¡Pero que haya quien pueda pleitear con una muchacha tan bonita!

••

Vamos, es preciso que sea algun viejo, feo, gotoso...

*Lui.* Nada de eso: su contrario es un jóven muy amable. Ahora cabalmente es uno de mis adoradores: ya te he hablado de él estos dias.

*Ros.* ¿De quién, señora?

*Lui.* ¿No te acuerdas de lo sucedido en el baile de máscaras? Es el mismo don Cárlos.

*Ros.* ¿Y doña Isabél lo sabe?

*Lui.* No; no me ha parecido conveniente decírselo. Isabél le aborrece; y él, sin haberla visto jamas, está prevenido contra ella. No seria malo hacer que se viesen sin conocerse. Pero en quince dias que hace que dura la intriga del baile no se me ha ocurrido ninguna idea.

*Ros.* ¿Y á qué viene eso, ahora que don Cárlos está enamorado de usted?

*Lui.* ¡Enamorado! ¡Cómo! Si sabes que nunca me ha visto.

*Ros.* No importa, señora. Si le sedujo usted con la careta, ¡qué será cuando la vea á usted! Y el pobre don Enrique va á desesperarse de nuevo.

*Lui.* Hará mal; yo le amo; pero tambien me gusta divertirme.

*Ros.* Y agradar.

*Lui.* Y si no fuese asi ¿seria yo muger? Somos tan inclinadas á parecer bien, que.... nuestra conveniencia ciertamente nos lo inspira. Agradar á todos los hombres es el mejor medio de asegurar la persona que amamos. Un poco de inquietud aviva el amor, al paso que la seguridad lo apaga; y un amante se cansa muy pronto de la que no le atormenta jamas. ¿Qué dices de esto?

*Ros.* Digo que el señor don Enrique la amará á usted mucho tiempo.

*Lui.* (1) Asi lo espero.

*Ros.* Es verdad que su genio le aumenta los disgustos. ¡Es tan zeloso, tan arrebatado!

*Lui.* Sin embargo, en esta ocasion no lo hago por mortificarle. Solo el deseo de reconciliar á Isabél con... ¿Qué es eso?

## ESCENA II.

*Dichas y un* Criado.

*Cri.* Una carta para usted; y que espera la respuesta.

*Lui.* Dámela. Dí que espere.

(1) *Riendo.*

## ESCENA III.

Doña Luisa *y* Rosa.

*Lui.* Es de don Cárlos. — ¡Y ya sabe mi nombre! —Leamos. —"¿Me perdonará usted, Luisita, el haber faltado á la promesa que le hice de no empeñarme en conocerla? Al fin he sucumbido á mis deseos, y sé quién es usted. Dentro de poco espero conocer á una persona que mi imaginacion me pinta tan encantadora. Pero ¡cuán dulce me seria que tan amable entrevista no fuese una sorpresa para usted! ¡Cuán feliz seria yo si mereciese la dicha de poder presentarme en su casa! ¿Podré esperar, Luisita, que me lo permitirá usted, y que no me obligará á obtener de la casualidad una dicha, que para ser completa necesita la aprobacion de usted? B. S. P. &c.— Cárlos de Lara."— Pide permiso para venir. Si se lo niego, ya se ve, no lograremos que se vean jamas. Pero ¿cómo me he de componer para anunciar á Isabel que va á ver á don Cárlos?

*Ros.* ¿No responde usted?

*Lui.* Espera. La idea es escelente. Si se pudiera... Pero no es posible.—¿Y por

qué no? Yo estaba con la careta, y... ademas, todo puede pasar por un chasco de Carnabal. Al menos lograré que se vean. ¿Y quién sabe si esta entrevista lo compondrá todo? Sí, sí. Démos principio á la intriga. — (1) "Señor don Cárlos: por varias razones, que no puedo manifestar á usted por ahora, no me es posible recibirlo bajo su verdadero nombre. Si usted quiere presentarse en mi casa bajo el nombre de don Fernando de Aguilar, desde ahora tendré mucho gusto en admitir á usted. B. S. M. &c."— Dale esta carta.

ESCENA IV.

DOÑA LUISA.

Mi determinacion es sin duda un poquillo imprudente; pero mi intencion merece disculpa. Mientras mas pienso en ello, mas me alegro de haber tenido tan feliz idea. ¿Y bien?

(1) *Escribe.*

## ESCENA V.

DOÑA LUISA *y* ROSA.

*Ros.* Ya marchó. ¿Parece, señora, que ha quedado usted satisfecha de su correo?

*Lui.* Sí. Espero un buen resultado.

*Ros.* ¿Con que va usted á recibir al señor don Cárlos?

*Lui.* No: al señor don Cárlos no: es al señor don Fernando de Aguilar. ¡Cuidado, no lo eches á perder!

*Ros.* ¿Cómo?

*Lui.* Le he exigido para venir que cambie de nombre. ¿Crees que consentirá en ello?

*Ros.* ¡Pues no lo he de creer, si la ama á usted!

*Lui.* Sí; pero yo quiero que ame á otra.

*Ros.* ¡Ah! Eso será mas dificil.

*Lui.* ¡Qué disparate! Don Cárlos está dispuesto á enamorarse. Le he parecido amable; me cree hermosa: Isabél reune las dos cualidades; con que bien puede ocupar mi lugar sin que destruya la ilusion.

*Ros.* Pero qué; ¿usted quiere?..

*Lui.* Que la vea, que la hable sin conocerla, y que ella concluya lo que yo he empezado. Si se logra mi plan,

hago la dicha de mi amiga. Si no se logra conservo un adorador; y esto para una muger siempre sirve de consuelo.

*Ros.* ¿Pero doña Isabelita querrá...

*Lui.* Eso es lo que mas me inquieta; y no sé cómo componerme para hacerla consentir en mi proyecto. Ademas, ya tengo riña con Enrique.

*Ros.* Eso es lo de menos. Si estuviéramos tan seguros de doña Isabél como...

*Lui.* Aqui viene. Déjanos.

## ESCENA VI.

Doña Isabel *y* Doña Luisa.

*Lui.* ¿Qué tal? ¿Trae usted buenas noticias?

*Isa.* Nunca he tenido una mañana mas incómoda. ¡Tantas visitas, tantas diligencias inútiles! ¡Ay, Dios mio! Este desgraciado pleito me ha de quitar la vida.

*Lui.* ¿Y qué dicen los abogados?

*Isa.* ¿Hay acaso quien los pueda entender? Unos me dan esperanzas, tal vez demasiado lisonjeras: otros me las hacen perder enteramente: no se sabe á quién creer; y sin embargo se trata

nada menos que de mi fortuna. Si don Cárlos gana el pleito me arruino del todo. ¡Don Cárlos! Hasta su nombre aborrezco.

*Lui.* Pero, si mal no me acuerdo, la verdadera culpa no es suya. Su padre fue el que puso este pleito á su marido de usted. Yo no estoy muy enterada del asunto: como desde que salimos del colegio hemos vivido siempre separadas...

*Isa.* Aunque siempre nos hemos tratado con bastante confianza, me he guardado bien de hablar á usted en mis cartas de una cosa tan poco agradable: conocia bastante su corazon y el cariño que me tenia. Por otra parte, usted vivia dichosa en Madrid, unida á un hombre que la amaba; y yo no debia turbar su tranquilidad y su alegría haciéndola partícipe de mis desgracias.

*Lui.* Pero al principio pudo muy bien arreglarse esta desavenencia.

*Isa.* No lo crea usted. Mi marido era ya de bastante edad, y muy testarudo; y el padre de don Cárlos por el mismo estilo. Cuando este murió, su hijo, que se hallaba viajando, envió sus poderes para que continuasen el pleito; y cuando murió mi marido, ya habia-

mos perdido una sentencia. Ya sabe usted que por contrato de matrimonio me habia asegurado todos sus bienes, y por consiguiente me vi obligada á continuar este pleito, del que depende una gran parte de ellos. Cuando supe que iba á darse la sentencia definitiva, las instancias de mi abogado, y mas que todo el deseo de ver á mi mejor amiga, me hicieron emprender este viaje. Ahora estoy aqui esperando mi suerte; pero la costumbre de vivir en el campo entre placeres sencillos é inocentes, el tédio que me causa el bullicio de la corte... todo me hará menos sensible la pérdida de los bienes. Le confieso á usted que la idea de vivir con poco caudal no me ha entristecido jamas.

*Lui.* No importa. Yo hubiera hecho alguna tentativa con don Cárlos. Quién sabe. Hace quince dias que está de vuelta en Madrid.

*Isa.* Ya lo sé.

*Lui.* ¿Le conoce usted?

*Isa.* No; no nos hemos visto jamas; y le aseguro á usted que es un hombre que desearé encontrar lo menos que pueda, sobre todo desde que el marqués me comprometió con él del mo-

do mas desagradable. Creo que le he escrito á usted algo sobre esto.

*Lui.* Sí: algo.

*Isa.* Figúrese usted que el marqués... Usted conoce al marqués de la Rivera.

*Lui.* ¿Pues no lo he de conocer? Él era quien pretendia que mudase yo de estado, y quiso adelantarse á hacerme proposiciones para ello, hasta arreglar mi segundo casamiento, que no se efectuó.

*Isa.* Sí; tiene la manía de casar á todo el mundo. Cuando murió mi marido se le puso en la cabeza escribir á don Cárlos ofreciéndole mi mano para terminar nuestras desavenencias; y todo esto sin contar conmigo: no me dijo una palabra hasta que habia enviado la carta.

*Lui.* ¿Y qué resultó?

*Isa.* Parece que la respuesta no fue muy lisonjera para mí, porque jamas me la quiso enseñar: pretestó que la carta se le habia perdido... ¡Mire usted qué escusa!

*Lui.* Y usted cree que el marqués cometió la imprudencia de hacer á don Cárlos una proposicion formal?

*Isa.* Él dice que no; pero yo le conozco; y crea usted que fue un pasage

que me incomodó mucho.

*Lui.* ¿Y por qué? Si don Cárlos hubiera visto á usted, sin duda hubiera sido otro el resultado.

*Isa.* Ya: usted quiere consolar mi amor propio.

*Lui.* No: estoy cierta... Pero aqui está Enrique.

## ESCENA VII.

*Dichas y* Don Enrique.

*Enr.* Ustedes me perdonarán si soy tal vez indiscreto.

*Isa.* Al contrario; no podia usted llegar á mejor ocasion. Estábamos hablando de mi pleito, y estoy ya tan fastidiada, que de buena gana mudaria de conversacion.

*Lui.* ¿Viene usted hoy á hacernos compañía?

*Enr.* Si usted me lo permite...

*Lui.* Sí: yo no pienso salir; espero algunas gentes á comer.

*Enr.* Sí; pero todavia es temprano, y tenemos tiempo de estar solo los tres: hé aqui la sociedad que á mí me encanta. Es una dicha que consigo tan raras veces... ¡Ah! ¡Si tuviéramos un

mismo gusto, cuánto le fastidiaria á usted ese gran mundo que tanto le agrada!

*Lui.* ¡Y qué quiere usted! La sociedad me gusta, me divierte...

*Enr.* Yo por mi parte no me divierto cuando padezco.

*Lui.* ¿Y por qué padece usted?

*Enr.* Isabelita, que es su amiga de usted, y que sabe hasta qué estremo la adoro, puede ser nuestro juez. ¿Puedo yo ser feliz cuando se pasan á veces ocho dias sin merecer de usted ni una palabra, ni una mirada? Yo vengo aqui constantemente tres veces al dia; ya lo ve usted. La señorita está fuera siempre. En fin, si despues de recorrer los teatros y las tertulias llego á encontrarla, ni aun se digna mirarme. Siempre la hallo rodeada de una multitud de gentes, que apenas puedo penetrar; en vano la suplico que me oiga; menos caso hace de mí que del primer desconocido que se le acerca. Parece que yo debia huir de un espectáculo que tanto me atormenta; pues no señor: no sé que maldito impulso me detiene allí. Yo no me muevo de mi sitio hasta que la veo salir, y me meto en mi casa desesperado y

rabiando. Aqui tiene usted mi vida.

*Isa.* ¿Pero por qué se atormenta usted de ese modo?

*Lui.* Y siendo eso asi, querido Enrique, ¿cómo desea usted casarse conmigo?

*Enr.* ¡Ah! ¡Cómo lo deseo! Porque la amo á usted, porque la adoro. Ademas, yo espero que con el tiempo, y mi cariño...

*Lui.* (1) Y tal vez los mandatos de un marido...

*Enr.* Jamas: siempre seré su amante de usted.

*Lui.* Enrique, es usted muy amable; y si alguna vez me caso será con usted.

*Enr.* ¡Ah! No me deje usted en una incertidumbre que me desespera; corone usted mi dicha, y fije el dia.

*Isa.* Sí: yo uniré mis súplicas á las suyas. ¡Cuánto placer me daria que se verificase esta union antes de mi marcha!

*Lui.* Todavia me parece muy pronto.

*Enr.* ¡Cómo! ¿Quiere usted esperar á que tengamos sesenta años para casarnos?

*Lui.* No tanto; pero yo me conozco. Soy un poco viva de genio; tal vez algo coqueta. Usted es zeloso, arrebatado.

(1) *Sonriéndose.*

Estos son defectos que el tiempo debe correjir; con que no será malo esperar un poco.

*Enr.* Soy zeloso, es verdad; pero cuando me halle tranquilo y feliz, verá usted en mí otro hombre.

*Lui.* No lo creo: es usted incapaz de mudar de genio: la menor cosa le irrita á usted de un modo... No hace dos dias que estaba usted furioso porque le hablé de aquel jóven que me sirvió de diversion en el baile de máscara.

*Enr.* ¿Pero por qué me ocultó usted que iba al baile?

*Isa.* Ya sabe usted que eso siempre se oculta.

*Enr.* Ademas, ¿cómo tendria yo calma para oirla alabar el talento y la figura de un desconocido? ¡Ah! — Y todavia no me ha dicho usted cómo se llama.

*Lui.* Se llama don Fernando de Aguilar.

*Enr.* ¡Aguilar! Nunca lo he oido nombrar.—Algun aventurero.

*Lui.* Nada de eso. Conozco mucho á su familia; y aun tiene unas haciendas junto á las mias.

*Enr.* Enhorabuena; pero esa no es razon para irle siguiendo en cinco ó seis bailes.

*Lui.* ¡Irle siguiendo!.. Vaya, que tiene usted un modo de esplicarse...

*Enr.* Pues bien; dejarse seguir de un jóven á quien no se conoce, que no es visita, y que...

*Lui.* Hoy debe venir.

*Enr.* ¿Se burla usted?

*Lui.* No por cierto. Le estoy esperando.

*Enr.* ¿Y quién le presenta?

*Lui.* Él solo.

*Enr.* ¡Cómo!.. ¿Ha venido ya?

*Lui.* No; pero me ha escrito.

*Enr.* ¡Y usted le ha respondido! ¡Y usted le recibe! — Pero, diga usted, Isabelita, ¿no tengo razon para volverme loco?

*Isa.* ¿Otra riña?

*Lui.* ¿Qué encuentra usted en eso de particular?

*Enr.* Dígole á usted que no he visto cosa semejante. Y ese jóven tratará este asunto como una intriga.

*Lui.* ¡Una intriga! ¡Me gusta la espresion.

*Enr.* Perdone usted. Pero si le parece que para darla gusto es necesario...

*Lui.* Para darme gusto es necesario no fastidiarme.

*Isa.* Luisa...

*Enr.* Ya lo ve usted. Nada permite á un hombre que la ama tan tiernamente.

*Lui.* Su amor de usted me fastidia.

*Enr.* Me alegro mucho. — Pues bien, señora; no la fastidiaré á usted mas.

*Lui.* Lo celebraré.

*Enr.* Asi como asi, tambien yo estoy cansado de aguantar; y quiero tomar mi determinacion.

*Lui.* Ya hace tiempo que debia usted haberla tomado.

*Enr.* Por fortuna no es tarde. Quiero romper mis cadenas; quiero vivir tranquilo, feliz.

*Lui.* Muy bien pensado.

*Isa.* Vaya, no sean ustedes niños. Luisa, conténtele usted.

*Lui.* ¿Para qué? El señor hace perfectamente. No hace mucho que lo estaba yo diciendo. Si nosotros no podemos convenirnos jamas.

*Enr.* A lo menos por esta vez no negará usted que mis zelos son fundados.

*Lui.* Lo concedo.

*Enr.* Y si se debe compadecer á un zeloso, se debe huir de una coqueta.

*Lui.* Huya usted.

*Enr.* Sí señora, huiré. Este último rasgo me abre los ojos. Conozco mi debilidad. Dejo el campo libre al señor don Fernando; y me despido de usted para siempre.

## ESCENA VIII.

Doña Isabel *y* Doña Luisa.

*Isa.* ¡Enrique! — Que se va.

*Lui.* Que se vaya.

*Isa.* Ha hecho usted muy mal. ¿Por qué consiente usted en recibir á ese jóven?

*Lui.* ¿Y por qué no lo he de recibir? ¿Me he de enterrar por dar gusto al señor don Enrique?

*Isa.* No; pero un amante tan tierno, tan sincero, bien merece algun sacrificio. ¿Y si no vuelve mas?

*Lui.* ¿Y qué quiere usted que le haga?

*Isa.* Imagine usted algun pretesto para no recibir á don Fernando.

*Lui.* Ya no es posible. Cómo quiere usted que despues de permitírselo...

*Isa.* ¡Y qué importa! Usted no tiene interés alguno con él.

*Lui.* Es verdad, ninguno; pero don Fernando es un jóven muy distinguido, estimado en Madrid, y yo no puedo hacerle semejante desaire. Ademas, el carácter zeloso de Enrique es tan conocido, que esta reserva de mi parte nos pondria en ridículo á los dos.

*Isa.* ¿Y qué haremos?

*Lui.* No lo sé.

*Isa.* ¿Quiere usted que le escriba?

*Lui.* ¿A don Fernando?

*Isa.* No; á Enrique.

*Lui.* ¿A Enrique? No haga usted tal cosa: eso seria confesarme culpada. Ademas, está prevenido contra mí, cree que don Fernando me agrada, y todo lo que usted le dijera seria inútil.

*Isa.* La compadezco á usted.

*Lui.* Le confieso á usted que siento mucho haber llevado la cosa hasta este estremo.

*Isa.* (1) Daria cuanto tengo por sacarla á usted de su apuro.

*Lui.* Solo un medio hay de tranquilizarlo, y hacerle ver que don Fernando me es del todo indiferente.

*Isa.* ¿Cuál es?

*Lui.* Usted podria hacerme un gran favor, porque, en fin, yo amo á Enrique, y si le perdiera me moriria de pena.

*Isa.* ¿Y qué puedo yo hacer? Hable usted.

*Lui.* Temo abusar de su bondad de usted.

*Isa.* ¡Qué disparate! Yo me determino á todo, con tal de verlos á ustedes reconciliados.

(1) *Despues de reflexionar.*

*Lui.* (1) Es que el medio...
*Isa.* Vamos.
*Lui.* No me atrevo á decirlo. Va usted á decir que no; y sin embargo, es la sola esperanza que me queda.
*Isa.* Hable usted.
*Lui.* Si consintiese usted en recibir á don Fernando en lugar mio...
*Isa.* ¡Yo!
*Lui.* Sí, usted misma, tomando mi nombre.
*Isa.* Amiga mia, ¡cómo quiere usted que yo haga eso!
*Lui.* No es posible que don Fernando esté enamorado; aquello no fue mas que una broma, y el Carnabal lo disculpa todo. Logramos desengañar á Enrique, usted me vuelve mi amante, y al mismo tiempo nos divertimos.
*Isa.* Y usted cree que Enrique...
*Lui.* ¿Qué prueba mayor puedo darle de mi indiferencia hácia don Fernando? Ya que no cree en mis palabras, es preciso convencerle con hechos. ¡Ah! ¡Cuánto lo agradeceré! ¿Conviene usted en ello?
*Isa.* No, Luisa; no puedo. ¿No ve usted que ese jóven, teniéndome por usted,

(1) *Riendo.*

va á hablarme de amor.

*Lui.* Y bien; le responde usted.

*Isa.* ¿Y cree usted que se dejará engañar, y que no conocerá al momento...

*Lui.* Imposible. Nosotras con el dominó somos poco mas ó menos del mismo cuerpo: ademas, cuando le hablaba en el baile finjía la voz, y nunca logró verme sin careta. ¿Cómo quiere usted que conozca nada?

*Isa.* Pero es una broma tan pesada...

*Lui.* ¡Qué disparate! No pasa de ser un chasco.

*Isa.* Bien; pero...

*Lui.* Dará usted gusto á su mayor amiga. Vamos, decídase usted.

*Isa.* Estoy segura de hacer una tontería, y sin embargo...

*Lui.* ¿Consiente usted, no es verdad?

*Isa.* Se trata de la dicha de Enrique. Me resuelvo.

## ESCENA IX.

*Dichas y un* Criado.

*Cri.* El señor don Fernando de Aguilar.

*Lui.* Que pase adelante (1). —Amiga, yo la dejo á usted.

(1) *Vase el criado.*

*Isa.* ¡Cómo! ¿Se va usted?
*Lui.* Luego volveré á ayudarla á usted.
*Isa.* Sin decirme una palabra acerca de ese jóven, sin instruirme en nada... ¡Qué aturdimiento! Ya está aqui. Yo estoy temblando.

## ESCENA X.

DOÑA ISABEL *y* DON CARLOS.

*Cár.* Tal vez abuso con demasiada prontitud de la bondad de usted; pero la impaciencia en que me hallaba disculpa mi indiscrecion. Ya ve usted que he obedecido sus órdenes con el mayor rigor; y aunque hubieran sido mas rigorosas, jamas creeria pagar á usted la dicha de verla. — (¡Es divina!)
*Isa.* (1) Yo debo felicitarme de que una curiosidad tan natural me proporcione el gusto de conocer á usted.
*Cár.* ¿Cree usted que solo la curiosidad ha podido dictarme esta determinacion?
*Isa.* Ya veo que siempre se desea conocer á la persona con quien se ha tenido broma en la máscara. El misterio tiene algo de interesante. Siempre nos

(1) *Sonriéndose.*

formamos una idea demasiado lisonjera de la persona que hemos visto disfrazada, la imaginacion se escede, y...

*Cár.* Por mucho que se haya escedido la mia, no ha podido acercarse á la realidad. La primera vez que tuve la dicha de encontrar á usted en el baile me encantó la elegancia de usted y la dulzura de su voz, que ahora reconozco perfectamente, aunque entonces tuvo usted buen cuidado de finjirla.

*Isa.* (1) ¡Ah! ¿Usted reconoce mi voz?

*Cár.* La hubiera reconocido entre mil. Seducido por los atractivos que una máscara zelosa no podia ocultarme, la imaginacion, como usted acaba de decir, suplia el resto. Yo me figuraba unas facciones que se parecen mucho á las de usted; pero sin embargo les faltaba esta gracia, esta alma que ahora encuentro.

*Isa.* De ese modo, si usted me hubiera encontrado por casualidad en cualquiera parte, ¿cree usted que me hubiera conocido?

*Cár.* ¡Ah! Sin duda alguna. ¿Cuánto no he hecho yo, aunque inútilmente, por conseguirlo? Quince dias hace que

(1) *Riéndose.*

estoy recorriendo sin cesar las tertulias, los bailes, los teatros, sin poder jamas encontrar una sola persona que se pareciese á usted. ¡Pero qué! ¿No va usted á ninguna parte?

*Isa.* Al contrario. Yo soy muy amante de las diversiones. Por mas que digan de Madrid, á mí me gusta mucho.

*Cár.* ¡Madrid! ¡Oh! Es donde se debe vivir. Lo restante de España que yo he recorrido no ofrece nada que se le parezca. ¡Qué provincias! ¡Ah! ¿Cree usted que se pueda vivir en las provincias?

*Isa.* A mí todo me gusta. Yo he pasado lo mejor de mi vida en compañía de un amigo anciano, á quien consideraba como un segundo padre, y viviendo sola con él en medio de la soledad no he tenido un instante de tristeza.

*Cár.* ¡Ah! ¡Cuánto envidio la suerte de ese amigo cuya soledad llenaria usted de encantos! Y sin embargo, dice usted que era anciano, y que solo le inspiraba la amistad. ¡Qué hubiera sido si el amor...

*Isa.* El amor se hubiera concluido.

*Cár.* ¿Lo cree usted asi?

*Isa.* Sin duda. Cuando dos personas se aman, y se consagran mútuamente to-

dos los instantes de su vida, sin disfrutar de las distracciones del mundo, es una felicidad para ellos que el sentimiento que los une sea tranquilo, y esté al abrigo de toda mudanza. El amor se apaga. ¡Y qué de recuerdos, qué de pesares vienen luego á turbar una union cuyos principios fueron demasiado dulces! Jamas se desea la dicha que se ignora; pero ¡cómo renunciar á ella despues de haberla conocido!

*Cár.* Segun eso, señora, no cree usted en las pasiones constantes.

*Isa.* Ríase usted de pasiones.

*Cár.* ¡Pero qué! ¿Nunca ha amado usted?

*Isa.* Esa pregunta...

*Cár.* Perdone usted. Pero si supiera hasta qué estremo me siento interesado...

## ESCENA XI.

*Dichos y* Doña Luisa.

*Lui.* Querida, estoy desesperada; no se puede cantar el duo esta noche.

*Cár.* (¡Maldito contratiempo!)

*Lui.* (Le incomoda mi venida.)

*Isa.* Permita usted que le presente al señor don Fernando de Aguilar.

*Lui.* ¡Cómo! ¡Aguilar! Conozco mucho á sus parientes.

*Cár.* Mis parientes, señora...

*Lui.* Su tio de usted era intimo amigo de mi padre. ¿Vive todavia?

*Cár.* (No sé qué decirla.) — No señora; murió.

*Lui.* Cuánto lo siento.

*Isa.* (¡Qué disparates!)

*Lui.* No puedo olvidar la ocurrencia del duo, Si hubiera alguno que quisiese acompañarme. Ah, señor don Fernando, ¿sabe usted la música?

*Cár.* Muy poco, señora.

*Lui.* ¿Pero usted cantará?

*Cár.* Estoy algo ronco.

*Lui.* Pues señor, paciencia: acompañaré á ustedes hasta la hora del concierto.

*Cár.* (A Dios; ya la tenemos encima.)

*Lui.* (1) Parece que le he puesto de mal humor. ¡Qué ojos me echa!

*Isa.* (2) Nada de eso.

*Lui.* (3) ¿Qué le parece á usted?

*Isa.* (4) Muy amable.

*Lui.* (En ese caso haremos las paces.) —

(1) *Aparte á Isabél.*
(2) *Aparte á Luisa.*
(3) *Aparte á Isabél.*
(4) *Aparte á Luisa.*

¡Jesus! ¡Qué aturdimiento! Ya me olvidaba de que tengo que hacer dos visitas.

*Cár.* (Respiremos.)

*Lui.* Espero encontrar aqui al señor á mi vuelta. Sin duda comerá con nosotros.

*Isa.* Yo no sé si el señor está ya comprometido.

*Cár.* (1) No señora; nada de eso: estoy enteramente libre, y acepto con el mayor gusto.

*Lui.* Siento mucho dejar á ustedes.—Estas visitas me enfadan.

*Isa.* (2) ¡Cómo!.. ¿Va usted á salir?

*Cár.* Quizá cumplirá usted con dar una targeta.

*Lui.* Mucho me alegraré. Nada encuentro tan necio como estos deberes de sociedad, que nada significan: estas visitas de cumplido, que fastidian tanto á los que las hacen como á los que las reciben. Suele uno interrumpir á personas que se alegrarian de estar solos.

*Cár.* Si: eso sucede algunas veces.

*Lui.* Se incomoda una para ir á incomò-

(1) *Con viveza.*
(2) *Aparte á Luisa.*

dar á otros. — Pero yo con mis reflexiones me voy deteniendo. — Amiga, hasta luego: volveré lo mas pronto posible (1).

## ESCENA XII.

Doña Isabel *y* Don Carlos.

*Isa.* Es muy amable.
*Cár.* Asi parece.
*Isa.* (2) Muy elegante, muy bonita.
*Cár.* No la he mirado con atencion; pero de todos modos debo darle gracias: á no ser por ella hubiera tenido que dejar á usted muy pronto, y le debo la dicha de pasar algunas horas á su lado. — Sin embargo, su llegada no me gustó mucho: vino á interrumpir nuestra conversacion. Me parece que estábamos en una pregunta que le hacia yo á usted.
*Isa.* Y á la cual no queria yo responder.
*Cár.* Sin duda era algo atrevida; pero acuérdese usted de que nuestro conocimiento no empieza hoy. Tendré un gran sentimiento de que haya usted

(1) *Vase, saludando á don Cárlos.*
(2) *Con intencion.*

olvidado nuestras conversaciones del baile. Yo las tengo todas presentes.

*Isa.* Yo por mi parte confieso que necesitaria un memorion estraordinario...

*Cár.* Lo creo; á usted no le causaban tanto interés como á mí; esta es la razon por qué yo no he olvidado una sola palabra. Sin embargo, una cosa me ha chocado.

*Isa.* ¿Y qué cosa?

*Cár.* Con la máscara creo haber notado en usted una estraordinaria viveza.

*Isa.* ¿Y me encuentra usted ahora menos viva?

*Cár.* Sí señora. Entonces me acuerdo que hablaba usted casi á un tiempo de mil cosas distintas. Pero lo que mas me agradaba eran las ocurrencias felices que tenia.

*Isa.* No siempre se conserva el mismo buen humor.

*Cár.* ¡Ah! ¡No le eche usted de menos! ¡Cuánto mas prefiero ya eso mezcla de juicio y sensibilidad, que da un encanto inexplicable á sus discursos de usted! ¡Cuántas mugeres se encuentran de talento, instruidas, de buena conversacion, y cuán pocas verdaderamente amables! Las unas escitan nuestra admiracion; pero las otras

nuestro cariño. En fin, yo, hasta este momento, no habia podido juzgar mas que de su talento de usted; pero ahora creo haber juzgado tambien de su corazon.

*Isa.* Usted me lisonjea.

*Cár.* No señora; digo la verdad. Tal vez cuando la ví en la máscara la diria algunas cosas de puro cumplimiento; pero ahora que la veo, y que la conozco á usted mas, es mi corazon el que habla. Yo me alegraria que tomase usted por un instante aquella máscara que tanto he maldecido; y tal vez me animaria á decirla mil cosas que no me atrevo á esplicar... (¡Otro tenemos!)

## ESCENA XIII.

*Dichos y* Rosa.

*Isa.* ¿Qué quiere usted, Rosa?

*Ros.* (1) Dice mi señora que venga usted por un momento á su gabinete, que tiene que hablarla antes de comer.

*Isa.* (2) Voy allá. — Permítame usted

(1) *Aparte á Isabél.*
(2) *Aparte á Rosa.*

que le deje por algunos instantes: aqui tiene usted libros.

*Car.* Como no contaba con el honor de acompañar á usted á la mesa, admití un convite en casa de mi abogado. Usted me permitirá que pase á avisarle, y vuelva.

## ESCENA XIV.

### Don Carlos (1).

¡Oh! Es temprano; aun no habrá ido á su casa. — ¡Pues señor, yo estoy enamorado. Jamas he hallado una muger que me guste tanto como esta. ¡Qué talento! ¡Qué gracia! Vamos, no crei que fuera tan celestial. ¡Y cuánto me han dicho de su aturdimiento, de su coquetería! Todo falso, falsísimo. Es hermosa, sensible... En fin, en sí reune prendas apreciables. Será feliz el que llegue á ser su esposo. ¿Y por qué no he de serlo yo? Mi familia me está fastidiando con que me case; y yo no podia hacer mejor eleccion. Luisa es noble, rica, jóven... Sí; pero... ¡cuántos rivales habrá! Con todo, no

(1) *Saca el relox.*

creo que esté comprometida. Las personas que me han informado de ella me lo hubieran dicho. Ademas, me recibe bien, y yo creo que podré agradarla como otro cualquiera. Esta idea me consuela: ya veo que nuestro casamiento no es tan imposible. La conveniencia, el gusto, todo se reune. Sí, es preciso decidirme. Voy á hablarla con formalidad. Pero... ¿quién viene? ¡Calla, es Enrique!

## ESCENA XV.

*Dicho y* Enrique.

*Enr.* ¡Cárlos! ¿Desde cuándo en Madrid?

*Cár.* Hace quince dias, poco mas ó menos; pero he gastado el tiempo en mil diligencias. Mucho celebro que la casualidad nos junte aqui.

*Enr.* No sabia yo que tú vinieses á esta casa.

*Cár.* Hoy vengo por la primera vez; pero no me llames Cárlos.

*Enr.* ¡Cómo!

*Cár.* En esta casa me llamo don Fernando de Aguilar.

*Enr.* ¿Y por qué razon?

*Cár.* Lo ignoro. Doña Luisa lo ha exijido asi. Tú no sabes mi aventura: ¡es muy particular!

*Enr.* ¡Hola!

*Cár.* Tú eres mi amigo, y debo contártela. Has de saber que yo encontré á doña Luisa en el baile de máscara; su talle, su elegancia, todo lo que ví en ella me encantó. Trabamos conversacion, y fui bien recibido. En otros cinco ó seis bailes la volví á encontrar, pero ignoraba su nombre, hasta que por fin, á pesar de su resistencia, averigüé quién es, y la escribí esta mañana, pidiéndole permiso para presentarme en su casa. Y aqui tienes la respuesta.

*Enr.* (1) ¡Pérfida! Pero, ¿cuál puede ser el motivo que tenga para hacerte mudar de nombre?

*Cár.* ¿Y qué me importa? Yo he consentido en ello, no le dudes, te lo confieso, con tal de venir. Tú, que la conoces, puedes juzgar si su presencia ha debido aumentar mi amor. Estoy loco, perdido; me caso con ella.

*Enr.* ¡Hola! ¿Te casas con ella?

*Cár.* Estoy decidido.

(1) *Aparte, despues de haber leido.*

*Enr.* ¿Y sabes si ella te ama?

*Cár.* Hombre, sin vanidad puedo lisonjearme de que cuando menos no la desagrado. Ya ves, consiente en recibirme á mi primera insinuacion; me escucha con la mayor amabilidad... ¡Cuánto me alegro de que la conozcas! ¿Tienes franqueza en la casa?

*Enr.* Vengo todos los dias.

*Cár.* Tanto mejor; podrás hacerme un favor.

*Enr.* ¿Qué cosa?

*Cár.* Hablarla por mí.

*Enr.* ¡Cáspita! Háblala tú mismo.

*Cár.* Hombre, ¿no harás esto por un amigo?

*Enr.* Absolutamente.

*Car.* ¿Crees que este casamiento no me conviene?

*Enr.* Que te convenga, ó que no te convenga, no cuentes conmigo.

*Cár.* Pero esplícate, Enrique. ¿Qué significa ese. .

*Enr.* Significa, que se equivoca usted si espera que yo haga en este negocio el menor papel; que estoy yo mismo enamorado de Luisa; que hace diez y ocho meses que me corresponde; y que tengo muy fundadas esperanzas de obtener su mano; que la conozco

por la mas coqueta de las mugeres; pero que no puedo renunciar á su amor: esto significa. ¿Lo quiere usted mas claro?

*Cár.* No: ya te has esplicado alguna cosilla. ¿Con que estás seguro de que te ama?

*Enr.* Usted tambien dice que lo está.

*Cár.* Sí señor; puede muy bien que haya cambiado.

*Enr.* Me gusta el consuelo.

*Cár.* Pues hombre, ¿quieres que pierda la esperanza?

*Enr.* ¿Con que á pesar de mi franqueza insiste usted en sus pretensiones?

*Cár.* Enrique, la amistad no debe nunca exijir que se le sacrifique el amor.

*Enr.* Bien; pero yo le digo á usted que me es imposible vivir sin Luisa.

*Cár.* Y á mí tambien.

*Enr.* Será necesario que uno de los dos tome un partido.

*Cár.* Luisa elejirá. Si te prefiere á tí, tan amigos como antes: si me prefiere á mí...

*Enr.* Eso no será sin que yo se la dispute á usted.

*Cár.* Como quieras, puesto que no atiendes á razones. Pero haya paz, y dejemos á Luisa enteramente libre en su

eleccion. Voy á un negocio, y vuelvo antes de un cuarto de hora. Prométeme guardar mi secreto, á lo menos hasta que yo vuelva.

*Enr.* Pero...

*Cár.* Lo exijo de tu amistad, de tu honor.

*Enr.* ¿Acaso te mandé yo que me lo dijeras?

*Cár.* La casualidad te ha favorecido, y no creo que seas capaz de abusar de ella.

*Enr.* No sé si podré callar mucho tiempo.

*Cár.* A lo menos espera á que yo esté presente, y pueda justificarme de mi indiscrecion. Hombre, ¿no podrás contenerte un cuarto de hora?

*Enr.* Bien; corriente.

*Cár.* (1) Mira, mejor quisiera que no la vieses. ¿Quieres venir conmigo?

*Enr.* No, no: no tengas cuidado.

*Cár.* ¿Pero si ella te pregunta...

*Enr.* No la responderé. Marcha.

*Cár.* Voy volando, y vuelvo. ¡Malditos negocios!

(1) *Va y vuelve.*

## ESCENA XVI.

DON ENRIQUE.

¡Cómo podré contenerme! ¡Pérfida! Pero no, no quiero hablarla hasta que vuelva Cárlos. Veremos cómo sostiene mi vista en presencia de mi rival. Y no hay duda, me engaña: mis temores, mis sospechas se han verificado: me engaña.

## ESCENA XVII.

DON ENRIQUE *y* DOÑA ISABEL.

*Enr.* ¡Ah! Isabél, venga usted, y vea aquí al mas desgraciado de los hombres.

*Isa.* ¡Cómo! ¿Pues qué ha sucedido?

*Enr.* ¡Ah! No dirá ahora esa pérfida que mis zelos son injustos. Ya no son sospechas, no señora; hay certidumbre, terrible certidumbre. Acabo de saberlo todo del señor don Cárlos de Lara.

*Isa.* ¿Qué dice usted de don Cárlos de Lara?

*Enr.* Si señora, acabo de encontrarle

aqui mismo. Como no sabia que yo amaba á esa traidora, me suplicó que la hablase en su favor. Se encontraron en ese maldito baile de máscara: Cárlos la escribió esta mañana, él mismo me ha enseñado la carta; sí señora, ella le exijió que cambiase de nombre, que se presentase bajo el de don Fernando de Aguilar.

*Isa.* ¡Qué oigo! ¡Dios mio!

*Enr.* Estremézcase usted.

*Isa.* ¿Y ese don Fernando de Aguilar es don Cárlos de Lara?

*Enr.* Sí señora; el mismo. ¡Qué de mentiras! ¡Qué de perfidias!

*Isa.* ¡Burlarse asi de una amiga!

*Enr.* ¡Del amante mas tierno!

*Isa.* ¡Comprometerme hasta este estremo!

*Enr.* ¡Echarme de aqui, para tener libertad de recibirlo!

*Isa.* Nunca hubiera pensado que Luisa fuera capaz...

*Enr.* Ya se vé que no; ni yo tampoco. Yo la creía ligera, pero no falsa. En fin, ya estoy desengañado, y solo quiero verla para confundirla. Ella se arrepentirá ¡Ah, Isabél, yo la adoraba! Perdone usted... agradezco en el alma la parte que toma en mi sentimiento.

*Isa.* Querido Enrique, la parte que tomo es porque este chasco se dirije á mí sola.

*Enr.* ¡Cómo es eso, señora!

*Isa.* Si ese don Fernando es don Cárlos de Lara, Luisa no ha cometido contra usted perfidia ninguna; á mí sola es á quien ha engañado.

*Enr.* No la entiendo á usted.

*Isa.* ¿Ha olvidado usted que tengo un pleito con don Cárlos?

*Enr.* En efecto, hago memoria...

*Ias.* Yo conozco á Luisa: ha creido que una entrevista podia reconciliarnos. La bondad de su corazon no la ha dejado reflexionar la inconsecuencia de su conducta para conmigo. Habló con don Cárlos en el baile; le ha permitido que venga á su casa; pero bajo el pretesto de disipar los zelos de usted, y lograr que hiciese las paces, me comprometió á tomar su nombre, y soy yo quien ha recibido á ese supuesto don Fernando.

*Enr.* ¡Qué oigo! ¿Ha sido usted?

*Isa.* Nunca hubiera yo consentido en hacer este papel si hubiera sabido que era don Cárlos, y esa es la razon por qué exijió que cambiase de nombre.

*Enr.* Con que, Isabelita, ¿á usted sola

es á quien él ha visto? ¿A usted es aquien ama?

*Isa.* ¡Que me ama!

*Enr.* La adora á usted; estoy muy seguro. Él mismo me lo ha dicho.

*Isa.* ¡Cómo! ¿Le ha hablado á usted de...

*Enr.* Le digo á usted que la adora. Quiérale usted, quiérale usted; y cásese usted con él lo mas pronto posible.

*Isa.* (1) Me gusta la prisa.

*Enr.* ¡Y por qué no! Asi terminan ustedes sus desavenencias. Es una boda de conveniencia, si las hay; y ya que tambien se junta el amor...

*Isa.* Yo no le he dicho á usted que le amo.

*Enr.* Usted le amará, usted le amará. Cárlos es fino, tierno... le conozco hace muchos años, y puedo responderle á usted de su corazon y de su carácter. En fin, no puede usted hacer una cosa mejor.

*Isa.* ¡Luisa es tan inconsecuente!

*Enr.* Ah, todo se le debe perdonar por su intencion. Me ha quitado usted un peso de encima. Pero... ¿querrá ella

(1) *Sonriéndose.*

perdonarme á mí? Yo corro á sus pies á confesar mis yerros.

*Isa.* Poco á poco. No quiero que usted le diga que yo sé lo que pasa.

*Enr.* ¿Y por qué razon?

*Isa.* No sé; pero... ella ha querido divertirse conmigo, y yo tambien quisiera divertirme con ella. Ademas, ¿no es mejor tomar un poco de confianza con don Cárlos antes de avisarle que se estan burlando de él?

*Enr.* No crea usted que se pique por eso: si la ama á usted.

*Isa.* ¡Me ama! No estamos seguros de ello. ¿No fue Luisa la primera á quien hablo en el baile?

*Enr.* Entiendo. Usted teme que Cárlos desengañado vuelva á su primer amor.

*Isa.* No temo tal cosa; pero en fin, mas vale ver cómo se concluye esto... y no creo necesario que vaya usted á...

*Enr.* Yo me guardaré bien. Puede usted contar con mi discrecion. Cárlos va á volver. Voy al cuarto de Luisa, pero no diré una palabra.

*Isa.* Cuento con ello.

*Enr.* No tenga usted cuidado. Cásese usted con él, Isabelita; cásese usted con él.

*Isa.* Aun no ha llegado ese caso.

## ESCENA XVIII.

DOÑA ISABEL.

¡Qué pensará don Cárlos de mí! Nunca podrá creer que yo he sido engañada antes que él: vamos, no puedo perdonar á Luisa. Despues de saber todo lo que pasa, comprometerme á una chanza tan pesada... y tan inútil; porque si don Cárlos ha manifestado amarme, es solo porque me tiene por su desconocida del baile. Luisa, solo con su viveza y su talento, ha hecho la conquista, y cuando él la conozca, que no puede tardar mucho, la preferirá sin duda. ¡Ojalá la conozca lo mas pronto posible! Porque, á la verdad, siento un desasosiego... Apenas hace un momento que conozco á ese jóven... Esta mañana le aborrecia, y... vamos, lo confieso, si llega á preferirla me desespero. Sin embargo, si por una casualidad, por uno de esos caprichos que deciden del gusto de las personas, agradase yo mas... como dice muy bien Enrique, todo se arreglaria, yo veria mi pleito acabado... y es un pleito que me da muchas incomodidades.

Sí, la razon misma me obliga á desearlo, y ademas, Cárlos es tan amable... Él viene; ocultaré mi inquietud, y procuraré leer en su corazon.

## ESCENA XIX.

DOÑA ISABEL *y* DON CÁRLOS.

*Cár.* Por fin, señora, me he libertado de un convite enfadoso. No esperaba la dicha de encontrar á usted sola. Aqui dejé á Enrique...

*Isa.* Ha salido por un momento. ¿Con que usted conoce á Enrique?

*Cár.* Sí señora; mucho. ¿Él viene aqui con frecuencia?

*Isa.* Todos los dias.

*Cár.* (No me ha engañado.) Es un jóven muy amable.

*Isa.* Mucho, muy amable, de talento, de un escelente corazon. A mí me gusta mucho.

*Cár.* (¡Ay, ay, ay!... Vamos, mejor quiero saberlo todo.)

*Isa.* ¿Parece que está usted inquieto?

*Cár.* Lo estoy en efecto. Temo hacer á usted una pregunta, que tal vez juzgará indiscreta.

*Isa.* ¿Por qué? Hable usted.

*Cár.* Me anima su bondad de usted. Crea usted que no soy curioso, y que un interés mas vivo, mas poderoso es el que dicta mis palabras. Enrique es jóven, sensible, y sin duda alguna no habrá podido verla á usted sin amarla. ¿Habrá tenido la dicha de agradar á usted?

*Isa.* ¿A mí?

*Cár.* Sí señora, á usted.

*Isa.* El señor don Enrique... no creo que haya pensado jamas en mí.

*Cár.* ¡Ah! No; él ama á usted, y por una casualidad muy singular nos hemos confiado mútuamente...

*Isa.* ¿Con que le ha hablado usted del baile de máscara?

*Cár.* Le confieso á usted que se lo he dicho todo. ¡Cómo se puso! ¡Qué furioso!

*Isa.* Su conversacion de ustedes seria agradable.

*Cár.* Al contrario: le protesto á usted que no ha divertido ni al uno ni al otro.

*Isa.* En fin, como quiera que sea, si don Enrique me ama, yo lo ignoro; pero él está seguro de que yo no le amo.

*Cár.* ¡Ah! ¡Si fuese yo tan dichoso! —

Pero no tengo ningun derecho á su confianza de usted.

*Isa.* La verdad, no tengo otro sentimiento hácia Enrique que el de la amistad.

*Cár.* Mi temor era fundado. A su edad de usted nadie se condena á una eterna viudez.

*Isa.* Sin embargo, mi resolucion es esa; y creo que no la mudaré jamas.

*Cár.* ¿Y qué motivo le ha obligado á tomarla?

*Isa.* Ademas del peligro que ofrece un segundo casamiento, puede ser que dentro de poco tiempo una razon mas poderosa me obligue á renunciar al matrimonio. Mi fortuna depende enteramente de un pleito que puedo perder. ¿Quiere usted que me enlace á un esposo para hacerle partícipe de mi ruina?

*Cár.* ¡Ah! ¡Cuán feliz seria el que pudiese repararla! ¡Puede haber mayor dicha que hacer la felicidad de la persona que se ama! Si fuera yo el afortunado cuya mano se dignase usted aceptar, desearia en el alma que perdiese usted su pleito.

*Isa.* Esa generosa suposicion...

*Cár.* No señora, no es suposicion. En

fin, usted castigará mi atrevimiento, me negará su presencia, pero no puedo ocultarlo mas. Yo la amo á usted. Mi mayor felicidad seria obtener su mano; usted sabe cuál es mi nacimiento; mi fortuna es considerable, y dentro de poco va á aumentarse mas por la sentencia de un pleito...

*Isa.* ¡Ah! ¿Tambien tiene usted un pleito?

*Cár.* Sí señora; un pleito seguro: todos los abogados me lo han dicho. Para terminarlo querian hacerme casar con la muger con quien pleiteo. Una doña Isabél de Mendoza...

*Isa.* ¿Doña Isabél de Mendoza dice usted?

*Cár.* Sí señora; una muger enterrada en el fondo de la Vizcaya; pero gracias al cielo lo rehusé.

*Isa.* ¿La conoce usted?

*Cár.* Nunca la he visto.

*Isa.* ¿Segun eso le han hablado á usted mal de ella?

*Cár.* No señora; pero se me ha figurado que ha de ser fea, sin talento, sin gracia, sin mas conversacion que el maldito vascuence; en fin, una de aquellas mugeres á quien no se puede amar.

*Isa.* ¡Qué prevencion! Yo le puedo asegurar que doña Isabél no se parece en nada á lo que usted ha dicho.

*Car.* ¡Cómo! ¿Con que usted la conoce?

*Isa.* Mucho. Sé que tiene muchas cualidades apreciables. Sin duda no es perfecta; ¿pero quién puede decir que lo es? Su marido era hombre de talento y de instruccion, y habia vivido muchos años en medio de la corte. ¿Puede usted creer que teniendo donde elejir se prendaria de una muger tan tonta y tan sin gracia como usted se figura? Crea usted que debe hacerse mas justicia á una muger que durante ocho años hizo la felicidad de un marido que tenia tres veces mas edad que ella, y á quien solo se unió por obediencia. Ella tiene bastante amor propio, sabe que le ofrecieron á usted su mano, y está muy resentida.

*Car.* Mi conducta no ha debido agraviarla, pues sabe que no la conozco. Espero que me perdonará usted mi ligereza. Yo ignoraba que fuese amiga de usted.

*Isa.* Yo he sido la que se ha exaltado un poquillo mas. Como los hombres son tan inconsecuentes... juzgan de todo con una ligereza... Vea usted, usted

me cree amable, á lo menos me lo dice, y sin embargo apenas me conoce. Me juzga usted con la misma ligereza que ha juzgado á doña Isabél.

*Car.* ¡Ah! ¡Qué diferencia! Pero su amiga quedará bien vengada si me causa el sentimiento de haber desagradado á usted.

*Isa.* Mejor será que ella misma se vengue: quiero que la vea usted.

*Car.* ¿Para qué?

*Isa.* ¿Quién sabe si le parecerá á usted amable?

*Car.* Puede ser que lo sea. ¿Y qué?

*Isa.* No, no: creo que la amará usted... Y ademas este casamiento terminará su pleito.

*Car.* Aunque estuviese para perderlo, y toda mi fortuna dependiese de él, jamas le rescataria á ese precio.

*Isa.* Ya le he dicho á usted que puede ser que dentro de muy poco me vea enteramente arruinada si pierdo mi pleito.

*Car.* No le perderemos los dos.

*Isa.* Puede ser que no; pero si la suerte me abandona estoy decidida á no volverme á casar nunca.

*Car.* Yo procuraré convencerla á usted, ó si no, me quedaré siempre soltero.

*Isa.* ¿Sin saber si doña Isabél le conviene á usted ó no?

*Cár.* No señora, no me conviene.

*Isa.* Pero á lo menos espere usted á conocerla. Me parece que en viéndola mudará de opinion.

*Cár.* ¡Vaya! Ha aumentado usted á lo sumo mi antipatía hácia esa muger.

*Isa.* ¿De veras?

*Cár.* Ahora la aborrezco.

*Isa.* ¿Está usted seguro de ello?

*Cár.* ¡Cómo! ¡Si estóy seguro!

*Isa.* Sin duda. ¿Acaso hay alguien que sepa lo que aborrece ni lo que ama? ¿No formamos á cada paso juicios que luego tenemos que mudar? ¿Los pareceres de por la mañana son siempre los mismos de la tarde? No.

*Cár.* Lo que es en cuanto á mí no cambio jamas.

*Isa.* Pero... ¿y si acaso hubiese usted visto ya á doña Isabél sin conocerla?

*Cár.* ¿Qué dice usted?

*Isa.* ¿Si fuese esa misma que nos va á acompañar á la mesa?

*Cár.* ¡Cómo! ¡Esa señora que estuvo aqui hace poco!

*Isa.* La misma.

*Cár.* Pues bien, lo dicho; á primera vista me ha desagradado.

*Isa.* Pues es interesante.
*Cár.* Sí.
*Isa.* Tiene mucho talento.
*Cár.* Será perfecta; lo que usted quiera. Y para probarle que no lleva en vano el título de amiga de usted, desde este momento pongo en manos de usted mis intereses y los suyos. Usted es nuestro juez; termine nuestras desavenencias. Sea cual fuere el arreglo que usted proponga, suscribo á él de antemano. No seguiré mi pleito, pero tampoco me casaré con ella.
*Isa.* Ese rasgo de parte de usted me encanta. Sin embargo, ¿usted cree que la justicia está de su parte?
*Cár.* No importa; yo firmaré cualquiera cosa, escepto un contrato matrimonial.
*Isa.* Pues bien... Pero aquí viene.

## ESCENA ULTIMA.

*Dichos*, Doña Luisa *y* Don Enrique.

*Isa.* Amiga mia, no podia usted llegar á mejor ocasion. El señor don Cárlos de Lara, pues ya debo decir su verdadero nombre, noticioso de la amistad que me une á doña Isabél de Mendoza, me ha hecho en este momento pa-

ra mi amiga las ofertas mas generosas. En fin, sin conocerla propone arreglar amigablemente todas sus desavenencias con ella.

*Car.* Sí señoras; yo no pleitearé mas contra una persona que á ustedes dos les interesa tanto.

*Lui.* Sí: confieso que me interesa infinitamente.

*Enr.* ¿Y puede saberse de qué modo terminan ustedes sus debates?

*Car.* Sean cuales fueren los medios, estoy resuelto á todo; pero los mas breves y los mas sencillos creo que serán los mejores.

*Enr.* Lo mas sencillo, á mi parecer, sería confundir los intereses por medio de un matrimonio.

*Car.* No hay necesidad; si yo estoy decidido á hacer cualquier sacrificio.

*Lui.* Pero cada uno cree que su causa es la verdadera; y siendo asi, ¿piensa usted que Isabél acepte...

*Car.* (Vamos, se ha empeñado en que me case con ella.)

*Enr.* (1) Te hablo como amigo: desprecias tu felicidad.

(1) *Aparte á Cárlos.*

*Cár.* (1) ¡Muy bien! Líbrese usted de un rival.

*Lui.* Tiene razon Enrique: me parece que solo el matrimonio...

*Cár.* (¡Qué muger tan particular!)

*Enr.* (2) Cuando tú sepas...

*Cár.* Hombre, déjame en paz.

*Enr.* Pues dile que te casas con ella.

*Cár.* Señora, ¿á qué hemos de estar mas tiempo sin hablarnos claro? Usted es sin duda hermosa, amable; pero yo no soy dueño de mi corazon. Yo amo á su amiga de usted. La ví antes que á usted, y...

*Lui.* No entiendo lo que usted quiere decirme.

*Cár.* Es usted demasiado amable para castigar un yerro involuntario. No la aconseje usted que me aborrezca. Ya que no puedo ofrecer á usted mi amor, la ofrezco una eterna amistad, un...

*Lui.* ¿Y quién le ha dicho á usted, caballero, que yo deseo su amor?

*Cár.* Señora, como hablaba usted con tanto interés de nuestro casamiento...

*Lui.* Es verdad; ¿pero qué tiene que ver con eso? Hace una hora que estamos

(1) *Aparte á Enrique.*
(2) *Aparte á Cárlos.*

hablando sin entendernos. ¿Quién cree usted que soy yo?

*Cár.* Doña Isabél de Mendoza.

*Lui.* (1) Ah, ah; llevo aqui su nombre de usted.

*Isa.* (2) Como usted me dió el suyo.

*Cár.* (3) ¡Qué oigo, Dios mio!.. ¿Es usted...

*Enr.* Doña Isabél de Mendoza.

*Cár.* ¡Ah! ¡Cómo podré esperar el perdon! Es imposible. Castígueme usted. Deseche mis votos y mi amor; pero al menos no me mire como su adversario. Desde este momento ha ganado usted su pleito.

*Lui.* Levántese usted, levántese usted. Me parece que leo en sus ojos que usted tambien ha ganado el suyo.

*Cár.* ¿Será cierto?

*Isa.* Sí, Cárlos. La razon, mis amigos me lo aconsejan... y mi corazon me lo ordena.

*Enr.* Cuando todo el mundo hace las paces, ¿no las haremos nosotros?

*Isa.* Tiene razon, amiga mia; imíteme usted.

(1) *A Isabél riendo.*
(2) *A Luisa.*
(3) *Sorprendido.*

*Lui.* Pues bien, consiento en ello: hé aqui mi mano. Pero convengan ustedes en que soy una muger que lo entiende, y que es ocurrencia muy feliz haber arreglado en un baile de máscara un negocio que los tribunales no han podido terminar en diez años.

FIN.

# MATILDE DE ORLEIM:

COMEDIA EN TRES ACTOS.

COMEDIA EN TRES ACTOS

TITULADA

# MATILDE DE ORLEIM:

TRADUCIDA LIBREMENTE,

y arreglada á nuestro teatro

POR

*D. GASPAR ZAVALA Y ZAMORA:*

REPRESENTADA

EN EL COLISEO DE LOS CAÑOS

DEL PERAL.

POR GO[...] [...]MPAÑIA.

*Se hallará en su librería calle de las Carretas.*

# ACTORES.

EL CONDE DE ORLEIM, Padre de..

MATILDE.

AMELIA, Aya de Matilde.

ERNES, sobrino del Conde.

Mr. HERMAN, Amigo del Conde.

EL VARON DE VODMAR.

LUISA. } Criados.
FELIPE. }

CARLOS, Lacayo.

VARIOS CRIADOS DEL CONDE.

La escena fixa, en un salon de la Quinta de Orleim, bien adornado, con una papelera á un lado, y varios sitiales.

# MATILDE DE ORLEIM.

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

*Felipe y Luisa.*

*Fel.* Con que, señora Luisa,
¿el asunto es concluido?
*Luis.* Del todo, señor Felipe.
*Fel.* Pero ¿no será preciso
notario que lo autorice,
ni escritura, ni testigo? *con ironía.*
*Luis.* Está la fidelidad,
vinculada hace mil siglos
en mi familia.
*Fel.* ¿Y tambien
el vínculo susodicho
llama á las hembras?
*Luis.* Tambien.
*Fel.* Cosa es, que no habia oido.
En fin, hoy llegará el amo
de Berlin, segun su aviso:
le dexaré descansar

dos horas: luego le embisto:
le digo nuestra intencion:
La aprueba al instante mismo:
te da un dote: nos casamos,
y á poco, todo este sitio
poblamos, de esa preclara
extirpe, que tantos siglos
tuvo la fidelidad
vinculada.

*Luis.* Yo te afirmo,
que el plan es bien lisonjero;
pero las líneas, amigo,
están tiradas al ayre.
Supon tú, que el Conde vino
para poquísimas gracias:
que sabe nuestro cariño:
nos despide: falta el dote:
y acaba, sin mas motivo
en mí, la preclara extirpe.

*Fel.* El señor Ernés, sobrino,
y queridito del amo,
interesarse ha ofrecido
por nosotros, y...

*Luis.* Sí? Pues
lo habrá todo, porque el tio
hará qualquier heregía,
si lo pide el señorito.

*Fel.* No lo haria por Matilde.

*Luis.* No: seguro está: te afirmo,

que cada vez, que en el dia
á la pobrecilla miro
encarcelada en su quarto,
sin que el padre haya querido
verla, en cerca de seis años:
vaya; yo me desatino.

*Fel.* Eso no mas? ¿Y la órden
de que por ningun motivo
se la nombren, ni le hablen
de ella, y su madre?

*Luis.* Pues digo,
¿y esa gran reja de hierro,
con que se cerró ayer mismo
el corredor, que separa
su quarto, del que han tenido
siempre Matilde y Amelia?

*Fel.* De nada de eso me admiro
tanto, como de que nombre
por su heredero, al sobrino,
y desherede á su hija.
No, pues ello, hay escondido
algun duende; porque el amo
es amable, es compasivo,
y sensible; y quando trata
con el rigor que hemos visto
á su hija misma::: no, aquí
hay misterio.

*Luis.* Amigo mio,
es fuerza que vmd. aprenda

á calcular, ó en castigo,
se quedará con sus dudas
otra vez. Vmd. ha oido
que se casó el señor Conde:
que despues le fué preciso
hacer un viage: que á poco
se volvió, y sin dar oidos
á su esposa Carolina,
la envió á su viejo castillo,
donde murió, sin volver
á ver mas á su marido,
por mas que lo pretendió.
Que luego traxo á este sitio
á Matilde, y que la trata
peor que un perrazo Argelino
puede tratar á un esclavo.
Ahora bien, quien tanto quiso
á su esposa, y á su hija
ántes del viage maldito,
y despues hace todo esto,
¿qué nos da á pensar?
*Fel.* Yo digo,
que á no ser que la Condesa,
tuviese... nada malicio,
la verdad; pero ya ves,
como yo sé los caprichos
de las mugeres, pudiera...
*Luis*. Muy bien; los hombres de un juicio
recto, calculan así,

señor Felipe: mas digo,
sin creer, que en la Condesa
cupo el mas leve delito:
porque hasta ahí llegarian
las chanzas. Lo que imagino,
y lo que pude entender
de Amelia, que fué el archivo
de la difunta Condesa,
es, que por algun indicio
llegó á alucinarse el Conde,
y sin buscar mas testigos,
creyó... que sé yo que cosas,
de su muger.

*Fel.* Pues Tarquino
no hiciera mas. Mira, Luisa,
mucho le quiero, lo digo;
pero al ver lo que está haciendo
con la señorita, brinco
de corage.

*Luis.* Lo peor
es, que su amado sobrino,
ni la respetable Amelia,
ni el señor Herman, su amigo
y confidente, se atreven
á hacer el menor oficio
por ella, porque se pone
furioso. Si lo que han dicho
fuera verdad...

*Fel.* ¿Y qué es? oyes.

*Luis*. Que Vodmar está perdido
por Matílde, y solicita
pedirsela al viejó.
*Fel*. Lindo
capricho, quando le consta
el encono decidido,
que el amo le muestra.
*Luis*. Ese
es otro arcano. El amigo
mayor que tuvo, fué el padre
de Vodmar, en los principios.
Pero, sin saber por qué,
luego que el Conde se vino
de su viage, él se marchó
á Alemania con sigilo,
y desde entonces mostró
tanta enemistad al hijo.
*Fel*. ¿Sabes, que voy ya sacando,
por los cabos, el ovillo?
*Luis*. Que viene el señor Herman.

## ESCENA II.

*Dichos, y Herman.*

*Herm*. ¡Que siempre juntos os miro!
y la obligacion irá
como Dios fuere servido.

*Luis.* Ese es el primer cuidado:
despues... ya veis::: es preciso...
*Herm.* Glosar todo lo que se oye,
y se vé.
*Luis.* ¿Qué es lo que oimos
ni vemos, si aquí:::
*Herm.* ¿Y Matilde?
*Luis.* Como siempre, en su retiro,
hartándose de llorar.
*Herm.* ¡Pobre jóven!
*Luis.* Si el judío
del padre...
*Herm.* ¿Qué hablas, muchacha?
*Luis.* Digo bien: pues, ¿qué delitos
cometió la señorita,
para que tales martirios
la haga pasar? En llegando
á estas cosas... Vaya, el juicio
llego á perder.
*Fel.* Yo tambien.
*Herm.* Respeto, señores mios,
que es su amo.
*Luis.* Ya le respeto;
pero con respeto digo,
que si estuviera en mi mano
repartir los tabardillos,
daria uno al señor Conde,
con el respeto debido.
*Herm.* Tú estas loca. Luisa, cree,

que aunque no lo descubrimos,
quando obra así con su hija,
tendrá muy justos motivos.
Vé, di á Matilde, que venga
por un instante á este sitio.
Y tú, dile al Mayordomo,
que el Conde, segun su aviso,
llegará dentro de una hora.

*Luis.* Con que, segun los indicios,
¿entramos en la clausura
de nuevo?

*Herm.* Será preciso
mientras Orleim esté aquí.

*Luis.* ¿Se va pronto?

*Herm.* No lo ha dicho. *con secatura.*

*Luis.* Vaya, no se enfade vmd.

*Fel.* Pues yo queria pediros
una gracia.

*Herm.* ¿Y es?

*Fel.* Que vos,
que teneis tanto dominio
sobre el amo, le rogueis,
que trate con mas cariño
á la señorita. Ah, si él
conociera los martirios
que pasa, yo le aseguro,
que no estaria tranquilo.

*Luis.* Haced que la pobrecilla
tenga siquiera el alivio

de verle una vez, besarle
la mano, y ... ¿lo hareis? Confio
que sí.

*Herm.* Veremos qué temple
trae.

*Fel.* Si lo conseguimos,
yo sirvo un año de valde.

*Luis.* Yo otro: mas tambien afirmo,
que si prosigue en su tema,
ni dos dias mas le sirvo,
aunque me dé sus estados. *vànse.*

## ESCENA III.

*Herman, y poco despues Amelia y Cárlos.*

*Herm.* He aquí el verdadero estilo
del corazon; á Matilde
aman, sienten el martirio
con que vive, y sin embargo
acriminan el desvio,
y la crueldad del Conde.
A la verdad, yo exâmino
la conducta de Matilde,
y aunque busco los principios
del desamor de sus padres,
no le encuentro. El es mi amigo;
pero es ya tan reservado....

diversas veces le he oido
suspirar, y aun en sus ojos
muchas lágrimas he visto:
le he preguntado el origen,
y ::: nada. " Herman, solo os pido
,, que me dexeis con mis penas,
,, sin indagar el motivo,,
me dice siempre. Con esto,
ya se vé, quedo lo mismo
que me estaba, y no me atrevo
á porfiar.

*Amel.* Mucho estimo
hallaros tan solo: ¿el Conde
tardará?

*Herm.* Segun su aviso...
á ver: *sacando el relox.*
las once: á las doce
llegará.

*Amel.* Pues bien, mi amigo,
aprovechemos instantes:
leed el breve contenido
de esta carta.

LEE. Señora: " el fin de las penas de ,, la amable Matilde, y las mias, ,, pende acaso en que yo la hable ,, una sola vez, ántes que llegue su ,, padre. Si os interesa su suerte, ,, cumplid el buen deseo de vuestro afecto servidor,, = Vodmar. =

Me interesa
sobremanera el destino
de aquesta jóven; es hija
de mi amiga; me ha debido
su educacion, y no hay medio
que yo no abraze, en alivio
de sus penas. Si supiera
que el varon... Yo he conocido
ántes de ahora, su amor
á Matilde: mas su juicio
es tan corto...

*Herm.* A la verdad,
que los milagros que he oido
suyos, son pocos: lo menos
que dicen de él sus amigos,
es, que es un atolondrado,
disipador: yo imagino,
que estos defectos tendrian
correccion; pero...

*Amel.* ¿Hay peligro
en que vea á mi Matilde?

*Herm.* Como sea en este sitio,
á vuestra presencia, y ántes
que llegue el Conde, yo opino
que no.

*Amel.* Cárlos: di que llegue
Vodmar.

*Carl.* Voy: no es mal principio. *vase.*

*Amel.* Algo se ha de aventurar:

por mi huérfana. La miro
sin padre, sin otro apoyo,
que el del vuestro y mi cariño,
y sin ninguna esperanza;
pues ya está, segun supimos,
nombrado por heredero
del Conde, Ernés su sobrino.
*Herm.* Tocasteis una materia...
Dios me perdone el mal juicio;
pero él es causa de todo:
no hay duda; con el designio
de heredar, influirá
contra Matilde á su tio.
Si no ¿cómo era posible
que un hombre tan compasivo
y generoso con todos,
obrára así. Yo lo afirmo.
*Amel.* ¿Y creeis que un exterior
tan amable...¡Ah! yo le he visto
suspirar, llorar, morir
de pena á los ojós mismos
de su prima, y...
*Herm.* ¿Os engañó?
Pues á mí no: he conocido
dias hace sus ideas;
y aunque procuro encubrirlo,
no le quiero bien. Si él fuera
como debia, aunque el tio
renunciára en él sus bienes,

diria, no los admito.
Pero si, no es tan estrecha
su conciencia.
*Amel.* Por lo mismo
quisiera... Y bien, hija mia.

## ESCENA IV.

*Dichos, Matilde y Luisa.*

Vodmar me pidió permiso
para hablaros un momento,
en su amor, segun indicios.
Vos consultad el estado
en que os veis, y el corto abrigo,
que debereis ya esperar
de vuestro padre. No exîjo
que forzeis la voluntad,
ni que tomeis un partido,
que os pese mañana, y mas
sin obtener el preciso
consentimiento del Conde.
Lo que unicamente os pido,
que le oigais, que mediteis,
y digais á mi cariño
vuestro sentir.
*Mat.* ¡Infelice!
solamente este martirio
me faltaba.

## ESCENA V.

*Dichos, Vodmar y Cárlos.*

*Amel.* No direis,
que no procuré serviros.
*Vod.* Sois la mejor camarera
que conocieron los siglos.
*Luis.* La camarera soy yo:
sí señor, para serviros.
*Amel.* Y yo amiga de Matilde.
*Vod.* Sea en buen hora. Yo aspiro
á serlo vuestro, y de Herman.
*Herm.* ¡Oh! no; para serlo mio,
sois muy muchacho. Yo quiero
mas viejos á mis amigos.
*Amel.* ¿Qué solicitais, Vodmar?
*Vod.* Amo á Matilde, y aspiro
á su mano. Mis estados,
y mi corazon la rindo.
Si lo admite, me tendré
por feliz, y ella imagino,
que no será desgraciada,
porque yo soy muy festivo,
franco, marcial, complaciente,
generoso, firme, fino,
y nada zeloso, que es
lo mejor en un marido.
Señorita: pese á mí,

levantad esos ojillos
encantadores, y hablad
lo que sintais. Ya habeis visto
mi claridad: mis caudales
sabeis: mi amor os he dicho;
con que lo que falta es, que
digais, admito, ó no admito.

*Mat.* Oh, que poco se parece
Vodmar en nada â mi primo.

*Amel.* Y bien, Matilde, ya oisteis
el generoso designio
de Vodmar, resta que vos
sin forzar vuestro alvedrio,
respondais á su propuesta.

*Mat.* ¿Qué le diré?

*Herm.* Si yo os sirvo
de embarazo:::

*Amel.* No, no Herman.

*Herm.* Pudiera; porque estos chicos
gustan siempre de tratar
tales cosas sin testigos.

*Vod.* Oyga vmd. no dice mal:
yo á lo menos, como he sido
siempre tan corto de genio,
para enamorar, me explico
mejor mil veces á solas.

*Herm.* ¡Oh! lo creo.

*Vod.* Es positivo.

*Amel.* Esperad...

*Vod.* Yo lo decia
por si Matilde: ::
*Amel.* Es su amigo
Herman; y su amiga yo.
*Mat.* Así es: jamás he sabido
reservarle cosa alguna.
Vodmar, en el alma estimo
vuestra generosa oferta;
pero en tanto que esté vivo
mi padre, dependerá
de su gusto mi destino.
*Vod.* De ese modo ya sois mia.
*Amel.* ¿Sabeis, que no es vuestro amigo
el Conde?
*Vod.* Lo sé.
*Herm* ¿Sabeis
que se inmuta de improviso,
en oyendo vuestro nombre?
*Vod.* Lo sé.
*Herm.* ¿Sabeis que admitiros
solamente en esta casa,
lo tendrá por un delito?
*Vod.* No importa.
*Luis.* Veamos pues
si importa lo que yo digo.
¿Y sabeis, que si aquí os halla,
es capaz el señor mio
de hacer, que quatro criados
os arrojen, sin oiros

de lo alto de la torre?

*Vod.* Señoras, si verdad digo,
no me alegraria mucho,
que me hiciese tal cumplido.

*Herm.* Pues no os expongais, porque:::
no sabemos el motivo;
pero lo cierto es, que el Conde
siempre horror os ha tenido.

*Vod.* Digo que no importa nada:
en diciendole al oido
cierta cosa, nuestro Conde
será mi mayor amigo.

*Herm.* No os entiendo.

*Vod.* Pues yo sí.

## ESCENA VI.

*Felipe y los dichos.*

*Fel.* Mi señor, y su sobrino,
que á recibirle salió
esta mañana:::

*Amel.* ¿Han venido?

*Fel.* No; pero estarán ahora
á poco menos de un tiro
de pistola de la quinta.

*Herm.* Por Dios, madama, prestito
retiraos con Matilde,
pues si os viera en este sitio:::
Ya vos lo sabeis. Felipe,

Carlos, Luisa, á recibirlo
corramos.

*Amel.* Venid, amiga,
y paciencia. Yo confio,
que el cielo ha de dar bien pronto
á nuestras penas alivio.

*Mat.* Vamos, que pues lo ha mandado
mi padre así, no resisto.

*Herm.* Vos, si quereis exponeros
á un desayre::: ya os lo he dicho,
no alegueis luego ignorancia.

*Vod.* Si supieras tú el padrino
que traigo::: No, no tan presto,
que tengo yo que pediros
una gracia.

*Luis.* Cosa es, que
en mi vida la he tenido.

*Vod.* ¡Oh! yo sé que teneis muchas
y... vaya, seamos amigos,
mi señora la criada.

*Luis.* Seamos.

*Vod.* Yo sé el cariño
que os tiene Matilde.

*Luis.* Es cierto;
pero ya veis, no hay peligro.

*Vod.* Ha tiempo que la servis.

*Luis.* Como que en este castillo
soy la decana.

*Vod.* Teneis

con ella mucho partido.
*Luis.* A veces.
*Vod.* Ya habeis oido,
que amo á Matilde.
*Luis.* No importa;
no soy zelosa.
*Vod.* Yo exîjo
de vos, qué favorezcais
hoy con ella mi cariño.
*Luis.* Aun soy joven.
*Vod.* Y graciosa.
Tomad pues.
*Luis.* Ya os he entendido.
*Vod.* Es que yo soy generoso.
*Luis.* Ya; pero yo, varon mio,
soy tan desinteresada,
que ni vendo, ni he vendido
jamás un favor.
*Vod.* No dexa
de ser raro.
*Luis.* Pues es fixo.
*Vod.* Sin embargo, vos teneis
talento.
*Luis.* Pero me han dicho,
que me quedaré sin él,
si le gasto; y por lo mismo,
le guardo, para emplearle
no mas en provecho mio.
*Vod.* Ranilla es la tal criada.
*Carl.* Sí, sí, tiene un geniecito:::

pero es honrada de veras.
*Vod.* A bien, que ya el Conde vino,
y estoy resuelto:::
*Carl.* Sino:::
ya sabeis, lo dicho, dicho.
Pero cuenta, que no sepan
que danza en esto Carlitos,
porque sino::: sabe Dios
lo que se haria conmigo.
Vaya, apuraditamente,
si yo me ofrezco á serviros,
es, porque la pobrecita
salga de tantos martirios
quanto antes; que sino:::
pues á saber yo de fixo,
que la habia de tratar
el amo con mas cariño,
ó que no pensabais vos
como Dios manda, clarito,
seguro está, que yo hiciera
tal traicion al amo mio;
por todo el oro del mundo.
Pero sin duda ha venido.
A Dios: si no surte efecto:::
Ya sabeis, lo dicho, dicho:
Mas cuenta, con que seais
hombre de bien: sino, digo,
nos veriamos las caras:
Ah, sí, ya está en mi bolsillo

la llave de la otra puerta
del jardin, para el arbitrio
que sabeis: si es necesario
avisar.

*Vod.* Carlos, estimo
la oferta, porque me puede
ser muy útil. Ya me miro
en la palestra. Ya salen.

## ESCENA VII.

*Conde y Ernés en trage de camino: Herman, Felipe, Luisa, y Vodmar algo retirado.*

*Herm.* Ya por fin os ha traido
con bien el cielo; ahora venga
lo que quiera.

*Cond.* Mi querido
Herman, ¿no me dais los brazos?

*Herm.* Sí señor, sí; aunque os afirmo,
que estaba bien enojado
con vos. Yo aquí consumido
por veros, y ni dexarme
ir allá, ni vos veniros
acá.

*Cond.* Negocios bien arduos,
en Berlin, me han detenido
mas que pensé. A Dios, Luisa.

*Luis.* A la mitad del camino

salgo, por veros mas ántes.

*Cond.* Mucho os agradezco, hijos, ese amor; ¿donde estará, que no la descubro? idos á disponer que comamos, porque luego necesito de descanso.

*Luis.* Sí, al instante.
Ven, mi Felipe.

*Cond.* Sobrino, ¿sabes tú?::: querido Herman, ¿no me direis:::

*Ern.* ¿El qué, tio?

*Herm.* ¿Qué es lo que quereis saber?

*Cond.* Nada, nada.

*Herm.* ¡Buen principio! ¿Volvemos ya á las andadas?

*Cond.* ¡Ay Herman! ay dulce amigo!

*Herm.* Si empezais con la cancion...

*Cond.* El cielo quiere...

*Herm* Delirios: vos sí que quereis llenarnos de afliccion, y consumirnos con vuestra tristeza. No, pues no ha de ser, yo lo fio. O habeis de estar siempre alegre, ó me los llevo conmigo á todos, y os quedais solo.

*Ern.* ¡Ah señor!...Herman ha dicho

muy bien: sois vuestro verdugo.
*Cond* ¡Si supierais mis martirios!
Si alcanzarais el estado
de mi corazon!...
*Herm.* Decidlo,
y lo sabremos.
*Cond.* Ni Amelia
parece:: ¡Si habrá ocurrido
algun funesto accidente!
Oh, ¡qué agitacion, Dios mio!
No me atrevo á preguntar
por ella. ¡Infeliz! ¿qué miro?
*Ern.* ¡Vodmar!
*Herm.* Todo se ha inmutado.
*Cond.* Vodmar, ¿vos en este sitio?
*Vod.* Tened la bondad de oirme
dos palabras.
*Cond.* No imagino,
que tengais nada que hablarme.
*Vod.* Y útil quizá.
*Cond.* Mal reprimo
mi cólera.
*Ern.* ¿Qué querrá?
*Cond.* Dexadme. *á los dos.*
*Herm.* Poco partido
creo yo que ha de sacar
este tronera. Mas digo,
por lo que pueda ocurrir
me quedaré allí escondido.

*Ern.* ¡Ay Matilde! por tu causa,
con qué de amarguras vivo!
Pero yo te haré felice,
ó seré infeliz contigo.

## ESCENA ULTIMA.

*Conde y Vodmar.*

*Cond.* Hablad ya.
*Vod.* Por si incomodo,
seré breve.
*Cond.* Así lo exîjo
de vuestra cordura.
*Vod.* Yo amo
á Matilde.
*Cond.* ¡O Dios, qué he oido!
*Vod.* Mi honor, mi vida, mis bienes...
Todo es suyo, si consigo,
que vos me otorgueis su mano.
*Cond.* ¡Me estremezco!
*Vod.* Yo imagino...
*Cond.* ¡Vos casaros con Matilde!
*Vod.* A eso solamente aspiro;
y en cambio os daré una dicha.
*Cond.* A costa de sacrificio
tal, no la quiero; jamás
será con el gusto mio
vuestra: jamás.

*Vod.* ¿Y por qué?
*Cond.* Tampoco puedo decirlo.
*Vod.* Con que ¿no solo oprimirla
con rigor tan excesivo,
aborrecerla, llenarla
de abatimiento, y conflicto,
y desheredarla al fin,
sino que, por un capricho,
os oponeis á que venga
á ser dichosa conmigo?
*Cond.* Para proceder así
con ella, tendré motivos;
y vos quizá... ¡Qué iba yo *ap.*
á decir! En fin repito,
que jamás consentiré
tal union.
*Vod.* Ved que he sufrido
demasiado, y me injuriais
de modo....
*Cond.* Vodmar, no estilo
satisfacer. Sin embargo,
porque conozcais que estimo
vuestra oferta, os aseguro,
que en el dia no la admito,
porque ni debo, ni puedo.
*Vodm.* ¿Y no sabré yo el motivo?
*Cond.* Sed prudente, y respetad
mi secreto. Harto os he dicho. *vase.*
*Vod.* ¿No hablas tú? pues yo tampoco,

aunque á ese fin he venido:
y una vez que tan resuelto
menospreciar ha querido
la dicha que le ofrecia,
esta noche determino
executar mi proyecto...
No hay otro medio: es preciso
un religioso silencio,
si conservar solicito
la opinion de un tierno padre,
y valerme de este arbitrio,
para precisar al Conde
á que ceda á mi cariño,
sin descubrir el secreto
de Matilde el dulce hechizo.

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA I.

*El Conde y Herman.*

*Cond.* ¿Dónde dexaria yo,
estos papeles? Pues ello
no estando en mi gabinete,
en un caxoncito de estos
han de estar. Como ha pasado
tanto tiempo, no me acuerdo
donde quedaron. Herman,

ya os insinué, que tengo
que pasar á esotra quinta;
pero quisiera primero
hablar á Ernés.

*Herm.* Y bien, qué?
Vamos. Todos son misterios.

*Cond.* No tardareis en saberlos.
Decidle, que aquí le espero,
que venga.

*Herm.* Bien, al instante. *Parte.*

*Cond.* ¿Qué sencillo es el afecto
de Herman? Con él, y mi Ernés,
¡qué dias tan placenteros
viviera yo, á no turbarlos
el miserable recuerdo
de una perfidia! Ella, ella
me hace sufrir un eterno
dolor. Iniqua! malvada!
que mal pagaste el extremo
con que te quise. Y tú, el mas
aleve, infiel y perverso
de los hombres... ¿Pero, á qué
á qué traigo sin provecho
á la memoria su crimen?
Orlein, del todo olvidemos
una historia, que nos cubre
de dolor y vilipendio.
Lo que ahora debe ocuparme,
es precaver el despecho
de Vodmar... Sí, miserable!

ignora el triste misterio
que le priva de Matilde,
y ácia el crimen mas horrendo
se encamina ya ; evitarlo
me toca con todo esfuerzo,
y sin descubrir mi oprobio,
yo no sé cómo he de hacerlo.
¡ Ay , que dias tan amargos !
Vaya , no daré con ellos
ahora que los necesito.
Ah, sí : en esta caxa, creo,
que los guardé. Miserable!
que hallo aquí ... el horrible pliego...
No hay duda :: su letra es esta.
Este es el escrito fiero,
que envenenó para siempre
mi vida. Y este , no sueño,
este es el retrato mismo
de la infiel , que aquí conservo,
por mi mal. Aquestas son
sus facciones : este , el bello
rostro de aquella muger,
que tan mal pagó mi afecto.
La carta. . .sí : aquí se ven
borradas desde aquel tiempo
con lágrimas de furor
algunas letras.

" Amada Carolina : sospechas, que Or-
" lein ha descubierto nuestro amor,
" y para desimpresionarle me rue-

,, gas que me separe de ti. Cedo á tus
,,instancias . . .

*Representa.* ¡ Perverso !

*Lee.* ,, Y me alexo de mi patria para
siempre.

*Representa.* Oxalá , vil seductor,
así no lo hubieras hecho,
para que yo con tu sangre
lavara mi agravio.

,, Resuelto á morir de no verte. Te
,, devuelvo el retrato que quitaste
,, al Conde , y me presentaste un
,, venturoso dia. ,,

Negro,
y bien negro para mí.

,, Pues exîges de mí tan amargos sa-
,, crificios en obsequio de tu segu-
,, ridad , recompensámelos, cuidando
,, de la preciosa Matilde, dulce fruto
,, de nuestro amor. ,,

¡ Adúltera ! me arrepiento
mil veces de la piedad
que usé contigo. Este acero,
esta mano te debió
castigar en el momento
de tu culpa , y no fiarlo
al triste remordimiento
de tu corazon.

,, Sobre todo , no olvides jamás

,, á tu invariable y desgraciado
,, Vodmar.
Matilde,
fruto de su amor! Ya veo
¡quán facil es engañar
á un hombre de bien! Ageno
de semejante perfidia
la estrechaba yo á mi seno,
la acariciaba, la daba
con placer el nombre tierno
de hija; y era (¡ay Dios!) mi oprobio.
¿ Pero quién previera un hecho
tan atroz? ¿quién dudaria
de aquellos dulces extremos;
de aquel candor y modestia?
Apariencia, ya lo veo,
ficcion, engaño, cautela,
crimen todo. Ya no creo,
que hay fidelidad, pues vi
tal traicion en aquel pecho.
¡ Fruto de su amor Matilde!
y vive aun! Yo me pierdo
en tan tristes reflexîones.
¡Inocente! Yo confieso,
que á ti me arrastra una fuerza
irresistible, y que en ciertos
instantes, á tu favor
me habla una voz, que no entiendo;
pero el mundo nos condena

á padecer ; no hay remedio,
y tu inocencia y la mia
pagarán agenos yerros.

## ESCENA II.

*Dicho y Ernés.*

*Ern.* Señor.
*Cond.* Ven, querido Ernés:
tú eres el único objeto
de placer, que me ha quedado
en el mundo : tú, el consuelo
único de mis desdichas.
Dame esa mano, á mi cuello
te enlaza : estréchame á ti,
y déxame que un momento
descanse en tu corazon.
¿Me amas? di, ¿serás mi tierno
amigo mientras viviere?
*Ern.* ¿Cómo, amable tio, puedo
dexar de reconocer
los beneficios que os debo?
*Cond.* No de mi desconfianza
te quexes, Ernés : padezco,
por sola una ingratitud
tantas penas... ¡ay! Me acuerdo...
*Ern.* Siempre sacrificaré
los mas tiernos sentimientos

á mi bienhechor.

*Cond.* Pues bien,
ámame; y de quanto he hecho
y deseo hacer por ti,
me daré por satisfecho.
Creo no serás ingrato,
querido Ernés.

*Ern.* Antes ruego
á Dios me quite la vida.

*Cond.* Eso no: no lo deseo.
Vaya, siéntate aquí: dime,
¿te acuerdas...

*Ern.* ¡Qué amable genio!

*Cond.* De cierta conversacion,
que los dos tuvimos, yendo
á ver la cerca, que se hizo
en el bosque?

*Ern.* Bien me acuerdo.

*Cond.* Pues tienes buena memoria,
porque ya hace por lo menos
seis meses. Ya se ve, no era
para olvidarse tan presto,
una boda tan brillante.
Sin embargo, entonces, creo,
que no escuchaste con gusto
mi propuesta: y aunque atento
á complacerme dixiste
que sí, conocia cierto
disguto... A lo menos tú

caiste entonces enfermo,
y aun no se sabe de qué.
Has visto que en este tiempo
nada te he vuelto á decir
en la materia, temiendo,
que te pusieras peor.
Ya, á Dios gracias estás bueno,
y es necesario tratarlo
con seriedad.

*Ern.* ¡Quánto tiemblo
este instante!

*Cond.* Tú ya sabes,
que el partido que te ofrezco
es de lo mas ventajoso,
y de lo mejor del reyno
por su nobleza. Tú sabes
tambien, que por heredero
de mis títulos y haciendas
te he nombrado, con objeto
de engrandecer mas tu casa.
Con que es fuerza resolverlo
en este dia.

*Ern.* ¡Infeliz!

*Cond.* ¿Qué dices? yo no te entiendo,
sobrino. ¿Infeliz? ¿por qué?

*Ern.* Porque recibir no puedo
esa brillante fortuna
que me presentais. Yo debo
abriros mi corazon,

señor ... amo ... ya hace tiempo....
á una jóven....

*Cond.* ¿A una jóven?
¿Y quién es? Dímelo presto.

*Ern.* ¡Ay tio!

*Cond.* ¿Qué tienes? habla.

*Ern.* Señor, ¡ah! yo no me atrevo.

*Cond.* Prueba de que tu eleccion...

*Ern.* Mereciera vuestro aprecio,
si yo...

*Cond.* ¿Pues de qué recelas?
descúbrela ya.

*Ern.* No puedo.

*Cond.* Ni yo faltar á lo dicho.
Ya traté esta boda, y quiero
que hoy mismo se realice.
Por un capricho, yo creo,
que no querrás destruir
mi promesa y tu concepto.

*Ern.* Proponeis un imposible
tan grande...

*Cond.* ¿Con que en efecto
estás resuelto del todo
á disgustarme? Ahora veo,
que no hay que buscar en nadie
ni fe, ni agradecimiento.

*Ern.* Pero señor...

*Cond.* Todos, todos
me pagan mal.

*Ern.* Solo os ruego,
que me oygais.
*Cond.* Déxame, ingrato.
*Ern.* Eso no, borron tan feo
no manchará mi conducta.
Yo quizá no tendré esfuerzo
para vencer mi pasion;
pero tenerle os prometo
para vivir infeliz,
por daros gusto. Dispuesto
me teneis para ese enlace,
que decis. Fixadme luego
el dia, la hora: ni aun ver
hasta aquel instante quiero
á la que me destineis
para mugèr; mas todo esto,
con sola una condicion.
*Cond.* ¿Qué esperas? dila: mi afecto,
¿qué podrá negarte, Ernés?
*Ern.* Es una verdad. No debo
dudar de que un corazon
tan benéfico, tan bueno,
tan generoso y sensible
oirá en este momento
el clamor de la desgracia
y la razon.
*Cond.* Pues si eso
dudáras, me agraviarias.
*Ern.* Hasta aquí fui yo el objeto

de todos vuestros cuidados:
quanto soy y quanto tengo
lo debo á vuestra ternura;
pero, ¡ah señor! yo no puedo
olvidar que vos teneis
una hija. . .

*Cond.* Ernés, ¿qué has hecho?
Tú te atreves á nombrarla,
quebrantando mi precepto?
Vete, aléjate de mí;
no me hables ya mas.

*Ern.* Yo os ruego,
que acabeis de oirme.

*Cond.* Todo
mi amor perdiste, indiscreto.

*Ern.* Quando sea así, tendré
la vanagloria á lo menos,
de que le perdí por ser
hombre de honor. Vos á serlo
me enseñásteis, con que no
me reprehendereis por esto.
Quando en mi niñez, señor,
me sacasteis vos del seno
de la miseria, y qual padre
el mas amoroso y tierno
comenzasteis á formar
mi corazon, bien me acuerdo:
" sé honrado, sé virtuoso,
" me deciais, pues sin eso

,, nunca podrás ser felice. ,,
¡Ay! gravé estos documentos
en lo mas hondo del alma,
y serán en todo tiempo
de mí observados. ¿Pues cómo
quereis que cumpla con ellos
si yo nado en la opulencia,
al paso mismo que veo
sumergida en la miseria
á Matilde? ¿Tendré esfuerzo
para admitir unos bienes,
que son, por todo derecho,
de esa infeliz? ¿Podré oirla
gemir en su abatimiento
por mi causa? ¿Podré ver
su indigencia al mismo tiempo,
que yo, á expensas de sus bienes
rio en la abundancia? El cielo
me preserve de tal crimen.
Ya que volverla no puedo,
vuestra ternura: ya que
no la haga feliz, al menos
no diga el mundo, que yo
contribuí por tal medio
á su desgracia. Renuncio
el estado lisongero,
á que os dignais elevarme:
renuncio el caudal inmenso
de que pensasteis hacerme

en este dia heredero.
Quiero ser pobre, señor;
pero no ingrato al exceso
de bondad que os he debido.
Quiero ser pobre ; mas no
sufrir el dictado horrendo
de usurpador : y en fin pobre
quiero ser ; pero no quiero,
que despedaze mi alma
tan atroz remordimiento.
Harto quebranto me cuesta
ver á Matilde, sufriendo
con resignacion el odio
de su padre, sin poderos
reconvenir en su abono.
Vuestra voluntad respeto,
y no hago mas que sentir
el estado en que la veo.
Vos tendreis quizá razones,
aunque yo no las penetro,
para el rigor que mostrais;
pero yo, ¿con qué pretexto
podria justificarme
á la faz del universo?
Vos mismo, señor, vos mismo,
tal vez en ciertos momentos
culpariais mi baxeza,
cambiando el cariño tierno,
que hoy me dispensais, en odio,

indignacion, y desprecio.
No, amado tio, jamás
llegaré yo á merecerlo,
por mal obrar. Perdonad,
si en obrar bien os ofendo,
que vos mismo me enseñasteis;
y he de seguir vuestro exemplo.
*Cond.* Calla, ingrato.
*Ern.* Mas lo fuera,
si llegase á complaceros.
*Cond* ¿Así te atreves á hablarme?
*Ern.* ¡Ah! sí señor, sé el exceso
de vuestra bondad, y acaso
no tan solamente espero,
que aprobareis mi franqueza;
sino que oireis mis ruegos
á favor de una inocente.
Sí, mi bienhechor, sí, tierno
y sensible padre: ved
el amargo desconsuelo
de Matilde, y la paciencia
con que sufre los decretos,
que fulminais contra ella.
Ved aquel hermoso aspecto
cubierto de una mortal
tristeza: mirad aquellos
vivos ojos, anegados
dia y noche en llanto acerbo,
y no la podreis negar

vuestra compasion. Doleos
de ella una vez; perdonadla
si cometió algun exceso;
y si está inocente, no
la aflixais con vuestro ceño.
En nombre de aquel amor
con que soliais un tiempo
estrecharla en vuestros brazos,
y en sus inocentes juegos
reiros: en nombre, al fin,
de aquel dulce sentimiento
paternal, que aun en las fieras
tiene tan feliz imperio;
os pido por ella. Sea
Matilde feliz, y ofrezco
hacer luego vuestro gusto,
y llenar vuestros deseos.
Yo seré así menos rico;
pero viviré á lo menos
mas tranquilo, y alzaré
mis ojos hasta los cielos,
sin el rubor que acompaña
al cruel remordimiento.
*Cond.* Basta de osadía, basta,
que sobrado sufrimiento
he tenido ya contigo.
¿Tú, reprobar sin respeto
mi conducta? Tú decirme,
que obro sin harto consejo

contra Matilde? ¿Penetras
por ventura hasta lo intenso
del corazon? ¿Sabes tú
el misterioso secreto
de mi conciencia, ó te toca
juzgar mis procedimientos?
He aquí el hombre: al paso mismo,
que censuramos sin miedo
la conducta de los otros,
no hay en nosotros un hecho,
una razon, que no sea
reprehensible: ¿eres, perverso,
eres tú, quien tanto amaba
al pobre Orleim otro tiempo?
¡Ah! nunca, nunca le amaste:
bien claramente lo veo
por mi desgracia. Lo dicho;
no se halla en el universo
otra cosa: ingratitud,
falacia, perjurio, zelos,
infidelidad... ¡Ay! todos,
todos abusan del tierno
amor de Orleim: hasta Ernés.
Vete, aléjate al momento
de esta casa, que ni verte,
ni mas de ti saber quiero.
No: renuncio ya el placer
de amar, como en otro tiempo,
y ser amado, por no...

ver desengaños como estos.
Quiero vivir, y morir
solo ya en el universo,
y abandonado de todos,
pues tú lo quieres.
*Ern.* Primero
espiraré á vuestros ojos.
*Cond.* Déxame, vete.

## ESCENA III.

*Dichos y Herman.*

*Herm.* ¡Qué veo!
*Cond.* ¿Qué habeis de ver? á un ingrato;
sí, á un ingrato.
*Herm.* ¿Pues qué ha hecho?
*Cond.* Quebrantar osadamente
lo que prohibido os tengo:
y sin ver la dolorosa
situacion en que me encuentro,
hablarme con gran descaro...
*Herm.* ¿De quién?
*Cond.* De Matilde.
*Herm.* ¡Cielos!
¿Pero cómo á su favor?
*Cond.* Acusándome de fiero,
y poco justo con ella,
solo porque mi heredero
le nombro.

*Herm.* ¿ Será verdad ?
*Cond.* Pero yo la culpa tengo.
Si yo no le amara tanto,
no tuviera atrevimiento
de decir que no admitia
la herencia, que de derecho
pertenecia á su prima.
Este es su agradecimiento,
Herman, así pagan todos
mi ternura.
*Herm.* Vaya, sueño
me parece lo que escucho.
*Cond.* ¿ Qué haces aquí ? Vete luego,
y no vuelvas mas á verme.
*Herm.* No, no os aflixais por eso,
mientras Herman esté aquí.
¿ Irse ? Vaya, yo no apruebo
tanto rigor : al fin es
un muchacho, y todo el yerro
provino de su honradez.
*Cond.* Y bien, ¿ qué quereis ?
*Herm.* Qué quiero ?
que seais mas indulgente
con la juventud.
*Cond.* Mi tierno
amor, Herman, no merece
esa ingratitud que veo.
Pero en fin, de hoy á mañana
tan solo le doy de tiempo

para resolver : casarse
con la que tengo dispuesto,
y admitir mi donacion,
ó salir de aquí al momento
para no volverme á ver.

*Herm.* Bien , bien.

*Cond.* Marcha.

*Herm.* Ya obedezco.
¡ Ay Matilde ! por ti sola
sufro yo tal menosprecio.

*Cond.* Yo me voy hasta esa quinta,
como os dixe , Herman ; no creo
tardar mucho ; pero en tanto...
todo lo sabeis , no tengo
nada que encargaros.

*Herm.* Bien:
pero estais , segun advierto,
muy agitado , y quisiera,
que no salieseis tan presto.

*Cond.* A la verdad , que no estoy
muy tranquilo , amigo ; pero
es preciso : ¡ ah ! si supiesen
lo que en mi interior padezco,
si penetrasen ... en fin,
querido Herman , pronto vuelvo;
á Dios.

*Herm.* El con bien os traiga.

*Cond.* A Dios : despues hablaremos.

*Herm.* Pobre señor , ya se ha ido.

## ESCENA IV.

*Herman, Luisa y Felipe.*

*Herm.* Ah, Luisa, vete corriendo,
y di á Matilde y á Amelia,
que pueden baxar sin miedo
por un rato.
*Luis.* Bien, ya vamos.
*Herm.* ¿ Á qué los dos?
*Luis.* Es que hacemos
nuestros recados á medias.
*Herm.* Sí señora, y aun por eso,
comunmente por hacer
se queda la mitad de ellos.
*Fel.* Diga vmd., señor Herman,
¿ qué gresca ha habido acá dentro
poco ha?
*Luis.* ¡ Qué voces, qué gritos!
*Fel.* Tio y sobrino.
*Herm.* Pues creo,
que quando los dos lo oisteis,
no os hallariais muy lexos.
*Fel.* Guarda Pablo.
*Luis.* Lo que hicimos,
y sin intencion por cierto,
fué acechar por las ventanas.
*Herm.* Sí? Pues mirad qúe os prevengo,

que si hablais una palabra...
*Luis.* ¡Cómo! Si nada sabemos.
*Fel.* ¡Qué! no; sino oimos nada. *vanse.*
*Herm.* ¡Qué lindo par! ¡Mas qué veo!
al fin se dexó aquí el Conde
los papeles. Tal infierno
trae el pobre en la cabeza:
bien que puede ser que de ellos
no necesite. ¡Mi Ernés!
Vaya, el crédito le vuelvo,
y digo que es muy honrado.
Yo, la verdad, mal concepto
tenia formado de él;
pues aunque era de los buenos
su exterior, como uno ha visto
tanto pícaro encubierto
con el exterior de un santo...
¡Oh mi Matilde! Tenemos
mucho que hablar.

## ESCENA V.

*Dicho, Matilde, y Amelia.*

*Mat.* ¿Y mi padre?
*Herm.* Acaba en este momento
de marchar hasta esa quinta
inmediata.
*Mat.* Y viene bueno?

*Herm.* Sí señora; mas muy triste.
*Mat.* ¡Ay Herman, qué envidia os tengo!
Le hablasteis, y aun en sus brazos
os estrecharia.
*Herm.* Cierto:
y harto rato.
*Mat.* Yo subí
á la azotea con miedo
de que pudiera observarme,
y le ví, mas de tan lexos...
Sin embargo, bien noté
la alegría, y el afecto
con que os abrazaba á todos
quando se apeó.
*Herm.* Sí, cierto.
*Mat.* Yo decia.... ¡Quién pudiera
tener la dicha de aquellos!
pero la infeliz Matilde
no la tendrá.
*Herm.* ¿Qué sabemos?
ya ha habido quien se atreviera
á hablarle de vos, y crèo,
que con alguna energía.
*Mat.* ¿Quién, Herman?
*Herm.* ¿Quién? el que menos
pensais. Su sobrino Ernés.
*Mat.* ¡Ernés!
*Amel.* Amigo, ¿podremos creerlo?
*Herm.* Pues qué, señora,

¿ tengo cara de embustero?
*Mat.* ¿ Lo ois, amiga?
*Amel.* ¿Y supisteis
qual fué de Ernés el intento?
*Herm.* El mas noble y generoso.
Vaya, si apenas lo creo.
Señor, renunció la herencia,
riñó á su tio el exceso
de rigor, con que os trataba,
y con alhagos, con ruegos,
y aun con lágrimas pidió
por vos al Conde, resuelto
á perder antes su gracia,
que recibir lo que es vuestro
de justicia.
*Mat.* ¿Veis, Amelia?
yo lo decia: él es bueno,
es sensible, y no podrá
pensar tal mal.
*Amel.* En mi aprecio
vivirá Ernés desde ahora.
*Herm.* El Conde de furor lleno
le despidió para siempre.
*Mat.* ¡Para siempre!
*Herm.* Sí; mas luego
intercedí yo por él,
y calmó un poco su ceño.
*Mat.* Hicisteis bien.
*Herm.* Y tan bien:

como que me hubiera expuesto
á todo, por defenderle.
Conmigo, yo lo confieso,
tienen un grande partido
los hombres de bien. ¿Qué es esto?
¿por qué correis?

## ESCENA VI.

*Dichos, Felipe, y Luisa asustados.*

*Luis.* Señor, pronto...
acudid... ni á hablar acierto.
*Fel.* Yo estoy temblando.
*Herm. y Amel.* ¿De qué?
*Fel.* Andabamos...
*Luis.* Sin meternos
con nadie...
*Fel.* Por el jardin...
*Luis.* Y acá de parte de adentro,
en la puerta de la cerca
vimos...
*Fel.* Yo, aun aquí los veo.
*Luis.* Quatro, ó seis hombres armados.
*Fel.* Y... yo no sé si mi miedo
me dexaria ver bien;
pero Señor, uno de ellos
me pareció que traia
baxo del brazo un violento

*Herm.* Vaya, dexa bufonadas.
*Amel.* ¿Les conocisteis?
*Fel.* No, ni ellos
querian.
*Luis.* Si todos traen
mascarillas.
*Herm.* Vamos presto
á exâminar el jardin.
*Fel.* Sí señor; pero primero
no será malo juntar
quince ó veinte compañeros,
por si acaso....
*Herm.* Eres un mandria.
*Fel.* Sí señor, desde pequeño
padezco esa enfermedad.
*Herm.* Vaya, ven.
*Amel.* Pronto volvemos,
Matilde.

## ESCENA VII.

*Matilde, y despues el Conde.*

*Mat.* ¿Qué podrá ser?
¿Qué intentarán? Solo temo
por mi padre y por Ernés.
Ernés! ah! Solo á él debieron
compasion mis penas. Solo
su corazon tuvo esfuerzo
para atropellar el órden

de mi padre, anteponiendo
mi alivio, á su conveniencia.
Pero gravaré en mi pecho
su fineza, y mientras viva
tendrá mi agradecimiento.
¡Infeliz! ¿dónde huiré?...
mi padre... Salir no puedo...
¿En qué parte me podria
ocultar?

*Cond.* No los encuentro;
sin duda... ¡que distraccion!
los dexé... ¡Buen Dios! ¡qué veo!

*Mat.* ¡Perdon, padre mio! *cae.*

*Cond.* ¡Hija!...
Ola, Herman, Felipe... ¡Cielos!
Luisa, Cárlos... ¡Santo Dios!
Hija, Matilde... ¡El respeto
ó el gozo la ha transtornado!
¡Qué hermosa es! Si la vuelvo
á ver... No, no triunfará
de mí... Pronto.

## ESCENA VIII.

*Dichos, Herman, Amelia y Luisa.*

*Herm.* ¡Pues! hacernos
recorrer todo el jardin
tontamente. Y bien, ¿que es ello?

*Amel.* ¡Oh, qué accidente!
*Cond.* Llevad
á Matilde á su aposento,
y estimaré que se cumplan
desde hoy mejor mis preceptos.
¿Ois, Herman? *vase.*
*Herm.* Ya oye Herman;
pero que no haya misterios.
*Luis.* ¡Habrá Neron! Vaya, yò
no estoy aquí ni un momento.
*Amel.* ¡Paciencia! Ven, criatura
desventurada.
*Luis.* Ya creo
que vuelve en sí.
*Mat.* Ya no está.
*Amel.* Amiga.
*Mat.* Sería sueño.
*Amel.* Venid, Matilde.
*Mat.* Llevóse
toda mi esperanza el viento. *vase.*

## ESCENA IX.

*El Conde, Herman y Felipe.*

*Cond.* Ya se fué.
*Herm.* Pero es posible...
*Fel.* Señor, con todo secreto,
vuestro amado Ernés está
un caballo previniendo,

y cerrando una maleta.
*Cond.* ¿ Qué dices ?
*Fel.* Un Evangelio.
El me encargó que callara,
y por lo mismo os lo cuento.
*Cond.* Id , Herman , y sin tardanza
decidle , que aquí le espero.
*Herm.* Ya se vé ; vos le estrechais
de modo , que...
*Cond.* Id corriendo.
¿Qué iria á hacer? ¡Mentecato!
dexar á su verdadero
amigo , á su padre... ¿y qué
por ventura afear debo
su proceder? No , no hay duda,
él piensa bien , y no debo
culparle yo.

## ESCENA X.

*Dichos , Herman que conduce á Ernés.*

*Herm.* Aquí está ya
el desertor.
*Cond.* ¡Indiscreto !
¿así pagas mi cariño ?
Tú sabes mi desconsuelo,
ves lo que te estimo , ¿ y tratas
de abandonarme el momento

en que necesito mas
de tu amistad? No hiciera eso
el mas extraño del mundo.
*Ern.* ¡Ah señor!

## ESCENA ULTIMA.

*Dichos, y Luisa consternada.*

*Luis.* Señor, corriendo,
acudid.
*Cond.* ¿Qué hay?
*Herm.* ¿Otro embrollo?
*Cond.* Habla, pues.
*Luis.* Que los perversos
que estaban junto á la cerca,
entraron al aposento
de Matilde, ahora, ahora,
por la ventana... yo tiemblo
como una azogada.
*Ern.* ¡Ay triste!
*Luis.* Y el señor Vodmar, con ellos.
*Cond.* ¿Vodmar, y qué?
*Luis.* Que arrastrando,
y casi muerta....
*Ern.* ¡Qué espero!
*Cond.* ¡Dios mio!
*Luis.* Se la llevaron.
*Cond.* ¡Infelice! Ve corriendo,

Felipe, y convoca gente.
*Fel.* ¿Era fábula?
*Herm.* ¿Y qué hacemos
nosotros?
*Cond.* Malvados, ¡ah!
Vamos, Ernés, de tu esfuerzo
lo fio todo: á mis brazos
la vuelve: sí, yo no quiero
vivir si pierdo á Matilde.
Soy padre, y amarla debo.
*Ern.* Seguidme, que aunque el malvado
se oculte en los hondos senos
de la tierra, ó ya morir,
ó traerosla prometo.

# ACTO TERCERO.

## ESCENA I.

*Matilde en una silla de brazos, con el cabello descompuesto, y como volviendo de un desmayo. Amelia junto á ella. Luisa arrodillada. Felipe á un lado observando con inquietud. Herman procurando acercar al Conde ácia Matilde, quando ella fixa en él alguna mirada. Ernés y el Conde entran con la mayor agitacion, y varios criados en el foro con armas y luces.*

*Amèl.* Valor, amiga.
*Luis.* Señora...
*En el bufete habrá dos bujias encendidas.*
*Herm.* Pagarán la picardía
que han hecho.
Ve aquí, Matilde,
Tu libertador.
*Mat.* Su vista
calma mis penas: Ernés.
*Ern.* Hice, lo que hicieron todos,
en defensa de una vida
tan preciosa.

*Herm.* ¿A qué viene eso?
Matilde, á su valentía
lo debeis todo. ¡Si vierais
qual embistió á la quadrilla
de pícaros, que os llevaba,
y qué ligeros huian
de sus tajos y revesès!
Nosotros alguna riza
hicimos tambien. Ya veis,
nos llevaban la alhagita
de la casa, con que, digo,
para que de la familia
hubiera alguno cobarde.
Pero la verdad se diga,
sino por Ernés::: ¿quién sabe
lo que esa canalla haria
con vos? A bien, que en el Silo
está toda la gavilla
con guardia doble.
*Amel.* ¿Y Vodmar?
*Herm.* A ese con gran cortesía
le hice atar de pies y manos,
y en la dispensa de arriba
está con dos centinelas.
*Cond.* Apenas se haga de dia,
es necesario dar cuenta
del suceso á la Justicia
de esa aldea, para que
con todo rigor se siga

su causa.

*Herm.* Sí, sí, á mi cargo
queda eso; y á fe mia,
que me las han de pagar.

*Cond.* Vos, llevad á::: vuestra amiga,
donde pueda recobrarse
del susto.

*Amel.* Sí, vamos hija.

*Ern.* Ya habeis visto lo que á todos
interesa vuestra vida,
y así os ruego que cuideis...

*Mat.* Infeliz, ¿qué es lo que miran
mis ojos?

*Herm.* ¿Estais herido?

*Cond.* Como, ¿herido? ¿Tú deliras?
A ver, sobrino..

*Ern.*No es nada,
señor, con mi espada misma::

*Cond.* Pronto: ve sin perder tiempo
á tratar de:::

*Ern.* No: os estima
mi humildad ese cuidado;
pero no se necesita,
puesto que apenas rompió
la punta el cutis.

*Cond.* Creia...

*Amel.* Retiremonos de aquí,
Matilde.

*Ern.* Desearia,

que no olvidaseis mi ruego.
*Mat.* Señor, pues todos afirman,
que os debo la vida á vos,
como vuestra, mas que mia,
procuraré conservarla,
por seros agradecida.
Y Dios quiera, no la cerquen
tantas penas y desdichas,
como hasta aquí.
*Cond.* ¡Quál me encanta
su modestia!
*Fel.* ¡Pobrecilla!
¡Con quánto miedo se acerca
á su padre!
*Mat.* Yo queria:::
señor:::
*Cond.* ¿Qué?
*Mat.* Poder pagaros
la piedad, que en este dia
tuvisteis conmigo.
*Cond.* A Dios.
No hay corazon que resista *ap.*
á su virtud.
*Fel.* Ya el Neron
está mas humano, Luisa.
*Luis.* Sí, sí, y aun no la ha mirado.
*Amel.* Ernés, vuestra bizarría
vivirá siempre en el alma.
*Mat.* ¡Ay Amelia! la alegría,

que me da hallar á mi primo,
de mi parte, me la quita
el ver, que de mí se aparta
mi padre, y que no me mira.

*Amel.* Vamos, que yo algun consuelo
llevo.

*Herm.* Vamos, señorita,
no hay que temer, que ya he puesto
guardas de noche y de dia
en vuestro quarto: sí, sí:
que á la verdad sois muy linda.

*Cond.* ¡Que el fruto de un crimen pueda
ser tan bello! ¡Ay Carolina!
¡Ay Vodmar! ¡Almas perversas!
No hay remedio; el honor insta,
y es fuerza por conservarle,
cometer una injusticia. *ap.*
Ahora, Ernés, ve á descansar
un poco de la fatiga
pasada, porque ya es tarde,
y en verdad lo necesitas.

*Ern.* Si supiera no estorbaros,
mucho mas placer tendria
en acompañaros.

*Cond.* Bien:
si mi compañía estimas
mas que el descanso, en buen hora.
Mi amigo ¿os dormis?

*Herm.* Cosquillas

me hace el sueño ya.

*Cond.* Mañana,
si dexamos concluida
cierta cosa, dormiremos.

*Herm.* Pero ¿tendreis prevenida,
para que no nos durmamos,
alguna historia bonita?
Es que si no, yo no fio
de esta modorra.

*Cond.* Desdichas
podré contaros.

*Herm.* Pues no,
esas no se necesitan
saber.

*Cond.* Herman, por razones,
que ya es forzoso que diga
á todos los de esta casa,
debo alejar de mi vista
á Matilde para siempre.

*Ern.* ¡Triste de mí!

*Cond.* Me lastima
su situacion: mas vereis,
que no está en mí, el redimirla.
Pero sí, proporcionarla
medios, para que subsista
con decencia; á cuyo efecto,
para mientras ella viva
la hago donacion formal
de la posesion mas rica,

que tengo en mis bienes libres,
que es aquella hermosa quinta,
donde vivió con Amelia.
No es todo lo que querria;
Mas sí, quanto puedo hacer
á su favor este dia.
La amo, sin poder gozar
jamás la pura delicia
de manifestarla yo
mi ternura. Herman, decidla
lo que querais de mi parte:
y disponed su partida
para luego que amanezca.
Pero por Dios, no me aflija,
con quererme ver. No, no,
de ningun modo: sería
para mí, mayor tormento:
demasiado se contrista
mi corazon. Aquí Herman
teneis la escritura. Mira,
Ernés; no me angusties mas.
Ven conmigo. ¡Ah, se me olvida,
dadla este abrazo::: Llevadla
estas lágrimas::: decidla:::
lo que querais. A Dios. ¡Ah
vil Vodmar! Ay Carolina!
*Ern.* Triste Matilde!
*Herm.* Quedamos
bien lucidos, á fe mia,

despues de tantos misterios
y trabajos. ¡ Pobre chica!
vaya, que para mi genio
me ha dexado una bonita
comision, mi amigo Orleim.
No señor, que se lo diga
quien quiera. Pues está bueno:
No hay mas, que segun se explica,
debo yo de tener cara
de llevar malas noticias.
¿ Y á qué será esto ahora ?
Quando yo me persuadia,
que las penas de Matilde
del todo se concluian,
salimos con esta droga.
Pues: sí: Matilde y su amiga
cabalmente.

## ESCENA II.

*Herman, Amelia, y Matilde.*

*Amel.* No está, entrad.
¿ y el Conde?
*Herm.* Qué sé yo.
*Amel.* Estima
mi amistad, vuestra respuesta.
*Mat.* Señor Herman, sentiria
haberos incomodado.
*Herm.* Pues en verdad, señorita,

que por vos paso unos ratos:::
vuestro padre ya delira,
y quiere que deliremos
todos.
*Amel.* Resuelta venia
Matilde, á hablarle.
*Herm.* Sí? Pues
buena ocasion escogia.
*Amel.* ¿Pues qué hay?
*Mat.* Decidnos, Herman.
*Herm.* El Conde manda que os diga,
os vayais de aquesta casa,
apenas apunte el dia.
*Mat.* ¿Adónde, Herman?
*Herm.* Al desierto
mismo donde antes viviais.
*Mat.* ¡Triste de mí!
*Amel.* ¿Sola?
*Herm.* Eso
no; con su Amelia querida.
*Amel.* ¿La causa?
*Herm.* No sé, señora.
Lo cierto es, que él da á su hija
los molinos, y la hacienda,
que compete á aquella quinta,
con los ganados que el Conde
mantiene en sus cercanías,
como dice esta escritura.
Demas á mas os envia

su pesar: aqueste abrazo...

*Amel.* ¿Qué haceis?

*Herm.* Qué? Lo que me intima
el Conde. Si vos le vierais,
qual lloraba y se afligia!

*Mat.* ¿Lloraba?

*Herm.* Como un muchacho.

*Amel.* ¿Pues quién, á apartar le obliga
á Matilde de su lado?

*Mat.* Decid, ¿qué culpas me privan
del cariño de mi padre,
y su amable compañía?

*Herm.* El confesó, que os amaba:
dixo, que os compadecia:
que sentia mas que vos
esta ausencia repentina:
en fin, lloró, que es la prueba
mejor de que está su hija
en su gracia, y en su amor.

*Mat.* Eso solo en mis desdichas
puede consolarme.

*Herm.* ¡Oh!
yo lo creo. Ernés, aprisa
¿qué tenemos? ¿Se ha mudado
el ayre? Malas noticias
nos da esa cara.

*Ern.* Señoras,
vengo de hacer quanto inspira
el tierno amor, que profeso

á mi desgraciada prima,
en favor de su inocencia;
pero. . .
*Herm.* Nada, eh?
*Ern.* De mi vista
se apartó ahora, llenando
de lágrimas mis mexillas,
y estrechándome á su seno,
me dixo: "Ernés, tú lastimas
" mi corazon; pero es fuerza
" alejar ya de esta quinta
" á Matilde, aunque los dos
" lo sintamos."
*Herm.* El delira;
lo dicho.
*Ern.* Os ama Matilde;
lo he visto, y ahora me admira
mas su proceder.
*Amel.* Ya es fuerza
resolver, Herman.
*Ern.* Querida
Matilde, al fin para siempre
dexais nuestra compañía,
y quedará el triste Ernés
á padecer mientras viva
el tormento de no veros.
*Mat.* Por lo menos las caricias
de mi Padre gozareis,
y el mal de la ausencia mia,

aliviareis en su seno.
Mas ¡Ay! de la que su vida
ha de pasar apartada
de aquello que mas estima,
sin la esperanza siquiera
de volverse á ver un dia
entre vosotros.

*Ern.* Yo os juro,
que si todas mis porfias
no enmiendan vuestro destino,
renunciaré quantas dichas
la fortuna me presente,
partiendo con alegría
á hallarme en vuestros quebrantos.
¡Y oxalá, amase mi prima
á Ernés, como Ernés la ama!
que entonces tal vez unidas
sus voluntades:::

*Mat.* Acaso:::
si no os amase::: seria
menos mi mal.

*Ern.* Pues Matilde,
nuestros males se rediman
de una vez: dadme licencia,
para que nuestra sencilla
inclinacion, vuestro padre
sepa por mí, y que le pida
vuestra mano. Su ternura
me la otorgará, y cumplida

se verá nuestra esperanza;
y quando á la instancia mia
se niegue, renunciaré
los títulos, con que aspira
á elevar á su sobrino:
renunciaré sus caricias
y riquezas: nada quiero,
si del mayor bien me priva:
teniéndoos á vos, tendré
quantos bienes y delicias
se encierran en la virtud.
No seremos ricos, prima;
pero seremos felices,
aunque á costa de fatigas.
busque nuestra subsistencia.

*Mat.* Como no exciteis las iras
de mi padre::: como él
no se disguste ó se aflija:::

*Herm.* El Conde: Matilde, Amelia,
partid.

*Amel.* Pero bien:::

*Herm.* Aprisa:
luego hablaremos.

## ESCENA III.

*Conde, Herman y Ernés.*

*Cond.* No puedo
descansar. La compañía,
la soledad, todo aumenta
mi dolor: todo contrista
mi corazon. No hay remedio;
por mucho que lo resista
mi honor, ya es fuerza que sepan
este misterio. Ve, avisa
á Amelia: díla que baxe
al instante con tu prima.
*Ern.* Está bien.
*Herm.* ¿Hay otra nueva
providencia?
*Cond.* Hay mil desdichas,
Herman. Vaya ¿habeis ya hecho
lo que os dixe? Ved, que el dia
va llegando, y es forzoso...
*Herm.* Bien, se hará.
*Cond.* ¡Quál se contrista
tambien! y quizá entre sí
mi proceder acrimina
como todos. ¡Ah! bien pronto
verán quanto es excesiva
mi bondad con esa jóven!

sí: si en callarlo se obstina
mi rubor, daré lugar
quizá á un crimen, que horroriza
mi corazon. Yo no debo
ni puedo estar á la vista
siempre de Vodmar; y acaso,
como no tiene noticia
de tan funesta aventura,
podrá conseguir un dia
lo que hoy intenta.

## ESCENA IV.

*Conde y Cárlos.*

*Carl.* Señor?
*Cond.* ¿Qué? despacha.
*Carl.* Yo queria...
*Cond.* ¿Qué?
*Carl.* Pediros...
una cosa
*Cond.* ¿Quál es? dila.
*Carl* Mi castigo; pero cuenta
que sea grande.
*Cond.* ¿Deliras?
*Carl.* No, señor, el que la hizo
páguela, pese á su vida.
*Cond.* Pues tú ¿qué has hecho?
*Carl.* ¿Qué? dar
una llave que tenia

de la puertecita falsa
á Vodmar: por ella misma
conducir con gran sigilo
á él, y á toda su quadrilla
á la ventana de el quarto,
en que está la señorita,
y ayudarles á robarla.
Soy un pícaro, á fé mia;
pues sin mí nada intentára
el baron.

*Cond.* ¿Qué te movia
á hacerme á mí tal traicion?

*Carl.* El creer que aborreciais
á la señora Matilde:
el ver que la pobrecita
pasaba tantos trabajos,
y que sus estados iban
á ser la herencia de otro;
ya se vé me persuadia
que el baron, (como què él mismo
me lo juraba) seria
su esposo, y que los trabajos
de la pobre acabarian,
y esto me obligó á ayudarles.
Toma, y aun creí que hacia
una cosa muy laudable:
señor, por Diós, que no sirva
de disculpa. Haced que me ahorquen,
y no haré otra bastardía.

*Cond.* ¡Qué bondad! ¿con que lo hiciste,
por remediar las desdichas
de Matilde?
*Carl.* Pues si no,
aunque me dieran las Indias,
no diera yo tal disgusto
á mi amo.
*Cond.* Lo creo: cuida
de servir bien, que ya tienes
mi perdon.
*Carl.* ¡Con qué alegría
os serviré! No haya miedo,
que haga yo otra picardía.
*Fel.* Señor, con muchas instancias,
un momento, solicita
veros, el señor Vodmar.
*Cond.* Sí: no será su venida
inoportuna. Traedle
con la precaucion precisa:
fuerza será que él tambien
sepa la deshonra mia,
para que huya del peligro.
Ya vienen: ¡ quál me palpita
el corazon!

## ESCENA V.

*Conde , Ernés , Amelia y Matilde que salen por la izquierda , y Hernan por el centro.*

*Ern.* Aquí estan.
*Herm.* Vaya , vamos , tanta prisa:
ya está todo prevenido.
*Mat.* ¿Qué será?
*Herm.* Alguna salida
como suya.
*Ern.* ¡Oh Dios! ¡ qual tiemblo
este momento!
*Cond.* Hace dias
que estais extrañando todos
mi conducta , relativa
á la inocente Matilde.
Y en verdad que no me admira:
porque obrar con tal rigor
un padre con una hija,
y mas tan irreprehensible,
es cosa muy poco oida;
y aunque no ha llegado á mí
hasta hoy la menor noticia
de vuestro resentimiento,
sé muy bien , que me acriminan,
porque hice á Ernés mi heredero,
desheredando á la que , hija
creen del Conde de Orleim,

*Herm.* ¿Cómo, què creen?
*Mat.* Amiga,
¿lo oisteis?
*Cond.* Sí, Herman: Matilde...
*Ern.* Qué, señor?
*Cond.* No es hija mia.
*Mat.* ¡Buen Dios!
*Herm.* ¿Soñais?
*Cond.* Ojalá,
y menos padeceria.
Este, Herman, era el misterio
què veces tan repetidas
quise revelar, y al alma
mi propio honor le volvia.
*Amel.* ¿Será creible?
*Herm.* Yo estoy
absorto.
*Amel.* Pues si yo misma...
*Cond.* Llegad, Vodmar.

## ESCÈNA VI.

*Vodmar, Felipe, Luisa y los dichos.*

*Ern.* Ya murió
toda la esperanza mia.
*Cond.* Llegad, que aunque vuestro exceso
mi atencion no merecia,
yo quiero oiros; mas antes

dexando la bastardía,
que hicisteis para otro juicio,
pues mi conciencia me obliga
á ello, sabed, que Matilde,
ni que yo muera ni viva,
jamás casará con vos.

*Vod.* Sí casará, si atendida
mi razon...

*Cond.* Pretendeis un
imposible, y... Pues me obliga
vuestro teson á hablar claro,
sabed (qual se mortifica
mi pundonor!), que Matilde
es vuestra hermana.

*Mat.* Desdichas,
¡qué es esto!

*Vod.* ¿Y es ese, todo
el reparo?

*Herm.* Niñería,
¿es verdad?

*Vod.* Seguramente.

*Luis.* Vaya, es loco de por vida.

*Vod.* ¿Con que si no fuera eso,
conmigo la casariais?

*Cond.* Nada perdiera en hacerlo.

*Vod.* Pues leed. *dándole una carta.*

*Cond.* ¡Buen Dios! la firma
y letra son de Vodmar.
„Yo muero, y solo me acompaña

,,al sepulcro el triste arrepentimiento
,,de mi culpa. Perdon, Orleim, per-
,,don, y quizá me le otorgará tam-
,,bien un Dios terrible y justiciero.
,,Tu esposa es inocente: yo la ama-
,,ba, y prefirió tu mano á la mia: pa-
,,ra vengar este desprecio; procu-
,,ré adquirir por una suma el retrato
,,suyo, que hice llegar á ti con una
,,carta, que suponia escribirla; y que
,,me produxo entonces el placer de
,,que fuera deshonrada á tus ojos."

¡Qué crimen, Dios mio!

,,y que desconocieses á tu hija. Per-
,,don otra vez, Orleim, y..muero.,,

¡Hija!

*Herm.* ¡Habrá pícaro!

*Cond.* ¡Matilde!

*Mat.* ¡Padre!

*Cond.* Perdon, hija mia,
de quanto por mí sufriste.
Y tú, tierna Carolina,
perdon tambien, pues fuí causa
de tu muerte, y tu ignominia.
Pérfido Vodmar! ¡qué daños
me ha causado tu malicia!
¡qué amargura derramaste
en mi inocente familia!
Pero en fin, la religion

insta por ti; sí, me intima
que te perdone, y lo hago
sin violencia en este dia
de placer. Cara Matilde,
ya ves que toda esta dicha
la debemos al Baron:
Te ama, como ves tú misma,
y tu mano le he ofrecido.
Pero pues está en tu misma
eleccion tu bien, ó mal:
decide tú. Me holgaria
fuese á su favor, mas no
contra tu gusto.

*Ern.* ¡Ay querida
Matilde! yo te he perdido.

*Cond.* Habla.

*Mat.* Señor...

*Cond.* ¿Qué, vacilas?
él tiene un derecho grande.

*Mat.* Pero, Vodmar...

*Vod.* Señorita,
teneis razon: es un loco.
Orleim, ya que en este dia
debeis hacerme una gracia,
sea casar con su prima
á Ernés, pues sé que se quieren.
Gozen ambos esta dicha
por mí, y en vez de exêcrarme,
me apreciarán mientras vivan.

*Cond.* Sea si vos lo quereis.
*Mat.* Padre...
*Ern.* Señor...
*Cond.* Hoy cumplidas
se ven todas mis ideas.
*Herm.* Abrazad. ¿Quereis que os diga
lo que siento? No os creí
capaz de tal bizarría.
*Ern.* Heroyco Vodmar.
*Vod.* Dexemos
pataratas, y que vivan
los novios.
*Los 3.* Vivan.
*Cond.* Por vos
tengan tambien este dia
libertad esos malvados,
y quedese en esta quinta
sepultado su delito,
y la horrorosa perfidia
del muerto Vodmar, pues ya
aunque tarde las desdichas
de la Matilde de Orleim
con tal placer finalizan.

FIN.

# MEJOR ESTA, QUE ESTABA.

## COMEDIA

DE D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

*Mis zelos dixeron bien.*
*¡Pero quándo dicen mal*
*las desdichas, que han de ser!* Jorn. III

## ARGUMENTO.

*Flora, dama disfrazada, encarga á Carlos (que se hallaba en Viena) detenga á un caballero, que la queria reconocer; y por hacerlo, da muerte á Licio, primo y amante de Flora; quieren prenderle; y huyendo, se entra en casa de la misma, sin conocerse uno ni otro; procura ampararle, y sabiendo despues, ser el que tubo el lance por ellá, se empeña mas en servirle.*

*Don Cesar, viejo, como Potestad de Viena, solicita la prision, y sabiendo, ser Carlos Colona el agresor, á cuyo padre debia vida y honor, se halla en empeño, de librarle y favorecerle.*

*Arnaldo, que iba acompañando á Licio, quando sucedió la desgracia, busca con empeño á Carlos, para matarle por este motivo; y estando Arnaldo una noche en el jardin de Laura, á quien amaba, á pesar de Fabio, hermano de ésta, fue preso por Don Cesar, creyendo, arrestaba á Carlos.*

*Juntos por raros accidentes Arnaldo y Carlos en la torre, riñen, y los sepa-*

*ra Don Cesar; y por ultimo, despues de un texido de lances repetidos, que ocasionan los distintos empeños de unos y otros, ya en favor ya en contra de Carlos, Arnaldo se casa con Laura, y Carlos con Flora, con que terminan las diferencias, siendo el medio, para poder perdonar á éste.*

# PERSONAS.

FLORA.

LAURA.

DON CARLOS.

ARNALDO.

FABIO.

DON CESAR, *Barba.*

SILVIA, *Criada.*

NISE, *Criada.*

DINERO, *Criado.*

CELIO, *Alcayde.*

# MEJOR ESTA, QUE ESTABA.

## JORNADA PRIMERA.

*Salen Flora quitandose el manto y poniendose otra ropa, y Silvia.*

FLORA.

Dame presto otro vestido;
quitame este trage presto.

SILVIA.

¡Qué trahes, señora! ¡Qué es esto!

¡Qué tienes! ¡Qué ha sucedido!

FLORA.

Pierdo, en pensarlo, el sentido.
¡Ved, en decirlo, qué haré!

SILVIA.

La ropa está aqui.

FLORA.

Ahun no sé,
si estoy segura.

SILVIA.

Señora,
en tu casa estás.

FLORA.

Ahora,
lo que ha pasado, diré.
Ya sabes las grandes fiestas,
que Alemania agradecida
de su gloria á la fortuna,
como al cielo de sus dichas,
previno al recibimiento
de la gallarda Maria,
feliz Infanta de Hespaña,
y Reyna feliz de Hungria.
Ya sabes, que mas que todas,
esta famosa Provincia
de Viena, se mostró,
como noble y como rica,
á cuyo aplauso la fama,

cõn voces mil repetidas,
convidó al mayor theatro,
que vió el sol, en quanto gira,
circulos de vidrio y nieve,
desde que el alba le riza
la crespa melena de oro,
hasta que la noche fria
se la desmaraña, siendo
Phenix de la edad de un dia,
desde el oriente al ocaso,
lecho y marmol, cuna y pyra.
Esta tarde, que el Danubio
era el circo, donde habia
de ser un torneo de agua
la fiesta, porque de envidia
de la tierra no muriese,
viendo, que ella merecia
siempre en su esphera á su sol,
Madama Laura, mi amiga
y vecina, con quien esos
jardines nuestros confinan,
me envió con un criado,
á decir, que si queria
ir á hallarme disfrazada
en las fiestas prevenidas,
(pues, por ser fiestas de agua,
lugar ni balcon habia
donde verlas) que saliese

á la Hespañola vestida;
y de rebozo las dos
podriamos divertidas
pasar la tarde, gozando
la fiesta desde la orilla.
Yo pues, (que con decir yo
no es necesario, que diga
mas, pues diciendo mujer,
la conseqüencia es precisa,)
sin prevenir los sucesos,
que resultarme podrian,
de que alguien me conociese,
con Laura fui, donde habia
sobre la crespada selva,
sobre la campaña riza,
Abriles fingiendo, una
Primavera fugitiva,
porque de enramados barcos
y de entoldadas barquillas
portatil monte de rosas
arada estaba una isla.
En una hermosa galera,
que desde el tope á la quilla
era asqua de oro, á pesar
de tantos cristales, viva;
en el rio entró la Reyna,
á cuya agradable vista
hicieron salva las ondas;

siendo con dulce harmonia
ruiseñores de metal,
cañones y chirimias.
El mantenedor::: ¿Mas dónde
voy; pues no es bien, que repita
juegos, quien siente pesares,
gustos, quien llora desdichas?
Dexemos á los gozosos
las fiestas; estos las digan;
no hablemos de ajenas glorias,
donde hay las desgracias mias.
Estabamos desde lexos
las dos; pero no fingidas
tanto, que la novedad
no despertase la envidia.
De los que mas nos siguieron,
fue uno Arnáldo, con quien iba
Licio mi primo y mi amante,
con quien mi padre porfia,
que me case á mi disgusto:
imprudente tyrania.
De Arnaldo y Licio en efecto
seguidas y perseguidas,
á mi pesar, no de Laura,
fuimos, porque entretenida
me dió á entender, que gustaba,
sea ó no sea malicia,
de que Arnaldo la siguiese.

¡Suerte injusta! ¡pena esqniva!
Licio, que á su amigo ya
bien entretenido mira,
envidioso ó cortesano,
(todo es una cosa misma)
quiso darme á mí conmigo
zelos, que en la corte, Silvia,
hay muchos hombres, que aman
por solo hacer compañia.
Yo, que ví, que ya conmigo
la plática disponia,
por no responderle, y ser
en el habla conocida,
volví al descuido la espalda,
y viendo, que me seguia,
(¡oh quanto yerra el temor!)
á un forastero, que iba
con un criado:::

*Dentro dicen Arnaldo y Celio.*

ARNALDO.

Matadle.

CELIO.

Muera.

FLORA.

¿Qué voces, qué grita
es esta?

*Sale Don Carlos con la espada desnuda.*

D. CARLOS.

Si en la hermosura
hay piedad, y hoy no se implican
piedad y hermosura, puesto
que siempre son enemigas,
vuestro sagrado le valga,
ó señoras, á una vida,
contra quien hoy de los hados
se han conjurado las iras.

ARNALDO.

Entrad. No importa, que sea
esta casa:::

FLORA.

No prosigas;
que á mí me toca ampararte;
cubrete de esta cortina.

*Escondese, y salen Arnaldo, Celio, gente, y Dinero con ellos.*

D. CARLOS.

Paren las desdichas, cielos,
si saben parar desdichas.

FLORA.

¿Qué es esto, señor Arnaldo?

ARNALDO.

Ahunque la colera mia
debiera, divina Flora,
suspenderse, quando os mira,

perdonadme; que esta vez
rompe el enojo y la ira
el respeto á la hermosura,
la ley á la cortesia.
Fuera de que, como vos
tambien estais ofendida
en esta parte, es forzoso,
que dispenseis con vos misma.
Siguiendo vengo á un traydor,
que dexa (ó suerte enemiga)
á vuestro primo y mi amigo
muerto:::

FLORA.

Ay cielos.

ARNALDO.

de una herida.
Como forastero en fin,
á la carcel se retira;
pues se ha entrado en vuestra casa,
de quien guardarse debia
dos veces, siendo como es,
de la parte y la justicia,
pues sois la prima del muerto,
y del Potestad sois hija,
á cuyo gobierno está
toda aquesta monarchia.
Decid pues, donde se esconde,
porque de una vez consiga

este acero dos venganzas,
una vuestra y otra mia.

D. CARLOS.

A muy buen puerto he llegado.

FLORA.

Fuerza es, ay de mí, que os diga,
pues como decís, yo soy
la parte mas ofendida,
la verdad. Aqueste hombre
entró hasta aqui:::

D. CARLOS.

¡Ah suerte impia!
¿Qué espero?

FLORA.

huyendo:::

D. CARLOS.

Mal haya,
quien de una mujer se fia.

FLORA.

pero apenas escuchó
las voces, que le seguian,
quando por esa ventana,
que da á esos jardines vista,
se arrojó. Seguidle pues;
y con noble bizarria
le dad muerte; que venganzas
tan generosas son hijas
de vuestro valor.

ARNALDO.

Al cielo
juro, si no se retira
á él mismo, de darle muerte.
Tras él iré; no me siga
nadie para esta venganza;
que yo basto.

*Vase Arnaldo.*

DINERO.

Yo malilla.

CELIO.

¿Quién sois vos?

DINFRO.

De esta baraxa
soy, si él basto se apellida,
malilla yo, y voy tras él,
porque si fue la espadilla
el hombre, que busca, y hoy
contra el hombre triunfa, sirva
yo, de sentarle una baza;
que en la polla de este dia,
todos somos matadores.

CELIO.

¡Qué locuras!

DINERO.

Como mias.

CELIO.

Pues soy su amigo, y alcayde

del Fuerte, bien este dia,
por su amistad y su oficio,
es fuerza, que á Arnaldo siga. *vase.*

DINERO.

Criado de Carlos soy,
y asi he de andar á la mira,
á ver, lo que le sucede;
que á esto la lealtad obliga. *vase.*

FLORA.

¿Fueronse?

SILVIA.

Sí; ya se fueron.

FLORA.

Pues cierra esas puertas, Silvia.

*Sale Don Carlos.*

D. CARLOS.

¡Hay tal valor! ¡Oh bien haya,
quien de una mujer se fia!

FLORA.

Ya habeis visto, caballero,
quan á costa del dolor,
de la sangre y del amor,
daros libertad espero;
pues generosa y constante
en vuestro favor me hallais,
siendo, el que muerto dexais
mi primo, ay Dios, y mi amante:
y siendo vuestra malicia

tan ciega, que os ha obligado,
á que tomeis por sagrado
la casa de la justicia.
Mas, ahunque todo esto aqui
está contra vos, está
de vuestra parte, el que ya
os amparasteis de mí.
Ya lo empecé, y pues en tal
delito soy delinqüente,
pues, quien le hace y le consiente
tienen pena por igual,
librarme á mí solicito,
con libraros, por temer,
que debo yo de tener
gran parte en vuestro delito.

D. CARLOS.

Como responderos, dudo;
que como jamas traté
dichas, hablarlas, no sé;
y asi estoy con ellas mudo;
que, como siempre desdichas
en mi pecho he aposentado,
nunca, señora, he estudiado
el idioma de las dichas.
Y no sé, de qué manera
halladas conmigo estén;
que nadie recibe bien
los huespedes, que no espera.

Dicha fuera, no ofenderos,
desdicha fuera, no hallaros,
dicha fuera, no enojaros,
desdicha fuera, no veros:
y asi entre uno y otro extremo
oid la disculpa mia;
quizá la verdad podria
tener las dichas, que temo,
si de la razon movida
templais rigores severos;
que será gran dicha, veros,
y no veros ofendida.
Yo salí al rio esta tarde,
por ver, si acaso podia,
entre placeres del dia,
hacer á un pesar cobarde.
Aqui estaba pues, señora,
una gallarda tapada,
bien como suele embozada
entre nubes el aurora.
Esta, á quien el trage ufano,
de que vestida venia,
encubria y descubria,
sacando una blanca mano,
mariposa de cristal
de las luces de sus ojos,
me llamó. Yo, que entre enojos
dudaba ventura igual

viendo, que la deydad era
de flores blancas y roxas
y oyendo de aves y hojas
la música lisonjera,
creí, que acciones tan graves
no eran, que á mí me llamaba,
sino compas, que llevaba
á las flores y á las aves.
Como forastero en fin
tantas venturas dudé;
bien que villano llegué
atrevido al Serafin.
Apenas pues pronunció:
„aqui me importa, que esteis,
y que, llegar, estorbeis
aquel hombre" quando yo
ví, que uno, que la seguia,
y antes me pareció acaso,
apresuró mas el paso,
á estorbar la suerte mia,
llegó diciendo: „El lugar,
señor, que habeis ocupado,
esa dama me ha negado;
y pues no puedo vengar
el desayre en ella, en vos,
instrumento suyo, sí."
No sé, que le respondí,
y ya empeñados los dos,

saqué la espada impaciente,
ó colérico ó furioso,
quando él valiente y zeloso,
que es, ser dos veces valiente,
sacó la suya. Los cielos
saben, que mi brazo fuerte
hizo poco, en darle muerte,
habiendole dado zelos.
Llegó la Justicia pues,
y viendo, que á la Justicia,
quien, no temerla, codicia,
ni noble ni cuerdo es,
volví la espalda, y huyendo,
en vuestra casa me entré,
porque la primera fué,
que sale al campo. Aqui entiendo
el gran peligro, en que estoy,
si vos, deydad soberana,
tan divinamente humana,
no me dais la vida hoy;
considerando la accion,
en que, apenas fui culpado,
pues no fue caso pensado,
con ventaja ó con traycion.
Una mujer me empeñó,
á quien quise, obedecer;
y asi, pues que sois mujer,
obligacion os corrió,

de ampararme; de manera,
que por mujer y ofendida
teneis accion á mi vida;
pues, si bien se considera,
bien la muerte mereció,
quien siendo primo y amante
vuestro, altivo y arrogante
por otra dama riñó.
Y asi una vez enojada
estad, y otra agradecida;
pues si sois prima ofendida,
tambien sois dama vengada.

FLORA.

Hoy vuestra disculpa halló
crédito en mí de tal modo,
que me parece, que á todo
estube presente yo.
Y asi, pues una mujer
tanto os empeñó primero,
otra, infeliz caballero,
vuestra defensa ha de ser.
Lo que ella erró, emiende yo,
y quexaos desde aqui,
de la que os empeñó, si:
de la que os ampara, no.
A ese camarin entrad,
y hasta que la noche fria
sea homicida del dia,

escondido en él estad;
que, en habiendo anochecido,
seguro salir podeis.

D. CARLOS.

Dexadme:::

FLORA.

No; no teneis,
que decirme agradecido
nada; que es muy baxo indicio,
pues, quien llega," agradecer,
paga, y yo no he de vender,
sino dar el beneficio.

SILVIA.

Gente he sentido.

FLORA.

Entrad presto
en esa quadra; no os vea.

D. CARLOS.

Ella mi sagrado sea.

*Cierran la puerta, por donde entró Don Carlos, y dice dentro Don Cesar.*

D. CESAR.

Todo quede asi dispuesto.

SILVIA.

Echó á la puerta mil llaves.

*Sale Don Cesar.*

D. CESAR.

¿Flora?

FLORA.

¿Señor?

D. CESAR.

Ya el desvelo
me ha dicho en el desconsuelo,
que nuestras desdichas sabes.

FLORA.

Ya sé, señor, que un traydor
por una facil mujer,
(porque, ¿quien pudiera, ser
dueño de tanto rigor?)
mató á Licio. Aqui se entró:::

D. CESAR.

No tengas pena, que pueda
escaparse; que ya queda
todo esto sitiado, y no
me ha de quedar, vive el cielo,
casa, iglesia, ni vergel,
que no exâmine cruel
mi cuidado y mi desvelo.
Retirate tú de aqui;
que siento ruido.

FLORA.

Ya voy,
á servirte. ¡Muerta estoy!
Defiendame Dios de mí.

*Vanse Flora y Silvia, y salen criados que trahen preso á Dinero.*

CELIO.

Este es, señor, un criado
del homicida, que ha sido
de nosotros conocido,
y él mismo lo ha confesado.

DINERO.

Asi es la pura verdad.
¿Pero qué delito es,
ser criado suyo; pues
yo diré toda verdad;
que, viendole aquestá tarde,
sacar el acero alli,
otra vereda cojí?

D. CESAR.

¿Por qué?

DINERO.

Porque soy cobarde.

D. CESAR.

Mira, que él Potestad es,
con quien hablas.

DINERO.

Norabuena;
que á mi nada me da pena,
si he de decir verdad, pues
diciendo yo la verdad,
ser, ¿que importa, en conclusion

el Trono ó Dominacion,
quanto mas el Potestad?

D. CESAR.

¿Cómo te llamas?

DINERO.

Dinero,
por vivirme yo conmigo,
pues nadie vivió consigo.

D. CESAR.

¿Quién es aquel caballero
amo tuyo?

DINERO.

El es, señor,
una muy linda persona.

D. CESAR.

¿Llamase?

DINERO.

Carlos Colona,
hijo del Gobernador
de Brandemburg.

D. CESAR.

¡Ay de mí,
que es mi mayor enemigo
hijo del mayor amigo!
¿Pues á qué ha venido aqui?

DINERO.

A solo matar sobrinos
de Potestades.

D. CESAR.

No trato

de burlas.

DINERO.

Soy mentecato:

diré dos mil desatinos.
A ver las fiestas, señor,
que hace Alemania este dia,
á la divina Maria.

D. CESAR.

Preso id.

DINERO.

¡Por qué tal rigor!

D. CESAR.

Porque en la carcel esteis,
hasta que la confesion
se os tome y declaracion.

DINERO.

¿Qué mas claro me quereis?
Ya, ser dinero, no espero;
que en carcel (nadie se asombre)
me gastarán hasta el nombre,
por dexarme sin Dinero.

*Llevanle, y vanse.*

D. CESAR.

¡Quién vió mayor confusion
jamas, cielos, que la mia!
Bien decia, el que decia,

que hydras las desdichas son;
pues apenas muere una,
quando otra á su sangre nace;
que esta para aquella hace
de su sepulcro la cuna.
Quando como Juez y parte
te busco, fiero homicida
de mi honor y de mi vida,
quisiera, ay de mí, no hallarte;
porque, si osado me atrevo,
á vengarme, mas me aflijo,
porque eres de un hombre hijo,
á quien vida y honor debo.
Y es verdad. Honor y vida
de su padre recibí.
Mas esto no es para aqui;
baste ver, que no se olvida.
Asi que vida y honor
obligados y ofendidos,
hacen guerra á mis sentidos
con piedad y con rigor.
Forzoso, el buscarte, es,
y forzoso, el ampararte,
y asi he de ser, en buscarte
un hombre zeloso; pues
entre contrarios venenos,
no vió descanso jamas.
y aquello, que busca mas,

es, lo que quiere hallar menos. *vase.*

*Salen Arnaldo, Laura y Nise.*

LAURA.

¿Y en fin, qué ha sucedido?

ARNALDO.

Que tras él me arrojé, pero al ruido
llegó infinita gente,
y entre todos Don Cesar diligente.
Yo que ví, que ya era
mi venganza imposible, ahunque quisiera,
entre todos mostrarme,
pues habian, de prenderme; y no dexarme,
no quise, que pensase, quien estaba
alli, que con Justicia le buscaba
cobarde mi desvelo;
y asi me retiré, rogando al cielo,
que Cesar no le halle,
y me quite la dicha, de matalle,
porque con menos no estaré vengado,
de quien mi amigo me mató á mi lado.

LAURA.

¡Nunca yo te escribiera,
que disfrazada iba á la ribera!
¿Mas, quién jamas previno
las ignoradas sendas del destino?

ARNALDO.

Aquella necia amiga
tuya la causa fue.

LAURA.

No sé, sí diga,
que lo fue mas su estrella,
pues que ya, quien le llora mas, es ella.

ARNALDO.

Lo que, obligarla, pudo,
asi á llamar á un forastero, dudo,
ciega é inadvertida.

LAURA.

El no ser de su primo conocida.

ARNALDO.

¿Luego aquella era Flora?

LAURA.

Descuido del afecto fue.

ARNALDO.

Y yo ahora
entro á nuevo cuidado.
Si, riñendo, á los dos habia dexado,
¿cómo viendole luego
tan turbado y tan ciego,
el riesgo no previno
de su primo, y dió voces?

LAURA.

Desatino
es, en pena tan fiera

querer, que una mujer en sí estubiera.

ARNALDO.

Malicias son de un alterado pecho.
Mas por Dios, que no sé, lo que sospecho.

NISE.

Fabio, tu hermano viene.

LAURA.

Que me vea contigo, no conviene;
que ya está malicioso en esta parte.
Tú aqui con él procura disculparte.

*Vanse los dos, y sale Fabio.*

FABIO.

¿Señor Arnaldo?

ARNALDO.

¿Señor
Fabio?

FABIO.

¿Aqui pues, qué mandais?

ARNALDO.

Que una gran merced me hagais.

FABIO.

Decid pequeño favor.

ARNALDO.

Ya sabreis de mi dolor
el fin.

FABIO.

El se dexa, ver.

ARNALDO.

Un caballo he menester:::

FABIO.

Los cielos me den paciencia.

ARNALDO.

para cierta diligencia,
que me importa mucho, hacer;
que me ha hallado en vuestra calle
una nueva, y alcanzar
me importa un hombre.

FABIO.

Mandar
podeis, sin que en mí se halle
dificultad. Sufra y calle *ap.*
hasta otro tiempo el deseo
mi venganza. Yo me apeo
ahora de un alazan,
que me espera en el zaguan.
Subid en él; que bien creo,
que es, para alcanzar y huir;
y ved, si quereis, que yo
en otro os siga.

ARNALDO.

Eso no;
porque yo solo he de ir.

FABIO.

En todo os he de servir.

ARNALDO.

Y yo pagaroslo, espero.
Quedad con Dios.

FABIO.

Oid primero;
ahunque tan de prisa estais,
Arnaldo, que de aqui os vais.

ARNALDO.

Decid.

FABIO.

Advertiros quiero,
que mi hermana tiene aquí
su quarto, y el mio es aquel;
y asi, que llameis en él,
quando me busqueis á mí.
Digooslo, Arnaldo, por si
volveis otro dia, á buscallo,
pues por necio lance hallo,
y treta falsa se llama,
á la casa de la dama
ir á ganar el caballo.

ARNALDO.

Yo pregunté aqui por vos,
porque estaba gente aqui.

FABIO.

Claro está, que seria asi.
Id con Dios.

ARNALDO.

Quedad con Dios.

FABIO.

¡Qué mal sabemos los dos
disimular ni fingir!
¡Qué mal hice, en descubrir
mi rezelo ó mi temor,
porque zelos del honor,
ni se han de dar ni pedir!
Pero quién con zelos, cielos,
á quien esto dixo, viera,
por ver, si el mismo pudiera,
ni dar, ni pedir sus zelos;
que tan continuos rezelos,
agravios tan repetidos,
veneno de los sentidos,
que penetra el corazon,
¿para que son, si no son
para dados ni pedidos?

*Sale Laura.*

LAURA.

¿Con quién hablabas aqui?

FABIO.

Con nadie. ¿Honor, qué previenes?

LAURA.

¡Asi respondes! ¿Qué tienes?

FABIO.

Tengo un pesar:::

LAURA.

Ay de mí,

FABIO.

de lo que hoy ha sucedido;
ahunque no es de aquello, no.

LAURA.

¿Qué fue?

FABIO.

¿No lo sabes?

LAURA.

¡Yo
de quién, si tu no has venido,
que es, de quien puedo saber
yo, lo que en la corte pasa,
pues siempre cerrada en casa,
ni ahun el sol me llega á ver!

FABIO.

Pues, (no sé, como lo diga)
sabrás, que mató arrogante
un hombre á Licio, el amante
de Flora, tu grande amiga;
sobre hablar enamorado
una tapada este dia:

LAURA.

Si no fuera tyrania,
te dixera, que me he holgado;
porque, si á Flora adoraba,
con quien se habia de casar,

¿qué tenia pues, que hablar,
con la que tapada estaba?
Aquesto es, lo que nos pasa
á las mujeres; pues, quando
ella se estaria llorando,
sola y cerrada en su casa,
andaba él de esa manera
tras mujercillas tapadas,
siempre á riesgo las espadas.
¡Ay hombres, quién os creyera!

FABIO.

Si zelos á Flora dió,
bien ha pagado sus zelos,
y pues tu sin desconsuelos
hablas, mejor podré yo,
á quien tu amor asegura
de una desgracia una dicha,
porque á veces la desdicha
es madre de la ventura;
que por eso dixo un sabio:
¡quién desea bienes: quien,
sabiendo, que el propio bien,
nace del ajeno agravio!
Hoy pues:::

LAURA.

No me diga mas.
De ajena ventura alcanza
nueva vida tu esperanza.

FABIO.

Al fin del discurso estás;
pues si Cesar empeñado
estaba con su sobrino,
antes, fuera desatino,
el haberme declarado,
y ya no.

LAURA.

Y harás muy mal,
en no arder en tanta llama;
que su vida ama, el que ama
una mujer principal;
que á fe, que no sucediera,
lo que todo el lugar llora,
jamas á Licio por Flora.

FABIO.

Claro está, que no pudiera.
Dame un recado; que quiero,
de tu parte visitar
hoy á Flora.

LAURA.

Su pesar
es de tus dichas tercero.
Sea el pesame el recado.

FABIO.

Que es bastante ocasion, creo.
A Dios.

LAURA.

Oh quánto deseo
verte muy enamorado.

FABIO.

¿Pues tan mal me quieres?

LAURA.

Quien
tu paz busca, no hace mal;
que esto no es quererte mal,
sino quererme á mí bien. *vanse.*

*Salen Flora y Silvia.*

SILVIA.

Ya me parece que es hora,
señora, si te parece,
antes que se enciendan luces,
de que se vaya este huesped.

FLORA.

Es verdad: abre esa puerta.

*Sale Don Carlos.*

D. CARLOS.

Decid el sepulcro breve
de un vivo cadaver; pues
entre la vida y la muerte
muere, pensando, que vive,
vive, pensando, que muere.

FLORA.

Ya que el ave de la noche
sus alas nocturnas tiende,

haciendo sombra á los dias
en los campos de occidente,
podeis iros, caballero.
La obscuridad os haliente;
que ahun apenas una estrella
á tantas nubes se atreve,
quando en la hoguera del dia,
pavesas del sol le encienden.
Id con Dios.

D. CARLOS.

El cielo os guarde,
deidad hermosa, á quien debe
la vida un hombre infelice,
lastimado dignamente,
de que no sea un dichoso,
pues por esto no os la ofrece;
que vida de un desdichado
de nada serviros puede.

SILVIA.

Venid tras mí.

D. CARLOS.

Ciego os sigo.

*Al entrarse, habla dentro Don Cesar, y turbanse.*

D. CESAR.

¡A estas horas no se encienden
luces en toda una casa!

FLORA.

Ay de mí, mi padre es este.

SILVIA.

Mi señor vuelve, señora.

D. CARLOS.

¿Qué haré?

FLORA.

A retirarte, vuelve.
Cierra tu, y quita la llave.

D. CARLOS.

¡Hay piedades mas crueles!

*Entrase Don Carlos, cierra la puerta Silvia, y sale Don Cesar y un criado con luces*

FLORA.

Ya están las luces aqui.

D. CESAR.

¡Aqui estabas, Flora!

FLORA.

A verte
salí, como oí tu voz;
que cuidadosa me tienes,
de verte tan cuidadoso.

D. CESAR.

Estoy de oficio dos veces,
y asi dos veces me importa,
que hoy á este homicida encuentre;
para ofenderle, la una,

la otra, para defenderle;
y ahunque le dexo sitiado,
donde quiera que estubiere,
pues están aquestas calles
todas tomadas de gente,
he de escribir á los puertos,
que á ninguno pasar dexen.
¿Silvia?

SILVIA.

¿Señor?

D. CESAR.

Traheme luces,
escribania y papeles
á este aposento:::

FLORA.

¡Qué escucho!

D. CESAR.

que aqui escribir, me conviene.

FLORA.

¿Por qué aqui, señor?

D. CESAR.

Porque,
los que á visitarme vienen,
mientras estoy escribiendo,
en estotro quarto esperen.
¿Qué es de la llave de aqui?

FLORA.

Esta criada la tiene.

SILVIA.

Yo no la tengo.

D. CESAR.

¿Pues dónde
está?

SILVIA.

Sobre ese bufete
la puse.

D. CESAR.

Pues no está en él.

FLORA *Hace señas, que no se la dé.*

Notables descuidos tienes.
No se la des. Todo quanto
tomas en la mano, pierdes.
No te enojes, Silvia mia, *ap.*
que te riña.

D. CESAR.

¿No parece?

SILVIA.

No, señor.

D. CESAR.

La llave maestra
ha de estar::: (Dios me lo acuerde)
en mi escritorio. Yo voy
por ella.

*Toma una luz y vase.*

FLORA.

¡Hay lance mas fuerte!

SILVIA.

¿Qué hemos de hacer?

FLORA.

Si es preciso,
que vuelva, y que aqui le encuentre,
con la diligencia hagamos,
lo preciso contingente.

SILVIA.

Dices bien: dexemos algo
á la fortuna.

*Abre, y al salir D. Carlos por la puerta, sale por otra Fabio, y vuelven á cerrarle.*

FLORA.

Bien puede
salir; que yo estoy mirando
si mi padre::: Mas detente;
que se ha entrado un hombre aqui.
Valedme, cielos, valedme;
que un inconveniente es
sombra de otro inconveniente.

*Sale Fabio.*

FABIO.

Permitid, que venga á daros
un pesame en mal tal suerte,
quien quisiera venir antes,
á daros mil parabienes.
Laura, mi hermana, os le envia
conmigo, por parecerle,

que le dará como suyo,
quien como vuestro le siente.

FLORA.

Guardeos Dios. ¡Qué es esto, cielos!
Si sale delante de este *ap.*
hombre; aventuro mi honor;
y si no sale, no tiene
remedio el verle mi padre.
Pero el ingenio remedie
las desdichas, si desdichas
con el ingenio se vencen.
Señor Don Fabio, (estoy muerta,)
discreto soys y prudente;
bien sabeis de las desgracias,
que qualquiera, que sucede,
hace el aposento á otra;
que á la imitacion del Phenix
siempre de cenizas suyas
está el sepulcro caliente.
Un hombre, (mortal estoy)
un hombre, buscando viene
á mi padre con un pliego,
que, segun dice, contiene,
que un hermano suyo, ay triste,
en estas lides, valiente
murió en servicio del Cesar.
Ved por Dios, si es pesar este
para contrapeso de otro.

Quisiera, oh penas crueles,
que no hallára aquí á mi padre,
que dice, que luego vuelve;
y asi me importa, señor,
que por un instanté breve,
mientras yo tomo las cartas,
le saqueis de casa. Hacedme
esta merced, y ella sea
la respuesta, porque él viene.

*Sale Don Cesar.*

D. CESAR.

¡Que en la ultima gaveta
hubo de estar!

FABIO.

Sí haré. Deme
ingenio amor. Ahunque vengo
como tan vüestro, á ofrecerme
á vuestro servicio, hay otra
causa hoy, que á hacerlo, me müeve.
Yo sé, señor, dónde está
cerrado el tyrano aleve,
que buscais.

FLORA.

¡Qué es lo qué escucho!

D. CESAR.

¿Donde, Fabio?

EABIO.

En un retrete

cerca de aqui.

FLORA.

Muerta estoy.

SILVIA.

El le vió.

FLORA.

¡Desdicha fuerte!

D. CESAR.

Qué decís, Fabio!

FABIO.

Que, ahunque esta
no es accion de un noble, puede
tanto un afecto, que hoy
permite, que le atropelle.
Venid conmigo.

SILVIA.

Eso si.

FLORA.

De un hilo estube pendiente.

D. CESAR.

Ya me espantaba, que tanto
tiempo ocultar se pudiese.
Vamos, y porque el rumor
no le avise, y no le ausente,
vamos pocos: los demás
en esta puerta se queden. *vase.*

FABIO.

Llevarele á la primera

casa, que me pareciere;
que quando no le halle en ella,
no es muy grande inconveniente;
pues, con decir, que se fue,
todas las dudas se absuelven. *vase.*

FLORA.

Esto está mejor, que estaba.
Sal tú: avisa, quando puede
salir.

SILVIA.

Abre tu entretanto. *vase.*

FLORA.

Hombre, que no sé, quien eres,
y á fuerza de mis desdichas,
y á pesar de mis desdenes,
tantas finezas me cuestas,
tantos cuidados me debes,
¿qué dexas, que haga por tí
el dia (oh tyrana suerte)
que me obligues, si esto hago
por tí el dia, que me ofendes?
Si, quando me agravias mas,
mas de tu parte me tienes,
¿qué merece una lisonja,
si esto un agravio merece?
Vete; dexame por Dios
entre mis penas crueles;
que basta, que tu las causes,

sin que tambien las aumentes.
Mientras mi padre te busca
en otra parte, bien puedes
ponerte en salvo.

D. CARLOS.

Ahi verás,
quanto es mi estrella inclemente,
pues, para que aqui me libre,
van á otra parte á prenderme,
dexandome á mí por mí;
que mis desdichas no tienen
otras, que espaldas les hagan,
sino ellas mismas, de suerte,
que es fuerza, que á mí me busquen,
ahun para que á mí me dexen.

FLORA.

Pues librate á tí contigo,
y vete presto.

SILVIA *saliendo.*

Detente:
no salgas.

FLORA.

¿Qué hay, Silvia?

SILVIA.

Hay,
que hay fuera infinita gente,
que está esperando á tu padre.

FLORA.

¿No podrá salir, sin verle?

SILVIA.

No, ni estar aqui tampoco;
que será posible, que entre.

FLORA.

Ello está de Dios, que este hombre
en mi aposento se quede,
y ahun en él no está seguro,
si, á escribir, mi padre vuelve.

D. CARLOS.

Si irme, esconderme ó estarme,
todo es un inconveniente,
mejor es, que la fortuna
por el mas delgado quiebre.
Yo saldré.

FLORA.

Ni eso tampoco;
que no me está bien, que llegue,
á saberse, que aqui estabas.

SILVIA.

Yo daré un medio, de suerte,
que yendo, estando y quedando,
ni esté, ni vaya ni quede.
Vente conmigo.

FLORA.

¿Qué intentas?

SILVIA.

Por la puerta, que con este
quarto dice á aquella torre,

que de caballeros suele
ser prision, pasarle á ella,
y en ella oculto tenerle,
pues no se habita, esta noche.

FLORA.

¿No ves, que otra puerta tiene
para el quarto del Alcayde,
y él llave de ella?

SILVIA.

¿Qué quieres,
que por fuerza sea esta noche,
la que entre allá?

FLORA.

Quien no tiene
bien que escojer, será fuerza,
que con el mal se contente.

SILVIA.

Sigueme.

D. CARLOS.

Ya, el ser cobarde
en esta parte, me debes.

FLORA.

Y tú á mí, el ser atrevida.

D. CARLOS.

Mas hago yo; que mas veces
se vió valiente un cobarde,
que no cobarde un valiente.

FLORA.

Que presto te desobligas
de mi piedad.

D. CARLOS.

No la tienes;
porque no es piedad, curar
un mal con otro mas fuerte;
y esta piedad rigorosa
es, la que á-mí me sucede;
pues, por librarme la vida,
el alma, Flora, me prendes.

FLORA.

Esta es piedad del valor;
no del afecto la pienses,
porque; en saliendo de aqui,
donde el riesgo, que tubieres,
no corra por cuenta mia,
la primera, que ha de hacerte
matar, seré yo.

D. CARLOS.

Esa si
será piedad.

FLORA.

¿De qué suerte?

D. CARLOS.

Porque mandarás, matarme,
por hacer feliz mi muerte.

## JORNADA SEGUNDA.

*Sale Silvia sola.*

SILVIA.

Notables cosas mi ama
discurre, imagina y piensa
hoy, por no dar por vencida
su vanidad y soberbia.
¿Pero quién me mete á mí
en si acierta, ó si no acierta,
pues que no me toca mas,
que oirla y obedecerla?
Esta es la puerta, que guarda,
hasta que la noche venga,
á Don Carlos. Vaya pues
de invencion y de novela.
Yo soy: bien puedes abrir. *en voz alta.*

*Abre Don Carlos la puerta y sale.*

D. CARLOS.

Silvia, bien venida seas.

SILVIA.

¿Cómo va de soledad?

D. CARLOS.

No es posible, que la tenga
un triste, pues no está solo,
quien está con su tristeza.

SILVIA.

Si yo dixese, que hay
señor, quien hacerte, quiera
en aquesta soledad
compañia, ¿qué dixeras?

D. CARLOS.

¡Quién:::!

SILVIA.

Escuchame. Una dama
tapada llegó á la puerta
ahora, y preguntó por mí.
Salí yo, á saber, quien era,
y no lo supe, porque
estubo siempre cubierta.
Dixome, que ella sabia,
Don Carlos, por cosa cierta,
como estabas encerrado
aqui, porque siempre atenta
estubo, á que no saliste
por ventana ni por puerta.
Añadió á esto, decir,
con mil suspiros y muestras

de dolor, que le importaba:::

D. CARLOS.

Notables cosas me cuentas.

SILVIA.

la vida y el alma, verte.
Yo con maña y con cautela,
fingiendo, que me llamaba
mi ama, dexé la respuesta
pendiente, y vengo, á saber
qual quieres, señor, que sea.
Mira, qual te está mejor,
decirlo ó negarlo.

D. CARLOS.

Dexa,
que me admire, de pensar
una confusion tan nueva.
Yo no sé, quien pueda ser;
que no conozco en Viena
mujer ninguna, á quien yo
este cuidado merezca.
Y puesto, que no es posible
de ningun modo, que pueda,
atormentar el suceso,
mas que la duda atormenta,
dile, que es verdad, que aqui
estoy, y que, á verme, venga.

SILVIA.

¡No hay mas, de que venga, á verte!

¡No miras, no consideras,
que, si mi señora sabe,
que alguna persona entra
aqui, quánto mas mujer:::!

D. CARLOS.

¿Luego lo ha de ver por fuerza?
Y ya que en baxando obscura
la noche, me he de ir, no quieras,
que lleve esta duda mas.

SILVIA.

De tal modo me lo ruegas:::
Ahora bien: aventurarme,
quiero por tí. Aqui me espera. *vase.*

D. CARLOS.

¡Mujer á buscarme á mí!
Valgate Dios por Viena,
¡y quáles son tus mujeres!
Apenas me he visto, apenas
en tu insigne corte, quando
una me llama y me arriesga;
otra me ampara y me libra;
otra me busca y me halienta;
y todas tres me ocasionan,
á que mil delirios tenga.

*Salen Silvia y Flora tapada con manto.*

SILVIA.

Este, señora, es el quarto.

No ha sido dicha pequeña,
llegar aqui, sin que Flora,
ni lo imagine, ni sienta;
que por Dios, que me matara.
Yo voy, á estarme á la puerta.
A Dios.

D. CARLOS.

Embozado sol,
que en la obscura noche negra
de ese manto: desmentis
de tantos rayos la fuerza,
si, á iluminar este espacio,
flechado desde otra esfera
venis, porque tanta noche
peregrina aurora tenga:
no me regateis la luz;
ved, que es hora, que amanezca;
y no es bien, que á tantos rayos
tan sutiles sombras venzan.

FLORA.

Caballero forastero,
la primer cosa, que os ruega
mi voz, pues, siendo mujer,
es forzoso, obedecerla,
y mas, sabiendo, que sois
tan cortesano con ellas,
es, que no habeis de pedirme,
que me descubra. Con esta

condicion os diré ahora,
lo que, á buscaros, me fuerza.

D. CARLOS.

Es tan grave condicion,
que no me atrevo, á ofrecerla,
por no atreverme, á cumplirla.
Porque, ¿quién tendrá paciencia,
para no saber, quien sois?

FLORA.

Quien, lo que le importa, advierta.
Pues si vos me veis á mí,
no me queda á mi licencia,
para hablaros. Luego á vos
os importa.

D. CARLOS.

¿De manera,
que de veros, se me sigue,
no oiros? ¿Y por la mesma
razon de oiros, no veros?
Enigma sois; pero venza
un sentido otro sentido,
pues hoy el amor ordena,
que vea, porque no escuche,
ó escuche, porque no vea.

FLORA.

Yo soy aquella tapada,
que fue la ocasion primera
de vuestro disgusto; bien

os lo habran dicho las señas.
No pensé, quando os llamé,
que de tanto empeño fuera
ocasion; pero en nosotras
siempre está disculpa es necia.
Asi como las espadas
sacasteis, turbada y ciega
me ausenté; mas de un criado,
que os siguió, la diligencia
supo, que nunca salisteis
de aqui. Con esta sospecha,
á buscaros, he venido,
fiada, en que de qualquiera
secreto habia de ser
el oro la llave maestra;
y asi, falseando las guardas,
rompí á esta torre las puertas.
A ella vengo, á disculparme
con vos de mi inadvertencia,
y á daros, señor las gracias
de la resolucion vuestra.
Ya sé, que sois forastero,
y que, volveros es fuerza,
brevemente; y por si acaso
hoy la Justicia no os dexa,
con que podais, esta joya
vuestra mejor posta sea,
que las espuelas del oro

son las mejores espuelas.
No quiero, no, que volvais,
publicando á vuestra tierra,
que son desagradecidas
las mujeres de Viena.
Pues por lo menos direis,
quando mas os quexeis de ellas,
que si una os empeñó, supo
desempeñaros la mesma;
y hubo de mas á mas otra,
que os ampare y os defienda,
de modo, que traxo un daño
doblada la recompensa.
Con esto, á Dios.

D. CARLOS.

Quando ví,
que recatada y cubierta
me hablabades, esperé,
oir agravios y quexas:
no mercedes y favores;
y aqui deciros, pudiera,
lo que á mí me dixo Flora,
ahunque al reves; pues si ella
dixo: ,,Si, quando me ofendes,
tantos cuidados me cuestas,
¿qué dexas, que haga por tí,
quando me obligas?" la opuesta
razon milita, pues yo

te digo á tí, ¿qué que dexas,
si te encubres, quando obligas,
que hacer, para quando ofendas?
En efecto, hermosa dama,
(que en fe creo tu belleza,
pues ya es hermosa, quien es
agradecida y discreta)
no he menester desengaños
del valor, ni la nobleza,
ni esa joya, que estimara,
mas que por rica, por vuestra.
Solo, lo que he menester,
es, conoceros; si esta
merced de vuestro recato
no trahe, señora, licencia,
tambien, tambien la perdono,
y ahun la atribuyo á clemencia;
pues, si apenas hoy la noche
desplegado habrá la negra
sombra, quando yo de aqui
salga, es piedad, què en mi ausencia
tenga menos, que sentir,
quien menos, que perder, tenga.

FLORA.

¿Esta noche habeis de iros?

D. CARLOS.

Si.

FLORA.

¿Por qué con tanta priesa?

D. CARLOS.

Porque para este hospedage
es una vida pequeña
satisfaccion, y he de irme,
á no hacer mayor la deuda.

FLORA.

¿No os ampara Flora?

D. CARLOS.

Flora
es de mi vida defensa.

FLORA.

¿Pues que temeis?

D. CARLOS.

Qué, por darme
vida á mí, su opinion pierda;
é importa menos mi vida.

SILVIA *dentro.*

Ya he dicho, que se detenga.

DINERO *dentro.*

Ya he dicho yo, que me escuche,
y tampoco lo hace ella.

FLORA.

Voces oygo, caballero.
Ahí aquesa joya os queda.
A Dios, á Dios: no entre alguno,

que en aquesta parte os vea;
que á mí, no importára tanto.

D. CARLOS.

Id con Dios, enigma bella
de mis sentidos. Amor,
¡qué confusiones son estas!

*Vase Don Carlos, y cierra una puerta, y sale Silvia*

FLORA.

¿Qué era eso, Silvia?

SILVÍA.

Un criado
de Carlos, que ahora sueltan
de la carcel, segun dice,
quiere, señora, por fuerza,
entrar hasta aqui, y lo cumple.

FLORA.

Pues no quiero, que me vea,
porque, quando allá los dos
se den de estas cosas cuenta,
no pueda decir, que á mí
me vió en mi casa encubierta.

*Sale Dinero.*

DINERO.

Señoras, las mis señoras,
estadme por Dios atentas;
que, oir á un hombre, es una cosa,
que se hace con una bestia.

Quien hubiere visto á un amo
de cara avultada y fresca,
que nunca pagó racion,
que son sus mejores señas,
perdido de ahier acá,
á restituirle, venga,
le darán su buen hallazgo,
ó, á quien le encubre y le tenga,
se le pedirán por hurto.

FLORA.

¿Quién vió locuras mas necias?

SILVIA.

¿Qué quereis?

DINERO.

Yo soy criado
de un hombre, que puso apenas
los pies en Viena, quando
las manos puso en Viena
en un caballero. Al caso;
que esta es relacion superflua.
Dicen, que cierta ventana
aqui le sirvió de puerta;
y quisiera, si es posible,
ver la ventana ó tronera,
por donde salió este truco,
y arrojandome por ella,
dexarme rodar, á ver,
si doy con él; experiencia,

que se hace con las bolas,
quando se pierde una de ellas.

FLORA.

Despide, Silvia, á ese loco;
que descubrirme, quisiera
y no me atrevo.

SILVIA.

Ya he dicho,
gentilhombre, que se vuelva;
que de ese hombre no sabemos.
No haga, que de otra manera
se lo haga decir á palos.

DINERO.

Pesarame, de oir su lengua,
y asi me voy. *ruido.*

SILVIA.

Gente viene.

DINERO.

Y vive Dios, que es Don Cesar.
¿Qué le he de decir?

FLORA.

¡Mi padre!
Qué haré, porque no me vea
con manto!

SILVIA.

Hacer, lo que hizo
una dama en la comedia.

FLORA.

¿ Qué fue ?

SILVIA.

Echarsele en la manga.

FLORA.

No puedo, porque ya llega.

SILVIA.

Temblando de miedo estoy.

FLORA.

Yo estoy turbada.

FLORA.

Yo muerta.

*Sale Don Cesar.*

D. CESAR.

Flora, ¿qué es esto? ¿A estas horas, dónde vas?

FLORA.

Yo no voy fuera.

D. CESAR.

¿Pues de dónde vienes?

FLORA.

Yo de ninguna parte.

DINERO.

Ella es Flora, tapada en casa.
¿Pues que tramoyas son estas?
Si ello va, á decir verdad,

toda es gente honrada y buena,
mas mi amo no parece.
Quiera Dios, para bien sea.

D. CESAR.

¿Pues qué haces aqui con manto,
si ni vas, ni vienes fuera?

FLORA.

Traxomele ahora acabado
ese sastre, y porque viera
Silvia, si estaba bien hecho,
me le probé.

SILVIA.

Es cosa cierta.
Para en casa se le puso;
que ni va, ni viene fuera.

DINERO.

Disculpa es comun de tres; *ap.*
quiero, aprovecharme de ella.
Y como, que esta excelente.
Miren, que capilla esta,
y que ruedo. Vive Dios,
que viene por excelencia.

FLORA.

Bueno está. Doblale Silvia,
y guardale; hasta que sea
tiempo, de quitarme el luto.

DINERO.

Muchos rompa tu belleza.

D. CESAR.

Venid acá. ¿Vos no sois
aquel criado, que era
de Don Carlos de Colona?

DINERO.

Concedo la conseqüencia.

FLORA.

No previne, que mi padre
á este hombre conociera.

DINERO.

Pero antes, que le sirviese,
fui oficial de la tixera
de sastre; mas de pecado
(todo es una cosa mesma)
me sacó, porque me vió,
convertir una Quaresma.
Viendo yo, que me soltaste,
niño y solo en patria ajena,
con el maestro entré, de quien
yo fui aprendiz en mi tierra.
Mandome traher ese manto,
porque allá no se estubiera,
puesto que estaba acabado,
lleno de polvo en la percha.
Esta es la verdad en Dios;
mas no en Dios, y mi conciencia;
porque no la tiene un sastre;
y para que tu lo veas,

si la tiene, ó no la tiene,
él vendrá, á ajustar las cuentas. *vase.*

D. CESAR.

¡Notable humor! Vos haced,
que en mi quarto luz enciendan,
y sea presto, porque tengo,
de volver, á salir fuera.

FLORA.

¡A estas horas!

D. CESAR.

Sí; á estas horas.

FLORA.

¡No ves, que ya el sol se acuesta!

D. CESAR.

¿Qué importa eso, si es preciso,
hacer una diligencia? *vase.*

FLORA.

Ya halentar el alma puede.

SILVIA.

Señora, pues que tambien
el mal se convierte en bien,
cosa que nunca sucede,
dexadme aqui discurrir
en estas cosas, por Dios,
y digamonos las dos,
lo que otros han de decir.
¿Qué quieres ser difrazada
dentro de tu casa, y ser

aventurera mujer,
hablando á este hombre tapada?

FLORA.

Pareceme, que estará
toda su ropa perdida,
y querer agradecida,
socorrerle.

SILVIA.

Bien está;
pero para remediar
sus daños, ¿para qué ha sido
disfraz de manto y vestido;
pues bien le pudieras, dar
la joya, y fuera mas justo,
si con esto te mostrabas
liberal, á él le pagabas,
y á mí me ahorrabas el susto?

FLORA.

¿Y qué dixera de mí
despues, si ahora me viera
tan liberal? ¿Que dixera,
sino que yo agradecí,
dar á mi primo la muerte,
pues asesino mi amor
le pagaba su rigor?
Luego fue bien, de esta suerte
ser generosa, sin ser
conocida, pues asi

conmigo y con él cumplí.

SILVIA.

Y en fin, ¿qué habemos de hacer
de este hombre?

FLORA.

No es justo, no;
que duda en aqueso haya,
abrir, Silvia, y que se vaya,
ahunque quede muerta yo.
¿Volvió á salir tu señor?

SILVIA.

Sí.

FLORA.

Pues sé tú misma juez,
que vence honor una vez
en las batallas de amor.
No pues la vanidad mia
crea faciles engaños;
que, si amor de muchos años
sabe, olbidar en un dia,
amor de un dia mejor
en muchos años sabrá,
olbidarse; claro está.

SILVIA.

Yo llamo pues.

FLORA.

¡Ay amor!
No aqui me despeñes, no

postres mi respeto aqui;
que, si tapada otra fui,
ya descubierta soy yo.

*Sale Don Carlos.*

Señor Don Carlos, ya es hora,
que de aquesta casa os vais;
y si es, que obligado estais
de mis servicios:::

D. CARLOS.

Señora,
de vuestras piedades soy
un esclavo; y lo he de ser.

FLORA.

una cosa habeis de hacer
por mí;

D. CARLOS.

Esa palabra os doy.

FLORA.

que nunca á nadie digais,
que en mi casa habeis estado
escondido y retirado.

D. CARLOS.

Poco en eso me mandais;
que es piedad tan singular,
como en vos llego, á advertir,
imposible de decir,
é imposible de callar.
Luego, en lo que me mandais,

no os sirvo, pues no pudiera
decirlo yo, ahunque quisiera
del modo, que vos obrais:
luego por mi cuenta hallo,
que tiene vuestra piedad
la misma dificultad,
en decillo, que en callallo;
y asi resuelto, en hablar
y callar, sabré, sentir,
por ser bien tan singular,
imposible de decir
é imposible de callar.
Y en fé de este sacrificio,
que tan á mi costa ofrezco,
si de piedad os merezco
otro género de indicio,
os suplico perdoneis
este atrevimiento necio,
y á esta humilde joya precio
inmortal, señora deis,
con hacerla vuestra. Enojos
no alteren vuestros sentidos;
que es bien, rindan los oidos
sus trofeos á sus ojos.
No teneis, que discurrir;
que hoy es, recibir y dar,
imposible de callar,
é imposible de decir.

FLORA.

Señor Don Carlos, yo estimo
la joya, que me ofreceis;
mas no quiero, que penseis
(mal mis afectos reprimo),
que con ella (ciega lucho
conmigo), ya en la posada
no quedais á deber nada;
que quedais, á deber mucho:
pues, si bien considerais
estos extremos, que haceis,
sin saber como, ofendeis
con lo mismo, que obligais;
pues á mi me ofende, quien
presume, pagarme asi,
y me ofende á mí por mí.
Esto es enigma tambien.
Idos con Dios, que es muy tarde,
y no me pagueis con nada.

D. CARLOS.

Pues dadsela á una criada;
y á Dios, señora, que os guarde.
¿Pero quien se podrá ir
con tal duda? Sepa pues,
algo de ese enigma.

FLORA.

Es
imposible, de decir.

D. CARLOS.

¿Pues para qué fue, empezar,
dexando de esa manera,
sin luz ni sentido?

FLORA.

Era
imposible, de callar.

SILVIA.

Si tan adelante pasa
la plática, quando está
para irse, ¿quánto va,
que vuelve, á quedarse en casa?
Vamos.

D. CARLOS.

¿Que sirve mirar::: ?

SILVIA.

Vete tú.

FLORA.

¿Qué sirve oir ::: ?

D. CARLOS.

si es mi mal:::

FLORA.

Si es mi pesar:::

D. CARLOS.

imposible de decir.

FLORA.

imposible de callar.

*Vanse, y salen Arnaldo y Nise.*

NISE.

En esta oculta parte
del jardin escondido has de quedarte,
entre tanto que Fabio
se recoje.

ARNALDO.

Ni el pie, Nise, ni el labio
darán de mí señales.
Viva estatua seré de los cristales.

NISE.

En estando acostado,
baxará Laura aquì. *vase.*

ARNALDO.

De mi cuidado
el suyo es digno empleo.
¡Quán á costa el amor vende un deseo!
¡Oh noche, sombra fuerte
del temor, del asombro y de la muerte!
¡Oh noche obscura, manto
del horror, del asombro y del espanto!
si emperatriz del sueño,
de cypres coronada y de beleño
tienes la adusta frente
en el lóbrego imperio de occidente,
triumfe tu hueste umbria
del mas hermoso exército del dia,

que, si en su sombra obscura,
pues sin luz dexa hallarse la hermosura,
la de Laura merezco,
verás, que á tu deidad pálida ofrezco
por victorioso exemplo,
de evano, bronce y jaspe negro templo,
atezada columna
del cóncavo edificio de la luna,
y en tus altares tu deidad ingrata
en una estatua de azabache y plata,
cuyas tímidas plantas,
estrellas den, en vez de flores, quantas
esa inconstante esfera
le debe á tu nocturna primavera;
y no serán errores,
que, si estrellas del dia son las flores,
y tú las atropellas,
flores son de la noche las estrellas.

*Salen Laura y Nise.*

LAURA.

Quedate tú á la puerta
de Fabio. Avisarasme, si despierta.

NISE.

Alli te está esperando.

LAURA.

¿Es Arnaldo?

ARNALDO.

No sé ; que estoy dudando,
viendome tan dichoso,
si soy otro, y dudoso
tengo en tan dulce abismo
el favor y los zelos de mí mismo.

LAURA.

Pues cree el favor, y duda los recelos;
que nadie, mas que tú, debe á los zelos.

ARNALDO.

No se, de que manera.

LAURA.

Si mi hermano de tí no los tubiera,
y necio su cuidado
no se hubiera conmigo declarado,
á esto no me obligara,
pues, con verte de dia, consolaba
la pena, Arnaldo, mia.
Luego, quitando este lugar al dia,
se le han dado á la noche los recelos:
luego terceros tuyos son sus zelos.

ARNALDO.

Al que de algun veneno
el pecho, Laura hermosa, tiene lleno,
otro veneno cura;
asi yo, á quien la muerte le procura
una pena, que al llanto me condena,
el antidoto hago de otra pena,

pues veneno á veneno se prefieren,
y vivo yo, de lo que tantos mueren.

LAURA.

Poco mi amor te debe,
pues el dolor que tus acciones mueve,
desde el dia funesto
de la muerte de Licio::: ¡Mas qué es esto!

*Dentro ruido.*

ARNALDO.

Un hombre se ha arrojado
al jardin.

LAURA.

¿Quién será?

ARNALDO.

Poco ha durado
un bien, que dan los zelos.
Presto vienen por él.

D. CARLOS *dentro.*

¡Valedme, cielos! *Sale.*

LAURA.

Sin duda, que es mi hermano.

ARNALDO.

No es; que él no entrará de esta suerte, es llano.

LAURA.

¿Pues quien quieres, que sea?

ARNALDO.

Quien este lance averiguar desea.

*Saca la espada.*

Yo he de saberlo asi.

LAURA.

De pena muero.

ARNALDO.

¿Quién va? ¿Quién es? ¿Quién viene?

LAURA.

Caballero,
merezcaos tan noble brio
mas ilustre vencimiento.
No contra un hombre postrado
rayos esgrimais de acero,
porque es inutil victoria,
quitarle la vida á un muerto.
Si acaso de aquesta casa
sois el generoso dueño,
mi atrevimiento suplid,
si es la fuerza atrevimiento.
Un hombre soy desdichado,
tanto, que mil veces creo,
que el cuerpo de las desdichas
es la sombra de mi cuerpo.
De una casa en otra he entrado,
hasta este jardin huyendo
de la razon de un marido,
(por deslumbrarle, le miento,) *ap.*
á quien en defensa honrosa
de mi vida herí. Supuesto,
que hidalgas desdichas hallan

lugar en hidalgos pechos,
solo, que me deis, os pido,
solo, que me deis, os ruego
paso á otra casa, hasta tanto,
que tome sagrado puerto
este desnudo baxel,
este derrotado leño,
que va corriendo fortuna
en un mar, que todo es vientos.

ARNALDO.

Hidalgo:::

LAURA.

¡Ay de mí!

ARNALDO.

qualquiera
que seais, á tanto estrecho
os trahe la suerte, que aqui
daros, ni negaros puedo
el paso, porque á los dos
nos está mal el concierto:
á vos, porque, si os le doy
á esa otra casa, os empeño
mas, que son del Potestad
los jardines, que con estos
confinan, y será daros
prision y no retraimiento;
á mí, porque no soy parte,
para ocultaros. No tengo,

que declarar la ocasion.
Esto basta, y asi luego
podeis volver á salir;
por donde entrasteis, supuesto
que ni pasar ni quedaros,
os está bien.

D. CARLOS.

Deteneos;
que si es riesgo mio, el pasar,
y el quedarme, daño vuestro,
por excusar vuestro daño,
quiero atropellar mi riesgo.
Dadme paso á esos jardines,
que decís; que quiza en ellos
guardará la confianza,
lo que aqui no guarda el miedo.

ARNALDO.

Ya me dais mas, que pensar;
pues delinqüente, que huyendo
á la Justicia, no teme,
arguye mayor secreto;
y ya, ni iros ni quedaros,
ha de sér, sin conoceros.

D. CARLOS.

¿Qué os importa?

ARNALDO.

Saber solo,
si esto ha sido fingimiento,

para conocerme á mí.

D. CARLOS.

Ciego fuera; y mas que ciego,
quien á tanta luz no viera
hurtos de amor y de zelos.
No querais mas desengaño,
de que á buscaros, no vengo,
sino que, viendo á esa dama
me voy, y con ella os dexo;
pues, ahunque fuera verdad,
mayor victoria no creo,
que quedar con ella ayroso,
si ella me viera ir huyendo.
La causa, de no temer
esa casa, es porque tengo
noticia de ella, y sabré,
de ella escaparme mas presto.

ARNALDO.

Pues nadie fuera cobarde
á los ojos de sus zelos,
no quiero mas desengaño,
mas satisfaccion no quiero.
Llegad; que de este emparrado,
como yo os ayude, es cierto,
que pasareis facilmente.

D. CARLOS.

La vida diré, que os debo.
Huyendo de mi prision,

Flora, á tu prision me vuelvo.

*Vanse los dos.*

LAURA.

¡Quién vio mas extraño lance!
¡Quién vió mas raro suceso!
La primera noche, que:::

*Dan golpes dentro.*

D. CESAR *dentro.*

Abrid estas puertas presto.

LAURA.

¡Ay de mí, qué ruido es este!

ARNALDO *saliendo.*

Ya pasó; ¿Pero qué estruendo
oygo?

FABIO *dentro.*

Ola, dadme una luz.
¡Ruido en mi casa! ¡Qué es esto!

D. CESAR.

Abrid aqui.

ARNALDO.

¿Qué he de hacer?

LAURA.

Salir tu tambien.

ARNALDO.

No puedo;
que si el otro:::

LAURA.

¡Ay infelice!

ARNALDO.

pudo, fue, porque yo:::

LAURA.

¡Ay cielos!

ARNALDO.

le ayudé á salir, y quien
á mí me ayude, no tengo.

LAURA.

Ya entra luz; procura pues,
retirarte á un aposento.

*Sale con una hacha Fabio y criados.*

FABIO.

Yo sabré::: ¿Quién va? ¿Quién es?

LAURA.

Yo, señor.

FABIO.

¡Pues tu, (¿qué es esto?)
¡en el jardin á estas horas!

LAURA.

De mi quarto salí huyendo
á las voces.

FABIO.

Esas puertas
abrid todas, y veremos,
quien llama.

*Sale Don Cesar y gente.*

D. CESAR.

Señor Don Fabio,
que no os altereis, os ruego
de esta novedad; que quien
fue tan prevenido y cuerdo,
á avisarme, que sabia,
si bien no tubo allá efecto,
donde estaba este homicida,
y mostró tanto deseo
de su prision, dará el susto
por bien empleado, á trueco
de que le prendan.

FABIO.

¿Pues dónde
está?

D. CESAR.

Siguiendole vengo;
que á las puertas de mi casa
le reconocí, bien cierto,
que es él, segun dicen todos.
Al fin, mas veloz que el viento
volvió la espalda, y se entró
en una casa. En efecto,
de una en otra llegó á echarse
en estos jardines vuestros.

FABIO.

Pues si él se echó en los jardines,

no hay duda, de que esté en ellos;
que no hay, por donde salir.

D. CESAR.

Mirad pues la casa.

*Entranse algunos por diferentes partes.*

LAURA.

¡Cielos
qué desdicha es esta mia!
Si hallan á Arnaldo, yo muero;
pues los zelos de mi hermano
serán agravios, no zelos.

*Sale Arnaldo embozado con la espada desnuda.*

D. CESAR.

Aqui está un hombre embozado.

FABIO.

Descubrios ya.

ARNALDO.

Primero
perderé la vida.

D. CESAR.

Fuera
apartaos. Deteneos,
señor Don Carios Colona.

ARNALDO.

¡Qué escucho! Viven los cielos,
que aquel era mi enemigo.

D. CESAR.

Ahunque tantas causas tengo,
para vengarme de vos,
por otros justos respetos
os sufro esta demasia,
os paso este atrevimiento.
Daos á prision.

LAURA.

¿Ya qué aguardo?

ARNALDO.

¿Qué he de hacer? Si aqui me entrego
preso, dexo de decir,
que es Carlos el que va huyendo,
y, despues de darle vida,
espaldas le hago yo mesmo:
pues tambien si me descubro,
á Laura infelice pierdo,
pues hará, en viendome Fabio,
evidencia los rezelos;
pues decir, que el otro huyó,
es decir, que ya está dentro;
descubrirme, es villania,
baxeza, estarme encubierto,
y resistirme, imposible.
En una balanza puestos
están mi vida y su honor.
¿Pero qué dudo? ¿Qué temo?
Mas es su honor, que mi vida.

Señor Don Cesar::

LAURA.

Hoy muero.

ARNALDO.

Solamente á vos rindiera
esta vida y este acero.
Vuestro preso soy.

D. CESAR.

Volvedle
á la cinta. Lleva, Celio,
á Don Carlos á la torre.

ARNALDO.

Celio, vamos.

CELIO.

¡Pues qué es esto!
¡Vos sois!

ARNALDO.

Calla, Celio, calla;
que importa mucho el secreto.

*Vanse Celio, Arnaldo y criados.*

D. CESAR.

Fabio, á Dios. Perdonad, Laura,
este alboroto.

LAURA.

No puedo;
que hay mucho, que perdonar.

FABIO.

Yo tengo de iros sirviendo.

D. CESAR.

Eso no. Ya en mi poder
Carlos está. Ya me veo
entre amistad y venganza,
á dos impulsos atento.
Ya la obligacion de Juez
cumplí, y la de amigo espero.
Deme la venganza ira,
deme la amistad consejo,
deme la prudencia aviso,
y deme paciencia el cielo. *vase.*

LAURA.

¡Preso Arnaldo por la muerte,
que mas llora, habiendo él mesmo
dado á su enemigo vida,
y tener yo sufrimiento,
para no haber dado voces!]
¡Qué es esto, cielos! ¡Qué es esto!

FABIO.

¡Laura vestida á estas horas,
y en el jardin encubierto
este hombre, este homicida!
¡Haber, en guardarse, puesto,
el rostro, tanto cuidado!
¡Qué es esto, cielos! ¡Qué es esto!

LAURA.

¿Pero, en sabiendo quien es,
darle libertad no es cierto?

FABIO.

¿Pero qué dudo, si Cesar
aqui le vino siguiendo?

LAURA.

Mas, ay, ¿qué dirá mi hermano,
si mañana no hay tal preso?

FABIO.

¿Con saber, quien es mañana,
todas las dudas no absuelvo?

LAURA.

No hay medio, no, á mis desdichas.

FABIO.

¡A este mal no hay otro medio!
¿Laura?

LAURA.

¿Fabio?

FABIO.

Tarde es ya.
Recojete á tu aposento.

LAURA.

Asi pudiera, ay de mí,
recojer mis pensamientos.
¡Qué cobarde es el honor!

FABIO.

¡Qué atrevidos son los zelos!

*Vanse, y salen Silvia y Don Carlos por la puerta de la torre á obscuras.*

D. CARLOS.

Dicha fue de un desdichado,
que tú á tales horas fueras,
la que á este jardin vinieras,
donde ya desesperado
estaba.

SILVIA.

Yo me he atrevido,
despues de pasado el susto,
de hallarte en él, ahunque injusto
atrevimiento haya sido,
sin dar parte á mi señora,
á traherte al retrahimiento.
Quedate aqui, porque intento,
ir, á decirselo ahora.

D. CARLOS.

Pues dile, que apenas yo
de su casa me ausenté,
quando á su padre encontré,
que á conocerme llegó,
que porque no me prendiera,
varias fortunas corrí,
hasta haber parado aqui,
como en mi centro y esfera.
Dile, que me hallaste en fin

en su jardin, donde via
por aquella celosia
la deidad de su jazmin.

SILVIA.

Todo aqueso la diré;
y quedate, porque ya,
muy presto mi amo vendrá,
y si me siente, no sé,
que disculpa pueda dar,
de estar vestida á esta hora.

*Vase y cierra.*

D. CARLOS.

Disculpame tú con Flora,
triunfarás de mi pesar.
¡A quien habrá sucedido
en el mundo semejante
caso! ¿Hay caballero andante,

*Comienzan á abrir la puerta, y salen Arnaldo y Celio con luz, muy despacio.*

que pueda::? ¡Pero que ruido
escucho hácia estotro lado
de la torre! ¿Si, por dónde
á otra casa corresponde,
han abierto? Ya han entrado
con luz dos hombres. ¿Qué haré?
Sin duda, que me han seguido
hasta aqui, y aqui han venido,

á darme muerte, porque
de vista conozco al uno,
que al lado de Licio estaba
riñendo. ¡Hay pena mas brava!
¡Hay lance mas importuno!
La casa miran. Lo estrecho
de este paso he de tomar.
Vive Dios, que han de llegar
cara á cara, y pecho á pecho.

*Salen Celio y Arnaldo.*

CELIO.

De la torre y de mi casa,
esta es la pieza mejor.

*Tercia la capa, empuñando la espada Don Carlos, y ponese á un lado hácia el paño, y saca Celio una luz, y ponela sobre un bufete.*

ARNALDO.

De qualquier suerte en rigor.
Celio, una noche se pasa.

CELIO.

Con causa admirar me puedo
de vuestro suceso.

ARNALDO.

En fin,
estaba yo en el jardin
con Laura:::

CELIO.

Hablemos mas quedo.

D. CARLOS.

Si vinieran, á buscarme,
no tan despacio vinieran.
¿Si no me buscan, que esperan?
¡Oh, si pudiera acercarme,
á oir lo que hablan! Mas no:
mas vale estar retirado;
que si ellos no me han buscado,
¿por qué he de buscarlos yo?

ARNALDO.

en efecto, le di paso,
á quien la muerte le diera,
donde quiera, que le viera,
y quedé yo:::

CELIO.

Habladme paso.

ARNALDO.

de suerte, que mi piedad,
vuelta entonces contra mí,
porque al otro se la dí,
me dexó sin libertad.
En vuestro poder estoy,
por lo que mas lloro, preso.

D. CARLOS.

Bien extraño es el suceso;
pero ya desde aqui doy

las gracias al desengaño,
pues en viendoos, claro está,
que Cesar os soltará
libremente.

ARNALDO.

No es mi daño,
el que yo siento. Pluguiera
al cielo en eso parára,
que el delito confesára,
porque Laura no tubiera
esta sospecha en su fama;
que es infamia conocida,
consolarme con mi vida,
tan á costa de mi dama.

CELIO.

Yo bien quisiera tener,
Arnaldo, una industria, un modo,
para sacaros de todo.

ARNALDO.

Uno solo puede haber.

CELIO.

¿Quál es?

ARNALDO.

Dexarme salir,
á avisar y disponer
á Laura, lo que ha de hacer,
y lo que yo he de decir;
no discrepemos los dos.

Lo que hemos de hacer, sepamos,
porque una cosa digamos.
Yo volveré, vive Dios,
brevemente.

CELIO.

No quisiera,
que os volvieran á buscar:
mas algo ha de aventurar,
el que serviros espera.
Pero ved, que de vos fia
mi honor su reputacion.

ARNALDO.

Yo volveré á la prision,
antes que declaré el dia.

CELIO.

Id con Dios.

ARNALDO.

Con eso alcanza
nuevas prisiones mi pena,
porque la mayor cadena
de un noble es la confianza.

*Vanse los dos y dexan la luz.*

D. CARLOS.

¿Fueronse? si. ¿A qué han entrado
estos hombres? ¡Oh, quién fuera
tan venturoso, que hubiera
oido, lo que han hablado!
Ni una palabra entendí,

pues me hace la puerta franca,
y pues asi se asegura
la reputacion de Laura,
y él queda preso, y voy libre,
esto está mejor, que estaba.
Yo, señor:::

D. CESAR.

No os disculpeis.

ARNALDO.

entré:::

D. CESAR.

No hableis mas palabra.

ARNALDO.

osado:::

D. CESAR.

No prosigais.

ARNALDO.

porque fui amigo:::

D. CESAR.

¿Ahun no basta?
Vive Dios, que hagais os eche,
de esta suerte de mi casa.

*Echale á empujones, y vanse.*

FLORA.

¿Qué tengo ya que esperar?
Don Carlos, ya veis, á quántas
desdichas estoy expuesta.
Mi padre no ignora nada

de la verdad, pues Arnaldo
se lo ha dicho. Estoy turbada.
El decirle, que él te traxo,
supuesto que tal no pasa,
bien se vé, que es fingimiento,
por disimular su infamia;
mas con nosotros, con quienes
no puede fingir, es clara
cosa, que ha de declararse.
Mi vida, señor, ampara.

D. CARLOS.

Dices bien; ahunque esperé,
ser algun engaño causa
de su agrado, ya con esto
no me queda esa esperanza;
mas moriré en tu defensa.

FLORA.

Todo es malo, pues que guardas
mi vida contra mi vida.

*Vuelve á salir Don Cesar.*

SILVIA.

Sin duda, que aqui se matan.

D. CESAR.

Señor Don Carlos, aquella
de vuestra prision la estancia
es. Retiraos, y pensad,
que esta colera bizarra
de Arnaldo fue obligacion

de su amistad. Disculpadla;
que, pues la perdono yo,
bien podeis vos perdonarla.
Esto os pido, porque quiero
yo, que entre los dos se hagan
las amistades.

FLORA.

¿Qué es esto?
¡Quándo su muerte esperaba,
tan cortesmente le ruega!
¡Tan blandamente le habla!

D. CARLOS.

En Cesar sin duda hay mucha
prudencia, ó mucha ignorancia;
y de qualquiera manera
será mejor apurarlas.
Y, pues son tales mis penas,
y tan grandes mis desgracias,
que es la menor, estár preso,
esto está mejor, que estaba.
En todo he de obedeceros. *vase.*

DINERO.

Ahora entro yo en la danza.

D. CESAR.

¿Vos, qué haceis?

DINERO.

Viendo, que aqui
la fiesta se celebraba

del amo perdido, al punto
dexé tienda, perchas, tabla,
dedal, hilo, seda, agujas,
jabon, pergamino y vara,
tixeras, cincel, patrones,
retazos, mentiras, trampas,
*ecetera*, y vine aqui,
no pensando, que enfádara
Dinero; mas yo me iré
muy mucho de en hora mala;
que para tí no hay más ruegos,
ya lo sé, que irse, el que cansa.

D. CESAR.

Si á vuestro amo buscais,
entrad con él.

DINERO.

Lo que mandas,
está tan puesto en razon,
que no respondo palabra. *vase.*

FLORA.

A todos ha respondido,
y conmigo solo, trata,
quedarse. La puerta cierra.

D. CESAR.

Silvia, allá fuera te aguarda.

*Vase Silvia.*

FLORA.

Esto es hecho. No hay remedio

mejor, que echarme á sus plantas;
y contarle la verdad.
Señor:::

D. CESAR.

¡Qué es esto! Levanta.

FLORA.

Arnaldo te ha dicho:::

D. CESAR.

Si;
que tu á Carlos ocultabas
en casa.

FLORA.

Yo soy tu hija,
y el valor tuyo fué causa:::

D. CESAR.

De sentir, que de tí formen
sospechas tan mal fundadas,
para disculparse á si.
Estarás muy enojada,
de que tal atrevimiento,
sin castigarle se vaya.
Y tienes mucha razon;
mas como conmigo hablaba,
que sé la verdad de todo,
no me dió cuidado nada.
No estés enojada, Flora;
que quiero, que por mí hagas
una fineza, De este hombre,

que he trahido preso á casa,
desde hoy mandarás, que tenga
cuidado alguna criada
en su regalo; verás,
como, al que ahier buscaba,
para darle muerte, hoy
festejo. Como esto pasa
en el mundo, que es un monstruo
compuesto de partes varias,
pues lo que es agravio hoy,
es obligacion mañana,
y á ningun muerto en efecto
fue sufragio la venganza.
No puedo decirte mas;
que son historias muy largas.
A Dios, á Dios. *vase.*

FLORA.

¡Santos cielos,
qué es esto, que por mí pasa!
¡Mí padre dice, que traxo
preso á Carlos, cosa extraña:
y Silvia, que en el jardin
le halló, y, quando yo esperaba
el disgusto de mi padre,
que le regale, me manda!
¿Sueño? Sí; que no es posible,
que lance tan nuevo haya
en el mundo, que convierta

él mal en bien; pero basta;
que de qualquiera manera,
esto está mejor, que estaba.

*Sale Laura.*

LAURA.

¿Flora hermosa?

FLORA.

¿Laura mia?
¡Qué es esto! ¡Tan de mañana
á visitarme!

LAURA.

Sí, Flora;
que un triste nunca descansa.
A buscarte, vengo, amiga,
llena de penas y ansias,
y á depositar en tí
todo el thesoro del alma.
No habré menester decirte
de mis tristezas la causa,
porque tristezas de amor
se dicen, sin pronunciarlas.
Un hombre en tu casa está
preso. Vida, honor y fama,
verle y hablarle, me importa.
Hablando conmigo estaba
anoche, porque es el dueño
de todas mis esperanzas,
quando quisieron los cielos,

que de mi casa á tu casa
le pasasen mis desdichas.
Y ahunque por la confianza
del Alcayde, volvió á verme,
no me pudo decir nada;
que estaba despierto Fabio.
Por tu vida, que des traza,
para que yo le hable, y sea
la respuesta, executarla;
que nunca dan mas espacio
las penas y las desgracias.

FLORA.

Valgame el cielo. ¡Qué escucho!

LAURA.

¡Pues no me respondes nada!

FLORA.

No sé, como responderte.
Y es verdad, porque palabras, *ap.*
que trahen la hierba de zelos,
son el veneno del alma.
Apenas de haber salido
de un mal, daba al cielo gracias,
quando vuelvo á dar las quexas.
¡Oh, cómo es cosa asentada,
que son cobardes las penas,
pues siempre en quadrillas andan!
Laura es dama de Don Carlos,
Carlos es galan de Laura,

Anoche, quando salió
de aqui, se fue, á visitarla,
Desde su jardin, adonde
hablando con ella estaba,
pasó al mio. Bien lo dice
ella, pues dice, ay tyrana,
que le pasó una desdicha
desde su casa á mi casa.
Pues si á Carlos Laura quiere,
pues si á Laura Carlos ama,
volved atras, pensamientos,
que ahun no está mejor, que estaba.

LAURA.

¿Qué me respondes? ¿Qué dices?
¿Qué tienes?

FLORA.

No sé, qué haga.
¿Daré paso yo á mis zelos,
tercera á sus esperanzas?
No; que ninguno guardó,
á sus zelos las espaldas.

LAURA.

¿Por qué con tal turbacion
me miras?

FLORA.

Porque me mandas
cosa, en que será imposible
servirte. Siempre cerrada

la puerta está, que responde
el quarto, donde se guarda
ese hombre, y el Alcayde
por otra calle se manda.

LAURA.

¿Hay mas de abrir esa puerta?

FLORA.

Mas hay, porque está clavada.

LAURA.

Romperla, y dexarla en falso.

FLORA.

Veranlo aquesas criadas.

LAURA.

¡Oh, que de dificultades
me pones!

FLORA.

¿De qué te cansas?

LAURA.

De que, si fueras mi amiga,
inconvenientes no halláras.

FLORA.

Yo hago:::

LAURA.

No me digas mas.

FLORA.

mas que puedo.

LAURA.

Tù te engañas.

*Sale Don Cesar.*

D. CESAR.

¿Qué voces, Flora, son estas?
¿Qué voces son estas, Laura?
¡Las dos amigas asi
se enojan!

FLORA.

No ha sido nada.

LAURA.

No es sino mucho, y pues traxe
dos diligencias pensadas,
he de intentar la segunda,
pues la primera me falta;
y en lagrimas y suspiros
salgan de mi pecho, salgan
de una vez tantos pesares,
de una vez desdichas tantas.
Escuchadme. Yo, señor,
vengo con un desengaño,
á sacarte de un engaño,
á librarte de su error.
A un caballero le dí
ocasion, de que me viera
en mi casa: (¡Oh, si pudiera
esto decirse sin mí!)
quando un hombre, que venia
huyendo de dos, se entró
en el jardin, y pasó

á esta casa de la mia.
Vos, siguiendole, llegastes,
y á mi amante (ay penas tristes)
por el hombre, que seguistes,
preso á una torre enviastes.
No me pude declarar
por mi hermano, y ahora vengo,
con la obligacion, que tengo,
ó señor, á suplicar,
que con generoso indicio
mireis por mi fama pues;
soltadle; pues que no es,
el que dió la muerte á Licio.
Con mi hermano disculpada
quede yo, en hallarle alli.

D. CESAR.

En toda mi vida ví
mentira mas mal trazada.
Señora, si vuestro amor
quiere, ostentando finezas,
tomar vado en sus tristezas,
hallar puerto á su dolor,
no ha de ser con fingimientos
neciamente imaginados;
mejor negocian postrados
los ruegos y rendimientos.
Porque, si el que yo seguí,
y en vuestro jardin hallé,

Don Carlos Colona fue,
y es el mismo, que está aqui;
¿qué sirven engaños?

LAURA.

Esa
es mi desdicha cruel,
el presumir vos, que es el.

D. CESAR.

Pues si el mismo lo confiesa,
¿puede el mismo mentir?

LAURA.

Sí;
que por no formar, señor,
sospechas contra mi honor,
querrá condenarse á si.

D. CESAR.

Quando en su pecho cupiera
una fineza tan rara,
que el delito confesára,
y él mintiera, no mintiera
un criado, que ha venido
con él, le ha visto y le ha hablado.

LAURA.

Puede mentir el criado.

D. CESAR.

Hareis, que pierda el sentido.
¿Y si yo mismo al instante,
que le envié preso aqui,
á solas le hablé y le ví,

y él:::?

LAURA.

No paseis mas adelante.
¿Vos le hablasteis? ¿Vos le visteis?

D. CESAR.

Yo mismo, yo mismo, yo.

LAURA.

Pues será otro; pero no
el que en mi casa prendisteis;
porque vos le conoceis,
al que en mi jardin hablaba.

FLORA.

Esto está mejor, que estaba.

D. CESAR.

Si eso persuadir quereis,
dexadme por Dios, señora,
que es querer, que un fingimiento
me quite el entendimiento.
Dile, por tu vida, Flora,
como, el que anoche prendí,
Don Carlos Colona es.

FLORA.

¿Eso tiene duda? ¿Pues
el que ahora está preso aqui,
muy bien le conozco yo,
y es el mismo, que venia
huyendo aquel mismo dia,
ah infelice, qué dió

la muerte en el campo á Licio.

D. CESAR.

Diselo así, porque temo,
que su locura y mi extremo
me quieren quitar el juicio, *vase.*

FLORA.

¿Pues qué duda puede haber
en verdad tan asentada?

LAURA.

Flora, no me digas nada;
que yo lo sabré saber.

FLORA.

Como de mi mal me espanto,
del tuyo, Laura, tambien;
mas de mi mal, ó mi bien,
hoy veré el fin. Dame un manto,
Silvia. *en voz alta.*

*Sale Silvia.*

SILVIA.

¿Qué quieres hacer?
¿No ves, que ya su criado,
que eres tu, le habrá contado,
la tapada?

FLORA.

Que temer
no tengo. Venza el rigor
de tan confusos desvelos,
y denme muerte mis zelos,

ó deme vida su amor. *vanse.*

*Salen Don Carlos y Dinero.*

DINERO.

Lastima es, vive el cielo,
si credito he de dar á tu desvelo,
que un amante no seas
de novela.

D. CARLOS.

Pues oye, si deseas
saber todo el suceso.
Estaba yo escondido, donde preso
ahora estoy, quando vino
otra dama de ingenio peregrino,
á buscarme tapada,
diciendo, que de mí estaba obligada,
porque la dama era,
que fue de mi rigor causa primera.
Esta pues :::

DINERO.

Era Flora.

D. CARLOS.

¡Qué dices!

DINERO.

La verdad escucha ahora.
Flora es esa tapada,
que á visitarte vino disfrazada:
yo lo sé, porque estaba
contigo, quando yo, que te buscaba,

la saqué de un aprieto
con su padre, fingiendome en efecto
sastre. Al cielo pluguiera,
que antes, que sastre, diablo me fingierà.
Cesar, adonde iba, preguntaba,
y ella dixo, que un manto se probaba,
que yo entonces trahia; de manera,
que Flora es la tapada.

D. CARLOS.

Aguarda, espera;
que, si vamos juntando (do
partes, hay muchas, que lo abonen. Quan-
riñendo Arnaldo estaba,
dixo, que darme muerte, procuraba,
por vengar á su primo, cuya muerte
ella causó; de suerte,
que habiendo ella causado
la muerte de su primo, con cuidado
amparar me obligada,
visitarme tapada,
guardarme temerosa,
y obligarme en efecto generosa:
muchas verdades son, ó yo las creo,
por lo que persuadir sabe el deseo.
¿ Quien decirte pudiera
del modo, que la vi, quando mi fiera
suerte, por la pared de esos jardines,
me ocasionó volverme á sus jazmines?

DINERO.

No todo sea pesar, va de pintura.

D. CARLOS.

Escuchame, ahunque enoje su hermosura.
Ya te dixe, como anoche
de aquesta casa me fui,
y que en la calle Don Cesar,
me reconoció, al salir.
Ya te dixe, como huyendo
de un lance en otro, caí
á un jardin, donde un amante
favorecido y feliz
gozaba su paraiso,
sin temor de serafin,
pues le tenia en sus brazos;
pues escucha desde aqui.
A los jardines de Flora
pasé, y confuso me ví,
porque entre los laberintos
de su amoroso pais
que los arrayanes texen
con los olivos, me perdí.
Era la noche medrosa
monstruo tan cobarde y vil,
y pisando blandamente,
el clavel y el alhelí,
no dexó á fuentes, ni flores,
ni murmurar, ni reir.

Entre nieblas empañado
el christalino viril,
sepultó abismos de estrellas
en túmulos de zafir.
De esta suerte discurria,
quando entre las sombras ví
un nocturno rayo, cuyo
norte me obligó á seguir
su luz. Hallé pues por una
celosia de jazmin
entreabierta una ventana,
que el ayre debió de abrir,
para penetrar su cielo,
enamorado y sutil.
Estaba entre sus criadas
Flora, bien como lucir
suele entre vasallas flores
la rosa su emperatriz.
Una, hincada la rodilla,
en un azafate alli,
recojia los despojos
de su victoria gentil.
Desenlanzó las sortijas
de la prision de marfil,
y luego acudió al cabello,
donde, como Flora en fin,
fue desperdiciando flores,
tan hijas suyas, que oí,

para adornarse otra aurora,
se las invidió el jardin;
porque por desechos suyos
llaman galan al Abril.
De los cuidados del dia
ya absuelto el cabello ví,
siendo oceano de rayos,
donde la mano feliz,
Bucentoro de christal,
corrió tormenta de Ophir.
Tan hermoso el desaliño
era, que quise decir,
mal haya el aliño; donde
es el desaliño asi.
Luego, á mas leve precepto
rendido, le volvió á asir
en una red de oro y seda,
labrada á colores mil.
En cotilla y en enaguas
quedó de un verde tabí;
que como es Flora, no quiso
ajeno color vestir.
Una guarnicion no mas
era el ultimo perfil,
donde en lineas de oro iba
á rematar y morir,
otra hermosa Primavera
de muchas flores de lis;

y como al joven verano
sigue el cano invierno, asi
se miró á esta verde pompa
la blanca nieve seguir
de otra enagua de cambray,
que crepusculo sutil,
no dexaba entre dos luces,
ni obscurecer, ni lucir.
La estatura de otro dia
fiada dexó al chapin,
quedando su perfeccion,
menos no, mas menor sí.
Sentóse sobre la cama,
que era acaso carmesi;
¿quando no se acuesta el sol
tras cortinas de carmin?
Aqui cegaron mis ojos,
porque una criada aqui,
á descalzarla, se púso,
las espaldas hácia mí:
y por mas, que codicioso,
bruxulear y descubrir
quise, entre lejos y sombras
solo alcanzé, solo ví,
no sé, que rasgos de nacar
de un cendal de azul turquí,
abrazados, y una caxa,
sí se pudo percibir,

porque era un atomo breve,
que nació para vivir
concha de la menor perla,
boton del mejor jazmin.
Pusose sobre los hombros
otro rico faldellin,
porque un baño las criadas
la empezaron á servir.
De las lagrimas, que el alba
llora, quando va á salir,
debió de ser, porque entonces
todo respiró ambar gris.
Metió los pies en el agua,
y travaron entre sí
christales contra cristales
una batalla civil;
y como estatua de nieve
era Flora, y yo la ví,
por ser con christal quaxado,
deshecho christal temí,
que la estatua por los pies
se empezaba á derretir.
En aqueste punto, Silvia,
de gasas quitó un terliz
á las almohadas, y abrió
el lecho, donde á dormir
se reclinó mejor sol,
que el que en campo de zafir

suele madrugar topacio,
suele acostarse rubí.
Corrieronle la cortina,
dexandome á mí sin mí,
en manos de mi temor,
venturoso é infeliz,
hasta que Silvia salió,
como ya te referí.
Y lo que me admiró mas,
fue, viendo esparcir asi
sus adornos, que mañana
sepa volverse à vestir.

DINERO.

Con todo quanto has gastado
de ambar, clavel y jazmin,
se te olbida lo mejor
de su adorno.

D. CARLOS.

¿Cómo asi?

DINERO.

¿No trahia guarda-infante.
Flora, señor?

D. CARLOS.

Luego ví,
que habia de ser frialdad,
la que ibas, á decir.

DINERO.

Ya que tú me la has pintado,

puesto, que yo no le ví,
quiero pintartele yo.
Va pendiente de la cin-
tura, en quanto la enagua
dexó enjauladas las tri-
pas en un enjugador,
barba de ballena y cin-
tas, que como las enaguas
al humo de las pasti-
llas se curan, no se halla
sin enjugador y sin
perfumes; y en conclusion
*est custos infantis sic*;
que por no espantar á tantos,
decirlo, quise en latin.

CELIO *saliendo por una puerta.*

Advertido ya de quanto *ap.*
pasó á Arnaldo, he que fingir,
que este es el preso que anoche,
Don Cesar me encargó á mí.
Una tapada mujer
te busca, y ahunque yo aquí
no tengo tanta licencia,
en algo te he de servir.

DINERO.

Ahora verás, si es Flora.

D. CARLOS.

Merced, me hace. Si es así,

tendrán premio tus albricias,
tendrán mis desdichas fin. *vase Celio.*

*Sale Silvia por otra puerta.*

SILVIA.

Aquella dama tapada,
que te vino á ver, aqui
vuelve otra vez.

D. CARLOS.

Ya lo sé;
mas, que puede entrar, le dí. *vase Silvia.*

*Salen Celio y Laura por una puerta.*

CELIO.

Aquel, señora, es el preso,
que buscais y que decís.

*Salen Silvia y Flora por otra.*

SILVIA.

Solo está; bien llegar puedo.

D. CARLOS.

¡Qué miro! ¡Que quando aquí
una tapada esperaba,
vienen dos!

DINERO.

Es de sentir;
que á mas moros mas ganancia,
el refran suele decir:
mas á mas christianos, no.

LAURA.

¿Señor?

FLORA.

¿Carlos?

LAURA.

Ay de mí,
que este no es Arnaldo.

FLORA.

¡Cielos,
esta es Laura!

D. CARLOS.

Proseguid.
¿Por qué os retiraìs las dos?
¿Qué mandais? ¿A qué venís?

LAURA.

Yo no tengo, que deciros,
porque, en mirandoos, perdí
la memoria. Aquella es Flora.

FLORA.

La voluntad yo.

D. CARLOS.

Advertid,
que solo el entendimiento,
hay que perder para mí;
y antes, que le pierda, sepa,
¿qué haceis aqui, ó qué decís?

LAURA.

Yo no tengo ya, que hacer.

FLORA.

Ni yo tengo, qué decir.

D. CARLOS.

Embozadas hermosuras,
que detrás de ese nublado,
antes de haberme alumbrado.
me quereis dexar á obscuras:
piedades son mal seguras,
iros, sin que os haya oido;
que, si ver el bien perdido,
quien le tubo, es gran desden,
¿qué será, perder el bien,
antes de haberle tenido?
Y si á un dia al arrebol,
sigue una noche importuna,
quedando á pagar la luna,
obligaciones del sol:
si un farol á otro farol
mas ó menos rayos fia,
advertid, que es tyrania,
á que ninguna igualó,
que pase dos noches yo,
sin deberselas al dia.

LAURA.

Yo no me he de descubrir,
porque no os importa á vos,
ni á mí, porque, donde hay dos,
de nada puedo servir.

DINERO.

Por mí deben de venir.

D. CARLOS.

Apartate. No teneis,
que rezelaros, pues veis,
que, si tanto habeis tardado,
que dos noches han pasado,
dos auroras me debeis.

*Sale Celio.*

CELIO.

En mi quarto mi señor
os espera, porque quiere,
(tanto su fama prefiere
al sentimiento el valor,
y á la piedad el favor,)
hacer hoy las amistades
de Arnaldo y vuestras.

D. CARLOS.

Verdades,
sus ofrecimientos son.
Rompa pues mi confusion
por tantas dificultades.
Ya veis, que es fuerza, asistir,
donde me llaman. A Dios.

DINERO.

Yo me quedo entre las dos.

D. CARLOS.

A ninguna dexes ir. *vase.*

DINERO.

Ea, tiempo es de envestir.

FLORA.

¿Si muero, por qué dilato
el desengaño?

LAURA.

Yo trato,
de averiguar mis rezelos.

DINERO.

Si ello hay batalla de zelos,
yo he de tener lindo rato.

FLORA *á Silvia.*

Tú por un instante aguarda.
Alli puedes apartarte. *vase.*
¿Laura?

LAURA.

Sí.

FLORA.

Pues oye aparte.

LAURA.

Escucha tu aparte, Flora.

FLORA.

Mi sentimiento no ignora::: *ap.*

LAURA.

Bien conoce mis extremos::: *ap.*

FLORA.

que de un mal adolecemos. *ap.*

LAURA.

que padecemos un daño. *ap.*

FLORA.

Cúrenos un desengaño.

LAURA.

O muramos, ó sanemos.

FLORA.

¿Tú, á Carlos, Laura, has seguido?

LAURA.

¡Yo á Carlos! Haste engañado;
porque en mi vida le he hablado,
y apenas le he conocido.

FLORA.

¿Pues cómo, á verle, has venido
de esta suerte?

LAURA.

Yo no vengo,
á ver :::

FLORA.

Mayor duda tengo.

LAURA.

á Carlos: á Arnaldo sí,
que preso ha de estar aqui.

FLORA.

Ya el desengaño prevengo.
¡Arnaldo, Laura, fue, á quien
mi padre anoche prendió!

LAURA.

Por eso, le busco yo.

FLORA.

¿Y es el que tú quieres bien?

LAURA.

Sí.

FLORA.

¿Y el que anoche tambien
en tus jardines te hablaba?

LAURA.

El era, el que se ocultaba.

FLORA.

¿No Carlos?

LAURA.

¡Con Carlos yo!

FLORA.

¿Luego no le quieres?

LAURA.

No.

FLORA.

Pues mejor está, que estaba;
y en albricias darte quiero
otra buena nueva ya.
Arnaldo preso no está.

LAURA.

¡Cómo!

FLORA.

Como de aqui infiero,
que Carlos fue el prisionero,
y á Arnaldo dexaron fuera.

LAURA.

¿Luego de aquesa manera,
no tengo ya, que temer

FLORA.

No. ¿Pues no se ha de saber?

LAURA.

¿Luego ya mi pena fiera,
tan felizmente se acaba,
que mi opinion y mi hermano
se asegura?

FLORA.

Esto esta llano.

LAURA.

Pues mejor está, que estaba.

DINERO.

¿Puede haber pena mas brava.
que no oir uno, hablando dos?
O dueñas, ó decidlo vos.

LAURA.

Pues encerrados están,
y el paso franco me dan;
á Dios, Flora. *vase.*

FLORA.

Laura, á Dios.

DINERO.

La una se va por aqui:
la otra por acá, y despues
esta entra en casa; esta es,

ni una razon escuché;
y solo de aquesto sé,
que ya no estoy bien aqui.
Pues, entrando aqui esta gente,
es forzoso, que me vean;
y tantos contra mí sean.
Y en fin lo mas conveniente
es, el irme. ¡Oh quién contar
pudiera á Silvia, ay de mi,
esto, que ha pasado aqui!
¡Oh quien pudiera llamar,
sin hacer ruido! ¿Mas ya
para qué? Ella lo sabe,
pues vuelve, á torcer la llave.

*Vuelven, á abrir.*

¿Quién duda, que ella será?
Mato la luz; pero no.
Mejor es, que sea testigo,
que acredite, lo que digo.
¿Quien es, quien me busca?

*Sale Don Cesar.*

D. CESAR.

Yo.

Yo soy, Carlos.

D. CARLOS.

¡Señor, vos:::!

D. CESAR.

Dexad turbados extremos,

y sentaos; que tenemos,
que hablar á solas los dos.

*Sientanse.*

Señor Don Carlos Colona,
no os admire, no os espante,
que á estas horas os visite
en esta torre, esta carcel,
quien es en vuestros sucesos
avogado, Juez y parte,
y hace un todo de desdichas,
compuesto de dos mitades.
Yo quise pues esperar,
para hablaros, á que nadie
me vea entrar en vuestro quarto;
y asi vengo, quando yace
en el sepulcro del sueño
toda mi casa cadaver.
Confuso estareis, de oirme
tan apacible y afable
ahora, habiendome visto
hoy tan rigoroso antes.
Pues, para que no lo esteis,
reportaos y escuchadme;
que dificultades dichas;
ya no son dificultades.
Yo soy el mayor amigo
que ha tenido vuestro padre,
sin que esta amistad el tiempo,

ni la melle, ni la gaste.
La vida y el honor mio
le debo, y he de acordarme
entre tan grandes ofensas
de obligaciones tan grandes.
Acuerdome pues, que un dia,
siguiendo los estandartes
Católicos, que á los cielos
lleva en sus alas el ave
de dos cuellos, tube yo
con dos nobles de la sangre
de Nasau, deudos cercanos
del gran Príncipe de Orange,
un desafio, y saliendo
á campaña, porque iguales
estubiesemos, saqué
por segundo á vuestro padre.
En fe pues de su valor
salí ufano y arrogante,
tanto, que limpio mi honor
fue: mas no quiero, acordarme;
que se corre la vejez
de escuchar sus mocedades.
Esta obligacion y muchas
en mi pecho escritas trahe
mi valor; que un pecho noble
es lámina de diamante;
y siendolo, no, no es mucho,

que en mí dure, sin borrarse,
quando con buril de acero,
Carlos, la gravé con sangre.
Venisteis vos á Viena,
donde, (esto en silencio pase,)
la fortuna, que no hay, quien
mejores novelas trace,
por una parte me pone
en ocasion, de vengarme,
y de ampararos, por otra:
y yo en confusion tan grave
conociendo, que hay en mí
dos afèctos tan iguales,
dos impulsos tan conformes,
dos deseos tan constantes
de piedades y rigores,
mezclandolos cada instante,
hago un cuerpo, en que no son,
ni rigores, ni piedades.
Preso estais en mi poder.
Desdicha fue, que os hallase
en aquel jardin, y bien
mostré, de veros, pesarme;
pues, por no veros, la capa
nunca os quité de delante.
No pude dexar entonces
entre obligaciones tales
de estar severo, y ahora

puedo dexar, de mostrarme
piadoso, porque pretendo,
satisfacer á ambas partes.
Y asi, si entonces fui Juez,
ahora amigo; si alli parte,
aqui avogado. Ved vos,
que disculpa podeis darme,
que descargo puedo haceros,
qué medio puede tomarse,
para que cumpla yo á un tiempo
con las quexas de mi sangre,
los ruegos de mi amistad,
las deudas de vuestro padre,
la obligacion de mi oficio;
y esto no lo sepa nadie,
porque, si ahora soy amigo,
mañana Juez. Dios os guarde.

*Vase, cerrando la puerta.*

D. CARLOS.

¡Que es, lo que pasa por mí!
¡Hay suceso mas notable!
¡Quién vió mayor confusion!
¡Quién vió mas extraño lance!
¡Don Cesar, quando escondido
aqui estoy, á visitarme
viene, sin que el verme aqui,
ni le enoje, ni le agravie!
¡Quando pensé, que venia,

á prenderme, ó á matarme,
á contarme, viene, cielos,
desafios de mi padre!
Aqui hay algun grande engaño,
ó alguna traycion hay grande;
porque, (apuremos el caso,)
supongo, que sepa alguien,
que aqui me escondo. ¿Es posible,
que con tal paciencia trate
sus agravios? No; pues, quando
quiera por su honor, no darse
por entendido, pudiera
fingirlo prudente y grave
con la lengua y con la voz,
pero no con el semblante;
porque el semblante en un hombre,
ni puede mentir, ni sabe.
Pues sino pudo fingirse
tan vivamente este lance:
¿qué jardin es este, cielos,
donde me prendió? Dexadme
confusiones; que no es
posible, que un pecho baste,
á resistirse de tantas,
sin que la menor le mate.
A espacio, á espacio, desdichas;
á espacio, á espacio, pesares.
Vamos cojiendo los cabos

á este caso, que importante
será recojerlos todos,
porque no se desenlace
alguno; veamos, si hay
memoria, que tantos ate.
Yo á un caballero dí muerte
por un disfrazado angel;
su prima y su esposa á mí
dá esta torre, en que guardarme;
la tapada agradecida,
finezas trueca á diamantes;
un su amigo, que me busca
para darme muerte, llave
tiene de ese quarto, donde
entra libremente y sale:
el mismo, de quien yo huyo,
como Juez y como parte,
no habiendome allá prendido,
no extraña, que aqui me halle.
¡Pues que es, lo qué puedo, hacer
en confusiones tan grandes!
Salir de aqui, es muy dificil,
esperar aqui, no es facil.
¡Oh que de cosas pendientes
se quedan para adelante!
Pues, es fuerza, que mañana
Don Cesar se desengañe,
Flora con él se disculpe,

la tapada se declare,
el enemigo se vengue.
Oxala, porque se allanen
tantos pielagos de penas,
montes de dificultades,
laberintos de recelos;
y si es, que habeis, de matarme,
no vengais á espacio, agravios,
no vengais á espacio, males;
aprisa, aprisa desdichas,
aprisa, aprisa, pesares.

# JORNADA TERCERA.

*Salen Flora y Silvia.*

FLORA.

¿Qué me dices?

SILVIA.

Lo que pasa.
En pie la duda se está,
pues está Don Carlos ya
otra vez dentro de casa.

FLORA.

Ahunque acabas de decir,
lo que con él te pasó,
me parece á mí, que yo
no lo he acabado de oir:
y asi, antes que el alba fria,
envuelta en blanco arrebol
dé prisa, diciendo al sol,
que es hora, que venga el dia,
me levanto.

SILVIA.

Digo en fin,

que acostada te dexé:
que salí al jardin: que hallé
á Carlos, en el jardin:
que al principio me turbó:
que al cabo me aseguré:
que la causa pregunté:
y que él me respondió,
diciendo, que habia venido
huyendo otra vez: que entró
por tal parte, y señaló
esas tapias, que han caido
á los jardines de Laura;
que alli, confesó, muriera,
si acaso yo no saliera:
que su temor le restaura
mi piedad, pues le socorre,
solamente por saber,
que tú lo has de agradecer,
y al fin que se está en la torre.

FLORA.

Lo que diera mi sentido,
porque Carlos no se hubiera
ido ahier, ahora diera,
porque no hubiera venido.
¡Oh que mal contento amor
vive siempre! ¡Quién habrá,
que te agrade! ¡Quién, si está
siempre flechado tu ardor!

Siempre se escuchan tus quexas,
trocando males y bienes,
por dexarlos, si los tienes,
por tenerlos, si los dexas.
Si ahier lloraste un olbido,
no llores hoy una fe;
si sentistes, que se fue,
no sientas, que haya venido;
que, ahunque daño pueda ser
mio, ver, que aqui volvió,
¿qué te importa á tí, si yo
te lo quiero agradecer?

SILVIA.

Con el discurso, señora,
hasta la puerta has llegado
de la torre.

FLORA.

Mi cuidado
el movil ha sido ahora
de esta accion mia, y no mia,
pues tanto me arrebató,
que me traxo, sin que yo
supiese, donde venia.
Abre ::: ¿Pero quién se ha entrado
hasta aquí? *ruido.*

SILVIA.

El hombre, que ves,
el sastre fingido es,

que fue de Carlos criado.

FLORA.

¡Qué aqui le dexen entrar!

SILVIA.

No asi tus labios se quexen;
que él se entra, ahunque no le dexen,
que es de humor muy singular.

FLORA.

Pues sal antes, que aqui llegue,
Silvia, y dile, que se vaya.

SILVIA.

¿Qué importa, si él no ha de hacerlo?

*Sale Dinero.*

DINERO.

Flora, la que llaman casta,
pluguiera á Dios, no lo fueras;
que no es justo, que las damas
de todo punto lo sean,
porque no sirven de nada:::

SILVIA.

Dexe esas necias locuras,
y vayase noramala.

DINERO.

¿No habrá un manto, que probar
siquiera?

ARNALDO *dentro.*

Oh infame! ¡Aqui estabas!

*Dentro cuchilladas.*

FLORA.

¿Qué ruido es este?

DINERO.

¿Qué ruido?

De muy lindas cuchilladas.

FLORA.

Dentro de la torre son.

¡Gran desdicha me amenaza!

ARNALDO.

Donde quiera, que yo hallare,

á quien me ofende y me agravia,

puedo darle muerte.

D. CARLOS.

Y yo

guardarme.

ARNALDO.

Estrecha es la sala,

y hemos venido á los brazos.

*Salen los dos riñendo.*

FLORA.

¡Qué miro!

ARNALDO.

¡El cielo me valga!

FLORA.

¡Ay triste!

ARNALDO.

Ahora traydor,

verás, si es rayo esta espada,

que sabrá, hacerte pedazos.

D. CARLOS.

No harás poco, si te guardas.

DINERO.

Para hallarle asi, mejor
fuera, que nunca le hallara.

FLORA.

¿Qué es esto, Arnaldo?

ARNALDO.

Trayciones
tuyas, pues que tú le amparas;
mas no es mucho, no; no es mucho,
si tú misma fuiste causa,
de que á tu primo matasen,
tener dentro de tu casa
á su homicida y tu amante;
que ahora me desengañas,
de que entonces fueron zelos;
y que el venirse á tu casa
tan sin temor, fué por esto.
Mas, ya que á tu sangre faltas,
no falte yo á la amistad,
tomando justa venganza.

FLORA.

Todo Arnaldo lo ha sabido, *ap.*
y que aqui Carlos estaba,
y ha entrado, á vengar su amigo.
¡Quién vió confusiones tantas! *riñen.*

D. CARLOS.

Pues si vengarte deseas,
¿qué es, lo que esperas? ¿Qué aguardas?

D. CESAR *saliendo.*

¿Qué es esto? A fuera. ¿Qué es esto?

FLORA.

Esto solo me faltaba.
Hoy muero.

D. CESAR.

¿Como se pierde
asi el respeto á mi casa?
Vive Dios.

ARNALDO.

Señor Don Cesar,
el que mas respeto guarda
á estas paredes, soy yo;
pero hallando en vuestra casa:::

FLORA.

¡Ya qué tengo, que esperar;
que todo aqui se declara! *ap.*

ARNALDO.

escondido ese traydor,
siendo Flora, quien le ampara,
pues, para darle la vida,
fingió, que por la ventana
salió, y á pesar de todos,
en esa torre le guarda,
quise:::

D. CESAR.

Suspended, Arnaldo
razones tan mal pensadas;
que es, en mi honor, vive Dios,
delito, el imaginarlas.
Si está en mi casa Don Carlos,
yo le he trahido á mi casa
preso; que tanto ha podido
mi cuidado y vigilancia,
que vine á prenderle anoche
en los jardines de Laura.
El traherle á aquesta torre,
es, por ser determinada
prision para caballeros,
ó porque yo tengo causas
para prenderle y honrarle,
y quiero, cumplir con ambas.
Y agradeced, que os respondo
con la lengua, y no la espada
á tan descortes malicia
y sospecha tan villana.
Flora es mi hija, y no pudo:::
Idos de aqui; no me haga
la cólera:::

ARNALDO.

El ha pensado, *ap.*
como en su casa le halla,
que es, el que anoche prendió;

y he de declararme ansi.

*Detiene á Flora.*

FLORA.

¿Qué es lo que haceis?

DINERO.

Miro aqui,

si está bien hecho este manto.
Mal redondo un tanto quanto
quedó. Quitaosle, porque
le vuelva al maestro.

FLORA.

¡No sé,

que decis!

DINERO.

Poco me espanto;

que yo tampoco me entiendo,
mas suelo darme á entender.

*Vuelve Laura alborotada.*

LAURA.

Flora amiga, si deseas
mi vida, amparame.

FLORA.

¿Qué

te ha sucedido?

LAURA.

Mi hermano

al salir, me pudo ver,

y me sigue. ¿Mas que temo?
Por esta puerta me iré,
y cerrandola tras mí,
asi me aseguro de él.

*Vase y cierra la puerta.*

FLORA.

No cierres; detente; espera.
Dexame á mí entrar tambien.
La puerta cierra; el temor
no la aseguró. ¿Qué haré?

*Sale Fabio.*

FABIO.

¿Laura en aquestos umbrales,
y desde el amanecer
fuera de casa? ¡Ay de mí!
*Mis zelos dixeron bien.*
¡*Pero quándo dicen mal*
*las desdichas, que han de ser*!
¡El embozado, y ella
en su prision! Entraré,
ahunque me lo estorbe el mundo.
¡Ah falsa, aleve y cruel!
¿Piensas, que de tus trayciones
toda la culpa no sé?

FLORA.

¿Qué haré? Porque descubrirme,
ni encubrirme, me está bien.

FABIO.

Mas yo me sabré, vengar,
como declararme sé;
que zelos de honor no mas,
se han de pedir de una vez.

DINERO.

Detente, cuerpo de Christo.
¿No tengo yo de saber,
á que sabe, ser valiente
en mi vida alguna vez?
Y quizá aqueste es gallina.
No es hombre noble y cortes,
el que tan groseramente
atropella una mujer.
¿Quién me mete en esto á mí?

FABIO.

¿Quereisla vos defender?

DINERO.

Si quiero, y vuelvo á envidar.

FABIO.

Pues veamos, si podeis.

*Sacan las espadas.*

DINERO.

Luego habrá, quien meta paz.

*Salen Arnaldo y todos.*

ARNALDO.

Las espadas suspended.

DINERO.

¡A qué buen tiempo han llegado!

FLORA.

¡Ay estrella mas cruel,
que la mia! Aqui es forzoso,
que me hayan, de conocer.

D. CESAR.

¡Pues señor Don Fabio, aqui
estos extremos haceis!

DINERO.

Si tardan un poco mas,
vive Dios, que echo á correr.

FABIO.

Señor Don Cesar, yo tengo
para el extrèmo, que veis,
ocasion, y solo os ruego,
que no me la pregunteis.
Con esa dama en la calle
he tenido no sé qué.
Entróse huyendo hasta aqui;
y tras ella hasta aqui entré;
pusoseme ese criado
delante:::

DINERO.

Y hice muy bien.

FABIO.

Todo importa poco. Asi
os suplico, que me deis

licencia, para llevarla.

FLORA.

Nada me estará tan bien. *ap.*

ARNALDO.

¿Quién esta mujer será?

D. CESAR.

¡Triste de mí, que esta es
su hermana! Bien lo declara,
que á Don Carlos viene, á ver.

DINERO.

¿Esto en efecto es reñir?
Pues cosa bien facil es.

FABIO.

Venid.

D. CARLOS.

Eso no. Esta dama,
ahunque su nombre no sé,
ni quien es, ni lo que os mueve,
á mí me ha venido, á ver;
y no ha de ir con vos, sin que ella
me diga, que le está bien.

FLORA.

Pensando, que me defiende
Carlos, me ha echado, á perder.

D. CESAR.

No hay palabra, que no sea
un nuevo empeño.

FABIO.

Sabré
desempeñar, lo que he dicho
hasta morir, ó vencer.

DINERO.

No se me ha de pasar dia,
sin reñir alguna vez.

D. CESAR.

¿No mirais, que estoy aqui?
¿Qué es esto? Mas ahora bien;
no ha de ir con vos, ni con nadie.
Esto en efecto ha de ser;
y mientras, que se averigua
el caso, en mi casa esté
en compañia de Flora.

FLORA.

Esto solo podia ser
el remedio de mi vida.

D. CESAR.

Segura estará; que á fe,
que nunca aprendiera de ella
los lances, en que se vé.
Venid, señora; y por cierto
muy poca razon teneis,
en aventuraros tanto
una principal mujer.

DINERO.

He de reñir cada dia,

hasta que alguno me dé.

FABIO.

Señor Don Cesar, no son
cosas, las que llego, á ver,
tan fáciles de pensar,
que suspensas queden bien.
Esa mujer es mi hermana.
Ya lo dixe, y no me iré,
sin que mi honor y su honor
queden libres.

ARNALDO.

¡Laura es!
Pues ya aquesta obligacion
á mi me toca, porque,
quien le sacó de su casa,
y á quien ella viene, á ver,
soy yo.

D. CESAR.

Esto solo faltaba,
ahora de suceder,
¡A veros, Arnaldo, á vos!
¡Aqui, cómo ó para qué!

DINERO.

¡Ah, qué gusto es tirar una
de tajo, otra de reves!

ARNALDO.

Ya me es forzoso, decirlo;
que, si ha de ser mi mujer.

mejor es, que lo sepais,
que no, que lo sospecheis.
Yo soy, el que vos prendisteis
en su jardin, porque en él
estaba con Laura yo,
digno premio de mi fé,
quando en él entró Don Carlos.
Dile paso, y me quedé
yo empeñado.

D. CESAR.

¡Segun eso,
ella porfiaba bien!
Mas ahora de mi agravio
la duda se queda en pie.
¿Cómo estabais en mi casa
vos?

D. CARLOS.

Esto me has de deber, *ap.*
Flora; que no he de culparte.
Como á esta casa pasé,
y llegando á aqueste quarto,
como tan solo le hallé,
me pareció, que estaria
mas seguro, quando á él
pasasteis, y como os ví
de mi padre amigo fiel,
fiado en vuestra amistad,
ni me fui, ni me ausenté.

DINERO.

Pongome de firme á firme,
doy el tajo, y meto pies.

FABIO.

Que seais vos, ó sea Don Carlos,
yo me he de satisfacer.

ARNALDO.

Yo defenderla.

D. CESAR.

Apartad;
que ni uno ni otro ha de ser.
Entrad en ese aposento, *abriendo.*
y averiguemos despues:::
¿Mas quien está aqui?

LAURA *saliendo.*

Yo soy,
que á Flora he venido, á ver;
y escuchando aqui á mi hermano,
vengo, á saber, lo que es.

D. CESAR.

En verdad, señor Don Fabio,
que es muy bueno, lo que veis.
Está estotra con mi hija,
y quereis dar, á entender,
que es, la que tapada está.

FABIO.

A nadie le está mas bien,
que á mi, el haberse engañado.

Confieso, que engaño fue.

ARNALDO.

Pues si aquesta es Laura, cielos,
¿quién esta tapada es?

D. CESAR.

Descubrios ya, señora,
quien quiera, que seais, porque
salgamos de tanto engaño. *descubrela.*
¡Qué es, lo que miro! ¡Ah cruel!

DINERO.

¡Oh que bien hecho está el manto!
No te enojes; que esto es
probarle, que en este punto
le acabé yo de traher.

D. CESAR.

Ahora conozco mi error.
Muerte, ingrata, te daré.

D. CARLOS.

Ved el empeño, en que estoy,
porque la he de defender.

D. CESAR.

Quien no fuere su marido,
¿cómo, dime, ha de poder,
defenderla contra mí?

D. CARLOS.

Siendolo, señor, podré.

D. CESAR.

Si yo casar á Don Carlos

con Flora, siempre pensé,
para poder, perdonarle,
y esto vino, á suceder;
¿de qué me puedo quexar?

FABIO.

Yo deseaba tanto, el ver
empleada en vos mi hermana,
que me ha pesado, de que
ella no fuese.

ARNALDO.

Si yo
llegar puedo á merecer
la mano de Laura hermosa
rendida os pide mi fe
permitais á mi ventura
este favor.

FABIO.

Vuestra es
Laura; pues con tanta dicha
todos quedaremos bien.

LAURA.

Esta es mi mano.

ARNALDO.

Y la mia
con toda el alma os daré.

DINERO.

Y pues tras tantos engaños
el mal se convirtió en bien,

si es bien casarse, las faltas
nos perdonad.

D. CARLOS.

Y diré,
que esta Comedia, que ofrece
el autor á vuestros pies,
hoy está Mejor que Estaba,
si os ha parecido bien.

[Piron, Alexis]

# LA METROMANIA.

COMEDIA EN CINCO ACTOS.

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

Por J. de L.

ZARAGOZA:
*Imprenta de Roque Gallifa.*
Julio de 1831.

# PERSONAS.

*DAMIS, Poeta.*
*MR. Balivó tio de Damis.*
*MR. FRANCALEU, Padre de LUCILA.*
*DORANTE, Amante de Lucila.*
*LISETA, Criada de Lucila.*
*MONDÒRO, Criado de Damis.*
*UN LACAYO.*

La escena es en los jardines de la casa de Mr. Francaleu, inmediata á Paris.

Es propiedad del Editor.

# LA

# METROMANÍA.

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA I.

*Mondoro, Liseta con un rollo de papeles en la mano.*

*Mondoro.* Esta casa de campo me parece una buena posada, y mucho me alegraría de no levantar tan pronto el campo; mayormente encontrándome aquí contigo, pues en tu compañía todas las moradas son buenas para mí. Pero no teniendo noticias de mi amo, me es forzoso volver volando á París.

*Liseta.* ¿Cómo se llama?

*Mondoro.* Damis. ¿Le conoces?

*Liseta.* No.

*Mondoro.* Pues á Dios.

*Liseta.* A Dios.

*Mondoro.* Pero si me han dicho en casa de Mr. Francaleu.

*Liseta.* Aquí es.

*Mondoro.* ¿Se representa aquí una comedia?

*Liseta.* Testigo este papel que aun tengo que estudiar.

*Mondoro.* ¿El amo no tiene una hija única?

*Liseta.* Sí.

*Mondoro.* ¿Y que hace poco que ha salido del Colegio?

*Liseta.* Hoy mismo.

*Mondoro.* ¿Muy buscada y pretendida?

*Liseta.* Y muy digna de serlo.

*Mondoro.* ¿Y teneis gran concurrencia?

*Liseta.* Tanta que no nos entendemos.

*Mondoro.* . Iluminacion, baile, concierto?

*Liseta.* Todo, todo.

*Mondoro.* Hermosos fuegos artificiales?

*Liseta.* Es verdad.

*Mondoro.* Ya, ya estoy. Damis debe hallarse aquí. Cada palabra me lo indica, y aunque fuese invisible es preciso que yo le encuentre.

*Liseta.* ¿Cuál es su cara, su trage, su empleo y su traza?

*Mondoro.* Oh! eso si que no es facil de pintarno. Porque á cada instante su cara se alarga ó se encoge, segun la idea en que se sumerge su alma. Unas veces se abandona mucho, y otras se adorna con estremo. En cuanto á empleo ni lo tiene, ni lo tendrá nunca. Es un hombre aislado que vive á su voluntad; que no es ni paisano, ni abate, ni togado, ni militar; que va, biene, vela, suda y se atormenta mucho; trabaja noche y dia, y nunca hace nada: ademas reune en sí muchos originales que el teatro nos presenta; porque es misántropo, aturdido, complaciente, vano, distraido..... este último epiteto es el que mejor lo define. Mira, apuesto mis orejas á que está por ahí en alguna arboleda pensando en

las musarañas, andando muy despacio ácia alguna zanja, que no verá hasta que caiga en ella de cabeza.

*Liseta.* Ah! ya estoy orientada...... Tenemos el hombre que buscas. ¿No es uno de estos que llaman poetas?

*Mondoro.* Sí.

*Liseta.* Aquí hay uno.

*Mondoro.* Pues él es.

*Liseta.* Puede ser.

*Mondoro.* ¿Cómo?

*Liseta.* El personage es en un todo parecido al tuyo; no hay mas sino que no se llama Damis.

*Mondoro.* No importa; dame el gusto de mostrarme ese hombre.

*Liseta.* Vete á buscarlo. Está meditando allá bajo en aquellos bosquecillos; pero ves tu solo, porque viene gente y temo las hablillas.

*(Vase Mondoro.)*

## ESCENA II.

*Dorante y Liseta.*

*Liseta.* Dorante aquí! Dorante!

*Dorante.* Ah Liseta! ah hermosa mia! y bien! Díme pues la noticia. Felicítame. Qué placer! qué dia tan dichoso! y cuán tardo ha parecido á mi amor! Tú debes estar enterada del asunto antes que yo. ¿Por qué no me dices que Lucila ha salido? Que voy..... que puedo..... ¿comprendes?

*Liseta.* Pero á la verdad que no sois nada juicioso.

*Dorante.* Por qué?

*Liseta.* Si el amo os encontrase? Pensais á donde estais? ¿Os atreveis á venir de este modo á casa de un hombre con quien vuestro padre está en

pleito.....?

*Doran.* Bueno; ¿acaso me ha visto nunca ni de cerca ni de lejos? He encontrado el parque abierto, y he entrado.

*Liseta.* Os lo diré? Aunque tuvieseis cien veces mas atrevimiento y destreza, y aunque la misma Lucila se dignara unirse á nosotros, no se como podriais obtenerla.

*Doran.* Oh! yo lo se muy bien. Mi padre me quiere; no tiene mas hijo que yo; soy terco, lo deseo, y es preciso que él lo quiera. De otro modo, no le faltaré, porque tengo buenas costumbres; pero haré otra cosa peor, me moriré.

*Liseta.* Pero si el gran pleito que tiene.....

*Doran.* Que renuncie á él. El padre de Lucila ha ganado. Yo fallo.

*Liseta.* Pero y si vuestro padre se atreve á apelar?

*Doran.* Jamás.

*Liseta.* Pero si.....

*Doran.* Hazme el favor de acabar y deja á un lado tus peros.

*Liseta.* Creeis pues, Señor, que solo vos teneis padre? Y el nuestro querrá consentir?

*Doran.* Asi lo espero.

*Liseta.* Yo muy poco.

*Doran.* No te inquietes sobre ese particular.

*Liseta.* El viejo tiene mucha entereza.

*Doran.* El jóven tiene aun mucha mas.

*Liseta.* Lucila es un partido......

*Doran.* Yo soy bueno para Lucila.

*Liseta.* Tiene cien mil escudos.

*Doran.* Yo tendré doscientos mil.

*Liseta.* Pero os amará?

*Doran.* Ah! desecha el miedo: con tu duda me traspasas el corazon.

*Liseta.* Os lo he dicho cien veces, es una indo-

lente entregada á una vida perezosa; ocupada únicamente del amor á sí misma, es incapaz de prestarse á ninguna aficion. Es una imágen del norte, una muger fria, que se alegraría de que otro hablase y pensase por ella, y sin obrar, sentir, temer ni desear, querria no tener otro trabajo mas que el de existir y respirar. Y quereis que ame! Ella tener una intriga! Pensais en ello, señor? Vá! si esto mata. Ved si despues de un mes que vuestro corazon la sirve os ha dejado el amor un momento de descanso; pues á fé mia que sus efectos son en nosotras mucho mas vivos que en los hombres.

*Doran.* En fin, sepamos á qué altura nos hallamos al cabo de un mes.

*Liseta.* Ella ama hasta el estremo esos versos apasionados que vuestro amigo compone, y que me dais; yo estoy acechando el momento en que poder decirla que estos versos son vuestros, y que se han hecho para ella.

*Doran.* Que son mios! Eso es mentir descaradamente.

*Liseta.* Pero tendré el gusto de interesar en vuestro favor á la misma indiferencia.

*Doran.* Lucila no sabe aun que yo la amo. ¿Por qué no aprovechamos la proporcion de esos versos amorosos que tanto alagan su gusto? Una treta podria darme á conocer facilmente, y tal vez me habria servido mejor de lo que piensas.

*Liseta.* Cá, no: os digo que no; lo habríais echado todo á perder, porque la indiferencia inclina la severidad. Era necesario preparar antes bien todas las cosas, presentar á su vista las rosas del imperio amoroso, é inducirla á que se bajase á cogerlas. Al leer vuestros versos la veo sobresaltarse de alegria; mayormente cuando bajo el tí-

tulo de un idilio, ó de una egloga brilla en ellos un amor que no está ya muy en uso. Su espíritu, solo se ocupa ahora de las orillas del Liñon, y de los valles de Tempé; de pastores que forman algunas danzas ligeras, ó que coronados de flores despues de pasar todo el dia á los pies de sus pastoras, al son del caramillo, vuelven á pasos contados á la aldea cuando el dia empieza á retirarse. Al ver cuanto se conmueve con estos fastidiosos bosquejos, y como se saborea con las delicias de semejantes visiones, he creido deber conducir dulcemente su corazon desde el amor á la obra, al amor ácia su autor.

*Doran.* Pues tambien es una egloga lo que ahora se la prepara. Damis se levanta espresamente en vuestra casa antes de la aurora.

*Liseta.* Damis!

*Doran.* El autor de las bagatelas de que se hace tanto caso. Y francamente, no me agrada el encontrarlo aquí.

*Liset.* Es ese á quien llamais el Caballero Empíreo?

*Doran.* Sí. Su talento le dá tambien entrada en nuestra casa. Mi padre está entusiasmado de él, hasta el punto de amarle, segun creo un poco mas que á mi madre, y casi tanto como á mí.

*Liseta.* No pensemos mas en su egloga.

*Doran.* Enhora buena; yo le dispenso de hacerla. Sabes lo que pienso sobre semejante empréstito?

*Liseta.* ¿Os conoce Mr. de Francaleu?

*Doran.* No.

*Liseta.* Haced que os presenten á él bajo un nombre supuesto. El amor á los versos es aqui una enfermedad de familia. El padre que los ama aun mucho mas que la hija, mira á vuestro amigo como un hombre divino, y desde luego agradareis si él os presenta.

*Doran.* Puede preguntarme el motivo de mi venida.

*Liseta.* Podeis alegarle el gusto por el teatro. Aparentad quereis representar con nosotros; justamente algunos actores nos han plantado en este momento.....

*Doran.* Hola! pues yo lo reemplazo, y me obligo á hacerlo todo.

*Liseta.* Haceros necesario para la pieza de hoy; de esto se trata ahora: despues......

*Doran.* Aquí tenemos á nuestro poeta. A Dios. Retirate. *(Liseta entra en la casa.)*

## ESCENA III.

*Damis y Dorante.*

*Doran.* Querido, al punto es preciso tomarse el trabajo......

*Damis.* *(Sin escucharle.)* No; jamas tan bello fuego inflamò mi vena. A fé mia que he hecho hasta este momento muchos versos para vos, pero á estos doy mi voto y la palma.

*Doran.* Se trata......

*Damis.* De haceros una egloga; ya está hecha.

*Doran.* Eh! vamos mas despacio.

*Damis.* Oh! pero perfectísima.

*Doran.* Lo creo.

*Damis.* Y que será marcada con el mejor sello.

*Doran.* Convengo en ello.

*Damis.* Y se las apuesto al mas pintado.

*Doran.* Dejemos, os pido.

*Damis.* Ah! si; algo de noble y tierno?

*Doran.* No; de sosegado.

*Damis.* *(sacando su libro de memorias.)* Pues vais á oirlo.

*Doran.* Eh! yo juzgaré mal.

*Damis.* Mejor que nadie..... Escuchad.

*Doran.* Estoy sordo.
*Damis.* Gritaré.
*Doran.* Será en vano.
*Damis.* Permitidme.
*Doran.* Que rabia!
*Damis.* (Leyendo) Dialogo entre Daphnis, y el Eco. Daphnis.
*Doran.* Mal haya el eco, el hombre y su egloga.
*Damis.* Eco á quien encuentro en este bosque espeso...
*Doran.* (Con voz fuerte) Silencio dice el eco, silencio digo yo, y de una vez silencio, porque sino...
*Damis.* Como, señor, cuando compongo para vos...
*Doran.* Pero señor mio, cuando se exige de vos otra cosa...
*Damis.* ¿Alguna oda? epístola? cantata?
*Doran.* ¡Qué pesadez!
*Damis.* ¿Una Elegia?
*Doran.* Y bien?
*Damis.* Algun retrato? soneto? ramillete? romance? ó bailecillo?
*Doran.* Nada, nada; mi amor se limita al lenguage ordinario; y de hoy en adelante no necesita ya del vuestro.
*Damis.* *(cerrando el libro de memorias)* Eso es otra cosa; en ese caso estos versos serán para mí.
*Doran.* No quiere decir esto que yo deje de agradecer como es debido la bondad que aun hoy mismo habeis usado conmigo, y siento la molestia que os he causado.
*Damis.* No he trabajado en valde. Mis versos sin andar mucho hallarán donde colocarse; porque todos tenemos á quien dirigirlos.
*Doran.* Hola! con que amais?
*Damis.* Y quién puede amar mejor? La sensibilidad constituye nuestro genio. El corazon de un verdadero poeta está siempre dispuesto á inflamarse, y

jamás se llega á este estado sino cuando se sabe amar bien.

*oran. (aparte)* Le creo mi rival. *(á Damis)* ¿Y cuál es vuestra pastora?

*amis.* Vos me hicisteis un misterio del nombre de la vuestra; justo es que tambien yo os haga uno del de la mia.

*oran.* Vuestra suerte sin duda......

*amis.* Oh! es de las mas dulces.

*oran.* Una pluma tan tierna tiene para con las beldades mil atractivos.

*amis.* Tal vez hoy tendreis algunas noticias.

*oran.* Hoy.....

*amis.* Es un gran dia.

*oran. (aparte)* Ay! Lucila es! *(á Damis)* Vaya, ya que no la nombreis, haced á lo menos su pintura.

*amis.* La haria de muy buena gana.

*oran.* ¿Pues en quién consiste? *(aparte)* Su calma me deguella.

*amis.* No puedo.

*oran.* Por qué?

*amis.* Porque nunca la he visto.

*oran. (aparte)* Ella es. *(á Damis)* Esplicaos.

*amis.* Mis palabras son muy claras.

*oran.* Pues ¿de qué nace vuestro amor?

*amis.* De su aficion á los versos.

*oran.* De su aficion á los versos? *(aparte)* Cierta es mi desdicha; pero no importa, finjamos y prosigamos la aventura.

*amis.* Qué es eso? qué teneis? á qué vienen esos soliloquios?

*oran.* Me he separado mucho de mi primer objeto. Volvamos al favor que me atrevo á esperar recibir de vos.

*amis.* Hablad; me teneis pronto; ¿qué es lo que se ha de hacer?

*Doran.* Presentadme en calidad de actor, à Monsieur Francaleu; conozco en mí cierta disposicion para el teatro, y quisiera ensayandome un poco en su casa, ver de lo que soy capaz.

*Damis.* Vamos.

*Doran.* Mi nombre podria perjudicarme.

*Damis.* Es preciso ocultarlo. Sois mi amigo, y este título bastará. No teneis que hacer mas que escuchar los versos que Monsieur Francaleu os lea. Es un bellísimo hombre, de excelente caracter; buen amigo, buen marido, buen ciudadano y buen padre; pero como es indispensable por muy perfectos que seamos, pagar el tributo á la naturaleza humana adoleciendo de alguna debilidad, la suya es el querer hacer versos contra la voluntad de Minerva, y el haber notado cuando ya blanquea su cabeza, que tiene algo de numen, si asi puede llamarse cierto prurito tan oprobioso á la poesia como á la razon, y que por desgracia abunda como todo lo malo. A cada instante nos inunda con el torrente de sus versos; él mismo se rie y se burla el primero. Si observa algun gesto al momento lo penetra, los lee y los vuelve á leer, se empeña en que hagan reir, y por poco que alguno se ria, pone por decirlo asi un puñal al pecho, para obligar á sacar copias; se enardece, se ceba, y encantado de quien le adula, le muel en recompensa.

*Doran.* Oh! yo tengo mucha paciencia! me promet to cansar á vuestro hombre, y abrumarlo con incienso.

*Damis.* Pues á mi me mata; me acaba con su pesadez.

*Doran.* ¿Quien os detiene en su casa?

*Damis.* Motivos que reservo; y seguramente sin fuera por su malvada musa cuyo funesto venen

nos hiela y apesta me divertiria aqui muchísimo. ¡Dichoso yo cuando mi alma vuele á su region, si no lleva de aqui el aire del contagio! Ya viene. Todo mi cuerpo se estremece al sentir la proximidad de los horribles garrapatos que siempre lleva en el bolsillo.

## ESCENA IV.

*Mr. Francaleu, Dorante, y Damis.*

*Mr. Franca. (á Damis)* Malditos sean estos golpes inesperados. Ved aqui mi pieza por tierra, y el teatro que se lo llevó la trampa.

*Damis.* Como?

*Mr. Franca.* Tres actores; el amante, el tio, y el padre, faltando en el momento crítico, son causa de tan lindo suceso. El uno está inoculado, el otro en los baños, y el otro se ha muerto; esto si que se llama valerse de la ocasion.

*Damis.* El último es el que peor se ha portado.

*Mr. Franca.* Queriendo celebrar la vuelta de mi hija, hago grandes gastos, convoco á mis amigos y á toda la familia, y despues de reunir un numeroso y brillante auditorio, me veo en la necesidad de despedirlo. No es esto un gran regalo?

*Damis.* Ciertamente, los tres personages eran buenos; es lastima.

*Mr. Franca.* ¡Qué serenidad! Sabeis que cuando yo rabio, me enfurezco mucho mas, si no se rabia tambien.

*Damis.* Es, Señor, que yo encuentro buen remedio á todo esto. El papel de los viejos no es de gran desempeño, y sin dificultad podrán hacerlo los primeros que se presenten.

*M. Franca.* ¿Y el amante?

*Damis. (presentando á Dorante)* Mi amigo lo desempeña á las mil maravillas.

*Doran.* Vedme, señor, dispuesto á serviros.

*M. Franca. (á Damis)* Efectivamente que tiene toda la traza de enamorado.

*Damis.* Pues la egecucion es muy superior á lo que aparenta.

*M. Franca.* Pero aquí se necesita un amante maltratado, y el Señor tal vez no lo habrá sido nunca; pues aunque el talento y disposicion sean muy grandes, es indispensable haber esperimentado para sentir, y sentir para saber fingir bien.

*Damis. (con sonrisa maligna)* No irá á buscar en otro el caracter que ha de representar. El papel que admite está modelado en el mismo. El infeliz muere por una inhumana, sin atreverse á declarar su amorosa pena, de modo que cuando él empieza apenas á notar la llama, otro tal vez está muy próximo á encender la tea del himeneo.

*Doran. (incomodado)* Mi situacion es por cierto, poco comun, y esperimento en efecto todo mi infortunio.

*M. Franca.* Bueno, tanto mejor! Sois á medida de mi deseo. Venid, y creéd que os divertireis.

*(Dorante entra en la casa.)*

## ESCENA V.

*M. Francaleu y Damis.*

*(M. Francaleu dá algunos pasos para salir con Dorante.)*

*Damis. (aparte)* Aunque lo veo marchar aun no me creo libre. Pero gracias al cuidado que le ocupa y agita, siquiera una vez he salido sano y salvo de las manos de mi verdugo.

*M. Franca. (volviendo hácia Damis)* Contad con ver una cosa buena. Acabo de tejer una pieza en seis actos; está algo sin ton ni son, Pero de este modo se reirán mas á mi costa.

## ESCENA VI.

Damis.

¿Y no habré de precaverme contra el asesinato que este hombre me prepara? Ya debia haberlo hecho. Quedese él en su casa de campo, ó que venga á buscarme al fondo de la Bretaña. Alli el amor me alarga los brazos. Mi corazon fué mi precursor. Tiempo es ya de que la vista acabe y estreche este lazo que mis talentos formaron desde lejos. Marchemos.

## ESCENA VII.

Damis y Mondoro.

*Mondoro (dando una carta á Damis)* Ah! gracias al cielo! al fin os encuentro.

*(Damis toma la carta y la leé bajo)*

Hace ya ocho dias enteros que os busco; he corrido mas de cien veces todos los barrios de París, y al acercarme al rio he temido si ocupado allá con vuestras estravagantes visiones, buscando algun consonante, ó estudiando en las nubes, habiais dejado imprudentemente la brida sobre el cuello de Pegaso, que entregado á su fogosidad habria podido sepultar la musa en los redes de San Clu.

Damis. *(Enseñando la carta)* Oh! oh! que quiera ó que no quiera vé aqui lo que me retarda.

*Mondoro.* Escuchad pues, Señor, y á fé mia poned cuidado. Un hermoso dia.....

Damis. No habrá un hermoso dia en que calles?

*Mondoro.* Como querais. Sobre todo libertad en este punto. En fin, cierto sugeto me ha dicho que podriais estar aqui; pero, Señor, nadie os conoce, y despues de haber recorrido esta espaciosa man-

sion, yo mismo os habria faltado, si no hubieseis comparecido.

*Damis*. Mis admiradores hormiguean en todo este recinto; pero habrás preguntado por mi apellido?

*Mondoro*. Seguramente; ¿pues cómo habia de preguntar?

*Damis*. Ya no me llamo asi.

*Mondoro*. ¿Habeis cambiado de nombre?

*Damis*. Si; hace ocho dias que imito á mis cohermanos, quienes nunca se ilustran bajo su verdadero nombre, y es uso comun entre tales caballeros, tomar nombre de una tierra, ó forjarse uno á su capricho.

*Mondoro*. ¿Y cual es ahora vuestro nombre?

*Damis*. Del Empireo, y me atrevo á responder de su duracion.

*Mondoro*. Del Empireo? ¡Hola! ¿Con que no teniendo en el horizonte, ni casa ni hogar que puedan perpetuar vuestro nombre, y no poseyendo nada bajo la boveda celeste, su cubierta es lo único que os resta? Ved aqui á vuestro espíritu hecho un gran propietario de tierras. El espacio es inmenso, y por eso se pasea muy bien por el; pero mientras que él se va solo allá arriba, á sus posesiones campestres, permita el cuerpo que le acompañen aqui abajo.

*Damis*. ¿Creés acaso que un hombre de talento como yo puede arreglar sus pasos, y disponer de sí? Las gentes de mi especie tienen la misma suerte que las hermosas, todo el mundo quiere robarnos como á ellas. Me dejé arrastrar á casa de Mr. de Francaleu por un impertinente á quien yo conocia muy poco; él me presentó, y haciéndome juguete de su manejo, serví de pasaporte á mi fátuo protector. Estaban aun á la mesa cuando llegamos y todos se estrecharon para hacernos lu-

gar. La alegria se apoderó del concurso é igualmente de mí, se exalta mi numen, y el fuego prende en la pólvora. Empiezo á despedir rasgos, relámpagos y rayos. Es tan rápido mi vuelo, que el que intenta seguirme se pierde tras mí en el inmenso espacio de los cielos, y entonces fue cuando recibí alli de todos los convidados, este nuevo nombre que va á enriquecer los archivos del Pindo.

*Mondoro.* Que va sin duda alguna á empobrecernos.

*Damis.* En seguida un cómodo y pomposo carruage me transporta á este sitio de recreo, en el que rio, canto, y bebo tan solo por complacer.

*Mondoro.* Por complacer? Sea enhorabuena. Pero no sabeis?

*Damis.* Qué?

*Mondoro.* Mientras os divertís en el campo, la fortuna en la ciudad está algo zelosa. Mr. Baliveau....

*Damis.* Eh?

*Mondoro.* Vuestro tio de Tolosa......

*Damis.* Y qué mas?

*Mondoro.* Está en París.

*Damis.* Pues que se esté alli.

*Mondoro.* Muy bien! Sin creer, ni querer que lo sepais.

*Damis.* Y por qué me lo dices?

*Mondoro.* Ah! que indiferencia! Y nada hay que sea de mayor interes para vos. Un tio rico y viejo de quien depende vuestra suerte; que se arrepiente sin cesar del bien que os desea; que quiere arreglar vuestro ingenio por su gusto, que detesta la manía de vuestros versos, y que gracias á Dios, hace cinco años bien cumplidos, nos sostiene aqui para que estudieis las leyes. Preparaos, Señor, para grandes tempestades Viene de incógnito por ver en que estais. Tal vez sabe ya que sa-

cudiendo la sujecion, no habeis tomado aqui hasta ahora otras licencias, que aquellas que segun vuestras rúbricas, llamais entre vosotros licencias poéticas. Ah! Señor, temed su indignacion. Os habeis hecho digno de ser desheredado; esta palabra debe conmoveros, sino teneis el alma muy dura.

D*amis*. Mondoro, lleva estos versos al editor del Mercurio.

*Mondoro. (reusando tomar el papel)* Este es el buen fruto de mi sermon!

D*amis*. Cual se merece el predicador.

*Mondoro*. Y cuánto debe valernos este papel?

D*amis*. Honor.

*Mondoro*. Bueno! honor.

D*amis*. Crees que digo algun disparate?

*Mondoro*. Es que se tiene muy poco honor cuando se pagan mal las deudas, y con el que ahora adquiramos, no creo poderlas cubrir.

D*amis*. ¡Qué animal tan tonto es un criado hablador! Ea, haz lo que te digo.

*Mondoro*. Vos, Señor, permitidme, hablais muy descansado; gozais de los placeres, y yo tengo que cargar con todos los cuidados, porque tengo que tratar con vos, y con vuestros acreedores; yo soy quien los escucha, y quien los despide; ya estoy cansado de hacer el farsante en obsequio vuestro, de ocultaros, y de atreverme á hacer promesas hoy para mañana, viéndome enseguida obligado á poner mi cara en vergüenza para contraer nuevas deudas. Este modo de vivir repugna á mi probidad, y así buscad quien os liberte de semejantes alanos, que yo de hoy en adelante lleno de un justo arrepentimiento, abandono mi papel, y no quiero mentir mas. Vengan enhorabuena el bañista, el mercader, el sastre, el huesped, y el

fondista; que semejante corte siga vuestros pasos hasta pisaros los talones, arreglaos como podais, y veamos de una vez........

Damis. Cuando vuelvas me traerás el Mercurio de este mes. Entiendes?

*Mondoro. (reusando aun tomar el papel)* Espero que no os desagradará si vuelvo tambien rodeado de las personas que os he nombrado.

Damis. Traélas.

*Mondoro.* ¿Creeis que es chanza?

Damis. No.

*Mondoro.* Ya lo vereis.

Damis. Te espero.

*Mondoro. (dando algunos pasos para irse)* Pues bien, disfrutareis este pasatiempo.

Damis. Y tu el de ver á todas esas gentes colmadas de alegria.

*Mondoro. (volviendo)* Les pagareis?

Damis. Ciertamente.

*Mondoro.* Y con qué dinero?

Damis. Descuida sobre el particular.

*Mondoro.* Si tendrá fondos?

Damis. Veamos, arreglemos nuestras deudas.

*Mondoro. (aparte)* Ola! Esto es enseñarme á medir mis palabras.

Damis. Al repasante?

*Mondoro. (con tono mas dulce)* Treinta ó cuarenta doblones.

Damis. A la labandera? al huesped? al peluquero?

*Mondoro.* Otro tanto.

Damis. Al sastre?

*Mondoro.* Ochenta.

Damis Al fondista?

*Mondoro.* Ciento.

Damis. A tí?

*Mondoro. (haciendo profundas cortesias)* Señor...

*Damis.* Cuánto?

*Mondoro.* Señor.......

*Damis.* Habla.

*Mondoro.* Yo abuso.........

*Damis.* De mi paciencia.

*Mondoro.* Sí, os pido perdon. Es verdad..... que mi zelo....... me ha hecho faltar al..... respeto; pero como lo pasado hacia el porvenir tan sospechoso.

*Damis.* Supongamos quesean cien escudos poco mas ó menos, eso nada importa. Ea partiremos los premios que voy á alcanzar muy en breve.

*Mondoro.* Los premios?

*Damis.* Sí; la plata y el oro que en diferentes ciudades, distribuye la Francia á los que hacen mejores versos; en París, en Ruan, en Tolosa, en Marsella; á todas partes he concurrido y he hecho maravillas.....

*Mondoro.* Ah! con que es decir que París pagará los alquileres; Ruan al maestro de leyes; Tolosa al barbero; Marsella á la labandera; y el vecino mis salarios.

*Damis.* ¿Dudas acaso de que yo tenga todos los votos en esas ciudades?

*Mondoro.* No, nada dudo; pero, Señor, no podriais darnos mejores hipotecas?

*Damis.* Mucho que sí; y sobre un fondo de la mas noble especie. Hoy se presenta en el teatro francés una pieza mia. Pero sobre esto se guarda el mayor secreto; tan solo un actor y tú sabeis que es obra mia. Esta noche misma se representa, aqui está la noticia; mi talento vá á revelarse á toda la Europa, y yo á dirigir mis primeros pasos al templo de la inmortalidad. ¡Amigo mio, cuántos atractivos tiene para mi este gran dia! Otra esperanza.....

*Mondoro.* Quimérica.

D*amis*. Una estimable joven, rara, única, célebre, habíl, incomparable......

*Mondoro*. ¿De esta hija única que esperais?

D*amis*. Triunfante hoy, seré mañana su esposo. Mañana...... A donde vas Mondoro?

*Mondoro*. A buscar amo.

D*amis*. ¿Por qué ese repente? ¿Acaso no merezco serlo tuyo?

*Mondoro*. Señor, es que el aire es un alimento muy soso.

D*amis*. ¿Y quien trata de alimentarte con aire? ¿Estas loco?

*Mondoro*. Ah! no Señor!

D*amis*. Pues á fé mia que no eres muy cuerdo. Como! te insurreccionas en la vispera, ¿qué digo? en el momento mismo de recoger la cosecha? por que en fin, reasumamos (supuesto que contigo es preciso descender á por menores tan poco dignos de mi, ) reduzcamos á un punto de precision segura, el estado de mi fortuna presente y venidera. El pago de tus salarios es indudable; recibirás esta noche una parte, y el resto pasado mañana. Si tengo buen éxito, me caso con una muger sabia. Contempla el hermoso porvenir que se presenta. Considera como nacerán alternadamente de nuestros triunfantes fuegos, famosas composiciones teatrales, é hijos estraordinarios, que cual genero sos polluelos dignos de su estirpe, apenas salgan del cascaron volarán en pos de nosotros. Tendremos tres; adjudicaremos lo cómico al primero, lo trágico al segundo, y lo lírico al tercero, y de este modo en todas partes ocuparán ellos solos la escena. Que por otra parte mi esposa y yo, entregándonos á porfia á la epopeya, no demos en cada año mas que, yo un medio poema, y ella su romanze, esto basta para lograr los aplausos ge-

nerales, y para que atrayendo las gentes en tropel á mi casa, rueden por ella el oro y la plata, y para que nuestro talento, gracias á nuestra union, ponga á contribucion la prensa y el teatro.

*Mondoro.* Hablando ingenuamente sois un hombre muy singular. Estais soñando dulcemente. Pero cuidado no os dispierte algun silvido.

*Damis. (haciéndole tomar el papel)* El apuro en que estoy merece algunas consideraciones. Una pieza anunciada; otra en la cabeza; otra en que hago papel; otra dispuesta ya para leerse. Causas son me parece, para tener la cabeza acalorada.

*Mondoro.* Decid mas bien para perder una herencia y muchísimo tiempo.

*(Vase y Damis entra en la casa.)*

## *ACTO SEGUNDO.*

### ESCENA I.

*M. Balivò y M. Francaleu.*

*Balivó.* Feliz complexion! Cuanto lo celebro. Alegre, vivo, gustando de divertiros; y en fin siempre el mismo.

*Francal.* Este es el gozo que tengo de volver á veros, mi querido Balivó; abracémonos otra vez, y brille de nuevo este testimonio de nuestra antigua amistad. La separacion data de muy lejos. ¿No es verdad que en el intervalo que ha transcurrido, la Parca ha hilado á la sordina terriblemente? ¿Habriais perdido acaso aquel humor vivo y travieso? Por mi parte yo tengo de todo, soy jugador, enamorado, bromista; frecuento, y

festejo á los buenos fabricantes de versos, y los hago tan bien como ellos.

*Balivó.* ¿Cómo ellos?

*Francal.* Sí.

*Balivó (aparte)* ¡Que disparate!

*Franca.* No del todo como ellos, porque yo los hago sin trabajo, y por esto me tienen por poeta adocenado; pero á su despecho, mi musa á escondidas, recibe todos los meses aplausos en el mercurio.

*Balivó.* ¿Cómo?

*Franca.* Me presento en el, bajo el nombre de una joven de la bretaña. Cubierto con este velo estrangero me rio, agrado y admiro; y como la másca ra mugeril incita al lector, consigo convertir en adorador á alguno que antes me habia criticado.

*Balivó. (aparte)* Ha perdido el juicio.

*Franca.* ¿Leeis el mercurio?

*Balivó.* Nunca.

*Franca.* Tanto peor! por vida del tanto peor! Excelente lectura! Procurad leerlo este mes, y vereis como doy rienda á mi ingenio á costa de un loco que no se quien es, pero el simplon se engaña hásta el punto de llamarme la decima musa, y dice que decididamente quiere casarse conmigo. Yo le he contestado con un soneto. Encuentro en esta agradable correspondencia un placer increible. ¿Y vos no hallais que semejante aventura no es pagada con dinero?

*Balivó.* A la verdad que no me gusta hayais dado en una cosa para la cual no habiais nacido. Vos poeta! buen Dios! de cuándo áca? Vos!

*Franca.* Yo mismo. Desde cuando no sabré decirós-lo con precision, porque cuando menos lo pensaba hallé en mi cabeza este talento, y tenia cincuenta años cuando me sucedió esto. Finalmente

yo quiero que en mi casa todos canten y se rian; la edad se adelanta, y el gusto varía con ella, y no pudiendo fijar ni el tiempo ni los deseos, fijo á lo menos en mi casa todos los placeres. Hoy representamos una pieza escelente, compuesta por mí, y cuyo título es la Indolente. Jamás se ha visto el ridículo manejado mas diestramente, y no podiais haber llegado mas á tiempo para divertiros.

*Balivó.* No conteis conmigo. Tengo cierto negocio que me ocupa, y que haria que yo echase á perder vuesta funcion.

*Franca.* ¿Y qué negocio es ese?

*Balivó.* Un pícaro de sobrino que me mata lentamente con su mala conducta. Es muchacho de talento y de bastante buena apariencia, y yo habia concebido la mas alta esperanza y puesto en él todo el cuidado y cariño de un padre; pero nada es capaz de rectificar una mala índole. ¿No es una vergüenza que hace ya cinco años cumplidos que está en París para concluir su estudio de leyes, y cuando llego, lo encuentro como al principio, cargado de deudas, y hecho un vagabundo, sin otras cosas que no se saben. ¿No podria yo conseguir, teniendo algun favor, una órden para ponerlo en lugar seguro? Como no conozco á nadie, habiendo sabido que estabais aqui, he venido........

*Franca.* Conseguireis la órden.

*Balivó,* Muchas gracias.

*Francal.* Pero favor, por favor.

*Balivó.* Qué puedo hacer por vos?

*Francal.* Tomar en la pieza de hoy un papel de padre.

*Balivó.* Yo un papel!

*Franca.* Vos seguramente.

*Balivó* Es de veras?

*Franca.* Sí; no teneis la edad de un viejo?

*Balivó.* Enhorabuena; pero.....

*Franca.* Vuestro esterior es de tal.
*Balivó.* Lo confieso.
*Francal.* El genio y el humor tambien os acompañan.
*Balivó.* Demasiado.
*Franca.* Y tambien el gesto serio.
*Bàlivó.* Y con razon.
*Franca.* Y por otra parte el papel no es fuerte.
*Balivó.* Sea cual fuere, me repugna.
*Franca.* Es preciso hacer un esfuerzo.
*Balivó.* Eh! qué se diria?
*Franca.* Qué quereis que digan?
*Balivó.* ¡Un regidor de Tolosa!
*Franca.* Y bien!
*Balivó.* La gravedad!
*Franca.* Que disparate!
*Balivó.* Por otra parte mi nobleza!
*Franca.* Aquí no sois conocido.
*Balivó.* Es cierto.
*Fran.* *(sacando el papel del bolsillo)* Tomad, tomad.
*Balivó.* Como! habré yo venido......
*Franca* A prestar y á recibir al mismo tiempo un buen servicio.
*Balivó.* Veo que al fin tendré que obedecer. Cuento pues con que el bribon de mi sobrino pagará....
*Franca.* Sí, sí, yo respondo; mañana lo tendreis enjaulado en el arrabal de San Lorenzo.
*Balivó.* Antes es preciso saber donde cogerle.
*Franca.* En su misma cama.
*Balivó.* Eso seria muy bueno si se metiese en ella, pero su huesped no sabe su paradero.
*Franca.* Una vez conseguida la órden será facil atraparlo. A Dios que ya es tiempo de que os pongais á estudiar vuestro papel.
*Balivó.* Voy pues á sepultarme en aquella soledad, y gritando y gesticulando á hacer el aprendizaje de un verdadero loco.

## ESCENA II.

*M. Francaleu y Liseta.*

*Franca.* Yo hago el tio; y tu, Liseta, estás contenta? Querias un buen papel, y haces la indolente; lo que ahora falta es, desempeñarlo bien. A tu vista tienes á mi hija, procura copiarla, y no puedes hacer cosa mejor porque el modelo es perfecto.

*Liseta.* No tengais cuidado: voy á remedarla de tal modo que me han de confundir con ella. Desde luego ya tengo un vestido en todo parecido al susuyo; somos de un mismo cuerpo, y tendré su gesto y su aire; en fin la he de representar tan bien que ella misma se reconozca en la insipidez del papel, y que viendo alli como en un espejo todas sus facciones abandone para siempre su fria indiferencia, porque, disimulad Señor, si os digo que vos y vuestra esposa produgisteis un cuerpo que yo me propongo animar.

*Franca.* La indolencia es causa de la ignorancia, y cuántos estravios nos ha causado esta! La sencilla paloma está siempre rodeada de peligros; y el que camina á oscuras está espuesto á caer; y asi harás muy bien en formarla; que aprenda à conocer, á aplaudir, y á condenar, y despues que disponga de sí á su gusto. Una vez satisfecha la inclinacion se puede responder de la conducta. Esto no es seguir el torrente del siglo interesado, pero aunque me tengan por un padre insensato, quiero que mi hija sea feliz de todos modos; que elija el esposo que la agrade sin escuchar mas que así misma y á su corazon acerca de una eleccion que debe hacer su dicha ó su infortunio, y finalmente que se esplique sin rodeos. Aqui se reunen muy á propo-

sito una brillante juventud. Veinte buenos partidos, el mejor de los cuales, creo no reusaría enlazarse conmigo. Mi hija es rica, y bonita; en una palabra se la doy al primero que llegue á agradarla, sin exceptuar á ninguno.

*Liseta.* ¿Ni aun al poeta?

*Franca.* Al contrario, es el que hoy preferiria yo á cualesquiera otro.

*Liseta.* No creo que sea rico.

*Franca.* Y bien! demasiado tengo yo. De ese modo haría feliz á un hombre, y esto es un pasatiempo celestial. Favoreciendo asi al hombre honrado que está en la indigencia, se consigue que siquiera una vez haya el mérito equivalido al dinero.

*Liseta.* En esta libre eleccion veo debe temerse un contratiempo, que haria á vuestra hija muy digna de lástima.

*Franca.* Y cuàl es?

*Liseta.* Es que su eleccion podria recaer muy bien sobre alguno que hubiese fijado la suya en otra, y entonces seria menos facil que se cree, volver su corazon á la indiferencia.

## ESCENA III.

Dorante *(en el fondo, escuchando sin ser visto de Liseta) M. Francaleu y Liseta.*

*Franca. (sin ver á Dorante)* Hablas con juicio; pero tambien he cuidado de saber la historia de los que he querido se reunan aquí.

*Liseta.* ¿Y sabeis la del jóven á quien se ha dado el papel?

*Franca.* A propósito, dicen que el bellaco.......

*Liseta.* Os lo prevengo; está enamorado, y para no ponernos en un caso peligroso, debeis pensar seriamente en escluirlo.

*Franca.* Voy corriendo ahora mismo, no lo dudes uniendo la dulzura á la autoridad, la dejaré que elija libremente, esceptuando á ese jóven.

## ESCENA IV.

*Dorante y Liseta.*

*Dorante.* No te he interrumpido.

*Liseta.* Apuesto que ha sido bien á vuestro pesar.

*Dorante.* No; yo escucho, admiro y callo.... Valor!

*Liseta.* No os pesará el no haber hablado.

*Dorante.* Pues, Señor, estoy lindamente instalado.

*Liseta.* Instalado tan ventajosamente, cómo no es posible estarlo mejor. Yo respondo.

*Dorante.* Qué atrevimiento! Cómo! ¿puedes mirarme cara á cara sin cubrirte de vergüenza?

*Liseta.* ¿Y por qué razon, decidme si os parece, he de bajar los ojos?

*Dorante.* Despues de la esclusion que aqui acaba de hacerse de mi!

*Liseta.* Este es el golpe maestro.

*Dorante.* Y puede convenir?

*Liseta.* Sin duda; abstengámonos de decidir en lo que no entendemos.

*Dorante.* Por piedad, hazme ver.......

*Liseta.* Quien limpio juega no necesita entrar en esplicaciones.

*Dorante.* Eso me basta. Se ha determinado mi ruina. El Caballero Empíreo me sale al encuentro; ama y ha sabido agradar. Sí, lo sé por él mismo; lo único que ignoraba era quien le servía de apoyo. El aunque no veia á tu ama, se atrevía á escribir cuanto le ocurria, al paso que yo viéndola, no me atrevia á decir nada, y tu pérfida boca, abierta en su favor, declaraba á Lucila el autor de los versos que yo tomaba prestados.

*Liseta*. ¿Creeis que sirvo al poeta?

*Dorante*. Sí, falsa.

*Liseta*. Conque creeis que el interes no me guia? Pobre cabeza! De modo que segun vos le he servido bien. Vaya, vaya, cuando soy quien ha formado el plan que habeis seguido, y que os he establecido en el parage en que os hallais, cuando estoy pensando en tener espeditos todos los caminos para conduciros á donde ninguno llega, y en fin cuando...... Dejadme; yo no sé lo que me detiene........

*Dorante*. ¿Pero qué quieres que piense de esta esclusion?

*Liseta*. Todo lo que se os antoje; aborrezco la desconfianza.

*Dorante*. ¿Pero de esto qué bien puede resultar?

*Liseta*. El sacaros del estado de igualdad, y hacer que os amen. Tal es el corazon humano, y sobre todo el de las mugeres; basta que se nos permita una cosa, para que se manifieste en nosotras un fastidio insuperable, y por el contrario un deseo vivo é irresistible de todo lo que se nos prohibe.

*Dorante*. Pero y si esta inclinacion no se encontrase en Lucila?

*Liseta*. Oh! que no! la indolencia es siempre indocil, y de tal modo, á lo que veo, que solo la contradiccion puede mover la suya. Y aun no serán bastantes las prohibiciones del padre, si yo no coopero á fuer de dueña severa.

*Dorante*. Pues bien, me pongo en tus manos á ojos cerrados.

*Liseta*. Os prohibo todavía hablarla en mi presencia.

*Dorante*. Oh! eso tambien es apurar demasiado la paciencia!

*Liseta*. Dentro de un cuarto de hora á lo mas, os proporcionarè audiencia.

*Dorante.* Dentro de un cuarto de hora?

*Liseta.* A lo mas. Estad paseandoos alla bajo, que de aqui aun momento, la dirigiré acia allá. Aqui viene...... Marchad. Dejadnos.

*Dorante.* Que suplicio!

*Liseta.* Quereis que yo os sirva, ó no?

*Dorante.* Huir de ella!

*Liseta.* O perderlo todo.

*Dorante.* Ah! con cuanto sentimiento!

*Hace cortesias á Lucila, que se las vuelve. Vuelve á repetirlas hasta que Liseta con un gesto imperioso le hace seña de que se retire en el momento en que parecia tentado de llegarse á Lucila.*

## ESCENA V.

*Lucila y Liseta.*

*Liseta.* Ved aqui, Señorita, un caballero muy bien formado.

*Lucila.* Yo hago poco caso de eso.

*Liseta.* Amable cual ninguno.

*Lucila.* Tu lo dices, y yo lo creo.

*Liseta.* Parece que le conoceis.

*Lucila.* Le he visto algunas veces en el locutorio.

*Liseta.* ¿Sin placer?

*Lucila* Ni tristeza.

*Liseta.* Si yo estubiera como vos en el caso de escojer, lo confieso, daria á este la preferencia.

*Lucila.* El demasiado número aumenta mi indiferencia. Aborrezco el concurso importuno de estos galanes, y no verás que yo mire siquiera á ninguno.

*Liseta.* Como! estareis ciega para todos?..... Vaya al fin tendreis que decidiros.

*Lucila.* Si acaso tengo ojos será para uno solo.

*Liseta.* Es decir que vuestro corazon se decide únicamente en favor de ése solo, y que la eleccion ya está hecha.

*Lucila.* Nada de eso; yo no solamente no le he elegido, pero ni aun le conozco. Mi padre es quien le designa....... prohibiendome amarle. Obedeceré, pues conozco los deberes filiales, y que no nos atreveriamos nunca á amar á quien se nos prohibe.

*Liseta.* Oh! no.

*Lucila* ¿Pero conociendo mi caracter, debian haber ocupado mi espíritu con una áustera prohibicion?

*Liseta.* Efectivamente.

*Lucila.* Exigir asi mi frialdad y mi obediencia para una cosa en que habria bastado mi humor?

*Liseta.* Eso incomoda.

*Lucila.* Veamos ese terrible conquistador, para con quien se teme tanto que sea yo sensible. La curiosidad sola me hará sucumbir, y mis miradas van al fin á caer sobre él.

*Liseta.* Sin duda os lo habrán pintado muy bien. ¿Cual es?

*Liseta.* El que hará en la comedia el papel de enamorado.

*Liseta.* El que hará el papel de..... *(con frialdad)*

*Lucila.* Que tono de austeridad!

*Liseta.* Señorita, no. Desechad toda curiosidad; inocentemente me he tomado la licencia, de insinuaros la desobediencia.

*Lucila.* ¿Qué quiere decir eso?

*Liseta.* Olvidad lo que os he dicho.

*Lucila.* ¿Qué?

*Liseta.* Acabais de ver al sugeto de quien tratamos. La preferencia que yo le daba era un malísimo precepto.

*Lucila.* ¿Qué me dices? ¿Ese es el esceptuado?

*Liseta.* El mismo. Dad gracias á vuestra poca aten-

cion que cerró vuestro corazon á la seduccion. Lo ganais todo con no conocerle. Apenas el deber habria podido triunfar en vos, y segura del consentimiento de un padre complaciente, no habriais podido diferir hasta ahora vuestra eleccion.

*Lucila.* Ahora recuerdo mil cosas suyas, que verdaderamente previenen y empeñan en su favor.

*Liseta.* Lo que hace un mes me leeis de él, atestigua bastante, cuanto os ha agradado su talento.

*Lucila.* Como! esos versos que leo y que repaso sin cesar......

*Liseta.* Son suyos.

*Lucila.* Qué talento! qué delicadeza! qué divertido enlaze de placer, y de gracias! Cuan seductor es el amor bajo rasgos tan dulces. Sin duda el autor quiere agradar, y agrada ciertamente á alguna hermosura, á quien debe el fuego que brilla en su pluma.

*Liseta.* Esto es lo que al parecer infirió vuestro padre y la razon que tubo para escluirlo. Teme no os apasioneis de la conquista de alguna otra. De alguna otra...... ! pero ahora me ocurre, y si fuese la vuestra? Os reis? Pues yo no; esto es muy serio. Los versos eran para vos. Esto me abre los ojos. Sí; os reconozco faccion por faccion en la imagen de aquella á quien se dirigen tan galantes homenages.

*Lucila.* Observo en efecto...... Tomemos por este camino: el caballero Empiréo se acerca con un libro en la mano. Casi se me ha tiranizado para que lo elija, pero mi alma jamás estubo menos dispuesta á ello. *(se aleja)*

## ESCENA VI.

*Mondoro y Liseta.*

*Mondoro.* Liseta, ¿tengo aquí algun rival? Que

desaparezca al punto.

*Liseta.* Si yo quiero.

*Mondoro.* Que quieras ó no quieras; tu no eres ya dueña de tí misma.

*Liseta.* Cómo?

*Mondoro.* Porque me perteneces.

*Liseta.* Y por qué derecho?

*Mondoro.* Lucila es de Damis; luego Liseta es de Mondoro.

*Liseta.* Lucila es de tu amo? Ah! poco á poco; yo apelo.

*Mondoro.* No le falta mas que el consentimiento de la bella, el del padre ya lo tiene á lo que entiendo.

*Liseta (marchándose)* Bellísimo adelanto!

*Mondoro. (corriendo detras de ella)* Escucha.

*Liseta.* No tengo lugar. *(entra en la casa y Mondoro la sigue.)*

## ESCENA VII.

*Damis con el mercurio en la mano.*

Sí hermosa desconocida, sí bellísima Bretona! Poseed sola un corazon que os abandono. A no ser por este dia fatal que va á ceñirme el primer laurel ó á cubrirme de afrenta, habria ya abandonado estos lugares y volado á donde estais.

## ESCENA VIII.

*Mondoro y Damis.*

*Mondoro.* Ya no me admiro si pagamos nuestras deudas. Llevais la palma entre veinte pretendientes, y teneis, señor, á vuestro favor el aire del bufete.

*Damis. (sin verlo)* Si mi pieza es aplaudida como espero, vos sois la deidad á quien la dedico. Vos

teneis un talento que la Francia admira, yo tengo otro que os agrada; y el universo lo sabrá *(da á Mondoro con el libro en las narices)*

*Mondoro.* Ay!

*Damis.* ¿Quién sabía que estubieses ahi? Di?

*Mondoro.* Maldita accion.

*Damis.* Me estabas escuchando; pues bien, búrlate, vitupera, contesta; dí todavía que mi ciencia no sirve mas que para deslumbrarme. Ya lo ves; soy dichoso.

*Mondoro.* Mas que juicioso.

*Damis.* Al oirte, parecia que yo no me alimentaba mas que de vanas quimeras.

*Mondoro.* Francamente; no era muy facil adivinar vuestra dicha.

*Damis.* Un necio como tu no podia adivinarla.

*Mondoro.* Dios mio! No tanto orgullo. Vos no podiais dejar de ser visto con buenos ojos puesto que encontrasteis un genio del mismo temple que el vuestro; pero con otro, jamás hubierais tenido tan buen éxito.

*Damis.* Tambien haria muy poco caso de cualesquiera otro; esta sola tiene cuanto yo deseo. Ella es la única que apurando las delicias de mi musa, me ha hecho despedirme de todas mis queridas.

*Mondor.* Para despedirse era menester tenerlas.

*Damis.* No te hablo mas que de las que tengo.

*Mondor.* Si jamás tubisteis ninguna. Me parece que yo tengo buena vista, y un criado quiere verlo todo, lo ve, y conoce á su amo del mismo modo que en el observatorio conoce un sabio los astros; y vos mismo, Señor, no conoceis á ninguna de vuestras queridas.

*Damis.* No tanto orgullo, te digo yo ahora; vaya, tu te engañas. En asuntos de amor, el corazon de un favorito de las musas, es un astro aciá el

cual el entendimiento humano dirigiria inútilmente su telescopio desde acá abajo. Su esfera es superior á toda inteligencia; la ilusion hace en nosotros el mismo efecto que la realidad, y por un sentimiento demasiadamente feliz, no estamos enamorados mas que del amor. De este modo lo fantástico tiene derecho á nuestro homenage, y nuestros fuegos no quieren otro objeto que una imágen

*Mondoro*. Señor, acomodaos un poco á mis alcances, y por caridad poned en mi idioma todo ese hebreo.

D*amis*. Mondoro, la que ahora quiero si que tiene gracia y talento.

*Mondoro*. Amará los versos, y esto os basta.

D*amis*. Es que tambien los hace de los mejores del mundo.

*Mondor*. A mi lo que mas me agrada es el abundante manantial de donde desde hoy en adelante vamos á sacar las pesetas.

D*amis*. Las pesetas!

*Mondoro*. Eso es de lo que haceis poco caso. Uno de los dos no tiene razon, pero no importa, tengala quien quiera, como venga el dinero.

D*amis*. Al fin ya te convences de que podrá ganarse?

*Mondoro*. El buen hombre á lo menos no piensa economizarlo.

D*amis* El buen hombre?

*Dondoro*. Si Señor. M. de Francaleu dice á todo el que quiere oirlo, que si llegais á ser su yerno, hará en cuanto á dinero, vuestra suerte felicísima.

D*amis*. ¿Deliras?

*Mondoro*. No á fé de criado honrado.

D*amis*. Y quién te habla ahora de M. de Francaleu, ni de enlazarse con él?

*Mondoro*. Bueno! ¿á que tenemos aquí otro quid

pro cuo? Pues, Señor, de quién hablais?

*Damis.* De una Safo, de un prodigio que debe, ayudada de mis luces, eclipsar algun dia al ilustre Deshoullléres; de una joven á la que está unido mi destino.

*Mondoro.* ¿Y à donde está esa joven?

*Damis.* En Quimpercorentin.

*Mondor.* En Quimp.......

*Damis.* O! esta no es una dicha ideal; mi esperanza es sana, y bien fundada. La estimable Bretona se ha aficionado á mis versos, y su pluma lo publica á todo el universo doce veces al año, y otras tantas la responde la mia, y de este modo nos incensamos mutuamente todos los meses.

*Mondoro.* En donde os habeis visto?

*Damis.* En ninguna parte; que necesidad hay de eso?

*Mondoro.* Y os casareis con ella?

*Damis.* Seguramente; y por qué no?

*Mondoro.* Y si fuese un monstruo?

*Damis.* O! calla, que me causas. ¿Son acaso nunca feas las personas de talento?

*Mondoro.* Sí; pero corresponderá á vuestra loca pasion?

*Damis.* Ya tengo suficientes noticias, por medio de nuestro embajador.

*Mondoro.* Y quién es el intrigante que anda en tal aventura?

*Damis.* El mensagero de los Dioses, el mismo Mercurio.

*Mondoro.* O! o! lindo depósito para coquetear!

*Damis.* *(dándole el mercurio)* Toma, lee en este que acabas de traerme.

*Mondoro.* *(toma el mercurio y lee) Soneto de la Señorita Mériadec de Kersic, de Quimper en la Bretaña, á Monsieur cinco estrellas........*

D*amis*. Tu talento penetra todos esos velos, y ves claramente que soy yo el de las cinco estrellas. *(aparte)* Sí, hermosa Mèriadec, permita el cielo que Pegaso sea siempre indómito para mí, y que yo encuentre seca la Helicona, si mi lira adornada de mirtos y de palmas, no consagra los nudos de tan raro himeneo.

*Mondoro.* Respeto, Señor, un transporte tan noble y hablando francamente, el que os contradijese, no tendria razon. Pero tomad un consejo; vuestro talento se estenúa forjándose las facciones de una muger desconocida; imaginàosla sobre algun objeto presente. Por ejemplo Lucila tiene una cara que alegra........

D*amis*. Ya entiendo.

*Mondoro.* Seguidla, miradla como al descuido, y sitiad su personita; figuraos ver, y ved realmente en ella á vuestra Bretona.

D*amis* Dices bien; esta idea inflamando mis espíritus, acumulará mas fuego en mis escritos. *(aparte)* Algunas veces me pasma lo que discurre un tunante.

*Mondoro.* Con razon Molière consultaba á su criada.

D*amis*. En el objeto presente y lleno de atractivos, se pinta uno el objeto que se estima, y que no se vé; y así transportado por la felicidad de mi llama, revuelvo ya en mi cabeza un epitalamio, que antes de mucho tiempo pienso poner en limpio, y remitirlo al mercùrio en recompensa del soneto. (*aparte*) O Musa! esforcémonos, tengamos sin cesar fijos los ojos en el astro que produce la terneza en estos sitios; busca, al contemplarlo materia para tus pinceles, y enciéndase en sus rayos tu divino fuego. O! cuanto mueve el animo esta agradable soledad! En ella quiero leer otra vez el

encantador soneto. (*va á sentarse aparte*)

*Mondoro.* (*aparte*) Qué cabeza! Es menester sufrirlo tal cual es. Veamos en que para este juego que no le disgusta. Como Lucila es bonita, puede que la continuacion le haga abjurar el delirio de Quimper. (*entra en la casa.*)

## ESCENA IX.

*Dorante, Lucila y Damis separado y sin ser visto de Dorante, ni de Lucila.*

*Dorante.* (*á* Lucila) En una declaracion tan tierna, y en los sentimientos que acabo de apoyar formalmente, asi como en todo lo que he temido y en esto mismo á que me atrevo, en fin en vuestras gracias mas bien que en otra cosa, podeis conocer, señora, que os amo, y reparar el error de un padre que me escluye del dón precioso de vuestro corazon. No quiero mas derecho que su misma voluntad. Padre equitativo y tierno, desea que os amen; y una vez que ha puesto este precio á vuestra fé; ¿quién podrá nunca merecerla mejor que yo?

*Lucila.* Pero en fin, de qué sirve enterarle de este particular, si por eso no dejará de seros contrario? y que cuando llegue á saber de quién soys hijo, tendréis que perder toda esperanza respecto á mí?

*Dorante.* Yo obtendré su consentimiento; nada hay mas facil para mí. Pero amable Lucila; no habreis elegido ya entre tantos amantes, el ser afortunado á quien dar el título de vencedor vuestro?

*Lucila.* (*sacando unos versos del bolsillo*) El autor de estos versos es el único que ha sabido mover mi corazon, lo confieso; y me declaro por él.

*Dorante.* (*viendo á Damis*) Nos escuchan.

*Lucila*. Ah! es M. del Empírco. Leámosle estos versos que le gustarán mucho.

D*orante*. (*aparte*) Justo cielo! ha nombrado á él ó á mí?

*Lucila*. (*á* D*amis*) Venid, venid, Señor, para que á vuestra presencia discutamos un caso en que podeis decidir mejor que nadie; se trata de un idilio, en que tengo algun interés, y si os dignais nos direis vuestro parecer.

D*orante*. Señora, es hacer un verdadero agravio á los Señores poetas el interrumpirlos en sus sabias meditaciones; dejemos á este que se entregue libremente á ellas, y dirijámonos ácia este otro lado.

D*amis*. El mayor agravio que se nos puede hacer, es el privar nuestra vista de lo que la es grato; por mucho y muy bien que se discurra hallándose uno solo en estos sitios, la imaginacion toma mejor su vuelo en la agradable presencia de esta Señorita. Leed, que tendré el mayor gusto en escucharos, y si por casualidad me ocurriese alguna distraccion de que no me atrevo á responder, disimulad, y atribuidla tan solo al encanto de vuestros atractivos.

*Lucila*. Vuestro florido y elegante modo de escribir, os acostumbra à ser galante y obsequioso. Vamos, Señores, pasemos a esa frondosa enramada, en donde lejos de los importunos, podremos leer con sosiego. (*Damis la presenta la mano que ella accepta en el momento en que Dorante la ofrecia tambien la suya, y se retiran.*)

# ACTO TERCERO.

## ESCENA I.

*Dorante, (recogiendo en el suelo un libro de memorias)*

Alguno echarà menos y sentirà el haber perdido los secretos confiados à este libro de memorias, que encuentro bajo mis pies. (*lo abre y lee*) Epitalamio. Ah! ah! ya se quien es su dueño, y tal vez aquí podria conocer muy bien à un traidor. Leamos.

## ESCENA II.

*Liseta y Dorante.*

*Liseta.* Soy falsa? ¿he hecho traicion à vuestros deseos? ¿es acaso tan desgraciado el único à quien se quiere escluir? Cuando os ví proximo à acercaros à Lucila al punto me eclipsé como habil confidente. y os dejé el campo libre. Y bien; qué noticias? Estais contento?

*Dorante.* Ah! que criatura tan interesante! ¡como arrebata el alma! Estos cortos momentos que con ella he pasado à solas, han acabado de asegurarla para siempre su conquista. Yo la amaba, pero nada puede espresar el estado en que me hallo despues de esta conversacion. Hasta su tono de voz, todo penetra mi corazon, y su mismo defecto la hace para mi mas picante, y mas hermosa. Sí; eso que en ella se llama indolencia y frialdad, aumenta mi ternura, y atiza el fuego que me abrasa.

*Liseta.* La desdeñosa, se ha humanizado al cabo? Me parece que yo la habia preparado bien.

*Dorante.* Estoy tan inquieto....

*Liseta.* Ah! vivid con descanso.

*Dorante.* Sus gracias me han encantado, pero no asi sus discursos.

*Liseta.* Acaso ha cerrado con dureza sus oidos à vuestras palabras?

*Dorante.* No; pero yo queria que las suyas hubiesen sido diferentes.

*Liseta.* Cómo! que hubiese dicho „Dorante mio es- „toy loca por vos, y quisiera que ya fueseis mi „esposo"..... cierto, que es tener un alma muy dura, el no abreviar asi todos los tràmites.

*Dorante.* Despues de haber hecho una franca y tierna declaracion de mi pasion, y prometido agradar à M. Francaleu, como yo manifestaba el mas vivo deseo de oir pronunciar mi sentencia de muerte ó de vida, me respondió: ( *me atreveré á decir con dulzura* ) „el autor de estos versos ha sabido mover mi corazon" y diciendo esto sacó el idilio; te aseguro que esto aumenta mi inquietud.

*Liseta.* Es porque creia que hablaba al autor de los versos.

*Dorante.* No lo sé, pero ha sujetado mi alma á rudísimas pruebas. Ha mirado à mi rival con la mayor complacencia, y leído à pesar mio en su presencia el fatal idilio. Esto era dejarme en descubierto, y él tal vez reía en su interior, como un hombre à quien quizàs se me sacrifica. Si serà asi efectivamente? Si serà à él à quien ella ama, y yo el juguete de ambos, y aun de tí misma?

*Liseta.* Honrosas sospechas !....... Agradeced, sea dicho entre nosotros, al caso particular que hago de los celosos, porque si no fuera por las conside-

raciones que se deben à sus tiernos caprichos, yo sabria vengar mi honor ultrajado.

*Dorante.* Ella dice, que solo el autor de esos versos ha sabido mover su corazon, y yo no lo soy; pero supongamos que se logra engañarla, y que cree que son obra mia, ¿en dónde està el motivo de tanta alegria? Yo puedo disfrutar de un error, pero desearia que mi felicidad tubiese un origen mas puro; el mérito ageno es causa de que se me ame, y no puedo menos de tener celos de otro yo mismo.

*Lucila.* Cuán loca es la estremada delicadeza! Pero señor, no hay necesidad de tanta escrupulosidad. ¿Qué importa que el origen de la felicidad sea falso ó verdadero?

*Dorante.* Todo lo que preveo me asusta mas y mas. La dicha del poeta aun era dudosa, pero es mi rival, y rival afortunado. Él contempla sin cesar las gracias de Lucila, ve à su alrededor veinte rivales sin que su tranquilidad se altere en lo mas mínimo. El padre le estima mas que à ningun otro. A tí te encuentro sola con su criado. ¿Qué quiere? ¿por qué huye cuando yo me acerco? ¿Qué complóts son los vuestros? ¿Por qué te turbas? responde.

*Liseta.* Poco, à poco; parece tomais en ello mucho interés, y esto es ya llevar el interrogatorio muy adelante

*Dorante.* Hoy te he de espiar de tal modo.......cuidado! Mira que en cualquiera parte que te encuentres, te estoy observando. Entretanto vamos à ver si à fuerza de hojear este libro de memorias encuentro algo que me instruya mejor. (*se aleja*)

## ESCENA III.

*Liseta.*

Espiarme.....! Despacito Señor mio; eso seria po-

nerme una cadena, y aunque no haya nada que echarse uno en cara, nunca gusta el verse oprimido. Hola! no solo no se contenta con ser injusto, sino que se atreve à ser importuno; pero à este fastidioso haré yo que se le cuelgue otro de su especie, y asi me veré libre de sus impertinencias; aquí viene justamente à quien necesito.

## ESCENA IV.

*M. Francaleu. y Liseta.*

*Franca.* ¿Qué quehaceres tienes con ese caballero, que parece no haberse introducido en mi casa mas que para estar siempre contigo?

*Liseta.* Vos únicamente sois la causa de todas nuestras conferencias.

*Franca.* (*aparte*) Veamos como compone esta cosa.

*Liseta.* En una palabra. Este jóven oye à todos alabar cierta tragedia vuestra, en seis actos, que dicen es muy divertida. Tiene vivas ansias de oirla, pero no sabe, porque medio, ni de quien valerse.

*Franca.* ¿Pues no tiene à ese amigo que me lo presentó?

*Liseta.* Mr. del Empíreo? Ese se habrà chanceado, y con mil bufonadas, encogiéndose de hombros, habrá descargado sobre vuestra composicion, todo lo mas càustico é insípido de su crítica envidiosa.

*Franca.* Algo de eso estoy inclinado à creer al ver su risita burlona. Ah! sí, no hay duda; la serpiente envidiosa silba en su corazon; bueno, bueno, en tal caso este otro jóven esperimentarà doble alegria, yo mortificaré al uno, y satisfaré al otro..... Este otro me agrada tanto como debe agradar en todas partes; tiene todo la traza de hombre de buen gusto, y por otra parte me da por el,

mio. Estoy de buen humor, y apesar de mi asma quiero leerle todos mis versos sin dejar uno.

*Liseta.* De ese modo me librareis de un terrible importuno.

*Franca.* Ves à buscarlo.

*Liseta.* Cuidad vos de eso, que yo voy à ocuparme de un quehacer mas preciso. Necesito vestirme.

*Franca.* ¿Ypara qué tan pronto?

*Liseta.* Queriendo representar à Lucila cual se necesita, voy à quitarme desde ahora los vestidos de criada à fin de estar con los suyos mas libre y menos distraida.

*Franca.* Muy bien pensado. Vete. Yo me encargo..... (*Liseta entra en la casa*)

## ESCENA. V.

*M. Balivó y M. Francaleu.*

*Franca.* Ah! sois vos? ¿Cómo estamos de memoria?

*Balivó.* A fé mia que sean cuales fueren las razones que vuestro gusto puede oponerme, os aseguro que aborrezco en estremo el paso en que me ha metido mi sobrino. Para resolverse à él, es preciso querer muy bien ó muy mal, à semejante original. En fin ya sé mi papel. Veamos que hay que hacer ahora.

*Franca.* Y yo por mi parte tampoco he olvidado vuestro asunto. Entre tanto estad alegre; empezad tan solo, y muy pronto sereis de mi mismo parecer. Apenas veamos las primicias de vuestra disposicion para el teatro, cuando estoy persuadido se levantarà en vos tal aficion, que os veremos siempre pegado á los vastidores, y por mas que digais, os dejareis arrastrar como nosotros ácia un placer tan dulce por la fuerza de sus encantos. Yo he visto á estos hacer milagros en

Francia; convertir los palacios en teatros, y à nuestros marqueses calzàndose à porfia el escarpin, representar à Hector, á Sganarel y à Crispin.

*Balivó.* No sé; pero apesar de mi repugnancia hay una cosa que desde ahora me divierte, y es la perfecta armonía, que por un gracioso acaso, se encuentra entre mi papel, y mi estado actual. Yo represento un padre austero y sin debilidad que reprende à un hijo jóven y libertino. El viejo habla à medida de mi deseo, como un Caton, y yo me complazco en darle todo el tono y energia.

*Franca.* El que hace de hijo lo desempeña maravillosamente; y esto es una ventaja, porque nunca podemos representar bien, sino estamos ayudados. Todo depende del actor con quien teneis que hablar. ¿Si este viniese ahora ensayariais con él?

*Balivó.* Ya quisiera haberlo hecho.

*Franca.* (*llamando*) Hola, he! que vayan à buscar à M. del Empíreo. (*á M. Balivó*) Mirad, aquí teneis por donde entrarà el jóven; vos podeis empezar al punto que se presente. Haced lo mismo que se hace en las cosas imprevistas, y presentaos como si cayeseis de las nubes; porque este es el espíritu del papel, y ya os acordais que os encontrais de repente cara à cara con este hijo, en el mismo momento en que sale de alguna reunion ó de cualesquiera otro parage que no quereis que frecuente, y en semejante encuentro, un silencio de enfado debe espresar una sorpresa igual entre los dos. Este es un magnífico golpe de teatro, y espero.......

## ESCENA VI.

*Damis, M. Francaleu y M. Balivó.*

*Franca.* (*á Damis monstrándole á M. Balivó*)

Aquí teneis al que ha de hacer de vuestro padre; ya sabe su papel, vamos arreglaos un poco, y empezad à representar como que ahora os veis. (*á M. Balivó viendo su profunda admiracion*) ¡Càspita! maravillosamente! es un prodigio! animo. Nadie es posible que ponga semblante mas propio que el que habeis tomado. (*á Damis que está rabentando de risa*) Tambien vos fingis bastante bien la sorpresa, pero os tienta la risa, y eso lo echa à perder; es preciso estar cortado, confuso y cubierto de vergüenza.

*Balivó* Conozco que vuestra vista me desconcierta tanto como él.

D*amis*. (*á Francaleu*) es que cuando se ensaya es incómoda la presencia de un tercero.

***Franca.*** A Dios pues; por otra parte tambien estoy haciendo consumirse à uno que me espera (*á Damis*) Señor hombre completo, ó á lo menos que creeis serlo; tomad, tomad leccion porque este es vuestro maestro. (*dando palmadas en el hombro de Balivó*) Brabo! bravo! bravísimo!

## ESCENA VII.

*Mr. Balivó y Damis.*

*Balivó. (aparte)* Que acontecimiento tan particular!

*Damis.* Apenas puedo volver de mi sorpresa. En vista de un tal prodigio, fuerza es dar crédito á otros muchos. Cómo, tio, sois vos? Con qué sois de los nuestros? Dichoso el sitio, el instante, y el motivo que nos reune!

*Balivó.* Dejémonos de chanzas, y hablemos de otra cosa. La casualidad ha querido......

*Damis.* Esto si que es gracioso; sois vos quien hablais, ó es vuestro papel?

*Balivó.* Yo soy quien habla, y hablo à Damis......... ¿Con qué esto es lo que mi sobrino hace en París?

¿Qué causa ha habido para una permanencia tan larga? ¿Qué significa ese nombre de Mousieur del Empíreo? ¿Parece bien en tu estado el ir vestido de ese modo? ¿En qué compañia ó en qué escuela estás?

*Damis.* En la vuestra querido tio. Un poco de paciencia. Imitadme. Ved si yo rompo el silencio sobre mil preguntas que encontrandoos aquí, estoy tal vez autorizado para haceros; pero ahora no debemos ocuparnos mas que de nuestro papel, y el público nada tiene que ver en nuestros asuntos.

*Balivó.* Bribon! como te prevales de este maldito contratiempo!

*Damis.* Señor esa actitud no es permitída. Vos y yo somos miembros de comedia.

*Balivó. (aparte)* En este desatino yo soy quien debe ceder.

*Damis. (con alegria)* Ensayemos en paz nuestros papeles. Vamos àver compañero. Yo soy un hijo....

*Balivó (se rie y dice aparte)* Me he reido; ya estoy desarmado.

*Damis.* Y vos un padre.......

*Balivó.* Si, cruel, tu me das mi verdadero nombre; demasiado tengo para contigo entrañas de padre, y esta fue la única herencia que te dejó mi hermano: y qué uso has hecho tu de ella? ¿de qué te han aprovechado mis cuidados?

*Damis.* Me han servido para ponerme en estado de necesitarlos menos. Tio mio, habeis cultivado mi infancia, y mi reconocimiento no tiene límites; en prueba de ello, de hoy en adelante quiero empezar poniendo término á vuestros beneficios, y à fin de bastarme à mi mismo, intento volar à la gloria, y buscar la fortuna en el templo de Minerva.

*Balivó.* ¿A donde vas á buscarla? Ese templo imaginario (hablando tu algarabía) no es mas que un

pais perdido en donde la necesidad, consumida por los trabajos, se alimenta con humo, en el seno del orgullo. Ah! desgraciado! creeme, huye de un suelo tan ingrato; abraza un partido sólido, y elige un estado que autoricen el talento y la sana razon; que te distinga, sin ridiculizarte, y en el que brille el ingenio á la par de la dignidad. Tal por ejemplo cual puede el foro ofrecerlo á tu vanidad.

*Damis.* El foro?

*Balivó.* Protegiendo á la viuda y al huerfano, se puede unir allí lo util à lo honorifico, y reuniendo la gloria y la ganancia, formarse un patrimonio, y no deber sino á sí mismo su nombre y su fortuna.

*Damis.* A mí me incomoda esa mezcla de gloria, y de ganancia; al honor se debe todo, y nada á las riquezas. El hijo del Pindo, lo mismo que el guerrero, prefiere un hermoso laurel, á todo el oro del Perú. ¿ Acaso puede un abogado igualarse á un poeta? la gloria de este último es completa y duradera, y aun existe muchos siglos despues que el otro ha desaparecido. Aun hoy mismo Scarron aventaja á Patrú. Me citareis al foro de Grecia, y de Roma, sitios muy á proposito en otro tiempo para producir grandes hombres; pero aquellos no eran unas cavernas de embrollos, y la bárbara voz de la intriga, no desfiguraba allí la elocuencia y las leyes; purguense los estrados de las huellas de este monstruo, y al momento me presento en ellos, y os aseguro que dedicando mis talentos á la fortuna, supriminia, si pudiera hasta la misma prosa. Pero no pudiendo corregirse tan pronto este abuso, déjeseme vivir á mi gusto, no aspirando á otra gloria, sino á ver mi memoria ennoblecida con los timbres del Parnaso, y

llegando á ser el primero en un arte muy superior al derecho, conseguir se me tenga por mas grave, mas sensato y mas noble que lo que se cree. En el siglo en que vivimos el vicio huella impunemente la virtud que tan preciosa es para los hombres, y ¿puede haber para un corazon firme y generoso una causa mas hermosa por quien abogar en presencia de ellos mismos? La fortuna puede muy bien ser para mí, madre ó madrasta, estoy decidido y elijo el teatro para foro, por mi cliente á la virtud, por leyes á la verdad, y para jueces á mi siglo y á la posteridad.

*Balivó.* Pues bien, lleva mas lejos tu esperanza y tus miras; tan bellos sentimientos son acreedores á todas las dignidades. Con la mitad de mi hacienda puesta en tus manos, puedes conseguir sentarte entre nuestros senadores. Si amas la virtud, y tomas por ella un síncero interés, tu generoso corazon, al creerla en peligro, no prefería el esfuerzo en defenderla, al derecho de juzgarla.

*Damis.* No: pero es muy facil abusar de tan hermoso derecho. El corazon es generoso, y el hombre frágil. ¡Qué hombre tan asombroso es un juez incorruptible! El mérito de un guerrero es ciertamente eminente, pero casi todo consiste en despreciar la vida, y este desprecio es inspirado por el glorioso deseo de servir bien á su rey, por la esperanza, por el ejemplo, ó por cualesquiera otra recompensa. ¡Pero haber de resistir á las sonrisas y á las lágrimas de una hermosa pretendienta, amable y armada contra vos; verla casi postrada á vuestros pies, sin que os sea permitida la menor conmocion por grande que sea vuestra sensibilidad! y en fin, aunque seais hombre, es imposible hacerlo sin una especie de heroismo de que no me creo capaz. Confieso que me confunde la virtud de to-

dos nuestros magistrados, y que no concibo cómo pueden manejarse estos Señores. Mi virtud segun se vé, se limita á despreciar las riquezas, á ensalzar toda clase de héroes, y á salvar, si es posible, de las injurias del tiempo, sus nombres, y el mio. Infeliz de mí! que voy ya á entrar en mi quinto lustro, sin haber publicado nada que me haga ilustre. Soy desconocido, y aun no he salido de entre el polvo, en una edad en que Corneille y Racine se habían ya hecho famosos.

*Balivó.* Qué manía tan estravagante! Díme, miserable! crees poder compararte á ingenios tan sublímes? ¿Y no sabes que en el oficio que ejerces, es preciso ó igualarlos ó quedarse para siempre oscurecido?

*Damis.* Pues bien, veamos èl puesto que la suerte me destina. Ella nunca corona á los que pór miedo se detienen. Esos mismos maestros no carecian de temor cuando empezaron, y entonces se les pudo decir lo mismo que ahora á mí.

*Balivó.* Pero las bellezas del arte no son inagotables, y no podrás menos de confesar que aquellos raros ingenios, ademas del dón que les hizo la naturaleza, y que era su principal apoyo, segaban entonces á sus anchuras, donde ahora apenas hay que espigar.

*Damis.* Es verdad que casi lo han dicho todo; y sus escritos son robos anticipados que nos han hecho. Pero el remedio es muy simple; no hay mas que hacer como ellos. Nos han usurpado, pues usurpemos á nuestros nietos; y agotando el manantial donde se abastece un bello delirio, dejémos á nuestros succesores sin tener nada que decir. Un impulso irresistible me arrastra á esta ocupacion; infelices los escritores que vengan despues de mí!

*Balivó.* Va infeliz tu mismo, ingrato! Corre á tu perdicion; el que quiere arruinarse abierto tiene el camino. Indigno de la dicha que te estaba preparada, vuelve á entrar en la nada de que yo te habia sacado. Pero no creas que porque estoy dispuesto á llenar mi venganza, se limite tu castigo á solo la indigencia. Esa sed de brillar, á que se dirigen todos tus deseos, se apagará, aunque demasiado tarde en medio de espantosos disgustos. Ves á pasar por los caprichosos juicios del público: à sufrir las borrascas de una vil intriga; á buscar inútilmente alguno que esté dispuesto á admirarte, y á encontrar á todos muy prontos para censurarte. Anda á aumentar la muchedumbre oscura de autores sin reputacion; á dar alegre pábulo á la sátira, y á servir de pasto á no sé que multitud de libelistas hambrientos, cuyos mordaces escritos se esparcen por todas partes. Tus proyectos corren ya por los cafés. Los ociosos de la ciudad y los forasteros te esperan; marcha, marcha, despues de haberte visto envilecido en la escena, á sepultarte en un eterno olvido.

*Damis.* ¿Qué puede una ola contra una roca? Hércules pereció acaso bajo los esfuerzos del Pigmeo? Cuando el monte Etna vomita llamas, el Olimpo lo mira sin alterarse. Zoilo se desató inùtilmente contra Homero, y apesar de un igual atrevimiento, la palma del Cid crece, y se eleva aun en la cima del Parnaso.

*Balivó.* ¿Ha habido jamás tan grande estravagancia? Enhorabuena, tu despreciarás la vergüenza y la necesidad; yo quiero que por esto tu corazon se haga aun mas rebelde, y que tu tontería apele á los futuros siglos; y aun mas, que mientras vivas, tus versos sean admirados; pero tiembla, y mira que mil abismos se abren bajo tus pies; la

desvergüenza agena puede mirarse como crimen tuyo, y es facil que te atribuyan cualesquier libelo anónimo. Entonces perseguido, condenado, y proscripto por los simples rumores, á quién podrás apelar?

*Damis.* A mi conducta.

*Balivó* A tu conducta? ¿Y en semejantes tempestades se hace caso de la conducta? ni tiene nadie acaso noticia de ella?

*Damis.* Sí; todo París estará muy en breve instruido de mis costumbres.

*Balivó.* Y cómo? si os agrada el decirmelo.

*Damis.* Cómo? por mis escritos, en los que pretendo que la virtud brille mas que el talento. Las madres de familia, harán que sus hijos los lean; y no me será dificil realizar mi proyecto, porque mi corazon gracias á vuestro cuidado, está dispuesto á templar mi lira por este tono. Mi primer ensayo anuncia hoy esto mismo en la esceua. Pero soy desgraciado porque mi tio me abandona, lo sufro sin decir nada; toda equivocacion puede tener enmienda; espero triunfár antes de que finalice este dia, y entonces tal vez tomarán las cosas otro semblante.

*Balivó.* Qué! sereis acaso el autor de la pieza nueva que se representa hoy en el teatro francés?

*Damis.* Sed vos el primero à darme la enhorabuena.

*Balivó* Supuesto que así lo quereis, os la doy.

*Damis.* Esto es para mí un agüero del éxito mas completo y feliz.

*Balivó.* Sin embargo guardaos bien de decir á Francaleu que sois sobrino de su buen amigo.

*Damis.* Como gusteis: pero veo con sentimiento, que no quereis que yo os pertenezca.

*Balivó.* Tengo poderosas razones para obrar así.

*Damis.* Señor, obedeceré.

*Balivó.* Así lo espero.

*Damis.* Pero tanbien entrando vos en el espíritu que me anima, dejadme gozar por algun tiempo el incógnito, para disfrutar así mas completamente los placeres de mi triunfo, y poder oir mis alabanzas sin ponerme colorado.

*Balivó.* Con mucho gusto. *(Aparte.)* Hasta mañana malvado! Si has de volver á hacer el poetastro, te aseguro, por vida mia, que no será sino entre cuatro paredes. *(Entra á lo interior de la casa)*

## ESCENA VIII.

*Damis.*

Despues de este suceso noquiere reconocerme por sobrino. Nuestro encuentro ha sido muy gracioso. Es una escena teatral, singular é inopinada.......... Daría cualesquier cosa por haberla inventado. Habría logrado un éxito felicísimo y seguro..... A lo menos aprovechémosla, y tratemos de coserla á algun nuevo plan, *(busca el libro de memorias)* de los muchos que tengo. Veamos....... Dónde está mi libro de memorias? Esta si que sería una pérdida considerable. Si hace poco que lo tenia en la mano! Ah! estoy arruinado! He perdido mi tesoro. Un gran número de proyectos; dos piezas empezadas; caracteres, retratos, máximas y pensamientos, de los cuales el mas trivial puesto en versos alejandrinos al fin de una tiramira, habría arrancado mil palmadas. Lo que mas siento es el epitalamio. Ay de mí! mi musa acababa de bosquejarlo en un primer transporte, conforme al gusto del fuego que me inflama; ¿y será posible vuelva á dár á luz el mismo hijo?

## ESCENA IX.

*Dorante y Damis.*

*Damis.* Ah! amigo mio! socorred á las musas desconsoladas. Mi libro de memorias se me quedó olvidado en el bosque. Seguidme; busquémosle; auxiliémonos mutuamente.

*Doran. (le vuelve el libro de memorias)* Aquí está.

*Damis.* No puedo espresar la alegría.

*Dorante.* Dejemos eso.

*Damis.* Me volveis la esperanza y el descanso de mi vida.

*Dorante.* No es ese mi designio: porqne os participo que es preciso no os dejeis ver mas en esta casa; ó no volver mas á ella, ó esponeros á un lance.

*Damis.* Estraordinaria alternativa por cierto! Y un amigo es quien la propone! Y no me es permitido antes de elegir, preguntar los motivos?

*Dorante.* Eh; el aire ingenuo sienta muy mal en vuestro semblante, y esa duda que aparentais es para mí un nuevo insulto.

*Damis.* Es la pura franqueza. En verdad que ignoro...

*Dorante.* ¿Qué señor mio? que es Lucila á quien yo amo?

*Damis.* No: cuando ví hace poco mis versos en sus manos. .....

*Dorante.* Me habeis insultado, y de eso me quejo.

*Damis.* ¿Y en qué?

*Dorante.* Vos erais quien se los hacía leer.

*Damis.* ¿Yo?

*Dorante.* Vos; cuanto yo mas sufría, veía que mas os reíais.

*Damis.* Yo reía de ver que aquella hermosa revelaba inocentemente á pesar vuestro, un secreto que os causaba celos.

*Dorante.* No: que la causa de vuestra risa era la

negra fealdad de esa alma cruel, y el placer de disfrutar con Lucila de la confusion de un rival desgraciado de quien os habeis burlado de comun acuerdo. En esto se ocupa vuestra imaginacion hace un mes. Pero no seré vuestro juguete hasta el fin; tambien yo quiero poner de mi parte á los burlones, y vuestro epitalamio irá á servir á otra parte.

*Damis.* Ah! esta palabra que se os ha escapado me hace al fin comprender........

*Dorante.* Pensad pronto en el partido que vais á tomar.

*Damis.* Dorante!

*Dorante.* En vano quereis contemporizar. Renunciad à Lucila, ó empuñad la espada.

*Damis.* Opongamos alguna flema á los vapores de la bilis. El valor, no es valor sino en tanto que es tranquilo; y yo veo........

*Dorante.* Oh! yo veo que un coplero, entiende mejor de consonantes, que de puntos de honor.

*Damis.* Esto ya es demasiado. Una sola palabra habria podido volveros á vos mismo; pero ya no la diré aunque querais oirla. Yo soy ahora quien os pido satisfaccion. Aquí podrian vernos desde la casa; para batirnos tenemos allí mejor parage. Vamos

## ESCENA X.

*Mr. Francaleu, Dorante y Damis.*

*Franca.* (*tomando á Dorante del brazo.*) Eh! venid acá Señor; hace una hora que os busco por todas partes para leéros mis versos.

*Dorante.* A mi?

*Franca.* A vos.

*Damis.* (*Aparte.*) Otro cerebro trastornado!

*Franca.* Me han dicho que deseabais este pequeño

sacrificio.

*Dorante.* ¿Y quién me ha hecho para con vos tan buen servicio?

*Franca.* Liseta.

*Dorante.* A vos es sin duda á quien ella ha querido servir.

*Franca.* A él? El señor querría que todo el mundo fuese sordo para las obras de otros.

*Damis.* Lejos de impedir que os escuche, yo mismo le convido á ello.

*Dorante.* Leo en vuestro corazon, y estoy viendo en él la envidia. *(á Damis)*

*Franca.* Decís bien; la envidia! Sí, sí, es un envidioso que quisiera él solo llamar la atencion de todos.

*Damis.* Por fortuna está aquí mi amigo para defenderme. Ahora poco le exhortaba á otros.

*Dorante.* *(á Damis)* Osais atestiguar conmigo?

*Damis.* *(en voz baja)* Mientras que yo pienso en vuestro amor, pensad vos si gustais, en hacerle la corte.

*Franca.* A pesar de todo eso no falta quien intenta asegurarme lo contrario.

*Damis.* Leed, y que os admire; no podrá hacer cosa mejor.

*Dorante.* *(en voz baja)* Tu crees escaparte de mí. Pero......

*Damis.* *(á Francaleu)* Tanto mas cuanto el Señor necesita de un poco de buen humor.

*Franca.* *(sacando del bolsillo un cuaderno abultado)* Por muy mal humor que tenga, por fuerza habrá de reír, y para esto empiezo leyendo mi tragedia.

*Damis.* Nada podia serle mas al caso.

*Franca.* Con tal que los impertinentes nos dejen descansados.

*Damis. (á Dorante en voz baja.)* Desapareced de aquí tan presto como podais, que os espero. *(da algunos pasos para salir.)*

*Franca.* Y qué no quereis participar......?

*Dorante. (á Damis haciendo esfuerzos por soltarse de M. Francaleu que le detiene.)* No me separaré de vos.

*Damis. (á M. Francaleu.)* Escusadme, Señor. Yo amo, y en tal estado no es uno muy dueño de sí mismo. Ya sabeis que un enamorado no puede estar quieto mucho tiempo. *(Vase.)*

*Dorante. (Queriendo seguirle.)* Por la misma razon........

## ESCENA XI.

*M. Francaleu y Dorante.*

*Franca. (deteniendo siempre á Dorante.)* Hacedme el favor de dejarle; quiere á mi hija, y yo me alegraría mucho que consiguiese agradarla.

*Dorante.* Hola! que os ame, enhorabuena, á vos y á vuestras obras.

*Franca.* Como si yo tubiese necesidad de votos de aprobacion!

*Dorante.* El mio no merece la pena de que hagais caso de él.

*Franca.* Me creeré dichoso si me lo dais.

*Dorante.* Prodigar solo por mí el fruto de tantas vigilias!

*Franca.* Cuanto menor es el número de los oyentes, tanto mayor es su atencion.

*Dorante.* Si tubieseis á bien diferirlo un momento.

*Franca.* No. Es mucho mas satisfactorio lo que satisface pronto.

*(Deja á Dorante para sacar las gafas; Dorante se escapa, y M. Francaleu prosigue sin echar de ver que ha quedado solo.)*

## ESCENA XII.

*M. Francaleu.*

Esto es lo menos que se debe á vuestra cortesía, y al favor que me habeis hecho tomando papel en la comedia.

*(Desarrolla su cuardeno.)* La muerte de Bucéfalo *(Se vuelve y no encontrando á Dorante)* ¿Dónde está? Cómo! huye de mí! pues á fé mia que será en vano. Voy á seguirle, y si tiene la suerte de escaparseme, me agarro al primero que se presente, y que quiera ó que no quiera; y aunque le oiga roncar, le emboco mi tragedia desde la cruz á la fecha.

# *ACTO CUARTO.*

## ESCENA I.

*Mondoro y Liseta vestida como su ama, y sacando á Mandoro del brazo.*

*Mondoro.* ¿Qué significa tanto correr, saltar, y dar vueltas por el parque?

*Liseta.* Mondoro!

*Mondoro.* ¿Qué hay?

*Liseta.* No veías?

*Mondoro.* ¿Què?

*Liseta.* Que nos estaban espiando.

*Mondoro.* ¿Cuándo?

*Liseta.* Habrá tonto!

*Mondoro.* ¿Quién?

*Liseta.* Por cierto que la ocurrencia es graciosa!

*Mondoro.* ¿ Cuál?

*Liseta.* Cuál? Qué es? Cuándo? Cómo? Quién? Jesus qué soso! Ese pesado amante de Lucila que no tiene un momento de sosiego. Dorante.

*Mondoro.* Y bien! Dorante?

*Liseta.* Nos viò á lo lejos. Así como tu creias poder acercarte á mí sin testigos á favor de este trage, èl creyó tambien desde el fin de la calle de àrboles, que veía á Lucila, cerca de tí, ó tal vez me conoció, que todo es igual para el caso; y al mismo tiempo hizo su fatal destino que pareciese te entregaba yo una carta. Entramos en el parque; él nos acecha, se quema, y nos sigue escurriendose por detras del enramado. Yo que de medio ojo observaba todos sus movimientos, me descubro un poco á su vista y siempre desaparezco. Dios sabe de que modo trastornó esto su cerebro. Por fin lo planto en medio del laberinto, en dónde me parece que todavía echa pestes y jura el pobre celoso. Aun haría yo cosas peores si pudiera, porque estos corazones atrabiliarios y desconfiados, son, no hay duda, como los caballos espantadizos á quienes es menester hacer aguerridos para poder sacar partido de ellos.

*Mondoro* Ah! en cuanto á mi amo, no es ese su flaco. Al contrario, se entrega á las gentes sin conocerlas, y tiene bastante buena opinion de sí mismo y de los demas para creerse querido sin que nadie piense en él. En cuanto á lo demas, ¿sabe salir bien del paso?

*Liseta.* Los que lo han separado de su adversario dicen que se presentaba como buen caballero, y que para ser persona de talento, no teme esponer su cuello.

*Mondoro.* No hay género de gloria ácia la cual él no corra. El talento no se opone al valor. Ademas no se dice comunmente, tales criados tal amo;

conque sirviéndole yo no puede ser cobarde.

*Liseta.* Ahora descubro ese amor que yo ignoraba, y que creía no era mas que sueños de Dorante.

*Mondoro.* Mi amo no habla palabra; pero á decir verdad en este desafio ha tenido mucha parte la rivalidad. En este caso mi destreza es la que lo ha hecho todo.

*Liseta.* Tu destreza?

*Mondoro.* Sí. Tu ama me debe el honor de esta conquista. No acomodándome la que èl buscaba, le ponderé los atractibos de Lucila, y le aconsejé la mirase á menudo, poniéndola en paralelo con la otra, y él parece que no ha despreciado mis consejos.

*Liseta.* Si los ha seguido tendrá que arrepentirse, porque yo protejo á Dorante contra todo el mundo.

*Mondoro.* Apostemos á que por mas que hagas triunfa mi amo. ¿No ves que habiendo nacido poeta consumado, no podrá menos de agradar á Lucila? Monsieur de Francaleu le ama y estima, y no es menos amigo del padre de Dorante, á quien ahora mismo voy á llevar este billete, què ha escrito despues del desafio, y en el cual sin duda, conociendo la enemistad que hay entre los dos viejos, „dice al padre de Dorante, llame á su hijo que no se ocupa aquí mas que en hacer el amor á la hija de su enemigo, y que si asi no lo hace se aumentará cada vez mas el capricho de su hijo" Ah! ya sabrá mi amo arreglarse de modo que el padre de Dorante sea inexorable sobre el particular, y si ama á Lucila, como debe suponerse, cree mi pronóstico, y no dudes, que es muy incierta la fortuna de Dorante.

*Liseta.* Pero este con quien yo estoy de acuerdo, le lleva en la carrera de amor la inmensa ventaja de

todo un mes. He visto que Lucila mudaba de color al oir hablar del desafio, y su corazon late aún de miedo y de ternura. Lucila está conmovida, y te digo que es por Dorante. Este es el único á quien pertenece el honor de haberse obrado tal prodigio. Despue del desafio aun ha tenido con él una conferencia, y ambos se han separado satisfechos el uno del otro. El error en que mis vestidos hicieron caer á Dorante, cuando me vió en el parque, hizo aparecer de nuevo en su corazon los rabiosos celos, pero su tranquilidad depende tan solo de una simple aclaracion, y tu amo irá á pique irremediablemente, en el momento en que aquella se verifique.

*Mondoro.* Yo respondo del buque mal que le pese á Neptuno. Considera que en él va todo un poeta, y su hacienda; hoy mismo puede verse coronado de tanta gloria, que el padre y la hija no puedan menos de venir á ponerse de rodillas ante sus plantas, y ya se acerca el momento fatal de este golpe decisivo. El honor me está echando en cara un tiempo precioso, que aquí me roba el amor que te tengo, y así á Dios. Ah! Hoy todo se humillará en nuestra presencia; tiemblen pues á mi vuelta todos nuestros rivales. *(Vase)*

*Liseta.* Tal pudiera ser la gloria que consiguiese, que por mas que yo diga, podría Dorante sacar aqui la peor parte. Estemos pues alerta, y enterémonos bien de este golpe, que debe producir un efecto tan terrible.

## ESCENA II.

*Mr. Francaleu, Damis y Liseta.*

*Franca.* (*á Liseta creyendo que es Lucila.*) Lucila, es menester que aumenteis el desden y seque-

dad para con Dorante. No estais aun con él bastante indiferente. Permitis que os hable, y yo os lo proibo rotundamente. ¿Entendeis hija mia?

*Liseta. (Volviendose y haciendo una cortesia.)* Sí padre mio.

*Franca.* Ah! eres tú Liseta?

*Liseta.* Y bien! yo sí que cumplo mi palabra. ¿La imito bien? Representaré bien su papel? Cuando la vista de un padre se engaña, puede asegurarse que otros se engañaran mejor.

*Franca. (A Damis.)* Efectivamente la semejanza es pasmosa.

*Liseta.* ¿Quando se empezara?

*Franca.* Muy pronto. Ahora se vá reuniendo la gente; entre tanto vés á buscar á tu ama, y entérala de la disposicion en que ya has visto que me encuentro. Si antes tenia una razon, ahora tengo treinta para separarla de Dorante. *(Liseta entra en la casa.)*

## ESCENA III.

*M. Francaleu y Damis.*

*Franca.* Esta bribona, le sirve indudablemente, y me ha engañado completamente acerca de él. Me hareis el favor de decirme sobre que fue la quimera que tubo con vos?

*Damis.* Sobre una equivocacion, por una bagatela.

*Franca.* Y le habeis escluido por esto del número de vuestros amigos?

*Damis.* Alguna razon tenia para ello; pero no soy rencoroso; y lo que ahora se prepara va á vengarme de su genio singular.

*Franca.* Lo que despues he sabido de él, le hace aun menos honor.

*Damis.* ¿Y qué es?

*Franca.* Que es el hijo de un maldito pleitista, que no dando oidos, ni á súplicas, ni á avisos, ni á amonestaciones hace ya diez ó doce años que sigue contra mí un pleito á sangre y fuego. Es verdad que el hijo no es responsable de las faltas de su padre, pero es mucho el perjuicio que me causa este hombre embrollador. Este pleito me arruina, pues va convirtiendo mi hacienda en inútiles y enfadosos papeles, y si no hubiese sido por el tiempo, los pasos y los cuidados que necesita, habria yo sido poeta once ó doce años antes. Y digo ¿no son estas unas pérdidas irreparables?

*Damis.* El perjuicio es efectivamente de la mayor consideracion, y el público tiene en él mucha parte, y debe intervenir en el proceso, y concurrir con vos á tan grandes intereses. Pero Dorante, no tiene contra sí mas que su padre?

*Franca.* Perdonad; tiene tambien á su carácter. Yo pensaba que era hombre de gusto, de talento, y de juicio, pero no es mas que un atolondrado que se mueve á todos vientos. Una cabeza desvanecida; un espíritu jóven y frívolo, que á lo mejor cuando creeis tenerle seguro, se os escapa, en una palabra que me choca, y de tal modo que á no ser por la comedia, ya le habría hecho salir de mi casa; pero si ha de representarse, es preciso sufrirlo por ahora, pues demasiadas veces se ha frustrado. A proposito, ese buen hombre que representa con vos, agrada? que os parece.... escelente! no es verdad?

*Damis.* Admirable!

*Franca.* Qué tal? tiene todo el aire de un padre que regaña? He? Qué natural parecia su sorpresa!

*Damis.* Para formar juicio de su mérito, esperad á ver lo que yo he visto. Es original para esta clase de papeles.

*Franca.* Es preciso que yo le aliste á lo menos por

un mes en nuestra compañía.

*Damis.* Lo que admiro es, como estando de tan mal humor, se presta á nuestra s diversiones.

*Franca.* Es porque yo le he lisonjeado con el buen resultado de cierto asunto. Saquemos partido de él, mientras que tenga algun interés en agradarnos y en guardarnos algunas consideraciones.

*Damis.* La compañía no puede hacer mejor adquisicion.

*Franca.* Si lo deseais, es negocio concluido.

*Damis.* Nadie puede desearlo mas que yo.

*Franca.* Pues nadie puede conseguirlo mejor.

*Damis.* Qué yo?

*Franca.* Que vos.

*Damis.* Cómo? Dignaos ilustrarme.

*Franca.* Podeis hacerle en la corte un gran servicio.

*Damis.* Ojala! no hay nada que yo no hiciese por él.

*Franca.* Vos estais bien quisto de los ministros. ¿No es verdad?

*Damis.* Un fatuo aseguraría que en la Corte hacian algun caso de él, y pasando de la mentira á la mayor necedad, haciéndoselo creer á los demas, se lo creeria él mismo; pero á mí no me gusta engañarme, ni engañar á nadie. En la corte un poeta es cosa de bajo precio, y lo mas frívolo de todo lo superfluo. Allí se corre tras lo necesario, y no se piensa mas que en lo útil; y si alguna vez, se inclinan á lo agradable, al punto nos vemos eclipsados por la menor belleza que se presenta; y como en todas partes, los sentidos arrastran á los hombres, Minerva se vé despedida, y Venus se lleva la manzana; y así con un crédito tan debil, no me atrevo á prometeros en su favor un apoyo muy sólido.

*Franca.* Segun eso no podré cumplir mi palabra; porque yo contaba con vos cuando se la dí.

*Damis.* Pero veamos de que se trata.

*Franca.* De hacer encerrar á un pícaro de sobrino; á un libertino, que se ha atraido el enojo de su tio, no haciendo nada de lo que este quiere.

*Damis. (con viveza)* O! sino es mas que eso le serviré; para eso tengo suficiente valimiento.

*Franca. (queriendo irse)* Ah! no, no, dejad; me pasma mi tontería.

*Damis. (deteniéndole)* Qué es pues?

*Franca.* Ahora me ocurre un sugeto á quien voy á dár el encargo.

*Damis.* Ca! tened la bondad de no hacerlo.

*Franca.* ¿Y por qué?

*Damis.* Cuando os digo que lo tomo á mi cargo, y que podeis descuidar en mí.

*Franca.* Es que valiéndome de este otro la cosa sería mas pronta.

*Damis.* Pero yo sentiría mucho se le debiese á él este favor.

*Franca.* Figuraos que si esta noche le envio una esquela, mañana tengo ya en mi poder la órden de prision.

*Damis.* Pero por Dios, hacedme el favor de que yo manege este asunto.

*Franca.* Pero vos no lo hareis con tanta prontitud.

*Damis.* Y aun con mayor.

*Franca.* Oh! eso sí que no.

*Damis.* Y qué direis si esta misma noche queda satisfecho vuestro amigo?

*Franca.* Esta noche? Ah! bajo ese concepto no tengo ya nada que decir. Pero cómo podrá seros suficiente tan corto tiempo?

*Damis.* No os prometo nada que no esté en el caso de poder cumplir.

*Franca.* Sin embargo mucho prometeis.

*Damis.* Ya lo vereis. Pero, Señor, al ver el calor

con que tomais este asunto, cualesquiera diría que tambien vos estais enojado con ese pobre sobrino.

*Franca.* Ciertamente: y aun con mucha razon. El tio me dá compasion, y por otra parte todo hombre malo debe ser castigado. Mirad, yo siempre he sido amante del órden. Vos, si que llevais una vida honrada y arreglada. Es un gusto el ver jóvenes de esta especie , aunque nadie se admirará, sabiendo me tratais, y que continuamente estais en mi compañía. Ah! algun loco será la causa de los estravios de ese mozo, y para que la cosa fuese bien, la órden de prision debia comprender tanto al libertino, como al sugeto en cuya casa se averigüe que pasa su vida. (*Damis se echa á reir.*) Os reis? pues yo hablo como un padre de familia.

## ESCENA IV.

*M. Francaleu, Damis y Liseta.*

*Franca.* Qué vienes á decirme?

*Liseta.* Que voy á desnudarme.

*Franca.* Cómo? la pieza......

*Liseta.* Se trastornó por segunda vez.

*Franca.* Por falta de actores?

*Liseta.* Hace poco no faltaban mas que tres, pero á fé mia que ahora es otro cuento.

*Franca.* Qué hay pues?

*Liseta.* Que ya no teneis, ni actores , ni auditorio.

*Franca.* ¿Qué es lo que dices?

*Liseta.* Todo el mundo desfila, y se vá volando ácia París.

*Franca.* ¿Con que la desercion es completa?

*Liseta.* Sí, porque han sabido que esta noche se representa una pieza nueva, cuyo título les choca, y pica su curiosidad.

*Franca.* Ah! ya, ya caigo.

*Liseta.* La hora se acerca, y todos se han marchado, pensando volver á cenar.

*Damis.* Qué rabia! á que viene tan brusca salida? Como si no hubiesen podido aguardar á otro dia!

*Franca.* No: acaso está en nuestra mano la suerte de una pieza? Cuántas vemos que mueren de la noche à la mañana, y tal vez esta no tendrá mas que una ó dos horas de vida, y asi si queremos verla, pensemos en seguirlos. Venid.

*Damis.* Yo pronostico mejor que vos de esta pieza sin necesidad de verla, ademas de que lo que hemos tratado entre nosotros, me ocupará bastante esta noche.

*Franca.* A Dios pues: quedaos Monsieur del Empíreo; supuesto que no admitís, ocupará vuestro lugar Monsieur Balivó que como novicio aun en el arte del teatro, no sentirá que se le lleve á la escuela, y hallándose su imaginacion ocupada con la idea de su sobrino, que tanto le atormenta, encontrará en la nueva pieza una diversion que podrá distraerle un momento. *(entra en la casa.)*

## ESCENA V.

*Damis y Liseta.*

*Damis. (aparte)* Hola! no es mal modo de manejarse el de mi señor tio!

*Liseta. (aparte)* Un poco de atrevimiento. Este hombre, segun creo, es el autor de la pieza. Hagamos de modo que se descubra á sí mismo; hay un medio de conseguirlo. *(á Damis)* Si tardais os esponeis á no encontrar ya nada. Recapacitad un poco, y vereis que vuestra esperanza es vana, porque la pieza es mala y su ruina inevitable.

*Damis.* Inevitable?

*Liseta.* Sí; aunque no os guste este fallo.

*Damis.* Con qué teneis, señorita, el dónde adivinar?

*Liseta.* No; pero esto mismo envia á decir un inteligente en títulos de comedias, y cuyo gusto no se ha equivocado jamás sobre esta materia.

*Damis.* Y ese gran inteligente, de tan delicado gusto.........?

*Liseta.* No creé que la representacion de esta pieza llegue á concluirse.

*Damis.* Yo quisiera saber en qué se funda.

*Liseta.* En que ayer la leyó en su casa el mismo autor.

*Damis.* En su casa? el autor? ayer?

*Liseta.* Sí; qué tiene esto de particular?

*Damis.* *(Aparte.)* Hace ocho dias que no he salido de aquí.

*Liseta.* *(Aparte)* Ya lo pillé.

*Damis.* *(Aparte.)* Es Alcipo! ¡ O! sí, él es; apostaria cualesquiera cosa. Novelista descarado, lleno de presuncion, que habla á la aventura de nosotros y de nuestros versos, y que previene à todo el universo en pro ó en contra de nosotros. El sabe lo que pasa en las casas, en la ciudad, en las provincias, y en los gabinetes de los príncipes; conoce las intrigas de las cortes, pesa y arregla á su gusto los mas grandes intereses, y cree que las visiones de su imaginacion son sentencias irrevocables. El dicta cuanto se escribe en el libro del destino; nada debe suceder mas que lo que él haya predicho, y solo el resultado de los sucesos contradice sus predicciones. *(á Liseta)* ¿Y no ha llevado su estraordinaria impertinencia hasta nombrar al autor?

*Liseta.* No señor: vos mismo sois quien acabais de decirlo todo y descubriros. Alcipo no tiene nada que ver en esto. Y yo me hallo ahora enterada del asunto.

Damis. *(reteniéndola)* Liseta!

Liseta. Y bien!

Damis. Por piedad......! *(aparte)* Qué atolondrado soy!

Liseta. ¿Qué exigís de mí?

Damis. El secreto.

Liseta. No puedo.

Damis. Tan solo por algunos dias.

Liseta. Me es imposible.

Damis. Ah! no me dés un disgusto tan marcado. Déjame recibir un incienso puro, en caso de que como no dudo, sea felíz el éxito de la pieza.

Liseta. Me ocurre un convenio de especie bastante particular. El guardar del todo un secreto es una carga muy pesada; dividámosle en dos partes iguales; escuchad, si salís mal con vuestra comedia, entonces hablaré; pero si tiene buen éxito me obligo á callar; esto es todo lo que puedo hacer en vuestro obsequio.

Damis. Y yo no apetezco otra cosa; porque el éxito será feliz.

Liseta. Bueno; pues en ese caso callaré.

*(Dorante se presenta en el fondo del teatro)*

Damis *(besando la mano á Liseta)* Con esa promesa en que descansa mi esperanza os dejo, y me voy el mas contento del mundo. *(entra en la casa)*

## ESCENA VI.

*Dorante y Liseta.*

Liseta. *(aparte viendo á Dorante, y volviéndole de pronto la espalda.)* El celoso nos ha sorprendido, y ya lo tendremos hecho una furia, porque seguramente ha creido que soy Lucila.

Doronte. *(sin acercarse)* Con esa promesa en que descansa mi esperanza, os dejo y me voy el mas

contento del mundo. Señora, no es dificil comprender cual es esa promesa y su esperanza, pero lo que si no sé concibe facilmente es que esa misma promesa y una esperanza tan dulce, recibida á la misma hora, y casi en este mismo sitio, haya puesto tambien en mi boca palabra por palabra la misma despedida. Es preciso despedirse de vos para mas largo tiempo, y de un modo que os sea menos honorífico. A Dios Señora, no os lisonjeeis de que jamàs os haya yo amado tanto como ahora os desprecio y aborrezco. (*dá algunos pasos para irse*)

*Liseta.* (*aparte*) Él volverá; disfrutemos aquí de un paso de comedia.

*Se sienta cubriéndose el rostro con el abanico por el lado que Dorante puede acercarse á ella.*

*Dorante.* (*volviendo*) Monstruo de perfidia! ¿Es posible que seais capaz de pasar así de repente, y sin ningun miramiento, desde las manos de la naturaleza al colmo del fingimiento? Haberme pintado ese rival como el menos temible, y habérmelo persuadido hasta tal punto que casi me compadecia de él. ¿Cuál ha sido vuestra intencion al engañarme de este modo? Por qué habeis derramado en mi corazon el veneno de una vana esperanza, y manifestándome temores que cautivaban mas y mas mi alvedrio me decias, al parecer con las lágrimas en los ojos; Dorante, ó consigo que mi padre ceda, ó me sepulto por el resto de mis dias en el asilo de que he salido? ¿Qué designios eran los vuestros? respóndeme cruel? ¿Debo imputarlo tan solo al orgullo de vuestra hermosura, que os hace ansiar un brillo nada comun, é infunde en vos el deseo de dominar todos los corazones sin que haya ninguno que pueda evitar vuestras cadenas? Ojala que fuera esto solo lo que yo pudie-

ra echaros en cara! Pero ay! la verdad me ilustra á pesar mio. Hace tiempo que ese rival es amado; por él he visto alterarse vuestro semblante, y cuando me deciais que yo era la causa, cuando me prometiais aun mucho mas de lo que mi amor podia apetecer, entonces mismo estabais protegiendo la vida de vuestro amante, y cuanto me deciais era tan solo para retardar mi venganza, que no tardará á caer sobre él. Sí, corro á vengarme; poco ha, no hice mas que diferirlo; ya mi rabia lo habria logrado en vuestra presencia, y ahora cuando llegué habría atacado al traidor, sino hubiera querido tener antes el placer de disfrutar de la confusion que os hace enmudecer. Que mi queja os incomode, ú os conmueva, que os arrepintais ó no de haberme ofendido, nada me importa; ya no me volvereis á ver sino muerto ó vengado.

*Liseta.* (*asustada*) Dorante!

Dorante. (*aparte*) Me detiene el grito de esta infiel! Está temblando, pero por quién? No importa, yo la amo; oigàmosla: hablad. (*á Liseta acercándose un poco*) Yo quiero, quiero aun lo mismo que queria. Atribuyamos á la inesperiencia cuanto ha pasado, y pedidme de nuevo toda mi confianza; con solo una mirada ó una palabra que se os escape, es suficiente para que mi mismo corazon os ayude á engañarme. Ay Lucila! he podido yo perder el vuestro? Ah! me aborreceis!

*Liseta.* (*fingiendo voz de niña*) No.

Dorante. Amais á otro?

*Liseta.* (*como antes*) Eh! no.

Dorante. Me amais aun?

*Liseta.* (*siempre lo mismo*) Sí.

Dorante. Podré confiiar?

*Liseta.* (*lo mismo*) Ay de mi!

*Dorante.* Pues bien ya no quiero dudar mas. ¿Acaso no sé que la infidelidad, particularmente en la juventud, es comunmente menos un crimen que una debilidad? y quién puede poneros á cubierto de ella cuando yo mismo llevo la mia hasta el punto de perdonaros? *(se acerca á ella del todo)* Sí, os perdono, y aun os escuso. Liseta está contra mi. Liseta os engaña; ella es la única que ha preparado estos golpes, y que me ha puesto en el estado en que me encuentro.

*Liseta. (imitando siempre á Lucila)* Es verdad.

*Dorante. (se arrodilla á sus pies y la coge una mano)* Basta; mi alma satisfecha.......

## ESCENA VII.

*Lucila, Dorante y Liseta.*

*Lucila. (en el fondo del teatro)* Duermo ó estoy dispierta? Dorante á los pies de Liseta!

*Liseta. ( bajando el abanico y levantándose)* El mismo, que me está cortejando lindamente *(á Dorante)* Señor mio á vos tambien os pillan en el hecho. *(á Lucila)* Pensad en representar bien el papel que dejo; porque aquí estamos dos á quienes irrita vuestra falta. *(á Dorante)* ¿Conoceis al fin cuánto os habeis engañado?

*Dorante. (á Lucila)* Yo creia, Señorita, que estaba á vuestras plantas; el vestido que lleva Liseta me ha hecho cometer esta absurda equivocacion.

*Liseta.* ¿Quereis, señora, que os restituya todas las flores que este caballero, creyendo hablar con vos me prodigaba antes de arrojarse á mis pies? Sea dicho, con perdon del amor tan dulce en sus pinturas, os aseguro que recibiriais un gran torrente de injurias.

*Dorante.* ¿Y en mi lugar quién habría podido con-

tenerse?

*Liseta.* Señor mio, me la debiais y he querido castigaros.

*Lucila.* Cómo Dorante! Despues de mil y mil seguridades que aun no ha mucho sobrepujaban vuestras esperanzas, las reconvenciones y las injurias agrian aun vuestros discursos, y siempre se os encuentra quejoso?

*Dorante.* Antes de tomarlo en el mismo tono, vos que sabeis cuanto os amo, permitid, señora, que os entere de todo; despues, decidid si eran ó no bien fundadas mis celosas sospechas. Yo sorprendo á mi rival......

*Lucila.* Sí, hago mal de quejarme. Con efecto mi debilidad dá lugar para que todo se recele de mí, y la confesion demasiado pronta y sencilla que os hice, merece la afrenta de vuestra desconfianza: pero no llevareis á mal que haciéndome justicia, esta misma nos desuna, y rompa un lazo que haría nuestra desdicha, y que por pronto que uno se arrepienta de haberlo formado, nunca es demasiado presto.

*Dorante.* Entendámonos por piedad! Os repito, señora que lejos de merecer yo ninguna reconvencion sobre este particular, creed que si hubiese podido evitar el alarmaros, no sería digno de amaros. Debia yo ver con serenidad.......?

*Lucila.* De cuándo acá, os suplico me digais, no es digno de amar sino el que desconfia? De ese modo el amor jamás debe estar satisfecho, y cuanto mas receloso, será mucho mas perfecto. Vuestros versos me habian hecho de él una pintura muy distinta....... Justo motivo para mí de temor, y de rompimiento! Amo mucho mi reposo para perderlo á ese precio, y de hoy en adelante no juzgaré de las personas por sus escritos.

*Dorate*. Pero tened la bondad.........

*Lucila*. Mi bondod me ha vendido. Veo que vos hariais la desgracia de mi vida, y que no sacaría otro fruto de mis mas dulces atenciones, que el ruido escandaloso de los furores de un celoso. Ah! por qué sumisa no he previsto, y no he conservado la insensibilidad que me habia prometido á mi misma. *(á Liseta llorando)* Liseta, te creí, y tu sola me has.......

*Liseta. (á Dorante)* ¿No os avergonzais?

*Dorante. (á Lucila)* Ah! no me mates. Conoces mi inocencia *(á Lucila)* Sosegaos Lucila; contened esas preciosas lágrimas, que mi amor injusto hace verter; él es quien en todo caso debe hablaros por mí; cuando el amor es grande no puede menos de ser desconfiado.

*Lucila*. Si cuando se ama debe desconfiarse alguna vez, es de todo aquello que en el corazon alarmado, puede levantar algunas sospechas contra el objeto amado. Ya sabeis que he tomado esta sabia máxima de aquellos versos que os grangearon mi aprecio; de vuestro mismo idilio, obra seductora, en la cual se vé vuestro talento, pero no vuestro corazon.

*Dorante*. Ni lo uno ni lo otro. Es preciso que al fin yo lo confiese, señora, y que ceda al remordimiento que me oprime. A lo menos despues de mi confesion, comprendereis, por qué estaba tan poco tranquilo en medio de toda mi dicha; y era porque disfrutaba de ella por un título ilegítimo; sabed que todos esos escritos, que han sido origen del aprecio que de mí habeis hecho, llegaban á vos por mi cuidado, pero no eran obra mia.

*Lucila*. No son vuestros?

*Dorante*. No.

*Liseta*. (*aparte*) Habrá necio!

*Lucila.* Cómo........?

*Dorante.* Es verdad que dejando que el poeta leyese en el fondo de mi alma, yo era quien le inspiraba, pintándole mi llama. Pero él no la esprimía sino debilmente, en comparacion de lo que yo deseaba, ¡y cuánta distancia hay del talento, á la fuerza de los sentimientos! Mas como la poesía os divierte, fue preciso para agradaros, permitir decir bagatelas, sentir mejor, y callar. ¿No habré debido vuestro cariño mas que al talento? y le habré acaso perdido por haber sido tan ingenuo?

*Lucila.* Vuestra sinceridad os hace digno de ser amado: y asi siempre soy la misma para vos. Tal es en fin el efecto de los versos que he leiedo; era indiferente, y ya no lo soy, y conozco que á no ser por vos lo sería todavía.

*Dorante.* No os quejareis mas de un corazon que os ama; en el que estableceis la paz y la felicidad, y que empieza al fin á gustar sus dulzuras.

*Liseta* Basta de bellos discursos; ya es hora de que yo piense en ello. El amo me ha prohibido nuevamente y del modo mas terminante el permitir que os hableis jamás.

*Dorante.* Habrá sabido mi nombre!

*Lucila. (á Liseta)* Ay! me haces temblar.

*Liseta.* Y ademas alguien puede estarnos observando. Separaos; señora, entrad os suplico. Vamos á concertar un proyecto importante.

*Dorante. (á Lucila)* Antes de dejarme, tranquilizadme aun con una sola palabra, sino quereis que me abandone la esperanza.

*Lucila.* A lo menos, nada teneis que temer de vuestros rivales. En este riesgo comun, podrá muy bien mi padre desaprobar mi eleccion, pero nunca conseguirá mudarla. *(entra en la casa)*

## ESCENA VIII.

*Dorante y Liseta.*

*Dorante.* Apuesto áque alguien me ha perjudicado en el concepto de M. Francaleu.

*Liseta.* No echeis la culpa mas que á vuestro atolondramiento, y al brusco desprecio con que habeis chocado contra el ansia que tenia, hace poco, de ser oido.

*Dorante.* Sí; hice mal, lo confieso; ahora bien puede leer; le escucharé, ó mas bien sin necesidad de esto, le admiraré, y prometo encontrando bueno todo lo que él quiera, matarme con el primero que diga lo contrario.

*Liseta.* No es ese ahora vuestro principal quehacer: pensad en aprovecharos de un consejo útil...... ¿Podriais encontrar uno de esos perturbadores del sosiego del teatro, y de la tranquilidad de los pobres autores, que se manifiestan contra todas las nuevas composiciones, y se divierten con el mal éxito de las piezas?

*Dorante.* Qué quieres hacer? Sí; en lugar de uno conozco treinta.

*Liseta.* Pues corred, y amotinadlos para que yendo al teatro francés, descarguen la tempestad sobre lo que allí se represente; que es una pieza del autor que tantos sustos os causa. El padre de Lucila acaba de ir tambien......

*Dorante.* Quieres.......

*Liseta.* Ah! andaos en escrúpulos, y delicadezas. Damis no tiene tantos por cierto, porque ha escrito á vuestro padre todo el secreto de vuestro amor, y creo que no haya sido para haceros ningun servicio. Y apesar de esto quereis tener consideraciones con él? y por qué? Bellos intereses para ponerlos en balance con los vuestros! Una pieza sil-

vada; ¿qué importa eso? hará otras; pero si perdeis á Lucila, que esperanza os queda? Os digo que M. Francaleu vá á ver la comedia; él está ya demasiado encaprichado por este famoso autor, y si por casualidad queda esta noche con lucimiento, no habrá nada que le detenga; le dá su hija, muy persuadido de que uniéndose á él, se une á toda la mayor gloria.

*Dorante.* Ah! me haces estremecer, y en semejante trance, me entrego ciegamente á lo que me aconsejas. *(vase)*

*Liseta.* Ah! ah! señor autor, con vuestro aire de humanidad adormeceis las gentes, mientras escribís bajo mano; teneis manejo, y vuestro soberbio espíritu cree habernos puesto ya el pie en el cuello; pero un buen silvido os hará conocer con quien las habeis.

# *ACTO QUINTO.*

## ESCENA I.

*Damis.*

Tales son los transportes que me agitan, que no me conozo á mí mismo. Voy sin objeto de una parte à otra. Los negros presentimientos, el arrepentimiento, el espanto, y los horrorosos agüeros vuelan á mi alrededor; en fin hace dos horas que no soy el mismo. Mi comedia me parecia antes una de las mejores; ahora no veo en ella sino defectos horribles; mucha frialdad, mucho oropel, grande oscuridad y ninguna propiedad. Esto presenta á mi imaginacion la idea del oprobio y de la vergüenza; me parece veo á la crítica dispierta,

y al auditorio parte dormido y el resto fastidiado de cansancio y aburrimiento; al apuntador aturdidido; al actor confuso y embarazado, y que el patio como en una balanza tan pronto alborota, como cae en un profundo silencio; y ademas otras mil visiones que producen en mi corazon la inquietud y el terror. *(mirando su relox)* Esta es la hora fatal en que se pronuncia la sentencia. Me consumo y me muero. Qué oficio el de escritor! renuncio á él. Por muchos atractivos que tenga el honor tras que corro, ¿equivalen acaso á la angustia en que me encuentro? No hay fuerza, valor, ni entusiasmo que no sucumba, porque al fin, si el éxito es malo, yo no puedo sobrevivir. ¿En dónde me esconderé? ¿á dónde huiré? y cómo podré desenojar á mi honrado tio que ha venido con ánimo de hacerme encerrar? ¿Qué egida podré oponer á los tiros de la sátira? ¿y cómo me presentaré á la vista del dulce objeto de mi cariño? Con qué cara, con qué títulos me atreveré á ofrecerme á ella, yo miserable autor cuya reputacion acaba de ser mancillada? *(se pasea á grandes pasos)* Pero la incertidumbre es la que hace mi mayor suplicio; á trueque de salir de ella lo sufriria todo de muy buena gana. Cada instante que pasa dejando en pos de sí un rastro envenenado, abrevia mi vida cuando menos de un año.

## ESCENA II.

*M. Francaleu, M. Balivó y Damis*

*M. Franca. (á Damis)* Y bien os fiareis otra vez, apesar de mis congeturas, en vuestros falsos agüeros? ¿Me equivocaba yo esta tarde, cuando os predicaba, que el que quiere verlo todo es pre-

ciso que se dé priesa? Aquí teneis pues, aquí teneis la cosa nueva....... por tierra completamente.

*Damis. (aparte como un hombre que siente un alivio grande.)* Y mi suerte decidida; ya respiro. *(á Francaleu)* ¿Con qué por tierra completamente?

*Franca.* Absolutamente.

*Damis.* Del todo?

*Balivó.* Oh! sí, del todo.

*Damis.* Tanto peor. *(aparte)* Consistirà en que la han desempeñado mal.

*Balivó.* Silvada, y muy silvada.

*Damis.* Pero la pieza lo merecia?

*Balivó.* Es indudable que el autor apelará, porque ni el mas ignorante ha dicho nunca, yo no tengo razon.

*Franca.* El de esta pieza podría muy bien no acomodarse con su desgracia sin que por esto se le pudiese tachar de presuncion, porque es menester confesar que jamás el público estuvo menos indulgente. En efecto ¿cómo puede formarse juicio de una pieza en medio del espantoso alboroto que ha habido en el patio? Ah! hemos visto muchos y muy furiosos complots, pero ninguno ha sido, ni será como este. Se habian comprado los silvidos de todos los presumidos de los cafés de París muy diestros en este egercicio, y acudió un enjambre de ellos. Sin embargo al traves de la matraca, de los chillidos, del grande ruido de las toses, y de las narices, y apesar de los gritos de silencio, silencio, he encontrado......

*Balivó* Pues yo á fé mia todo lo he encontrado malo.

*Franca.* Segun vos cuanto mas se grita mejor se puede juzgar. Pues yo lo sostengo. He encontrado.... cierta rima..... *(á Damis que le escuchaba con ansia, pero que ya no le escucha)* cierta rima,

digna ella sola, segun mi gusto, de realzar al autor à quien han denigrado...........

*Balivó.* Lo mejor que puede hacer el autor con su rima, si quiere creerme, es el de mantener oculto su nombre, y no ejercitar mas un talento adocenado, que le hace tan poco honor.

*Damis.* Si hubiese logrado un éxito feliz, entonces si que debía creeros por temor de que al marchar ácia nuevos laureles, no diese algun paso que empañase el lustre de los ya adquiridos; pero el partido que le queda contra sus rivales y su negra malicia, es el de presentarse de nuevo en la arena, y no pensar nunca en abandonarla hasta que no les obligue à venir á admirar su mérito. El piloto aprende su arte en medio de las tempestades, y no adquiere esperiencia sino despues de algunos naufragios; nuestra suerte es la misma en el oficio de hacer versos, en el cual no se puede triunfar sino despues de haber sufrido algunos reveses.

*Franca.* Esto es hablar como un héroe, como un grande hombre, como un poeta. (*á M. Balivo*) Estais admirado; yo no; lo repito, vivan los espíritus fuertes para formar los grandes corazones. Pero esto no pertenece mas que á nosotros los autores. (*á Damis*) no es verdad hermano mio!

## ESCENA III.

*M. Balivó, M. Francaleu, Damis y Mondoro.*

*Damis.* (*á Mondoro que quiere llevarlo aparte*) Y bien?

*Mondoro.* (*en voz baja y sollozando*) Os participo.............

*Damis.* Lo sé, lo sé. Mi carta?

*Mondoro.* (*dándole un papel*) Aquí está la respuesta.

*Damis.* (*tomando el papel*) Vete; luego te sigo.

Señores permitidme (*Mondoro entra en la casa*) que vaya á abrir esta carta. Espero reunirme à vos muy pronto, y dejando á un lado los versos y la prosa, nos ocuparemos, si os parece de otra cosa. (*entra en la casa*)

## ESCENA IV.

*M. Balivó y M. Francaleu.*

*Balivó.* Sí dejemos esto, y mudemos de conversacion.

*Franca.* Si supieseis cuanto quiero á este muchacho!

*Balivó.* Es que segun veo, á ambos os domina un mismo capricho.

*Franca.* No: es porque este dice lo que nadie.

*Balivó.* Linda prerrogativa!

*Franca.* La arena! un piloto! Como nunca caminamos derechos sino despues de haber tropezado! Eh! que tal? ¿lo entendiais vos?

*Balivó.* Yo? no: estaba pensando en la órden de prision que segun vos debe ya estar despachada.

*Franca.* Este jóven es superior á los demas hombres. Caramba! los grandes señores se lo disputan.

*Balivó.* (*aparte*) Me dá rabia! (*á Francaleu*) Os suplico que volvamos á la promesa con que poco ha me lisonjeabais durante la comedia.

*Franca.* Hablais de la comedia. Ah! si su autor vuelve á hacer otra, será cosa esquisita, os lo prometo, y entonces desafio à la intriga para que venga à clavarle el diente.

*Balivó.* (*acalorado*) Hablad; al fin, obtendré ó no la órden?

*Franca.* Vaya tranquilizaos. Contad con ella. Sí, esta misma noche quedareis complacido; esta noche es el tiempo que se toma. Vuestro asunto es corriente, y mirad, cuando el vuelva saldreis del cuidado,

porque apostaría, à que así chanceando, la órden està en la carta que acaba de recibir.

*Balivó.* Que acaba de recibir! ¿Quién?

*Franca.* El que se ha separado de nosotros.

*Balivó.* Cómo?

*Franca.* ¿Estais sordo? Ese hombre de mérito.

*Balivó.* Monsieur del Empíreo?

*Franca.* Pues quién ha de ser?

*Balivó.* Su celo es el que hoy me sirve de empeño?

*Franca.* El mismo. Ha visto que representais maravillosamente, y admirandoos como debe, quiere que os alisteis por un mes en nuestra compañia còmica. Yo viéndole dispuesto á hacer todo en vuestro obsequio, he debido enterarle de vuestros disgustos y de los extravios de vuestro hijo pródigo, y él ha tomado mucho calor en este asunto, como si hubiera sido cosa suya.

*Balivó.* (*con enojo*) A Dios.

*Franca.* (*deteniéndole.*) Cómo pues?

*Balivó.* Habeis hecho prodigios.

*Franca.* Señor Regidor de Tolosa, me parece que desbarrais.

*Balivó.* Eh! vos sois quien mereciais cien veces mas que mi sobrino.... (*Aparte*) Yo si que soy el mas insensato de los tres. (*A Francaleu*) Servidor vuestro.

*Franca.* Pero repito que los amigos se esplican entre sí. No podré yo saber qué mosca os ha picado? Cómo! cuando tenemos..........

*Balivó.* No, nada tenemos, supuesto que es fuerza decirlo; ese hombre de bien, de cuyo mérito haceis tanto caso, es el bribon á quien yo trato de castigar.

*Franca.* Es posible?

*Balivó.* El mismo. Maravillaos ahora, de que yo me luciese tanto, representando la sorpresa; os

aseguro que no habría sido tan grande la mia, aunque hubiese visto un muerto resucitado.

*Franca.* Lo mismo puedo deciros de la que ahora experimento. Pero decidme. ¿En dónde hallais tanto de malo como me habeis dicho de ese jóven? Un muchacho estudioso, de providad, de talento, juicioso, con una imaginacion de fuego, y en el que todo es igual; un fenix, un tesoro......

*Balivó.* Un loco parecido á vos. Andad, mereceis que se os apostrofe de este modo. Confesad de buena fé, si sienta bien en la edad en que os hallais, propia para formar las costumbres de la juventud atolondrada, el que sea animada al mal por vos mismo, y que el loco que hoy me las apuesta, encuentre en vos un apoyo, en lugar de un contrario. Vamos hará versos. Buen género de vida! no hacerse famoso sino á fuerza de locuras. Ser, por decirlo así, un hombre fuera de línea, y el juguete titulado de grandes y pequeños! Examinad las gentes que siguen el oficio que él abraza; la pereza y el orgullo han producido tal raza. Ella puede triunfar en presencia de algunos ociosos, pero en buena policía se debia exterminar. Sí; ¿còmo es que se toleran las extraordinarias licencias que se toman tales hombres? ¿De qué sirven al estado, à sus parientes, y á ellos mismos? Hechos unos verdaderos zànganos de la sociedad, todos los desprecian, y temen su aguijon. Damis colocado en un puesto honorífico, habría podido figurar; pero ya no serà mas que un miserable, un pobreton, y vos como un hombre enfatuado, tendreis el honor de haber contribuido à su perdicion. Podeis daros la enhorabuena; la obra es muy meritoria.

*Franca.* Tio indigno para siempre de tener parte en la gloria de un sobrino que ya os ha honrado

demasiado: ¿sabeis lo que es vuestro largo discurso? Preocupacion popular, espíritu plebeyo, alarmado siempre contra la poesia. Pero sabed, yo os lo digo, que una obra de brillo, ennoblece tanto como el regidorato de Tolosa. Tened entendido.....

*Balivó.* Pues sabed, y yo os lo digo, que en el siglo en que vivimos, no se vé que los honores den acogida à la miseria, y que la pobreza que todo lo envilece y hecha para degradar à los hombres, rara vez los ennoblece. Vos podeis forjaros toda suerte de placeres, porque todo se hace cuando hay riquezas, pero él en qué quereis que venga al fin à parar? Su suerte está decidida, y no es otra mas que la sed y el hambre. ¿Y se quiere qué yo lo mire con serenidad? Sea enhorabuena, lo abandono á la presa de vuestras visiones. Puede contar con su noble destino, y sobre esas personas que segun decís se lo disputan hasta arrancárselo de las manos. Perezca enhorabuena. Libre está. A Dios.

*Franca.* Os detengo como verdadero amigo que tiene pronta su respuesta, y voy á demostraros con toda precision, que no somos visionarios. Si admiro en Damis un dón que os irrita, tambien me conmueve vuestra pena, tanto como aprecio el mérito de aquel; y afin de que su suerte no os inquiete mas, le doy mi hija con cien mil escudos.

*Balivó.* Con cien mil escudos?

*Franca.* Y bien? es digno de compasion? Ella tiene talento, es hermosa, y hecha como una pintura. Hola! á ver, uno? Vos mismo vais á juzgar como yo. *(llama)*

## ESCENA. V.

*M. Francaleu, M. Balivó y un Lacayo.*

*Franca. (al lacayo)* Que busquen á Lucila y que venga aquí: *(vase el lacayo)* Así como así ella está vacilando y nada se determina. *(á M. Balivó)* ¿Qué es eso? Amainais? Se desarruga esa frente? Parece que estais conmovido.

*Balivó.* Lo estoy efectivamente. Sois un amigo perfecto y cual se encuentran pocos! Podia imaginarse un proceder tan noble? No me encontreis, os suplico tan digno de condenarme. Nosotros penetramos el porvenir lo mejor que nos es posible, y calculando por las costumbres del siglo en que vivimos. Veo que cuando algun jóven de talento se dedica á hacer versos, todo el mundo le aplaude al mismo tiempo que lo abandona. Damis sigue con calor esta ocupacion, y yo no podía perdonarle la desgracia que él mismo se labraba. Pero ya que vuestra bondad le ha elegido para tanta dicha.........

## ESCENA VI.

*M. Francaleu, M. Balivó y Damis.*

*Franca. (á Damis)* Venid, venid, señor mío. Otra vez que ocurra os buscaremos tambien de empeño para la corte. Os lisonjeabais de dejar contento esta noche á este caballero?

*Damis. (á Mr. Balivó)* ¿Me habeis vendido?

*Balivó.* No. Olvídese ya todo entre nosotros, Damis. Ved aquí á quien nos reconcilia, y que prueva de tal modo la amistad que nos profesa, que adquiere para siempre todo el derecho que yo tenia sobre vos. El señor os hace el honor de elegi-

ros para yerno. Esto debe sorprenderos tanto como á mì, porque sea cúal fuère el talento que os adorne, nunca podiamos esperar una fortuna tan impensada. Pero la alegría suspendiendo sus efectos, debia ya haber hecho lugar á la gratitud; postraos pues á los pies de vuestro bienhechor.

*Damis. (como aturdido)* Tio mio.........

*Balivó.* Y bien?

*Damis.* Soy..........

*Franca.* Qué?

*Damis.* Soy humilde admirador de las gracias, del talento y de las virtudes de Lucila; pero está de mas para mì el exceso de tantas bondades. No hay nada que deba ser superior á la féde los juramentos; en una palabra, yo tengo contraido otro empeño.

*Franca.* Hola!

*Balivó.* Ahí lo teneis, ese hombre tan superior á los demas, y cuyo talento y juicio alabais tanto; que aun no hace mucho era un fenix, un tesoro...... Y bien! le prodigareis todavía estos bellos nombres? Anda! mal haya el instante en que mi desgraciado hermano haciéndose tu padre, me cargó con el peso de un monstruo como tú. *(entra en la casa)*

## ESCENA VII.

*M. Francaleu y Damis.*

*Franca.* Señor, la poesía tiene sus licencias, pero esta que os tomais, pasa un poco los límites que yo las señalo, y vuestro tio, hablando entre nosotros, tiene razon para quejarse.

*Damis.* Es imposible contrariar las inclinaciones. Mucho siento haber disgustado á mi tio; pero vos mismo en mi lugar habriais obrado como yo; por-

que alguna vez os he sorprendido alabando á la que amo, y alabándola mas apasionadamente que yo mismo, de modo que vuestro voto la encarecia mucho mas que el mio.

*Franca.* Cómo! la conocería yo?

*Damis.* Sí; cuando menos conoceis su talento, pues gracias al que la concedió naturaleza, se hace conocer en todas partes, por medio del Mercurio. En él fue dónde el amor, á la vista de nuestros celosos lectores, formó los dulces nudos que me unen á ella.

*Franca.* Calla! si sería .....? Cómo!........ es la musa original que todos los meses nos obsequia con sus composiciones improvisadas?

*Damis.* Ya no trato deocultarlo.

*Franca.* Aquel bellísimo y sin igual talento?

*Damis.* Ah! sí.

*Franca.* Meriadec de Kersic?........ De Quimper.......?

*Damis.* En Bretaña, ella misma. Es menester ser justo. Confesad ahora que no puede haber un partido que mas me convenga.

*Franca.* (*riéndose*) Dadme un abrazo.

*Damis.* Por qué os reís de ese modo?

*Franca.* Del pobre tio que se ha espantado demasiado pronto. Pero ya lo aplacaremos, nada se ha echado á perder.

*Damis.* Ciertamente, saldrá de su error á poco que nos escuche.

*Franca.* Vos sois quien por poco que me escucheis, dejareis, si os agrada, el error en que estais.

*Damis.* Qué error? Qué quieren decir esas palabras?

*Franca.* Que en vano contais con hacer ese casamiento.

*Damis.* Ah! por mas que digais.

*Franca.* No, no, por mas que lo asegureis.

*Damis.* Se me ha puesto en la cabeza.

*Franca.* Pues es preciso que os lo quiteis.

*Damis.* No por vida mia.

*Franca.* Apostemos á que sí.

*Damis.* Disparate!

*Franca.* Podría ocurrir que la persona fuese tal......

*Damis.* Tal cual os agrade. Basta que tenga nombre.

*Franca.* Pero dejadme decir una palabra, y vereis que no.

*Damis.* Nada, nada.

*Franca.* Sin ir á buscarla tan lejos....

*Damis.* Iría á Roma si fuera necesario.

*Franca.* Y á que?

*Damis.* He prometido casarme con ella.

*Franca. (aparte)* Qué hombre!

*Damis.* Y al momento que me aparte de vos, voy á disponerlo todo.

*Franca.* Pues, señor, disponeos á casaros conmigo; sí; á darme mano de esposo. Sí, sí, yo mismo soy el hermoso objeto de vuestro escesivo amor.

*Damis.* Os chanceais.

*Franca.* No; pero en verdad que hasta ahora me he divertido bien á vuestra costa, cubierto con la máscara dichosa que os ha engañado, y haciendoos cantar versos en mi alabanza. He aquí los juicios y sentencias de los señores hombres de gusto; para ellos la obra es poca cosa, y el nombre lo hace todo. Pero dejemos ya este burlesco himeneo; os devuelvo la fé que me habiais jurado, y no pensemos de aqui en adelante mas que en repararos la falta que este juego acaba de causaros. Habeis perdido un tio, y á mi me toca volvéroslo, y para ello persisto en nombraros mi yerno. Creo que en este caso mi hija vale tanto como yo, y que no es un partido menos conveniente que el mio. Allí viene; acaso dejariais de tener por ella alguna estimacion?

*Damis*. (*aparte*) Ah! Liseta viene tambien! desgraciado secreto de mi incógnito!

## ESCENA VIII.

*M. Francaleu, Damis, Lucila y Liseta.*

*Franca.* (*á Lucila*) Venid acá mona mia. Aqui teneis en vuestra presencia, al que he elegido para que sea vuestro esposo.

*Liseta.* Sus talentos.... Aquí quiero que os pareis.

*Franca.* Silencio.

*Liseta.* Sabed.

*Franca.* No me rompas la cabeza, bribona! Crees acaso que no sé que todo el dia has estado mintiendo?

*Damis.* (*en voz baja á M. Francaleu*) Haced que se vaya y nos deje un momento; hay motivo para ello.

*Franca.*(*á Liseta*) Vete.

*Liseta.* Permitid que antes os diga una cosa.

*Franca.* No quiero escuchar nada.

*Liseta.* Pues yo quiero hablar..... Mirad aí teneis al autor á quien acaban de silvar.

*Damis.* (*á Francaleu*) Ahora ya puede quedarse

*Franca.* La impertinente!

*Damis.* La verdad ha dicho.

*Liseta.* (*á Lucila*) Manteneos firme; voy á buscar á Dorante. (*entra en la casa*)

## ESCENA IX.

*M. Francaleu, Damis y Lucila.*

*Franca.* (*á Damis*) Ha dicho verdad?

*Damis.* Demasiado.

*Franca.* En tal caso la noticia me admira algo, pero no cambia mis sentimientos. No: por esto no perdeis nada de la estimacion en que os tenia. Le-

jos de esto, el revés que habeis esperimentado, es tan injusto, y descubre tantos rivales desencadenados contra vos, que prueba muy bien cuan superior sois á todos ellos. Y mi hija no es tan ignorante.......

*Lucila.* Padre mio......

*Damis.* Permitid jóven y bella Lucila.....

*Lucila.* Permitid vos mismo, señor, que yo hable (*á M. Francaleu*) Padre mio ya no es tiempo de disimular nada. Sé que la suprema autoridad de un padre, señala lo que debe amarse, y lo que se ha de aborrecer; pero vos jamás fuisteis ambicioso de este derecho; hoy mismo deciais que vuestra voluntad era el que yo me hiciese dichosa por mi propia eleccion, y de esto os habiais formado generosamente una ley. Así es como un padre se vé siempre querido de sus hijos, y cuanto menos se le teme, tanto mas es reverenciado. Sobre todo me babeis mandado que sea sincera, y que me atreva á explicarme sin rebozo sobre el particular; mi deber y mi reposo lo exigen así.

*Franca.* Al caso. (*aparte*) Mala espina me dan estos preambulos.

*Lucila.* Entre los jóvenes aquí reunidos......

*Franca.* Ah! muy bien!

*Lucila.* Tranquilizad á vuestra hija que tiembla y apenas se atreve á abrazar vuestras rodillas. (*se echa á los pies de M. Francaleu*)

*Franca.* Os inclinabais á alguno! Lo siento por vos; y ¿por qué habeis tardado tanto en venir á decírmelo?

*Lucila.* Es que aquel ácia quien arrastra mi inclinacion, es justamente el único que habeis excluido.

*Franca.* Cómo! cuándo yo tengo mis razones?

*Lucila.* Ya no las teneis. Su corazon para conmigo era segun deseabais; temiais no se hallase eure-

dado en otros lazos, y jamàs hubo una sospecha tan infundada, me ama, y ayudado por mì cerca de vos......... Ah! en vuestro semblante severo, leo mi sentencia. He incurrido en todo vuestro enojo, porque no he hecho los mayores esfuerzos contra mí misma; pero ¿es esto acaso haber merecido mil muertes? porque al fin á una pena igual, y aun mayor estoy condenada, si me obligais à unirme à otro. No, no hareis uso de vuestro poder, padre mio; conciliemos mejor mi deber, y mi corazon; arrancadme del mundo à que poco hà he sido vuelta; ah! apenas he visto su brillo, y cerraré mis ojos á cuantos atractivos tiene...... Ojala que en el asilo de que salí, pueda volver á recobrar mi insensibilidad para no dejarla jamás.

*Franca.* (*aparte*) ¡Qué cosa tan tonta es en nosotros el amor paterno! Pues no estoy ya casi llorando como ella!

*Damis.* Vamos, señor, dejaos llevar de ese dulce movimiento; compadeceos de ella, y de su amante. No vuelvo á veros despues de haber leido aquella carta, mas que para servir á Dorante, de quien debe ser Lucila. Dejad á un lado mi fortuna, y no penseis mas que en él.

*Franca.* Vuestro mortal enemigo, que queria hoy mismo...

*Damis.* Permitid que mi venganza se limite á esto.

*Franca.* Pero es el hijo de un hombre encarnizado contra mí.

*Damis.* (*entregándole una carta abierta*) No; aqui teneis lo que pone fin á vuestra enemistad

## ESCENA ÚLTIMA.

*Dorante, Mr. Francaleu, Damis, Lucila y Liseta.*

*Dorante.* (*á Mr. Francaleu*) Escuchadme, señor, ó muero á vuestros pies.... (*viendo á Damis*) pero será despues de haber atravesado el corazon de ese pérfido. Ya es tiempo de que yo rompa mi timido silencio; amo à vuestra hija. Arbitro de mi suerte, mi vida y mi muerte están en vuestras manos; pronunciad, y entre tanto permitid que conserve alguna esperanza. Un infausto pleito os tiene enemistado con mi padre; pero fuisteis amigos en otro tiempo, y me ama tiernamente; no dudo de que el pleito se acabarà desistiendo mi padre. Corro pues à arrojarme à sus pies como à los vuestros; à hacer que os inmole todos nuestros intereses; à reuniros à los dos y à conmoveros, ó à dejarme arrastrar de toda mi desesperacion. (*á Damis*) De un modo ú otro, no tendras la gloria, traidor, de ver coronada la negra maldad que cree haberlo dispuesto todo en tu favor, y que te ha hecho escribir contra mi à París.

*Damis.* Al fin apesar de vuestra còlera vendremos à entendernos. Es verdad que he escrito à vuestro padre, pero he creido hacer lo que se necesita. (*señalando á M. Francaleu*) él tiene la respuesta, y puede leerla en voz alta.

*M. Franca.* Lee. *En vista de la pintura que me haceis de la interesante Lucila, no me sorprende el amor de mi hijo, á quien su mediador sirve cual ninguno, porque defendeis su causa como diestro orador. Es verdad que el rigor sería inútil, y sigo vuestros consejos; ahora solo resta hacerle conseguir la belleza por quien*

*suspira; por mi parte tiene el consentimiento, y ójala pueda lograrse el de M. Francaleu con la misma facilidad! Habladle, instadle, y suplicadle, pues deseo con ansia que su hija, poniendo fin á nuestro pleito, sea hoy para ambos el Iris de paz, y que el dón que le hago de un hijo, á quien proteje un amigo como vos, restablezca entre vuestro huesped y yo, la antigua amistad de colegio que le unía á Metrofilo.* (*á Dorante*) Una vez que la querida, los amigos, los parientes, y en fin supuesto que todo está en vuestro favor, sed esposo de Lucila y amadla mucho.

*Dorante.* Ah! señor! *(aparte)* O! padre mio! (*á Lucila)* Al fin os poseo!

*Damis.* Sin que por eso dejeis de estimar à vuestro amigo.

*Dorante.* Querido Damis! teneis mucha razon para odiarme. Aquí teneis un hombre.........

*Damis.* Feliz.

*Dorante.* Desesperado; soy un monstruo.

*Damis.* No: pero en buenas palabras, sois francés y enamorado. Nada mas.

*Dorante.* (*á M. Francaleu y á Lucila*) Soy un furioso que poseido de un temor ridículo, hacía sin piedad silvar su comedia, mientras él estaba obrando tan noblemente en mi favor.

*Damis.* Cómo!........ mas no me quejo tanto de vos, como de la traidora (*señala á Liseta*) que os reveló que yo era el autor; pero me encuentro suficientemente consolado habiendo hecho vuestra dicha.

*Dorante.* Para mañana he tomado por mi cuenta cien asientos en el teatro, y quiero que se os ensalce hasta las nubes.

*Damis.* No; que yo como autor sumiso, aunque na-

da tímido apelo del patio atumultuado, al patio atento y sosegado. Vaya, que un motivo tan frívolo no perturbe esta fiesta y altere la alegria que que aquì debe reinar; pensad únicamente en los placeres que el himeneo os prepara. (*aparte*) Y vosotras musas à quienes consagro mis dias, sed siempre para mi, mi amor, y mis riquezas.

LS.C
C7324

462235

Comedies. Vol.24.

NAME OF BORROWER

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED